



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Port 437.1

HARVARD COLLEGE  
LIBRARY



FROM THE FUND OF  
CHARLES MINOT  
CLASS OF 1828

















BATÁLLA DE ÀLJUBARROTA.

LIBRERO  
MADRID

. 5-1



BATALLA  
DE  
ALJUBARROTA,

MONOGRAFÍA HISTÓRICA

ESTUDIO CRÍTICO-MILITAR,

POR

Ḷ. XIMENEZ DE SANDOVAL.

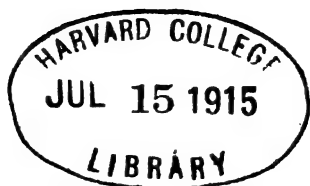


MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,  
calle del Duque de Osuna, número 8.

1872.

Port 437.1



*Minot fund*

## PRÓLOGO.

---

ACONTECIMIENTOS históricos siempre importantes las batallas, lo son mucho más cuando tienen carácter de decisivas, porque constituyen nudo de enlace ó solución de continuidad en la cadena del destino de las naciones.

Tratan los cronistas con embeleso de las victoriosas, pero se ocupan poco, dejan correr la pluma veloz al mencionar las funestas, abandonando á los enemigos el cuidado de referirlas y ponderarlas, con lo que dan lugar á que el tiempo sancione sus relatos apasionados, y olvidan la inmensa utilidad de que se conozcan bien las causas que las produjeron; pues las lecciones de la adversidad encierran más saludable enseñanza que las de la fortuna.

Aun los libros especiales de guerra, hasta fecha reciente, examinan con preferencia los sucesos de armas mirados por el lado de la victoria, fijándose sólo en el valor de los vencedores, y discurriendo sobre los resortes que emplearon, cosas en las que suelen imaginar concepciones, golpes de vista y dotes de inspiración que no hubo, pero que el entusiasta encomiador se recrea en describir, presentando un cuadro original para distraer al lector, iluminado con los colores de la lisonja para algún pode-



roso, ó para buscar estímulos al orgullo popular. A la misma ciencia profesional se apela tambien muchas veces para deducir en pedantescos raciocinios la sabiduría y el genio de tal príncipe ó general, que dicen supo aplicar los buenos preceptos del arte, miéntras prescinden ó desdennan estudiar si fueron malos los de su contrario, si observó ó no aquellas reglas y principios doctrinales, y qué influencia ejercieron para el resultado los incidentes fortuitos ajenos á toda racional prevision; datos tan indispensables como los primeros, que ofrecen ancho campo de reflexiones, y que son necesarios para apreciar en la crítica el verdadero mérito.

No es, por cierto, únicamente en las campañas felices de celebrados caudillos donde debe estudiarse la guerra, aunque ellas sean en general las que proporcionen mejor escuela; pues se encuentran notables ejemplos que utilizar en operaciones de segundo órden, y sobre todo en las grandes catástrofes que se derivan del infortunio ó de los errores; y tampoco es justo se atribuya gloria sólo al más hábil ó dichoso; que hay casos en que le cabe mucha al vencido, sin rebajar la que legítimamente corresponde al vencedor.

Perjudicial para la historia y la ciencia el empeño de exagerar las ventajas militares, engalanándolas artificiosamente, lo es todavía más el ocultar los desastres ó desfigurarlos, sin tener el valor de confesar las pérdidas y las culpas..... ¡Como si fuese vergonzosa la desgracia!..... ¡Como si los hombres, aún los más expertos, no pudieran equivocarse!.....

Ni los triunfos deben desvanecer, ni los descabros abatir, hasta el punto de que se relaje la fuerza moral y la serena razon que se pide para remediar en lo posible

el daño, aunque proceda de las propias inspiraciones. «El no reconocer que se faltó una vez puede significar que duele la vanidad herida, y presagia quizás caer en otros yerros: por eso, preguntándole al mariscal de Turena por qué se perdió la batalla de Marienthal (otros dicen que la de Rethel en tiempo de la Fronda), contestó: *Por mi falta; que cuando un hombre no ha cometido alguna en la guerra, significará que no la ha hecho mucho tiempo.*» Bellas palabras, que valen tanto por la profunda verdad del pensamiento, como por la sincera franqueza del capitán insigne que las pronunció.

Las reglas fundamentales de la ciencia militar, pocas é invariables á través de los siglos, tienen, sin embargo, muy distintas aplicaciones, pues concurren á complicar las infinitas causas del orden moral ó del físico. La pericia y el valor, el genio y la fortuna, son las cualidades con que se alcanza el éxito; pero á veces no bastan las tres primeras para evitar un desastre si falta la cuarta, y de ahí procede que se compare á la guerra con un juego de azar.

De estas reflexiones, y del convencimiento de que en su estudio son inseparables lo histórico y lo militar, deduje podría resultar beneficio si, compulsados los mejores libros y los documentos posibles, se formasen monografías ilustradas y críticas de las más funestas jornadas antiguas y modernas de las armas españolas, hasta completar una serie de *batallas perdidas*, en que entrasen nombres como *Guadalete*, *Alarcos*, *Aljubarrota*, *Rocroi*, *Zaragoza*, *Ocaña* y *Ayacucho*. Y aunque la empresa, difícil para una sola mano, sería imposible para la mia, me aventuré á comenzarla, seguro de que no faltarán otros que la continúen; eligiendo para ello la de Aljubarrota,

porque me pareció tarea al alcance de mis facultades, y porque, á pesar de su lejanía, la considero de interes permanente en España; pues su trascendencia se revela cada vez que de una ú otra manera se reproduce la antiquísima idea política, que ahora denominan *Unión Ibérica*.

Tan antigua es, en efecto, que puede decirse anterior á la completa independendencia de Portugal; mereciendo se anote que mientras Castilla se desprendia de aquel condado, de él brotaban los primeros conatos para agregaciones de territorio y reunion de dominios. Aquí será de oportunidad una ligera revista de las complicaciones que suscitó ese pensamiento siempre que se quiso plantear, y vendrá en apoyo de la tesis que establecemos, *del influjo determinante de la raza de las armas en las crisis de las naciones*.

La circunstancia de haber sido el dote territorial que dió D. Alfonso VI á su hija Teresa lo que sirvió despues de origen al Estado portugués, disgregado de la corona de Leon y Castilla, parece que dejó vinculada por la fatalidad una intervencion femenil en los conflictos de los dos pueblos hermanos.

Las pretensiones á mayor dominio y á desligarse del feudo, así de la Infanta como de su marido el conde Enrique, se manifestaron abiertamente al morir el Rey, queriendo por la fuerza desposeer á Doña Urraca de buena parte de su herencia; y combinada esa ambicion, luégo de fallecer D. Enrique, con las predilecciones de la Infanta por un conde gallego, origináronse disturbios interiores y sublevacion, de que resultó ser expulsada Doña Teresa en beneficio de su hijo Alfonso Enriquez; y criado éste con iguales deseos de independendencia, logró verlos satisfechos por su valor y suerte, ascendiendo á soberano fun-

dador de la monarquía. Confusas las noticias que tenemos de aquellos sucesos hasta la definitiva emancipación de Portugal, existe, sin embargo, en el país la tradición de una victoria alcanzada sobre los leoneses en Valdevez, después de la más afamada contra los moros en los campos de Ourique.

Por enlaces matrimoniales se procuró en los siglos siguientes preparar la reunión de las coronas, y en vez de acercarse al propósito, surgían guerras que arraigaban más la separación. Por el dote de D. Alfonso VI á su hija Teresa dijimos que comenzó el Estado de Portugal, y por el cariño del décimo á la suya, Doña Beatriz, casada con el rey lusitano Alfonso III, obtuvo la cesión del Algarve, y con él completada por el Sur la donación que principió por el Norte.

La insensata combinación que motivó la prolongada contienda de que voy á ocuparme, propuesta fué al desventurado D. Juan I de Castilla por el veleidoso D. Fernando de Portugal, influido de su esposa Doña Leonor, cuya conducta y preferencias por el caballero gallego Fernandez Andeiro, conde de Ourem, sirvieron de pretexto, á la muerte del Rey, para los acontecimientos, en términos algo parecidos á los del siglo XII, por causa de la infanta Doña Teresa. La razón de las armas antoló, con el derecho de Doña Beatriz, el proyecto de unión dinástica que envolvía su casamiento, y legitimó la rebeldía del Maestre de Avis, asegurando de nuevo la independencia portuguesa.

Pero, rara peripecia, su nieto D. Alfonso V hizo reproducirse en inverso sentido el mismo caso ántes de trascurrir un siglo, desposándose con doña Juana (la Beltraneja); y pretendiendo reivindicar su derecho al trono,

titulábase ya rey de Castilla. La batalla de Toro, aunque no tan funesta para los portugueses como habia sido la de Aljubarrota para los castellanos, echó, no obstante, por tierra la pretension é ilusiones de D. Alfonso, encaminadas á la propia idea de juntar ambos Estados.

Reanúdase despues el antiguo sistema de los casamientos uniendo la hija mayor de los Reyes Católicos, Doña Isabel, con el príncipe D. Alonso, heredero de Portugal, que murió en seguida, y luego con el rey D. Manuel; lo cual ofrece momentáneamente la risueña perspectiva de verificarse la fusión peninsular con unánime aplauso, por haber fallecido el Príncipe de Asturias y nacer el infante D. Miguel á los Reyes de Portugal. Mas Dios no quiso por entónces que se cumpliera aquel anhelo; sucumbió en breve el tierno heredero de las dos monarquías, y prolongó los años sin presentar nueva coyuntura hasta la extincion de la línea legítima masculina de la dinastía portuguesa en el cardenal rey D. Enrique, que sucedió al malaventurado D. Sebastian.

El mejor derecho que, como nieto de D. Manuel, por su madre la emperatriz Isabel, tenía D. Felipe II, fué acatado y reconocido por la inmensa mayoría de la nación; pero tuvo que penetrar un ejército español en el reino contra el pretendiente, hijo bastardo del infante D. Luis, que intentó disputárselo. El prior do Crato, Don Antonio, se propuso imitar el ejemplo del Maestre de Avis, sin tener él ni sus secuaces las cualidades que distinguieron al otro y á sus compañeros, al paso que el Duque de Alba, general contrario, era un consumado militar, con quien no puede ser paralelo el rey D. Juan I de Castilla. La posicion defensiva de Lisboa que escogió el rebelde, muy superior á la en que se hicieron célebres

los vencedores del siglo XIV, no le salvó de la derrota, consiguiendo la pericia del Duque y la actitud de sus tropas en Alcántara, victoria decisiva. Mejor que la de Toro, como algunos han sostenido, merece ser considerada esta batalla en el concepto de indemnización del honor militar lastimado en Aljubarrota. ¡Qué distinto nombre y suerte fuera la de D. Antonio, y cuánta identidad providencial con el Maestre de Avis habría afirmado su prestigio si allí consiguiese salir victorioso!

Notables reminiscencias encontramos entre los sucesos comenzados el 1.º de Diciembre de 1640 en Lisboa para la segunda emancipación de Portugal, y los de 1888; pero esta vez no fueron sólo efecto de la espontaneidad patriótica, pues la influencia de resortes extranjeros tuvo parte muy principal.

Pocos y decididos conjurados dieron el grito de separación de Castilla, atropellaron en el Palacio la autoridad Real, representada por la Vireina, princesa Doña Margarita de Saboya, y dieron muerte á su ministro Vasconcellos, como el Maestre de Avis, en 1388, al Conde de Ourem, que lo era de la Reina viuda regente, doña Leonor. Al Duque de Braganza, á pesar de su resistencia y vacilaciones, se le proclamó rey D. Juan IV, y fué su mujer doña Luisa de Guzman, hermana del Duque de Medina Sidonia, la que más contribuyó á decidirle, y quien con más vigor trabajó en lo sucesivo á sostener la prolongada contienda. De una infanta castellana procedió en el siglo XII la segregación de Portugal, y por otra dama española puede decirse se verificó en el XVII la separación. — Las armas de Castilla, lo mismo que en la anterior citada lucha, *no supieron tener razon*, y hubo que reconocer la independencia y la restauración, sin que des-

pues se haya vuelto á ofrecer la posibilidad de union, ni á intentarse por España absorber su nacionalidad, á pesar de otras cuestiones y guerras tenidas entre ambas, si se exceptúa el incógnito proyecto de despojo de principios del presente siglo, hijo de las miras políticas y dominante influencia de Napoleon I, y de las deplorables debilidades del Gobierno de Madrid.

Prescindiendo de los trances militares que hubiera en el primer oscuro período histórico recorrido, resulta que, por desgracia de la humanidad, el peso ó *razon de las armas*, expresada en una ó varias batallas, viene á ser, como ántes apuntamos, el *factor definitivo en esos pleitos de los pueblos*. En Aljubarrota (año de 1385) se satisface y afirma la independencia del Estado portugués; piérdese (en 1470) en Toro el intento de reunirse á él el de Castilla; gánase (en 1580) la victoria de Alcántara y realízase la unidad peninsular; y rómpese otra vez en el siguiente siglo por inevitable consecuencia de muchas operaciones indecisas ó desventajosas para los españoles, pero, sobre todo, por las batallas de Elvas (1659); de Ebro ó Ameigal (1666) y de Montes Claros (1665).

Bastante se ha disertado sobre la intervencion de la fortuna en la guerra y sobre la parte que á la ciencia corresponde, asunto que eternamente promoverá serias discusiones: ocasiones hay en que debe atribuirse sólo á la primera el éxito, pero no faltan casos en que sin ella lo consigne la segunda: por lo comun supera en un lado una ú otra, y aquél es el favorecido; pero si ambas se reúnen, natural es que allí se logren grandes victorias. Ni todo lo que el vulgo llama suerte lo es, ni lo que cree desgracia merece siempre tal calificación; así como á veces es injustificable el concepto de habilidad que se pre-

gena: á la ciencia del mando militar, como á la fortuna en las empresas, ayudan y aun suplen el valor, la fe, la perseverancia, la organizacion y la disciplina.

Entre tantas páginas gloriosas como se leen en la historia patria, preciso se hace confesar que si en las dos largas guerras con Portugal, empezadas, la una en 1384 y la otra en 1640 (que ambas se prolongaron de 27 á 28 años), no tuvieron nuestros caudillos los favores de la fortuna, tampoco brillaron por su inteligencia y demás dotes de buenos generales; á lo cual, más que al valor y pericia, debieron los contrarios sus ventajas, y últimamente el triunfo de la causa que sustentaron.

La historia de sucesos particulares ha tenido notable desarrollo en nuestros días, produciendo excelentes libros, que dan con grande ilustracion, pruebas y razonada crítica, asuntos importantísimos, omitidos ó tratados antes de un modo rápido ó parcial y equivocado en las obras históricas generales. El que presentamos no puede aspirar á compararse con tan buenos modelos, pues se concretó á reproducir los textos que existen y á deducir, comparándolos con prolijo examen, un relato crítico-militar.

Llevado del deseo de que aparezca bien clara la verdad en un acontecimiento que no habia sido aún estudiado detenidamente en España, me animé á publicarlo la creencia de que esta clase de trabajos, aunque sean medianos, proporcionan siempre algun adelanto, segun lo revelan las polémicas que suelen empeñarse por los eruditos, ocasionando se den á conocer documentos inéditos como testimonios nuevos para rectificar ó ratificar hechos y facilitar más exactas apreciaciones.

Después de dedicado con ahinco á la lectura de todo lo



que importaba á mi investigacion, así en España como en Portugal, me trasladé á visitar el teatro en que aquel drama sangriento se representó, porque no es posible hacer el análisis necesario para comprender y definir una batalla sino á presencia del terreno ó con el auxilio de planos que representen su topografía; de lo que, aunque no hubiese tenido ántes experiencia, allí la habria adquirido, viendo que me proporcionaba dejar resuelta la duda procedente de la contradiccion que sobre los accidentes locales aparece entre lo que dice la *Crónica castellana* y lo que afirma la portuguesa.

La circunstancia de ser indispensable, para formar juicio completo, estar enterado de las operaciones que precedieron, y para valuar la importancia de la batalla, las ulteriores me obligaron á redactar con suficiente extension y método un relato de todas las que comprende aquella lucha, en que Aljubarrota fué el principal incidente.

A eso sólo debiera en rigor concretarse este libro; pero atendida la costumbre de autores dignos de ser imitados, de empezar los suyos con alguna noticia preparatoria acerca del país á que se contraen, juzgué oportuno acompañar una reseña de los principales sucesos políticos y militares ocurridos entre Castilla y Portugal hasta la época del que nos sirve de objeto.

Conduce este sistema á que en conjunto se reflexione sobre la relacion y enlace histórico de ellos, porque es sabido que todo grande acontecimiento tiene su raíz en otro ú otros que le precedieron, y que tal vez, creídos de escasa importancia, pasaron desapercibidos. Por esto se ha dicho que nada de cuanto ocurre es indiferente, y que hasta el suceso más baladí entraña el secreto de otros futu-

ros; idea que leímos hace poco mejor expresada y que trasladamos en el propio idioma del autor: *Les faits accomplis contiennent, si on sait distinguer l'essentiel de l'accessoire, les lignes générales de l'avenir* (1).

Fúndase nuestro trabajo en las noticias legadas por algunos importantes testigos y actores; y en las de los primeros cronistas, cuyos textos trasladamos íntegros, sin traducir los que no son castellanos, para que el lector forme juicio por sí mismo sobre ellos y nuestros comentarios. En esto, sin embargo de que todos corren impresos, creemos prestar un servicio, pues no todos los libros donde se encuentran son comunes fuera de las bibliotecas, ni de otro modo que viéndolos y cotejándolos juntos pueden satisfacerse las exigencias de una buena investigación. Con las notas aclaratorias, los extractos y citas que hacemos de los demás historiadores que poco ó mucho se ocuparon del asunto, pretendemos demostrar haberlo estudiado en conciencia. El pequeño mapa de Portugal y parte de Castilla que se acompaña, ayudará á seguir las operaciones descritas, y el croquis indicador del sitio de Lisboa, como los del reconocimiento del terreno y de la batalla de Aljubarrota, son indispensable complemento del texto; habiendo cuidado de que, así en él como en el mapa, vayan escritos los nombres propios de personas y localidades según la versión portuguesa, porque suele incurrirse en graves equivocaciones al alterarlos. Las otras viñetas que van unidas á las ilustraciones responden á objetos de interés ó de curiosidad ligados á la materia tratada.

Los cinco capítulos en que se divide el libro indican en

(1) E. RENAN; Artículo sobre la filosofía de la historia contemporánea, inserto en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º de Noviembre de 1859.

sus epígrafes, por orden correlativo, su contenido: 1.º Re-seña preliminar; 2.º Cuadro general circunstanciado de la guerra entre Castilla y Portugal desde 1384 hasta la paz definitiva de 1432; 3.º Documentos y crónicas sobre la batalla de Aljubarrota; 4.º Exámen comparativo de los textos históricos y estudio crítico de la guerra y batalla; 5.º Ilustraciones comprensivas de los monumentos, trofeos, recuerdos, tradiciones ó leyendas, y notas biográficas de los principales personajes que figuraron en la batalla; terminando por apéndice con un catálogo bibliográfico.

Del criterio con que he escrito, debo decir que, libre de la preocupacion que demanda levantar hasta la hipérbole nuestra historia, y negar ó esconder envueltos en el silencio los desastres, procuré ponerme en el caso de un extraño á los dos países que de buena fe expresa el resultado de sus investigaciones sin que le asalte el temor de que le acusen parcialidad por su nacimiento. Mas no por esto confío ni pretendo que se acepten infalibles ó acertados todos mis conceptos y conjeturas. Sospecho habrá portugueses que me atribuyan tendencias á rebajar la fama de la victoria de sus antepasados; y no faltarán compatriotas que censurando la eleccion del asunto, porque debiera relegarse al olvido por ignominioso en lugar de recordarlo y esclarecerlo, extrañen que no haya tenido habilidad, como español y militar, para pintarlo con más suaves colores por lo que padece, aunque sea el caso de lejanos tiempos, el honor y dignidad nacional. En su lugar estarán los que limiten su crítica á que no descubriendo nada nuevo importante, digan que era innecesario tocar esa llaga, precisamente cuando sólo conviene se trate de olvidar pasadas discordias, procurando se acerquen

los dos países hasta identificarse ó fundirse en uno, según el bello ideal de los que pretenden sea cosa fácil y hacedera hoy por medio de lo que llaman intereses materiales, civilización y libertades. Pero es curioso observar, sin embargo, que ningún adelanto se nota en ese camino, y que aparece contradicción en las teorías en que se fundan muchos de los que blasonando pertenecer á cierta escuela filosófica y liberal por excelencia, ambicionan por una parte aplicar en la Península el principio unitario de las grandes nacionalidades homogéneas de raza y de límites geográficos naturales, mientras por otra predicán emancipación del poder central, federalismos y autonomías absolutas, provinciales y comunales.

En los juicios y consideraciones que emito, podré estar alguna vez equivocado; y con gusto lo reconoceré, por la cita de documentos que no haya tenido presentes ó de apreciables textos que hubiese olvidado; mas, respecto á los cargos de otro orden, triviales parecerán á los que desapasionadamente nos examinen.

Los recuerdos de una victoria, diremos á los portugueses, no deben desvanecer hasta el punto de que por la exageración se haga increíble é irritante, y mucho menos pretender que con ellos se berran los de reveses y de luto. Y á los españoles les presentaremos, para que mediten lo que la historia en la edad antigua y en la época contemporánea ofrece, que todas las naciones, aún las más poderosas y guerreras, cuentan en sus anales grandes catástrofes y batallas perdidas no menos desiguales y de peores consecuencias que la de Aljubarrota, sin que por eso desaparezcan sus gloriosos blasones de otras empresas; y esto, no como consuelo, sino como lección; porque es preciso se tenga siempre en la memoria que nada

hay tan variado como la guerra ni tan variable como la suerte, de que provino aquel proloquio frances: «*Les armes sont journalières*», que quiere significar: la guerra tiene sus días, la fortuna es vária, la victoria alterna; ayer venció Pompeyo, hoy es vencido » (1).

(2) CAPMANY; *Prólogo á las ordenanzas de las armadas navales de Aragon*, Madrid, 1787. En otra parte hemos visto citada como bíblica la misma sentencia, sin su última comparacion naturalmente.

---

# CAPÍTULO PRIMERO.

## Reseña preliminar.

---

### SUMARIO.

Sucesos de guerra entre Castilla y Portugal desde el origen de este reino hasta fines del año de 1383.

«En la parte de España que hoy se llama Portugal, y casi es la misma que la antigua Lusitania, un nuevo reino se fundaba por estos tiempos en su distrito, no muy ancho, en el tiempo el postrero entre los reinos de España, en hazañas y valor muy noble y muy dichoso, pues no sólo antiguamente pudo echar de toda aquella tierra los moros enemigos de cristianos, sino los años adelante, en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres, mostraron tanto valor los portugueses, que con increíble esfuerzo y buena dicha, abrieron camino para pasar á todas las partes del mundo y sujetar en la Africa y en la Asia muchos reyes y provincias á su imperio.»—Así se expresa el gran historiador Juan de Mariana, y de ningun modo mejor podíamos empezar esta reseña, que copiando esos renglones en que condensa el principio y glorioso engrandecimiento de Portugal (1).

El casamiento que de su hija bastarda Teresa hizo Alfonso VI de Castilla con el conde Enrique, de la casa de Borgoña, al propio tiempo que el de Urraca con Raimundo, y el feudo que la concedió en dote del territorio Norte de Portugal que poseia unido á sus dominios de la corona de Leon, hácia el año de 1092, segun se cree, fué el acto que habia de preparar la formacion de

(1) *Historia general de España*, lib. x, cap. XIII. *De los principios del reino de Portugal*.

un pequeño reino independiente que, si es cierto figura con brillantes páginas en la historia, no lo es ménos que ha ocasionado sangrientas contiendas en la Península; porque separados los que eran hermanos habitantes de vecinas comarcas, nacieron, con el espíritu de emancipacion, antagonismos, resentimientos y tendencias ambiciosas de supremacía, que suelen ser sus naturales consecuencias.

Apénas se encontrará un político que absuelva á aquel soberano de la desmembracion que ocasionó, sin haberle servido de leccion lo ocurrido al fallecimiento de su padre; y frecuentemente se ha demostrado por escritores ilustres la serie de males derivados de aquel acto: cabe, sin embargo, alguna disculpa al considerar que esa donacion, que no estaria en su mente se agradeciera con tan pronta ingratitud, ni pasára nunca de los derechos de un señorío suzerano de Leon, iba arreglada á lo que las costumbres, como la organizacion social y política de la época, encontraban adecuado para el gobierno y administracion de los pueblos, cuando la primera necesidad exigida era la militar, la del mando, la de la reconquista y resguardo de la tierra; pues no siendo fácil que una sola mano atendiera á vasta extension de país, aquél era el modo natural y conocido de subdivision y de jerarquías que se adoptaba.

Las propensiones de emancipacion eran, por otra parte, en aquellos siglos, muy frecuentes, y dieron lugar á tantas guerras y repartos territoriales en las naciones de cristianos como en las musulmanas del Oriente, del Africa y de España. De un modo ó de otro, por este ó aquel pretexto, los príncipes suzeranos ó los señores feudatarios aspiraban á eludir su dependencia constituyendo un Estado y fundando una dinastía; lo mismo exactamente que hacian, con distintas denominaciones y organismo entre los mahometanos, los encargados del gobierno en las provincias, y los que, acaudillando fuerzas, alcanzaban fortuna en sus expediciones para adherirse la soldadesca. Por estas consideraciones, aunque deplorable en alto grado la donacion de Alfonso VI, no se debe mirar como extraordinaria ni condenarse en absoluto: en acontecimientos posteriores, y sobre todo en la *suprema razon de las armas*, es en lo que, como siempre acredita la historia, se halla la causa que dió verdadero fundamento á la nacionalidad portuguesa, y que aseguró y perpetuó la independencia de esa

preciosa banda occidental de la Península, ó de ese *jiron rasgado de España*, como dicen otros escritores. Intentamos que contribuya á demostrarlo esta ligera reseña preliminar y el total de nuestra monografía.

Á poco de muerto Alfonso VI vióse ya al conde Enrique, ligado con el rey de Aragon, penetrar en Castilla hostilmente contra la reina heredera doña Urraca y batirse en los campos de Espina, junto á Sepúlveda, en 1111, aspirando á desposeerla de buena parte de sus Estados, para realizar el pacto secreto que se cree hicieran los dos condes franceses, yernos del difunto monarca, de repartirse su herencia cuando faltára. Mas, fuese por desavenencia con el aragones, fuese por el halago de promesas de la Reina ó por efecto de su carácter versátil, encontrábase el año siguiente unido á los castellanos y gallegos sobre Peñafiel, sitiando á su anterior aliado, desde donde, fallidas las esperanzas de obtener cesiones de la Reina, se volvió de nuevo contra ella cuando estaba reconciliada ya con Alfonso de Aragon, su marido, y aún intentó apoderarse de Carrion.

Dejó á su fallecimiento, ocurrido en Astorga (1) el 1.º de Mayo de 1114, el conde Enrique, un hijo en edad de tres años, llamado Alfonso; y continuando en Castilla los disturbios á que daban ocasion la niñez del príncipe heredero y la conducta de su madre doña Urraca, intentó su hermana Teresa, y lo efectuó por el momento, apropiarse ciertos territorios de Galicia; pero perdiólos en breve y se vió, en castigo, invadidos sus Estados, sitiada en Lanhoso y aún amenazada de perder todo dominio, si no fuera porque de repente, por circunstancias desconocidas ó muy confusas, surgió la paz entre ambas hermanas.

Ascendido al trono, al fallecimiento de doña Urraca, su hijo Alfonso VII, que despues se tituló emperador, y no disimulando su tia doña Teresa las aspiraciones de independencia y de ma-

(1) El Padre Mariana (lib. X, cap. XIII de la *Historia general de España*) dice, en censura del lujo sepulcral de su época, que al conde D. Enrique *sepultaron en Braga en una capilla humilde; que la grandeza ó locura de los sepulcros que hoy se usan y de los gastos intolerables que en esto se hacen, no se habia introducido en aquella edad.*—Así se conserva todavía y lo hemos visitado en la antiquísima catedral de Braga.



yores dominios sobre comarcas de Castilla y Galicia, tolerando la apellidáran reina, y dando graves motivos de quejas por el valimiento de su favorito Fernan Perez, presentóse el Rey con grueso ejército y la obligó á abandonar algunas villas y castillos de Galicia y á que acatase su soberanía. Tuvo lugar por entónces la interesante leyenda de Egaz Moñiz, ayo del jóven Alfonso Enriquez, que habiendo salido por fiador del pacto que se hizo, y negándose luego el Conde á cumplirlo, se presentó en Toledo al Rey seguido de su familia en calidad de cautivo; y poco despues, hácia 1128 ó 1129, fué cuando, movidos contra el valimiento de Fernan Perez, levantaron la cabeza muchos señores portugueses con el conde ó infante Alfonso Enriquez, que contaba ya 17 años, alegando, entre otras cosas, el tenerle su madre apartado y oscurecido. Batidas por los rebeldes las tropas de doña Teresa en los campos de San Mamed, cerca de Guimaraes, quedaron presos ella y Fernan Perez, siendo en su consecuencia expulsados del territorio, con lo cual pudo considerarse el jóven Infante poseedor de hecho del condado de Portugal.

Alentado por este principio, adoptó las mismas aspiraciones de ambicion é independencia que tuvieron sus padres y que se habian extendido ya en los pueblos, no tardando en demostrarlo al ligarse con el Rey de Navarra, que tambien queria segregarse del imperio de Alfonso VII, y con varios inquietos condes gallegos, que le facilitaron ganar unos castillos de la comarca de Tuy en 1137, vencido Fernan Yañez (ó Joannes), que intentó resistirle en Allariz, y Rodrigo Vela y Fernan Perez, el expulsado favorito de su madre, en Cerneja. Una invasion de los sarracenos le obligó á dejar Galicia para acudir contra ellos; y desahogado el Rey de la guerra de Navarra, se dirigió á recuperar lo que su feudatario acababa de arrebatarse, y áun conseguido, se disponia á entrar en Portugal, cuando mediaron tratos y se pactó paz, en que el Conde portugues prometió, como vasallo, respetar los territorios de Leon y Castilla y ayudar al Soberano contra los moros ú otros cualesquiera enemigos.

En la atrevida expedicion que dos años despues emprendió al Sur del Tajo contra los sarracenos, alcanzó Alfonso Enriquez la afamada victoria del campo de Ourique, donde se pretende derrotó á cinco reyes ó caudillos coligados, y que fué aclamado por rey sobre el mismo campo de batalla por los soldados llenos de

entusiasmo, á la manera que los legionarios romanos concedían el título de *imperator* á sus cónsules ó generales victoriosos.

Sérias discusiones se han promovido sobre esta batalla de Ourique, porque no concuerdan con la tradicion popular para darla tanta importancia ni las más antiguas crónicas de cristianos, ni las de los árabes; pero es tan arraigada y querida en Portugal, que condenan al que se atreve á rebajarla, como ha sucedido al moderno historiador Herculano por suponer fabulosa la leyenda de los milagros y pormenores maravillosos de que se revistió el acontecimiento (1). Sea lo que quiera acerca de eso, que no es aquí de nuestro objeto, de allí parte, segun la opinion vulgar, el origen de la monarquía portuguesa, pues aseguran que Alfonso Enriquez, que sólo se titulaba ántes infante, aceptó desde entonces el que le dió la aclamacion de sus guerreros; y que pres-

(1) En uno de las eminencias que hay entre la Sierra de Monchique y los campos al Sur de Beja, se dice, estaba situado el castillo de *Orik* ú *Ourique*, y que allí tuvo lugar la batalla el día 25 de Julio de 1139, mandando Ismar á los moros Almoravides. Visitando el territorio en 1573 el rey D. Sebastian, y doliéndose de que ningun monumento consagrara la memoria de tan feliz suceso; refiere el maestro Andres Resende, que mandó se erigiera un templo y un arco de triunfo, para el cual compuso la siguiente inscripcion: *Heic contra Ismarium quatuor- que alios Saracenorum Reges, Innumeramque Barbarorum multitudinem pug- naturus fella Alphonsus Henricus ab exercitu primus Lusit. Rex appellatus est, et à Christo, qui ei crucifixus apparuit ad fortiter agendum commotus, co- piis exiguis tantam hostium stragem edidit, ut Cobris, ac Tergis fluviorum con- fluentes cruore inundarint, Ingentis, ac Suspendæ rei, ac in loco, ubi gesta est, per infrequentiam obsoleveret, Sebastianus I. Lusit. Rex, bellicæ virtutis admi- rator, et maiorum, suorum gloria propagator, erecto titulo memoriam renovavit.*

No se sabe que el arco de triunfo llegará á construirse, pero se cree que la inscripcion estuvo puesta en el de una iglesia que se erigió en el pueblo de Cas- troverde, inmediato al sitio de la batalla, y es hoy la parroquia de la villa. Otra iglesia se levantó tambien allí, consagrada á las llagas del Salvador, en el punto donde la tradicion supone estaba la caverna del santo ermitaño que anunció su victoria á Alfonso Enriquez.

En los *Cuadros históricos de Portugal*, por Antonio Feliciano del Castillo, se acompaña la perspectiva de los dos templos con el planito del terreno, y otro di- seño de una pirámide que la reina doña María I mandó erigir en aquel pueblo en 1791, en cuyo basamento se gravó la inscripcion de Resende, más otra que consignaba ser ella la que levantaba el monumento. Derribada y rota en 1803 por un espantoso vendaval, sólo queda en el día el basamento con sus inscrip- ciones.

Debo aquí añadir que si bien consta que la primera de dichas iglesias fué mandada edificar por el rey D. Sebastian, sin duda no llegó á cumplirse, ó que- dó inacabada cuando ocurrió su desventurada muerte, pues he leído que Feli- pe II es quien la hizo construir despues de la incorporacion de Portugal á sus dominios.

ciendiendo inmediatamente del juramento y de los pactos recién firmados con su soberano de Leon, emprendió en 1140 otra carrera hostil en el distrito de Tuy, en la que no logró igual fortuna que la vez primera, pues tuvo que retirarse desbaratado y herido.

Para castigar á su altanero súbdito penetró en Portugal Alfonso VII, llegando á establecerse frente al castillo de Peña de la Reina, desde donde, adelantado, el conde Ramiro, lo batió é hizo prisionero Alfonso Enriquez, que animado con esa ventaja, pasó á poner su campo á vista del del Emperador, mediando entre ambos la vega de Vez ó de Val de Vez. Trabáronse entonces algunas escaramuzas, y tuvieron alardes y torneos de guerra, en que pareció que los condes castellanos llevaron la peor parte; terminando todo por pactarse una suspension de armas, que se convirtió luego en tratado de paz y concordia, por mediación del Arzobispo de Braga, y regresó á Castilla Alfonso VII.

Se ha pretendido por escritores portugueses, y Mariana lo dice guiado por ellos, que en esa ocasion se dió una formal batalla, que perdió el Rey, saliendo herido; mas la moderna notabilísima *Historia de Portugal* por Herculano sólo consigna lo que se acaba de indicar en extracto, expresando que no consta muriere nadie en tales funciones, que adquirieron el nombre de *Jogo do Bufundio ó de la Bufenda*. Esto no obstante, la tradicion apellidó con posterioridad á la vega de Val de Vez *campo de la Matanza*, porque, segun el vulgo, al ser deshechos los castellanos y herido el Rey, hubo gran mortandad y quedaron prisioneros siete condes. Envueltos esos acontecimientos en gran confusion y obscuridad, parece sí indudable que Alfonso Enriquez prosiguió titulándose rey y obrando con mayor independencia de Castilla, lo cual induce á creer que aunque no estuviera reconocido por su monarca, juzgaria éste difícil el someterlo, y tenía que tolerar, mal de su grado, los pasos que adelantaba en el camino de la emancipacion.

Con posterioridad á esos sucesos, se forjó en el siglo XVII la fábula que supone convocó Alfonso Enriquez las Córtes de Lamego, y la ley fundamental dictada en ellas para la sucesion á la corona, bajo el principio más radical de independencia absoluta, pues decia que si heredase el reino una hembra y *casase con príncipe extranjero, no fuera reconocida por reina, porque no queremos que nuestros pueblos se vean obligados á obedecer á un rey que no haya*

*nacido portugues, puzsto que sólo nuestros vasallos y compatriotas, sin el socorro de nadie, nos han hecho rey por su valor y á costa de su sangre (1).*

Hacia el año de 1143 se avistaron en Zamora, por mediación del cardenal Legado de Roma, el Rey de Castilla y Alfonso Enriquez, consiguiendo éste en las paces que hicieron, que se le reconociera el título real y obteniendo ademas el señorío de Astorga en calidad de feudo del Emperador. Debe, por tanto, ser desde ese tratado cuando en rigor emperó el reino y la dinastía real de Portugal, aunque todavía de cierta manera ligada con alguna dependencia del imperio de Leon y Castilla, y á pesar de que su total desprendimiento con la sancion del Santo Padre, que era fórmula tan solemne como indispensable, se dilató hasta años más adelante.

Satisfecho de su elevacion el nuevo Soberano, dedicó la extraordinaria actividad, inteligencia y esfuerzo de que estaba dotado, no sólo á afirmar su poderío y regir los pueblos, sino á ensanchar los límites del Estado, peleando contra los infieles hasta ganarles definitivamente, despues de repetidas campañas ó expediciones, algunas adversas, pero las más dichosas, á Leiria, Santarem, Lisboa y otros lugares al Sur del Tajo. Mas, llevado de excesivo celo por la independencia, y creyendo ver una amenaza en las murellas mandadas levantar en Ciudad-Rodrigo por el rey de Leon D. Fernando II, que habla casado con su hija, se apresuró á enviar tropas para destruirlas, bajo el mando de su primogénito Sancho, que, faltándole la suerte que engraña á su padre, ó aventuradó como inexperto, pues sólo contaba 13 ó 14 años de edad, sufrió gran descalabro del leonés, su cuñado, con pérdida de muchos prisioneros, á que el Rey concedió enseguida libertad (2). No templó ese noble proceder el despacho de Alfonso Enriquez,

(1) Aunque muchos escritores creyeron verdaderas esas córtes y ley, está harto comprobada la supercheria para que nadie les dé ya valor. Don Martín de los Heros leyó una disertacion á la Academia de la Historia, titulada *Exámen histórico crítico de la supuesta aclamacion del primer Rey de Portugal en el campo de Ourique, y falsedad de las Córtes de Lamego*.

(2) Difieren algo los autores sobre la fecha y paraje en que esto acaeció, pues *Arraganal* ó *Arganal*, que es como nombran la localidad, se encuentra en Galicia; debe sin duda entenderse fué en *Argañan*, segun pone la *Crónica de la orden de Alcántara*, por Torres y Tapia, que es una dehesa cercana á Ciudad-Rodrigo, entre los rios Turones y Águeda, y ocurrió en el año de 1167.

como parecia natural, ántes al contrario, quiso reparar pronto el prestigio de sus armas, y penetró en Galicia para apoderarse de Tuy y del territorio de Toroño y Limia.

En 1169 deseó hacerse dueño también de Badajoz, plaza que estaba aún por los moros, desoyendo las reclamaciones del Rey de Leon, á quien, segun ciertos pactos anteriores, pertenecería su conquista; y marchando sobre ella, la estrechó y tomó la ciudad, obligando á los defensores á encerrarse en la alcazaba, donde se habrían rendido sin la llegada oportuna del ejército leonés. Encontráronse con esto los portugueses en terrible conflicto, sitiados y sitiadores á un tiempo; introdujo socorro en la alcazaba don Fernando II, y atacando desde ella los moros á la ciudad, mientras el de Leon lo verificaba desde afuera, tuvieron que huir con mucha pérdida los de Alfonso Enriquez, y quedó él prisionero por tropezar su caballo al salir por una puerta, y caer sin sentido fracturada una pierna. Usó el Rey de Leon generosamente de su victoria, pues le hizo atender con esmero, y le restituyó la libertad, á condicion de que abandonase las tierras y los castillos que retenia en Galicia y de que le enviase veinte caballos de batalla.

Por fortuna, en vez de las frecuentes lides que venimos ya registrando entre las dos naciones vecinas y entre sus monarcas, próximos parientes, se nos presenta ahora la ocasion de anotar el primer caso de alianza ó de mutuo auxilio contra el comun enemigo y en pro de los intereses de sus pueblos, cuando en 1184 invadió Iusuf-Abu-Yacúb el Alemtajo y puso sitio á Santarem; pues acudiendo con fuerte socorro D. Fernando II, decidió á los moros á emprender una desastrosa retirada, y libró á Portugal del apurado trance. ¡Ojalá que tan bueno y leal ejemplo hubiera quedado presente para siempre, y que ya que habian de estar separados los dos pueblos, lo adoptáran como norma política en sus futuras relaciones!!

Éste fué el último importante suceso militar en la vida de Alfonso Enriquez, que falleció el 6 de Diciembre de 1185, despues de haber gobernado á Portugal 12 años como conde é infante, y 45 como rey, dejando por sucesor á su hijo Sancho I, que apellidaron ó *Povador* (el Poblador) (1).

(1) Se le dió sepultura al cadáver de Alfonso Enriquez en la capilla mayor de la iglesia del monasterio de Santa Cruz en Coímbra, que él habia fundado; y

Resalta, desde luego, en esta ligera ojeada sobre los incidentes y guerras que produjeron la fundación del reino de Portugal, que si ayudó la fortuna á las aspiraciones del príncipe Alfonso Enriquez y á su valor y sagacidad política, concediéndole larga vida para que pudiese dejarlo á su descendencia afirmado y ensanchado, fueron las armas el más principal, si no el único, de los medios y resortes que se lo proporcionaron.

Era Alfonso; segun un contemporáneo sayo, á que se refiere el historiador Herouland, diestro en las armas, elocuente, cauteloso y de claro ingenio, con noble persona y bello rostro; pero se le considera tambien por sus hechos algo versátil, falso y altivo.— A la gloria de apellidarse creador de una nacion juntó el mérito de saber transmitir á los pueblos su mismo espíritu belicoso y el amor á la independencian y engrandecimiento, de que se mostró tan ardientemente apasionado desde la juventud; cualidades que robusteciéndose en las generaciones sucesivas, hicieron asombrar el mundo de las empresas portuguesas al cabo de algunos siglos.

Cualesquiera que fuesen sus defectos ó las reprobadas acciones

como al visitar aquel templo en 1802, el rey D. Manuel encontró en un mesquino el sepulcro del primer monarca portugués y el del segundo D. Sancho I., colocado enfrente, mandó en el acto se les erigiesen otros más suntuosos (*de labor muy prima*, dice Mariana), al propio tiempo que se verificaba la magnífica restauración de la iglesia, esculpiéndose en aquél el siguiente epitafio en latín, que se conserva en perfecto estado, y damos traducido de la version que hace la *Monarquía Portuguesa*, por Fr. Manoel dos Santos.

*Al primer Rey de Portugal D. Alfonso Enriquez, clarísimo por sangre real, religioso y heroico; el qual vencidos en varias batallas el emperador D. Alfonso Rey de Castilla en defensa de su reino, y veinte reyes moros poderosísimos, acompañado de grandes ejércitos, en aumento de la cristiandad, y no teniendo él de su parte sino pocos soldaditos, con la pavorosa de la fe y grandísima de ánimo de que era dotado, libró de la esclavitud de los moros y restituyó á la Iglesia de Cristo, Lisboa, Santarem, Évora y otras catorce poblaciones fortísimas. Fundó y dotó liberalmente este Monasterio, el de Alcobaza y otros muchos. Dejó al reino y á sus descendientes, con las armas en que se representan las Uagas de Cristo, un ejemplo maravilloso, cuya virtud se iguala á sus obras, y no da lugar á pasar adelante en su elogio. A este inolito Príncipe, tan benemérito de la república cristiana, de su patria, reino y vasallos, mandaron sus piadosos herederos levantar este sepulcro. Falleció en el año del Señor de 1185, teniendo 73 de reinado y de edad 91, el sexto día del mes de Diciembre.— Descansa en paz.*

Advierte el padre Fr. Manoel dos Santos acerca de este epitafio, la equivocación de los 91 años de edad y 73 de reinado que le asigna, pues habiendo nacido en 1111 ó 1112, sólo podía tener 73 ó 74 á su fallecimiento.

á que la rudeza de los tiempos y las exigencias de la política le condujeron, la historia tiene que señalarle un lugar muy distinguido entre los grandes hombres de la Península, y en él se nos ofrece elocuente ejemplo de que sólo es digno de obtener el alto honor de fundar estado y dinastía aquel á quien Dios concede esas prendas de entendimiento privilegiado, de vigoroso carácter, de esforzado ánimo y de noble espíritu, de que tanto distan la rastrera ambición y las cobardes intrigas de otros usurpadores é intrusos, que en distintas épocas y países registran los anales.

*Los héroas, dice Vertot, fundan imperios, y los cobardes los pierden: sentencia exactísima, con raras excepciones, en sus dos extremos, y que se viene á la memoria cada vez que en el curso de los siglos se presentan los acontecimientos que hacen nacer ó hundirse las naciones y las dinastías.*

Constituido el Portugal en estado independiente, prosiguieron los herederos de Alfonso Enriquez con gran perseverancia no sólo en asegurarlo y en dilatar sus límites conquistando las tierras que aún estaban en poder de moros al sur del Tajo, si que también aspiraron en ocasiones á adquirir otras comarcas, y aun los reinos enteros de Leon y Castilla, de donde el suyo procedia, valiéndose para ello, ó utilizando alternativamente las alianzas matrimoniales y las frecuentes revueltas ó contiendas que agitaron España durante los siglos XII y XIII.

Al enlace del rey de Leon Don Fernando II con una hija de Alfonso Enriquez, siguió en 1190 el de la hermosa infanta de Portugal Teresa, hija de Sancho I, con Alfonso IX de Leon; cuyo matrimonio, anulado por el Papa á los seis años por razon de parentesco, coincidió con la alianza en que entraron con el Rey de Aragon, bajo pretexto de ampararse contra Alfonso VIII de Castilla. Nada notable para nuestro objeto dimanó de esa alianza, pero fué causa, segun se cree, de que dejaron sólo al valeroso Castellano en la funesta jornada de Alarcos, en 1195 (1).

Restablecidas mejores relaciones, posteriormente se verificó el

(1) El historiador Herculano hace constar que asistieron á la batalla, con alguna gente de Portugal, el maestro de la orden de Évora, Gonzalo Viegas, y el antiguo alcaide de Silves, Rodrigo Sanchez, y que ambos perecieron.

casamiento de Urraca, hija de Alfonso VIII, con el príncipe Alfonso, primogénito de Sancho I de Portugal, lo cual facilitó en 1212 el auxilio de la caballería de los Templarios, con muchos nobles señores y bastante infantería ó peonaje, para la siempre memorable batalla de las Navas de Tolosa, en que pelearon con su acostumbrado valor, unidos al cuerpo que acaudillaba el Rey de Navarra (1).

La muerte de Sancho I, en el año anterior, y los graves asuntos que ocupaban á la sazón á su hijo Alfonso II, impidieron á éste acudir en persona á aquella expedición, donde algunos suponen estuvo; pero envió, como se acaba de indicar, un cuerpo escogido, haciendo contraste con el proceder del de Leon, que no sólo eludió asistir á la gran cruzada, sino que se aprovechó de ella para apoderarse de los lugares de Castilla que creía pertenecientes al dote de su mujer doña Berenguela, y penetró además en Portugal socolor de favorecer al infante D. Pedro y á sus hermanas contra el Rey, batiendo en Val de Vez á los que quisieron resistirle, ocupando ciudades y castillos, y hasta pensando en agregar aquella provincia á su corona. La vuelta del victorioso Alfonso VIII libró á los portugueses de tal situación, porque obligó al de Leon á retirarse, y al año siguiente, en la paz de Valladolid, pactó no molestar á Portugal y restituyó cuanto le había tomado.

Nuevo casamiento se proyectó despues entre la infanta portuguesa Mafalda y D. Enrique I, hijo y sucesor de Alfonso VIII de Castilla, que no pudo llevarse á efecto por oposicion del Papa, á causa del cercano parentesco, pero que citamos aquí para no interrumpir la serie de esos enlaces.

Ascendido al trono D. Fernando III el Santo, y uniéndose en él las dos coronas de Leon y Castilla, siguieron amistosas relaciones con Portugal durante su feliz reinado, no obstante haber intervenido hácia 1246 ó 1247 en favor de Sancho III, enviando un cuerpo de tropas para auxiliarle, conducido por su hijo D. Alfonso, con motivo de la revolucion levantada contra él, acaudillada por su hermano el Conde de Bolonia, que le había obligado

(1) Iban los auxiliares portugueses bajo el mando del gran maestro de la orden del Temple en toda España, Gomez Ramirez, que selló con su sangre la victoria.



á refugiarse en Castilla. La expedicion entró por Riba de Coa, y marchó hasta llegar cerca de Leiria sin obtener el resultado que se buscaba de apaciguar los disturbios, pues regresó, y el desgraciado Rey murió en Toledo el año siguiente (1).

En la conquista de Sevilla, en 1248, debieron asistir tambien algunos caballeros portugueses, puesto que el infante D. Pedro figuraba en el séquito triunfal del Rey al verificar su entrada para tomar posesion de la ciudad.

Interrumpióse esta prolongada armonía reinando D. Alfonso X el Sabio, con motivo de la reduccion de Niebla y una parte del Algarve, que llevó á efecto sobre los moros, por las complicaciones que surgieron en razon á que titulándose rey de los Algarves el de Portugal, desde la toma de Silves en 1189, y poseyendo territorios de aquella provincia, resistia reconocer la última adquisicion de Castilla. Hizo por esto D. Alfonso X en 1252 una reclamacion armada á D. Alfonso III de Portugal, de las plazas que por allí poseia, fundado en la donacion que de ellas le ofreció su hermano y antecesor Sancho II, de sobrenombre *Capelo*, cuando intervino para ayudarle contra las usurpaciones de que fué víctima; y prolongándose las negociaciones hasta el año siguiente, se avino al fin el Portugues á entregar el Algarve, ajustándose su matrimonio con Beatriz, hija bastarda de D. Alfonso el Sabio.

El escándalo y las dificultades que produjo ese enlace por estar casado D. Alfonso III con la Condesa de Boloña, terminaron al fallecer esta señora por la legitimacion que le acordó el Santo Padre; y como iba en él simulada la futura cesion de la provincia, solicitaron del Rey de Castilla los esposos, en cuanto tuvieron sucesion, que les concediera en feudo toda la parte conquistada, con derecho legitimo á lo demas para ellos y sus herederos; gracia que les otorgó el Monarca por cariño á su hija y debilidad de carácter; imponiéndoles por única obligacion el envío de cincuenta hombres á caballo auxiliares cuando él los requiriese; de

(1) La influencia que ejercia en Sancho su mujer, hija del Sr. de Haro, y defectos de carácter, motivaron primero inquietudes, y luego una especie de revolucion en Portugal, en que rebeldes contra él muchos de sus vasallos, lograron una bula del Papa que le destitua: faltáronle, en consecuencia, casi todos los que se le mantenian fieles, y se encargó del gobierno su hermano D. Alfonso, conde de Boloña, con el título de regidor. Don Sancho, apellidado *Capelo*, se refugió á Toledo, y allí permaneció á expensas del Rey de Castilla hasta su muerte, tomando entónces su hermano el título de rey Alfonso III.

cuyo feudo y servicio les libertó tambien en 1269 á ruegos de su nieto el jóven D. Dionis, que siendo el primogénito de Portugal, pasó á Sevilla como embajador de su padre.

Con la menor edad de D. Fernando IV vinieron á Castilla grandes inquietudes, en que tomó activa parte el rey de Portugal D. Dionis, llevando siempre por mira sacar utilidad para su país. El revoltoso infante pretendiente D. Juan logró su favor y que declarára la guerra; y como la situacion era angustiosa, pasó á avistarse con el Portugues el otro infante D. Enrique, co-regente con la Reina Madre; quien, plegándose á lo que las circunstancias exigian para evitar mayores daños, pactó una tregua mediante el abandono de algunas ciudades que reclamaba y el reconocimiento de los señoríos de Leon para el expresado D. Juan. Mas apénas conjurada esa tormenta, formaron liga contra Castilla en 1296 todas las naciones vecinas, incluidas Granada y Francia, apellidando el derecho al trono de D. Alfonso de la Cerda, pero aspirando cada una á ganar algo en los despojos del reino. El talento y la constancia imperturbable de la reina doña María de Molina lograron salvar al Estado de aquella nueva amenaza: rechazó primero con noble altivez la propuesta que la hicieron de casarse con el infante D. Pedro de Portugal para atraerse el apoyo del rey D. Dionis, y permaneció luégo serena en Valladolid, cuando por todos lados veia invadir el reino y avanzar los portugueses hasta Simánkas. Por fortuna en ese extremo conflicto tuvo que suspender su marcha D. Dionis y retirarse á Portugal á causa de la enorme desercion que cundió en la hueste, de la falta de subsistencias, de la mala acogida que recibia en los pueblos, y por la coincidencia de que su aliado el infante D. Juan reconoció entónces á su sobrino como soberano, y se apartó de la liga.—Aprovechó doña María esa favorable coyuntura para procurar una entrevista con D. Dionis, y en ella, año de 1297, estipularon paz mediante los casamientos de D. Fernando IV con la infanta portuguesa Constanza, segun se habia ántes proyectado, y del Príncipe heredero de la corona de Portugal con la infanta de Castilla Beatriz, que llevaria en dote varias plazas, obligándose D. Dionis á ser aliado y auxiliar del reino castellano.

Años despues, en 1328, vemos repetido otro doble enlace matrimonial casando el jóven rey de Castilla D. Alfonso XI con la infanta María, hija de Alfonso IV de Portugal, y el primogénito

de este D. Pedro con la infanta Blanca de Castilla; pactándose, al celebrar las bodas en Ciudad-Rodrigo, estrecha amistad y alianza; de que, en demostracion, facilitó el Portugues quinientos caballos auxiliares para una expedicion que se iba á emprender contra Granada.

Pero, como si la fatalidad interviniera para que estos matrimonios engendraran discordias en vez de unir las familias reales y las dos naciones, surgió en 1336 otra formal contienda; resentido el Portugues de la conducta de su yerno que, en los ruidosos amores con la favorita, menospreciaba á la Reina, su hija, empezó por intervenir reclamando á favor del rebelde D. Juan Nuñez de Lara en concepto de vasallo suyo por ciertas posesiones de que era señor en Portugal, y por la amistad particular que le unia con él y con D. Juan Manuel; contestó con arrogancia el Monarca de Castilla; declaróse la guerra; pasaron los portugueses la frontera, y sitiando á Badajoz, extendieron correrías por la comarca.

Distraido á la sazón D. Alfonso XI sobre Lerma contra el rebelde D. Juan Nuñez de Lara, no pudo acudir desde luego á Extremadura; pero hizolo D. Enrique Enriquez con algunas fuerzas ligeramente reunidas, y situándose en Barcarrota, batió y dispersó con grandes pérdidas de gente y del pendon real, á D. Pedro Alfonso de Sosa, que fué destacado por el Rey con 8.000 peones y alguna caballería para desalojarle; levantando en su consecuencia el sitio de Badajoz á toda prisa los portugueses y repasando la frontera hostigados en la retaguardia (1).

Al año inmediato invadió el Alemtejo D. Alfonso XI por Yélvos ó Elbas, mientras D. Pedro Fernandez de Castro hacia otra entrada desde Galicia, y Pero Nuñez desde Guzman por la ribera de Coa, causando en el país el mayor daño; pero retrocedió el Rey á los pocos dias creyendo que su contrario habia pasado el Guadiana, y fué hácia Cheles, desde donde, enfermo de calenturas, se dirigió á Olivenza y Badajoz y luego á Sevilla: allí recibió la feliz nueva de la gran victoria marítima, suceso el más importante de aquella guerra, alcanzada por el almiranté D. Al-

(1) Segun se dice en las *Ilustraciones de la casa de Niebla*, por Pedro Barrantes Maldonado, ocurrió esto en 1336; y refiere que á consecuencia de esa accion quedó como refran entre los castellanos, *Portugueses, volved por la ropa á Villanueva de Barca Rota*.

fonso Jofre Tenorio cerca de Lisboa con su escuadra de Castilla sobre la portuguesa que quedó batida, apresadas ocho naves, inclusa la *Capitana*, echadas seis á pique y dispersas las restantes con gran número de prisioneros, entre los que se contaban el almirante Manuel Pezano y su hijo.

No satisfecho todavía con eso el resentimiento del Castellano, emprendió despues nueva campaña por el Algarve dirigiendo la marcha por Gibrleon á Ayamonte; pasó el Guadiana cerca de la desembocadura á favor de un puente que hizo construir con las galeras que subieron por el rio, continuó á Castro-Marín y Tavira, y extendió partidas á Faro y Loulé, causando estragos en la tierra hasta que la falta de bastimentos le obligó á regresar á Andalucía por la misma ruta.

La activa mediacion del Legado del Papa que, como otras veces aconteció y habia aún de repetirse más adelante, negociaba la paz y la reconciliacion entre los dos soberanos, consiguió, por fin, se ajustase en 1338 una tregua de diez y ocho meses, que puso término á la cruda guerra en que estaban empeñados, y que el de Portugal observó lealmente, rechazando poco despues la oferta del Gran Maestre de Alcántara de entregarle las plazas de la frontera si le apoyaba en su rebeldía contra D. Alfonso XI.

Los vaivenes de la fortuna hicieron que el almirante vencedor de los portugueses, Jofre Tenorio, pereciese en la terrible derrota de su escuadra por la de los moros, frente á Gibraltar; y acudiendo el Rey de Castilla al de Portugal en demanda de la suya, como auxilio, por medio de la reina doña María, se apresuró á enviarla á Cádiz bajo el mando del mismo Pezano, restituido ya en libertad á consecuencia de la tregua, que por último se convirtió en tratado de paz, y se firmó en Sevilla á 10 de Julio de 1340. Obligáronse en él los dos monarcas á la devolucion de las plazas y castillos que retenian, á transigir amigablemente los daños y perjuicios recíprocos durante la guerra, al canje de los prisioneros, al olvido de quejas y discordias, á no pactar sin mutuo acuerdo treguas con Marruecos, y al casamiento del príncipe heredero de Portugal con la infanta Constanza, devolviendo á Castilla su primera esposa doña Blanca, inhabilitada para el matrimonio por su estado de demencia y parálisis, con las ciudades que llevó en dote.

Un gran peligro amagaba por entónces á las monarquías cristianas de la Península, aunque principalmente á la de Castilla, por

la irrupcion africana que, á semejanza de las de los Almoravides y Almohades y contando con el apoyo de los moros de Granada, podía renovar en toda España las calamidades de pasados siglos. Hízoles esto á los Reyes posponer sus interiores querellas ante el comun enemigo, y oyeron la cruzada pedida por Alfonso XI con asentimiento, en particular el portugues D. Alfonso IV cuando su hija la reina doña María fué con ese objeto á suplicarle auxilio de tropas para la empresa que iba á acometer su marido contra la innumerable morisma de Abu-Hassan de Marruecos y de Iusuf de Granada; por lo que se dirigió al instante el mismo D. Alfonso XI á Évora para avistarse con su suegro en Juro-menha, donde convinieron en los pormenores de la alianza y en apresurar su ejecucion.

Cumplió sus ofertas D. Alfonso IV presentándose en Sevilla exactamente para la fecha que se le indicó con mil jinetes, en que iban los maestros de las órdenes de Santiago y de Avis, el prior de Orato en la de Cristo, Álvaro Gonzalo Pereira, que llevaba el pendon real, y los mejores capitanes del reino, sin haber aguardado se le incorporase la gente de á pié para no dilatar su llegada. El ejército cristiano emprendió en seguida la marcha sobre Tarifa, poniéndose bajo el mando del monarca portugues en la ala izquierda hasta tres mil caballos de la orden de Alcántara y de otros caballeros de los más lucidos de Castilla; con los cuales, ademas de sus portugueses, y teniendo enfrente á los moros granadinos, concurrió á la brillante batalla del Salado el 30 de Octubre de 1340 (1).

No nos toca hacer relato de tan célebre victoria ni de la parte que en ella tomaron nuestros vecinos; pero sí debemos complacernos en su recuerdo, como ejemplo y por analogía al de Alfonso VII acudiendo á salvar á Santarem, de que ántes se hizo mencion: pronto habia de olvidarse, por desgracia, para volver á encenderse el fuego de crueles guerras entre las dos naciones hermanas.

Vueltos á su país los portugueses (2), todavía tuvo Castilla el

(1) Algunos escritores portugueses, como D. Juan Baptista de Castro en su *Mapa de Portugal*, llevados de extravagante exageracion de patriotismo, hablan de esta batalla cual si sólo hubiera sido decidida y ganada por D. Alfonso IV, haciendo caso omiso del Rey de Castilla y de su ejército.

(2) Al regresar á Sevilla victoriosos presentó D. Alfonso XI á su suegro todos

eficaz auxilio de la escuadra aliada, cuyo almirante Carlos Pezano, hijo del anterior, prestó importantes servicios en el Estrecho durante el prolongado sitio de Algeciras, y en el de Gibraltar, en que murió D. Alfonso XI víctima de la peste, año de 1350.

En la primera época del turbulento reinado de D. Pedro de Castilla observó D. Alfonso IV de Portugal una leal política correspondiente á su anterior proceder, oponiéndose y desbaratando el plan urdido por D. Juan Alfonso de Alburquerque y otros rebeldes al Castellano para que se proclamara rey de Castilla á su hijo D. Pedro, que destronado el otro, debía considerarse con el mejor derecho como nieto de D. Sancho el Bravo, y que así llegarían á verse unidas las dos coronas en él á la muerte de su padre.— Ascendido despues al solio este príncipe D. Pedro, contrajo, sin embargo, amistad y alianza con el de Castilla, pactando los casamientos, que no llegaron á realizarse, del infante de Portugal D. Fernando y de sus hermanos bastardos D. Juan y D. Dionis con las hijas del de Castilla, Beatriz, Constanza é Isabel, y ademas convino en auxiliarle contra Aragon, como lo verificó dos veces, con diez galeras y alguna tropa terrestre.

Las mudanzas de la fortuna ocasionan por lo comun otros cambios en las alianzas; que nada hay tan ingrato y olvidadizo como la política, y por esto probablemente, cuando, malparado D. Pe-

los trofeos y despojos de la batalla, brindándole á elegir cuanto gustase; á lo que Alfonso IV se concretó á tomar algunas espadas, espuelas, sillas y frenos; esto es, *prendas de gloria y no de interes*; pero eso no obstante, el Rey de Castilla, segun vemos en otros autores y en el *Memorial Histórico Español*, tomo VIII, *Ilustraciones de la casa de Niebla*, le añadió cierto número de cautivos, entre ellos el infante nombrado Abo-Amar, ó Texefin-Abn-Amr-el-Omar, que rescatado despues, llegó á ser rey de Fez. Tambien expresa Barrantes Maldonado en dichas *Ilustraciones de la casa de Niebla*, que entóncesse devolvió al Rey de Portugal el pendon real que se ganó en la batalla de Villanueva de Barca Rota y el de su escuadra, perdido en el combate cerca de Lisboa cuando fué desbaratada por el almirante Jofre Tenorio; y que igualmente admitió el famoso ejemplar del Koran que estaba sobre los despojos, llamado *Mushaf al Obsamant*, por pretenderse perteneció y lo escribió de mano propia el tercer kalifa Otzman, y que estuvo muchos años en la gran mezquita de Córdoba en tiempos anteriores. Más adelante, añade Maldonado, volvió á Marruecos, rescatado á buen precio en Portugal.— El ángel que estaba sobre el antiguo sepulcro de Alfonso IV en la catedral de Lisboa, tenia una larga bocina ó trompeta que procedia de los trofeos del Salado; pero, por desgracia, destruido aquel mansoleo en el terremoto de 1755, se perdió sin duda, pues nada aparece en el moderno que le substituyó.— En el concepto conmemorativo de la batalla del Salado, se contempla aún en Évora, junto á una capilla de la catedral, una lápida de mármol con inscripcion.

dro el Cruel por los progresos de su hermano D. Enrique de Trastámara, se refugió en Portugal, hízole entender aquel soberano que abreviase su residencia, porque *no cabian dos reyes en una provincia*; en vista de lo cual se trasladó á Galicia, y de allí á Bayona, para emprender su campaña de restauracion, ayudado de los ingleses del Príncipe Negro.

Al llegar á Sevilla D. Enrique, creyéndose ya posesor del reino, entabló negociaciones con el de Portugal, logrando ser reconocido y pactar amistad y concordia; lo que á su turno volvió á solicitar D. Pedro el Cruel desde Búrgos, despues de ganada la batalla de Nájera, del rey D. Fernando, que acababa de suceder en Portugal á su padre D. Pedro.

Apoderado definitivamente del reino de Castilla D. Enrique II el Bastardo á consecuencia de la tragedia en Montiel, quiso disputárselo D. Fernando de Portugal, que no sin fundamento pretendia tener derecho, como biznieto de D. Sancho el Bravo, una vez extinguida la línea masculina legítima con la muerte de don Pedro el Cruel. Al efecto procuró aliarse al Rey de Aragon, pidiéndole su hija en casamiento, y concertando se quedára con el reino de Murcia y Cuenca, y él con lo restante de Castilla; y mientras trataba tambien con los moros de Granada para que distrajesen al enemigo, como en efecto lo verificaron apoderándose de Algeciras, penetró con fuerzas en Galicia, llamado por los parciales de la causa de D. Pedro, y ocupó á la Coruña y otras ciudades (año de 1369).

D. Enrique, que estaba á la sazón sobre Zamora para reducirla, marchó hácia allá con las compañías de Bertran Duguesclin y otras tropas castellanas; y como D. Fernando no quiso aventurarse á esperarlo, pues se embarcó para Portugal, mandando á los suyos por tierra, excepto corto número que quedaron en Galicia con el maestre de la Orden de Cristo, pasó el Miño para hacerle cruda guerra en su propio país al competidor. Sitió y obligó á capitular la ciudad de Braga; siguió á la de Guimaraes, cuyo castillo no pudo rendir, y luégo se internó en la tierra de Trasmontes, donde se detuvo esperando á D. Fernando para una batalla; mas como no acudiese, tomó á Braganza, la dejó guarnecida y se volvió á Castilla, á fin de proseguir sometiendo las poblaciones que aún se negaban á reconocerle y se sostenian por el Portugues.

Los rigores del invierno le obligaron á principios del año siguiente (1370) á levantar el asedio de Ciudad-Rodrigo, suspendiendo las operaciones por aquella parte para atender á Galicia y Andalucía, y la falta de recursos á licenciar los auxiliares franceses, lo cual aprovechó D. Fernando para disponer algunas entradas y daños en Castilla. Bloqueada entre tanto Sevilla por la escuadra portuguesa estacionada junto á Sanlúcar de Barrameda, se dirigió allí D. Enrique al mismo tiempo que enviaba por el Guadalquivir veinte galeras, apriesa y de mala manera armadas, pero que, sin embargo, lograron saliesen al mar las contrarias, bien que para volver á su anterior posicion en cuanto las castellanas se retiraron, disminuidas de siete, que fueron para la costa de Cantabria con objeto de hacer aparejar mayor número y regresar sobre Sevilla. Hiciéronlo así en breve tiempo, y apoderándose de tres galeras y dos naves de Portugal, se alejó de la boca del rio la escuadra bloqueadora.

Por mediacion de los nuncios del Papa cerca de los dos reyes hicieron al fin la paz de Alcoutim en 1371, renunciando D. Fernando sus pretensiones, conviniendo en la devolucion de villas y castillos, y arreglando el casamiento de dicho monarca portugues con una hija de D. Enrique II; y aunque esta última cláusula se rompió enseguida por el escandaloso enlace que hizo el voluble D. Fernando con doña Leonor Tellez de Meneses, avínose el Castellano y quedó restablecida la calma. Poco duró, sin embargo, pues prosiguiendo en dar asilo en Portugal, y aún disimulado estímulo á los rebeldes de Galicia, contrató secreta alianza con el Duque de Lancaster, que, como casado con doña Constanza, hija del rey D. Pedro, aspiraba al trono de Castilla; y no contento aún con eso D. Fernando, deseoso de nuevo rompimiento, hizo apresiar en el mismo puerto de Lisboa cinco naves vizcaínas, faltando á todo derecho y buena fe. En virtud de tales actos, cerciorado de ellos D. Enrique II, le declaró la guerra con gran beneplácito de muchos señores portugueses y aún miembros de la Real familia, que estaban quejosos del Monarca y de la influencia de la reina doña Leonor; y en Diciembre de 1372 entró en el reino desde Zamora, ganando de seguida á Almeida, Pinhel, Celorico, Linhares y Vizeu, donde se detuvo para esperar más fuerzas, y donde se le unió el infante D. Dionis, hermano del Rey, con otros caballeros del país.



Entrado ya el mes de Febrero de 1373, continuó la marcha por Coimbra sin detenerse hasta Torres-Novas en demanda de don Fernando; pero como éste sólo tenía consigo unos seiscientos hombres de armas y se acogió en la fuerte plaza de Santarem, rehusando aceptar el combate cuando se acercaron los castellanos á la vista el 19 de dicho Febrero para provocarle (1), prosiguió D. Enrique sobre Lisboa, estableciendo sus reales y ocupando un barrio de la ciudad el día 23, mientras la mayoría de los habitantes se refugiaron al castillo y á la parte alta murada. Carecia por el pronto el ejército del auxilio de la escuadra, y no pudo evitar entrase en la plaza un refuerzo de soldados; con lo cual, y con cuatro galeras que habia surtas en el Tajo, le molestaban sin cesar en sus cuarteles de la parte baja y ribereña: cambiáronlos por este motivo á mejor posicion, cercana y más elevada, donde existian unos monasterios, alojándose el Rey en el de San Francisco, y mandó quemar ántes las naves que habia desarmadas en las Atarazanas, y la *Rua-Nova*, que era, segun dice Ayala, *la más hermosa de la cibdad*.

Al mismo tiempo que D. Enrique entraba en Lisboa se dirigia hácia allí su escuadra bajo el mando del Almirante Bocanegra, y ejecutábase desde Galicia una entrada por la provincia de Entre Duero y Miño, batiendo á los que se opusieron, y ganando algunos castillos fácilmente; al paso que hubo otros del reino que se resistieron con tenacidad, citándose en particular el de Torres-Novas, en el que pretenden se reprodujo algo parecido á la heroicidad cruel de Guzman el Bueno en Tarifa.

Al llegar la escuadra el 7 de Marzo apresó dos de las cuatro galeras portuguesas, salvándose las otras dos en unos canales de la opuesta orilla, y se recobraron todos los buques de comercio que tenian secuestrados.

En este estado el cardenal Guido, legado del Papa, que andaba con gran diligencia procurando reconciliar los dos soberanos, logró se aviniesen á un tratado, cuyas condiciones principales

(1) En esta ocasion cuentan las crónicas portuguesas que empezó á darse ventajosamente á conocer el futuro condestable Nuño Álvarez Pereira, cuando apenas tenía trece años, pues saliendo de Santarem con otros pocos jinetes para reconocer el ejército castellano y picarle la retaguardia, se acreditó por su valentía y talento, diciendo al volver *que los enemigos eran mucha gente, pero muy mal ordenada, pareciéndole que con menos y mejor disciplinada podria vencerles*. La Reina le armó entónces caballero.

fueron, mediante los rehenes correspondientes, que el de Portugal prestaria al de Castilla cinco galeras cuando tuviese precision de auxiliar á su aliado el Rey de Francia, y que salieran del reino D. Fernando de Castro y los demas refugiados rebeldes á D. Enrique; ademas, para estrechar y afianzar esta amistad, convinieron en que casasen el conde D. Sancho, hermano del Rey de Castilla, con la Infanta hermana del de Portugal; el Duque de Benavente, hijo bastardo de D. Enrique, con la princesa recién nacida, Beatriz, hija de D. Fernando; y otro hijo bastardo de D. Enrique, llamado D. Alfonso, con la hija natural de D. Fernando, Isabel, que llevaria en dote la ciudad de Vizeu y las villas de Celorico y Linhares, que en esta guerra habian ganado los castellanos. Acto continuo pasó D. Enrique á Vallada, lugar cercano á Santarem y sobre el Tajo, en tres barcos aparejados expresos, uno para él, otro para D. Fernando y el tercero para el Legado; celebraron la entrevista el 28 de Marzo para confirmar el tratado; á los dos dias se hizo en Vallada el casamiento del conde D. Sancho con la Infanta portuguesa, y cumplidas poco despues algunas formalidades indispensables de las estipulaciones, emprendió la marcha el Rey de Castilla para sus estados.

A los pocos meses de finado D. Enrique II, año de 1379, propuso á su hijo y sucesor D. Juan I, el veleidoso D. Fernando de Portugal, que su hija Beatriz, prometida al pequeño Conde de Benavente en el último tratado, se casara con el príncipe que acababa de nacer al Castellano y fué despues Enrique III: convino en ello, y se hicieron los desposorios, pactando al propio tiempo que, puesto que eran primos hermanos los desposados, en el caso de que cualquiera de los dos muriese ántes de que tuviesen sucesion, perteneceria al otro su reino; en lo cual, como se ve, llevaban la idea de que quedáran unidas ambas monarquías. Pero, cosa particular y que pinta la mudable condicion de D. Fernando, en ese mismo año de 1380 firmaba otra alianza con el Duque de Lancáster y doña Constanza, que se titulaban reyes de Castilla, ofreciendo acoger en sus tierras y ayudarle en la guerra contra D. Juan I al Conde de Cambridge, si queria ir con tropas inglesas, así como darle á su hijo la mano de la princesa Beatriz, que acababa de desposar con el primogénito del Castellano (1).

(1) Fué negociador de esta alianza Juan Fernandez Andeiro, caballero natu-

Sospechó algo de todo eso D. Juan I, y supo por fin, entrado el año de 1381, que el Conde de Cambridge, ó como le llama el cronista Ayala, Mosen Aymon, conde de Cantabrigia, hermano que era del Duque de Lancáster, se habia embarcado á nombre y representacion de éste en Inglaterra, con mil hombres de armas y mil flecheros para hacerle guerra unido á los portugueses, en demanda nada ménos que de su corona. Empezadas naturalmente al instante las hostilidades, por las acostumbradas correrías en las fronteras, aprestóse D. Juan I pidiendo á las ciudades y villas de sus reinos los contingentes necesarios; y miéntras ordenaba incursiones por el Alemtejo y Tras os Montes, amagando á Elvas y Miranda, penetró él mismo y cercó el castillo de Almeida. Llegó en esa operacion la noticia de que su Escuadra, mandada por D. Ferrand Sanchez de Tovar, fuerte de 17 galeras, habia desbaratado la portuguesa el 17 de Julio cerca de Saltes (otros dicen de Cascaes), tomándola 20 de las 23 de que se componia, y haciendo prisioneros ó muertos á cuantos en ellas iban, incluso al almirante D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcellos; pero tambien supo con disgusto que por haber vuelto á Sevilla con la presa, dejando libre la boca del Tajo, llegó y desembarcó en Lisboa con sus ingleses el Conde de Cambridge, dos dias despues.

Enfermó á la sazon de gravedad el Rey, estando todavia al frente de Almeida; mas, restablecido y rendido aquel castillo á fines de Agosto, como tambien el de Miranda, ordenó se le fueran á incorporar más tropas y envió mensajeros al de Cambridge, brindándole á dar batalla si queria ir hasta Almeida, ó dos ó tres jornadas tierra adentro, adonde se adelantaría á esperarle: no contestó el Inglés, ántes bien redujo á prision á los enviados y no se movió de Lisboa, por tener aún su gente desmontada, aguardando los caballos que D. Fernando le habia ofrecido. En su consecuencia, aproximándose el mal tiempo, regresó á Castilla, dejando algunas fuerzas acantonadas en la frontera para esperar la buena estacion del siguiente año y emprender de nuevo la campaña (1).

ral de Galicia, que se unió á D. Fernando cuando en 1369 entró en la Coruña. Adquirió por eso y por sus circunstancias personales gran valimiento con el Rey, y mayor aún con la reina doña Leonor, elevándole á conde de Ourem y llegando á ser objeto de las envidias y rencores de los portugueses, hasta su trágica muerte en 1383.

(1) Con este motivo, entrado ya el año de 1382, creó los altos cargos militares

Sabedor de que los aliados se disponian á entrar en su reino por Extremadura, hallándose en Zamora, despues de haber mandado ejecutar algunas cabalgadas hácia aquellas partes, se encaminó para Badajoz, donde entró el último dia de Julio (año 1382), reuniendo 5.000 hombres de armas, 1.500 jinetes y mucha gente de á pié, cuando el de Portugal con el Príncipe inglés se encontraban ya en Elvas en fuerza de 4.000 hombres de armas, 1.000 flecheros y crecido número de peones.

Asentó luego su campo la hueste castellana, segun la version más general, á orillas del riachuelo llamado de *Riva de Caya*, y permaneció algunos dias frente de la anglo-portuguésa, ambas á la expectativa sin trabar formal batalla por haberse iniciado tratos de paz, que Mariana dice propuso D. Juan I, y que los ingleses entraban gustosos en ellos por estar *pesantes de haber emprendido aquella guerra tan dificultosa y tan lejos de su tierra*; pero que los cronistas portugueses aseguran, por el contrario, que fué D. Fernando quien abrió la negociacion sin conocimiento del Príncipe inglés, cuyos soldados se hacian insoportables, temiendo por la suerte de su reino en el caso de una derrota, por estar ya bloqueado Lisboa desde Marzo, y por las visibiles señales de animosidad que observaba crecientes entre los suyos contra la corte. Pactaron, pues, en su consecuencia, accediendo D. Juan I á las propuestas de D. Fernando, que la princesa Beatriz, que acababa de prometerla su padre al hijo del Conde de Cambridge, D. Eduardo, y que, como ántes se dijo, la habian desposado con el infante D. Enrique, heredero de Castilla, casara con el segundogénito D. Fernando, para que así pudiera llegar á ser rey de Portugal; *é non se mezclara aquel regno con el regno de Castilla*, segun expresa Ayala; que se le devolvieran las galeras apresadas, con el Conde de Barcellos y los demas prisioneros de la escuadra; y que se facilitaran embarcaciones á los ingleses para regresar á su país, por cuanto no las habia disponibles en Portugal, y estar la flota castellana bloqueando á Lisboa. Aceptadas y firmadas esas condiciones (1),

de condestable y mariscales, que nunca hubo ántes en Castilla, imitando al de Portugal que los acababa de establecer, y al de Aragon que hacia poco los introdujo, en copia de Francia.

(1) Como en otros tratados de paz, giraba todo en éste sobre la combinacion de casamiento de los hijos de los reyes; pero ya aquí observa Ayala se quiso evitar por el Portugues la posibilidad de que se unieran las dos coronas. Mariana dice

diéronse mutuamente rehenes y se separaron en la mejor concordia los dos soberanos con sus respectivas tropas, embarcándose á poco los ingleses, dicen unos que mal contentos y quejosos, otros que satisfechos de salir de allí; pero es indudable que los portugueses los vieron ir llenos de gozo, porque, segun la *Crónica* de Fernan Lopez, hacian más daño en el país que los enemigos, cometiendo espantosos horrores y atropellos.

Ocurrió pocos meses despues la muerte de la Reina de Castilla, y al saberlo D. Fernando de Portugal concibió al instante, y le comunicó á D. Juan I en ocasion de hallarse en Pinto, el nuevo pensamiento de casarlo con la misma princesa Beatriz, que sólo contaba doce años, anulando la cláusula convenida en el anterior tratado respecto á dársela al infante D. Fernando. Agrádole al Rey viudo esa propuesta, y entabladas las correspondientes negociaciones, entrado ya el año de 1383, se formalizó otro tratado, cuyos principales artículos estipulaban que siendo doña Beatriz heredera del reino de Portugal, si su padre D. Fernando no tuviese hijo varon, se titularia á su muerte su marido rey de Portugal, lo mismo que ella reina; pero quedando por gobernadora del reino la reina doña Leonor hasta que tuviesen hijo ó hija en edad de catorce años, y que ambos deberian dejar aquel título de reyes en cuanto doña Beatriz tuviese sucesion.

Con arreglo á esta insensata negociacion y pacto se dirigió la corte de D. Juan I á Badajoz, y la de Portugal á Elvas, excepto D. Fernando, que no pudo asistir por hallarse enfermo, celebrándose en seguida la boda á mediados del mes de Mayo, con gran pompa y regocijo, presenciada por el Rey de Armenia y por el Príncipe de Navarra, despues de los requisitos, formalidades y juramentos que prestaron no sólo las partes interesadas, sino tambien los grandes y los procuradores de las Córtes. Acto continuo fué llevada doña Beatriz por su madre la reina doña Leonor á Badajoz, y se separaron para sus respectivos países los lucidos cortejos nupciales (1).

con gran sensatez acerca de este tratado que *podieran parecer posadas estas capitulaciones al Rey de Castilla, que se hallaba muy poderoso y pujante; mas ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España, y no hay alguno tan amigo de pelear que no huela más de alcanzar lo que pretende con paz que por medio de las armas.*

(1) Desde Badajoz pasó D. Juan I á Segovia, donde celebró las Córtes en que

En ese mismo año, el 21 ó 22 de Octubre, bajó al sepulcro el rey D. Fernando de Portugal por efecto de la grave dolencia que le aquejaba; y sin duda, á pesar de las volubilidades é indecisiones de su carácter, particularmente respecto á los esposos en que pensó para su hija, y del mejor modo de asegurar la sucesion del reino, espiró tranquilo, creyendo haber hallado y realizado lo más conveniente para una paz duradera con Castilla, cuando, por el contrario, dejaba abierto campo de difíciles complicaciones y motivo de la más larga y empeñada guerra, como se verá en el capítulo siguiente.

se adoptó rigiese en Castilla la Era de Jesucristo en lugar de la de César hasta entónces observada.

---



W. T. P. P. P.

o  
e  
e  
y  
y  
y  
y  
o  
s  
p  
p  
e  
le





## CAPÍTULO II.

Cuadro general, circunstanciado, de la guerra entre Castilla y Portugal, desde 1384 hasta la paz definitiva de 1432.

---

### SUMARIO.

Entrada del Rey de Castilla en Portugal. — Alteraciones en Lisboa y principios de la guerra. — Accion de Atoleiros y sitio de Lisboa. — Regreso de D. Juan I á Castilla y aclamacion del Gran Maestre de Avis por rey de Portugal. — Funcion campaña de Aljubarrota. — Sitio de Coria y campaña de los portugueses é ingleses, aliados contra el Rey de Castilla. — Continuacion de los sucesos de guerra y treguas hasta el tratado de 1411, que llegó á ser de paz definitiva en 1432.

### ENTRADA DEL REY DE CASTILLA EN PORTUGAL.

Compilados en el anterior capítulo los precedentes histórico-militares de las dos naciones vecinas hasta el momento en que iba á empezar la nueva guerra, cuyo principal accidente fué la batalla que vamos á estudiar en este libro, hácese indispensable trazar con alguna particularidad y razonamiento el cuadro general de tan dilatada contienda, que, con diversas interrupciones y treguas, se prolongó por espacio de veinte y ocho años, y que todavía tardó otros veinte y uno en cerrarse legalmente con la aprobacion y ratificacion definitiva del tratado de paz, que se llamó perpétua, en 1432.

No podrémos sêr prolijos en detalles, pero sí se darán los más importantes que conduzcan á formar, en cuanto sea posible, una relacion militar acerca de las campañas de Lisboa y Aljubarrota, utilizando los datos que contienen las diferentes crónicas é historias, excepto en lo respectivo á la descripcion de la principal batalla, á fin de dejar integro el asunto para que se pueda despues comprender y analizar mejor por la consulta comparativa de

los textos, teniendo ya plena noticia del conjunto de sucesos anteriores y posteriores.

Antes de finalizar el mes de Octubre de 1383, le llegó á don Juan I de Castilla, hallándose de tránsito en Torrijos, la nueva del fallecimiento del rey D. Fernando de Portugal, y recibió con ese motivo cartas de algunos personajes importantes de aquel reino pidiéndole fuese allá desde luego. El cronista castellano, Lopez de Ayala, asegura que el gran Maestre de Avis, hermano bastardo del difunto monarca, figuraba el primero en esta gestión; pero nieganlo los portugueses, y no es fácil saber la verdad.

Preocupado el Rey de la gravedad de la noticia, y creyendo que la primera natural consecuencia debía ser el reconocimiento y toma de posesion del reino por su esposa doña Beatriz, le asaltó el temor de que pudiera suscitarle dificultades el infante D. Juan, hermano natural del último soberano, como hijo de D. Pedro y de doña Inés de Castro, refugiado á la sazón en Castilla; y usando de un recurso, frecuente entonces, y no olvidado todavía en nuestra época, lo mandó encerrar por precaucion en el alcázar de Toledo (1), adoptando igual medida con su revuelto hermano don Alfonso, conde de Gijón, que le constaba andaba siempre en tratos de rebeldía.

Trasladóse en seguida á Toledo y despues de asistir al funeral por su difunto suegro, celebró de gran gala el acto de juramento y aclamacion de su esposa y él como reyes de Portugal, ofreciéndole á sus piés el arzobispo D. Pedro Tenorio una bandera con las armas de Castilla y de Portugal, que levantada por D. Juan Hurtado de Mendoza, salió con ella por las calles diciendo: *Real, Real por el rey D. Juan de Castilla y de Portugal* (2).

(1) Dijo sobre esto D. Juan I en su testamento: *É por ende, puesto que está preso con razon, pues está sin culpa, mandamos que lo suelten nuestros testamentarios.*— Pocas veces habrá sido mejor aplicado eso de la razon de la sinrazon.— El motivo de hallarse refugiado en Castilla el Infante portugues era el asesinato que cometió por celos en su mujer doña María Tellez, hermana de la reina doña Leonor. Don Juan I le hizo duque de Valencia de Campos. Otro hermano suyo, don Dionís, habia emigrado tambien por negarse á besar la mano á la reina doña Leonor.

(2) Aunque así lo dice la *Crónica portuguesa*, yo spongo que no podia omitirse el nombre de la Reina, y que diria *por D. Juan y doña Beatriz, reyes de Castilla y de Portugal.*— Sucedió en esta ocasion, segun las crónicas portuguesas, que desempeñó el acto Mendoza por haberse negado Vasco Martin de Mello, á quien el Rey lo encargó ántes, alegando escrúpulos como vasallo portugues; ade-

Queriendo D. Juan I dirigirse sin tardanza á Portugal, mandó preparar algunas compañías de hombres de armas y celebró consejo en la Puebla de Montalvan. Opúsose en él muy cuerda-mente á su idea el Arzobispo de Toledo, fundado en que no debía hacerlo por las condiciones del último pacto, y que sólo era procedente enviar embajadores á Lisboa recordando los contratos matrimoniales, para que el reino, esto es, las Córtes, arregláran cuanto correspondía y le indicasen el modo de obviar á cualquiera duda ó dificultad que se ofreciera; pero hubo otros que pensaban de contraria manera, diciendo no debían ser guardadas aquellas cláusulas que ofendían al legítimo derecho de doña Beatriz, y que convenia penetrarse al instante en Portugal poderosamente para hacer valer ese legítimo derecho; y como el Rey tenía ya formada esta determinacion, se adhirió desde luego á dicho parecer, que halagaba su espíritu juvenil por el deseo de señorearse del reino de su esposa, acabándole de decidir D. Alfonso Cornea, obispo de Guarda (ciudad fronteriza de Portugal) y canciller que era de doña Beatriz, dándole mil seguridades sobre el pronto reconocimiento por todo el país. Todavía, sin embargo, añade Ayala que insistieron varios consejeros en oponerse (entre los que se colige sería él uno de ellos, y otro el arzobispo D. Pedro Tenorio), repitiéndole se violaría el tratado y se irritarian los ánimos de los portugueses; mas todo fué inútil para su resolucion, y en consecuencia, despues de despachar á Lisboa, como mensajero, á don Alfonso Lopez de Tejada, portador de cartas de duelo por el finado monarca y pidiendo el reconocimiento de su esposa y de él como reyes, empezó á disponerse para el decidido viaje, no obstante la escasez de dinero en que se hallaba (1).

En compañía de la reina doña Beatriz, y escoltado únicamen-

mas, añaden que ocurrió el fatal presagio de que, espantándosele el caballo á Mendoza, dió contra una esquina y cayó sin sentido, rota la espada y la bandera rasgada, de modo que las armas de las dos naciones quedaron sólo unidas por un hilo. Con ese motivo mandó el Rey que se bordasen juntas, y no separadas como primero las habían puesto.

(1) Fecha en Montalban á 24 de Noviembre, escribió D. Juan I á la ciudad de Murcia una carta, que inserta Oascals, pidiendo un empréstito, de que estaba necesitado por los grandes gastos de las pasadas guerras.—Al propio tiempo debió pedir aprestos para la escuadra á Sevilla, pues consta que en 15 de Enero acordó la ciudad que se entregasen al almirante Tovar todas las armas que había en los almacenes, segun dice Zúñiga en sus *Anales eclesiásticos y seculares*.

te de 25 ó 30 jinetes, atravesó la raya de Portugal y entró en Guarda D. Juan I en uno de los primeros dias de Enero de 1384, siendo recibido por el Obispo, clerecía y vecindario; pero estúvose quedo el alcaide del castiilo, Álvaro Gil Cabral, eludiendo prestarle homenaje. Llegáronle á los tres dias quinientos caballos que conducia D. Pedro Nuñez de Lara, conde de Mayorga, y fueron presentándose algunos señores de la comarca á cumplimentarle, reconociendo por reina á doña Beatriz; mas faltaron otros de los notables, como el alcaide de Trancoso, Gonzalo Vazquez Coutinho, y que no todos salieron satisfechos de la entrevista, por la seriedad y pocas palabras del Rey, ó porque, segun dice Ayala y repite Fernan Lopez, no les dió dineros, estando acostumbrados á los agasajos de D. Fernando.

#### ALTERACIONES EN LISBOA Y PRINCIPIOS DE LA GUERRA.

Desde el momento en que falleció el rey D. Fernando, todo Portugal empezó á agitarse, pero principalmente se hizo sensible la alteracion de los ánimos en Lisboa, por la diversidad de opiniones que surgieron acerca de la sucesion del reino y de la regencia, y por las antipatías de muchos hácia la reina viuda doña Leonor. El mensajero de D. Juan I de Castilla halló propicios á algunos personajes, y logró que al cumplirse el plazo de sesenta dias, que estaba señalado, de la muerte del Monarca, se levantarán pendones por doña Beatriz segun la fórmula usual, cuyo acto verificó el conde de Cintra, D. Enrique Manuel; mas habia otros sujetos á quienes, dice Ayala, *non placia, ca non quisieran bien al rey D. Ferrando, nin á la reina doña Leonor, su mujer, nin les placia que la reina doña Beatriz, su fija, oviese el regno de Portugal, especialmente por ser casada con el Rey de Castilla, rescelándose que el regno de Portugal se mezclaria con el regno de Castilla, e sería uno con él, do agora era regno por sí.*

Produjo esto conatos de proclamar por rey al infante D. Juan, preso en Toledo, y por regente á su hermano bastardo el Gran Maestre de Avís, tambien llamado D. Juan, animoso y despierto jóven, que supo aprovechar hábilmente de las circunstancias, de la noticia de próxima entrada del Rey de Castilla y de la aversion del pueblo contra la reina viuda doña Leonor (1) y su favorito

(1) Lo escandaloso del matrimonio de D. Fernando con doña Leonor, que era

Juan Fernandez Andeiro, conde de Ourem. Una trama que desde ántes venia urdida para deshacerse del privado, se llevó á efecto entre algunos conjurados, el día 6 de Diciembre, poniéndose á la cabeza el Maestre de Avis y asesinando por su propia mano al Conde de Ourem en el mismo real palacio. Siguió al atentado el tumulto popular consiguiente, en que fué víctima el virtuoso Obispo, arrojado de la alto de una torre de la catedral, sin duda porque era castellano de nacimiento, y la Reina regente se vió obligada á salir de Lisboa á los pocos dias, el 15, para su villa de Alemquer, acompañada de su servidumbre particular y de muchos caballeros que se la mostraron fieles.

No perdiendo tiempo la conspiracion, celebró una junta, en la que, á pesar de que hubo individuos que se opusieran, se decidió y formalizó en acta el nombramiento del Maestre para *defensor y regente del reino*, constituyéndolo así en verdadero dictador, y anulando la principal disposicion testamentaria del difunto rey.

Elevado revolucionariamente á ese cargo, empezó con extraordinaria actividad y amañó á ejercerlo, pues mientras escribia á su hermano el infante D. Juan que á él pertenecia la corona y que á su nombre desempeñaria la regencia, mandando pintar en las banderas su retrato encadenado por los castellanos, le enviaba á decir al rey D. Juan I que todo lo ocurrido era motivado por la impopularidad de doña Leonor, y que convenia nombrase otra regencia hasta que de su matrimonio tuviera hijo en edad de subir al trono, dejando bien comprender que nadie mejor que él podria desempeñarla; y sin perjuicio de eso, expedia cartas por el reino, nombraba sus ministros, hacia aprestos militares, mandaba emisarios á Inglaterra, ganaba el castillo de San Jorge de la ciudad y la villa de Almada, que cae frente de Lisboa, sobre la izquierda del Tajo, y procuraba atraerse á su partido otras fortalezas, poblaciones y gentes que se mantenian leales ó dudosas.

una señora particular casada con D. Juan Lorenzo de Acunha, á quien se la quitó, promovió desde un principio disgustos hasta en la Real familia, que se aumentaron con la influencia dominante que ella supo ejercer y con el favoritismo de Andeiro.—En el *Sumario de los reyes de España, por el dispensero de la reina doña Leonor de Castilla*, se dice que emigrado á España el Juan Lorenzo de Acunha, andaba por todas partes ostentando unos cuernos de oro en la cabeza, y que á la reina, que fué su mujer, doña Leonor Telles de Meneses, la apellidaban *Flor de altura*.

Logró su intento en muchos puntos, como Beja, Évora y Porto, y consiguió se le uniese el joven D. Nuño Álvarez Pereira, llamado á serle el primer sosten y á desempeñar brillantísimo papel; pero otros tres hermanos de éste, así como el mayor número de los sujetos de alcurnia, permanecieron adictos á doña Leonor, y por consiguiente, á la causa de su hija y del Rey de Castilla, lo mismo que infinidad de ciudades, villas y castillos, que respondieron á los mensajes que les expidió la Reina viuda, tanto al Sur como al Norte del reino, contándose entre ellas á Arronches, Alegrete, Monforte, Alemquer, Santarem, Torres Novas, Torres Vedras, Ourem, Leiria, Cintra, Braga, Lanhoso, Guimaraes, Valenza, Viana, Ponte de Lima, Braganza, Miranda, Chaves, Villarreal, etc., etc.

Después de la Pascua de Navidad se trasladó doña Leonor de Alemquer á Santarem, como ciudad importante y fuerte, que la ofrecía más seguridad y cómodo alojamiento para toda la gente que la acompañaba; y desde allí escribió al Rey de Castilla, su yerno, insistiendo en llamarle para que tomase mano en los desórdenes que ocurrían. Don Juan I recibió la carta (1) estando ya en Guarda, así como otras del Maestre de Avis; y contestando á éstas en sentido negativo á sus proposiciones por medio de emisarios que mandó á Lisboa, é invitándole á que se apaciguáran las turbulencias acatando el derecho de su mujer, emprendió la marcha hacia Santarem acompañado de 500 caballos.

Comió aquel primer día en Santa María de Azores, cuyo santuario quiso visitar, y pernoctó en Celorico, donde se detuvo cuatro días, y continuó para Coimbra; el conde de Neiva, D. Gonzalo Tellez, hermano de la reina doña Leonor, y un tío suyo, Gonzalo Mendez de Vasconcellos, que gobernaban el castillo y la ciudad, se negaron á recibirlo dentro de murallas, teniendo que proseguir su camino; detúvose otro día en Miranda do Corvo: salió al siguiente de madrugada para dormir en Chão de Couce, y en el inmediato, después de comer en Ceras, pasó á pernoctar en Thomar. Sucedió allí lo que en Coimbra, por encerrarse en el castillo el maestre de la orden de Cristo, D. Lope Diaz de Sousa, sobrino de la misma Reina viuda, con lo cual, habida una ligera escara-

(1) En el libro titulado *Royes nuevos de Toledo*, por Lozano, se inserta esta carta de doña Leonor, fechada en Santarem en Enero de 1384.

muza, continuó á media noche para Golegan y Santarem, en cuya plaza entró con su comitiva sobre el 13 de Enero, precedidas ciertas formalidades y ceremonias de recepcion.

Instruyóle la reina doña Leonor detalladamente de los disturbios de Lisboa, del alzamiento del Maestre de Avís, de los aprestos que hacia de resistencia, y de sus diligencias para mover el país, de que ya en la marcha observó síntomas elocuentes, por el desvío ú ojeriza de los naturales; y convencido, en vista de todo, de que le era preciso emplear medios de fuerza, mandó se le fueran á reunir las compañías de hombres de armas que dejó cerca de la frontera, y ordenó se levantasen otras, no obstante la escasez de metálico de su erario, segun lo demuestra el reciente pedido que hizo de empréstito, y más todavía el haber apelado á tomar cuatro mil marcos de plata del santuario de Guadalupe; expediente que motivó gran disgusto en Castilla, y al que la devocion de las gentes atribuyó, como castigo del cielo, todas las calamidades del cerco de Lisboa y de la subsiguiente campaña (1).

La reina doña Leonor resignó en D. Juan I la gobernacion del reino, que debia conservar por el testamento de D. Fernando y por el tratado último con Castilla hasta la mayor edad del hijo ó hija que tuviese doña Beatriz, discrepando los historiadores sobre si ese acto fué espontáneo ó exigido por el Rey en el concepto de que habria de serle embarazoso continuára con el título nominal de regente, cuando de hecho habia perdido el poder desde el momento en que abandonó la capital; y en su consecuencia, mientras iban llegando algunas tropas de Castilla, acudieron á reconocerle y á jurar á doña Beatriz muchos señores y alcaides de castillos, guarneció las fortalezas de la ciudad con gente suya,

(1) Dudaba yo de esta tradicion que consigna el P. Mariana, porque datando sólo de la época de Alfonso XI el origen de aquel santuario, y siendo en los reinados siguientes al de D. Juan I cuando adquirió su mayor suntuosidad y riquezas, no creia que abundase tanto en plata en el año de 1384. Sin embargo, he visto la confirmacion de ella en la *Historia de la fundacion del Monasterio de Guadalupe*, que manuscrita se conserva en la Biblioteca del Escorial, y en la *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, por Fr. Gabriel de Talavera, impresa en Toledo en 1697, donde se dice que ya para entónces eran tan cuantiosas las dádivas y donativos, que el prior ó administrador del santuario mandó labrar un riquísimo y precioso retablo de plata con primorosos esmaltes, el cual á poco tiempo tomó D. Juan I para fundirlo en moneda, con objeto de atender á las necesidades en que se veía por la guerra de Portugal, concediendo en compensacion al santuario las escribanías de Trujillo.



pidió al vecindario un donativo de treinta mil libras, mandó labrar moneda, y empezó á ejercer en un todo la soberanía.

A principios de Febrero, incorporadas ya las primeras compañías castellanas, dirigió sobre Lisboa con mil hombres de armas al maestre de Santiago, Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, acompañado del mariscal Pedro Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia, y de Pedro Fernandez de Velasco, su camarero mayor, para observar la ciudad, impedir se extendiera la sublevación, y atraer á un combate afuera al Maestre de Avis. Marchó el destacamento por Alemquer á Loures, y de allí á Lumiar, á poco más de una legua de la plaza, donde se estableció el día 8 (1), y comenzó á inquietarla con amagos hasta junto á sus puertas, matando y cogiendo en uno de ellos á varios portugueses en el sitio que se llamaba *Alballade*, que es hoy el *Campo Grande*.

Entre tanto, el Maestre de Avis, despues de haber procurado exaltar los ánimos, ponderando los peligros de la dominación extranjera, los insultos y vituperios que se atribuían á los castellanos (2), la violencia con que D. Juan I rompía el pacto penetrando en Portugal; y recordando las glorias de la independencia del país, se dedicó á mejorar y aumentar las fortificaciones, á

(1) Dicen otros que asentaron sus reales en el puente de *Lays*, muy cercano de la ciudad.

(2) El cronista Froissart pone en boca del Embajador portugues que estaba en Inglaterra despues de Aljubarrota, un discurso en el cual dijo, entre otras cosas, «que nunca se pudieron amar ellos y los castellanos, y que por eso habian guerreado muchas veces; que cuando los castellanos vieron el casamiento de su rey con doña Beatriz se enorgullecieron de tener sujeto á Portugal y empezaron á expresarse con palabras de insulto, diciéndoles: *eran gentes rudas como bestias; que había llegado el día de dominarlos, y que todo cuanto tenían sería suyo*; lo cual les enfadaba á los portugueses y les hacía exclamar que *más querían morir que quedar sujetos á los castellanos*.» Indica esto que entónces, como siempre acontecía en las guerras, y mucho más si tienen el carácter de civiles, influyeron para exasperar los ánimos esas habilllas y los odiosos apelativos que usaron.—Por largos años duró, y aún lo recuerda la tradición, el apodo de *Chamorros* con que mutuamente se insultaban, sin embargo de que nada significa de ofensivo el vocablo.—El P. Fr. Manoel dos Santos, en la octava parte de la *Monarquía lusitana*, dice que siendo el rey D. Fernando el primero que adoptó la moda de afeitarse y cortarse el pelo, le imitaron todos en el país, viniendo de ahí que los castellanos les apellidasen *Chamorros*, que equivale á *trasquilados*, de lo que ellos se molestaban y solían devolverles igual denominación, aunque más particularmente á sus paisanos que seguían el partido de Castilla.—En la *Historia de África*, por Luis Mármol, tomo I, pág. 163, hallo que los escritores árabes llamaban *Chamorris* á los cristianos portugueses, lo cual indica que el apodo debía ser ya antiguo, y tal vez tener otro origen.

reunir vituallas de todas las cercanías, y á que insistieran en Inglaterra sus comisionados especiales para contratar alianza y reclutar soldados, manteniéndose encerrado en prudente defensiva, faltar de fuerzas con que salir á compañía, aunque enviando para ese objeto como *Fronteiro mayor* al denodado Nuño Alvarez Pereira al país de Entre Tajo y Guadiana, ó sea el Alemtejo, á fin de que levantára gentes, defendiese la tierra en cuanto fuese posible, y áun hostilizase á los castellanos en su territorio.

Entraron en esos dias por la boca del Tajo cinco navíos, una nave y una galera procedentes de Galicia con bastimentos para el ejército castellano y su flota, que suponían encontrar allí; y noticioso el Maestre de Avis, armó varios buques que, saliendo al amanecer, los apresaron todos, excepto una galera que se pudo escapar, proporcionándoles un recurso inesperado, y sensible molestia á los castellanos cuando lo supieron.

Pasados quince dias, se retiró Cabeza de Vaca á Alemquer; pero el Rey, enviándole algun refuerzo, le ordenó volviese sobre Lisboa para tener bloqueada la ciudad y ejecutar correrías en las inmediaciones, mientras que él en persona pudiera ir á establecer el cerco.

Importábale á D. Juan I poseer á Coimbra, que sobre su significación, políticamente considerada, interrumpía su línea de operaciones, que era entonces la misma que siguió su padre don Enrique II en 1373, y la que tomó él en la campaña inmediata por Ciudad-Rodrigo, Guarda y Celorico; y á fin de obtenerla, despues de mediar ciertas comunicaciones, que le indujeron á creer se le entregaria á presencia de las dos reinas doña Leonor y doña Beatriz, marchó con ellas y algunas fuerzas por Torres-Novas y Thomar, cuyo castillo permaneció cerrado como la vez primera. Al llegar delante de la ciudad se alojó en los palacios y conventos que existían sobre la izquierda del Mondego, acampando las tropas en las inmediaciones hasta el puente (1), mientras se negociaba la entrada en la plaza, para lo cual comisionó al Conde de

(1) Las continuas avenidas del rio Mondego, cubriendo de arena el valle, han ido elevando sucesivamente el terreno hasta enterrar casi por completo aquellos históricos edificios y puente; el que entonces habia se cree estaba ya construido sobre otro romano, sepultado por igual causa; y encima de él se levantó el actual, que tambien se encuentra próximo á desaparecer, obstruidos en la mayor parte sus arcos.

Mayorga; pero fueron inútiles las conferencias que tuvo con el de Neiva, que buscando pretextos para prolongarlas, eludía á toda costa el consentir el paso á los castellanos.

Los propósitos de negociacion pacífica vinieron, por consiguiente, á trocarse en amenazas, y viendo los soldados la actitud provocadora de los de Coimbra, quebrantaron las órdenes de severa disciplina que tenía dadas el Rey, y empezaron á ocurrir escaramuzas, con muertos, heridos y prisioneros por una y otra parte. En tal situacion, se pasó á la ciudad, desertando del cuartel real, el Conde de Trastámara, primo del Rey como hijo del maestre de Santiago, D. Fadrique, que hizo asesinar en Sevilla D. Pedro el Cruel (en otros autores se dice que era D. Pedro de Castro, hijo de D. Pedro el Cruel); y como al propio tiempo se descubrió que andaba en tratos de conjuracion con la reina viuda doña Leonor y con los de Coimbra contra la causa del Rey, y aún contra su vida, segun algunos dicen, la mandó conducir á Castilla arrestada al convento de Tordesillas, donde permaneció hasta su muerte (1).

Frustrado así el pensamiento de señorearse de Coimbra, se trasladó D. Juan I con su esposa y tropas á Santarém, levantando el campo el 10 de Marzo, y desde allí pidió á Castilla otras mil lanzas, encomendó las dos fortalezas á Lope Fernandez de Padilla y Fernan Carrillo, y se puso en marcha para acercarse á los que estaban sobre Lisboa. Pernoctó el primer día en Alemquer; pasó al otro hácia Obidos y Bombarral, donde se detuvo cuatro, y bajó luego á poner su cuartel real en Arruda, en cuyo lugar fueron ahorcados dos individuos que se cogieron escondidos con propósitos de asesinar al Rey.

Pidió allí consejo el Monarca sobre lo que convendría ejecutar, y se dividieron, como de costumbre, las opiniones: pensaban unos que debían emplearse las tropas en someter todo el país prescindiendo de la capital, y otros creían que nada mejor ni más indicado podía hacerse que cercar á Lisboa, porque, como cabeza del reino y teniendo dentro al Maestre de Avis con sus principales

(1) He preferido en este ligero extracto sobre la tentativa de Coimbra, lo mismo que en la marcha é itinerario de D. Juan I, las *Crónicas* portuguesas, porque la de Ayala ni está tan clara y detallada, ni aún exacta en esta parte, cuando supone que el Rey fué á Coimbra desde el sitio de Lisboa. La de Froissart incurre también en crasos errores.

secuaces, concluiría la guerra al ser tomada. Inclínabase el Rey al primer dictámen, según Lopez de Ayala; pero, fuese por debilidad ó porque le convencieran luego las razones alegadas para el segundo, en la esperanza de que cercada por él la plaza y bloqueada por la escuadra que había mandado acudiese, se le rendiría pronto, determinó esperarla en los acantonamientos de Arruda, Obidos, Bombarral y Torres-Vedras, para seguir sobre Lisboa á establecer el asedio estrechamente cuando llegara.

No era fácil prever el funesto resultado de esa determinacion, originado por la tardanza de la escuadra y por la epidemia mortífera que despues castigó á su ejército; mas si debía contar con una vigorosa resistencia, teniendo presentes las cualidades y compromisos del caudillo de la ciudad, lo que acababa de suceder en Coimbra, y los indicios que de dia en dia se revelaban de propagarse en el país la insurreccion, mayormente desde que, enviada á Castilla la reina doña Leonor, faltó la sombra de legalidad que prestaba su nombre, y empezaron á adherirse á la bandera del Maestre de Avis algunos de los que por ella y por su hija doña Beatriz sustentaban los castillos.

De este modo, bloqueada apenas Lisboa por la vanguardia castellana al mando de Cabeza de Vaca, y teniendo el Maestre de Avis expedito el Tajo, pudo continuar tranquilamente los aprestos de defensa, auxiliado, entre otros, con la mayor energía por el Arzobispo de Braga, que con el roquete sobre sus armas y una lanza en la mano, daba ánimo y estímulo á los habitantes: pudo ademas destacar para el Alemtejo, como ya se indicó, á Nuño Alvarez Pereira, y habilitó una escuadra de siete naves, trece galeras y una galeota para oponerse á los buques castellanos defendiendo la barra, ó para enviarla en busca de refuerzos y provisiones á Porto.

#### ACCION DE ATOLEIROS Y SITIO DE LISBOA.

Tan diligente como intrépido, el jóven Nuño Alvarez Pereira empezó á recorrer el Alemtejo, amagando las poblaciones que pretendian mantenerse neutrales en la contienda ó las que estaban por doña Beatriz, apoderándose de algunas y excitando á todas á levantarse contra los castellanos. Así pasó de Almada á Setúbal, y de ahí á Montemor-Novo y Évora, donde decidió esta-

blecer su *plaza de armas* ó centro de sus operaciones: dirigió emisarios y proclamas desde allí, llamando á unírsele cuantos hombres armados quisieran combatir por la patria; y no obstante que tardaban y eran pocos los que acudían á incorporársela, quiso hostilizar al instante á Estremoz y Elvas, y áun las inmediaciones de Badajoz, no sólo para causar daño al enemigo, sino deseoso de conseguir cualquiera ventaja para adquirir prosélitos en el país.

El Maestre recién nombrado de la orden de Alcántara, Diego Gomez (ó Martinez) Barroso, que habia quedado en Badajoz con el mando y vigilancia de la frontera, consideró necesario atajar pronto las correrías de Pereira; y al efecto, uniéndosele el Conde de Niebla, el almirante Tovar y otros caballeros de Andalucía, penetró en territorio portugués con un cuerpo que se valía de mil caballos y algunos peones (1).

Ocasionó esto el primero y formal encuentro de la guerra, á que los portugueses llaman *batalla de Atoleiros*; y como por esa circunstancia, cuanto por su fatal éxito, merece ser bien conocido, daremos los detalles de Fernan Lopez y de sus comentadores, pareciéndome ménos que suficiente las pocas palabras de Ayala, quien sólo dice que *por la mala ordenanza que ovieron fueron desbaratados, é murió y el Maestre de Alcántara; pero los otros recogieron en uno; é los de Portugal non los osaron más acometer, é partiéron así la pelea*. Justifica, por otra parte, esta explanacion, la reconocida influencia que tuvo siempre en la moral de los ejércitos beligerantes el primer hecho de armas y la actitud de las respectivas tropas, que suele revelar lo que de unas y otras debe esperarse en lo sucesivo.

Al tener conocimiento Nuño Alvarez Pereira de la entrada de

(1) No hallándose entónces el cronista Ayala con el Rey de Castilla, se guiaria sin duda por noticias que le dieron para consignar estos acontecimientos, y por eso hay en su libro confusion y errores, tales como el de anticipar la accion de Atoleiros: el P. Mariana le siguió fielmente, y el moderno historiador Lafuente ni siquiera menciona este importante encuentro. Llama la atencion que el almirante Tovar se encontrase allí, y no á la cabeza de la escuadra; pero tal vez, por no esperar á que se alistase, iria por tierra á incorporarse al ejército, pues aun que podria inferirse por la *Crónica* que ese cuerpo era destacado desde Santarem, creo mejor lo que dice Torres y Tapia en la de la orden de Alcántara, que es que salió de Badajoz. El mando superior lo dan unos al conde de Niebla D. Juan Alfonso de Guzman, y otros al Maestre de Alcántara.

los castellanos, y de que habiendo llegado á Crato, marchaban sobre la villa de Fronteira, se decidió á salirles al encuentro desde Évora con la gente que ya tenía reunida de 300 á 400 caballos y 1.000 de á pié entre ballesteros y peones, no obstante considerar al enemigo superior en número y en calidad, pues que militaban muchos señores principales de Castilla y algunos de Portugal, como su propio hermano Pedro Alvarez Pereira. Oponíanse sus compañeros, conceptuando la empresa temeraria, pero logró arrastrarlos hasta cuatro leguas, y los situó despues en un paraje nombrado *Los Atoleiros*, á poco más de media legua de Fronteira. Dirigiéronse hácia allí los castellanos, modificando su marcha en cuanto supieron la proximidad del enemigo; y le enviaron por delante un emisario para intimarle; pero despedido con menosprecio, se prepararon á castigarle con las armas.

Ordenó su gente Pereira, poniendo á vanguardia y retaguardia los ballesteros, y mandando desmontar á todos los que iban á caballo, *según entónces se usaba* (dice la *Crónica portuguesa*), agarró su bandera y oró un momento de rodillas ante las imágenes de Nuestra Señora y de San Jorge, que llevaba pintadas en ella; hecho lo cual, se puso en pié, se caló el capacete, y empuñada la lanza, exhortó con energía á los soldados, previniéndoles esperar firmes el ataque. Los castellanos, al llegar á la cercanía, desmontaron tambien para combatir pié á tierra, mas observando en esa disposicion á los portugueses; les pareció oportuno utilizar la superioridad de su caballería y montaron otra vez, en la confianza de desbaratarlos á la primera embestida: acometieron, pues, bajas las lanzas, al grito de *Castilla y Santiago*; y contestando los contrarios con el de *Portugal y San Jorge*, les presentaron las suyas y resistieron inmóviles la carga. Cayeron muertos ó heridos muchos caballos por las lanzadas y por las saetas que por encima de los hombres de armas despedían los ballesteros; con lo que, descomponiéndose los delanteros é inquietándose, tiraron á algunos de sus jinetes y comunicaron el desórden á los demas, sucediendo lo propio al repetir el ataque, de modo que desistieron, dejando entre ambos más de cien hombres muertos. Viendo entónces Nuño Alvarez Pereira que Dios le ayudaba y que desfallecian los enemigos, les acometió con vigoroso impulso, sin darles tiempo á rehacerse; y aunque muchos quisieron resistir, el desórden aumentó, cundió el pánico instantáneamente

y huyeron, unos para Crato y otros para Monforte y diversos pueblos que estaban por los castellanos; quedando muertos sobre el campo de batalla el Maestre de Alcántara, el Clavero de la misma, el Adelantado de Andalucía y algunos de los caballeros portugueses que seguían la causa de doña Beatriz; siendo insignificante la pérdida de los vencedores, que persiguiendo á los fugitivos una legua, fueron á pernoctar en Fronteira (1).

Inmediatamente se presentó Pereira en Monforte, que no pudo tomar, falto de medios de ataque, y de allí pasó á Arronches, Alegrete y otros pueblos, que se le entregaron; pero tuvo que interrumpir sus operaciones por orden que recibió para trasladarse á Coimbra y Porto, con objeto de reforzar las naves que se preparaban para socorro de Lisboa.

Disgustado é impaciente debía hallarse D. Juan I en sus acantonamientos de Arruda y Bombarral viendo trascurrir todo el mes de Marzo y el de Abril sin que llegase la escuadra, desoyéndose sus comunicaciones y tentativas para traer á partido al Maestre de Avis, y sin resultado provechoso el bloqueo y escaramuzas de Lisboa por Cabeza de Vaca, cuando recibió la inesperada noticia de la perdida acción de Atoleiros; de suponer es se le aumentará entónces la impaciencia de conseguir la capital ántes de que abandonáran su causa las muchas villas y castillos que se mantenían fieles, particularmente en las provincias de Entre Duero y Miño y de Tras-os-Montes, sustentadas por caballeros portugueses; y por ese fundado motivo, determinó acercarse más á Lisboa, trasladándose el 6 de Mayo á Lumiar, donde se encontraba la vanguardia, y alojando sus tropas en las inmediaciones. Con la proximidad de mayores fuerzas, repitieronse, como era consiguiente,

(1) Tuvo lugar está acción de Atoleiros, según Fernán López, en el mes de Abril, *ouarta feira de Trevas*, que quiere decir, el miércoles de la Semana Santa; y acerca del paraje en que se verificó, se dice por unos que fué al oeste de Fronteira, y por otros que al sur, entre esa villa y Estremoz, que es lo que me parece cierto. En los *Anales de Sevilla* por Zúñiga se citan los caballeros andaluces que murieron allí, y en la *Crónica* expresada de la orden de Alcántara, además del Maestre y del Clavero, que duda si era Martín Nieto ó Pedro Alfonso de Sotomayor, nombra á Gonzalo Daza y Juan de Lerma, añadiendo que sus cuerpos se llevaron después á enterrar en la iglesia de Santa María de Almooovara, en el castillo de Alcántara. Al retirarse los castellanos, refiere Fernán López que diciéndole alguno al almirante Tovar, que iba herido, que tornase á la batalla, contestó: *hombre muerto no cobra sueldo; ando la bandera y vámonos, que ejército que una vez se desbarata, mal torna á ordenarse.*

las escaramuzas entre las avanzadas y los que salían de la plaza, sucediendo en una de ellas subir los castellanos al cerro donde ahora está Nuestra Señora del Monte y llegar hasta la puerta de San Agustín, que se llamó después postigo de Gracia; en cuyo punto dejaron prisionero al capitán Ramírez de Arellano.

Habilitada completamente la escuadrilla portuguesa, salió á la mar el 14 de Mayo bajo el mando de Gonzalo Rodríguez de Sousa, con rumbo á Porto, para recoger allí refuerzo de gente y provisiones y regresar unida á las galeras alistadas en el Dnero, sin que ninguna dificultad tuvieran en su marcha, por no aparecer todavía en la barra la flota castellana; lo cual ocasionó también que, arribando días antes tres naves mercantes cargadas de harina para el ejército, y viéndose en peligro de ser apresadas, encallaron para que se fueran á pique, y se salvaron en la playa sus tripulantes.

Trascurria de este modo el mes de Mayo como el anterior, y persuadido el Rey de que la empresa llevaba trazas de ser dura y más difícil de lo que pensara; viendo, por otra parte, que las bajas naturales y las extraordinarias de enfermedades que picaban en el ejército le iban disminuyendo su efectivo; sabedor de que los agentes del Maestre de Avis negociaban en Inglaterra el contratar soldados auxiliares, escribió á sus reinos y señorías y á sus aliados de Francia pidiendo le enviaran con urgencia hombres de armas, infantes y jinetes. De la carta dirigida á la ciudad de Murcia, fecha en la *Morinera* (1), cerca de Lisboa, el 20 de Mayo, é inserta por Cascales en sus *Discursos históricos*, trasladaremos aquí los siguientes párrafos, que arrojan mucha luz en el concepto militar, por los detalles relativos al armamento, por la premura y rigor con que se requería la gente, y por las jornadas que debía andar hasta incorporarse en el real.

Después de decir que para obligar á la obediencia al reino de Portugal había mandado armar una gran flota, y que tenía cercada á Lisboa, advierte los abusos y los pretextos con que solían

(1) No existe ni he podido averiguar hubiera en las cercanías de Lisboa ninguna localidad llamada *Morinera* ó *Molinera*, pero sí se encuentra en la última carta geográfica la aldea ó caserío *Murleira*, al norte de Loures, otro *Manleigueira*, junto al Campo Grande, y otro *Musqueira*, inmediato á Lumiar, que es el punto donde me inclino á creer se alojaba el Rey cuando escribió aquel despacho.



excusarse de ir á servirle muchos de los que estaban obligados, por lo cual, requiriéndoles con nuevo apremio, mandaba que:

« Los que fueren omes de armas, que nos sirvan con armas é con caballo ; »  
 « é los que fueren omes á pié, que traigan cada uno de ellos una ballesta »  
 « con todo el aderezo que haya menester el ballestero ; é el lancero una lanza, é dardo, é su escudo. E quando acá sean llegados, nos les mandaremos »  
 « proveer como fué siempre acostumbrado en tales casos. E tenemos por »  
 « bien que ningunos fidalgos se excusen de venir al dicho servicio, salvo los »  
 « casados é los que fueren viejos de sesenta años arriba, é los mozos de diez »  
 « é ocho, abaxo, etc., etc..... »

Luégo previene se haga saber á todos y se pregone esta disposición, á fin, de que aquellos á quienes corresponda,

« partan, luégo aprestados en la manera que dicha es, fasta quince dias primeros siguientes, é se vengán donde quiera que nos estuviéremos á servir, é estén acá con la mayor brevedad que pudieren, contando *siete leguas por cada dia*, é se presenten ante nuestros contadores del sueldo que »  
 « con nos andan, é non se muevan de allí sin nuestro mandado. »

Por consecuencia de ese pedido, debió recibir considerable refuerzo el ejército de D. Juan I en el cerco de Lisboa, aunque no tanto como pudiera inferirse si no existiesen siempre las excusas, los retardos y mil otros motivos para la presentación de los contingentes, como sucedió precisamente con el de la misma ciudad de Murcia, que puesto ya en marcha, retrocedió á guardar su frontera en virtud de orden de los gobernadores del reino durante la ausencia del Rey, el Arzobispo de Toledo y D. Pedro Gonzalez de Mendoza, á quienes se dió aviso de una entrada de moros granadinos en el territorio, so color de hostilidades que tenían con Aragón. El historiador Ferreras dice que por entónces se unió al Rey el príncipe Carlos de Navarra, con un escogido cuerpo de tropas, lo que, á ser así, desmentiría el aserto de Fernan Lopez, que supone acompañaba ya á D. Juan I cuando hizo su entrada en Santarem; en la *Crónica* de la orden de Alcántara consta que el nuevo Maestre electo para sustituir al que pereció en Atoleiros, D. Gonzalo Nufiez de Guzman, fué tambien entónces á incorporarse al ejército con los caballeros de su orden; y por último, Froissart consigna que fueron de Francia 300 lanzas *de los mejores hombres de armas del condado de Bearn*, á pesar de la opo-

sición del conde Gaston de Foix, que trató de disuadirlos, y áun les predijo las catástrofes que les aguardaban (1).

Para valuar numéricamente el efectivo á que ascenderia en los meses siguientes la totalidad del ejército castellano, tenemos: primero, las cifras que da Fernan Lopez de 5.000 lanzas, á más de la gente de Santarem y otros lugares; 1.000 jinetes, 6.000 ballesteros y muchísima gente de á pié; y segundo, Froissart, que en una ocasión dice 20.000 y en otras 30.000 hombres, de lo cual, prescindiendo de las exageraciones en que casi siempre incurren los demas historiadores portugueses, se puede bien calcular en unos 25.000 hombres la fuerza total reunida para el asedio.

El último cronista citado, Froissart, cuyas noticias sobre esta guerra procedian de algunos de los franceses que asistieron á ella, abunda en errores y confusion; dice, por ejemplo, que el *Conde de Longueville* hacia de condestable de toda la hueste del Rey de Castilla, y que *Regnaud Limosin* era el mariscal, porque le estimaba mucho, en razón á que siendo de los caballeros que vinieron á España con Bertran Duguesclin, habia servido largamente á su padre D. Enrique y á él, casándole en Castilla y concediéndole un buen heredamiento; pero es de todo punto increíble semejante aserto, por el que resultaria que los dos principales cargos del ejército los confiara el Rey á extranjeros, cuando consta que precisamente para entrar en campaña creó ambas dignidades, nombrando para ellas á personajes notables del reino. Puede sí admitirse que tuvieran ese rango entre las tropas auxiliares francesas, y que D. Juan I les diera mucha mano en su consejo para las cosas de guerra, atendiendo á la predilección de D. Enrique II por esos caudillos, que le ayudaron contra su hermano D. Pedro, y que le dejó al morir muy recomendados á su hijo, y por el crédito que gozaban de experimentados capitanes, lo cual explica de alguna manera lo que en varios pasajes expresa el mismo cronista sobre los celos, la enemistad y ojeriza que llegó á existir en

(1) El mismo número de 300 lanzas y los mismos nombres de los principales caballeros se dan por *Suciro* en los *Anales de Flándes*.—*Mozorny*, sin embargo, en su *Historia de Francia* dice que se le enviaron por una parte 1.000 lanzas, y de Gascuña sobre 400, pudiendo ascender el total á unos 2.000 hombres.—Con anterioridad expresa que el Rey pidió fuese á auxiliarle el condestable *Olivier Duguesclin*, porque su ejército carecia de buenos capitanes y le faltaba disciplina y valor, cuyo aserto no es creíble.

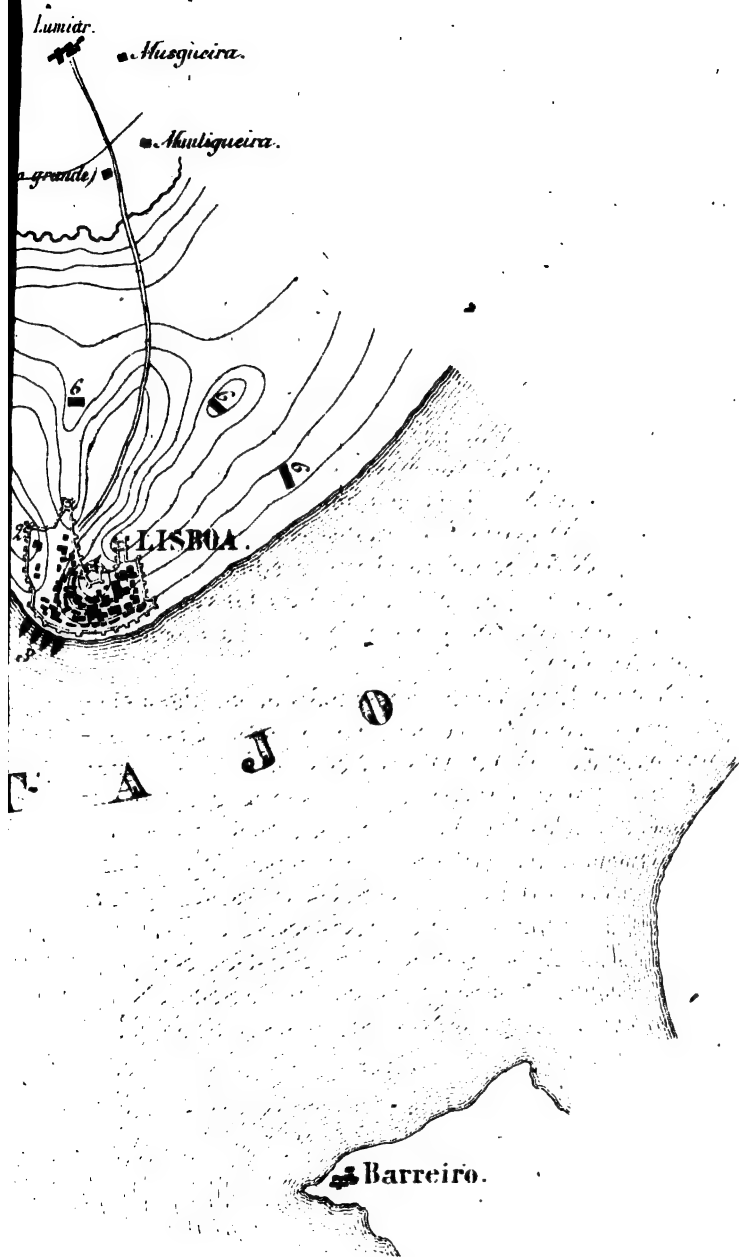
el ejército entre los castellanos y los franceses (gascones y bearneses).

Avistada la escuadra de Castilla el 28 de Mayo, movió su campo el Rey sobre la ciudad, enviando, tan inútilmente como en las veces anteriores, un parlamentario para tratar de reducirla, ántes de estrechar el sitio, á su obediencia; siguióse á esto una viva escaramuza ó conato de ataque brusco á la plaza, en que, acometida la muralla por la puerta de Santa Catalina, corrió riesgo de ser forzada, y tuvo que pelear en persona el Maestre de Avis; mas logró repeler á los castellanos, que dejaron allí muerto al Alcaide de los Donceles.

Fuerte de 40 naves, penetró, por fin, por la boca del Tajo la escuadra al otro dia, sábado, 29 de Mayo, echando anclas formada en buen orden en frente de la ciudad, mientras el ejército, poniéndose en contacto con la orilla, se establecía en las colinas que desde el monasterio de los Santos se elevan gradualmente hasta la meseta donde ahora se ve el de la *Estrella*, ó tal vez hasta la plaza llamada de *Rato*, dejando, por consiguiente, á espaldas la cañada del rio Alcántara.

Junto al convento de las *Donas*, que estaba donde ahora el de los *Santos* ó *Veilho*, se colocó el cuartel real, levantándose para el Rey una habitacion de piedra seca: el campamento, segun lo describe Fernan Lopez, formaba calles y plazas regulares de tiendas, adornadas con las banderas y pendones de los respectivos candillos y provincias á que pertenecian las tropas: la caballería estaba colocada en los espacios intermedios de las tiendas, y todo el campo aparecía como una ciudad improvisada, en la que, á más de los soldados, habia muchos traficantes y vivanderos con abundancia de puestos como en surtido mercado, presentando á la vista en su conjunto un aspecto á la vez pintoresco é imponente (1).

(1) Fernan Lopez en su *Crónica*, Fr. Manuel dos Santos en la parte VIII de la *Monarquía lusitana*, y Soarez da Silva en las *Memorias del reinado de Don Juan I*, añaden, cuando dan estos pormenores del campamento castellano, que dejaba mucho que desear el estado moral del ejército, pues habia calles enteras habitadas por prostitutas, además de muchísimas concubinas que se albergaban en las tiendas con los individuos; lo cual, de ser cierto, indica que no faltarían allí otros vicios, como el juego, el hurto y las pendencias, que son inseparables compañeros cuando en las tropas faltan policía y disciplina. Todo el terreno ocupado por el ejército hace en el dia parte de la ciudad, en lo que son las calles de *Quelhas*, *Meio*, *Direita da Lapa*, *Buenos Aires* y *Meseta de la Estrella*, pues en-



REPORT NO. 100

ATLANTIC OCEANIC COAST

1904

1904

The following is a list of the names of the persons who have been appointed to the various positions in the Atlantic Oceanic Coast, 1904.

1. Captain J. H. ...

2. ...

3. ...

4. ...

5. ...

6. ...

7. ...

8. ...

9. ...

10. ...

11. ...

12. ...

13. ...

14. ...

15. ...

16. ...

17. ...

18. ...

19. ...

20. ...

21. ...

22. ...

23. ...

24. ...

25. ...

26. ...

27. ...

28. ...

29. ...

30. ...

31. ...

32. ...

33. ...

34. ...

35. ...

36. ...

37. ...

38. ...

39. ...

40. ...

41. ...

42. ...

43. ...

44. ...

45. ...

46. ...

47. ...

48. ...

49. ...

50. ...

51. ...

52. ...

53. ...

54. ...

55. ...

56. ...

57. ...

58. ...

59. ...

60. ...

61. ...

62. ...

63. ...

64. ...

65. ...

66. ...

67. ...

68. ...

69. ...

70. ...

71. ...

72. ...

73. ...

74. ...

75. ...

76. ...

77. ...

78. ...

79. ...

80. ...

81. ...

82. ...

83. ...

84. ...

85. ...

86. ...

87. ...

88. ...

89. ...

90. ...

91. ...

92. ...

93. ...

94. ...

95. ...

96. ...

97. ...

98. ...

99. ...

100. ...

Por la parte que miraba á la ciudad, que era por donde debía haber más cuidado, levantaron al instante una línea de trincheras; y por las cercanías del campo, á retaguardia y costado izquierdo, como por las de la plaza, que no quedaba rigurosamente cercada, destacaron partidas sueltas de jinetes para la debida vigilancia, para que no se alejáran los merodeadores, para recoger provisiones y forrajes, para cortar las comunicaciones de los sitiados y para proteger las del ejército con Santarem.

Reducida la primitiva Lisboa al caserío agrupado en las faldas de la colina coronada por el castillo de San Jorge, del que bajaba un recinto amurallado hácia el Tajo, tenía ya á mediados del siglo xiv barrios exteriores en la parte baja, así como algunos conventos y casas de campo sobre las alturas inmediatas, que fueron ocupados en 1373 por el ejército de D. Enrique II. Quiso el rey D. Fernando evitar la repetición de ese daño á su capital, y al efecto mandó inmediatamente levantar otra muralla torreada, que, partiendo también del castillo, encerrára toda la parte poblada, subiendo para ello hasta las colinas más cercanas, y apoyándose sobre la orilla del Tajo; y fué tal la actividad que empleó, que puesta la primera piedra el 30 de Setiembre de dicho año 73, se concluyó el recinto en Julio de 75, teniendo 7.000 pasos de desarrollo y constando de 74 ó 77 torreones y 33 puertas, de las cuales, la de Santa Catalina, que miraba á poniente, y por lo tanto hácia el campo de los castellanos, estaba inmediata á la actual iglesia de Loreto.

El Maestre de Avis supo aprovechar de esas fortificaciones, y las mejoró y aumentó oportunamente, coronando las torres con obras de madera, colocando en algunas *trons* ó *truenos* bien provistos de piedras que arrojar, dejó abiertas sólo doce puertas durante el día, muy bien guardadas, dividió la gente en cuadrillas

tónces sólo llegaba el recinto de murallas hasta las primeras colinas despues del *Rocio*, esto es, hasta donde está hoy la iglesia de *San Roque*, bajando desde allí á *Loreto*, *Hotel de Braganza*, *calzada de Ferregial*, *Largo do Corpo Santo* y orilla del Tajo. Pueden consultarse sobre este particular los planos antiguos de Lisboa, la importante obra de Jorge Bruin, *Civitates orbis terrarum*, la *Demonstraçam historica da primeira é Real Parochia de Lisboa de Fr. Apollinario da Conceiçam*, y *Mappa de Portugal, antigo y moderno*, por el P. Juan Bautista de Castro. En el croquis que acompañamos se indica aproximadamente lo necesario para que se forme idea de lo que era entónces Lisboa, así como para comprender mejor el sitio.

para alternar en el servicio y acudir á la defensa cuando las campanas anunciasen alarma ó para ejecutar las salidas; empleó las mujeres en auxiliares; puso repuestos de flechas, picas, bacinetes y piedras en los sitios más amenazados, y hasta se cuenta que estableció una especie de hospital de sangre cerca de la puerta de Santa Catalina; y como por aquella parte era el mayor peligro, mandó también levantar una barbacana por el frente de ella y de los lienzos de murallas laterales, en que trabajaban los hombres sin soltar las armas, ayudados de las mujeres para llevarles los materiales y refrescos (1).

Ninguno de los cronistas habla del material de sitio de Don Juan I; pero como Fernan Lopez dice en una ocasion que no llevaba *ingenios ni máquinas*, y así se desprende de las demas noticias del asedio, debemos suponer que no hubo un ataque regular á la plaza, reduciéndose los trabajos al empleo de los recursos más sencillos de expugnacion, como trincheras, mantaletes y escalas, y á provocar combates é intentar asaltos por golpes de mano. Esto no obstante, consta por el mismo Fernan Lopez que en las murallas habia piezas de artillería, que no otra cosa eran esos *trons, truemos ó tiros* que ántes citamos; y también debia tener algunas á bordo de la escuadra el Rey de Castilla, segun lo que el mismo cronista indica cuando refiere el ataque y rendicion de Almada, aunque para nada los empleára contra Lisboa, cuya caída esperaba por el hambre más que por el asalto.

Decididos á tenaz resistencia los portugueses detras de las murallas; y ejecutando atrevidas salidas por la parte baja llamada *la Ribera*, negáronse á cuantas proposiciones les hizo el Rey, y rechazaron sus intimaciones; como los amagos del ejército y de la

(1) El P. Fr. Manuel dos Santos en la *Monarquía lusitana*, parte VIII, pone la siguiente copla, que dice cantaban las mujeres al són de instrumentos mientras duraron esos trabajos:

Esta es Lisboa presa,  
Mirad-la y dejad-la;  
Si quisieredes carnero,  
Cual dieron al Andero;  
Si quisieredes cabrito,  
Cual dieron al Obispo.

Como ese cantar era provocativo á los castellanos, se referian el tercero y sexto verso á la muerte del conde Andeiro y á la del Obispo de Lisboa, ocurridas en Diciembre del año anterior.

escuadra, siguiendo con entusiasmo el ejemplo de valor y de confianza que les daba el Maestre de Avis, dispuestos á perecer *por el hierro y el hambre* ántes que humillarse al monarca castellano. Mas el futuro rey lusitano no fiaba solamente en la resistencia local, sino que sabía que prolongándola llegarían á verse los enemigos en la necesidad de levantar el cerco, tanto por dificultad de mantenimientos, cuanto por la de sostener largo tiempo rennidos los contingentes; y por otra parte, la hostilidad cada día mayor en el país, el pronto auxilio que aguardaba de la flota y gente mandada preparar en Porto, y los resultados de sus gestiones de alianza con los inglesés, le infundían esperanzas de un cambio ventajoso en la situación.

Los mensajeros que se dijo envió el Maestre de Avis á Inglaterra (1) con objeto de entablar negociaciones, prometiendo ayudar al Duque de Lancáster á reivindicar el trono de Castilla para su mujer Doña Constanza y pidiendo permiso de reclutar tropas auxiliares, obtuvieron la oferta de un socorro de 700 lanzas y 4.000 arqueros, bajo el mando del Conde de Cambridge, y la facultad de que entre tanto reclutasen y enviáran á Portugal los soldados aventureros que padiesen, despues de vencer bastante oposición por el recuerdo que allí conservaban del resultado tristísimo de la anterior alianza con el rey D. Fernando; y como esa negociacion llegó á oídos de D. Juan I y no podía ocultársele el peligro, se agitaba inquieto para obtener la ciudad ántes de que fueran los aliados, cuando supo que por fortuna habían tenido que suspender los ingleses sus preparativos de embarque para acudir á Escocia, donde se renovaba la guerra con Francia.

Llegada á Porto la escuadrilla portuguesa que salió de Lisboa el 14 de Mayo para reunirse allí á otros buques y regresar provista de gente y vituallas, contribuyó eficazmente á repeler el amago de apoderarse de aquella ciudad el arzobispo de Santiago, D. García Manrique, que penetrando en Portugal por el Mifio y uniéndosele muchos caballeros del país partidarios de doña Beatriz, tuvo que desistir del intento ante la actitud del vecindario, reti-

(1) A fines de Diciembre de 1383 salieron de Lisboa los primeros emisarios del Maestre de Avis, *Lorenzo Martins*, y un inglés llamado *Thomas Daniel*; pero despues envió como sujetos de más carácter, autorizados para tratar oficialmente con Ricardo II, á D. Fernando Alfonso de Alburquerque y Lorenzo Annes Fogaza.



rándose despues de algunas pequeñas acciones sostenidas en las cercanías (1). Las naves salieron inmediatamente á tomar represalias en la costa de Galicia saqueando algunos pueblos indefensos, y volviendo á Porto completaron su aprovisionamiento y tomaron rumbo para Lisboa ántes de que entrase Pereira con las lanzas que conducia de refuerzo; por lo que tornó hácia el Alemtejo, donde no era ménos necesaria su presencia á causa de las hostilidades que desde Badájoz ejecutaban los castellanos, sin embargo de las correrías que tambien hadian algunos portugueses en territorio enemigo del otro lado del Guadiana.

A la noticia de que dicha escuadra estaba sobre Cascaes el domingo 17 de Junio, llamó el Rey al almirante Tovar y al capitán mayor Pedro Afán de Rivera, para interrogarles sobre la manera en que deberían combatirla: opinó el primero que á fuera de la barra, y el segundo que dentro ya del Tajo; y conformándose con este último dictámen D. Juan I, se enviaron en seguida á la mar dos galeras para observarla, y al amanecer del otro día levaron anclas las demás pasando á formar en órden de batalla muy cerca de la margen derecha frente al *Rostrello* (que era una isleta donde ahora está la torre de Belem) y con las proas para Almada, á fin de atacar de flanco á las enemigas si osaban penetrar, teniendo así favorable el viento.—Los de la ciudad recibieron tambien aviso para esperar el socorro, y notando el movimiento de la flota castellana, armaron ligeramente unas cuantas embarcaciones, y salió con ellas el Mäestre á ver si podia protegerlo en su difícil paso; mas tuvo que volverse al abrigo de la plaza sin contribuir en nada á la operacion.

Serian las nueve de la mañana del día 18 cuando la escuadra de socorro, que constaba de diez y siete naves y diez y siete galeras, empezó á atravesar la barra en el órden siguiente: iba á la cabeza la nave *Milheira*, montada por Ruy Pereira, con 600 hombres de armas y 40 ballesteros, seguida á su inmediacion por otras cuatro tambien bien armadas; venian despues las diez y siete galeras juntas, y á retaguardia las otras doce naves, que contenian

(1) Encontrábase en esta ocasion en Porto el Cónde de Trastamara, hijo de Don Fadrique, que desertó del cuartel real en Coimbra, acompañado, segun se dice, de otros dos hermanos que se unieron á los portugueses en rebeldia contra su primo y señor D. Juan I.

pocos soldados y muchos bastimentos. Al llegar la vanguardia frente á la línea enemiga, viraron hácia ella las cinco naves para desafiarla y para que durante el combate continuáran rápidamente las galeras y demas naves ceñidas á la costa de Almada en cuanto les fuera posible, como lo ejecutaron á todo remo y vela. La escuadra castellana avanzó en el momento oportuno sobre la contraria; pero resuelto Ruy Pereira á proteger el paso del socorro, aferró intrépidamente contra la nave delantera de Castilla, llamada de *Juan de Arena*, y lo mismo hicieron las otras suyas, trabándose un rudo combate, en que pereció Ruy Pereira y fueron apresadas su nave y otras dos; pero se salvaron las dos restantes de la vanguardia, así como los demas buques, que se arriaron á la muralla de Lisboa desde *las Tercenas* á la *Puerta de Mar*, haciéndolas encallar el Maestre de Avis, y mandando plantar al instante estacadas y reparos para preservarlas de las enemigas. La escuadra castellana volvió por el momento á su posición del *Restrello*, y reforzada en la semana siguiente con veinte y una naves y tres galeras pasó á colocarse dando frente á la ciudad, contando ya con sesenta y una naves, diez y seis galeras, una galeaza y varias carracas (1).

Diversos incidentes siguieron poco despues, que demostraban se iba levantando más contrario el espíritu del país, y dificultándose, por consiguiente, la guerra, á los castellanos. Fue uno de ellos la rendición del importante castillo de *Ourem*, que lograron á principios de Julio algunos partidarios del Maestre de Avis, y otros producidos por las hostilidades de Nuño Álvarez Pereira en el Alemejo, quien, al regresar de Coimbra, recuperó á *Monsarás*, y continuó en sus correrías por la frontera, alcanzando alguna ventaja á la vista de Badajoz.

Para detenerle en esas operaciones comisionó el Rey al mariscal Pero Ruiz Sarmiento, que marchó á unirse con otras fuerzas á las que se encontraban ya en aquel territorio, formando un total de 1.500 lanzas (otros dicen 2.500), 600 jinetes y muchos infan-

(1) Me he guiado para este suceso por lo poco que pone Ayala y por los detalles de Fernan Lopez, Soares da Silva y la *Monarquía lusitana*. Segun Ayala, eran diez y ocho galeras y seis naves las portuguesas, y trece galeras y doce, entre naves y barcos, las castellanas. Froissart dice que la escuadra de socorro constaba de veinte galeras, y que la castellana tenía más de cien buques, á pesar de lo cual pasó la primera perdiendo solamente cuatro.

tes, peones y ballesteros; y sabedor Pereira de su arribo, quiso cortarle el paso de *Puente de Sor* para evitar se uniese á los demas castellanos; mas, como ya lo hubiera salvado á su llegada y juntádose á los otros en *Crato*, tornóse para Évora, donde reunió con gran diligencia, de toda la provincia, hasta 1.530 lanzas y 5.000 infantes entre ballesteros y piqueros. Con este cuerpo respetable salió en demanda del enemigo, que acababa de ocupar á Arrayollos, y avistándolo á cosa de dos leguas hácia el paraje llamado *Duror* ó *Divor*, unos y otros formaron en batalla pié á tierra: los castellanos destacaron en seguida sus jinetes por los costados y retaguardia de los portugueses como en ademan de cercarles, y el Mariscal mandó parlamento de intimacion á Nuño Álvarez Pereira, que le contestó con la altivez que acostumbraba. Pasóse en eso todo un dia (ó dos, segun Soares da Silva), y moviéndose Sarmiento para situar su campo durante la noche en mejor puesto poco separado á retaguardia, se aprovechó Pereira de esa ocasion y de sobrevenir con la oscuridad una gran lluvia para retirarse á Évora á fin de racionar su tropa. Volvió á salir al dia inmediato y se encontró levantado el campo del enemigo; pues viendo el Mariscal al amanecer que habia desaparecido su contrario, lo creyó fugitivo y dispersa su gente, y cual si hubiera logrado el objeto de su mision, tornóse para el sitio de Lisboa, donde parece que el Rey con harta justicia le reprendió por su conducta, una vez que léjos de batir á Pereira lo habia dejado más envalentonado y dueño de la comarca (1).

Sosteníase entre tanto por los rebeldes el pueblo y castillo de Almada, cuya situacion sobre la izquierda del Tajo y enfrente de Lisboa era importantísima para los sitiadores; el Rey lo habia mandado bloquear y aun atacar desde principio de Junio, pero la posicion y la firmeza de su gente hicieron inútils los intentos, hasta que á fin de Julio, empleados medios más enérgicos, como una *bombarda*, que dice Fernan Lopez se desembarcó de la escuadra y que pesaba cinco quintales, vinieron los defensores á capitular obligados por falta de agua y autorizados para ello por

(1) En la *Crónica* de Ayala se pone esto como acaecido inmediatamente despues de la accion de Atoleiros y ántes de que D. Juan I fuese á la tentativa de Coimbra; pero el enlace de los incidentes y fechas que consignan los relatos portugueses me hacen preferirlos en esta parte.

el mismo Maestre de Avis (1). Con tal motivo, y para tomar posesion de la plaza, se trasladó allí el 1.º de Agosto el Rey acompañado de la Reina, otorgando merced y buen trato á los habitantes y manteniendo los mismos empleados y guardas que existian.

Desde esa fecha y acontecimiento empieza el último período del sitio de Lisboa, teniendo lugar con más frecuencia y vigor las escaramuzas, refriegas y desafíos personales bajo sus muros, que desde el principio se verificaban, sin más resultado que ocasionar pérdidas inútiles. En uno de estos pequeños ataques, refiere Froissart que un soldado castellano atravesó con su dardo al portugues Juan Lorenzo da Cunha, *ses plates et sa cotte de maille et un floternel emplit de soie retorse*, penetrándole ademas hasta en medio del cuerpo, lo cual hace honor al poderoso brazo y excelente ballesta que disparó el dardo, puesto que no hubiera hecho más la bala de un fusil rayado (2).

Otro suceso cuenta el mismo cronista, que debió ocurrir por este tiempo ó tal vez en el mes anterior, que sin embargo de que nada dicen Ayala ni Fernan Lopez, y aunque pueda haber alguna inexactitud, tiene bastantes indicios de verosímil en lo principal para merecer su cita, y sirve para formar idea de la condicion de aquellas compañías de auxiliares extranjeros que iban en el ejército castellano. Dice que estando en Santarem las compañías francesas, mandadas por Geoffroy Richon y Geoffroy Partenay, cometieron tantos desmanes y se entregaron á tales excesos que, haciéndose irresistibles al vecindario, se amotinó contra ellos y les obligó á desalojar la ciudad con muerte de unos sesenta hombres; que el Rey mandó á informarse de lo acaecido al mariscal Regnaud, quien, oyendo las quejas de los habitantes y sus protestas de sumision, disculpó el tumulto y re-

(1) En la *Monarquía lusitana* dice Manoel dos Santos que fué una de las primeras veces que se empleó artillería en Portugal con las piezas que llamaban *trons* y luego *bombardas*: sus efectos, sin embargo, no dieron resultado; pues añade que el primer disparo no hizo daño alguno, y que al segundo reventó: los de la fortaleza tenian tambien otra bombardas.

(2) *Les plates* eran unas láminas ó planchas de hierro que formaban piezas de la armadura puestas sobre la cota de malla; debajo de ésta iba el *floternel*, que tambien se llamó *jaquet*, consistente en una especie de larga chaqueta de piel fuertemente entretelada de algodón, seda, estopa, etc., para que en ella se embotasen los golpes sin dañar al cuerpo.

gresó al cuartel real aconsejando se atendieran las poderosas causas que exasperaron la gente contra la soldadesca, puesto que seguía el pueblo en acatamiento de los derechos de doña Beatriz; y que así lo acordó el Rey con justicia y benignidad.

No contento el activo Nuño Alvarez Pereira de sus correrías por la frontera, y dominando casi todo el Alentejo, se dirigió sobre la orilla izquierda del Tajo á ver si podía auxiliar de algun modo á Lisboa.

Marchó con ese objeto rápida y cautelosamente hasta las inmediaciones de Almada y Casilhas, ocasionando á los castellanos algunas alarmas y moviendo escaramuzas, que obligaron al mariscal Sarmiento, que mandaba allí por encargo del Rey, á salir en su persecucion para alejarlo, como en efecto lo consiguió, aunque habiéndole dado tiempo para comunicar con el Maestre Defensor (1) ántes de irse á acampar en los altos de Palmella, donde encendió fogatas para que las viesén los de la ciudad y cobráran ánimo.

Suponen los portugueses que por entónces se urdió un plan dentro de Lisboa para asesinar al Maestre, y lo achacan, como otros varios que amenazaron su vida, á sugerencias del Rey; pero debe relegarse ese aserto al cúmulo de hablillas que en semejantes circunstancias acepta el vulgo y explota la política; que no era propio buscára ese medio de deshacerse de su enemigo quien le combatía noblemente en campaña, y ni por carácter ni por instinto propendia D. Juan I á tal villanía. Pudo, sin embargo, fundarse esa especie en el descubrimiento de una trama que concibió D. Pedro de Castro, caballero portugues, hijo del Conde de Arrayolos, muerto el 31 de Julio, de entregar en la noche del 14 al 15 de Agosto la puerta de San Agustin y el muro de

(1) El P. Fr. José Pereira de Santa Ana, en su *Chronica dos carmelitas da antiga e regular observancia*, etc., inserta entre varios documentos del Condestable, que se conservaban en el archivo del convento de Lisboa, la carta que en esa ocasion le dirigió al Maestre por un nadador, con la respuesta que en ella misma puso el Defensor, diciendo que los lamentos de las mujeres eran en la ciudad una de las cosas más afflictivas, y que los sufrimientos y enfermedades crecían por falta de comestibles y escasez de agua, á causa de estar secos los caños; pero que sabía no eran menores en el campo enemigo, donde había día que llevaban cuarenta al cementerio. La fecha que se da en la copia á ese documento es de 20 de Setiembre, mas debe consistir en error, y ha de entenderse Agosto, porque ya para entónces había terminado el sitio.

San Andres, que guardaba con una cuadrilla de castellanos que servian en Portugal desde tiempo del rey D. Fernando; la que descubierta á su confesor en trance de muerte por D. Juan Lorenzo de Acunha, que sin duda estaba en el secreto, mandó el Maestre relevarlos y rechazó á los castellanos, que viendo las fogatas encendidas en los puntos convenidos, acudieron llenos de confianza á penetrar en el recinto.

La escasez de víveres y de agua buena para beber molestaba ya á los defensores á tal punto, que pensaron seriamente en que se trasladara á la ciudad Nuño Alvarez Pereira con cuanta gente pudiera, á fin de que, unidos todos, saliesen de la plaza á sorprender el campamento enemigo por la noche ó al amanecer; y pasada muestra con ese fin por el Maestre, halló tenía allí 1.600 lanzas de sueldo, 400 lanzas de paisanos, y crecido número de peones y ballesteros: la dificultad de que Nuño Alvarez atravesara el Tajo con sus soldados, estando muy vigilado por la flota, impediría probablemente la ejecucion de esa salida temeraria.

El sábado 27 de Agosto se intentó por los castellanos el último ataque, más formal que los anteriores: combinadamente avanzaron al amanecer las galeras contra las portuguesas desarmadas y encalladas en las Atarazanas, mientras el Conde de Mayorga á la cabeza de un escogido cuerpo de hombres de armas y ballesteros, acometia con vigor por el lado de la puerta de Santa Catalina; mas la defensa no fué menos tenaz; acudió, como siempre, el Maestre de Avis á combatir en persona, y despues de una empeñada pelea, en que de ambas partes hubo muchos muertos y heridos, fueron rechazados los asaltantes, lo mismo por tierra que por la marina, donde perdieron una de sus galeras.

De nada hubiera servido, sin embargo, tanta valentía y porfiada defensa de los lisbonenses ante el empeño perseverante del Rey de tomar la plaza, sin el invencible auxilio que les envió la Providencia con la peste que se desarrolló en el campamento y escuadra de Castilla. Las enfermedades que desde un principio molestaban las tropas fueron en aumento y tomaron carácter pernicioso en el mes de Julio, convirtiéndose en Agosto en una horrible epidemia, en la peste del bubon ó landre, que tantos estragos hizo en la Edad Media. El cronista Ayala nada dice sobre las particularidades de la enfermedad; pero, segun explican los portugueses, consistia en unas hinchazones, á que llamaron *tra-*

*mas*, que nacian en las partes más delicadas del cuerpo, como la garganta, los sobacos y articulaciones de las piernas, siendo de tal naturaleza que todos morian. Los primeros atacados fueron de la soldadesca y plebe del campo, pero pronto alcanzó á las personas notables, siendo una de ellas D. Pedro Fernandez de Velasco, que parece sucumbió inmediatamente despues del eclipse de sol que se verificó á mediodia el 19 de Agosto; suceso que contribuyó á aterrar las gentes viendo que se extendia el contagio y la mortandad hasta morir más de doscientos diariamente, y que atacaba con preferencia á los castellanos, pues que la ciudad se veia preservada, y que aun en el mismo campamento los portugueses que iban unidos al ejército, como los prisioneros en la flota, no tenían novedad.

No habia precaucion ni remedios para contener sus horrores, y en brevísimos dias se contaron entre las víctimas porcion de sujetos de los más eminentes, como el maestre de Santiago, D. Pedro Fernandez Cabeza de Vaca; y el que le substituyó, Ruy Gonzalez Mexia; el almirante Ferran Sanchez de Tovar; los dos mariscales Pero Ruiz Sarmiento y Ferran Álvarez de Toledo; el comendador mayor de Castilla, D. Pedro Ruiz de Sandoval; el camarero mayor del Rey, Pero Fernandez de Velasco, ya citado, y otros muchos caballeros principales de la huesta, entre los que fué en extremo sentido D. Pedro Nufiez de Lara, conde de Mayorga, que era uno de los más apreciables por su valor y brillante comportamiento durante el sitio (1).

Fácil será comprender lo espantoso de semejante epidemia en un ejército de la Edad Media, desprovisto de los servicios sanitarios y administrativos, á los que en nuestros dias hayan presenciado algo parecido, contando con todos los recursos de asistencia facultativa y de material, que hacen parte esencialísima de su organismo en los modernos. La carta del Rey, que luégo daremos, las noticias de las *Crónicas* y lo que la tradicion nos ha legado, pintan la angustiosa situacion en que se vió D. Juan I al finalizar el mes de Agosto, imposibilitado de dar cima á su costosa em-

(1) Por su muerte dió el Rey el mismo condado á D. Juan Alfonso Tellez de Meneses, conde de Barcellos y almirante de Portugal, tío de la reina doña Beatriz; y como al año siguiente pereció en Aljubarrota, se lo otorgó á su segundo hijo el infante D. Fernando (el de Antequera), que despues fué rey de Aragon, segun lo dice Lozano en su obra *Reyes nuevos*.

presa cuando debía esperar terminarla pronto y cuando veía á su feliz enemigo libertarse como por milagro (que tal lo conceptuaron ellos) del terrible daño que consumía su ejército, cual si hubiese poseído un secreto preservativo ó le amparase proteccion celestial. Segun Ayala, murieron en dos meses 2.000 hombres de armas de los mejores, y mucha otra gente, pereciendo más de 200 en algunos dias; los cronistas portugueses aseguran hubo grande mortandad, y Froissart dice en un pasaje que perecieron más de 2.000 en pocos dias, y en otro exagera la pérdida total durante el sitio hasta 20.000; de modo que no cabe duda en el estrago y en la reduccion de la hueste, contando con los muchísimos que sin suvenir quedarían imposibilitados para toda fatiga, pues hay que tener presente que los calores de la canícula, la falta de polioia, la escasez de vituallas, el largo campamento y los trabajos del asedio, eran por sí solos motivos suficientes á ocasionar crecida merma en el efectivo.

Aunque de salud muy delicada el Rey, que ántes de empezar la campaña le tuvo enfermo de gravedad, no se resentió durante el sitio, trasladándose al vecino pueblo de Almada por algunos dias, con la Reina y servidumbre; más feliz en esto que su abuelo Don Alfonso XI, que en análogas circunstancias falleció en el cerco de Gibraltar, le preservó Dios entónces y le prolongó la vida pocos años, sin duda para experimentar en la escuela de los grandes infortunios.

Renovada en estos dias la gestion parlamentaria que ántes se habia entablado por órden del Rey, entre su camarero mayor Pedro Fernandez de Velasco y el Maestro de Avis, parece que éste (segun unos, cosa que otros niegan) propuso el reconocimiento y lealtad del reino á doña Beatriz siempre y cuando que él quedase de regente; el Rey indicó que lo sería acompañado de otro castellano que nombraría; y rechazada resueltamente esa condicion, rompiéronse las negociaciones, á pesar de lo mucho que á uno y otro convenia avenirse.

D. Juan I persistia en mantener la contienda del cerco de Lisboa á toda costa, pero los continuados consejos que se le daban de no insistir *en tentar á Dios*, en particular por el infante Don Carlos de Navarra, y el caer tambien enferma con síntomas de la epidemia la Reina, le decidieron por fin á levantar el campo, emprendiendo la marcha lentamente el sábado, 3 de Setiembre,



en que se trasladó al otro lado de la ciudad y muy cerca de ella, junto al monasterio de San Antonio, donde se detuvo un día; prosiguió el lunes 5 á pernoctar en Zapatería (1), en cuya jornada de cinco leguas murieron algunos por efecto de la peste, y se conducía á la Reina en una litera, con sumo cuidado por su estado grave, á tal punto que al llegar al día siguiente 6 á Torres-Vedras, pensaron que fallecía.

Allí se detuvo para ver si alejado el ejército del mortífero campo de Lisboa y alojadas las tropas en los pueblos cercanos, cesaba la epidemia; mas continuando la mortandad, en peligro la Reina, y él mismo enfermo ya, asintió al consejo que le dieron de renunciar por entonces á volver sobre el cerco y disponerse á regresar á Castilla. En su consecuencia, prosiguió la marcha para Santarém, donde, á su entrada, perdonó á los habitantes por el motin referido, se hospedó en la ciudad y distribuyó la hueste acantonada en Vallada y en las aldeas inmediatas.

Con inmenso júbilo, como era natural, vieron los sitiados la retirada de los castellanos, y limitándose el Maestro de Aviz á seguirles á distancia observando su retaguardia, prohibió que nadie entrase en el abandonado campamento, por precaución higiénica, hasta que el fuego lo consumiese. Despues pasó á avistarse con él el activo Nuño Álvarez Pereira, atravesando en un barquichuelo por entre la escuadra de Castilla que se mantenía en el Tajo, para concertar entre ambos ulteriores operaciones, y celebraron por el momento con funcion religiosa en la catedral, con procesiones y regocijos populares, el fausto suceso que presagiaba el triunfo de la causa que habian abrazado y su propio engrandecimiento.

Tal fué el sitio de Lisboa, que como indican las fechas sucesivamente anotadas, empezó por un imperfecto bloqueo en el mes de Febrero, y no se formalizó hasta fin de Mayo; es, pues, absurdo que Froisart, y otros guiándose por él, dijeran que duró un año; á lo sumo puede decirse de cuatro meses escasos, desde el 6 de Mayo, en que el Rey se estableció en Lumiar, hasta el 3 de Setiembre, en que levantó el campo; y en todo rigor sólo tres me-

(1) Desconozco esa localidad, que no se encuentra en ninguna carta de las que he consultado.

ses y cinco días, contados desde el 28 de Mayo, en que el ejército y la escuadra se establecieron al frente de la plaza.

REGRESO DE D. JUAN I Á CASTILLA, Y ACLAMACION DEL  
MAESTRE DE AVÍS POR REY DE PORTUGAL.

Detúvose el Rey en Santarem lo que restaba del mes de Setiembre, para que las tropas descansáran y se repusiesen; y dejando presidida la plaza y los demas numerosos castillos y villas que seguian fieles, emprendió la marcha con intento de comenzar otra campaña en mejores condiciones cuando pasára el invierno (1).

Quedó en la principal fortaleza de Santarem y con el mando superior de aquella parte del territorio, Diego Gomez Sarmiento, nombrado mariscal por la muerte de su hermano á causa de la peste, con una guarnicion de 600 lanzas y 300 ballesteros; previnose á los alcaldes de todos los demas castillos lo conveniente para que se sostuvieran, y se trasladó el Rey á Torres-Novas, que aun cuando no estaba por él, se le entregó y la dejó tambien ocupada. El 14 de Octubre prosiguió el movimiento, colocándose con su servidumbre y escolta en la retaguardia; y haciendo precediera á la columna el fúnebre convoy en que se llevaban sobre acémilas los ataúdes de los ricos-hombres y caballeros que sucumbieron delante de Lisboa, cubiertos de sus banderas y rodeados de los escuderos, pajes y peones respectivos, continuó en tal orden, sin ser hostilizado, hasta la frontera. Desde allí tomó cada uno para su provincia, se licenciaron temporalmente la mayor parte de las compañías, se acantonaron otras en lugares oportunos, y participó el Rey á sus ciudades y señoríos los motivos de la retirada, encaminándose en breve con la Reina al santuario

(1) Froissart, en el primero de sus relatos sobre esta guerra, supone celebrado en Santarem el consejo que el Rey expresa tomó en Torres-Vedras, y que en él opinaron los capitanes franceses por continuar las operaciones sin intermision, y los señores castellanos por volverse á su país; de lo que, adhiriéndose el Soberano al dictámen de los extranjeros, se originó disgusto en los castellanos. Mas, habiéndose resuelto el regreso, es evidente que sucederia lo contrario respecto á las opiniones emitidas, ó que serian los franceses los quejosos.—Con manifiesto error hace permanecer allí al ejército hasta la víspera de la batalla de Aljubarrota, como si nada hubiese ocurrido en tantos meses; pero en su segunda relacion rectifica algo ese aserto, reduciéndolo á *mucho tiempo*, que empleó en pedir apresto de tropas á España y á Francia.

de Guadalupe á rendir gracias á Nuestra Señora de haberles librado de la epidemia, y á implorar su proteccion para la siguiente campaña, cuyos preparativos, así como los demas asuntos de la gobernacion del Estado, le obligaban á ir á Sevilla; viaje que, no obstante, tuvo que retardar hasta bien entrado el mes de Enero de 1385 (1).

Conservada en el archivo de la ciudad de Leon una carta original del Rey, escrita ántes de su entrada en Castilla (que aunque sin fecha la conceptúo mandada desde Ciudad-Rodrigo del 22 al 25 de Octubre), dando cuenta de haber levantado el cerco de Lisboa y de su regreso, consideramos necesario insertarla en este lugar como documento de interes, por expresar las razones que motivaron tal resolucion, y por la curiosa cita que hace de las villas y castillos que se mantenian por su causa, con la enumeracion de las fuerzas que quedaban para sustentarla (2).

Don iohan, por la gracia de Dios Rey de Castiella, de Leon e de Portugal, de Toledo, de Gallizia, de Seuilla, de Córdoua, de Murçia, de Yabén, del Algarbe, de Algezira, e Señor de Lara e de Vizcaya e de Molina, al conceio e alcalls, e al meryno e a los oficiales omnes buenos de la cibdat de Leon, salud e gracia: bien sabedes en commo por otras nuestras cartas

(1) Ayala, Lopez, Mariana y casi todos los historiadores, se concretan á decir que desde Portugal se fué el Rey á Sevilla, lo que ademas de inexacto, puede conducir á creer que tomara el camino más corto por el Alemtejo ó por Castello-Branco y Alcántara: Sólo he visto en la *Monarquía lusitana*, que el ejército marchó por la Beira, siguiendo el mismo camino de su entrada, y este es lo indudable, así por indicarlo la primera etapa á Torres-Novas, como por constar que el 19 de Noviembre se hallaba D. Juan I en Santa María de Guadalupe, y el 10 de Enero siguiente en Talavera. Por desgracia la carta del Rey, que podría aclarar este punto, carece de fecha.

A varios de los señores muertos que se conducian en el *fúnebre convoy*, les erigieron después sus familias dignos mausoleos, de los que aún se conservan algunos, como el del maestro de Santiago, D. Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, existente en la catedral de Búrgos, con su estatua yacente, segun costumbre de la época. Al almirante Tovar, dice Zúñiga, lo llevaron á sepultar en Sevilla, en la santa iglesia catedral, capilla de San Clemente, poniéndole un epitafio, que borró el tiempo, pero que él transcribe copiado de un antiguo códice donde le halló completo; consigna que finó sobre el cerco de Lisboa el año de 1384, y que le mandó hacer aquel sepulcro su biznieto Juan de Tovar, en el de 1436.

(2) Debo el conocimiento de esta interesante carta á la amabilidad de D. Fausto Lopez Villabrille, que es quien la encontró inédita y quien, como muy perito, la copió y publicó íntegra, en 1864, en el semanario de literatura, ciencias y artes, titulado *El Ramillete* (núm. 2), que por entónces se daba á luz en Madrid. —Al reproducirla aquí sólo nos permitimos, para su mejor inteligencia, puntuar-la y señalar con mayúsculas los nombres de localidades.

bos auemos enbiado dezir la rrazon commo nos entramos en este nro rregno de Portugal, E commo teniamos cercada la cibdad de Lixbona asy por mar commo por tierra, la qual teniamos en tan grand apretamiento que la cobramos muy aynta, saluo por la grand pestilençia de mortandat que fue en el nro rreal tan afyncadamente, de que morieron muchos delos grandes de nro rregno e otros muchos caualleros e escuderos que alli estauan con nusco, E otrosy por el grand afyncamiento que todos los que alli estauan nos fezieron, rrequerriendonos que non quiesesemos tentar a dios mas de lo que le auiamos tentado, E non queyesemos ponernos mas en peligro a nos e a nuestra gente. E por esta rrazon ouimos de partir de alli e venimos a una villa nra que está á ocho leguas de Lixbona, a que llaman Torres-Vedras, E alli acordamos de estar por esas villas e lugares nros, que están á siete e a ocho leguas dende fasta que cobrasemos á Lixbona; E nra gente repartida e derramada por las villas pensando que por estar derramada cesaria la mortandat, acaesció que la reyna mi muger fue doliente de una landre, de la qual todos los fisicos la desasperaron por muerte, E nos eso mesmo fuemos doliente e en grand peligro, e morieron otros muchos caualleros que eran alli con nusco dela dicha pestilençia. E por esto, veyendo nos que la dicha pestilençia non cesaua, nos, con acuerdo de los que y estauan con nos, que nos fue afyncado por su parte, que queyesemos partir dende, porque entendian que cumplia á nro seruicio por quatro razones: la primera por la sobredicha mortandat, E la segunda, porque en este inuierno nos fariemos a nos mas daño que prouecho, por rrazon de las grandes aguas que fazia, que non podíamos estar sy non en villas, e para estar en villas non era nra onrra, pues non podíamos estar en los campos sin fazer otra cosa que nra onrra fuese; la terçera, porque aquellas villas que alli teníamos en aquellas comarcas, non nos podian sostener de viandas fasta el mes de junio que venian las nueuas, por quanto auíamos estado en ellas ocho meses, E si ay ouieramos de estar algund tiempo non podieran auer viandas las nras gentes fasta el dicho mes de junio; E la quarta, por la grand costa que nos fazíamos en tener nra gente ayuntada con nusco syn fazer grand prouecho, E eramos forçado de tener toda nra gente con nusco mientra estouiesemos en Portugal. E por quanto dios sabe que non queríamos agrauiar á todos los que sodes en este nro. rregno de Castiella con grandes cargas mas de las que auedes cumplido por nro. seruicio, E porque la dicha carga se nos faria muy grande de complir estas cosas, Acordamos de tornar a Castiella este inuierno por estas rrazones, e porque se rrefeziere nra. gente de cauillos e de armas e de otras cosas que auian gastado, E porque pudiesen tornar mas frescos e reparados para el verano que viene acabar esta demanda que tenemos començada, en la qual, con la merced de dios, hay muy poco de acabar segund el estado en que queda; que sabed que nos dexamos en todas las villas e castiellos que están por nos en este rregno gente por esta manera; nos dexamos derredor de Lixbona en Santarem e en Sintra, e en Torresvedras, e en Alange, e en Ouidos, e en la Touguia, mill e seysçientas lanças, e ochocientos ballesteros, e dos mill omes de pié; Las quales villas son todas derredor de Lixbona diez e ocho leguas, que non está entre medias villa nin castiello que non esté por nos,

salvo el cuerpo de la cibdat de Lixbona, para guarda de las dichas villas e castiellos, E para fazer cada dia mal e daño a la dicha cibdat. Otrosy, dexamos entre Tajo e Guadiana, setecientas lanças e quatrocientos ballesteros, e mill omnes de pié; E las villas e castiellos que están por nos, son estas: el castiello e la villa de Porcel, e la villa e castiello de Villaviçiosa, e la villa e castiello de Oliuénçia, é la villa e castiello de Campounayor, e la villa e castiello de Monforte, e la villa e castiello de Ocrato, e la villa e castiello de Maruan, e la villa e castiello de Mora, e la villa de Almadana, e el castiello de Ugela, e la villa Dalterdochao, e el castiello de Pedrosa, e el castiello de Belver de Nueyra, e el castiello de Nodar, las quales están todas por nos, para guardar e defender las dichas villas e para fazer mal é daño a todas las otras que están contra nos. Otrosy dexamos entre Duero e Miño, por quanto toda la tierra está por nos, saluo la cibdat del Puerto, quinientas lanças e quinientos omnes de pie en los lugares que están por nos, que son estos: La cibdat de Braga con su villa e castiello, e la villa e castiello de Caminna, e la villa de Viana, e la villa e castiello de Melgaço, e la villa de Valençia, e la villa de Monçon, e Villa Nueva de Cervera, e la villa de Ponte de Limia, e la villa de Barçellos, e la villa e castiello de Guimarañes, e el castiello de Castro Leuoreiro, e la villa e castiello de Sant roman, e el castiello de Picocha, e la villa e el castiello de Lindoso, e la villa de Nuuea, e el castiello e villa de Nombrega, e el castiello de Faria, e la villa e castiello de Barnoso, e el castiello de Bermy, e la villa e castiello de Cellerico de Vasco. E esto mesmo dexamos en algunas villas e castiellos de Tras los montes trezientas lanças e quinientos omnes de pie, las quales son estas: la villa e castiello de Bragança, e la villa e castiello de Vianes, e la villa e castiello de Chaues, e la villa e castiello de Monforte de rrio Libre, e la villa e castiello de Miranda, e la villa e castiello de Mogadeyro, e la villa e castiello de Alfandiga, e el castiello de Benposta, e la villa de Fresno de espada ginta, e la villa e castiello de Villarreal, e el castiello de Otero de Miranda, e la villa de Peñarroyas, e el castiello de Torre de chama, e el castiello de Sant esteuan, e la villa de Goneya, e la villa de Vilarello, e el castiello de Monte alegre, e el castiello de Vianes, e el castiello de Mounçe. E eso mesmo dexamos en algunas villas e castiellos de Riva de Coa, quatrocientas lanças e quatrocientos omnes de pie, las quales son estas: la villa e castiello de Castiel rrodrigo, e la villa e castiello de Castiel mellor, e el castiello de Almeйда, e la villa e castiello de Castiel bono, e la villa e castiello de Castiel mendo, e la villa de Sortella, e la villa e castiello de Villamayor, e la villa e castiello del Sabugal, e la villa e castiello de Conillana, e el castiello de Peña mayor, e la villa e castiello de Mont Santo, e el castiello de Segura. E todas estas villas e castiellos quedan en tal rrecabdo que nos daran tal cuenta dellos como cumple a nro seruiçio, e que se fara tanto dano so dellos a las otras villas e castiellos que estan contra nos, como si nos mesmo estoviesemos aca en Portugal. E todo esto vos enviamos dezir porque sepades nros fechos en el estado en que estan e la rrazon de nuestra venida.—Nos EL REY.

A setenta y una villas y castillos (1) asciende, por esta carta, el número de las localidades que se mantenían fieles en Portugal á la causa de doña Beatriz, y todavía hallo la omision de Alemquer, Torres Novas, Leiria, Mertola, y creo que alguno más; y sumando el total de fuerzas que quedaban para guardarlas y para hacer en los enemigos cuanto daño pudiesen, 3.500 lanzas, 1.700 ballesteros y 3.900 peones, ó sea un total de 9.100 hombres, de los que es de inferir que más de la mitad serian portugueses.

Las esperanzas que llevó el Rey á Castilla de que dejaba asegurado el mismo estado de cosas hasta que llegando el verano emprendiera segunda campaña, debieron desvanecerse pronto por los sucesos que tuvieron lugar como inevitable consecuencia de lo que influyó en el país su retirada y prestigio perdido, que supo aprovechar con actividad y acierto el Maestre de Avís.

Desembarazado del asedio terrestre, llamó á consejo á sus principales adictos, y en él se acordó el dictámen de Nuño Alvarez Pereira, de dedicarse inmediatamente á reducir las poblaciones y fortalezas que se sostenian contrarias. Al efecto volvió éste al Alentejo y empezó sus operaciones por tomar á Portel; dirigió luego las hostilidades por las cercanías de Elvas y la frontera de Badajoz con su acostumbrada audacia, y quiso apoderarse por golpe de mano de Villaviciosa, donde fué rechazado dos veces con sensibles pérdidas de gente y de personas importantes, como su hermano D. Fernando, el conde D. Gonzalo y el Prior de Crato. El Maestre intentó lo primero ganar á Cintra, pero á causa de un horroroso temporal que imposibilitó la marcha, tuvo que volver á Lisboa. La escuadra castellana, que salió del Tajo el 21 de Octubre por la mañana, recaló otra vez al mismo fondeadero en la tarde, obligada por la tempestad, y el 28 se alejó por fin para Sevilla, dejando una parte de sus galeras sobre la costa para cruzar en observacion. Acto continuo pasó á Almada el Maestre, por haberse declarado de nuevo por él; y de regreso en Lisboa, organizó un cuerpo de tropas, sacó piezas de artillería, *trons* ó bombardas, y se dirigió á atacar á Alemquer vigorosamente. Allí se le presentó, procedente de Porto, el conde D. Pedro de Castro,

(1) Á pesar de las incorrecciones con que están escritos muchos nombres, que no hemos querido enmendar, todos ellos se infieren claramente y concuerdan con los relatos de la *Crónica* portuguesa.

cuya conducta, como rebelde á D. Juan I y como partidario de Portugal, fué entonces igualmente indigna y aviesa. Despues de una buena resistencia logró el Maestre que la plaza le hiciera pleitesía en la noche del 10 de Diciembre, bajo condicion de enviar á Santarem los castellanos que en ella habia, conservándola su gobernador Vasco Pires de Cameens para someterla á la reina Doña Leonor, á quien la tenía jurada, si volviese á Portugal; cosa que no cumplió y que sin duda fué un subterfugio, pues el 21 de Enero siguiente se declaró otra vez por Doña Beatriz y por el Rey de Castilla. Pensó el Maestre someter más pronto á Torres Vedras, gobernada por el castellano Juan Duques; pero inútiles sus intimaciones, sus ataques por medio de minas y hasta por asalto, ante la tenaz defensa, tuvo que desistir de alcanzar la rendicion, perdidos infructuosamente muchos dias, durante los cuales recibió otras cuatro malas nuevas: 1.ª, la del descalabro sufrido en Villaviciosa por Nuño Alvarez Pereira; 2.ª, el apresamiento y quema de dos galeras y una nave portuguesas á la vista de Lisboa por la escuadrilla castellana; 3.ª, la declaracion de Alenquer; y 4.ª, el desbarate del Maestre de la orden de Cristo y del prior del hospital, Alvar Gonzales Camelo (1), que bloqueando á Torres Nevas, cuyo castillo sostenia Alfonso Lopez de Tejada, fueron sorprendidos por Diego Gomez Sarmiento con 300 caballos que sacó de Santarem, y se los llevó prisioneros.

En el estado de las cosas de Portugal, visto el movimiento creciente de aura popular tan favorable al defensor y regente, creyeron sus íntimos consejeros que era llegada la oportunidad de adoptar una resolucion política de aspecto legal para ordenar la sucesion del reino, una vez que el país se negaba resueltamente á reconocer el derecho de Doña Beatriz; y conviniendo en ello el más interesado, convocó Cortes en Coimbra y se trasladó allí á celebrarlas. Los manejos é intrigas ayudaron al prestigio alcanzado por el defensor de Lisboa tanto como su porte y hábil llaneza para granjearse simpatías, de modo que rápidamente se condensaron las opiniones en él, no obstante que en un princi-

(1) Así lo dice la *Crónica* de Ayala, pero en las portuguesas se pone entre los que murieron en Villaviciosa al maestre de Cristo, Lope Diaz de Sousa, y al Prior de Crato. La prision hecha por Sarmiento sobre Torres Nevas de esos dos personajes, hizo extender en Castilla la noticia de que era uno de ellos el mismo Maestre de Avis.

pio estaban al parecer decididas por su hermano el infante Don Juan, preso en Castilla, prosiguiendo con la regencia mientras durase su cautiverio. Esa disposición de la Asamblea supo utilizarla el elocuente abogado y canciller Juan das Regras en una célebre discusión, en la que, con fuego de patriotismo y bien presentados argumentos, descartó todo derecho á los infantes D. Juan y D. Dionis: 1.º, por ser hijos ilegítimos del rey D. Pedro, puesto que los hubo sin estar casado con doña Inés de Castro, y 2.º, por haber sido rebeldes: deseó el de Doña Beatriz con mayor empeño: 1.º, por ser ilegítimo su nacimiento adulterino, en razón á que su padre el rey D. Fernando contrajo matrimonio con Doña Leonor, arrebatándola á su primer marido Juan Lorenzo de Acuña, y 2.º, porque, aunque lo tuviera, lo habría perdido casándose con D. Juan I de Castilla, que era cismático y sin dispensa, por el cercano parentesco; del verdadero papa Urbano VI; por todo lo cual, y por otras largas consideraciones que expuso, como la violación de los pactos últimos por el Rey de Castilla entrando de mano armada en el territorio, concluyó que no debía ni podía ser observado el testamento del difunto Menaroc; y que siendo el Gran Maestro de Avis hijo también del rey D. Pedro, sin tacha alguna y merecedor de la corona por su valor y comportamiento en la defensa nacional, así como el más digno y necesario para sostenerla todavía contra las aspiraciones de Castilla, á él mejor que á nadie correspondía y debería confiarse (1). Opúsose con fingida modestia el Maestro haciendo ver, entre otras cosas, que sus votos en la orden del Cister, á que pertenecía, eran obstáculo ó impedimento; mas el mismo Juan das Regras y otros expusieron que el Papa le dispensaría sin dificultad esos votos y aprobaría la elección hecha por causa de salud pública, con lo cual quedó declarado y seguidamente aclamado por décimo rey de Portugal el día 6 de Abril de 1885 con el nombre de D. Juan I (2), extendiéndose en seguida el acta é instrumento público correspondiente.

(1) En ninguno de los discursos de Juan das Regras, que están impresos en la *Monarquía lusitana* y en las *Memorias* de Soares da Silva, se le niega á Doña Beatriz su derecho sólo por estar casada con el Rey de Castilla, ni se cita para nada el tenor de la supuesta ley fundamental de sucesión dada por Alfonso Enriquez en las apócrifas Cortes de Lamego; con lo que bastaría, sin más demostraciones, para patentizar la superchería de quien las inventó.

(2) La coincidencia de nombres iguales en los reyes de la Península, que ya



El nuevo soberano comprendia que le restaba mucho que hacer para reducir todo el país á su obediencia y para rechazar las invasiones del Castellano, y por eso, sin entregarse al descanso gozando de las realizadas aspiraciones, se dedicó sin pérdida de momento á organizar su casa y ejército; nombró por condestable y camarero mayor á Nuño Alvarez Pereira; mariscal, á su hermano Alvaro Pereira; alférez mayor, á Gil Vazquez da Cunha; capitán mayor de mar, á Alfonso Furtado de Mendoza; almirante, á Manoel Paçanha; anadel mayor de los ballesteros, á Estéban Vazquez Felipe, y condel mayor de los ballesteros de á caballo, á Alvaro Aunes de Cernache; ratificó como sus ministros é íntimos consejeros al canciller Juan das Regras y al arzobispo de Braga, D. Lorenzo Vicente, y mandó poderes especiales á instrucciones á sus enviados en Inglaterra para ser reconocido, contratar alianza y obtener auxilio más efectivo ó numeroso que el que pocos dias ántes de su eleccion, el 2 de Abril, le habia llegado á Lisboa, consistente en los aventureros reclutados por sus primeros emisarios (1).

Trasladóse en seguida á Porto, y mientras el condestable Nuño Alvarez Pereira, fingiendo ir en romería á Santiago de Galicia, cobraba ó hacia se le sometieran muchos puntos de la frontera del Miño, como Neiva, Viana y Monzao, levantando el espíritu de las gentes; sitiaba él con gran empeño la ciudad de Guimaraes, valientemente defendida por el anciano caballero português Aires Gomez da Silva, quien, despues de rechazados varios asaltos y muchas proposiciones, tuvo que abandonarla, refugiándose en el castillo que la domina, donde continuó resistiendo hasta pactar un plazo de cuarenta dias, á fin de exponer al Rey de Castilla el estado de la fortaleza por si acudia á socorrerla; y como al regreso del comisionado Gonzalo Marinho, recibiera orden de

otras veces existió con los Alfonsos y Pedros, fué en esta época más notable, pues á un mismo tiempo se titularon Juan I los de Castilla, Portugal y Aragon; y además se llamaban también Juan, el Infante de Portugal, preso en Castilla, el Duque de Lancaster, que, como marido de Doña Constanza, pretendia el trono castellano, y otro desgraciado pretendiente refugiado en Inglaterra, hijo del rey D. Pedro y de Doña Juana de Castro.

(1) Conducidos en varios buques fletados para ese objeto y con cargamento de armas y provisiones, fueron atacados por diez galeras castellanas á la entrada del Tago, y se pudieron salvar despues de un reñido combate, en que resultaron muertos y heridos de ambos lados.

entregarla por no ser dable auxiliarle en breve tiempo, lo ejecutó así el gobernador expirado el plazo, saliendo para Castilla sumido en un profundo dolor, que le ocasionó la muerte á aquel antiguo y leal guerrero (1).

Supo por entónces el nuevo rey de Portugal que el de Castilla amagaba el Alemtejo desde Badajoz, y que otras fuerzas penetraban á talar la comarca de la Beira; pero no queriendo desistir de su propósito de sojuzgar el norte del reino, pasó con actividad sobre Braga, haciendo acudir tambien al Condestable; logró se le rindiese en breve y fué rápidamente á Ponte de Lima, que aunque con más dificultades y resistencia opuesta por el gobernador Lope Gomez, se le rindió por fin á favor de la traición de algunos de los defensores.

Conseguidas así muchas de las principales poblaciones del país de Entre Duero y Miño, pudo considerar establecido su dominio por aquella parte septentrional, donde más prosélitos tenía la causa de Doña Beatriz; y aunque todavía seguia manteniéndose en Valenza Ferrand Perez de Andrade, y otros caballeros en Braganza, Miranda, Cháves y diferentes castillos de Tras-os-Montes, suspendió sus operaciones por allí para atender adonde mayor peligro le amenazaba.

#### FUNESTA CAMPAÑA DE ALJUBARROTA.

Graves materias de la gobernacion del reino y de sus relaciones con los de Granada, Aragon, Navarra y Francia ocuparon la atencion de D. Juan I de Castilla desde su vuelta de Lisboa, pero ninguna le afectaba tanto como la de prepararse para otra campaña en Portugal; y habiendo sido tan enormes las bajas del ejército en el desgraciado asedio, le era preciso reponerlas pronto, y procurarse un aumento considerable de fuerzas para abrir las operaciones con superior poder por mar y tierra, en razon al desprestigio de sus armas por los pasados sucesos, y porque los contrarios estaban más envalentonados y esperaban socorros de Inglaterra. Así, pues, se apresuró á escribir á Francia, pidiendo el envío de compañías auxiliares, y dirigió cartas desde Talavera, á 10 de Enero, á sus reinos y señoríos, haciendo un repartimiento

(1) Pertenecía á una de las más ilustres familias, y estaba casado con una hermana del arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio,

de soldados que debian alistarse y estar dispuestos á incorporársele al primer aviso (1). Trasladado luego á Sevilla, mandó que doce galeras y veinte naves se mantuvieran sobre la costa y cercanías de Lisboa para hostilizar los lugares é impedir arribasen socorros extranjeros, sin perjuicio de disponer mayor armamento para la buena estacion; pero adoleciendo á la sazón de grave enfermedad, que le puso en peligro de muerte, retardáronse las demas disposiciones, dejando completamente libres y expeditos á los portugueses en el resto del invierno; tiempo que, como se ha visto, supieron aprovechar.

Cuando estuvo restablecido, activó los preparativos y se trasladó á Córdoba muy entrado ya el mes de Abril, mandando al Arzobispo de Toledo que fuera allegando fuerzas y bastimentos cerca de la frontera; y concentrando él personalmente otras en Badajoz, adonde se dirigió despues, acompañado de los Maestres de Alcántara y Calatrava con otros personajes, pasó á sitiar á los pocos dias la vecina plaza de Elvas con un cuerpo de tropas de 1.500 lanzas, 600 jinetes y crecido número de peones y ballisteros, precedida inútil intimacion al gobernador Gil Fernandez, que lejos de rendirse, se mantuvo firme, hizo varias salidas, y rechazó algunos amagos de formal ataque. Prolongándose este cerco, que parecia ser el comienzo de la invasion por el Alemtejo, recibió el Rey la noticia de un fuerte descalabro experimentado por los suyos, que habian penetrado en incursion procedentes de Ciudad-Rodrigo; y en su consecuencia, ó porque ya no le conviniere operar por allí, levantó el campo y se trasladó á Alcántara, para despues continuar á Ciudad-Rodrigo, dejando en Badajoz algunas compañías con el encargo de vigilar y proteger la frontera y hostilizar todo lo posible el país enemigo.

El cronista Fernan Lopez, y con él todos los historiadores portugueses, refiere en esta ocasion del sitio de Elvas algunas crueldades mandadas ejecutar por el Rey de Castilla; y aunque esos actos de barbarie eran harto frecuentes y comunes á todas las naciones en aquel siglo, se nos resiste admitirlas á la ligera, y que se le imputen á un monarca que en los años de su azaroso reinado no legó memoria de cruel ni sanguinario, ántes bien se le

(1). Insertando en el capítulo siguiente la que mandó á la ciudad de Murcia, como uno de los documentos referentes á la batalla de Aljubarrota, bastanos aquí su referencia en el relato general de la campaña que iba á empezar.

pinta, de carácter suave y benigno, sobre todo comparado con sus antecesores y coetáneos.

El descalabro que se acaba de mencionar y lleva el nombre de accion ó batalla de *Trancoso*, muy parecido al del año anterior en *Atoleiros*, exige explicarse detalladamente, agrupando lo que de él se encuentra en las diversas crónicas.

Habia encargado el Rey al Arzobispo de Toledo, como queda dicho, que reuniera fuerzas y provisiones por la parte de Salamanca y Ciudad-Rodrigo, y que se acometieran algunas cabalgadas en tierra enemiga mientras él entraba por el lado de Badajoz; y con tal objeto, aprovechándose de estar distraídos entre Duero y Miño los caudillos portugueses, penetró por la Beira Juan Rodríguez de Castañeda con otros caballeros principales, llevando como 300 ó 400 lanzas, 200 jinetes, y un número subido de ballesteros y peones, que algunos suponen ascendia á 2.000. Dejando á Almeida, que estaba por Castilla, y pasando por Pinhel y Trancoso, se adelantaron, causando el mayor daño, hasta Vizeu, desde cuya ciudad, después de saqueada é incendiada, emprendieron la vuelta por el mismo camino, cargados de despojos, con un crecido convoy de prisioneros, acémilas y ganado, sin haber tenido apenas dificultad ni oposicion; mas la presencia del enemigo en el corazon del país, y los clamores de la gente por el estrago que causaba, produjo la reconciliacion instantánea de los hidalgos de la comarca que estaban desavenidos, Juan Fernandez Pacheco, Gonzalo Vasquez Coutinho y Martin Vasquez da Cunha; los que, reuniendo á toda prisa cuanta gente armada pudieron, lanzas, ballesteros y peones, pusieron en orden de batalla á media legua de Trancoso, en lugar conveniente, por donde los castellanos tenian que pasar en su marcha de regreso. Dudaron éstos al llegar á la vista, entre atacarlos ó proseguir desviando la direccion, y prevaleció lo primero, segun Ayala, por juzgar deshonoroso lo segundo; apeáronse de sus caballos, excepto los jinetes, en unas tierras labradas, por las que marcharon avanzando con gran calor, polvo, sol de cara y fatiga consiguiente hácia sus contrarios, que les esperaban á pié firme; y al aproximarse, algo descompuestos ya en su ordenanza, fueron desbaratados. Froissart dice que ántes de trabar pelea hubo un parlamento, que no dió resultado, y que luego, dejando los caballos á los pajes, empezó un refido combate de tres horas, que terminó con la derrota

de los castellanos, que al retirarse para cobrar sus monturas vieron que los pajes y criados habian huido. La version de Fernan Lopez y de sus comentadores explica que los castellanos querian eludir la accion y se inclinaron hácia el riachuelo de *Frechas*, pero que los portugueses les salieron al encuentro y les presentaron obligada batalla junto á la ermita de San Márcos; que entónces hicieron alto; pusieron pié á tierra los hombres de armas; quedando á caballo los jinetes, sonaron las trompetas y se rompió la pelea á los gritos acostumbrados de Santiago y San Jorge, dados respectivamente de cada bando. Algunos bisoños huyeron atemorizados para Trancoso, y perseguidos por los jinetes ligeros, tuvieron que volverse á acoger á los suyos, viniendo ese incidente á determinarles á resistir con vigor, en términos que no sólo rechazaron la embestida de los castellanos, sino que á su vez les acometieron poniéndolos en dispersion y huida, causándoles gran pérdida; rescatando toda la presa que llevaban en el bagaje, periciendo Castañeda y los demas capitanes, á excepcion de uno que escapó con los jinetes, y de otro que perdonaron para que les diese razon de los muertos: en cuanto á los vencedores, padecieron muy poco, y no faltó ninguno de los caudillos.

En la *Historia del arzobispo Don Pedro Tenorio* por el doctor Eugenio de Narbona, se supone su presencia en esa expedicion y combaté, y que logró escapar con algunos pajes á Ciudad-Rodrigo; pero debe dudarse, porque todos los cronistas se limitan á dar como jefe principal á Castañeda.

Respecto á la fecha de esa accion hay variedad de opiniones: Ayala, Mariana y otros historiadores la ponen en el mes de Julio; Froissart, con inconcebible absurdo, en un miércoles de Octubre de 1384; Fernan Lopez y la *Monarquía lusitana* en el mes de Mayo, sin señalar el dia; D. Juan Bautista de Castro, en su *Mapa de Portugal*, en el dia mismo de San Márcos, que cae á 25 de Abril, á ménos que quisiera decir San Marco, que es el 18 de Junio; y el Dr. Narbona en la expresada *Historia de Don Pedro Tenorio* la da como acontecida en Junio. A mi juicio es lo más probable atribuirle á Mayo, porque el Rey de Castilla supo el suceso estando aún sobre Elvas, y consta que el 20 se encontraba ya en Madrigal (1), y porque al de Portugal le llegó la no-

(1) En los *Anales de Sevilla*, por Zúñiga, encuentro que en esa fecha y desde

ticia en Guimaraes. De las fuerzas se hacen tambien distintas valuaciones, pero los mismos portugueses declaran que, aunque los enemigos les llevaban ventaja en buenos jinetes y hombres de armas, ellos tenian muchos más y mejores peones. Ayala dice murió Castañeda y Pero Suarez de Toledo, con los más caballeros, escuderos y hombres de armas, escapando herido Alvar García; pero Fernan Lopez y Froisart dan esos y otros nombres con alguna diferencia.

Preciso es convenir, al leer lo que sobre esa accion queda extractado, que el jefe de los castellanos, Juan Rodriguez Castañeda, debia ser, como lo pinta el Dr. Narbona, «caballero verdaderamente valeroso, pero osadamente determinado, atento más al brío del espíritu que á las razones del gobierno militar»; pues aunque tuviese inferioridad numérica, siendo indudable que contaba con superior calidad de tropa y con el recurso de los jinetes, podria haber evitado el fracaso con más calma y tino en dirigir el combate, y sobre todo, evitarlo en la posicion buscada por el contrario, y ántes de desembarazarse de la presa ó convoy que conducia. La confusion que se originaria al escapar asustados los pajes y acemileros, y el pánico consiguiente en la retaguardia que custodiaba el bagaje, explican la fácil derrota que ocurrió y la mortandad de los hombres de armas en ese desgraciado encuentro, que pudo considerarse preludio y modelo en menor escala, de la gran catástrofe que iba á verificarse en Aljubarrota, á la cual contribuyó por el influjo deplorable que difundiria en los soldados castellanos, y por el estímulo y confianza que dió á los portugueses.

Abatió por completo aquel fracaso en el espíritu del Rey el buen efecto de dos sucesos favorables á sus armas, ocurridos tambien á la sazón, de que recibió aviso encontrándose aún en Alcántara. Verificóse el primero en la villa de Mertola, sobre el Guadiana (1), que mantenía por él su gobernador Ferrand Dantes, y que, cercada estrechamente, se vió obligado á encerrarse en

dicho punto pidió el Rey á las iglesias ciertas *décimas*, que tres años ántes concedió el Papa, y que habia hasta entónces excusado de reclamar, pero que las tristes necesidades de la guerra le obligaban ya á exigir, aunque recomendando se verificase en la forma más suave posible.

(1) Segun los *Anales de Sevilla*, por Zúñiga, debió acontecer lo de Mertola á mediados de Junio, pues dice que el Rey lo supo quando entraba en Portugal.

el castillo, y estaba en grande aprieto, hasta que, acudiendo desde Sevilla el joven Alvar Perez de Guzman, alguacil mayor de la ciudad, con 300 hombres de armas y 800 infantes, batió á los sitiadores, que eran, segun Ayala, 200 de á caballo y 4.000 de á pié, les cogió algunos prisioneros, y se retiró despues de bien abatida la plaza; y fué el segundo el desbarate y presa que hicieron el señor de Alcaudete, D. Alfonso Fernandez de Montemayor, y D. Garci Fernandez de Villagarcía, comendador de Castilla, que habian quedado en Badajoz para guarda de la frontera, atacando á Vasco Gil de Carbalho entre Évora y Arronches, en ocasion que se dirigia á este último punto con un convoy, logrando matar y coger prisioneros á muchos y dispersar los restantes enemigos, que huyeron difundiendo el terror por toda la comarca.

Dadas las órdenes para que acudieran á Ciudad-Rodrigo, como punto de asamblea que señaló D. Juan I, los contingentes de tropas prevenidos, se trasladó allí entrado el mes de Junio, deseoso de reparar en una corta campaña los anteriores descalabros, y someter á la obediencia de Doña Beatriz y de él, como soberanos, todo el reino de Portugal.

Mientras esto se verificaba, creyendo el antiguo Maestre de Avis, por las noticias que tenía del amago sobre Elyas y del desbarate de Arronches, que sería intento decidido de su contrario operar seriamente en el Alemtejo para caer sobre Lisboa, que estaba ya bloqueada por la escuadra, se fué á Porto el día 8 de Junio, llamó algunas más tropas, y siguió á Coimbra el 14, desde donde por Penella y Thomar pasó á alojarse en un arrabal de Torres-Novas, sosteniendo ligeras escaramuzas por ese motivo con la guarnicion del castillo, que le indujeron á continuar á Gollegan. Una vez allí sobre el Tajo se puso en ordenada marcha de combate, llevando la vanguardia el condestable Pereira, á fin de pasar el rio el 26 por el vado de *Santa Etria pequena*, en cuya ocasion mantuvo otra escaramuza con algunos jinetes destacados de Santarem, bajo el mando de Alvaro Gonzalez de Sandoval. Supo entónces el movimiento del Rey de Castilla y la concentracion de fuerzas en Ciudad-Rodrigo, y desistiendo de seguir al Alemtejo, repasó el Tajo para tomar hácia Alemquer: ocurrió por eso nueva y más empeñada refriega en las inmediaciones de Santarem, con muertos y heridos de ambas partes, y fué á situar su campo junto á Cartaxo, desde cuyo punto continuó á establecerse

en las cercanías de la villa de Alemquer, mantenida por Vasco Pires de Camoens. Pidió allí consejo acerca de lo que convendría ejecutar, sabiéndose que el ejército castellano se aprestaba á entrar por Ciudad Rodrigo, y se acordó que esperando la incorporación de la gente pedida á Lisboa, pasara el Condestable al Alemtejo á restablecer el espíritu y levantar más tropas, que llevaría después á unir las al cuerpo principal en Abrantes. En su consecuencia atravesó el Tajo Pereira por Muje, y se dirigió con la actividad que acostumbraba á disipar la moral perdida en Arronches, y á llamar á su lado toda la gente armada que pudiera acudir con presteza. Entre tanto llegaron de la capital los refuerzos que se aguardaban, consistentes en 100 lanzas y 21 ingleses, y contramarchando el mismo día 10 de Julio el nuevo Rey de Portugal desde Alemquer, entró el 13 en Abrantes (1), donde le enteraron de que ya habían penetrado en el reino los castellanos; por lo que se apresuró á escribir al Condestable la urgencia de que se le incorporase, como lo hizo con 500 hombres de armas y 2.000 entre ballesteros y peones, según dice su *Crónica*, ó 600 hombres de armas, 2.000 peones y 300 ballesteros que le dan otros.

Dejando por el momento á los portugueses organizando su hueste en Abrantes y formando el plan de guerra, vamos á dar cuenta del principio de las operaciones de los castellanos.

Impaciente el Rey de emprenderlas, aprovechando el verano, no quiso aguardar algunas fuerzas que aún le faltaban, ni al cuerpo escogido que conducía el infante D. Carlos de Navarra, constándole que su escuadra bloqueaba á Lisboa con 12 galeras y 46 naves, según las indicaciones de Ayala, 8 40 naves, 10 galeras, 12 barcas, 3 pataxos y 5 barcos más, cargados de armas y bastimentos, según el P. Texeira en la *Vida del Condestable*; más eso no obstante, celebró consejo como siempre acostumbraba, y como siempre se encontró con diversos pareceres (2): querían unos que

(1) En los detalles de todas estas marchas para ir á Alemquer y luego á Abrantes, así como en los nombres de las etapas y el pasar y repasar el Tajo, encuentro mucha confusión y dudas en las crónicas é historias portuguesas, habiéndome limitado por eso á extraer sólo lo esencial.

(2) Cuando la aclamación del Maestre de Avis por rey de Portugal, dice Lozano en su obra *Reyes Nuevos*, se afectó mucho y pidió consejo el Rey de Castilla, excitándole los malos consejeros á emprender otra campaña, porque en *justando*



invadiera el reino con todo el ejército, pues nadie osaría oponérsele, y si lo intentaba sería arrollado, con lo cual, socorriendo á Santarem y las otras plazas que se mantenían leales, se lograría en seguida Lisboa, y con ella probablemente el fin de la guerra: otros, por el contrario, recordando las pérdidas del año anterior, el descalabro reciente de Trancoso, la resolución del Portugués y lo enfermizo del Rey, no creían prudente entrarse él en persona para aventurarlo todo al trance de batalla, con más motivo careciendo de dineros para llevar á los que en el país estaban por él, y opinaban mejor que en lo que restaba de año se hiciese *guerra guerrada*, dividiendo las tropas en las fronteras por el Norte, el centro y el Sur, para dedicarlas á incursiones activas, mientras la escuadra, abasteciendo las plazas que pudiera, bloquease el Tajo y asolara la costa, creyendo que así se dañaría mucho al país, se levantaría el espíritu contra el rebelde Maestre, y se sujetaría sin peligro todo Portugal; añadiendo también que si hubiera manera de alcanzar una buena *plantesía* sería provechoso aceptarla. Don Juan I tenía, sin duda, hecha su determinación, acorde con el primer dictámen, pero sólo indicó el propósito de ejecutar una incursión por la Beira para talar el país, volviéndose luego á Castilla para adoptar el segundo plan propuesto; á lo que muy sensatamente le replicaron que no era honrosa para él semejante *calvalgada*, ni correspondía al Rey *facer almogavería*. Esto no obstante, sin esperar, como ya se dijo, al Infante de Navarra ni al de Portugal, que mandó le trajesen desde el castillo de Almonacid, en que le tenía preso, con objeto de llevarlo consigo por si su presencia podía contribuir á perturbar los partidarios enemigos, atravesó la frontera hacia el 8 de Julio (1), y marchó por Almeida, Pinhel y Trancoso (2) á Celorico, donde se detuvo para tomar el

*Castilla todas sus fuerzas pondría en un puño á Portugal, y el que se llamaba rey tendría á dicha escorpar huyendo: esta jactancia castellana*, añade el autor, *nos tiene hoy como nos tiene* (escribía en 1666), *y nos puso entonces cual nos puso. Bien me entiendo el entendido.*

(1) No he visto señalado por nadie el día fijo de su entrada en Portugal; pero teniendo presente que el 13 lo supo en Abrantes su competidor, y que el 21, después de una marcha lenta y de padecer enfermedad, firmó el testamento en Celorico, creo discrepar muy poco en la fecha que indico.

(2) Al pasar por Trancoso, dicen los portugueses que se destruyó la ermita de San Marcos, junto á la cual fué el descalabro y muerte de Castañeda poco antes, y que con posterioridad se mandó reedificarla mejor que antes estaba, para perpetua memoria de aquel triunfo.

castillo y dejar guarnición, y donde, tal vez bajo la impresion de un fatal presagio al verse aquejado de sus frecuentes dolencias, otorgó y firmó el 21 el célebre testamento que habia de ocasionar tan serias dificultades despues de su muerte.

El 31 de Julio ó 1.º de Agosto (1) se puso otra vez en camino para Coimbra, llevado en litera por su débil estado de salud, y con jornadas muy cortas; por ese motivo y por los entorpecimientos de los carros y bagajes, sin oposicion alguna, pero con marcadas señales de retrainiento y de terror en los naturales, no sólo por antipatía á los castellanos, sino por el estrago que se decia iban causando, llegó al frente de aquella ciudad, pasó el Mondego (2), y se estableció sobre la márgen izquierda hácia la quinta de Villafranca, extendiendo por las inmediaciones las tropas, y enviando partidas hasta Montemor-o-velho, Soure y Aveiro, para recoger provisiones, ganados y acémilas.

No era de esperar que la ciudad que el año anterior le negó su entrada dos veces le abriera entónces las puertas; así es que ni lo intentó el Rey, limitándose en los dos ó tres dias que creo se detuvo, á quemar unos arrabales, á dar descanso al soldado, á que se completase la concentracion del ejército, y á reunir los mayores recursos posibles de subsistencias y trasportes. El 7 ó el 8 probablemente movió el ejército á pernóctar en Soure (que Ayala nombra Soris), donde se presentó á D. Juan I un esudero portador de carta del Condestable de Portugal (3), que fué despedido con la respuesta; y de allí adelantó en cortas etapas á dormir el 10 en Pombal y el 11 ó 12 junto á Leiria; abandonado el camino directo á Santarem por el mejor y más corto de Lisboa, que le proporcionaba tambien la ventaja de aproximarse al litoral. Uniéronsele en esa marcha, segun Fernan Lopez, muchos caba-

(1) Llevando el Rey catorce dias de andar en litera cuando se dió la batalla de Aljubarrota el 14 de Agosto, segun dijo en su carta á la ciudad de Murcia, ó 15, segun expresa la *Crónica* de Ayala, y constando por la de Fernan Lopez que era ya entrado Agosto cuando pasó el Mondego, no puede haber duda de que el último de Julio ó el 1.º del mes siguiente salió de Celorico.

(2) Sobre el paso del Mondego en esta ocasion, dice Fernan Lopez que como era en Agosto y llevaba poquísima agua, pasó por debajo de los arcos del puente la mayor parte del carruaje; y que dirigiéndose algunos de los castellanos por la *Rua Direita*, delante de la puerta de *Almedina*, se trabó escaramuza con los de la ciudad, resultando que hubo muertos y heridos.

(3) Véanse en los documentos del capítulo siguiente.

llos y soldados, procedentes de las guarniciones de Santarem, Obidos, Alemquer y otros puntos que las tenían castellanas, así como desembarcados de la escuadra fondeada delante de Lisboa, con lo que, al completo de fuerzas el ejército, es de creer adquirió allí la organización u ordenanza definitiva de batalla en que debería marchar y acampar en los días siguientes.

Estaba la pequeña ciudad murada de Leiria y su castillo, situado en un alto risco (1), gobernada por el caballero gallego Garcí Rodríguez de Tabora, que, sirviendo á Portugal desde tiempo del rey D. Fernando, la mantenía por doña Beatriz, y no quiso rendirla ni permitir la entrada á los castellanos; pero se prestó á facilitar cuantos víveres y auxilios requirieran, y dejando á su hijo que le reemplazase, fué en persona á presentarse á D. Juan I para acompañarle en la batalla, donde pereció; notable rasgo es de antiguo caballerismo la delicada distinción que hizo entre sus deberes al juramento de la plaza que le confiara doña Leonor, y los de su nacionalidad y simpatías que le unían al Monarca de Castilla.

Otro escudero parlamentario, llamado Andres Pexoto, se presentó aquí al Rey, y se volvió para su campo después de presentar un alarde del ejército, que le dejó muy impresionado, deduciendo yo que debió ser en el día 12, y que en el mismo, ó en la mañana del 13, estrecho el terreno de la inmediación de Leiria para el emplazamiento de las considerables fuercas de la hueste, y conviniendo ordenarla en mejor desembarazada posición, pasó á establecerse más allá del valle, sobre la planicie por donde va el camino de Aljubarrota; de cuyo modo se explica satisfactoriamente la inteligencia de lo que dice Ayala, que el Rey *era partido de Sorie* (Sorie) *era llegada á una plaza* (situación ó posición) *que está á legua y media de los enemigos*; pues que, en efecto, habiéndb 12 kilómetros desde Leiria al campo de batalla, á esa distancia, poco más ó menos, de legua y media de las anti-

(1) Situada sobre el río Liz, donde se le une el Lena, conserva todavía restos de sus antiguas murallas y buena parte de los torreones del castillo, dominando el pintoresco valle. Fué una importante fortaleza desde tiempo de Alfonso Enriquez, y se descubren en ella obras de épocas anteriores; en la pequeña iglesia del castillo, de estilo gótico del siglo xv, se leen restos de dos epitafios, uno de los cuales perteneciente al túmulo de un gobernador, en el siglo xvii.

guas de Portugal (1), vendria á quedar el ejército castellano con sólo 2 ó 3 kilómetros que hubiese avanzado de la poblacion.

El Rey de Portugal, que dejamos en Abrantes desde el 13 de Julio, se ocupó, secundado por el Condestable, de organizar y ejercitar las tropas reunidas, y de discutir la mejor manera de emplearlas contra las muy superiores que invadian el reino, hasta que, entrado ya Agosto, le avisaron que el de Castilla estaba sobre Coimbra; opinaron entónces algunos que se excusase presentar batalla, atendida la inferioridad de fuerzas; y propusieron dirigirse por el Alentejo á penetrar en la tierra enemiga, talando la Andalucía y amagando á Sevilla; con lo que, sin el menor riesgo, obligarian á los castellanos á retroceder para libertar su propio país; pero los capitanes ingleses que iban en la hueste, y sobre todos el conde de Peñafiel, sostuvieron que no debía pensarse en encerrarse en Lisboa ni en otras fortalezas; ni mucho ménos en salir del territorio, porque así se perderia la capital y todo el reino faltaría de proteccion, mientras ellos se entretenian en talar olivos y derribar casas en Andalucía, sino sostener la guerra en campo abierto, y en vez de retirarse del enemigo, salirle al encuentro. Juzgóse temerario este consejo, y ofendió la altivez del Condestable; marchó para Thomar con el cuerpo que habia llevado del Alentejo, diciendo que con los que le seguian iba á batirse para vencer ó morir; mas el Rey, que participaba, en cierto modo de igual deseo que su teniente, y que no queria sacrificarle, le mandó llamar al instante, advirtiéndole de su idea de juntarse todos para obrar despues segun su acuerdo. No por eso quiso retroceder; pero hizo alto, y contestó que allí podia verificarse la reunion; lo que así se ejecutó, dándose en seguida la organizacion definitiva á la hueste, en vanguardia, retaguardia y alas; repartiéndose oportunamente los hombres de armas, los ballesteros y peones, y encargándose el Condestable del mando de la vanguardia y direccion de la marcha.

Envió desde allí Nuño Álvarez Pereira, por órden de su rey, un escudero al de Castilla, portador de mensaje para que dejara libre el reino, evitando la destruccion que causaba, y que se pac-

(1) D. José Cornide, en su *Estado de Portugal en el año de 1800*, manuscrito en la Academia de la Historia, dice que la legua era de 32.684 palmos, ó 8.171 varas castellanas.

taria entre ambos soberanos la avenencia que fuera razonable; pero que si así no lo aceptaba, se sometían al juicio de Dios en una batalla, y acto continuo se trasladaron el 11 á establecer su campo junto á Ourem (1), mandando otro escondero con segunda carta como la anterior, y particular mision de enterarse bien de las fuerzas y disposicion del enemigo, cosa que desempeñó perfectamente, segun se ha indicado.

Respondió en las dos ocasiones el rey D. Juan I, recordando el derecho de doña Beatriz y los juramentos que la prestaron; ofrecia al Maestre de Avis y á los que le acompañaban, repartirles tierras y colmarles de beneficios si se ponian á su merced; y confiaba que Dios le ayudaria en el caso de que persistiesen rebeldes; y cumplida así con esa fórmula parlamentaria, que nunca daba resultado; enterado el Portugues, por boca del emisario Pexoto, de las imponentes masas del enemigo, le exigió ocultase á todos la verdad de lo que vió y de sus impresiones, diciendo, por el contrario, que no era crecido el número y que se componia de gente bisona.

El sábado 12 llevaron su campo á Porto de Moz, adelantándose en la mañana siguiente, despues de misa, el Condestable con cien caballos, en direccion á Leiria, donde sabia estaba el ejército castellano, para reconocer desde las alturas si hacia movimiento; y como empleára en ese servicio muchas horas del dia, quedóse á pernoctar allí la hueste. Muy de mañana, el 14, marchó en órden de combate hasta el lugar, á poco más de una legua, sobre el camino que une á Leiria y Aljubarrota, sitio que el Condestable juzgó era buena posicion para esperar la batalla; disponiendo de seguida, aprobada por el Rey, la colocacion de las tropas.

En esa misma mañana del dia 14 de Agosto, que tan deplorable habia de ser para las armas de Castilla, rompió su marcha el ejército de D. Juan I por el camino recto que se dirigia á Lisboa, y dando un rodeo al avistar al enemigo, con objeto de situarse en terreno anchuroso y despejado, empezóse á ordenar en él la gente, mientras los portugueses, á consecuencia de ese movimiento, cambiaban el frente de su batalla para esperar el ataque á pié firme.

(1) Refieren las crónicas portuguesas que al campar en Ourem salió del monte un ciervo, y perseguido por los soldados, se refugió y murió en la tienda del Rey, cuyo incidente fué interpretado como feliz augurio de victoria.

Diéronle en efecto los castellanos por la tarde, despues de un inútil parlamento y de un innecesario consejo, sin haber acabado de entrar en línea las fuerzas; y recibido valientemente por sus contrarios, no sólo lograron éstos rechazarlos, sino que en breve espacio de tierra y de tiempo alcanzaron señalado triunfo (1).

Salvóse el Rey seguido de pocos, corriendo durante la noche hasta Santarem, donde en la inmediata mañana se embarcó en el Tajo en una barca, cubierto el rostro, para su flota estacionada delante de Lisboa; entró en la nave de Pero Afan de Ribera, y quedando á bordo el 16, salió en ella para Sevilla el jueves 17, escoltado por otros cuatro buques de la escuadra. El maestre de la orden de Alcántara, D. Gonzalo Nuñez de Guzman, permaneció bastante tiempo sobre el campo de batalla con los jinetes que mandaba, y pudiendo reunir más de tres mil de á caballo y mucha gente de á pié de la dispersa, tomó tambien el camino de Santarem; desde allí, informado á su llegada de la determinacion del Rey, pasó el Tajo y continuó para Badajoz; verificando lo mismo, en pos de él, los alcaides de las fortalezas y sus respectivas guarniciones (2).

Quedaron los vencedores hasta el tercer dia sobre el propio lugar de la victoria, siguiendo, dicen algunos, una costumbre militar y caballeresca; y despues se trasladó el Rey con la hueste á Alcobaza, envió á Lisboa las banderas y trofeos ganados; y partió para Santarem, que encontró ya pronunciada por él y en libertad el Maestre de Cristo y el Prior del Hospital, que habian sido hechos prisioneros en Torreas-Novas. Multitud de dispersos y fugitivos castellanos, perseguidos en todas partes por los campesinos, eran cogidos y llevados presos á Santarem, cuando no inhumanamente muertos; y fué, entre los primeros, descubierta nuestro mismo cronista, el canceller mayor Pedro Lopez de Ayala.— Otra parte del ejército, y creo sería el mayor número, debió tomar en su huida el camino por donde entraron, hácia la Beira, y allí, amparados por el cuerpo del Infante de Navarra, que penetrando pocos dias ántes en Portugal por la comarca de Lamego, se cor-

(1) Siguiendo el método que nos hemos trazado, se omiten aquí los pormenores y descripcion de la batalla, para dejar íntegro el asunto á los textos históricos, que se dan en el capítulo siguiente, y á sus comentarios del iv.

(2) Por habersa ido á unir al ejército Diego Gomez Sarmiento, quedaron de alcaides en Santarem Rodrigo Álvarez de Santoyo y Gomez Peres de Valderrábano.

rió para el Sur con ese objeto en cuanto supo la derrota; pudieron traspasar la frontera.

Libre por segunda vez el Portugal de la invasion castellana de un modo más brillante y decisivo que la anterior, sólo quedaba á su nuevo soberano el cuidado de Lisboa, bloqueada aún por la escuadra enemiga, y el de someter las plazas y castillos que se mantenian por doña Beatriz; pero era evidente que ambos terminarian muy pronto: la flota levó anclas y se alejó del Tajo el 14 de Setiembre (1); los castillos de Torres-Vedras, Alemquer, Cintra, Obidos, Leiria y otros de las provincias del Sur y del Norte se le fueron entregando espontáneamente ó por simple intimacion; y sin perder tiempo se dispuso á aitar á los demas para rendirlos.

Debió ser el primero Torres-Novas por su cercanía á Santarem y por la importancia de su situacion; y tenazmente defendido por Alfonso Lopez de Tejada, pactó, despues de rechazados muchos ataques, tres meses de pleitesía para hacer saber al Rey de Castilla su situacion y esperar socorro; al cabo de los cuales, autorizado por el Monarca, lo entregó; sucedió lo propio y en semejantes circunstancias con otras fortalezas de Tras-os-Montes y de Entré Duero y Miño, pero no con las de Cháves, Almeida, Braganza, Monzao y Melgazo, que le obligaron á marchar sobre ellas con fuerzas respetables y *engaños* suficientes, tan luégo como cumplió una oferta piadosa que hizo á la Virgen el dia de la batalla, de ir á pié desde aquel campo hasta Guimaraes, para tributar accion de gracias á la venerada imagen de Nuestra Señora de las Oliveiras.

Ántes de salir de Santarem, recompensado el condestable Pereira con el condado de Ourem (2), le comisionó para que se dirigiese al Alemtejo y Algarve, á fin de reducir todas las poblaciones que aún le negáran obediencia, vigilando y guardando al mismo tiempo la frontera de las incursiones de castellanos; pero no era fácil que aquel audaz guerrero redujese á eso las operaciones,

(1) Dicen otros que permaneció sobre Lisboa hasta el 13 de Diciembre, pero no es probable tanta tardanza.—La mayor parte de los que guarnecian á Cintra, Alemquer y otros castillos, parece que se dirigieron al Tajo y se embarcaron en la escuadra.

(2) Aunque el título se lo dió el año anterior en Lisboa, parece no entró en posesion del condado hasta despues de la jornada de Aljubarrota.

llevado de su carácter y engreído con la reciente victoria; así es que en cuanto se vió solo marchó á Évora, estimuló á sus soldados, llamó otros á unirsele, y compuso un cuerpo de 1.600 caballos y 2.000 infantes, segun Fernan Lopez, ó de 800 hombres de armas y 6.000 peones, segun Ayala; con el que, avisando caballerosamente á los castellanos que iba á penetrar en su territorio, tomó para Estremoz y Elvas, pasó el Guadiana, y el 2 de Octubre acampó cerca de Badajoz.

Al día siguiente fué á Almendral, y el 4 se alojó en Aldea de la Parra, á cuya vista se presentó á inquietarle con unos 300 caballos el maestre, últimamente nombrado, de la orden de Alcántara, Martin Annes (ó Yañez) Barbudo (1), que acudió desde Faria para observarle y picar la retaguardia en la marcha, retrayéndose en cuanto le hacian cara. Entraron los portugueses el 5 en Zafra, y por Fuente del Maestre pasaron á Villagarcía, donde recibió el Condestable por mano de un trompeta cartel de desafío de todos los caballeros que estaban con el Maestre de Alcántara, entre los que eran los principales el de la orden de Santiago, don Pedro Moniz, y el Conde de Niebla. Variaron allí de direccion para ir á campar en Magacela, y al otro día, despues de una escaramuza tenida entre aquel punto y Villanueva de la Serena, hicieron etapa, marchando en la inmediata mañana hacia Valverde de Mérida, seguidos de cerca por los castellanos, que iban engrosando de fuerzas. Estableciéronse junto al Guadiana, y el día despues, sabiendo el Condestable que los enemigos se le habian adelantado durante la noche, y que estaban dispuestos á oponersele á uno y otro lado del rio, se preparó para dar batalla, y marchó por la tarde á cruzar un vado distante legua y media; trabóse entonces un rñido combate con los de la opuesta orilla y con los que por retaguardia le hostigaban, logrando á costa de sacrificios salvar el rio en bastante buen orden, obligados los contrarios á retirarse sucesivamente de unos á otros altos, de los que, para no quedar dominados, tuvieron tambien que desalojarlos. Veíanse, sin embargo, en grave peligro con la insistencia de los que por

(1) D. Gonzalo Nuñez de Guzman, que en Aljubarrota era maestre de Alcántara, fué trasladado inmediatamente despues á la órden de Calatrava, y en su lugar hizo el Rey entrarse el portugues Martin Annes (ó Yañez) Barbudo, que era clavero en la de Avis, para recompensar su adhesion, servicios y gran valor.



detras avanzaron y les atacaban; estaba herido en un pié el caudillo, y habia empezado ya el desórden en las tropas, cuando Pereira, sin perder nunca su serenidad y confianza, cuentan que se retrajo por un momento á orar fervorosamente, y que en seguida con nuevos bríos arengó á sus soldados, y reuniendo un buen número de los más resueltos, arremetió á la bandera del Maestre de Santiago, que era quien iba á la cabeza de los castellanos, y que siendo muerto, se pusieron en huida; quiso acudir á remediar ese descalabro el Conde de Niebla, que aun estaba del otro lado del rio, pero comunicado á su gente el desórden, se generalizó el pánico y todos corrieron, cebándose los portugueses en los que caian, y persiguiendo á los fugitivos hasta muy entrada la noche, en que acamparon en Valverde.

Tal fué, segun las crónicas portuguesas, esta accion ó batalla de Valverde (1), en que el Maestre de Santiago, jefe principal de los castellanos, perdió la vida y ocasionó probablemente por mala direccion militar, como sucedió en Atoleiros, en Trancoso y Aljubarrota, esa señalada victoria al Condestable portugues, en lugar de derrotarlo y hacerlo prisionero con todos los snys, como parecia inevitable. ¡Estaba contrario á las armas castellanas el Dios de los ejércitos, y no satisfecho todavia de la reciente catástrofe, quiso tuviese allí su corolario!

La importancia de ese suceso me mueve á trascribir lo principal que sobre él dice Ayala:

*«E oon la gran desesperacion que los de Portugal ovieron aquel día, é con la poca ventura que los de Castilla avian en esta guerra, acometieron á los de Castilla en alguna partida, que les non tovieron rostro é se volvieron. E allí redució el maestre de Santiago D. Pedro Moñiz, é friéronle el caballo de manera que cayó, é allí morió. E los de su partida, desde le vieron muerto, non curaron más de pelear, é aflozaran luégo, é partieron de allí; caso que non morieron otras gentes de Castilla.»*

(1) En ninguna parte se dice el día en que tuvo lugar esta accion, pero combinando todas las fechas señaladas por los portugueses, creo debió ser sobre el 15 ó 16 de Octubre. Los detalles estampados son el extracto esencial de lo que consignan Fernan Lopez y Soares da Silva. El mando en jefe de los castellanos parece que lo ejercia el Maestre de Santiago, segun Ayala, quien nombra ademas, entre los que asistieron, á Gonzalo Nuñez de Guzman, que lo era ya de la órden de Calatrava, al de Alcántara Martin Yañez Burbudo, D. Juan Alfonso de Guzman, conde de Niebla, y D. Alvar Perez de Guzman. Respecto á la fuerza numérica de éstos, no la indica Ayala, y solo Fernan Lopez dice que serian en total 33.000 hombres, cifra cuya exageracion no merece refutarse: lo probable es que fuesen de 3 á 4.000.

En la *Crónica* de Froissart se refiere de manera muy errónea, pero por curiosidad conviene dar su extracto. Después de decir que el Condestable portugués, á quien llama *Conde Navarre*, por conde Nuño Alvarez, penetró en Castilla con 40 lanzas, describe una acción tenida en *Valveyde, cerca de Sevilla*, contra los castellanos mandados por Diógenes Padilla, gran maestro de Santiago, en la cual pusieron pié á tierra los portugueses y *se recogieron todos juntos*; los españoles, en gran masa de gente, pensaron tomarles los caballos y obligarles á huir á pié para fatigarlos y rendirlos, pero se alejaron algo á fin de prepararse y desmontar también antes de acometer. Entonces los portugueses pasaron un río que tenían detrás y se fortificaron sin cuidarse de los caballos; y atacados luego, tirándoles dardos y empleando *toda su artillería*, pasaron así *desde nona á vísperas*. Cuando éstos consumieron su artillería, y los portugueses vieron que no sabían qué hacer, hizo pasar el río á su bandera y toda su gente el Condestable de Portugal, y cargaron á los castellanos, que fatigados y sofocados por las armaduras, no pudieron defenderse y fueron desordenados y batidos; quedando muerto el Maestro de Santiago y más de sesenta, y huyendo el resto.

En la mañana del siguiente día, satisfechos de la ventaja alcanzada los portugueses, tomaron la vuelta para Mérida, distante dos leguas, detrás de cuyos muros se habían refugiado muchos castellanos; y sin detenerse á emprender ningún ataque, pero sosteniendo ligeras escaramuzas, continuaron á ganar la frontera, entrando en Elvas á los diez y ocho días de su salida, con presa de ganados, caballos y mulas, y algunos prisioneros (1). Inmediatamente escribió el Condestable á su Rey dándole cuenta de la expedición que acababa de ejecutar, y pidiendo perdón por haberla hecho sin su permiso; lo que, como era de esperar, le otorgó al instante, confiriéndole en recompensa el segundo condado de Barcellos, y llamándole para que le asistiera en las operaciones y sitios que iba á acometer al norte del Duero.

Al partir el Condestable, cuenta Fernán López que hizo otra incursión en tierra de Extremadura Anton Vazquez, quien, no

(1) Aunque Ayala dice que regresaron sin presa alguna, creo mejor lo que cuenta Fernán López, pues no parece natural se volvieran á su país con las manos vacías.

habiendo llegado á tiempo de concurrir á la anterior, reunió en Serpa 400 infantes, 16 hombres de armas, 20 ballesteros y 40 *jinetes-corredores*, con los que recorrió la comarca de Aronche, Cortejana y Araozna, causando el mayor daño; y que oponiéndosele, al volver, una fuerza mayor de castellanos, les atacó de frente, mientras los jinetes, dando un rodeo, lo verificaban de flanco, y los derrotó con gran pérdida de muertos, prisioneros y despojos.

De este modo, al acercarse el fin de año, podemos considerar terminada la campaña que, en vez de asegurar los derechos de doña Beatriz, levantó en el trono de Portugal al antiguo Maestre de Avis, fundador de una nueva dinastía, ~~retomó~~ de la de Alfonso Enriquez, y produjo el abatimiento y consternación en todo el reino de Castilla. ¡Secretos son de la Providencia el permitir en ocasiones humillar al poderoso y enaltecer al débil; pero Dios permite también al juicio de la posteridad apreciar la conducta de los hombres de otras edades en los grandes sucesos en que figuraron !!

SITIO DE CORIA Y CAMPAÑA DE LOS PORTUGUESES É INGLESES,  
ALIADOS CONTRA EL REY DE CASTILLA.

De regreso en Sevilla D. Juan I á los pocos días de su fatal batalla (1), escribió á sus reinos y señoríos dándoles cuenta del desastre y convocando con urgencia Córtes en Valladolid para 1.º de Octubre, á fin de tratar de los medios de hacer frente á la continuación de la guerra, pues temia ver pronto unidos á los portugueses con los ingleses del pretendiente Duque de Lancáster; y por las mismas causas dirigió cartas al papa Clemente VII y al Rey de Francia, su aliado, pidiéndole auxilio de tropas y dinero; despues de lo cual marchó para Castilla.

Presentóse el Monarca en las Córtes vestido de luto, y expresó en sentidas frases el profundo dolor que le agobiaba por la pérdida de tantos nobles caballeros y vasallos, y su ardiente deseo

(1) Fernan Lopez refiere que llegó de noche por evitar el mal efecto, pero que divulgada la noticia por la mañana, hubo tal conmoción, que se marchó á Carmona. En Ávila, donde había quedado la reina doña Beatriz, se alborotó también el pueblo al saberse la catástrofe, y hasta quisieron matarla, como á los portugueses que allí la acompañaban, costándole trabajo al Arzobispo de Toledo apaciguar el furor de la plebe.

de tomar cumplida satisfacción; acordándose en consecuencia notables disposiciones en el régimen militar, que dan á conocer los abusos inveterados que existían para eludir el servicio de las armas: señaláronse las armas y piezas de armadura de que deberían estar provistos todos, desde la edad de 20 á la de 60 años, así los de á caballo como los de á pié, de los contingentes de cada pueblo; y se mandó, entre otras cosas, que se tuviesen seis alardes al año, esto es, uno cada dos meses, á fin de cerciorarse de que estaban listos y bien armados, y para que se ejercitaran algo en el oficio; todo lo cual indica patentemente que los desastres de las dos campañas de Portugal se atribuían en gran parte á radicales vicios en el organismo y en el espíritu del ejército; y que, como por desgracia se observa siempre, fué precisa la dura lección del escarmiento para reconocer la imperiosa necesidad de remediarlos.

Mientras en eso empleaba su tiempo, con más cordura de la que ántes manifestára el Rey de Castilla, aprestábase el de Portugal á someter á su obediencia las villas y castillos que aún no le reconocían, empezando por ir sobre Cháves el día de Navidad, acompañado de su infatigable Nuño Alvarez Pereira, y provisto de los *engños* y demas recursos de expugnacion entónces usados. Gobernada la plaza por el caballero portugues Martin Gonzales de Atayde y por el castellano Vasco Gomez de Xexos, sostuvieron con valor el formal asedio desde los primeros dias de Enero de 1386 hasta que fué convenido un plazo de pleitesía para dar aviso al Rey de Castilla, quien, no pudiendo auxiliarla, ordenó se entregára, y capituló por fin á los cuatro meses, permitiéndose salir del reino á los castellanos y á los portugueses comprometidos.

Durante este asedio de Cháves arribó á Portugal, y se presentó al Soberano, un comisionado inglés del Duque de Lancáster para participarle su resolucion de venir á España y pedirle el envío de una escuadra (1); á lo que, cerciorado por sus embajado-

(1) Los tratos y relaciones de alianza de Portugal é Inglaterra, que han continuado hasta el día, empezaron en 1380 en el reinado de D. Fernando, segun se indicó en el capítulo I, pero despues de su muerte, y sobre todo desde la proclamacion del Gran Maestre de Avis, es cuando tomaron un carácter más serio y trascendental. Acreditánlo así, y pueden consultarse sobre el particular, los documentos de la coleccion de Rymer, citada por muchos historiadores, los que acom-

res de que ya se habia firmado el tratado de alianza, accedió inmediatamente, mandando desde Porto seis galeras y 12 naves con Alfonso Furtado, para unirse á la flota británica que debia conducir la expedicion del de Lancáster; y no queriendo permanecer ocioso entre tanto, se encaminó á la provincia de Tras-os-Montes para proseguir en sus operaciones.

En el lugar de Ribeira da Vallariza, dice la *Crónica*, pasó un alarde á su hueste, compuesta de 4.500 lanzas, *bien armados, aunque no bien cabalgados*, y mucha gente de á pié y ballestería (1); con la cual fué sobre Braganza, que sin llegar á sitiarla se le sometió y rindió homenaje su alcaide Alfonso Pimentel. Siendo ya por entónces el mes de Mayo, marchó para Almeida, dejando de lado á Castel Rodrigo, que tambien estaba por Castilla, y aunque no era su propósito detenerse á sitiarla, trabóse una refriega impensada, que proporcionó á los pocos dias se le entregase. Tomó desde allí por las cercanías de Ciudad-Rodrigo, Gata y otros pueblos al pié de la sierra, enviando partidas en correrías hasta Plasencia, Galisteo y demas poblaciones de la comarca, y cayó sobre la ciudad de Coria, donde estableció su campo en la huerta del otro lado del rio Alagon.

Acudió con 500 lanzas el Arzobispo de Toledo, creyendo serian pocos los portugueses, pero viéndolos en fuerzas considerables, tuvo que retirarse hácia Salamanca, y el Rey de Portugal se decidió á poner el sitio, entrado ya el mes de Junio. Inútiles los primeros amagos por la mala situacion en que se hallaban, pasaron el rio á colocarse los sitiadores inmediatos á las murallas de la plaza para hacer mejor y más enérgicos los ataques; pero el vigor de la defensa los rechazaba siempre, pasándose en balde los dias y las pérdidas de las peleas y las enfermedades, hasta que logrando entrar en la ciudad un refuerzo, se determinó el Rey á levantar el campo y retirarse á Portugal, oyendo los consejos del

pañan á las *Memorias* de Soares da Silva y los del *Cuadro elemental de las relaciones políticas y diplomáticas de Portugal*, por el Vizconde de Santarem. En la edicion de 1780 de la *Crónica* de D. Juan I, por Ayala, se anotan tambien algunos de los principales documentos correspondientes á los años de 1385 y 1386.

(1) En esta ocasion, parece que por iniciativa y ejemplo del condestable Pereira, introdujo el Rey ciertas mejoras en la constitucion y disciplina de sus tropas, como desterrar de las filas á las mujeres y concubinas que seguian con los soldados, y prohibir severamente el juego y otros vicios propios de la gente de guerra, allegadiza é improvisada.

Condestable, que con insistencia se oponia á esos asedios, y pedia hacer incursiones y cabalgadas para mantener la guerra en campo abierto (1).

Al llegar á Pena-macor licenció el Rey una parte de la gente de los concejos, y dirigiéndose á Guimaraes para cumplir un precepto que se habia impuesto de ir siempre á implorar á la Virgen de las Oliveiras, ántes y despues de sus empresas, se trasladó á Lamego para estar por aquel lado atento á lo que pudiera ocurrir, sabedor de que en Castilla se allegaban fuerzas del país y de auxiliares franceses, y para ponerse en comunicacion con el Duque de Lancáster, que acababa de desembarcar en la Coruña el dia de Santiago, 25 de Julio.

Dado á la vela en Plimouth el Príncipe inglés con su familia, y conduciendo la numerosa flota de 180 embarcaciones de todas clases, un cuerpo de 2.000 caballos y 3.000 infantes, excelentes arqueros (2), llegó á la Coruña despues de haber recalado en Brest, y lo puso en tierra. Apoderóse en seguida la escuadra de seis galeras castellanas, sorprendidas en lo interior de la ria de Betanzos, con casi toda su gente en tierra por la festividad del dia; pero se resistió el gobernador de la Coruña, Fernan Perez de Andrade, á entregar la plaza, rechazando las proposiciones y los amagos de ataque, fiel al Rey de Castilla, si hemos de creer á Ayala y Mariana, pues los cronistas portugueses aseguran, por el contrario, que la rindió y prestó homenaje al Duque, quien, sin embargo, no entró á alojarse, y mandó continuára su mismo alcaide. Pasó de allí el de Lancáster á Santiago, que le abrió sus puertas, lo mismo que muchas otras poblaciones y caballeros

(1) Duró el sitio de Coria más de tres semanas, hasta mediados de Julio, y la *Crónica portuguesa* describe los asaltos rechazados, la falta de comestibles en los sitiadores, sus pérdidas y enfermedades, así como el deseo que tenían de volverse, que les hacia á muchos fingirse malos. Llamábase el alcaide ó gobernador Gonzalo Vermuis, y Rodrigo Alvarez de Santoyo el que entró en su socorro con 40 lanzas. En esa jornada murió el mariscal portugues Alvaro Pereira, y fué nombrado para sustituirle Alvaro Gonzalves Camelo. El Rey de Castilla, que se hallaba á la sazón en Búrgos, no pudo hacer nada en auxilio bastante eficaz, de su ciudad atacada.

(2) Esta cifra es la que dan Fernan Lopez y Soares da Silva, quien añade *era poca gente, pero experimentada*. Ayala no indica la fuerza de que constaba la expedicion inglesa, y Mariana, como Lafuente, dicen 1.500 caballos y otros tantos arqueros, que es lo que señaló el Parlamento de Lóndres para que el Duque de Lancáster emprendiera su campaña á cobrar el reino de Castilla.

principales, que se le adhirieron, porque habia en Galicia un partido considerable á favor de la hija del rey D. Pedro, Doña Constanza, ó porque, como dice Mariana, *tenian por cierta la mudanza del Principa y del Estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano, traza que á unos sube y á otros abaja*. Creyéndose el Duque por este primer éxito de su empresa dueño efectivo de Galicia, despidió la escuadra inglesa, dejando sólo á la portuguesa (en que habian regresado, cumplida su mision, los embajadores Alburquerque y Fogaza), estacionada en la Coruña, y solicitó de su aliado tener una entrevista para concertar las operaciones, por conducto de Alburquerque, que fué para ese objeto á Porto con algunos buques, disponiendo entre tanto que sus tropas recorriesen y ocupasen el país para asegurarlo á su dominio; cosa de que le resultó más daño que utilidad, porque la mala conducta de los soldados exasperó las gentes contra ellos, y porque, efecto de eso, del clima y de su intemperancia, se vieron diezmadados al cabo de pocos meses.

Cuando D. Juan I de Castilla tuvo noticia del desembarco de los ingleses, se propuso adoptar el cuerdo consejo de un sistema defensivo, sin perjuicio de excitar á los gallegos á la resistencia, y de mantener hostilidades contra los enemigos extranjeros, ordenando prevenciones oportunas en todos sus dominios, tales como pedir estuvieran listos los contingentes para el día del llamamiento, repartir las fuerzas que tenía disponibles por las fronteras más amenazadas, y dar instrucciones de evitar batallas hasta que, al llegar el Duque de Borbon con 2.000 lanzas auxiliares que le enviaba el rey de Francia, Carlos VI, reuniese un poderoso ejército, con el que tendria grandes probabilidades de alcanzar victoria decisiva (1). La carta que sobre este plan adoptado dirigió á

(1) Froissart, que hace intervenir siempre á los capitanes franceses en los consejos de guerra, dice que los castellanos querian se fuese á Galicia á presentar la batalla, contra la opinion de algunos de los principales franceses, de aguardar la llegada del Duque de Borbon, expresando que aunque pudieran reunirse los 30.000 caballos que se decia, con sus jinetes armados al uso de Castilla, para lanzar dardos y azagayas, y otros 30.000 de á pié para tirar piedras con hondas, que todo eso era mucho pueblo, pero que no valia nada, como se habia visto en las batallas de Nájera y Aljubarrota; y que irresoluto el Rey al principio, adoptó al fin ese partido, y mandó que entre tanto se sostuviera la guerra de guarniciones y cabalgadas, dando por buena razon que el de Portugal podria entrar por la espalda con 2.500 lanzas y 30.000 infantes.

la ciudad de Murcia, fecha en Valladolid á 7 de Setiembre (inserta por Cascales en sus *Discursos históricos*), es un documento militar importantísimo, de que debemos intercalar algunos extractos de los puntos que nos parecen más dignos de atención, no sólo por lo que explican los sucesos, sino por el interés de curiosidad natural al ver adoptada en el siglo xrv metódicamente la misma clase de guerra que en tiempos modernos se ha seguido en la península, formando ya, puede decirse, escuela.

«Sabad que despues que partimos de Zamora para venir á esta tierra de »Leon, segund os enviamos á decir que lo fariamos, nos venimos á la cibdad de Leon, é anduvimos por las villas desta comarca faciendo lo que »compaña á nuestro servicio. E dejamos en Leon al Arzobispo de Santiago, »nuestro chanciller mayor, por quanto tovimos nuevas que los ingleses, »nuestros enemigos, se habian partido sobre la Coruña, é que querian venir »hácia esta comarca; los cuales, llegados aquí, fallaron todas las villas en »Galicia, bien firmes á nuestro servicio, é se defendieron dellos como buenos é leales vasallos deben facer; é la gente de aquella nuestra tierra les han »fecho é facen cada día grand daño, así en los matar, como en prender grand »partida de flecheros é de pillarios é ómes de armas, de los cuales nos han traído presos algunos. E agora nos habemos tenido nuestro acuerdo con los de »nuestro consejo é con los caballeros que con nos están, si darémos la batalla á los dichos nuestros enemigos agora improvisamente; ó pues (loado »el nombre de Dios) tenemos buena genete, así de muchos buenos que en »nuestro regno están, como de otros caballeros que el Rey de Francia, nuestro hermano, nos ha enviado é están en nuestro servicio, é otra gente, así »de Bretaña como de Gascuña é de Aragon, é todos ó la mayor parte nos »han aconsejado é acordado que non diésemos la batalla á los dichos nuestros enemigos agora de presente, por quatro razones....»

Aquí enumera esas cuatro razones, cuya sustancia es la siguiente: 1.<sup>a</sup>, que para el día que determinára dar batalla debería tener reunido todo su poder, que estaba entónces distribuido en las fronteras de Portugal y Granada, en Murcia, Toledo, Guipúzcoa y Navarra; y que habiendo de concurrir todas esas fuerzas, no era todavía prudente desamparasen las situaciones que respectivamente cubrían; 2.<sup>a</sup>, que no teniendo aún seguridad de que los ingleses aceptáran dar batalla, podría suceder que despues de acumuladas para eso todas las fuerzas, se retrajeran los enemigos, embarcándose ó internándose en Portugal; y que los portugueses, viendo desamparadas otras fronteras, las violáran y causáran enormes perjuicios sin resistencia; 3.<sup>a</sup>, que era conveniente, á ejemplo de lo hecho por otros reyes en España y en Fran-



*cia, prolongar la guerra sin presentar batalla, para que los invasores se fuesen gastando y consumiendo, lo cual proporcionaría inmensa ventaja cuando llegara la ocasion de darla; y 4.º, porque ademas de los auxiliares franceses que ya tenia, le habia enviado á decir el Rey de Francia procurase retardar la batalla hasta la llegada del Duque de Borbon con las 2.000 lanzas que conducia.*

« Por las cuales razones é por cada una dellas, los de nuestro consejo é los dichos nuestros caballeros son de parecer que al presente non diésemos la batalla á nuestros enemigos, *sinon que les ficiésemos guerra á la larga.* » Por lo cual enviamos alguna gente á Galicia hácia donde ellos están, é la otra repartiémos por todas las villas de esta comarca, porque si nuestros enemigos por acá vienen *las fallen guardadas é non puedan haber viandas,* é *que nuestras gentes anden en contorno dellos faciéndoles cuanto mal é daño puedan;* é nos quo andemos por las cibdades é villas de nuestro regno poniendo recabdo en ellas tal cual cumple á nuestro servicio, en tanto que sabemos lo que nuestros enemigos intentan facer, é que nos preparemos todo lo necesario para darles la batalla. »

Por último, concluye recomendando se haga un alarde para saber cuánta gente de á caballo, de á pié y ballesteros hay disponible, despues de quedar la indispensable para incorporarse al ejército, en la inteligencia de que no sería llamada hasta el momento preciso, para que sólo esté quince dias fuera de sus casas: previene que si algunos enemigos aparecieren por el territorio, se proteja y ampare en las ciudades

— « *á los que les hostilicen de un lugar á otro de dia y de noche haciéndoles el mayor daño, y tambien que con ese objeto se recojan en los puntos fuertes las viandas de los pueblos abiertos, en el término de ocho dias, para que los contrarios no se aprovechen de ellas y carezcan de recursos.* »

El 1.º de Noviembre se avistaron en Ponte Mouro, entre Melgazo y Monzão, el Rey de Portugal y el Duque de Lancáster; y al dia siguiente celebraron una conferencia bajo la tienda que se armó al efecto, y era la misma cogida al de Castilla en Aljubarrota, en que convinieron en las recíprocas condiciones de alianza ofensiva y defensiva, pactando que si el Príncipe inglés ganaba el reino de Castilla, renunciaria á todo derecho á la corona de Portugal (1) y cederia ciertas ciudades y villas. « Mostrábanse

(1) Demuéstrase en eso que alguno legítimo reconocia en el Castellano, y el suyo interés que daba á que se borrarase para lo sucesivo.

» liberales de lo ajeno (dice el P. Mariana), y ántes de la caza re-  
» partian los despojos de la res.» Arreglaron el casamiento del  
Portugues con doña Felipa, hija del primer matrimonio del de  
Lancáster (1), y el plan de operaciones que emprenderian juntos  
pasado lo crudo del invierno, llevando el de Portugal 2.000 caba-  
llos, 1.000 ballesteros y 2.000 infantes, pagados por ocho meses,  
á contar desde despues de Navidad, en que deberian hallarse lis-  
tos; y se separaron el dia 10, el uno para Porto y el otro para  
Galicia.

El Rey de Portugal se fué en seguida á Lisboa, y de allí pasó  
al Alentejo para activar el pedido de gente; se unió en Évora al  
Condestable; puso en marcha las tropas para el Norte y se volvió  
á Porto, donde se avistó con su futura esposa, enviada ya por el  
Duque de Lancáster; se trasladó por pocos dias á Guimaraes á fin  
de que se concertára entre tanto el ceremonial de boda, y tornó á  
verificarla el 2 de Febrero (1387).

El Inglés se apresuró por su parte á cumplir lo convenido acer-  
ca del casamiento, y continuó procurando ganar ó asegurarse lo  
que en Galicia ocupaba, no obstante que sus tropas experimenta-  
ban diariamente considerables bajas por la disenteria y otras en-  
fermedades, así como por la hostilidad de los guerrilleros del país;  
tan esperanzado estaba, sin embargo, en el éxito de su empresa,  
que le envió un heraldo á D. Juan I anunciándole la resolucíon  
de ganar por las armas el reino de su mujer doña Constanza si  
no se apresuraba á cederlo. El Rey le mandó en respuesta unos  
comisionados á Orense, donde se hallaba, para demostrarle en  
largos razonamientos el ningun derecho que le asistia, y que es-  
taba pronto en último caso á la batalla; mas insinuáronle tambien  
hábilmente que podria buscarse un medio de avenencia concer-  
tando el casamiento del infante primogénito de Castilla, D. En-  
rique, con la hija mayor del Duque, doña Constanza, llamada  
doña Catalina; de lo cual, bien que negándose por el pronto, sin  
duda por el compromiso de alianza que le unia con el Rey de Por-  
tugal, y porque áun creia poder despojar al Castellano, quedó muy

(1) En la *Crónica* portuguesa se dice que el inglés propuso casára con doña  
Catalina, hija del segundo matrimonio con doña Constanza, pero que el Portu-  
gues se negó por temor de complicaciones futuras, atendiendo al derecho de su  
madre al reino de Castilla, que iban á reivindicar entónces con las armas.

complacido, dejando entrever se ocuparía secretamente de la proposición.

Trascurrieron en todo eso los meses de Diciembre, Enero y Febrero, alistándose el Rey de Portugal, impaciente el Príncipe inglés en Galicia, y celebrando D. Juan I Cortes en Segovia, mientras se preparaba, como queda expresado, á la guerra defensiva; y llegado Marzo (1387), que era la época fijada por los aliados para comenzar las operaciones, acudió el de Lancaster sobre Braganza, lugar de asamblea convenido, alojándose con su gente á una legua corta junto al monasterio de Castro Avelans. No pudieron presentarse los portugueses con igual puntualidad por retardo en los aprestos que el Rey advirtió al Duque; pero al fin se trasladó allí con parte de las tropas, y se estableció á media legua de distancia en el lugar de Babe hasta que se incorporasen las demás, que para evitar fuesen hasta Porto á pasar el Dueró, mandó echáran un puente de barcas en Barca de Regos.

Constaba apenas el cuerpo inglés de unos 1.200 hombres disponibles, mitad de lanzas y mitad de arqueros, de los 5.000 que desembarcaron; pero la hueste portuguesa ascendía, según los cronistas, á 8.000 lanzas, 2.000 ballesteros y 4.000 infantes, pues el Rey quiso llevar el mayor número posible de soldados, no sólo para asegurar el mejor éxito de la campaña, constándole la disminución de sus aliados, sino por sospechar que el Duque mantenía disimulados tratos con el de Castilla. Para guarda de la frontera del Alentejo dejó, con 250 lanzas únicamente, á Vasco Martinez de Mello; y para reserva y refuerzo oportuno de las tropas en operaciones, mandó se fueran preparando otras.

A fines de dicho mes de Marzo (1) rompió la marcha el ejército aliado, penetrando en Castilla por tierra de Alcañices en buena disposición militar. Llevaba la vanguardia el condestable Nuño Alvarez Pereira, la ala derecha Martin Vazquez da Cunha, la izquierda Gonzalo Vazquez Coutinho y la retaguardia el Rey con el Duque de Lancaster, llevando en medio los carros y bagajes. En víspera de Ramos llegaron á una ribeira que dicen *Távora*

(1) A 26 de Marzo, era de 1425 (año de 1387 de J. C.), otorgaron en Braganza ante testigos el Duque de Lancaster y su mujer doña Constanza, el instrumento público de la renuncia, cesion y donativo de todo derecho á la corona de Portugal á favor de su rey aliado D. Juan I.

(probablemente el arroyo *Palomino*, que baja de *Tábara* al *Esla*), y al día siguiente, martes 2 de Abril, se pusieron sobre Benavente, que bien amurallada y defendida por Alvar Perez de Osorio con 600 lanzas y otros caballeros y gente de castellanos y franceses, rechazó las proposiciones y conatos de ataque; por lo que, escasos de artillería é instrumentos propios de sitio, molestados de continuo por el exterior con cabalgadas, y pasados más de ocho días en ese inútil amago, en correr lanzas y provocar desafíos, levantaron el campo para Matilla, pequeño pueblo á dos leguas de distancia, que mal cercado no les pudo resistir; y de allí, pasando el *Riova*, fueron por Roales á la villa de Valderas (1), cerca de la cual se empuñó un combate bastante vivo con los jinetes que acudillaba el Duque de Benavente para observarlos y hostilizarlos.

Situada esta villa, utilizando una pieza de artillería en su ataque, lograron se rindiera por capitulación, saliendo libres con las armas, caballos y bienes el gobernador D. Sancho de Velasco con los 80 caballeros españoles y franceses que la guarnecían, así como todos los habitantes que no quisieron permanecer en ella; por lo que despues, en premio de esa prueba de lealtad, les otorgó el Rey la gracia de quedar libres de tributos y de contribuir con soldados al ejército. Siguióse entre ingleses y portugueses un serio altercado sobre el saqueo y reparto de despojos, hasta que, apaciguados cuando nada quedaba, levantaron el campo pasados quince días, hácia Villalobos (tal vez Villalon); que, escaso de defensores, se entregó en breve, estableciéndose allí el ejército aliado. Pocos días despues se vió su caballería sorprendida al ir á forrajear á alguna distancia, salvándose por el valor con que, pié á tierra, parapetada la gente detras de los caballos, se sostuvo hasta que llegó con fuerzas el Condestable á socorrerlos; cuyo incidente, lo mismo que otros muchos que de continuo ocurrían, eran consecuencia del acertado sistema de guerra que ordenó Don Juan I, quien, manteniéndose retraido con un cuerpo de tropas en reserva para servir de núcleo al ejército cuando llegáran los 2.000

(1) La *Cronica* portuguesa que contiene estos pormenores de la expedicion, omite decir que por Benavente tuvieron que pasar el rio Órbigo, así como despues para ir sobre Roales y Valderas desde Matilla, el *Esla* y el *Cea*, aunque tal vez el primero de éstos sea el que llama *Riova*.

caballos del Duque de Borbon, entre Salamanca, Toro y Tordesillas, mandó se defendiesen á toda costa los principales puntos guarnecidos, como Leon, Valencia de Don Juan, Castroverde y Zamora; y que de esos y de los demas pueblos salieran partidas para hostigar al enemigo, privarle de víveres y forrajes, sorprender avanzadas y aprisionar rezagados, al apoyo del Duque de Benavente, que con 500 jinetes maniobraba al rededor, siempre á la vista de los invasores, buscando trabar escaramuzas en las ocasiones que parecieren ventajosas.

La falta de subsistencias y las molestias consiguientes, que cada dia iban aumentando por haberse consumido los víveres que sacaron de Portugal y ser más efectiva la hostilidad, y las enfermedades, que diezaban sus filas, en particular entre los ingleses, convencieron al Rey de Portugal de que era inútil proseguir así la campaña, teniendo en perspectiva ser atacados con fuerzas muy superiores en cuanto llegáran las lanzas francesas; por lo que, manifestándoselo al Duque de Lancáster y añadiéndole que no se podia conquistar un reino donde ninguna poblacion regular les abria las puertas, aconsejaba la prudencia retirarse de Castilla para pedir más tropas á Inglaterra si habia de insistir en la demanda, ó avenirse con el Castellano mediante el insinuado casamiento de doña Catalina con el infante D. Enrique. Éste era ya indudablemente el deseo del Inglés y de todos sus caballeros, y por consiguiente, se acordó volver para Portugal; pero verificando la marcha de manera que no se diese á conocer el intento, torcieron la direccion que llevaban como hácia Palencia, y fueron á acuartelarse en Villalpando, desde donde enviaron correrías por el país hasta Castroverde, cerca del cual murió en una de ellas Gonzalo Vazquez Coutinho, que era de los principales y más estimados capitanes portugueses.

Urgíale al Rey de Portugal regresar á sus dominios, por las noticias que recibia de diferentes entradas y talas de los castellanos en las fronteras de la Beira y del Alemtejo, en una de las cuales se apoderó de la plaza de Campo-Mayor el maestre de Calatrava, Martin Yañes Barbudo, y en su consecuencia emprendió la hueste la marcha dirigiéndose al Duero, que pasó al E. de Zamora, tomando para Santa María del Viso (tal vez *Aviso*); y al otro dia, 15 de Mayo, á Corrales, á tres leguas de Zamora, que estaba ocupada por el Maestre de Santiago. Tomaron al inmedia-

to por las tierras entre Ledesma y Salamanca, ciudad en que se encontraba el infante D. Juan (1), y de la que salió á picarles la retaguardia D. Diego Lopez de Angulo con 300 caballos, siendo hecho prisionero con otros 40, más la pérdida de 15 muertos (2); por lo que mandó el Infante nuevas compañías de castellanos y franceses á cortarles el paso de Ciudad-Rodrigo. Dió esto lugar á otra accion bastante formal sobre el rio Águeda, tal vez por cerca de la Aldea del Obispo, cuyo puente se presentaron á disputar (3) en orden de batalla á la vanguardia que conducia Nuño Alvarez Pereira, pero que le cedieron cuando llegó el grueso del ejército, y se alejaron para volver á hostilizarlo luégo por el flanco y retaguardia.

Por fin atravesó la frontera la hueste aliada por Valle la Mula, acuartelándose en Almeida, y despues en Trancoso y otros pueblos, donde dieron por terminada su poco lucida campaña en ocasion que llegaban á D. Juan I las 2.000 lanzas francesas del Duque de Borbon. Por consecuencia de esto, enviados mensajeros al de Lancaster, se reanudó negociacion para el casamiento ántes indicado, en que convino al instante sin dificultades; marcháronse por Castilla con salvo-conducto muchos de los caballeros ingleses, y fuése el resto de la expedición, incluso el Duque, á Porto, donde en las naves portuguesas se embarcó para Bayoria á fin de llevar á efecto las formalidades del contrato, de lo que parece no quedó muy satisfecho el Portugues, que sólo consiguió de su aliado le cediera el dominio de algunos pueblos de Galicia, que levantados en seguida por Castilla, se redujo todo á ilusion.

El Rey de Portugal envió al Condestable á la provincia de

(1) Soares da Silva dice, con manifiesta equivocacion, que ese infante D. Juan era el hijo segundo del Rey, que entónces hacia sus primeras armas, y que con el tiempo llegó á ser rey de Navarra y de Aragon. El segundo hijo de D. Juan I era el infante D. Fernando, y hijo de éste fué el infante D. Juan, que en efecto ascendió muchos años adelante á rey de Navarra y despues de Aragon, pero que no habia nacido, ni aun casádose su padre, en 1387.—D. Juan I, en la carta de que se dieron extractos, expresa que el infante D. Juan estaba en la frontera del reino de Toledo; y como por entónces no habia en Castilla ninguno del mismo nombre, ni podia ser el de Aragon D. Juan I, que habia ya subido al trono, infiero que sería el mismo de Portugal, á quien restituyó la libertad, y que le ayudaba contra su hermano bastardo el antiguo Maestre de Avis.

(2) Fernan Lopez dice que se halló en esa escaramusa Pedro Lopez de Ayala.

(3) En la misma *Crónica* de Fernan Lopez se supone con exageracion que los castellanos eran hasta 4.000 lanzas.

Alemtejo con tropas, y cumplida una romería en Guimaraes, se fué á Coimbra á reunirse con su esposa; el de Castilla, viendo disipada la tormenta, se apresuró á que el Duque de Borbon regresase á Francia con el cuerpo auxiliar que ya no necesitaba y le era sumamente costoso, despidiéndolo en términos de la mejor política y frases de gratitud.

CONTINUACION DE LOS SUCECOS DE GUERRA, Y TREGUAS HASTA EL TRATADO DE 1411, QUE LLEGÓ Á SER DE PAZ DEFINITIVA EN 1432.

Trascurrieron los meses que restaban del año de 1387 sin ningún suceso notable de guerra entre Castilla y Portugal, sin duda porque al separarse el Duque de Lancáster dejó convenida, tácitamente al ménos, una tregua, para ver si de ella procedia la paz.

Enfermó de bastante peligro en Coimbra el Rey de Portugal, y tuvo con ese motivo que permanecer tranquilo larga temporada; pero entrado ya Enero de 1388 reunió 1.500 lanzas con la infantería correspondiente, y se fué á sitiar la villa de Melgazo en la frontera de Galicia, mantenida por la causa de Castilla por Alvar Perez de Sotomayor con una guarnicion de 300 caballos y otros tantos peones.

Pasados más de 15 dias de asedio sin lograr se rindiera, á pesar de atacarla con singular empeño valiéndose de cañones y de aparatos portátiles de madera, pasó con una parte de sus fuerzas á Salvatierra, que se le entregó al instante, y volvió á continuar el sitio con nuevo vigor hasta darla terrible asalto á los 53 dias de empezado, el 3 de Marzo; en cuyo trance capituló por pleitesía, saliendo la guarnicion sin armas ni efectos, excepto un jóven á quien el Monarca le permitió llevarlas, conmovido de la nobleza con que lo solicitó, fundado en que era la primera vez que las usaba por su príncipe (1).

Desde Melgazo fué el Rey á Monzão, y satisfecho de esas ventajas alcanzadas sobre el Miño, trasladóse á Lisboa, desde don-

(1) La descripción que hace de este sitio la *Crónica* de Fernan Lopez es de las más circunstanciadas y curiosas que puede haber acerca de los pormenores militares de un ataque de plaza en aquella época, pues explica muy bien los *engños*, indica los trabajos, y hasta dice el número de disparos de los *truenos* de los sitiados y de los sitiadores.

de, dejando allí á doña Felipa, se encaminó sobre Estremoz en el Alemtejo á fin de Agosto. Unido al Condestable, pensó en seguida ganar la plaza de Olivenza, mas juzgándolo difícil, sitió la de Campo-Mayor el 15 de Setiembre, sin perjuicio de ejecutar cabalgadas y escaramuzas por la frontera y cercanías de Badajoz. Defendiéronse bien los que la presidiaban, pero tomado el pueblo el 15 de Octubre y refugiados en el castillo, capitularon su entrega si en el plazo de 30 dias no eran socorridos; y como en efecto no lo fueron, porque ocupado el Rey en Castilla en dar cumplimiento al tratado con el de Lancáster y en el matrimonio de su hijo, habia ordenado permanecer en la defensiva, cayó por fin la fortaleza. Con eso el Portugues regresó á Lisboa para celebrar Córtes, y su condestable marchó á visitar el memorable campo de batalla de Aljubarrota, para empezar la edificación de una ermita dedicada á la Virgen y á San Jorge.

A principio del año siguiente (1389), creyendo D. Juan I de Castilla que la tregua pactada por seis años entre los reyes de Francia é Inglaterra y sus respectivos aliados, debería comprender al de Portugal, que lo era del Inglés, le envió comisionados especiales, sin embargo de que no lo reconocia como soberano y que seguia apellidándole Maestre de Avis; pero negóse éste á aceptarla, conviniendo solamente en otra tregua particular ó suspensión de hostilidades durante seis meses, para ver si en ese tiempo se hallaba modo de salvar los motivos que le impedian entrar en el tratado general.

Nada hizo para obviarlos, y pocos deseos debería tener de ello, cuando empleó aquel plazo en hacer nuevos aprestos y se puso sobre Tuy apenas espirado, el 23 de Agosto, creyendo se le entregaria al momento por ciertas inteligencias secretas que mantenía en la ciudad; mas fracasado el plan por la decision del gobernador Payo Sorreda (ó Serodia) de Sotomayor, tuvo que mandar acudir fuerzas y tren para sitiarla *con máquinas y baterías*, ejecutando tambien correrías por la comarca. El Rey de Castilla, al saberlo, se trasladó á Leon, y aunque, como dice Ayala, « non estaba bien guisado, ca despues que perdió la batalla de Portugal siempre el Maestre Davis tenía muchas ventajas, con muchas buenas dichas que él é los suyos avian avido, e estaba muy menguado de capitanes de guerra », para que no le tildáran de descuido en proteger sus pueblos, envió á Galicia al arzobispo



de Toledo D. Pedro Tenorio y al maestre de Alcántara D. Martín Yañez Barbudo con algunas compañías, á fin de que, juntándose al arzobispo de Santiago D. Juan García Manrique, hicieran lo posible para salvarla; por desgracia llegaron tarde, ó no fueron bastantes para conseguirlo, pues la ciudad capituló.

Inmediatamente despues volvió á gestionar el Rey de Castilla con su contrario por conducto de su confesor Fr. Fernando de Illescas, que le envió al efecto, y era el mismo negociador de la otra tregua; consiguiendo se pactase una nueva de seis años, dividida de tres en tres bajo ciertas condiciones basadas en las que mediaban entre Francia é Inglaterra, y ademas convinieron en que el Portugues devolviese la ciudad de Tuy, que acababa de ganar, con la villa de Salvatierra y varios castillos que retenia en Galicia, así como el Castellano lo haria de Nodar, Olivenza, Mértola, Riva de Coa, Castelo-Rodrigo, Castelo-Boo y Castelo-Melhor, quedando las villas de Miranda de Duero y Sabugal, en poder del mariscal Alvar Gonzalez Camelo, neutrales entre los dos estados, aunque volviera á encenderse la guerra.

Firmado ese pacto por el Rey de Portugal en Monção, á 29 de Noviembre, y ratificado por el de Castilla á mediados del año siguiente (1390) en Guadalajara, tuvo respiro aquella guerra apenas interrumpida desde seis años ántes al morir el rey D. Fernando, y toda ella tan funesta para el Castellano, como feliz y gloriosa para el rebelde Maestre de Avis.

Con este motivo, atormentado D. Juan I por sus desgracias y por el vehemente deseo de que no perdiera doña Beatriz el reino que la pertenecia, discurrió entónces, y propuso en reserva al consejo de prelados y grandes señores, ántes de celebrar Córtes en Guadalajara, el abdicar en su hijo mayor D. Enrique la monarquía de Leon y Castilla, quedándose con la Andalucía, Jaen, Murcia y el señorío de Vizcaya, á fin de que de esa manera pudiesen avenirse los portugueses á reconocerlo, puesto que desaparecia la principal causa ó razon que tenían de obstinarse en su contra, consistente en que no se reunieran las dos coronas, y quedando Portugal siendo reino separado é independiente, con sus propias armas y más engrandecido todavía. Contestáronle muy razonadamente los consejeros, demostrando la inconveniencia y hasta la imposibilidad de tal determinacion, y aunque al princi-

pio se disgustó mucho, vino en mejor acuerdo, y quedó relegado al olvido aquel proyecto insensato.

Al abrirse dichas Córtes, dió cuenta de la tregua pactada, explicando, para satisfaccion de los que la creyeran en menoscabo por la cesion de algunos de los castillos que retenia, que no le era posible prescindir del cansancio y lamentos de los pueblos por tan costosa guerra, ni de la pérdida de tantos y tan buenos capitanes y soldados; pero que, pasados los seis años y repuesto el país, tornaria á la contienda cuando los hijos de los señores y caballeros que perecieron estuviesen en edad de ir con él en su servicio, para fiar al juicio de Dios en una batalla su derecho y el honor de las armas de Castilla. Acto continuo se trató sobre los pechos y recursos que el apurado erario necesitaba, y se adoptó una importantísima resolucion militar para regularizar el servicio de lanzas, afecto con condiciones señoriales á las tierras y pueblos, y que por inveterados abusos no llegaban nunca á presentarse en el número correspondiente al ser llamados por el Rey. Ordenóse, pues,

*«oviese cuatro mil lanzas Castellanas bien armadas de todas piezas, é bien cabalgadas, é de buenos omes, é oviese cada lanza dos cabalgaduras, que la una fuese caballo bueno, é la otra mula, ó rocin, ó haca, como mejor pudiere; que en Andalucía oviese mil e quinientos jinetes, e que oviesse cada uno dos rocines, e sus armas de jinete, es á saber, unas fojas, e un bacinete redondo, e una adarga»; y que ademas, por ser provechoso para que esa gente fuese bien ordenada, así en la guerra como en la batalla, «oviesse el Rey mil balles-teros, que oviesen sendas cabalgaduras, e sus fojas e bacinetes, e cada uno dos ballestas nuevas.»*

Digno de mejor suerte por las condiciones de que estaba adornado el rey D. Juan I, nególe Dios que disfrutase de la paz para reponerse de los desastres y cumplir sus deseos de levantar el honor de las armas de Castilla; pues murió accidentalmente de una caída de caballo en Alcalá de Henáres, el domingo 9 de Octubre de ese mismo año 1390, sucediéndole su hijo D. Enrique III, á la edad de once años, y quedando, por consiguiente, confiada la gobernacion del reino á un consejo de regencia; lo cual, como las cláusulas del testamento, ocasionó bastantes dificultades y alteraciones.

Vencido el primer período de tres años de la tregua, bien observada de una parte y otra, amenazó interrumpirse por las intrigas y manejos que mediaban entre el Rey de Portugal y el conde

ó duque de Benavente, D. Fadrique, hermano bastardo del difunto D. Juan I, pactando su casamiento con una hija natural de aquél, y estrecha alianza de ambos con la cesion del señorío de Zamora. Sabedores de ello los Regentes, quisieron evitarlo sin rompimiento, y propusieron al Portugues ajustar otra tregua de quince años, que de hecho viniera á ser la paz; y aunque hubo entorpecimientos por razon de los compromisos que mediaban entre él y el de Benavente, desistieron por fin de aquella especie de liga, y despues de una larga negociacion llevada en Sabugal por los representantes de Portugal y los de Castilla, que eran el Obispo de Sigüenza, Pedro Lopez de Ayala y el Dr. Anton Sanchez de Salamanca, se acordó una tregua interina de dos meses, á la que siguió otra próroga igual, hasta firmarse la proyectada con toda solemnidad, en Mayo de 1393. Segun sus condiciones, ni D. Enrique III ni sus herederos favorecerian las pretensiones al trono de Portugal de la reina viuda doña Beatriz ni de los infantes D. Juan y D. Dionís; comprometíase el Rey de Portugal á dar ayuda al de Castilla contra cualesquiera enemigos; devolvíansele las villas de Sabugal y Miranda de Duero, que por el anterior tratado quedaron neutrales, y poníanse por ambos lados en libertad todos los prisioneros, dando el Castellano en garantía algunos rehenes :

*«Capitulaciones fueron éstas (dice el P. Mariana) menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse á los tiempos, que corrian muy turbios y desgraciados; y llevar con paciencia la falta de reputacion y desautoridad cuando es necesario, es muy propio de grandes corazones.»*

Quedaba, en efecto, por este tratado reconocido de hecho por Castilla el Rey de Portugal, aunque nada textualmente se decia; y por lo tanto, era de esperar se considerase asegurado en la posesion del solio con tal valor y habilidad adquirido, á falta de legítimo derecho, contra un monarca más poderoso y contra gran parte de los mismos naturales, puesto que, como se ha visto, tuvo la guerra desde el principio el carácter de civil al mismo tiempo que extranjera, por el crecido número de señores y de pueblos que sostuvieron con noble tenacidad la causa de doña Beatriz. Muchos de esos caballeros entraron entónces en Portugal y prestaron obediencia al Soberano, que pudo consagrarse así á completar la pacificacion y á ordenar la administracion del reino, justi-

ficando con su acierto los votos que lo aclamaron y los favores del cielo; pero áun tuvo que vencer dificultades y desavenencias interiores, que hicieron pasar á Castilla á varios de sus mejores antiguos servidores, habiendo estado tambien á punto de verificarlo, anunciando su expatriacion, el mismo condestable Pereira, si no se conjurára por el Rey el motivo que á semejante paso le impulsaba. Mas no avancemos los sucesos ni nos separemos del asunto principal; que todavía no ha concluido la guerra y quedan por referir otros sucesos y peripecias.

Habíase estipulado en la última negociacion de tregua que al llegar á su mayor edad y encargarse del reino D. Enrique III, debería confirmarla, y que dentro de cierto plazo la jurarian los prelados y grandes señores. Ocurrió que al presentarse en la corte, en 1394, los enviados de Portugal para el cumplimiento de ese requisito, se excusaron varios de prestar el juramento, teniendo que volverse disgustados los portugueses; y aunque pocos meses despues se notificó al Rey haberse cumplido, contestó diciendo que ya habia trascurrido el plazo, y que, por lo tanto, quedaban en su poder los rehenes y consideraba rota la tregua. No hizo armas, sin embargo, por el pronto, y dejó pasar así las cosas hasta que, bien apercibido en 1396, comunicó de manera resuelta que por aquellas causas, y por no habérsele restituido más de cien portugueses prisioneros, determinaba apoderarse de alguna buena plaza, en represalia y mejor garantía del tratado.

Quiso con tal propósito ganar á Alburquerque, donde mantenía secretas inteligencias Martin Alfonso de Mello; pero fracasado el plan, ó dilatándose demasiado la ejecucion, se encargó con mejor maña el condestable Pereira de igual manejo respecto á Badajoz, y logró adquirirla por sorpresa, auxiliado de algunos portugueses avocindados en la ciudad, que dieron entrada á las tropas enviadas á ese fin, en la noche del 12 de Mayo, merced á la negligencia y descuido del mariscal Garci Gutierrez de Herrera, que era el gobernador, y quedó prisionero con el Obispo y los que componian la guarnicion.

Participó el Rey de Portugal al de Castilla lo sucedido, diciendo que no entendia por ese acto renovar la guerra, sino asegurar el cumplimiento de la tregua, estando dispuesto á abandonar la plaza tan luégo como fuesen llenadas todas las condiciones del tratado; pero no satisfizo á los castellanos, como era natural,

semejante explicacion, ántes les ofendió tanto como el atentado; y en su vista se dieron órdenes de romper las hostilidades por mar y tierra, penetrando por las fronteras en continuas cabalgadas.

Castigó entónces la fortuna al arrogante Monarca portugues, que despues de ver se le separaban para Castilla muchos nobles caballeros con sus respectivas lanzas, contándose entre ellos los hermanos Acunhas y Pachecos, experimentó en el mes de Mayo siguiente (1397), precisamente en el aniversario de la sorpresa de Badajoz, la sensible rota de una flota de siete galeas, que desde Génova le conducian trigo, harina, armas y pertrechos, por cinco de Castilla, mandadas por el almirante Don Diego Hurtado de Mendoza, que apresó cuatro y echó otra á pique. Hijo este almirante de D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que murió en Aljubarrota, donde él tambien se halló, dicen habia jurado vengarse terriblemente, y que por eso tuvo la crueldad de arrojar al agua 400 prisioneros, continuando luégo á talar y saquear los pueblos de la costa.

La rebeldía del conde Gijon, tio del Rey de Castilla, obligó á D. Enrique III á pasar á Astúrias en ese tiempo; pero á su vuelta hizo reunir tropas en Salamanca y las dirigió á Ciudad-Rodrigo para que invadiesen la Beira al mando del tercer condestable D. Ruy Lopez Dávalos, á quien se unieron los caballeros portugueses emigrados. Talaron el país segun acostumbraban, hasta la ciudad de Vizeu, que entraron por fuerza á los diez y siete dias de comenzada la expedicion (distinguiéndose allí particularmente el célebre Pero Niño, despues conde de Buelna), y la entregaron á las llamas ántes de emprender la marcha de regreso por la misma ruta, haciendo inútil la del rey D. Juan I, que unido al condestable Pereira, acudió desde Coimbra para libertarla. Y como entónces supiese que por el Alemtejo habian penetrado en correría igualmente los Maestres de Santiago y de Alcántara devastando los términos de Beja, Serpa, Moura y Campo de Ourique hasta Alcazar do Sal, sin hallar la menor resistencia, corrió hácia allí para atajarlos; mas fué tardía su diligencia, porque ya estaban de vuelta los castellanos.

Movió esto al audaz Nuño Alvarez Pereira para hacer en tierras de Castilla, en represalias, lo mismo que los castellanos acababan de ejecutar en Portugal; y al efecto penetró, en el mes de

Diciembre, por Extremadura con 700 caballos hasta la ciudad de Cáceres, pasando por Arroyo del Puerco, Garrovillas y Valencia de Alcántara, y regresando á Évora á los ocho dias con algunos despojos obtenidos en várias escaramuzas. Una enfermedad de que se vió atacado le interrumpió continuar en operaciones y pasó á Lisboa durante tres meses para restablecerse.

Entrado ya el año de 1398, determinó el Rey de Portugal comenzar la campaña por la conquista de Tuy, á cuyo efecto, pasando alarde en Ponte de Lima, en el mes de Abril, á la hueste que reunió de 4.000 lanzas y crecido número de peones, marchó hácia Monzão para atravesar el Miño, experimentando en esa operacion un terrible accidente sus tropas á causa de las malas condiciones del vado, de la oscuridad y confusion: más de 500 hombres perecieron ahogados, incluso un sobrino del Monarca y muchos caballeros notables, y tuvo que detenerse algunos dias á fin de reparar el daño y salvar por mejor sitio el rio; conseguido lo cual, atacó y tomó á Salvatierra, y marchó por Sotomayor á establecer su campo sobre Tuy.

Gobernaba la ciudad el mismo alcaide que la otra vez, que bien apercebido y aleccionado por el anterior sitio, resistió cuantas intimidaciones y ataques se intentaron para ganarla en breve tiempo, teniendo, por consiguiente, que emplearse medios más lentos, que prolongaron el asedio hasta el 26 de Junio, en que capituló honrosamente, despues de rechazados varios asaltos con la muralla abierta. No permanecieron ociosos los castellanos para evitar cayese la plaza en poder del enemigo; pero las intrigas y manejos del Arzobispo de Santiago, héchose partidario del Portugues, dificultaron la reunion de suficientes fuerzas en Galicia, donde apenas pudo distraerse á las sitiadoras.

Tampoco se logró el objeto bloqueando á Lisboa una escuadra de 55 velas que desembarcó gente en las inmediaciones para talar los pueblos, ni con pequeñas correrías por el Algarve, el Alemtejo y la frontera de la Beira. Daba el Rey suma importancia á poseer la orilla derecha del Miño, y se empeñó á toda costa en rendir la plaza, seguro de que le proporcionaria una paz ventajosa, ó en caso contrario, le brindaria á internarse por Galicia, cuya conquista era una aspiracion nacional desde tiempo de Alfonso Enriquez: permaneció, pues, firme en su propósito, recomendando al Condestable hostilizase por su parte, desde el Alem-

tejo, los dominios del Castellano; y no haciéndose esperar aquel caudillo, reunió 1.800 lanzas, 200 jinetes, 300 ballesteros á caballo y 5.000 infantes entre ballesteros y peones, con los que, el 18 ó 20 de Junio penetró por Badajoz: marchó en seguida con su acostumbrado orden de vanguardia, alas y retaguardia hácia Villalba, donde suponía encontrar fuerza de castellanos; pero situados en lo alto de la sierra, cerca del castillo de Feria, hizo alto y estableció su campo el sábado, víspera del domingo de Trinidad, avisando á los contrarios por un trompeta parlamentario que le enviaron, que en el lunes siguiente iría á presentarles batalla, si querian bajar, en el valle de Almedina (1).

Tenian los castellanos unas 200 lanzas, 800 jinetes y bastante número de peones bajo el mando del maestre de Santiago, don Lorenzo Suarez de Figueroa, que, con acertada prudencia, no quiso abandonar las alturas cuando los portugueses, rodeando las montañas, fueron al valle indicado para provocarle: entónces Pereira permaneció allí hasta el cuarto dia por la mañana temprano, en que intentó subir á atacarlos, poniendo pié á tierra toda su gente; mas como era la cuesta muy pendiente y escabrosa, juzgó pronto temeraria la empresa y desistió de proseguirla, contentándose con mandar otro recado de desafio. Respondióle el Maestre que debia contentarse con las ventajas alcanzadas y regresar á su tierra, pues ni él ni los que le acompañaban querian dar lugar á que se dilatáran los tratos de treguas ó paz, en cumplimiento de las órdenes recibidas del Soberano. En su vista, el Condestable portugues se adelantó á Zafra, tuvo un pequeño choque en Burguillo, continuó á Jerez de los Caballeros, y contramarchando por Villanueva de Barca Rota, hizo alto por tres dias en Olivenza, y entró, al cabo de medio mes de expedicion, en Villaviciosa para distribuir la presa y licenciar alguna gente.

Encontró allí avisos de su Rey que le llamaba hácia el N., y tuvo tambien noticia del bloqueo de Lisboa por la escuadra; con lo cual y el temor de que por aquella frontera repitiesen sus correrías los jinetes del Maestre de Santiago, se hallaba perplejo en lo que deberia hacer; mas al fin determinó marchar á Coimbra

(1) Todos los pormenores de esta expedicion los dan Fernan Lopez y Soares da Silva, no encontrándose nada sobre ella ni en la *Crónica* de Ayala ni en otros historiadores.

con motivo de la entrada del infante D. Dionís, que á la cabeza de 2.000 caballos, acompañado de los señores portugueses refugiados en Castilla, extendia proclamas en que se titulaba Rey legitimo por la cesion de sus derechos de doña Beatriz y consentimiento de D. Enrique III (1). Fué rápida y de ningun resultado esta tentativa, porque los pueblos no respondieron á ese llamamiento, estando ya muy asegurado el prestigio de D. Juan I; y en su consecuencia, sabiéndose la toma de Tuy y la marcha del Condestable, regresó la cabalgada á Castilla.

Nuevas negociaciones de paz se entablaron inmediatamente despues de esos sucesos, y pasando á fines de año á Porto, enviado por D. Enrique III, el genoves miser Ambrosio de Marines, se convino en una tregua preliminar hasta Marzo, con objeto de nombrar por cada parte jueces árbitros y dar tiempo á que se reuniesen (2). Á 8 de Febrero de 1399 empezaron los tratos, junto á Olivenza, entre los comisionados de Castilla, Maestre de Santiago, D. Lorenzo Suarez de Figueroa y condestable D. Ruy Lopez Dávalos, y los de Portugal, condestable Pereira y Obispo de Coimbra, que se avistaron con 50 caballos de escolta por cada lado, en un islote del rio Valverde, y ajustaron de seguida nueve meses de tregua para poder continuar en la dificultosa negociacion de una paz definitiva. Prolongados é interrumpidos frecuentemente los tratos sin poder llegar nunca á avenirse, surgiendo ó reproduciéndose enojosas cuestiones y susceptibilidades, trascurrió todo el año 99, y quedaron rotas otra vez en 1.400 para comenzar las hostilidades con las acostumbradas correrías fronterizas que asolaban los pueblos.

En 15 de Mayo de 1401 se puso el Rey de Portugal, acompañado de su Condestable, sobre Alcántara, dispuesto á sitiarla con 4.000 lanzas, gran cuerpo de ballesteros y peones, y todo el correspondiente material de expugnacion (3); y mientras se esta-

(1) Creo que ya habia fallecido para entónces su hermano mayor el infante D. Juan, y que por eso recaía en D. Dionís el derecho á esa pretension del trono, que sostuvo hasta su muerte, pues he leído que en el epitafio que se le puso en la catedral de Toledo, decia: *Rey de Portugal*.

(2) Todavía en 26 de Diciembre de 1398 hicieron una correría los portugueses, partiendo de Serpa, para talar y robar ganados por la comarca de Aronche, Galarosa, Riofrio y Cortejana.

(3) Segun la *Crónica portuguesa*, partió el Rey de Santarem, y el Condestable fué á incorporarse desde el Alentejo, construyendo un puente de barcas para



blecia el cerco, avanzó en cabalgada Nuño Alvarez Pereira por Extremadura hasta Cáceres, Montánchez y otros lugares, sosteniendo escaramuzas ligeras, recogiendo víveres para la hueste, y causando el daño posible por la tierra; pero noticioso de que el Condestable castellano iba á su encuentro con algunas tropas, retrocedió al campo del Rey, participándole la aproximación del enemigo.

Era la plaza de Alcántara bastante fuerte para ser tomada con facilidad, y se hizo desde luégo ménos probable por la llegada del expresado condestable D. Ruy Lopez Dávalos, que aunque no tenía por el pronto numerosas fuerzas para hacer levantar el asedio, situóse en las cercanías á fin de sostener frecuentes escaramuzas, retrayéndose al ser atacado, hasta dar lugar á que se le incorporasen más tropas (1); por lo cual, convencido el Rey portugués de la inutilidad de permanecer allí, levantó el sitio y se retiró á sus dominios, donde tambien penetró en pos de él Lopez Dávalos, picándole la retaguardia y talando algunos pueblos. Mas no contento con eso, atacó y tomó despues á Penamacor, muriendo allí su pariente Lope de Sotomayor, y saliendo herido Pedro Lopez de Ayala, hijo del célebre cronista: Pero Niño, que asistió tambien, se hizo notar como los mejores, segun acostumbraba.

Casi al mismo tiempo que tenía lugar aquella operacion, acometia otra sobre Miranda de Duero el Maestre de Alcántara, cercándola y estrechándola formalmente; y aunque resistió cuanto pudo, acudiendo el condestable Lopez Dávalos cuando se vió desembarazado de lo de Penamacor, tuvo que rendirse á los castellanos.

Tales reveses y los sufrimientos de los pueblos, que elevaban sentidas quejas, inclinaron al Monarca portugués á desear la paz; y enviados con instrucciones para ello sus comisarios á D. Enrique III, le contestó al momento que no siendo él quien habia comenzado las hostilidades, ninguna culpa le tocaba en los daños de la guerra, pero que no se opondria al restablecimiento de

pasar el Tajo, que lo hicieron despues remontar el rio para utilizarlo en el asedio, estableciendo dos campos sobre ambas orillas.

(1) En la *Crónica* de Pero Niño, conde de Buelna, se habla algo de este sitio de Alcántara, en razon á que ese famoso caballero iba con D. Ruy Lopez Dávalos, y fué herido de lanza y saeta en una de las escaramuzas. Segun dicho libro, los de la plaza comunicaban con los castellanos de socorro, y entraban y salian á su campo, asentado *allende la puente*.

la paz, siempre que se pactase en condiciones tolerables. Volvieron, pues, á entablarse tratos en Segovia á 1.º de Junio, y luchando sin vencerlas, con exigencias mutuas para una paz perpétua, convinieron y pactaron sólo la renovacion de las pasadas treguas por espacio de diez años, devolviendo Portugal las plazas de Badajoz, Tuy, Salvatierra y San Martín, y Castilla las de Braganza, Vinhaes, Castillo de Piconha, Miranda, Penamacor, Pena-García, Segura y Nodar.

Los rencores de tan larga contienda promovian á menudo incidentes que se consideraban ofensas, ya para los castellanos, ya para los portugueses, y que amenazaban encender otra vez la guerra; pero eso no obstante, cansados los pueblos de sufrir los estragos de aquellas incursiones, se fué sobreponiendo á todo el anhelo de una paz duradera, y poco á poco dando al olvido el rencor de los pasados años. Á la muerte del joven y enfermizo D. Enrique III, ocurrida el 25 de Diciembre de 1407, se encargó de la regencia y gobernacion de Castilla la reina viuda doña Catalina, asociada de su cuñado el infante D. Fernando, por la menor edad de su hijo D. Juan II; y encontrándose bastante cimentada de hecho la paz con Portugal, que era su principal deseo desde su casamiento, como hermana de doña Felipa, pensó al instante en formalizar un tratado verdadero que sustituyera al de las treguas, en lo que convenia, como muy cuerdo político, el infante D. Fernando, y á lo que predisponia ademas el leal comportamiento del Monarca portugues, que ofreció á los regentes su auxilio en el caso de promoverse alteraciones contra el Rey niño, y áun, si era necesario, contra Granada. Ninguna razon debia, en efecto, existir para dilatar esa negociacion definitiva, cuando ya el Rey difunto prescindió de toda pretension sobre el Estado vecino, dejando á salvo los derechos de doña Beatriz, que ella misma transmitió á D. Dionís; y cuando ningun sólido interes llamaba á Castilla á renovar cuestiones que habian fallado las armas en tan prolongados años á favor del antiguo Maestre de Avis, que se veia amado con entusiasmo en el país, y reconocido y respetado por todos los soberanos; y mucho ménos cuando tanto habia á que atender en los asuntos interiores y en los que reclamaba el reino de los moros de Granada (1).

(1) Prescindiendo de los derechos legítimos que tuvo doña Beatriz al trono de

Juntáronse los negociadores en Escarigo, lugar de la frontera entre San Felices y Castelho-Rodrigo; pero como siempre habia sucedido, surgieron escollos, interrumpiéronse los tratos, volvieron á reanudarlos (1), y así fueron pasando meses y años, hasta que por fin se ajustó tregua de *amistad y alianza con paz perpétua* entre las dos coronas, que se firmó por Castilla el 31 de Octubre de 1411, y se publicó solemnemente con grande alegría de los pueblos. Fueron sus condiciones más sobresalientes que el Rey de Portugal perdonaba y admitia á los portugueses que estuviesen por Castilla desde tiempo de D. Fernando, devolviéndoles sus bienes y honores, pero exceptuándose los que le desampararon despues de haberle reconocido y besado la mano; que lo mismo hacia el de Castilla respecto á sus súbditos que sirvieron al de Portugal; que ninguno de los dos soberanos volveria á alegar pretensiones sobre la corona del otro; que recíprocamente se auxiliarian y protegerian contra cualesquiera enemigos; y que se devolverian las plazas, villas y castillos que respectivamente retuviesen todavía.

Al cumplir los catorce años, D. Juan II de Castilla, en 1419, fué requerido, segun cláusula del tratado, para que lo confirmase y ratificase; y habiéndose detenido en hacerlo, volvieron los comisionados portugueses para Lisboa disgustados, como era natural; mas mejor pensado por el Rey, los llamó otra vez, y lo juró y firmó en Ávila, á último de Abril de 1423 (2), aunque alte-

Portugal, asistia al Rey de Castilla tambien el de ser descendiente de D. Dionís por su hija doña Constanza, mujer de D. Fernando IV, y por tanto preferible á D. Juan I, que era bastardo. Así se reclamó é hizo ver algunas veces por entónces, y aún con posterioridad en tiempo de los Reyes Católicos.

(1) Consistia la dificultad principal en pretender Castilla se consignase la obligacion de que Portugal la auxiliara con tropas y escuadra cuando tuviere guerra con los moros; miéntras los portugueses decian que el Rey y sus sucesores lo harian así como otras veces, pero que no podian considerarlo como obligacion precisa.—Luego trataron de que fuese deber recíproco, ó de que se consignara en tratado aparte y reservado.

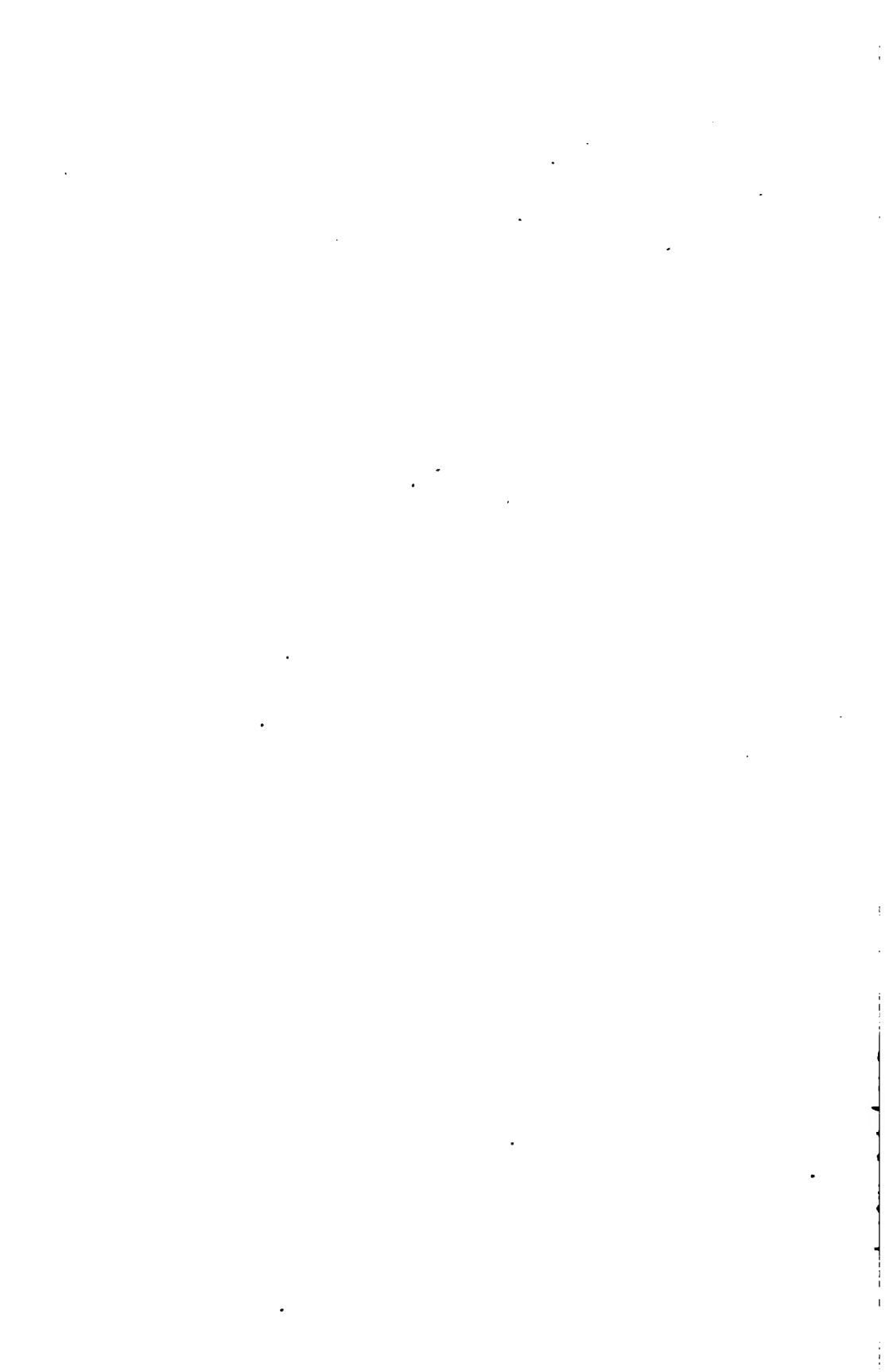
(2) En la *Crónica* de D. Juan II de Castilla consta que en 1420 estuvo para romperse la guerra sériamente, y se mandaron hacer grandes preparativos: que en 1421 pasó á Portugal para arreglar el tratado definitivo D. Alonso de Cartagena, dean de Santiago y de Segovia, asistido del escribano de cámara Juan Alonso de Zamora; y que en 1423 vinieron á Ávila los enviados portugueses Don Fernando de Castro y Ferran Alonso de Silvera para presenciar la jura y pregon del tratado, despues de lo cual hubo una justa en que fué derribado del caballo el D. Fernando de Castro. Don Alonso de Cartagena volvió á Lisboa para presenciar la ratificacion y proclamacion del mismo tratado.

rando el sentido de perpétuo por el de temporal ó interino hasta 6 de Marzo de 1434, en que podría prorogarse por más tiempo si se creía conveniente: esto no obstante, concertados despues los respectivos enviados, se asentó por último quedára subsistente como concordia y paz perpétua, firmándolo el Rey de Castilla en Medina del Campo á 30 de Octubre de 1431, y ratificado por el de Portugal y su hijo heredero D. Duarte, en Almeirin, á 17 de Enero de 1432 (1).

Así terminó, al cabo de 48 años, de una manera legal, la terrible y porfiada querella que ensangrentó los campos de Portugal y Castilla, y que alcanzó á ver el dichoso Maestre de Avis que la inició, puesto que no murió hasta 1433, dejando el reino en sólida independencia, con el nuevo dominio de Ceuta adquirido por él en persona, asegurada la sucesion con hijos distinguidos todos por relevantes prendas de valor y talento, y afamado ya el nombre portugues en Europa y África. ¡Quién, al repasar este bosquejo, reflexionando seriamente en sus causas y en el curso de los sucesos, desconocerá los designios de la Providencia, que por tan incomprensibles vías conduce las naciones á su encumbramiento ó á su ruina, para que se cumpla la mision que á cada una pertenece en los destinos de la humanidad!..., y ¡quién, descendiendo á considerar sólo las obras de los hombres, podrá negarnos que en esta historia se patentiza la decisiva influencia de las armas en las grandes crisis de los pueblos! Aunque no se hallasen otros ejemplos, quedará imperecedero en Portugal y Castilla el que lleva el nombre de Aljubarrota.

---

(1) Segun la antecitada *Crónica* de D. Juan II, se presentaron en Palencia, en 1431, comisionados por el Rey de Portugal para esa última formalizacion del tratado, Pero Gomez de Malafaya y el Dr. Ruiz Fernandez, pasando despues con el propio objeto á Portugal el oidor del Consejo Dr. D. Diego Gonzales Franco.— Posteriormente se fueron agregando al tratado multitud de articulos, adiciones, confirmaciones, etc., etc., en que convenian ambas partes.



## CAPÍTULO III.

### Batalla de Aljubarrota.—Documentos y Crónicas.

---

#### SUMARIO.

**Notas preliminares.**—Documento número 1. Carta del rey D. Juan I de Castilla á la ciudad de Murcia, pidiendo las gentes que debia aprestar para la guerra de Portugal.—Número 2. Extractos del testamento del mismo Rey en Celórico, referentes á la guerra que iba á empeñarse.—Número 3. Mensaje llevado al Rey ántes de la batalla, y su respuesta.—Número 4. Carta del Arzobispo de Braga al abad del monasterio de Alcobaza sobre la batalla á que asistió, y en la que fué herido.—Número 5. Carta del Rey de Castilla á la ciudad de Murcia, dando cuenta de su infeliz jornada.—Número 6. Mensaje de D. Juan I á Carlos VI de Francia, pidiéndole auxilios despues del desastre de Aljubarrota.—Número 7. Contestacion de Carlos VI al anterior mensaje.—Número 8. Carta del anti-papa Clemente VII al rey D. Juan I, dándole consuelos por la pérdida batalla.—Número 9. Sentido discurso del Rey de Castilla en las Cortes de Valladolid con motivo del luto que vestia por el desastre de Aljubarrota.—Número 10. Extracto de la carta real de D. Juan I de Portugal referente al monasterio que habia mandado edificar en memoria de su victoria de Aljubarrota.—*Crónica* número 1. Capítulos de la de D. Juan I de Castilla, por Pedro Lopez de Ayala.—Número 2. Extracto del sumario de los reyes de España, por el despensero de la reina doña Leonor.—Número 3. Traducción sustancial de lo poco que dice la *Crónica* de Carlos VI de Francia, por los religiosos de Saint-Denis.—Número 4. Capítulos de la *Crónica* francesa de Juan Froissart.—Número 5. Capítulos de la *Crónica* portuguesa del rey D. Juan I, por Fernan Lopez.—Número 6. Extracto de la *Crónica de los reyes de Portugal*, por Cristóbal Rodriguez Azinheiro.

#### NOTAS PRELIMINARES.

Sabiéndose, por lo que se dijo en el prólogo, cuál es el plan de esta obra, principalmente respecto á la descripción de la batalla que constituye su objeto esencial, ha llegado el momento oportuno de transcribir los documentos y los textos de las *Crónicas* reputadas como verdaderas fuentes históricas de aquel acontecimiento, que se comprenderán y apreciarán mejor por sus an-

tededentes y consecuencias relatadas en el anterior capítulo. De lo que otros escritores más modernos consignan, lo mismo que de las tradiciones y recuerdos que se conservan, nos harémos cargo en el lugar correspondiente del exámen comparativo de los textos, ó en las ilustraciones.

Conviene aquí, ante todo, dar alguna noticia y detalles indispensables sobre estos documentos y *Crónicas*, sobre su importancia relativa y sobre el orden en que van colocadas.

No se escribía tanto en el siglo xiv como en los siguientes, ni se tenía costumbre de redactar por fórmula reglamentaria esos partes ó Memorias oficiales, esos cuadros de situacion y de fuerzas, de pertrechos, pérdidas, prisioneros, etc., que son hoy, con las cartas y planos topográficos, los primeros y precisos materiales exigidos para conocer los sucesos de guerra. Tardó, ademas, la imprenta cien años, despues de Aljubarrota, en empezar á reproducir en España algunos antiguos códices, y perdiéronse gran número de ellos al pasar de unas á otras manos, ó en los saqueos, incendios y abandono de los conventos y castillos donde se guardaban; resultando por tales causas frecuentes lagunas en ciertos periodos históricos, y oscuridad, falta de pormenores y confusion, de que nacen dudas ú opuestas conjeturas, que una sola carta auténtica bastaria á poner en claro á los que se dedican á serias investigaciones.

Teniendo presentes estas circunstancias, y la de que van á cumplirse cinco siglos trascurridos desde la fecha del suceso que motiva este trabajo, nadie extrañará que no demos á conocer ningun documento inédito ó enteramente ignorado, porque es natural suponer no lo dejáran oculto los diligentes escritores que en España y en Portugal se han ocupado en profundos estudios históricos: mas, sin embargo, pretendimos buscarlos, y aunque infructuosas las diligencias, no eran destituidas de razon. Consta por el cronista portugues Fernan Lopez, y repítese por los posteriores de su nacion, que el vencedor de Aljubarrota dirigió una carta inmediatamente despues de su victoria á la Cámara municipal de Lisboa, noticiándola el feliz suceso, de la cual sólo dicen que expresaba el número de muertos del enemigo; y D. José Soarez de Silva, en el tomo tercero de sus *Memorias* para la historia de Portugal durante el reinado de D. Juan I, cita ademas un *instrumento público* sobre la batalla que existia en el archivo real de la

Torre do Tombo, *escrito en latin y en vulgar*. Pero por motivos que no explica, ni yo comprendo, se abstuvo de copiar é insertar ninguno de ambos documentos entre los muchos que acompañó á su obra, que están léjos de ser tan interesantes. Nada hemos podido averiguar ahora de los dos códices en el indicado real archivo y en el de la municipalidad, donde debieran encontrarse; y si bien es posible no hayan sido bien buscados, y que algun dia parezcan, deploramos no poder completar con ellos la coleccion aquí reunida de cuantos se refieren al asunto; pues resulta que, al contrario de lo que suele acontecer, tenemos la relacion auténtica del vencido y la *Crónica* escrita por uno de los que le acompañaban, miéntras nada hay del vencedor ni de ninguno de sus afortunados compañeros, más que la trivial carta del Arzobispo de Braga, que no contribuye á esclarecer el acontecimiento.

Impresos corren en España, Portugal y Francia todos los textos que á continuacion se insertan; pero como no lo han sido nunca reunidos para que puedan cotejarse, y serán muchos los lectores que, desconociéndolos ó no teniendo facilidad de consultar los libros donde se hallan, agradezcan verlos aquí, no es de temer que el reproducirlos merezca censura de los eruditos; por otra parte, atendiendo al valor é importancia histórica que tienen, y al doble objeto de este trabajo como monografia y como estudio crítico, era imprescindible el presentarlos.

Encabeza la coleccion la carta del Rey de Castilla á la ciudad de Murcia, fecha á diez de Enero de 1385, pidiendo las gentes de á pié, ballesteros y lanceros que debian aprestarse para la nueva campaña que iba á emprender en Portugal, pues es documento importante para conjeturar las fuerzas que en totalidad mandó se levantarán en sus dominios, y para las que llegó á reunir el ejército invasor. Iguales á ella serian, aunque variando el número y clase de tropas del reparto, las demas que dirigiera á todos sus reinos y señorios; pero no teniendo noticia de que se conserve ninguna otra, hay que apelar á esa sola, que por fortuna se debe al licenciado Cascales, que la insertó en sus *Discursos históricos*, así como la semejante de que se hizo mencion en el capítulo anterior, y la más apreciable que vendrá despues.

Siguen á este primer documento, en órden correlativo de fechas, otros nueve, á saber: extractos del testamento de D. Juan I, estando ya dentro de Portugal, en Celorico de la Vera (Beira),



conteniendo únicamente los artículos relacionados con la guerra emprendida; el mensaje llevado por un escudero portugues al mismo Rey de Castilla cuando se encontraba en Soris (Soure), y la respuesta con que se volvió; la carta del arzobispo de Braga, Don Lorenzo Vicente, al abad del monasterio de Alcobaza, escrita en Nazareth á 28 de Agosto (doce dias despues de la batalla), que por ser un tanto humorística, y por lo que dice de la herida que recibió, merece se conozca, siquiera por curiosidad, y la damos en ese concepto, copiada de las *Memorias* de Soarez da Silva, y vertida tambien al castellano; la interesantísima carta de Don Juan I á la ciudad de Murcia, desde Sevilla, á 29 de Agosto, recién llegado de su desastrosa campaña, dándola cuenta de la pérdida de la batalla, y convocando las Córtes, que habian de reunirse en Valladolid, documento precioso por la sencillez y verdad con que confiesa la derrota (expresando que ya debian saberla por otra más breve que habia enviado), y en la que, si bien lacónicamente, explica la posicion del enemigo y las causas del fracaso, sin eludir su responsabilidad; el mensaje dirigido por el Rey á Carlos VI de Francia pidiéndole auxilios despues de su infeliz jornada, traducido de la version francesa de la *Crónica de los monjes de Saint Denis*; la contestacion que envió en su consecuencia á D. Juan I, segun la pone Pedro Lopez de Ayala, y la carta de consuelos que le mandó el anti-papa Clemente VII desde Avignon, que traslada el mismo citado cronista, son documentos que demuestran el decaimiento moral que experimentó el Rey por la catástrofe, y los grandes apuros, la afliccion inmensa que le agobiaba; el sentido discurso del Soberano en las Córtes de Valladolid al excusarse de quitar el luto que vestia por la derrota y por los que en esa infortunada guerra habian perecido, es un nuevo testimonio del terrible efecto que causó en Castilla aquel desastre, y enaltece mucho al desdichado Rey por el dolor que revelan sus frases y por su deseo de volver un dia á reivindicar el perdido honor de las armas; por último, el extracto de una carta Real de D. Juan I de Portugal, relativa al monasterio que habia mandado edificar, en conmemoracion y gratitud á la Virgen, por la victoria que alcanzó en los campos de Aljubarrota, nos ha parecido oportuno tambien, para que se vea cuánto distaba en aquel tiempo la arrogancia y vanidad de los vencedores de atribuir sólo el éxito á su mérito y valor, pues la arraigada fe que les inspiraba

ciega confianza en los más difíciles trances, les hacia luego declarar que al auxilio divino era debido el triunfo.

Después de estos diez documentos vienen los textos de las *Crónicas* coetáneas ó casi coetáneas, que consignaron los sucesos de la época, y de las cuales damos lo correspondiente á nuestro intento, de las seis que evidentemente merecen ser preferidas.

Es la primera la del canciller mayor de Castilla, D. Pedro Lopez de Ayala, quien, asistiendo á la batalla, representando al lado del Rey un papel importante en su consejo, y quedando prisionero en la derrota, debe juzgarse como el más competente para haber transmitido fielmente el acontecimiento, en su triple concepto de afamado escritor, de hombre de estado y de capitán experto.

Hay motivos para creer que los capítulos que consagra á la jornada de Aljubarrota los redactó durante su cautiverio en el castillo de Obidos, y por lo tanto, estando tan recientes los hechos, teniendo facilidad de rectificar su memoria y completar pormenores con los datos que le diesen otros compañeros de desgracia, y aún los vencedores que le custodiaban, no cabe dudar en el valor histórico de su relacion. La posteridad le reconoce y declara el primero de nuestros cronistas, y si bien hay críticos que le suponen apasionado contra el rey D. Pedro y en exceso favorable á D. Enrique II en sus *Crónicas* de ambos monarcas, no existe razon para negarle completa imparcialidad en la de D. Juan I. Por desgracia, al imitar la clásica concision de los *Anales* de Tácito, va con demasiada rapidez, y omite detalles que nos hacen en el día suma falta.

Del *Breve sumario de los reyes de España*, por el dispensero de la reina doña Leonor, primera esposa de D. Juan I, tomamos los pocos renglones que dedica á nuestro asunto.

El incógnito religioso de la célebre abadía de San Dionisio, cerca de París, que escribió la *Crónica de Carlos VI*, y que para ello tuvo toda clase de facilidades, dedica una ligera mencion á la batalla de Aljubarrota, después de dar el mensaje enviado por el Rey de Castilla para pedir auxilios á su aliado de Francia; y aunque poco es lo que consigna, damos su traduccion sustancial, para no omitir su conocimiento y cotejo con las demas.

Ocupa el cuarto lugar la *Historia y Crónica* memorable de Mesire Jehan Froissart, una de las más curiosas y prolifas obras de aquel tiempo, reputada la principal para dar á conocer al por-

menor los sucesos y guerras, las costumbres y preocupaciones del siglo xiv en Francia, Inglaterra y Escocia, y que tambien suele ser citada preferentemente respecto á la guerra entre Castilla y Portugal, de que aquí nos ocupamos. Casi todo cuanto refiere lo adquirió por buenos conductos, y es hasta con exceso minucioso; pero se necesita bastante reserva para aceptar en absoluto muchas de sus noticias, por la facilidad con que pudo él mismo equivocarse y confundirse al trasmitir por las noches al papel las relaciones verbales, y muchas veces contradictorias, que escuchaba en el dia. Dos versiones diferentes hace de Aljubarrota, tomada la primera de boca de algunos caballeros franceses que asistieron á ella, cuando en 1388 se hallaba en Orthez acompañando al Conde de Bearn, y la segunda de otros portugueses á quienes con tal propósito fué á buscar el año de 1390 á Magdeburgo, en Zelanda, sabiendo casualmente que se encontraban allí. Ambas, á pesar de su extension y de sus muchísimos errores, nos era preciso darlas, no sólo por coetáneas, sino porque, no estando traducida al castellano la obra de Froissart, es poco conocida en España.

Sigue á esa *Crónica* la portuguesa de Fernan Lopez, de todo el reinado de D. Juan I, apellidado de *boa memoria*, la cual, copiando á veces la de Ayala, y contradiciéndole en ocasiones, se extiende á referir con prolijidad todos los principales sucesos de aquella época, tan importante en la historia de su país. No pudo este autor ser testigo de la batalla como Pedro Lopez de Ayala, ni escribir á poco de sucedida, pues nació, segun se cree, el año de 1380, y murió hácia 1459; pero dedicado con particular afición á consignar los hechos gloriosos del vencedor de Aljubarrota, teniendo á la mano cuantos documentos existian entónces, como cronista y guarda mayor del archivo de la Torre do Tombo, y habiendo conocido y tratado al mismo Soberano, al condestable Pereira y otros muchos de los que asistieron con ellos á la jornada, estuvo en el caso de recoger el abundante caudal de noticias y de recuerdos circunstanciados que se complace en trasmitir. Goza en Portugal Fernan Lopez de merecido concepto, y se le titula el patriarca de sus historiadores, siendo, en efecto, su obra de gran mérito, pues aunque peque de estilo difuso, no podemos tachar en él la abundancia de pormenores, cuando deploramos su escasez y concision en Ayala. Tal vez su exaltado patriotismo le indujo á algun extravío y á detenerse demasiado en incidentes secunda-

rios; pero se conoce que trabajó con ahinco, y que en lo que refiere llevaba la mira de levantar el honor nacional cuando en los relatos y comentarios de los extranjeros creia ver algo que lo rebajaba. Poco dejaria que desear Lopez en su *Historia* de esa guerra y batalla de Aljubarrota al investigador más exigente, si no fuera porque le falta la circunstancia de testigo, habiendo escrito bastantes años despues, guiado por lo que oia á otros en quienes dominaba soberbio espíritu de entusiasmo por las proezas que acometieron para asegurar la independendencia; y por eso, aunque en extremo apreciable, la crítica razonada é imparcial que podemos hacer al cabo de cinco siglos, nos impone examinar al propio tiempo los demas textos, para deducir de su comparacion y análisis el verdadero juicio.

Terminamos, despues de los capítulos de Fernan Lopez, con el extracto de lo que dice, en su *Crónica* de los reyes de Portugal, Cristóbal Rodriguez de Azinheiro, que nació en 1474 y escribió su rápida obra en 1535, pues de esa manera se dan dos textos castellanos, dos franceses y dos portugueses.

Al reproducir estos documentos y textos, nos ocurrió duda sobre dar ó no vertidos al castellano los que están en frances y en portugues; pero oyendo el consejo de respetables personas en la república de las letras, hemos preferido presentarlos íntegros, segun se hallan en las obras de donde los tomamos, sin variar en nada la ortografía, á pesar de la dificultad que eso ofrezca á los que no estén habituados á ambos idiomas y á la escritura y puntuacion antigua.

Algunas notas que nos han parecido convenientes servirán para la ilustracion ó aclaracion de los incidentes á que se refieren, y para mejor inteligencia del texto.

Núm. 1.—*Carta del rey D. Juan I de Castilla á la ciudad de Murcia para que acudiesen á servirle en la guerra de Portugal las gentes de á pié, ballesteros y lanceros, segun la inserta Cascales, discurso 8.º, cap. xiv de su obra Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia.*

D. Juan, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Portugal, etc., etc. A los Concejos, é Alcaldes, é Alguacil, é Oficiales é Omes buenos de la Cibdad de Murcia, é de las villas é logares de la dicha Cibdad, etc., salud é gracia. Sabed, que nos, con el ayuda de Dios, tenemos

acordado é ordenado de entrar en nuestro Regno de Portugal este Año muy poderosamente, con muchas gentes de armas, é omes de á pie, Ballesteros é Lanceros, segund cumple á nuestro estado, é á nuestra honra, é de nuestros Regnos, para conquistar las villas é logares, é gentes que non nos quieren obedescer segund deben, é estan obligados: por lo qual fué nuestra merced de mandar facér repartimiento por las Cibdades, villas é logares de nuestros Regnos, de ciertos omes de á pié Ballesteros é Lanceros, en el qual repartimiento cupo á los concejos que aqui se dirán, los Ballesteros é Lanceros que se siguen.

A vos el Concejo de Murcia, sesenta Ballesteros, é sesenta Lanceros: é á los Moros de Ricote é su valle, diez Ballesteros, é diez Lanceros: é á vos el Concejo de Cieza; dos Ballesteros, é dos Lanceros: é al Aljama de los Moros del Alguaza del Obispo con el Alcantarilla, cinco Ballesteros, é tres Lanceros: etc., etc. . . . .

Sigue así la enumeracion de todos los concejos correspondientes á Murcia, cuyo resúmen da un total de 151 ballesteros y 150 lanceros; siendq moros, 18 de los primeros y 16 de los segundos, y continúa:

Por lo qual os mandamos, que luego vista esta nuestra carta, ó el traslado della signado de Escribano público, apereibais cada uno de vos los dichos Concejos, los dichos Ballesteros, é Lanceros, é que sean los Ballesteros los mejores que oviere, é los Lanceros que sean buenos mancebos; é los Ballesteros que vengan armados de buenas hojas, é de bacinetes, é de buenas ballestas; é los Lanceros de buenas lanzas é dardos: é que esten aprestados de manera, que luego que nuestro mandamiento hayan puedan partir á donde los enviaremos á mandar. E al tiempo que de allá ovieren de partir nos les mandarémos pagar su sueldo, á los Ballesteros á razon de quatro maravedis, é á los Lanceros á tres maravedis cada dia á cada uno. E ademas desto, porque nuestro servicio sea mejor é mas presto cumplido, mandamos, que si vosotros así non lo ficieredes como dicho es, que Alfonso Yañez Fajardo nuestro Adelantado mayor en ese Regno, ó el que lo oviere de aver por él, escoja los mejores Ballesteros que entre vosotros hay: é á los que el escogiere é nombrare mandamos se apereiban luego en la manera que dicha es, é esten prestos para partir luego que les enviaremos á mandar, ó el dicho Adelantado lo dixere, ó lo enviare á decir de nuestra parte. Enon fagan otra cosa, so pena de los cuerpos, é de lo que han. Dada en Talavera á diez dias de Enero, Año del Nacimiento de nuestro Salvador Jesu-Christo de 1385 años. Yo el Rey.

Núm. 2.—*Extractos del testamento del rey D. Juan I de Castilla, escrito en el real de Celorico de la Vera, á 21 de Julio de 1385, segun se inserta en la Crónica de D. Enrique III, por Pedro Lopez de Ayala.—Artículos que tienen relacion con la guerra de Portugal.*

Otro si, por quanto nos tememos de morir ante que el dicho Infante nuestro fijo sea de edad de quince años para que pueda regir el Regno, é nos somos tenudos, pues Dios nos fizo Rey de estos Regnos, de lo ordenar de aquella manera que sea mas en servicio de Dios, é guarda del dicho Infante Don Enrique mi fijo, é á provecho é honra de los dichos Regnos, por ende ordenamos é mandamos, que el regimiento de los Regnos sea en esta manera:

Otrosi, avemos fecho todo nuestro poder por saber por quantas partes podimos á quien pertenecia el derecho del Regno de Portugal: é segund lo que fasta aqui sabemos, non podemos entender, segund Dios é nuestra consciencia, que otro haya derecho en el Regno, salvo la Reyna mi muger, é nos. E porque podria ser que algunos informasen al dicho Infante Don Enrique mi fijo, que él avia derecho en el Regno sobredicho, así como nuestro fijo legitimo heredero, por lo qual podria ser que se moviese á tomar voz é título del Regno de Portugal, de lo qual podria nacer perjuicio á la Reyna mi muger, tomandole ó perturbandole la posesion é título de Reyna en que está; por ende nos defendemos firme é expresamente, é mandamos al dicho Infante mi fijo, que por ninguna informacion nin inducimiento que le sea fecho, que non tome voz nin título de Rey de Portugal, sin primeramente ser declarado é determinado por sentencia de nuestro Señor el Papa que el dicho Regno pertenesce á él así como á nuestro fijo primogenito, é legitimo heredero. E porque esto se pueda mas de ligero saber, nos dejamos por escripto firmado de nuestro nombre todo quanto de este fecho avemos podido entender, por dó creemos que se puede mostrar, é aver grand informacion para saber por verdad á qual de ellos pertenesce dicho Regno. Pero tenemos por bien, é mandamos, que fasta que esta dubda sea declarada por sentencia, é se sepa de cierto á qual dellos pertenesce el dicho Regno, que se retengan por el dicho Infante Don Enrique todas las villas é castillos é logares que nos agora tenemos, é cobraremos de aqui adelante en el dicho Regno de Portugal é del Algarve; porque en el caso que se fallase que el dicho Regno pertenesce á la dicha Reyna, debe ella pagar al dicho Infante, ante que la sean entregadas las dichas villas é castillos é logares, todas las costas que nos avemos fecho, así por mar, como por tierra, é las que ficiéremos de aqui adelante por ganar é aver para ella la posesion pacifica del dicho Regno: las cuales costas claresamente se pue-

den saber é mostrar por los nuestros libros; á fuera de muy grandes trabajos que nos por nuestra persona, é los nuestros con nusco, avemos sofrido, é pérdidas de muy grandes omeas, é otros muchos nuestros naturales, que en el dicho Regno por esta razon avemos avido, segund que es público é notorio en todas las Españas, é por otras muchas partes del mundo.

Otrosi, nos fecimos prender al Infante Don Juan de Portugal, non por-que lo él meresciese, mas porque non pudiese estorvo á la Reyna mi muger é á nos en la posesion del Regno de Portugal, pues qué non avia, nin otro alguno, derecho al dicho Regno porque lo debiese facer: lo qual se presu- mia que ficiera por muchas suspiciones é presunciones violentas que dél aviamos visto é conocido. E por ende, puesto que esté preso con razon, pues está preso sin culpa, mandamos que le suelten nuestros Testamentarios; salvo si ellos en uno con los dichos Tutores é Regidores fallaren que non debe ser suelto, sobre lo qual les encargamos sus consciencias, é descarga- mos la nuestra.

(1).

Núm. 3.—*Mensaje llevado al Rey de Castilla, y su respuesta, ántes de la batalla de Aljubarrota, segun la Crónica de D. Juan I, por D. Pedro Lopez de Ayala, año séptimo, cap. XII.*

Despues de dar cuenta de la entrada en Portugal, del tránsito por Celorico y Coimbra, etc., etc., expresa lo siguiente:

E llegó al Rey un Escudero del Maestre Davis, é fallóle en un logar de la orden de Christus, que dicen Soris (2), é tróxole una carta de Nuño Alvarez Poreyra, que su Señor el Maestre Davis ficiera estonce Condestable de su hueste: la qual carta decia así:

«Diredes al Rey de Castilla, que mi Señor el Rey de Portugal, é todos los suyos naturales del su Regno de Portugal, que están con él, le dicen de parte de Dios, é de Sant Jorge, que él non quiera estroir la su tierra de Portugal: é que por servicio de Dios, seyendo guardada la honra de mi Señor el Rey de Portugal, é fincando el Rey mi Señor Rey de Portugal, que él fará con el Rey de Castilla buena avenencia aquella que fuere razonable. E non queriendo el Rey de Castilla dexar, nin desembargar, é partirse del dicho Regno de Portugal libremente, mi Señor el Rey de Portugal lo pone en la mano de Dios, é lo quiere librar por batalla, é quiere sobre esto ratender el juicio de Dios.»

(1) En el libro titulado *Los Reyes nuevos de Toledo*, por Lozano, va inserto este largo testamento de D. Juan I, y creo que tambien en otras obras.

(2) Entiéndase *Sours*.

E el Escudero dió aqueste escripto al Rey Don Juan: é el Rey respondióle así por otra carta que dió al dicho Escudero, que decia en esta guisa:

«Decid vos á Nuño Alvarez Pereyra, que él sabe bien como yo casé con la Reyna Doña Beatriz mi mujer hija del Rey Don Ferrando de Portugal, é é fice bodas con ella en la mi Cibdad de Badajoz, é el Maestre Davis, que se llama Rey é todos los otros grandes del Regno de Portugal vinieron y, é le besáran la mano por su Reyna, é Señora del dicho Regno de Portugal, é á mí así como su marido; despues de los dias del Rey Don Ferrando: é de esto ficeron sds ciertos tratos, é lo juraron sobre el Cuerpo de Dios. E que yo he derecho á este Regno de Portugal por la dicha Doña Beatriz mi muger: é si el dicho Maestre Davis, é los que con él son, quieren venir á la mi merced, non catando el mucho deservicio que me han fecho é facen, yo partiré con ellos este Regno, así en tierras, como en officios grandes, é honradas mercedes; en guisa que ellos sean pagados. E si esto non quisieren, salvo perseverár en su rebeldía é desobediencia, é lo quieren librar por batalla, yo tengo que Dios me ayudará con el buen derecho que yo hé: é que yo los iré buscár» (1).

NÚM. 4.— *Carta del Arzobispo de Braga al Abad del monasterio de Alcobaza, sobre la batalla de Aljubarrota, á que asistió; tomada de las Memorias de Soarez da Silva, del reinado de Don Juan I de Portugal* (2).

Dom Abbade, Senhor, e amigo; desna oitra somana ca Deos andou conosco, e vimos a Deos per nos, e encontra os cismaticos, non hei mais sabido de vos. Aproveu a Deos, e a Sancta Maria sa Madre, cas ribeiradas do sangue do meu gylvás seiom ia vedadas, e ios mestres vom de bem pera milhor, e eu o sento bem em mim, ca si vier caizo ia darei, e levarei oitra pela mesma requesta; e crede vos bom amigo, ca quem esta pespegou ca nom a levou em Xebrea, nem irá contar em Castella o soalheiro o cruzamento da minha cara. Honte oive letra, e message do Condestrabre, e me fas a saber ca o Rei de Castela aivera em Santarem como home trevalido, e maldizia seu viver, e puxava pelas barbas: e abofé, bom amigo, milhor he ca o faga el, ca nom fagerenolo nos, ca home cas suas barbas arrepela má lavor

(1) El cronista portuguez Fernan Lopez pone exactamente lo mismo estos mensajes traducidos de Ayala, y dice que el escudero fué enviado desde Thomar; que despues se le mandó otro, llamado Gonzalo Annes Pexoto, con igual mision, pero de palabra, del cunl nada dice Ayala; y que esc encontró al ejército castellano en Leiria, presenció un alarde, y explicó á su Rey, al regresar, lo que habia visto.

Cristóbal Lozano, en su obra *Los Reyes nuevos de Toledo*, pone tambien estos mensajes tomados de Ayala, pero algo alterados.

(2) Va inserta tambien esta carta al final de la segunda parte de la *Crónica* de Fernan Lopez, y en la *Europa portuguesa y Vida de D. Juan I*, por Manoel de Faria y Sousa; pero he preferido copiarla de Soarez da Silva que creo la da sin alteracion alguna.



faria das allicas: tamem anhadia ca el si y á embarcar na frota ca iazia sobre Lisboa pera nom levar caminho de terra. Sor os ventos lhe fizessem por algoa o ca qua lhe figomos per terra, de bõ fadairo nos livrariom: mas assi, ou assi, de feiçom vai el hospedado, ca nom tornará tam aginha a oiuir as campás do vosso mosteiro. Jam Vas d'Almada, e Antom Vasques seu irmom siverom aqi Domingo em sembra com Mem Rodrigues, e si vom a Lisboa pera aver algum geito de empecer aos castelaõs ca ia iazem na frota, mas eu lhes dixe, ca nom hiom elos de qa êxotados de geito ca esperassem re-xoró. Bem me dixerom da fadiga ca tomastes em trager tam tostemente a vosso mosteiro os fidalgos ca morrerom na lida; suas almas seiom em folgança, ca padecerom morte per bem de seu reino. Qando eu vinha para qa afadigado pelo sangue ca nom qeria estar, vos dixe eu ca sendo criaço vie-ra oitra vegada per estas partes, e ca cobrara a viuir ca per hua porrada si escandalescera. Agora Deos loivado, per aprasmo da Virgẽ esteve logo a correnteza. Pus eu em mentos de lhe amanhar o telhado per baixo do lastro da madeira, seia vossa mercê de ma dardes das vossas coitadas per humil-hor si puder aver, e no ca eu vos for prestadio sêpre serei a vosso mandar. Feita foy a xxvi de Agosto era m.c.c.c.c.xx.iiiii. Vosso amigo Dom Loirenço Arcebispo Primás.

Aunque de escasísimo interes esta carta humorística del arzobispo de Braga, merece, como curiosidad, que la demos traducida al castellano lo más literalmente que nos ha sido posible, después de consultar con sujetos entendidos, porque no es bien clara su inteligencia en algunos períodos.

Don Abad (1), señor y amigo: desde la otra semana que Dios anduvo con nosotros y vimos á Dios por nosotros y contra los cismáticos (2), no he sabido más de vos. Debo á Dios y á Santa María su madre, que los chorros de sangre de mi herida estén ya restringidos, y que vaya de bien á mejor, como bien lo siento en mí; pero si llegase el caso, daría y recibiría otra por la misma causa; y creed vos, buen amigo, que el que ésta me pegó no la llevó floja, pues no irá á solazarse en Castilla á contar el cruzamiento de mi cara (3). Ayer tuve carta y mensaje del Condestable, y me hace saber que el Rey de Castilla estuvo en Santarem como hombre desvalido, y que maldecía de su vida y se mesaba las barbas; y á buena fe, buen amigo, mejor es que él se lo haga que el que nos lo hiciera á nosotros, porque hombre que arranca sus barbas mala labor haría con las ajenas; también añadía que se iba á embarcar en la flota que está sobre Lisboa para no llevar ca-

(1) El Abad de Alcobaza disfrutaba del título de Don.

(2) Como Castilla habia reconocido en 1381 al anti-papa Clemente VII, y los portugueses á Urbano VI, llamaban cismáticos á los castellanos.

(3) Por esto y por lo que dice más adelante, declara que su herida fué en la cara y que padeció el oído. A su momia, conservada en perfecto estado en la catedral de Braga, le falta la oreja derecha, y pretende el vulgo que la perdió entonces.

mino de tierra; y si los vientos le hiciesen por agua lo que acá le hicimos por tierra, de buena faena nos librarian; mas así como así, de tal manera fué hospedado, que no tornará tan pronto á oír las campanas de vuestro monasterio. Juan Vas de Almada y Anton Vasquez, su hermano, estuvieron aquí el domingo, juntos con Mem Rodriguez (1), y se fueron á Lisboa para procurar medio de hostilizar á los castellanos que hay en la flota; mas yo les dije que tal habrán quedado que no se aguardarán á otro quebranto. Tambien me dijeron la fatiga que tomasteis en traer tan prontamente á vuestro monasterio los fidalgos que murieron en la lid; sus almas sean en holganza, pues padecieron la muerte por bien del reino. Cuando venía para aquí, molestado de la sangre, que no queria contenerse, os dije que siendo niño vine otra vez por estas partes, y que recobrara el oído que tenía irritado por efecto de una porrada. Ahora, loado sea Dios, por beneplácito de la Virgen se contuvo luego la sangre.—Teniendo en mientes componer de madera el tejado por bajo de la armadura, sírvase vuestra merced darme tablonés de donde mejor se puedan obtener; y en lo que yo os pueda ser útil estaré siempre á vuestro mandar.—*Fecha fué á 26 de Agosto, era de 1424* (2).—Vuestro amigo, D. LORENZO, arzobispo primado (3).

Núm. 5.—*Carta que dirigió á la ciudad de Murcia el rey Don Juan I de Castilla dándola cuenta de su infeliz jornada de Aljubarrota, segun la insertó Cascales en los Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia* (4).

Don Juan, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Portu-

(1) Segun la *Crónica* de Fernan Lopez, mandó este Mem Rodriguez, en la batalla, la ala de los enamorados, y Anton Vasquez la otra, siendo el último el que parece tomó la bandera real de Castilla y la entregó á su Rey bailando de contento; más adelante se tituló Conde de Abránches.

(2) Sin duda se equivocó el que hizo la copia del original al poner la fecha, pues era el año de 1423 de la era de César, que corresponde al de 1383 de la de J. C.

(3) El Arzobispo de Braga es el primado de Portugal, y aún se sostuvo en algun tiempo que debía serlo de toda España.

Aunque la carta no pone el lugar en que se escribió, consta que era en el santuario de Nuestra Señora de Nazareth, á unas dos leguas de Alcobaza, y que para él pedía la madera.

El Abad á quien se dirigía se llamaba Fr. Juan Dornellas ó de Ornellas, con el que, segun dice Faria y Souza, habia estado muy refuido poco ántes; cuenta con este motivo que llegado el Arzobispo en el mes de Febrero al monasterio, para exigirle el pago de una anualidad al Papa, de que era él colector, se negó á hacerlo y aún á recibirle, encerrándose en el castillo; por lo cual se tuvo que marchar, dejando clavada en la puerta una carta de intimacion y fuerte apercibimiento.

(4) En la *Monarchia portuguesa*, parte 8.ª, por Fr. Manoel dos Santos, se copió por el autor esta carta, de la obra de Cascales, siendo muy extraño no lo hiciese en sus *Memorias* el diligente Soarez da Silva.

vous prions instamment de nous envoyer sans delay un renfort de troupes pour relever l'Espagne de l'extrémité où elle se trouve réduite. Nous pourrions dire alors que non seulement les Français ont assuré la couronne à notre père par leur valeur, mais qu'ils nous l'ont aussi conservée.— Dieu vous garde.

Núm. 7.— *Contestacion que dió el Rey de Francia á los mensajeros del de Castilla cuando le participó su funesta jornada de Aljubarrota y le pidió auxilios, segun la trasmite Pedro Lopez de Ayala en la Crónica de D. Juan I, año 8.º, capítulo II.*

El Rey de Castilla, mi hermano é amigo, me envió sus cartas de creencia, que yo crea á vosotros lo que me dixistes de su parte : é vosotros me avedes dicho toda la creencia que él vos mandó que me dicesedes, así como buenos é leales Mensajeros. E yo he entendido muy bien la razon, é he avido sobre ello mi consejo cómo vos debo responder, é qué es lo que debo facer. Vos diredes así al Rey de Castilla, mi hermano é amigo : que del acaescimiento que ovo en la batalla de Portugal que perdió, que me pesa mucho dello, é entiendo que la su ganancia é bien que él oviere es mio; é delo contrario quando acaesciere á mí viene mi parte. Pero en este caso, le ruego yo que él tome muy grand conorte é muy grand esfuerço; ca las batallas son en Dios, é ninguno non puede contrariar la su voluntad. E qué! sabo muy bien que loemos por Hestorias é Coronicas, é vemos cada día que muchos grandes Príncipes é Reyes é Señores que pelearon fueron algunas vegadas vencidos; pero por esto non perdieron sus honras; ántes tornaron con mayor esfuerço á sus guerras, é ovieron muy buenas venturas. E por tanto que él non debe por esta pérdida que ovo tomar enojo; mas tener que Dios que esto fizo le puede dar mucha buena ventura sobre sus enemigos con el buen derecho que tiene. Otrosí, á lo que me envia pedir ayuda de gentes á de tesoros para el menester en que está : todo lo que yo hé es muy presto para su ayuda, é para su honra, é para su placer. E que yo le fago cierto que luégo le enviaré dos mil lanzas de los mejores Caballeros é Escuderos que yo tengo : é que las enviaré con otros Capitanes, los quales serán á su mandamiento, así como de mi mesmo. Otrosí, que yo le quiero dar para sueldo destas dos mil lanzas cien mil francos de oro que luégo sean aquí pagados, porque la gente de armas que á él ha de ir non se detenga. E caso qué! oviese menester mayor ayuda, yo está presto para lo facer, fasta que yo por mi cuerpo lo oviese de cumplir.

Núm. 8.— *Carta del anti-papa Clemente VII al rey D. Juan I de Castilla, dándole consuelos, cuando tuvo noticia del desastre de Aljubarrota, segun la version castellana de Pedro Lopez de Ayala en su Crónica de D. Juan I, año 8.º, capítulo III.*

Clemente, obispo, siervo de los siervos de Dios. Al amado é muy alto fijo

Joan, Rey de Castilla é de Leon, salud, é espíritu de fortaleza en las cosas contrarias.—Oí nuevas de que toda mi voluntad fué conturbada: é de las voces que oí los labros de mi boca se estremecieron: ca por fe é relacion de muchos he sabido que aquel día fué de ira é de saña espantable contra la tu Real Magestad: ca la tu gloria, é de toda España, que desde dó el Sol nasce, fasta el su ponimiento era temida de todos, por un arrebatamiento, apénas comenzado, cayó. Mas por ende, Príncipe muy alto, non te espantes, nin tomes muy grand pesar; ca léese que muchas veces el vencedor es vencido de otro más bajo (1). Leemos que el Arca del Testamento del Señor de los que non creían en él fué robada. Leemos que Saul, é Jonatas su fijo, vencidos é muertos fueron de los Philisteos. Leemos que la gran cibdad de Roina, Señora del mundo, muchas veces fué vencida. Non dubdamos que aquel gran Ciro, Señor de Babilonia, de mugeres fué vencido. Léese que Dario, Rey de los Reyes, del su súbdito é vasallo fué vencido. Non dubdamos que Rodrigo, Rey é Señor de toda España, vencido é perseguido fué de los Alarabes. Sabemos lo que poco tiempo há que fué, que la noble flor de Lys por veces de los Ingleses ha seydo derribada é vencida (2). E bien sabes tú que aquel noble é escogido entre los nobles omes de Caballeria, é Caballero sobre los Caballeros, que en los peligros de la muerte mostraba el su grand esfuerzo, el Rey Enrique tu padre, vencido fué: acuerdate dello (3). E aquel á quien Dios ama, aquel castiga é corrige. E si firió, é llagó el tu pié, Dios es el que sana las llagas, é endereza los contrechos. E si el su azote é castigo con paciencia lo sofrieres, el tu dolor tornarse ha en gozo é en placer. E segund la grandeza del dolor de tu corazon que agora tienes, grand consolacion é alegria avrá la tu ánima, é porná Dios en tí la su misericordia. E por ventura te castiga é apremia en este mundo en los bienes temporales, porque non ayas despues de pasar ardor de la muerte perdurable. Escripto es que en la edificacion del templo de Jerusalem todas las piedras eran primeramente labradas é picadas con martillos, porque mansamente fuesen puestas en la lavor que avia de durar. E por este exemplo tienen que aquellos que son á poner en la pared é muro de aquel templo celestial, que es dicho Jerusalem, é parayso, primero en este mundo son atormentados é feridos de muchos peligros é fortunas, porque despues con paz é mansamente sean allí trasladados é puestos. Por la qual rason tú, varon de bien, en el qual nunca ovo engaño, ¿por qué te atormentas con tan grand dolor? E como quier que justa rason de doler te mueva, al Sabidor cumple encubrirlo é non lo publicar. E así quando el grand dolor te mueve, esfuerzate de lo encobrir mostrando alegria: ca el dolor publicado face á los tus amigos engendrar é acrescentar pesar, é acar-

(1) Esta sentencia la pone Polibio quando hace su juicio sobre Aníbal en la batalla de Zama, diciendo que se verificó entónces aquel proverbio de *encontré el esforzado otro más fuerte*. (Véase la traduccion castellana de *Rui-Bamba*.)

(2) Alude á las batallas de Crécy, en 1346, y de Poitiers en 1356, ambas desastrosas para los franceses.

(3) Esta alusion es á la batalla de Nágera, perdida por D. Enrique en 1367, contra su hermano el rey D. Pedro y el Príncipe Negro.

rea grand placer á los enemigos. E por ende, fijo muy amado, te ruego quanto puedo, que en este caso non te sea tan grande la manera del dolor que te ponga fuera del tu seso; mas vistete de vestiduras de salud ó de fortaleza ó de gracia, é pon los tus fechos en esperanza de aquel que acorra é ayuda á los que en él esperan.--Dado en Avignon, etc. (1)

Núm. 9.— *Sentido discurso del rey D. Juan I de Castilla en las Cortes de Valladolid, del año de 1385, con motivo del luto que vestia por el desastre de Aljubarrota; tomado de la edicion de Cortes de los antiguos reinos de Leon y de Castilla, publicadas por la Real Academia de la Historia; tomo II. Madrid, 1863.*

Manifiesta el rey que se le habia pedido por las Cortes dejase el luto que llevaba, y responde de este modo :

Cerca de lo qual queremos que sepades que commo quier que nos traymos este duelo en las nuestras vestiduras, enpero el duelo principalmente está en el nuestro corazon; que commo quier que agora tenemos estas vestiduras por este acaescimiento que agora acaesció, pero este duelo dias há que está en el nuestro corazon, e se nos acrecienta más desque rregnamos fasta agora, e esto por quatro rrazones, las cuales queremos que sepades todos los de nuestros rregnos....

Refiérense la primera, segunda y tercera á distintos asuntos públicos, y luego continúa así :

La quarta rrazon porque este duelo principalmente está en el nuestro corazon, sy es porque en los nuestros dias vino tan grand pérdida al nuestro rregno de tantos e de tan grandes e tan buenos Caualleros e Escuderos commo son muertos en esta guerra, e otro sí porque en nuestro tienpo vino tal desonrra e quebranto á todos los del nuestro rregno, por lo qual tenemos grand lástima, e grand manzilla en el nuestro corazon, e esa mesma lástima, e manzilla deuedes tener todos los naturales deste rregno, ca tenemos quel que desto non se syente que non ha naturaleza conosco nin en

(1) No he visto en ninguna parte la fecha de esta carta, pero debió ser en Noviembre ó Diciembre de 1385.—El texto en latin está al fin de las cartas de Pedro Dlesen, segun nota de la edicion de la *Historia de España* del P. Mariana, por Monfort, en Valencia.—En la Biblioteca Nacional de Madrid existe una copia manuscrita, y otra habia en Portugal en el monasterio de Alcobasa, que supongo esté ahora en la Biblioteca pública de Lisboa, ó en la Academia Real. Lozano en su obra *Los Reyes nuevos de Toledo* la insertó, pero advirtiéndolo que por estar la traduccion de Ayala en lenguaje toscó la habia limado algo.—Tambien va inserta en las *Obras completas de Fr. Francisco de San Luiz, cardenal patriarca de Lisboa* (Lisboa, 1855), en el tomo I, donde se incluyen várias noticias sobre el rey D. Juan I de Portugal.

queste rregno, nin ama nuestro servicio nin la onrra del rregno. E por ende nos e todos vosotros deuemos tener este duelo en los nuestros corazones, e nunca lo partir dellos fasta que la dicha onrra sea vengada. . . . .

. . . . . e aviamos voluntad de lo traher fasta que Dios se doliese de nos, e de aqueste rregno, e nos dé victoria de los nuestros enemigos, porque la desonrra de Castilla fuese vengada, e nos traxiese á tienpo que nos pudiesemos aliviar los pechos á los nuestros súbditos, e regir á los nuestros rregnos en justicia, segund somos tenuto e avemos en voluntad de lo fazer, porquel dia del juyzio le diesemos buena cuenta de lo que nos encomendó; e como quier que esto assy sea, enpero, por quanto vosotros nos dixistes el otro dia que de tener nos este duelo se seguia mal e dapno e tristeza á todos los nuestros naturales e á todos los otros que aman nuestro seruicio, e que de esto otro sy se seguia plazer e alegria á los nuestros enemigos e que por esto que nos pidiades que lo quisiesemos dexar.—Esta petición que nos fizistes nos agradeçemos mucho e tenemos en seruicio, por dos razones: la primera por vos otros mouervos de vuestro que dexemos este duelo, demostrastes e dades á entender que nos amades e que querriades que estoviesemos alegre e que quitasemos toda tristeza e enojo de nos, de lo qual avemos plazer por entender vuestras buenas voluntades que avedes á nos, porque nos querriades ver quito de todo enojo e de toda tristeza e pesar. La segunda, porque entendemos que nos demandastes justa e razonable petición, por lo qual vos rrespondemos que nos plaze dello dexar; en pero.....

Prosigue diciendo que como era tan grande la causa del duelo para dejarlo enteramente, creia oportuno y ordenaba que no se usasen paños de oro ni de seda, ni se llevasen joyas, salvo los infantes, los novios y los caballeros y escuderos en sus armas; y que ademas, para sustituir á aquella demostracion exterior del luto en las vestiduras (1), se hicieran otras piadosas de penitencia y de humildad, como procesiones, sermones y ayunos,

porque Dios haya piedat de aqueste rregno, e que por su merçet non quiera parar mientes á los nuestros pecados mas á la su grand misericordia e quiera alçar la su yra de sobre aqueste rregno e nos quiera dar victoria de los nuestros enemigos, porque la Corona de Castilla sea rrestituyda en su onrra. . . . .

(1) Se observaron esas demostraciones de luto hasta las Córtes de Bribiesca de 1387, en las que se mandó *alzar el defendimiento* que se hizo sobre el particular en las de Valladolid, previniéndose que desde el día de Navidad pudiera usarse cualesquiera clase de ropa etc., etc.

NÚM. 10.—*Extracto de la carta real de D. Juan I de Portugal, respecto al monasterio que habia mandado edificar en memoria de la batalla de Aljubarrota, y de la donacion que de él hacia á la Orden de Santo Domingo, copiada de la obra de Fr. Luis de Sousa, Historia de S. Domingos, particular do reino é conquistas de Portugal, tomo I, quien las tomó del cartulario que se conservaba en dicho convento (1).*

Dom Joaõ por la graça de Deos Rey de Portugal, & do Algarve.—A quantos esta virem fazemos saber, que por honra da Virgen Maria nossa defensora, & destes Reynos, consirando as muitas estremadas graças, que do seu bento Filho a rogo della sempre recebemos, assi em guarda de nosso corpo, como exalçamento dos ditos Reynos em as guerras & mesteres em que fomos postos, especialmente na batalha & campo que auvemos com os castellanos, dandonos delles vitoria maravilhosa, mais por sua misericordia, que polos nossos inerecimientos, propozemos em renembrancha dos beneficios por ella recibidos de edificár, & mandár fazer casa de Oraçãõ, em a qual a honra & louvor da dita Senhora se faça servício a Deos. A qual de feito ja mandamos começar á par da conoesira..... &..... Dada na Cidade do Porto quatro dias de Abril.—El Rey o mandou, Alvaro Gonçalez a fez, Era de M.CCCC.XXVI annos.—Rey.—(Corresponde esta fecha á 1388 de J. C.)

NÚM. 1.—*Capítulos de la Crónica del rey D. Juan I de Castilla, por Pedro Lopez de Ayala, referentes á la batalla de Aljubarrota.*

AÑO SÉPTIMO QUE EL REY DON JUAN REGNÓ.—CAPÍTULO XIII.—*Como el Rey Don Juan continuó su camino, é como algunos caballeros suyos, por su mandamiento, fablaron con Nuño Alvarez antes de la batalla.*

El Maestre Davis, que se llamaba Rey de Portugal, desque sopo que el Rey de Castilla era ya cerca dó él estaba en un lugar que dicen Soris, partiõ de Tomar dó él estaba, é vinose para otro lugar que dicen Puerto de Moas, é puso su batalla á dos leguas dende en una plaza que de las dos partes era llana, é delas otras dos partes avia dos valles: é allí ordenó su gente, que podian ser fasta dos mil é doscientos Omes de armas, é diez mil Omes de pie Lanceros, é Ballesteros. E el Rey de Castilla era ya partido de Soris (2) é era llegado á una plaza que era á legua é media delos enemigos;

(1) En Coimbra, á 14 de Enero de 1398, expidió el Rey otra carta ó cédula referente á una quinta mandada comprar para agregarla á la posesion del monasterio, en la que repite lo hizo edificar en memoria de la batalla y en homenaje á la Santísima Virgen.

(2) La edicion de 1780 de las *Crónicas* de Ayala, que es la que tengo á la vista,

é otro día fué para aquel campo donde estaban é tenían su batalla puesta, é pusose cerca dellos en un campo llano, é ordenó su batalla : é esto era víspera de Sancta Maria de Agosto, lunes catorce días del dicho mes deste Año. E el Rey non estaba bien sano, que bien avia quince días que era doliente. E algunos caballeros del Rey fueron llamados é requeridos por Nuño Alvarez Pereyra, Condestable de los enemigos, que queria hablar con ellos : é ellos, con licencia del Rey, fueron allá á hablar con Nuño Alvarez aquel día, é dixeronle, . . . . .

Aquí pone el cronista el razonamiento que medió, cuya sustancia es la siguiente :

Por parte del Rey de Castilla se recordaba al Maestre de Avis y á los que con él estaban, que habian jurado y reconocido por reina de Portugal á su mujer doña Beatriz, requiriéndoles en ese concepto á cumplir sus juramentos; que á él no le prohibian las condiciones del casamiento entrar en Portugal, donde no habia quitado ni dado á otros villas y castillos, sino que muchos de los caballeros que los tenían reconocieron espontáneamente la obediencia de doña Beatriz; y que tampoco era cierto hubiese privado de la gobernacion del reino á la reina viuda doña Leonor, sino que ella misma, de propia voluntad, la renunció y se la entregó en Santarem; concluyendo por pedirles obediencia al Rey, y asegurándoles que les otorgaria grandes mercedes.—Mas á todos esos argumentos contestó sucesivamente D. Nuño Álvarez Pereira, sosteniendo que el Rey de Castilla habia faltado á las condiciones que se pactaron en el casamiento desde que penetró en Portugal, tomando y quitando homenajes, y despues despojando á la reina doña Leonor de la gobernacion del reino, que ni aun de propia voluntad podia ella renunciar sin el acuerdo y consejo del reino, por cuanto se le encomendó precisamente para *escusar le tuviese el rey D. Juan, porque el regno de Portugal non se mezclase con el regno de Castilla* : que por todo eso, teniendo justicia y derecho, ponian la cuestion á *juicio de batalla*, no pudiendo prestar otra pleitesía, y requiriendo al Rey de Castilla á que saliera de Portugal, ó de otro modo, estando ya las cosas en tales

• pone por nota que en vez de *Soris* (Soure) debe entenderse aquí *Leyrea* (Leiria), por haber dicho ántes el cronista que habia llegado allí el ejército del Rey de Castilla.—Así es, en efecto, y se explica perfectamente el pasaje, segun se indicó en el capítulo anterior, teniendo presente que desde Leiria trasladó su campo á sitio más avanzado hácia donde estaban los enemigos, y que cuando el autor dice *plaza*, significa *sitio, paraje ó posicion*.



términos, *su Señor é ellos ponian este fecho en la mano de Dios, é que se librase la batalla.*

Como fin de esta inútil entrevista, dice Ayala:

E los Caballeros de Castilla que todo esto fablaron aquel dia con Nuño Alvarez cataron é avisaronse bien dela ordenanza que tenian los de Portugal, é vinieronse para el Rey.

CAP. XIV. — *Del consejo que el Rey D. Juan ovo sobre la ordenanza de la batalla, é de como fué la batalla.*

El Rey Don Juan estaba en el campo echado, é acostado á un Caballero, é muy doliente, que apenas podia fablar. E quando aquellos Caballeros suyos que avian fablado con Nuño Alvarez fueron á él, fallaron alli otros Caballeros que estaban delante el Rey acordando qué ordenanza ternian en aquella batalla. E avian sobre ello muchas porfias: ca los unos decian que fuesen acometer á los de Portugal en aquella plaza donde estaban; é otros decian que non. E sobre esto el Rey preguntó á aquellos Caballeros que fablaron con Nuño Alvarez, é vieron la ordenanza que tenian los de Portugal de su batalla, qué les parecia: é los Caballeros le dixerón asi.

« Señor: Nos avemos estado con Nuño Alvarez, é avemos avisado la ordenanza que los vuestros contrarios tienen en su batalla: otrosi avemos con ellos razonado asaz delo que nos pareció que cumplia á vuestro servicio; pero non fallamos que su Señor, nin él quieran otra cosa salvo batalla. E quanto á lo que nos preguntades cómo deben facer vuestras gentes en esta batalla el dia de hoy: Señor, á nosotros parece, só enmienda de la vuestra merced, é de los Señores é Caballeros que aquí están, en razon de la ordenanza dela batalla, lo que aquí diremos. Señor: el dia es ya muy baxo, ca es hora de visperas: é demas, vos, nin vuestras gentes non han hoy comido nin bebido nin tan solamente agua, maguer face grand calentura, é están enojados del camino que han andado; é aun pieza de los Omes de pie Ballesteros é Lanceros non son llegados, ca vienen con las acémilas, é con las carretas dela hueste. Otrosi, Señor, segund avemos visto la ordenanza dela batalla, la vuestra avanguardia está muy bien, é en buena ordenanza para pelear contra la avanguardia de los enemigos, pero en las dos alas dela vuestra batalla, dó están muchos Caballeros é Escuderos muy buenos, segund la ordenanza que vemos, non nos podriamos aprovechar dellos; ca las dos alas de los vuestros tienen delante dos vallas que non pueden pasar para acometer á vuestros enemigos, é acorrer á los de vuestra avanguardia; é los enemigos tienen su avanguardia, é dos alas juntas en uno, en que han grand gente de Peones é Ballesteros. E parescenos, Señor, que teniendo vos tanta buena gente como aquí tenedes, vos debedes ordenar en manera que vos aprovechedes dellos, é se puedan ayudar los unos á los otros: é para esto, á nos parece que debedes facer asi. Señor, pues vos estades en la plaza, é tenedes vuestras batallas bien ordenadas, que les mandades estar quedos en su ordenanza. Faciendolo asi, vuestros enemigos de dos cosas faran la una: ó saldrán de aquella orde-

«nanza é ventaja que tomaron para pelear fuera de donde agora están, é asi esto facen, todos los vuestros, asi los que están en la avanguardia, como los que están en las dos alas, podrán pelear, é aprovecharse unos de otros, é estonce Dios sea juez, é loamos la batalla; ó si los de Portugal reusan de salir de aquella ordenanza que tienen, non ha dubda que muestran en ello grand miedo: é la noche viene cerca, é muchos dellos partieran de alli; ca es razon de pensar que los que durando el dia non quisieron pelear, non lo dexaron por otra ventaja, salvo por miedo. Demás, Señor, que sabemos cierto que ellos non troxeron viandas, salvo para hoy; é vos estades en el campo, é tenedes muchas viandas para les mantener porfia. E asi, Señor, segund estas cosas, nuestro consejo es, que las vuestras gentes estén quedas, é que esperemos si los enemigos saldrán de aquella ventaja que tomaron.»

Otrosi ovo y Caballeros mancebos que dixeron, que el Rey tenia muchas ventajas de sus enemigos, asi en ser Rey de Castilla, que es de los mayores dela Christiandad, como en ser casado con fija del Rey Don Ferrando de Portugal, que era heredera del Regno de Portugal, por dó avia derecho al Regno, é otrosi porque tenia alli muchos buenos Caballeros, é de grandes linajes: é que parecia á los que esto decian, que el Rey debia mandar á los suyos que acometiesen á los enemigos; é que fiaban en Dios que seria de su parte del Rey de Castilla en darles buena ventura, é que los sus enemigos, que contra la su obediencia aquel dia se pusieron en aquellas plazas, avrian penitencia del yerro que contra él é la Reyna Doña Beatriz su mujer facian.

E despues de todos estos consejos que asi pasaron delante el Rey cada uno diciendo lo que le parecia, estaba y un Caballero de Francia, que decian Mosen Juan de Ria (que era muy buen Caballero, é avia seydo en muchas guerras é en muchas batallas), é era de edad de setenta años (1), ó más, é era camarero del Rey de Francia, que era venido al Rey en mensageria por partes del Rey su Señor; é desdeque vió que el Rey iba á entrar en el Regno de Portugal, é que todos pensaron que avria batalla, non se quiso partir del Rey, é fuese con él, é estaba y aquel dia, é alli morió: é desdeque oyó las razones que los Caballeros dixeron delante del Rey sobre la ordenanza que debian tener en aquella batalla los unos é los otros, dixo asi al Rey:

«Señor: Yo só un Caballero del Rey de Francia vuestro hermano é amigo, é só en la edad que vos vedes, é he visto é estado en muchas batallas, asi de Christianos, como de Moros, estando allen mar: é por tanto he yo aprendido, que la cosa del mundo porque ome mayor ventaja puede tomar de su enemigo es ponerse en buena ordenanza, asi en guerra, como en batalla. E, Señor, en dos batallas que los Reyes de Francia mis Señores, el Rey Don Phelipe, é el Rey Don Juan, ovieron con el Rey Eduarte de Inglaterra, é con el Principe de Gales su fijo, perdieron las batallas los Reyes de Francia, é fué todo por non tener buena ordenanza en su bata-

(1) En las *Crónicas* impresas y en la abreviada se dice sesenta años. (*Nota de la edición.*)

«Illa. E por ende, Señor, vos pido por merced, que vos querades el día de hoy mandar á los vuestros que se tengan en buena ordenanza en conocer su ventaja; ca yo só en el consejo delos Caballeros que han dicho, que los vuestros deben tenerse quedos en el lugar dó están, fasta que los enemigos se partan dela ventaja que tienen tomada. Ca, Señor, segund vuestros Caballeros vos han dicho, si vuestros enemigos non parten de aquel lugar dó están, non es dubda que muestran grand miedo, é non pueden luengamente durar en aquel lugar dó han tomado aquella ventaja que agora tienen; ca antes dela noche ellos vernan pelear fuera dela ventaja que han tomado, ó desque fuere la noche perderán la verguenza, é partirán de allí, ca non tienen viandas mas de para hoy, segund se puede saber. E, Señor, qualquier ome lo puede ver, que las dos alas dela vuestra batalla, desque la avanguardia moviere para pelear, van topár en unos valles que tienen delante, é non pueden llegar á los enemigos, nin ayudar á los suyos dela vuestra avanguardia» (1).

E al Rey plogo mucho de este consejo, é mandó que se ficiese asi. Pero algunos Caballeros del Rey, que eran omes mancebos (2), é nunca se vieran en otra batalla, non se tovieron á aquel consejo, diciendo que era cobardia: é teniendo en poco á los enemigos, acometieronlos. E asi fué, segund que algunos avian recelo, que las dos alas de la batalla del Rey non pudieron pelear, que cada una de ellas falló un valle que non pudo pasar, é la avanguardia del Rey peleó sin acorro de las sus alas; é en las dos alas delos enemigos estaban muchos omes de pié, é tenían muchas piedras, é grand balisteria, los quales hicieron grand daño en los dela avanguardia del Rey: asi que la avanguardia, é las dos alas delos enemigos peleaban con la avanguardia del Rey sola, ca las dos alas suyas non pudieron acorrerla, nin peleaban. Otro si Don Gonzalo Nufiez de Guzman, Maestre de Alcantara que era estonce, é fué despues Maestre de Calatraba, estaba á las espaldas delos enemigos de Caballo (3), con cierta gente que el Rey le diera que estoviese con él, é acometió á pelear; é los Peones é Lanceros de Portugal eran muchos, é tiraban muchos dardos é saetas, é piedras, en guisa que los Caballeros non podian entrar en ellos. E aún, segund dicen, ovo otro año que los peones de Portugal fuyeran, salvo por los de Caballo de Castilla que estaban á sus espaldas de aquella parte, é non podian salir: é asi forzada-mente se avian de defender é peleár. E esto es contra buena ordenanza que los antiguos mandaron guardar en las batallas, que nunca ome debe poner

(1) El P. Mariana pone este discurso de Juan de Rin, hilado por él á su gusto, en estilo elegante y más razonado; y lo mismo hace Lozano en los *Reyes nuevos de Toledo*. Para mí es preferible, por verídico y sencillo, el que da Ayala.

(2) Segun dice Hernan Perez de Guzman, eran estos caballeros Diego Gomez Manrique y Diego Gomez Sarmiento, que con orgullo de acometer no querian estar á la ordenanza. (*Nota de la edición de la Crónica.*)

(3) Aunque al parecer dice aquí el cronista que el Maestre de Alcántara estaba á espaldas de la caballería contraria, se ve claramente por lo que sigue, y de conformidad con las relaciones portuguesas, que el verdadero concepto del autor es que estaba con la gente de á caballo á espaldas de los enemigos.

á su enemigo en las espaldas ninguna pelea, por le dar logar para foir. E la batalla así comenzada, los de la avanguardia de Portugal tenian grand ventaja, ca todos, con ayuda delos Peones que tenian en las sus alas, peleaban con la avanguardia de Castilla sola: é las dos alas de Castilla non peleaban, ca non pudieron pasar los valles que tenian delante, segun dicho avemos. E esta batalla era cerca de una aldea que dicen Aljubarrota (1). E al Rey, al comienzo de la batalla, como estaba flaco, levaronle en unas andas Caballeros que eran ordenados para la guarda de su cuerpo: é desque vieron la batalla vuelta, pusieronle en una mula: é quando vieron que las gentes del Rey se retraian, é muchos dellos cavalgaban para se ir del campo, estonce pusieron al Rey en un caballo, é sacaronle del campo, maguer estaba muy doliente. E duró la porfia de la batalla, antes que pareciese quales perdian ó ganaban, media hora asaz pequeña.

CAP. XV.—*Como el rey D. Juan, despues de la batalla desbaratada, partió del Campo, é llegó á Santarén: é como entró en la mar, é se fué para Sevilla: é qué Caballeros morieron en la batalla.*

Desque el Rey Don Juan vió que los suyos se vencian, é que non avia otro remedio, partió del campo, é llegó aquella noche á Santarén (que es á once leguas de allí muy grandes (2), la qual villa estaba por él: é fué grand maravilla cómo lo pudo facer con la grand dolencia que tenia, ca fué siempre en el caballo. E desque llegó á Santarén entró en el alcazar, é dieronle de comer. E falló el Rey en el alcazar de Santarén al Maestre de Christus, é al Prior del Hospital presos, los quales avia prendido en la pelea de Torres novas Diego Gomez Sarmiento; é mandó al Alcayde del alcazar que pusiese recabdo en ellos. Pero el Alcayde, desque vió al Rey partido de Santarén, non se atrevió á defender el alcazar, é partió dende, é dexó solos los dichos presos. E el Rey partió luego dende, é falló un leño en el rio de Tajo, é entró en él, é fuese para su flota, que estaba sobre Lisboa, así galeas como naos, é entró en una nao, é fuese para Sevilla.

La batalla fué desbaratada, é fueron muertos y muchos é muy buenos Señores é Caballeros. Morió allí Don Pedro fijo del Marques de Villena, visnieto legitimo del Rey Don Jaymes de Aragon, é Don Juan Señor de Aguilar é de Castañeda fijo del Conde Don Tello, é Don Ferrando fijo del Conde Don Sancho, é el Prior de Sant Juan que decian Don Pero Diaz de Ibeas, que era Gallego, é Diego Gomez Manrique Adelantado mayor de Castilla, é D. Juan Ferrandez de Tovar Almirante de Castilla, é Diego Gomez Sarmiento Mariscal de Castilla, é Pero Gonzalez Carrillo Mariscal de

(1) Ni en las otras *Crónicas* impresas ni en el manuscrito de la vulgar se hace mencion de este pueblo, segun nota de la edicion, pero sí en la abreviada.

(2) La distancia verdadera desde el campo de batalla á la ciudad de Santarem se gradúa en nueve leguas (unos 48 kilómetros). Sólo dando grandes rodeos podía haber andado once de las antiguas leguas el rey D. Juan; pero entónces era imposible que hubiese llegado en la noche. Aun así fué buena carrera en su estado de dolencia, con la penosa emocion de la derrota, cruzando montes y malos caminos: eternas debieron parecerle las horas y las leguas.

Castilla, é Pedro Gonzalez de Mendoza Mayordomo mayor del Rey, é Alvar Gonzalez de Sandoval, é Ferrand Gonzalez su hermano, é Rui Barba, é Juan Martinez de Medrano, é Ferrand Carrillo de Pliego, é Ferrand Carrillo de Mazuelo, é Gonzalo Diaz Carrillo, é Diego Garcia de Toledo, é Gonzalo Alfonso de Cervantes, é Don Juan Ramirez de Arellano, é Juan Ortiz de las Cuevas, é Ruiz Ferrandez de Tovar, é Gutier Gonzalez de Quirós, é Juan Perez de Godoy fijo del Maestre de Calatrava Don Pero Mofiz, é otros muchos Caballeros de Castilla é de Leon. Otro si Caballeros de Portugal que iban con el Rey de Castilla morieron estos: Don Juan Alfonso Tello tio de la Reyna Doña Beatriz, que el Rey ficiera Conde de Mayorga, é Don Pero Alvarez Poreyra que ficiera Maestre de Calatrava, é Diego Alvarez su hermano, é Gonzalo Vazquez de Azevedo, é Alvar Gonzalez su fijo, é otros. E morieron y Mosen Juan de Ria, el Caballero del Rey de Francia de quien avemos dicho, é Don Boil, é Mosen Luis su hermano, fijos de Don Pedro Boil, é Garci Rodriguez de Taborda Alcayde de Leyra (1). E Don Gonzalo Nuñez de Guzman Maestre de Alcantara estuvo grand pieza con los de Caballo en el campo despues que la batalla fué desbaratada; é los de Portugal non querian partirse de la su ordenanza, é estovieron quedos en su plaza fasta que el Maestre partió dende: el qual se fué despues, é levó consigo muchos que escaparon por él: é llegó otro día de mañana á Santarén, é non se detovo allí, é pasó el rio Tajo, é tomó su camino para Castilla, é con él muchas gentes que escaparon de la batalla. E el Alcayde de Santarén, que era Rodrigo Alvarez de Santoyo, que le tenia por Diego Gomez Sarmiento, é el Alcayde de otro Castillo de Santarén, que dicen el Alcazaba, que era Gomez Perez de Valderrabano, desque el Rey partió de allí, é vieron al Maestre de Alcantara, é á todos los otros que eran partidos de la batalla, tomar su camino para Castilla, partieron otrosí ellos de dicha villa de Santarén, é fueron para Castilla, é dexaron á Santarén.

(1) La edicion de que nos valemós pone varias notas para indicar las diferencias que se advierten, respecto á esta lista, en algunos de los sujetos que comprenden, entre los libros antiguos impresos de la *Crónica*, la manuscrita y la abreviada. También observa que murieron los dos mariscales de Castilla, sucesores de los que sucumbieron por la peste en el sitio de Lisboa.

Ninguna lista de los caballeros que murieron puede tener el carácter de exactitud que ésta de Ayala, pero, sin embargo, merecen compararse las de Froissart, Fernan Lopez y otros escritores más modernos que alteran muchos nombres y añaden bastantes.

El mismo Camoens, en las estancias que tenía escritas y suprimió al imprimirse su poema *Os Lusíadas*, cita á los siguientes: Perez, Velazquez, Sanchez de Toledo (que dice era gran letrado), Gálbez, Montánchez, Oropesa, Mondofredo, Guevara, Carrillo, Juan de Lorca, Robledo y Salazar (viejo rufian de Sevilla), y de los portugueses nombra á Giraldo, que mató al castellano Perez, á Pedro, á Duarte (natural de Braganza), á Lopo y Vicente (de Lisboa), á Alfonso, que mató cinco castellanos, y á Hilario, que murió atravesado de tres lanzas.

Núm. 2.—*Extracto de la Crónica titulada Sumario de los Reyes de España, por el Despensero de la reina doña Leonor, según se publicó en 1781 por D. Eugenio de Llaguno Amirola.*

Y este Rey Don Juan como lo supo fuéle á cercar y á darle batalla: y como sea que por las causas susodichas nuestro Señor estoviese enojado con los Castellanos de tan grandes y feos pecados que en estos Reynos se avian cometido en tiempo de los Reyes hermanos en sus debates, y despues, por aquello permitió que una tan noble y loada caballeria como siempre fué la de Castilla fuese estragada á manos de los Portugueses. . . . . ; no por su valor, mas porque fueron executores dados por nuestro Señor Dios en la gran desventura que acaesció á este Rey é á sus Caballeros: que por desacuerdo de aquellos, é por los tener en poco, como lo eran los dichos Portugueses, fué así que este noble Rey D. Juan llegó con su hueste á cerca de Troncoso (1), é vieron á ojo al dicho Maestre de Avis que se decia Rey de Portugal con grande gente de aquel Reyno, los quales estaban puestos en un gran recuesto que ende estaba, é fecho un muy fuerte palenque al derredor de su real, é fechas muchas fosas cubiertas con ramas. E estaban todos de acuerdo de se ir esa noche, que gran temor tenian del dicho Rey D. Juan; pero no quiso nuestro Señor que pasase así, qué como los Castellanos los vieron á los Portugueses, no fué en mano deste Rey, ni de algunos grandes Caballeros que con él iban, tener las gentes y Caballeros, que luego como venian de camino, sin se bien armar como requería, y sin ser recogida la gente, fueron fasta su palenque á les dar la batalla: é en tal manera se fizo, que ovo de ser desbaratado este Rey, y muertos en aquella batalla la mayor parte de aquellos Caballeros deste Reyno, según que mas largamente se contiene en la Cronica de este Rey. E así se ovo de tornar para Castilla con gran tristeza.

Núm. 3.—*Traduccion sustancial del corto relato que sobre la batalla de Aljubarrota contiene la Chronique de Charles VI, par les religieux de Saint Denis, según su texto latino y la version francesa de Mr. L. Bellaguet, tomo I, lib. VII, cap. v.*

Despues de insertar el mensaje del rey D. Juan I de Castilla, dando cuenta á Carlos VI de sus desastres y pidiéndole auxilios, dice el autor anónimo que se hizo enterar bien de las desgracias de aquel Monarca, y que supo de *source certaine*, que en el año

(1) Inútil parece advertir que el autor ó el copista se equivocaron, y que en vez de *Aljubarrota* escribieron *Troncoso*.

anterior habia sido vencido por el de Portugal, del modo siguiente:

Queriendo hacer D. Juan I un último esfuerzo para terminar la guerra, reunió de todas partes diez mil hombres armados de piés á cabeza, aumentando ese número con cerca de ochocientos Franceses bajo la conducta de Geoffroy y de Juan de Rya (1).

A la cabeza de ese ejército numeroso recorrió sin obstáculo unas cien millas en Portugal, llevándolo todo á sangre y fuego; y llegando por fin cerca de Lisboa, encontró al enemigo en el paraje que se llama Iubarot (Aljubarrota).

El Rey de Portugal, instruido de su entrada, habia reunido de las Comarcas vecinas un refuerzo de Sarracenos y Moros con un pequeño cuerpo de mercenarios Ingleses, y escogió la vasta llanura de Iubarot (Aljubarrota) para establecerse.

El de España tuvo consejo, y aunque la mayor parte quisieron se difiriese la batalla, el Rey hizo prevalecer la opinion contraria y ordenó el ataque con demasiada precipitacion. Duró la accion largo tiempo, con gran número de muertos de uno y otro lado, estando todo indeciso; pero al cabo quedaron batidos y perseguidos en su derrota los Españoles, escapándose el Rey de la confusion, al galope.

Núm. 4.— *Capítulos de la Crónica francesa de Juan Froissart, en que se relatan dos diferentes versiones de la batalla de Aljubarrota.*

*Le Tiers volume.— Chap. XIII.— Comment les Portugalois se fortifierent pres l'eglise de Iuberoth, par le conseil des Anglois, & comment le Roy Jehan de Castille resolut de les aller combattre, par l'avis des François & Bearnoïs, dont continua l'enuie & la haine des Espaignols contre iceux.*

Au conseil des Anglois se sont arrestez le Roy de Portugal & les Lissebonnois, & ont gettés leurs avis ou ils se tireroyent. Vous deuez Sauoir qu'assez pres de là, ou ils estoient, sied la ville de Iuberoth, un grand village, auquel les Lissebonnois auoyent enuoyé leurs pourueances, leurs somniers, & aussi leur charroy, car ils auoyent intention que ce soir ils y viendroyent loger (eussent bataille ou non) si du iour ils pouuoient issir á honneur. Au dehors de la ville, ainsi comme au quart d'une lieue ou anuiron, a une grande Abbaye de Moines (2): ou ceux de Iuberoth, & autres villes,

(1) Así está escrito en el texto original latino, pero el traductor, sin saber por qué, lo escribe *Rye*.

(2) Entre los errores en que incurre el autor, por la confusion de las noticias verbales que recogió, debemos advertir esta de la grande Abadía, pues alude al monasterio de Alcobaza, que se halla situado á 18 kilómetros del campo de batalla.

vont à la messe, & sied ceste eglise un petit hors du chemin, en une motte, enuironnée de grās arbres, de hayes, & des buissons: & y a fort lieu, parmy ce qu'on y aida. Adoncques fu dit, en la presence du Roy & de son conseil, & des Anglois, qui là estoient presens appelez (car, combien qu'ils ne fussent qu'un petit, si vouloit le Roy grandement ouurer par leur conseil). Sire, nous ne sauons pres d'icy lieu plus propice, qu'est Iuberoth, les le monstier, entre ces arbres. Il sied en forte place assez, avecques ce qu'on y pourra bien faire & aider. Ceux, qui congnoissoient le pays, dirent. C'este verité. Lors dit le Roy. Tiron nous celle part, & nous ordonnon là par telle maniere & par tel conseil, que bons Gens-d'armes doiuent faire: par quoy noz ennemis, quand ils viendrōt sur nous pour combattre, ne nous trouuent pas dégarnis, ne depourues de conseil, ne d'auis. Tantost fut fait. On se tira le petit pas, deuers Iuberoth, & vindrent en la place de l'eglise. Adoncques virent le lieu les Anglois, & messire Monges de Nauarret (1), & aucuns vaillans hommes de Portugal & de Lissebōne, qui estoient là allez, pour mieux auiser tout à l'environ. Si dirent les Anglois. Veez cy lieu assez fort, parmy ce qu'on y aidera, & pourrions bien seurement, & hardiement attendre icy l'aenture. Lors firent ils, au costé deuers les champs, abbatre les arbres, & coucher de trauers, à fin que de plain on ne peust sur eux cheuaucher, & laisserent un chemin, qui n'estoit pas d'entree trop large, & meirēt ce qu'ils auoient, tan d'Archers que d'Arbalestiers, sur les deux aelles de ce chemin: & les Gēs d'armes, tout de pié, au beau plaine, & le monstier de leur costé: auquel le Roy de Portugal se tonoit: & auoient desia mis leur estendard, & les bannieres du Roy. Quand ils se virent ainsi ordonnez, ils eurent grande ioye: & s'il plaisoit à Dieu, ils estoient bien, & en place pour eux tenir longuement, & faire bonne iournée. Si leur dit le Roy, Beaux Seigneurs soyez huy tous preudhommes, & ne pensez point au fuir, car la fuite ne vandroit riens, vous estes trop loing de Liasebonne, & avecques tout ce, enchace & en fuite n'a nul reconrre, car trois en abbattroient & occiroient douze en fuyant. Si mōstrez huy que vous estes gens d'arrest & de prouesse, & vèdez voz corps aux espées, & aux armeures: & imaginez en vous que se la iournée est à nous, ainsi comme si sera, si Dieu plaist, nous Serons moult honnorez: & parlera l'on de nous en plusieurs pays, ou le nouvelles irōt, car tousiours on exauce les victorieux, & abaisse l'on les déconfits, & pensez à ce que vous m'avez fait Roy, si en deuez estre plus hardis & plus courageux, & soyez tous certains, que tant que ceste hache me durera en la main, ie me combattray: & s'elle me faute ou brise, i'en reconrre une autre: & monstrey que ie vueil garder & deffendre la couronne de Portugal pour moy, & pour le droit que i'y ay par la succession de Monseigneur mon frere, laquelle ie dy, & pren sur l'ame de moy, qu'on me trauaille à tort, & que la querelle est mienne. A ces parolles respondirent tous ceux de son pays; qui ouy l'auoient, & dirent, Sire Roy, de vostre grace & mercy vous nous admōnestez sagement, & doucemēt que nous soyons tous preudhommes, & que tous vous aidons à garder & deffendre, ce que

(1) ¿Quién podría creer que *Monjes de Nauarret* es simplemente *Nuño Alvarez*?



nous vous auons donné, & qui est vostre. Si sachez que tous demourerons avec vous, ne de la place, ou nous sommes arrestez, ne partirons, se nous ne sommes tous morts.

Sigue aquí lo que áun dijeron al Rey, lo que éste volvió á amonestarles, la diligencia para cerciorarse si algunos abandonaban el campo desalentados, y por último el acto de armar caballeros á unos sesenta; despues continúa así:

Ainsi s'ordonnerent les Portugalois que ie vous dy, & se fortifierent pres de l'eglise de Yuberoth en Portugal, & n'y eut ce iour nuls Anglois qui voussissent estre Cheualiers. Si en furent bien les aucuns requis & aduonnestez du Roy: mais ils s'excusent pour ce iour. Or retereuerons nous deuers le Roy Damp-Yehan de Castille, & vers les Cheualiers & escuyers & Gēs d'armes de France & de Gascongne, qui là estoient, & vous parlerons de la contenance des Espaignols, & comment ils s'ordonnerent. Les Cheualiers de leur costé (lesquels ils auoïēt enuoyez, por auiser leurs ennemis) rapportèrent telles nouuelles, en disant ainsi, Sire Roy, & vous Barons et Cheualiers qui estes presens, nous auons cheuauché si auant, que proprement nous auons veu noz ennemis, & selon ce que nous pouuons auiser & considerer, ils ne sont pas dix mille hommes en toute somme: & se sont tirez vers le monstier de Yuberoth, & droit de là se sont arrestez, & mis en ordonnance de bataille: & là les trouuera l'on, qui auoir les voudra. Adonc appella le Roy de Castille son conseil, & par especial les Barons et Cheualiers de France: & leur demāda quelle chose en estoit bonne à faire. Il fut respondu en l'heure, Sire, il est bon qu'ils soient combattus. Nous n'y veons autre chose, car, selon ce qu'ont rapporte noz Cheuocheurs, ils sont effrayez, & en grād doute, pour ce qu'ils se sentēt loing de toutes forteresses, ou ils se puissent rotraire: Lissebonne leur est loing, à six lieues (1). Il n'y peuuent courir à leur aise, qu'ils ne soient rateins sur les chemins, s'ils ne prenoient le soir à l'auantage de la nuit. Si conseillons, Sire Roy, puis que nous s'auons ou ils sont, que nous ordonnons nos batailles, & les allons combattre, entandis que vos gens sont entalentez de bien faire. Lors demanda à ceux de son pays leur opiniō (c'est assauoir à Messire Dangōmes Mendāt, Messire Digho Persement, Pierre Goussart de Montdasque, à Pierre Ferrand de Valesque, & au Grand Maistre de Calatraue) (2), lesquels respondirent à la parolle du Roy, & à sa demāde, & dirēt, Monseigneur, nous auons bien entendu ces Cheualiers de France, & oyons, & voyons qu'ils vous conseillent à aller chaudement contre voz ennemis. Nons voulōs bien qu'ils sachent,

(1) La distancia que hay desde el campo de batalla á Lisboa, por la carretera, es de 136 kilómetros.

(2) Aunque es difícil rectificar nombres y apellidos tan alterados por el cronista ó por sus copiantes, podemos inferir que éstos corresponden, por su mismo órden, á *Diego Gomez Manrique*, *Diego Gomez Sarmiento*, *Pedro Gomeales de Mendoza*, *Pero Fernandez de Velasco* y el *Grand Maestre de la órden de Calatrava*.

& vous aussi, que deuant que nous soyons iusques là, il sera nuit, car vous vees le soleil, qui tourne: & n'auons pas encores ordonné noz batailles. Si est bon que nous attendons le matin, & les approchons de si pres, que nous sachons par noz espies & par noz Cheuaucheurs, que nous espartirons sur les champs en plusieurs lieux, leur conuenant, afin que, s'il auient ainsi que sur le point de minuiet ils se délogent, & veulent retraire, nous deslogions aussi: & ne nous peuuent fuyr, n'echapper. Ils sont en plain pays. Il n'y a place, ne lieu fort, excepté le lieu de Lissebonne, que nous ne les puissions auoir à notre aise: & ce conseil nous vous donnons. Adoncques le Roy se tin un petit quoy: & baissa sa veuë en terre, & apres regards sur les estrangers, & lors parla Messire Regnaud Limosin (lequel estoit, si comme vous sauez, Mareschal de l'ost) & dit, pour cōplaire aux François, en langage Espagnol, afin qu'il fust mieux ouy de tous (car bien il le sauoit parler tant auoit il longuement esté nourry entre eux) & tourna sa parolle sur les Espagnols: qui delez le Roy estoient, & qui ce conseil donné auoient. Vous Seigneur (si les nomma par noms & par surnoms, car bien les congnoissoit) comment pouuez vous estre plus sages de batailler, ne mieux usager d'armes, que ces vaillans Seigneurs et Cheualiers, qui sont presens? Cōment pouuez vous deuiser par sur eux, n'ordonner chose qui soit de nulle valeur: car ils ne firent oncques en leur vie autre chose, qu'eux traualier de Royaume en Royaume: pour trouuer & auoir faits d'armes, comment pouuez vous, ou osez, riens deuiser sur leurs parolles, ne dedire leurs auis? qui est si haut & si noble, que pour garder l'honneur du Roy et de son Royaume: auquel vous auez plus grand part qu'ils n'ont (car vous y auez voz héritages, & voz corps: & ils n'y ont seulement que leurs corps singuliers) & lesquels tout premierement se veulent auëturer & ia ont requis au Roy, & prié, qu'ils ayent la premiere bataille, & le Roy les en a repudiez. . . . .

Añade aún otros cargos y razones en su discurso, y despues continúa así:

A ces parolles leua le Roy d'Espagne sa face, & fut par sēblât reiouy des parolles que Messire Ragnaud eut dites: & les Espagnols furent tous ébahis, & cuiderent, pour l'heure, auoir plus mépris, qu'ils ne firent, & combien que le Cheualier les reprist & leur allast au contraire, si auoient bien parlé, & loyaument cōseillé le Roy, si qu'on ne pouuoit mieux: mais vaillance et franchise le fit parlé, en cōplaisant aux François & aux estrangers: dont il y auoit grande foison, qui desiroient la bataille. Tous se teurent: & le Roy parla: & dit. Je vueil que au nom de Dieu, & de Monseigneur Saint Iaques, soient combattus noz ennemis: & ceux qui veulent estre Cheualiers, se tirent auant & viennent, car ie leur donneray l'ordre de Cheualerie, en l'honneur de Dieu & de Saint George. . . . .

Refiere aquí cómo fueron armados caballeros hasta ciento cuarenta, entre españoles y extranjeros, poniendo los nombres de al-

gunos de éstos, los que, concludido el acto, le pidieron al Rey ocupar la primera batalla, y les fué acordado.

Lors dirent les Espaignols, tout bas, l'un à l'autre, regardez, pour Dieu, regardez cūment nostre Roy se confie du tout en ces François. Il n'a nulle parfaite fiāce à autrui. Ils auront la premiere bataille. Il ne no present pas tant, qu'ils nous appellēt avec eux. Ils font leur fait & leur arroy tout à part eux & nous ferōs le nostre tout à part nous, & par Dieu, nous les laisserōs cūbattre, & conuenir de leur emprise. Ne se sont ils pas ia vantez, qu'ils sont assez gens pour deconfir les Portugalois? Or soit ainsi, nous le voulons bien. Mais ce seroit bon que nous demādiassions au Roy, s'il veut demeurer avec nous, ou aller avec les François. Là furent murmure ensemble longuement pour sauoir s'ils luy demanderoient où s'ils se traïroyent, cas ils redoutoyent grandemēt les parolles de Messire Regnaud Limosin. Toutesvoyes, tout considéré, ne veoient il point de mal à luy demander. Si s'auancèrent six des plus notables, & des plus prochains de son corps : & en luy enclinant, luy demandārent ainsi. Tres noble Roy, nous voyons bien, & entendons par apparens signes, que nous aurōns au-iourdhuy la bataille à voz ennemis. Dieu doint que ce soit à l'honneur & victoire de vous : comme nous le desirons grandement. Or voulons sauoir ou vostre plaisance gist le plus, ou à estre avec les François, ou avec nous. Nēny, dit le Roy. Beaux Seigneurs, se ie m'accorde à la bataille auoir (avec ces Cheualiers et Escuyers de France, qui me sont venus seruir, & qui sont vaillans gens, & pourues de conseil, & de grand confort) pour ce ie ne renonce pas à vous : mais vueil demourer avec vous, si m'aidez è garder. De ceste response eurent les Espaignols grande ioye, & se contenterent grandement, & dirent, Monseigneur, ce ferons mon : ne iā ne vous faudrōs iusques à la mort. Car nous le vous auons iuré & promis par la foy de noz corps, au iour de vostre couronnement, car nous aimasmes tant le bon Roy vostre pere, que nous ne vous pourrions faillir par voye nulle quelcōque. C'est bien nostre intentiō, dit le Roy. Ainsi demoura le roy d'Espaigne, avec ses gens, ou bien auoit ving mille cheuaux, tous couuerts de fer. Messire Regnaud Limosin estoit en la premiere bataille, & c'estoit son droit qu'il y fust, puis qu'il estoit Mareschal.

CHAPITRE XV.—*De la bataille de Iuberoth : en laquelle les François & Bearnoïs du party de Castille furent tous deconfits & tuez par les Portugalois, en faute d'estre assez tost secourus des Espaignols, leurs enuieux, qui puis apres encoururent aussi presque en mesme auenture.*

Le samedi faisoit beau iour & cler, & estoit iā le soleil tourné sur le point de vespres, quand la premiere bataille vint deuant Iuberoth, à l'encontre du lieu, ou le Roy de Portugal et ses gens estoient ordonnez en arroy. Des Cheualiers François auoit bien largement deux mille lances, aussi friskes & habilles gens, qu'on pourroit demander. Aussi tot comme ils virent leurs ennemis, si se ioignirent ensemble, comme gens de fait & de bonne ordonnance, & qui bien sauoient quelle chose ils deuoyent faire, & approcherent de si pres, comme iusques au trait d'un arc. Là eut, de premiere venue,

dure rencontre, car ceux qui desiroient à assaillir, & acquerir grace, et prix d'armes, se bouterent de grande volonté en la place, que les Anglois, par leur sens et par leur art, auoient fortirée. En entrant dedans, pourtant que l'entrée n'estoit pas bien large, eut grád'presse & grand méchef pour les assaillans, car ce qu'il y auoit d'Archers d'Angleterre, tiroient si roidement & si tost, que leurs cheuaux en estoient tous cousus des saittes, & méhaignez, & cheoyent l'un sur l'autre. Là venoient Gens-d'armes Anglois (si peu qu'il en y auoit) & aucques eux Portugalois & Lissebonnois, en escriant leur cry, Nostre-Dame de Portugal, qui tenoyent en leurs poings lances affilées de fers de Bordeaux, trenchans & persans tout autre: qui abbattoient, & pouloyent, & nauroient Cheualiers et Escuyers. Là fut le Sire de Lanach de Bearn abbatu, & sa banniere conquise, & fiancé prisonnier, & de ses gès grande foison morts, & pris. D'autre part Messire Jehan de Re, Messire Geoffroy Richon, Messire Geoffroy de Partenay (1), & tous leurs gens, estoient entrez en ce fort, à telle peine, q̄ leurs chevaux (qui estoient naurez du trait des Archers) cheoient dessous eux. Là estoient Gens-d'armes de leur costé en grand dāger, car ils ne pouuoient aider l'un à l'autre, & si ne se pouuoient élargir pour eux deffendre, & combattre à leur volōté, & vous dy que Portugalois (qui virent le méchef auenir sur les premiers requerens) y furent aussi frais, & aussi legers à combattre, que nulles gens pourroyent estre. Là estoit le Roy de Portugal, ses bannieres deuant luy, mōté sur un tresgrand coursier, tout paré des armes de Portugal, & auoit grande ioye du méchef et de la desconfiture, qu'il veoit auenir sur ses ennemis, & à la fois, pour réiouir & reconforter se gens, se rioit tout haut, et disoit. Auant, bonnes gens, deffendez vous, & combattez de grande volonté, car se plus n'en y a que ceux cy, nous n'auons garde, & se ie me congny onques en ordonnance de bataille, ceux-cy seront nostres. Ainsi reconfortoit ce Roy de Portugal ses gens, qui se combattoient vaillamment, & auoyent en leur fort iā enclos les premiers venans et assaillans: dequels ils mettoient grand foison à mort. Bien est verité que la premiere bataille, dont ie fay mention (que ces Cheualiers de France & de

(1) Acerca de los nombres de los caballeros extranjeros que estaban con los castellanos, conviene advertir las variantes del cronista y de otros escritores. Al que llama aquí Froissart *Messire Jean de Re*, le pone otras veces *du Ru*, *de Rue*, *de Ric* y *de Ris*, y corresponde al personaje que Ayala escribe *Juan de Ria*, y el texto latino de la *Crónica de Saint-Denis*, *de Rya*. Al *Sire de Lanach* le llama tambien *Messire de Lingnach* y *de Lomgiach*, y por este estilo de los demas.

En la *Crónica* de Pero Niffo, conde de Buelna, encuentro citado á *Mosen Arnau Limorin*, diciéndose era el mismo *Mosen Arnau de Solier*, llamado *Limosin*; y en otra parte, al hablar de la batalla de Nágera, nombra ademas de ése, á *Mosen Jofre Rechon*, caballero breton, al *Vegú de Villanor*, al hermano bastardo del Conde de Foix de Bearn, y al aragones *D. Pedro Boil*.

Fray Manoel dos Santos, en la 8.ª parte de la *Monarchia lusitana*, refiriéndose á los *Anales de Flādes* por Sueiro, expresa que iban en el ejército castellano en Aljubarrota, el *Sr. de Rue*, gran camarlengo de Francia y embajador cerca del Rey de Castilla, el *Sr. de Lignao*, el *de Coutras*, el *de Borde*, el *de Donzac*, el *de Saramon*, el *de Salinières*, *Arnaldo de Bearn*, y otros que no nombra.

Bearn conduisoient) cuidoiẽnt estre autrement, & plus prestement, confortez des Espaignols, qu'ils ne furent, car se le Roy de Castille & sa grande route (ou bien auoit vingt mille hommes) fussent venus, par une autre part : assaillir les Portugalois, on dit bien que la journée estoit pour eux, mais ils n'en firent rien, pour quoy ils eurent blasme & dommage. Aussi, au vray dire, la bataille s'assembla trop tost : ils le faisoient, pourtant qu'ils en vouloient auoir l'honneur, & pour les parolles tenir en vray & en grace : lesquelles auoient esté dictes devant le Roy. D'autre part les Espaignols (si comme ie fu informé) se fegnoient de non venir si tost, car ils n'auoyent pas bien en grace les François, & auoient ia dit auant, laissez les conuenir & lasser. Ils trouuerons bien à qui parler. Ces François sont trop grans vanteurs et hautains : n'aussi nostre Roy n'a fiance parfaite, fors en eux : & puisqu'il veut et consent qu'ils ayent l'honneur de la journée pour eux, nous leur laisserons bien auoir, ou nous l'aurons tout entierement à nostre entente. Par ce party se tenoient les Espaignols en une grosse bataille (ou bien auoit vingt mille hommes) tous quois sur les champs : & ne vouloient aller auant : dõt bien ennuyoit au Roy : mais amender ne le pouuoit. Car les Espaignols disoient (pourtant que nul ne retournoit de la bataille) Monseigneur, c'est fait. Ces Cheualiers de France ont deconfit voz ennemis. La journée & l'honneur de la victoire sera pour eux. Dieu le doint, dit le Roy. Or cheuauchon un petit auant. Lors cheuaucherent ils le long d'un trait d'arbaleste, & puis s'arrestèrent. Au vray dire, c'estoit grande beauté de veoir leur contiennement : tant estoient bien montez et bien armez de toutes pièces. En tandis les François se combattoient, & ceux qui estoient descendus de leurs cheuaux, & qui tan de loisir auoyent de descendre, & sachez que plusieurs Cheualiers & Escuyers y firent de grans appertises d'armes de l'une part & l'autre, & quand leurs lances leur failloyent, ils se prenoyent aux haches, & en donnoient & occioient l'un l'autre. Qui est en tel party d'armes, comme le François & Portugalois estoient à Iuberoth, il faut qu'il attende l'auenture, s'il ne veut fuyr, & en fuyant, auiẽt qu'il y a plus de peril, qu'au plus fort de la bataille, car en fuyant on fiert, on chace, on tue : & en bataille, quãd on voit qu'on a du pis, on se rẽd. Sy y est-on bien gardé, pour estre prisonnier. On ne pent pas dire, ne recorder, q̃ les Cheualiers et Escuyers de France, de Bretaigne, de Bourgongne, & de Bearn, qui là estoient ne se combattissent tres vaillamment : mais ils eurent de premiere venue trop dure rencontre : & tout ce dõnerent les Anglois, par leur conseil de fortifier la place. Là furent, à celle premiere bataille, les Portugalois plus forts que leurs ennemis. Si les mirent à mercy : & furent tous morts ou pris, & petit s'en sauuerent, mais toutes fois, à ce commencement ils eurent bien mil Cheualiers et Escuyers prisonniers : dont ils eurent grãd'ioye, & ne cuidoiẽnt pour ce iour auoir plus de bataille, & faisoient tres bonne chere à leurs prisonniers & disoit chacun à son prisonnier. Ne vous ébaïsez de riẽs, vous estes conquis vaillamment, & par beau fait d'armes. Si vous ferons tres bonne cõpaignie, cõ nous voudrions que vous nous fissiez, se nous estions au party d'armes, ou vous estes. Mais il faut que vous en veniez reposer & refreschir en la bõne cité de Lissabõne. Nous vous y tiendrons tous aises. Et ceux, à qui ces parolles s'adre-

poient, respondoient, & disoient, grand mercy. Là se rançonnoient & mettoient à finace : les aucuns sur la place, & les autres vouloient attendre l'aenture. Car bien imaginoient que la chose ne demoureroit pas ainsi, & que le Roy d'Espaigne, à tout sa grosse bataille, les viendroît brièvement deliurer. Nouuelles vindrent sur les champs au Roy de Castille, & à ses gens, qui approchoient de Iuberoth, par les fuyans (car malle est la bataille, dont nul n'en échape) en criant moult hant, & moult effrayement. Sire Roy, auancez vous. Tous ceux de l'Auant garde sont morts ou pris. Il n'y a nul recours de leur deliurance, s'elle ne vient de vostre puissance. Quand le Roy de Castille ouit ces nouuelles, si fut moult courroucé, & à bonne cause, car trop lui touchoit. Si commanda à cheuaucher, & dit, Cheuauchez, bannieres, au nom de Dieu & de Saint-George. Allon à la rescousse, puis que noz gens en ont besoing. Alors commencerent les Espaignols à cheuaucher, meilleur pas qu'ils n'auoient fait, sans eux dérouter, mais tous serrez. Si estoit ià basse vespre, & presque soleil reascusant. Les aucuns disoient qu'on attèdist le matin : & qu'il seroit tâtost nuict : & qu'on ne pourroit adrecer à faire nul bon exploit d'armes. Le Roy vouloit qu'on allast auant : & y mettoit raison, en disant. Comment lairrons nous noz ennemis (qui sont lassez) refreschir & reposer ? Qui donne ce conseil, il n'ayme pas mon honneur. Doncques cheuaucherent ils encores, en menant grand bruit, & en sonnant grand'foison de trompettes & de tabours, & en faisant moult grâd noise, pour ébahir leurs ennemis. Or vous diray ie que le Roy de Portugal, & ses gens auoient fait. Si tost comme ils eurent déconfit ceux de l'Auant-garde, & pris leurs prisonniers (comme cy-dessu auez ouy) pourtant que du cōmencement ils ne veioient null y venir, si ne se voulurent ils pas du tout confier en leur premiere victoire : mais auoient six Hommes-d'armes des mieux montez de leurs, qu'ils enuoyerent sauoir des nouuelles, & s'ils seroient plus combattus. Ceux, qui cheuaucherent, virent & ouyrent la grosse bataille du Roy de Castille : qui venoit à tout bien vingt mille hommes de cheual : qui fort approchoient de Iuberoth. Adonc retournerent ils à faire leur response, à force de cheual, deuant leurs gens : & dirent tout haut, Seigneurs, auisez vous. Nous n'auons riens fait orcs & prime, veez le Roy de Castille, & la grosse bataille : qui vient, ou sont plus de vingt mille cheuaux, tous couuers : & nul n'est demouré derriere. Quand ils ouyrent ces nouuelles, si eurent un bref conseil : car il leurestoit de necessité. Si ordōnerent tantost un trop piteux fait. Car il fut commandé & dit, sur peine d'estre là mort sans merci, que, quiconque auoit prisonnier, tantost il l'occist, & que puissant, ne vaillant, noble, ne gentil, ne riche, ne fust excepté, ne dissimulé. Là furent Barons, Cheualiers, & Escuyers, qui là estoient espars en plusieurs lieux ça & là, & tous desarmoz : & cuidoient estre sauuez : mais non furent ; dont, au vray dire, ce fut grâd pitié : car chaoun occioit le sien : &, qui ne vouloit occire, on l'occioit entre ses mains : & disoient les Portugalois, & Anglois (qui ce conseil donnerent), Il vaut mieux occire, quod'estre occis : car, se nous ne les occions, ils se deliurerons, tandis que nous entendros à nous combattre & deffendre : & puis nous occiront : car nul ne doit auoir fiance en son ennemy. Ainsi furent là morts & occis, & par tel méchef, le Sire de Longnac. . . . .

Aquí muestra á todos sus y seis caballeros buenos y franceses, citando entre ellos á *Memoré Johan de Paz*, y añadiendo en globo trescientos escuderos y muchos mas caballeros. Luego comienza el relato:

Se regarder la grand malle aventure: car les occirez se mesmy au soir de bies prisonniers: desja ils eussent en 40.000. frans, parmy l'autre. Quand Lissebonnois Anglois & Portugais eurent bati la place, & mis a mort tous leurs prisonniers (sans homme y y fut sans y y avoir parant) esté mené au village de Yaberrin ou tous leurs escudiers & charreins estoient) ils se remirent tous ensemble de grand volenté, & menes sur le pas, qu'ils auoient fait paravant, quand l'Avantgarde les vint assaillir. A celle heure commandé le soldat a recouurer: & lors vint le Roy de Castille en trespassant array, & bazilleres déployées, & monter toutes gens sur cheueaux couuers, en esvris Castilles: & entrèrent en ces pas, qui furent estés. La furent ils receus aux lances & aux haches: & gens, de premiere venue, le traitoit grandement leurs cheueux: & en y est, par ce party, plusieurs morts & affolés. Encores ne sabbat pas le Roy de Castille, ne ses gens, le grand medief, qui estoit avenu a l'Avantgarde, ne que les François fussent morts: mais escheuient qu'ils fussent prisonniers, si les violoit recouurer: comme vous savez oy. Là est dure bataille & dère, & maint homme renuersé par terre. Si ne furent pas dauantage le Portugal: mais leur recuint vaillamment & mont hardinét combattre (autrement ils eussent esté deueus & perdus) & ce, qui les sauroit & garantissoit le plus, d'estoir qu'on ne les pouuoit approcher, fors par un pas. Là desceut le Roy de Portugal à pié, & prit sa hache: & s'en vint sur le pas: & y fit merueilles d'armes: & en abbattit trois ou quatre des plus notables, & tant que tous le redoutoient, & ne l'osoient approcher. Ye vous diray une partie de la condition des Espaignols. Uray est que de premiere venue, à cheual, ils sont de grád volenté, de grád bobart, & de grande courage, & hantain, à leur auantage: & se combattent assez bien a cheual, mais, si trestost qu'ils ont getté deux ou trois dards, & donné un coup d'espée, & voyent que leurs ennemis ne se déconfisent, ils se doutent, & retournent les freins de leurs cheueux: & se sauue, qui sauuer ce peut (1). Or là endroit iouerit ils de ce mestier: car ils trounerent les ennemis durs & forts, & aussi frais à la bataille, comme point ils auoient esté deuant: dont ils furent émerueillez, & encores plus de ce, que nulles nouuelles n'ouyrent de ceux de l'Avantgarde, ne qu'ils estoient deuenus. Là furent Espaignols en dure vesprée, & la fortune de la bataille malle & perilleuse pour eux: car tous ceux, qui entrèrent au fort de Lissebonnois par

(1) Indica perfectamente este pasaje el modo que tenían de escaramucear y de batirse los jinetes españoles, esto es, los que iban montados a la jineta, que constituían entónces la caballería ligera, al uso y semejanza de los moros, y era procedente de las provincias andaluzas y demas limítrofes al reino de Granada. Tal es aún en el día, bien que con espingardas en vez de lanzas y dardos, la costumbre de los diestros jinetes africanos.

vaillance, ou pour faire fait d'armes, furent tous morts : n'on ne prenoit nul homme à rançon (tant fust haut ou noble) & ainsi l'auoiët les Lissebonnois ordonné : car ils ne se vouloient point charger de nul prisonnier. Si furent là morts & occis, sur la place des gens de Castille : & tous haux Barons, tous ceux qui s'en suyent : c'est assauoir messire Dangommes Neudrich, messire Digho Parsemêt, messire Damp-Pierre de Rosermon, messire Marc de Versaux, le grand maistre de Calatraue, & un sien frere (qui fut ce iour là fait Cheualier, & s'appeloit Digomore), messire Pierre Goussart de Mondesquo, Dam-Pierre Goussart de Sonuille, Damp Yehan Radigo de la Rousselle (1), & bien soixante Barons & Cheualiers d'Espagne, n'oncques à la bataille de Nadres (2) (ou le Prince de Galles déconfit le Roy Damp-Henry) il n'y eut mort tant de nobles gens de Castille, comme il eut à la besongne de Yuberoth : qui fut L'an de grâce Mil trois cens quatre vingts & cinq, par un Samedy (3), iour de Nostre Dame de My-Aoust.

CHAPITRE XVI.—*Comment le Roy de Castille, apres sa deconfiture de Yuberoth, se retira desdans Saint-Yrain, & le Roy de Portugal à Lissebonne : & comment treues furen prises entre euz.*

Quand le Roy Héry (4) entendit & veit que ses gens se déconfissoient ainsi, & que l'Auantgarde estoit toute nettement déconfite sans recouurer, & que messire Regnaud Limosin estoit mort (qui estoit son Marechal) & toute sa noble Cheualerie, tant de son Royaume comme du Royaume de France (qui l'estoient venus servir de moult grand volonté) se fut durement courroucé : & ne sent quel conseil prendre : car il veoit les gës fuyr de toutes pars, & euz décoûfire : & oyoit qu'on luy disoit, Mōseigneur, partez. Il est temps. La chose gist en trop dur party. Vous ne pouuez tout seul décoûfire voz ennemis, ne recouurer voz dommages. Voz gens fuyent de tous costez. Chacun entend à soy sauuer. Or vous sauuez aussi : si vous faites que sage. Si la fortune est huy cōtre vous une autre fois vous l'aurez meilleure. Le Roy de Castille creut conseil. Il changea cheual : & mōta sur un coursier, frais & nouveau : qu'on luy eut appareillé : sur le quel nul n'auoit monté ce iour : & estoit moult bon à la course, & léger. Si ferit le Roy des esperons : & tourna les dos aux ennemis : & retourna vers Saint-Irain : ou retournoient les fuyans, & ceux qui se vouloient sauuer.

Ainsi fuyoient, l'un çà, l'autre là, comme gës deconfits & ébahis : mais la greigneur partie s'en allerent à Saint-Irain : ou le Roy vint le soir, tout

(1) Aunque extrañamente alterados estos nombres, pueden casi todos descifrar-se cotejándolos con los de la lista que pone Ayala.

(2) Esta batalla que escribe de *Nadres*, debe entenderse por la de *Nájera*.

(3) Insiste aquí el cronista en su error de que la batalla se dió en sábado; pero consta de manera indudable, por los demas textos, que fué el lunes 14 de Agosto de 1386, víspera de Nuestra Señora.

(4) Se equivocó aquí el autor diciendo *Henry* por *Yehan*, ó tal vez sea error de imprenta.



échalé, & tout éperlé. A la descouverte des Espaignois (qui la fist à Iuberoth: ou les Portugalois & les Lissebonnois combattirent & gaignerent la place) il y eut grande occision: & encorres eust esté plus grande: s'ils les eussent chassés, & aisé après. Mais le Anglois dirent: quand la victè les Espaignois tourner les des) tout lant au Roy de Portugal, & a ses gens. Sire Roy, demandez nos cheuaux: & nous mettons en la chace: & tous ceux, qui s'enfuyent, seront morts. Non feray, dit le Roy. Il doit suffire de ce que nous en auons fait. Nos gens sont lassez, & travailler: & est toute nuïete. Si ne sauons ou nous irons: & combien qu'ils fuyent. Il y a encorres entreux grand peuple: & par aventure le font ils pour nous traire hors de nostre place, & nous anoir à leur aise. Nous garderons mesluy les morts, & demain auons autre conseil. Par ma foy (dit Hartecele, un Anglois) les morts sont legers a garder: ceux ne nous feront iamais mal: n'en eux n'auons nous iamais point de profit: car nous auons occis nos bons prisonniers: & nous sommes estrangere, & venus de loing pour vous servir: si gaiguerions volontiers aucune chose (quand il est heure) sur les veaux, qui volent sans selle, & qui font voler leurs bânieres. Beaufreire (dit le Roy) qui tout connoist, tout perd. Il vaut trop mieux que nous soyons assurez (puis que l'honneur & la victoire est nostre, & que Dieu la nous a enuoyé) que ce que nous nous mettons en peril: puis qu'il n'en est point de necessité. Nous auons assez, Dieu mercy, pour vous faire tous riches. Ces paroilles ne furent plus dites: mais demourerent en tel estat les besognes. Ainsi auint, que le vous ay dit & recordé, de la besogne de Iuberoth: que le Roy de Portugal gaigna: la place & la journée: & y eut la enuiron cinq cens Cheualiers, & bien auant, ou plus, d'Escuyers (dont ce fut grand pitié & domage), & enuiron six ou sept mille d'autres gens, Dieu en ait les pources ames. Toute celle nuict, iusques au Dimanche à heure de prime, se tindrent le Roy de Portugal & ses gens en leurs places: n'ouques nul ne s'en bougerent, ne desarmerent: mais mangerent tous droits, ou assis, chacun un petit: & beurent chacun un petit coup de vin: qu'on leur apporta du village de Iuberoth. Quand ce vint au matin, apres soleil leuant, le Roy de Portugal fit monter à chenal douze cheualiers, pour chercher & courir les champs, & pour sauoir & veoir si nulle assemblée se faisoit. Quand ceux eurent cheuaucher ça & la, ils retournerêt: & rapportèrent qu'ils n'auoient trouué, ne veu, que gens morts. De ceux (dit le Roy de Portugal) n'auons nulle doute. A donc fut il ordonné & publié de partir de là, & de venir au village de Iuberoth: & fut dit que là ils tiendroient la nuict, & tout le demourant du iour, iusques au Lundy matin. Sur cely estat ils se departirent: & laisserent l'Eglise de Iuberoth: & se retrahirêt tous au village: & là se logerent ce Dimanche tou le iour, & la nuict en suyant. Le Lundy, au matin, ils eurent conseil, qu'ils s'en retourneroient deuers Lissebonne. Si sonnerent parmy l'ost leurs trûpettes, pour déloger. Puis s'ordonnerent, ainsi comme à eux appartenoit: & se mirent au chemin, deuers Lissebonne. . . . .

Dice aquí que entró el Rey en Lisboa el mártes, y que fué recibido con gran júbilo y triunfalmente.

Or parlerons un petit du Roy de Castille, qui retourna apres ce qu'il fut déconfit, à Saint-Irain, en regrettant & plorant ses gens, & maudissoit la dure fortune qu'il auoit eue: quãd tant de Nobles Cheualiers de son pays & de son Royaume, & du Royaume de France, estoient demourez sur les champs. A celle heure, qu'il entra en la ville de Saint-Irain, ne sauoit il pas le gran donmage, qu'il auoit eu: mais le seut le Dimanche: car il enuoya ses Heraux chercher les morts: & cuidoit bien que la greigneur partie de Barons & des Cheualiers, que les Heraux trouuerent seur la place morts, fussent prisonniers aux Portugalois: mais non estoït: ainsi comme il apparut. Lors fut il moult courroucé, & tant qu'on ne le pouuoit rappaiser, ne reconforter, quand les Heraux retournerent, & apporterēt nouuelles, & la certaineté des personnages, qui là furent occis. Si dit, & iura, que iamais il n'auroit ioye, de tant de Noble Cheualerie, qui estoit morte par sa coulpe. . . . .

Refiere luégo la presentacion del caballero Martin Haren con el bacinete real, valuado en 20.000 francos, que se creia perdido fraudulentamente; y continúa así:

Ainsi demoura la chose en tel estat: & retourna le Roy de Castille, au 25.<sup>e</sup> iour qu'il fut venu à Saint-Irain, à Burgues en Espagne, & donna à toutes manieres de Gens d'armes congés. Adonc y eut moyens & traittez entre le Roy d'Espagne & le Roy de Portugal: & furent prises tréues entre eux, de la Saint-Michel iusque au premier iour de May, à durer entre ces deux Roys, & les alliances de leurs Royaumes, tant par mer comme par terre. Si furent les corps des Barons & des Cheualiers, qui à Iuberoth auoient esté occis, ensepulturez en l'eglise de Iuberoth: & ses eglises de là enuiron, & les os de plusieurs rapportez par leurs varlets en leurs pays.

Todo el relato de los precedentes capítulos, dice Froissart que lo formó con los que verbalmente le hicieron en *Orthéz*, cuando se hallaba allí en 1388 acompañando al conde Gaston (Phebus) de Foix, algunos de los que asistieron á la derrota, pero más en particular por el de un escudero; de manera que puede considerarse con justo motivo como la version de la batalla, segun los caballeros franceses auxiliares de los castellanos.

El laborioso é investigador cronista quiso más adelante, en 1390, oir explicaciones de aquellos sucesos por boca de portugueses autorizados; y al efecto, sabedor de que en *Maldebourc en Zelanda*, se encontraba recién llegado un sujeto que pertenecia al consejo del Rey de Portugal, llamado *Yehan Ferrand Porteler* (1),

(1) En alguna otra ocasion escribe *Jean Ferrand Porceck*, y corresponde á *Juan Fernandez Pacheco*.

se dirigió allí, hizo conocimiento y amistad con él, así como con otros que le acompañaban, y obtuvo, durante unos seis días, extensos detalles de todo, desde la muerte del rey D. Fernando hasta la salida de aquel caballero del reino; los cuales, siguiendo su escrupulosa costumbre, los consigna en otros capítulos del mismo tercer volumen. Darémos de su contenido la parte que nos parece más importante, como version portuguesa coetánea, tomando extractos del capítulo xxviii, que es una relación que se supone hecha al Duque de Lancaster por el gran maestre de Santiago de Portugal, llamado por él *Laurencien Fongasse* (1), cuando fué como embajador á Inglaterra despues de Aljubarrota para negociar alianza contra Castilla.

CHAPITRE XXVIII.—*Des affaires de Castille & de Portugal, racompides au Duc de Lancastre par Laurencien Fongasse, l'un des Ambassadeurs de Portugal, selon qu'elles auindrent depuis le depart du Comte de Canteburge* (2).

Nonobstat tout ce, le Roy de Portugal vint á Connimbres, & là fit son assemblée de toutes Gens-d'armes, & les plus autorisez Comtes, Barons, Cheualiers, & Escuyers, & bien out pareillement vingtcinq cens Lances, Cheualiers & Escuyers, & douze mille hommes de pié. Quand ils furent tous assemblez, on ordonna Connestable & Mareschal. Le Connestable fut le Comte de Naurre. Le Mareschal, messire Alne Perriere, tous deux sages hommes pour gouverner Gens-d'armes, & mener un ost á son deuoir. Si se departirent de Connimbres (3), & de l'enuiron (ou ils estoient logez) & prirent le chemin á la Cabasse (c'est á Iuberoth) & cheminerent tout droit & doucemét, á l'aise de leurs corps & de leurs cheuaux, pour les grans pourneances qui les suyoient, & auoient Cheuaucheurs deuant, qui auisoient le contiennement du Roy de Castille, & comment il se vouloit maintenir. Encores n'estoit pas venu, en la compagnie, messire Jehan-Ferrand Portaler: mais se tenoit en garnison au Chastel d'Orech (4), á cinq lieüs de Iuberoth, & croy qu'il ne sauoit point qu'on se deust combattre. Je suppose asses que le Roy de Castille fut informé du Roy de Portugal, qui s'en venoit á puissance sur luy, & quand il seut que nous estions aux champs, il en eut

(1) Lorenzo Annes Fogaça.

(2) Como ya ha referido los sucesos anteriores, empieza aquí despues que los reyes D. Fernando de Portugal y D. Juan de Castilla hicieron paces en Elvas, regresando á Inglaterra, en su consecuencia, el hermano del Duque de Lancaster, que el autor llama Conde de *Canteburge*, y Ayala escribe de *Cartabrigia* (de Cambridge).

(3) *Connimbres* por *Coimbra*.

(4) *El Chastel d'Orech* quiere decir aquí el *Castillo de Ourem*.

monst grande ioye, & aussi, eurent tous ses gens semblablement, si comme ils le monstrent. Car ils luy conseillerent à cheuacher contre nous, & nous venir cōbattre, & par especial les Gascons de Bearn, qui là estoient, nous desiroient trop fort à combattre: & demanderent à auoir la premiere bataille, & ils l'eurent, & bien nous auoit dit messire Guillaume de Montferand, Gascon (qui estoit là, à tout quarant Lances). Soiez tous asseurez d'auoir au-iour d'huy la bataille: puis que vous auez les Bearnois à l'encontre de vous, car ils ne desirent autre chose. Le Roy donc de Castille, & toute sa bataille, vint au lendemain gesir au chastel de Lerre (1), à deux lieüs de la Cabasse, de Iuberoth: & le lendemain nous veismes à la Cabasse, & là nous logeasmes & le Roy de Castille se logea ce soir à une petite lieüe de Iuberoth, apres que nous fumes là logez, car bien sauoit, par ses Cheuaucheurs, quel chemin nous prēdrions, & que nous nous logerions à Iuberoth.

Dice aquí que una de las razones que tuuieron para elegir aquel lugar consistió en el recuerdo tradicional de que allí mismo desbarató Carlomagno á siete Reyes infieles; y que con posterioridad hubo una gran batalla, en la que el Conde de Portugal venció á su hermano Rey de Castilla, haciéndole prisionero y quedando desde entonces constituido el Portugal en reino independiente. Excusado es indicar lo absurdo de semejantes leyendas, atribuidas á un paraje que ninguna celebridad tiene anterior al suceso de que tratamos. Luego prosigue así:

Or, quand le Roy de Portugal fut venu sur la Place, on luy demonstra bien toutes ces choses; & auint, entandis que le Connestable & le Mareschal ordonnoient les batailles, que messire Jehan Ferrand Porteler vint en l'ost: lequel au matin s'estoit parti desa garnison d'Orech: & amena auecques luy quarante Lances: dōt on en eut grāde ioye de sa venue, car il fut mis au train du Roy. Quand noz batailles furent toutes ordonnées, & mises en bon arroy & bonne ordonnance, & qu'on n'attendoit autre chose que les ennemis, & que là estoient noz cheuaucheurs enuoyez par-deuers eux, pour enquerir de leur contienement, le Roy se met entre ses gens, & fit faire silence & paix. Lors dit il, Seigneurs, vous m'auez couronné Roy. Or me monstrez loyauté, car puis que ie suis si-auant, & mesmement sur la place de Iuberoth, iamais ie ne m'en retourneray arriere en Portugal, si auray combattu mes ennemis. Tous respondirent, Sire Roy, nous demourrons

(1) El castillo que llama de *Lerre* debe entenderse *Leiria*. En cuanto á la *Cabasse de Iuberoth*, ya se indicó el error y la confusion que hace entre *Aloobasa* y el pueblo é iglesia de *Aljubarrota*, como se verá en la *Crónica* portuguesa; pero tal vez en esta ocasion se refirieran los relatos que oyó á la ermita, que quando escribia se estaba ya levantando en el mismo lugar de la batalla, ó al gran monasterio cercano que edificaba D. Juan I de Portugal á Santa María de la Victoria.

avecques vous tous, & soyez certain que nous ne fuirons nullement. Or s'ap-  
 procherent les batailles. Car les Castellans auoient desir de nous trouver, &  
 nous combattre, si comme ils en monstrent le semblant. Nous enuoyasmes  
 noz coureurs deuant, pour les auisez, & quelles gens ils estoient en nom-  
 bre, pour nous conseiller sur ce. Noz coureurs demourerent plus de trois  
 heures entieres sans retourner, n'ouir nulles nouuelles d'eux, & fut telle  
 fois, que nous les cuidasmes auoir perdus. Toutes fois ils retournerent, &  
 nous apporterent iustement leur contienement, & la quantité de leurs ba-  
 tailles, & dirent qu'en l'Avantgarde auoit bien largement sept mille Lances,  
 armez de pié en cap, la plus belle chose qu'on peust veoir. En la grosse ba-  
 taille du Roy auoit bien trente mille chevaux, & tous hommes armez. Quand  
 noz gens & les Seigneurs seurent le nombre de ceux, & comment ils ve-  
 noient, & que l'Avantgarde auoit estoit pres, deux lieues outre la bataille  
 du Roy (car les Gascons & les estrangers n'estoient pas bié d'accord avec  
 les Castellans) si eurent noz gens conseil de nous tenir ensemble, & sur nos-  
 tre fort, & de faire deux aelles de batailles, & les Gens-d'armes (ou bié auoit  
 deux mille & cincqens Lances) au fond de ces deux aelles. Là puissiez vous  
 voir, Monseigneur, bonne ordonnance de bataille, & gens grandement re-  
 confortez, & fut dit & cōmandé, de par le Roy, & sur teste, que nul ne prist  
 ce iour riens à rançon, se la iournée estoit pour nous : ou tous mourir, ou  
 tous viure. Et fut cela fait & ordonné pour le meilleur, car (si-comme les  
 Seigneurs disoient) se nous nous entremettons ou embesongnons à prendre  
 prisonniers, nous nous deceurons, & ne pourrons entendre à chose, que nous  
 ayons affaire. Si vaut mieux que nous entendions au bien combattre, qu'à  
 la conuoitise d'auoir prisonniers, & nous vendons, ainsi que bones gens  
 doivent faire, qui sont sur leur héritage. Ceste parolle fut acceptée & tenue.  
 Lors vindrent noz ennemis, aussi serrez que nulle chose pouuoit estre, par  
 deuant nous, & mirent tous pié à terre, & chacerent leurs cheuaux, & lace-  
 rent leurs plates, & leurs bacinets moult : faictissement : & abaisserent leurs  
 visieres : & appointerent leurs lances, & nous approcherēt de grande volon-  
 té, & vrayement là auoit fleur de Cheualerie & d'Escuyerie : & bien le mons-  
 trerent. Entre nous & eux auoit un fossé, & nompas si grand, qu'un Cheua-  
 lier ne peust bien passer, & saillir outre. Ce nous fit un petit d'auantage,  
 car, au passer, noz gens (qui estoient en deux aelles, & qui lançoient de  
 dardes affilées, dont ils en mébaignerēt plusieurs) leur donnoient grand  
 empeschemēt : & là eut d'eux, au passer ce tantet de fossé, de moult trauai-  
 llez & foulez. Quand ils furent outre, ils assemblerent à nous, car ils cuide-  
 rēt que le Roy de Castille & la grosse bataille les suyussent de pres : mais  
 non firent, car ils furēt auāt, tous morts & décōfīts, que le Roy de Castille  
 ne ses gens vinssent. Si vous diray par quel incident. Ils furent encloz &  
 enserrez entre nous & ceux, que nous appellons les Cōmunautēz de nostre  
 pays, & par telle maniere qu'ō frapoit ou fraperoit sur eux de haches rās  
 eux épargner : & noz Gens-d'armes (qui estoiet fraiz & nouveaux) leur vin-  
 drēt au deuant, en pousant de Lances, & en eux reculant, & renuersant au  
 fossé, qu'ils auoyent passé. Si vous dy, Monseigneur, qu'en moins de demie  
 heure ce fut tout fait & accomply, & tous morts, sur les champs, de droi-  
 tes Gens-d'armes plus de quatre mille : ne nul n'y estoit pris à rançon, &

quand aucun Cheualier ou Escuyer des nostres en vouloit un prendre, on luy occioit entre ses mains. Ainsi cheurent en pestilence & en deconfiture noz ennemis : & fut toute nettement ruée ius, sans recourance, l'Avantgarde. Lors vint la bataille du Roy de Castille, & le Roy aussi : ou bien avoit trente mille hommes, tous bien montez, mais quand ils approcherent, il estoit là nuict, & ne sauoit pas le grand méchef, qui leur estoit auenu de leurs gens. Si vindrent faire leur monstre sur leur cheuaux, par deuant nous : & firent plus de cinq cens, par appertises-d'armes, saillir leurs cheuaux, tout outre le fossé : mais sachez, Monseigneur, que de tous ceux, qui y passerent, oncques pié ne repassa : & furent occis partie des plus Nobles, & de ceux qui auoyent & desiroient le plus les armes, auecques grande planté de Barons & Cheualiers de Portugal : qui s'estoient contre nous tournez auecques le Roy de Castille.—Quand noz gens veirent & congnyrent que noz ennemis se déconfisoient ainsi, ils passerent outre le fossé, & le pont d'eau que là auoit, car en plus de quarante lieux elle estoit esclusée, des morts qui y estoient versez & couchez (1). Si manderent leurs cheuaux, & môtèrent aus : & se meirent en chace, mais longuement ne fut ce pas, car il estoit nuit. Si ne vouloient pas noz gens s'abandonner follement, n'aller trop auant, pour la doute des embusches : & si n'estoient pas si bien montez, comme les Castillans estoient, car s'ils l'eussent esté, pour verité ils eussent receu plus de dommage assez, qu'ils ne firent, & eust esté le Roy de Castille, sans fante, mort ou pris, mais la nuict (qui nous suruint toute obscure) & ce que nous estions foiblement montez, le sauua. Or vueil ie nommer premierement la greigneur partie de Nobles, tant Espaignols, & Portugalois, que François Gascons, qui là moururent sur les champs, qu'on dit à Cabasse de Iuberth, & premierement le comte Damp Jehan Alphons Sero-le de Portugal, le Grand Prieur de Saint Iehan de Portugal, Damp Dilgaurès son frere, Ange-Saluace de Gèneue, Dap Jehan Aussalle, messire Dangués, Mendrich, Drigho Persement, Pierre Resieruent, Lugares de Versant, le Grand-Maistre de Calatraue, & son frere (qui s'appelloit Damp Dighodigares), Pierre Goussart de Seuille, Iehan Radigho de Horiers, & le Grand-maistre de Saint-Iaques. Des François, messire Iehan de Ris, messire Geoffroy Richon, messire Geoffroy de Partenay, messire Espaignolet d'Espaigne, messire Regnaud du Solier, dit Limosin, Mareschal de l'ost du Roy de Castille : & de Gascons de Bearn, le Sire de Bearn, le Seigneur de Mortan, le Seigneur de Bringoles, messire Raymond d'Eurach, messire Bertrand de Varuge, messire Iehan Asolme, messire Raymond de Valentin, messire Adam de Mourasse, messire Menuent de Sarement, messire Pierre de Sarembiere, & plusieurs autres, plus de douze cens Cheualiers & Escuyers, tous Gentis-hommes. . . . .

(1) Como en aquel paraje no existe ni existió nunca puente, ni nadie lo cita al hablar de la batalla, me era dudoso el sentido de este párrafo, hasta que, confrontado con la edicion moderna y corregida de Buchon, encontré que donde dice *le pont d'eau*, debe decir, *le tantet d'aigue*; esto es, *que pasaron el foso y la poca agua que allí había*, etc., etc.

Cita ahora diez y ocho caballeros portugueses de los principales que se hallaron en la batalla, uno de los cuales fué muerto; pero sus nombres están tan alterados y tan extrañamente escritos como los de los españoles; circunstancia que, según expresa, le hizo reir al Duque de Lancaster, por no haber jamás oído nombres tan raros: luégo prosigue:

Nous demourasmes celle nuit en la place, ou la bataille auoit esté, & au lendemain iusques à nonne, ou enuiron. Puis nous retournasmes, au Chastel, qu'on dit Alerie (1), à deux petites lieües de Iuberoth: & de là nous retournasmes à Connimbres: & le Roy de Castille s'en vint à Saint-Irain: & monta là en une barge, & en fit nager quatorze: & entra en un gros vaisseau, & s'en alla par mer à Seuille, ou la Royne estoit: & s'en allerent ses gens, l'un ça, l'autre là, ainsi comme gens déconfits, & ou il ne pouuoit auoir nul recouurer, car ils auoient trop perdu, ne ce dommage point ils ne recouureront de grand temps, si ce n'est par la puissance du Roy du Frâce. . . .

Luégo refiere el suceso de la entrada del condestable Nuño Alvarez Pereira en Castilla y de la batalla de Valverde.

Núm. 5. — *Capítulos de la Crónica portuguesa del rey Don Joam I de boa memoria, por Fernan Lopez, referentes á la batalla de Aljubarrota.*

SEGUNDA PARTE.—CAPÍTULO XXXIII.—*Do recado que El Rey de Portugal enviou á El Rey de Castella, & como chegou ao campo, & ordenou á batalha.*

Refiere primero el cronista la mision que llevó de palabra al Rey de Castilla un escudero del de Portugal, llamado Gonzalo Annes Pexoto, quien á su regreso á Tomar refirió haber visto el ejército en alarde, estimando su fuerza en 7.000 lanzas, 2.000 jinetes, y tanta gente entre ballesteros y hombres de á pié, que no se atrevia á valuarla, lo mismo que los pajes y la multitud que iba con el bagaje. Su Rey le encargó que dijera eran pocas gentes y mal gobernadas, para evitar el efecto que pudiera producir la verdad. Acto continuo sigue así el cronista:

Partió El Rey estonce de Tomar com aquella ordenança que alli fizera: o Condestabre na vanguarda: & alas: o pagem, & balfon tendido, & o Alferrez, & a bandeira na funda, & El Rey na reguarda, com aquelles que era orde-

(1) *Alerie es Leiria*, el mismo castillo que antes nombró *Lorre*.

nado (1) : & com este regimento chegarom á Ourem, q̃ erom dalli tres legoas, hũ o Conde já tinha tomado alojamento para a hoste ao pé da Villa, contra Atougua das Cabras. . . . .

Cuenta aquí el incidente de haber saltado un corzo del monte, y que, perseguido por los soldados, se refugió en la misma tienda del Rey, donde le dieron muerte; lo cual se interpretó como feliz vaticinio : luégo continúa :

Ao sabbado seguinte partió El Rey de Ourem, & o Condestabre ante elle com a vanguarda, e foy toda a hoste alojar a Porto de Mós, que erom dalli sinco legoas, & ao Domingo, que alli folgarom, depois de missa, foy o Conde por mandado del Rey contra Leiria com cento de cavallo, com cotas, & braças, & lanças compridas, e sobiram por hũs cabeços altos por ver se poderiom ver a gente del Rey de Castella como vinha; & porque a ver nom poderom, tornou-se ao arrayal, & disseo a el Rey; a segunda feira ante manham vespóra da Virgen Maria, bem cedo de madrugada, mandou o Conde dár ás trombetas, & de noite ante que amanhecesse, começou ouir suas missas, & naquella tẽda, hũ elle estava, davam o Santo Sacramento a quãtos comungar queriam, os clerigos que para isto erom prestes; & logo como foy de dia partió dalli toda a hoste, & foram caminho daquelle campo, hũ depois foy a batalha, que he dahi hũa pequena legoa, o Condestabre diante, por buscar logar convinhavei, el Rey detras na reguarda, como tinham em costume, & assinado hũ a batalha fosse, & cada hũa cousa devisada, chegou el Rey, & prouelhe muito de como tudo estava ordenado, & deceose pé terra, & começaram de ordenar sua batalha da vanguarda, & reguarda, & alas, & pagês, & carriagem todos detraz cerca dos homens de pé, & besteiros, que nom podessem receber dano.

CAP. XXXIV. — *Como os fidalgos da hõste Del Rey de Castella vieron falar ao Condestabre, & das rezoens, que com elles ouve.*

Tendo El Rey posta sua batalha cõos rostos para Leiria donde os imigos aviom de vir, q̃ erom dalli boas duas legoas, era já o dia em boa altura, acerca das dez horas, & el Rey fazia em tanto cavaleiros a quasquer, que o ser queriam, & falava aos seus muitas rezoens desforço, dizendo que fossem fortes, & ardidos, tendo grande esperanza em Deos que os avia de ajudar, pois defediã justa querella; & aguardando elles desta guisa começaram daparecer as gentes del Rey de Castella; as quaes erũ tantas por toda a terra, que nom avia homẽ que os visse, que pudessem cuidar que os Portugueses ante elles podessem guarecer; os apavesados, & bésteiros vinham diante, parecendo fatos de vacas, & grandes manadas de desvairados gados,

(1) En el capítulo anterior, al explicar que el Rey y el Condestable concertaron el órden y distribucion del ejército en vanguardia, retaguardia y alas, advierte que en Portugal no se conocian esas denominaciones hasta la llegada de los ingleses en tiempo del rey D. Fernando, pues que antiguamente se llamaban *dian-tora, catua y cantameiras*.



assi que valles, & outeiros se escondiam sob agrande multidam de hñs, & dos outros, & dando o sol em suas esplâdecêtes armas faziam parecer muitos mais do que as gêtes deziam: assi q̃ se sua vista punha temor, & espâto nos que os olhavam, escusado he perguntalo; & vindo muito deseu vagar chegaram acerca dos Portugueses, sendo já o sol no meio dia, & quando os virom estar na estrada, hú ora he feita a Igreja de Sam Iorgo, nom quizeron pelear com elles de rosto, mas começaramse de hir contra Algibarrota, da parte que he contra o mar, & os Portugueses cuidando que lhas nom queriom dar batalha, diziom antre sy huns aos outros: *O pezar do demô, já se vam, & nom querem pelear?* Em esto passando a hoste daquella guisa, começaram de se deter hum bom espaço além delles: & alli segurarom, & estiverom quedos: & por avizamento de ver os Portugueses como estavom, chamou El Rey á Pero Lopez de Ayala, & Diogo Fernandez Marichal de Castella, & Diogo Alvarez Irmão do Condestabre, dizendo algũas cousas, que fossem falar com elle, mostrando que o aviam por proveito de hũa, & outra parte, & hiam per todos sinco de cavalo com dous cavaleiros Gascoens.

Aquí refiere la entrevista y conversacion que medió con el Condestable, semejante á la que cuenta Ayala, pero expresando que éste fué el principal que llevó la palabra por el Rey de Castilla, etc., etc.

CAP. XXXV. — *Do Concelho que El Rey de Castella teve, se poeria batalha, ou nom.*

Empieza el cronista en este capítulo copiando lo que dice Ayala en el suyo correspondiente, y despues de poner integro el informe que dieron al Rey los parlamentarios sobre la disposicion de los portugueses, rectifica del modo siguiente la descripcion del campo.

Mas tal escrever foi bulha composta para en ganhar os que nom sabem, ca hi nom ha valles, nem oiteiros, que nojo podessem facer, mas todo he charneca raza, em que caberiam dez tamanhas batalhas, & se os ahi avia, culpa de quem no ordenava; mas disseron esto por encobrir sua má fortuna, & mingoa do aquêcimêto: ca este mesmo Autor no capitulo que se começa, *O Mestre de Avis, que se chama Rey*, diz, «Que partindo El Rey de » Castella de Soure, chegou a huma praça legoa & meia dos imigos, & nò » outro dia foy acerca delles, hú tinham sua batalha posta, & pozse acerca » de hum campo cham, & alli ordenou suas batalhas.» — E pois que em hum lugar diz campo cham & em outro valles tam esquivos que passar non podiam, tenhamos sua obra em pouca reputaçam, pois que falou em certos passos contraíro da verdade, por abater na victoria de seus imigos (1). Ora leixando esto, diz que disseron estes maisá El Rey.

(1) No estuvo feliz el cronista al empeñarse en desmentir á Ayala y al pintar

Aquí inserta, segun lo hace Ayala, los otros pareceres que le dieron al Rey sobre dar la batalla ó aplazarla para el dia siguiente.

CAP. XXXVI.— *Do conselho que deu Dom Ioahão Affonso Tello a El Rey de Castella, que todavia fosse á batalha, nas quaes rezoens El Rey outorgou.*

Dedica este capítulo al razonamiento que hizo el caballero portugues Juan Alfonso Tello, que era de los principales adictos á la causa del Rey de Castilla, para demostrar que no debia demostrarse dar la batalla, y concluye diciendo:

El Rey avendo o por muy bom conselho, mandou que á pressa se fizessem todos prestes, & acabassem de ordenar a batalha, & a seu mandado nom foi posta tardança.

CAP. XXXVII.— *Das gentes que cada hum Rey tinha por sua parte.*

Justa cousa he consirar, ainda que hum pouco escrevamos cûprido, pois ovistes os conselhos que cada hum Rey teve, se era bem daver batalha, ou nom, & ambos determinarom q̃ si, que gentes tinha cada hum de seu bando, & como foi posta, & ordenada; vista sobre esto a composiçam de muitos, postoque delles rudamente falassem, assinadamente nos despraz daquelles que em favor dalgũa das partes andarom buscando fingidas razoês, por dar escusa a sua contraira ventura. Mas nós, como já tocamos en outro lugar, nom curádo do desvairo dos Autores, saibamos aquello que se deve de saber, s. com quantos foy posta, & como se vêceo, & quaes Capitães foram em ella, & camanho espaço durou, & que gentes li morrerom; no qual falamento nom compre acertas fermosas razoês, nê dicer algũ afeitado, mas chãmête mostrar por ambos los Reys a certa verdade, como se passou. Ora sabey, que quantas batalhas, historias cupilaram, delles mais, delles menos, todos em seus livros fazem mençom das gêtes que cada hum Rey consigo tinha, por se saber sua cantidade, & dar louvor aquem parecer que o inerece; doutra guisa os desbaratados, & os vencedores nom terioun gloria, nem do esto; & assi fizerom muitos na historia desta batalha, que hũs disserom pero meudo, que El Rey de Castella trazia oito mil lanças, & outros poserom nove mil, & de ginetes tres mil, & quince mil bésteiros, & homêns de pé vinte mil; outros diziam em soma, que erom sessenta mil por todos, outros que chegavan a cê mil, outros contavaũ, q̃ por hũs, & por outros era tanta multidam, q̃ avia li cem Castellaõs para hum Portuguez: & assi outros mais, & menos segundo lhe pareceo, ou lhe prougue de escrever. Pprem nom era assi, mas tal desacordo de escrivaẽs em parte uom he

el terreno segun lo hace aquí y en otra ocasion. Con el plano del campo de batalla á la vista, y con la descripcion que darémos en el siguiente capítulo, se hará justicia á la exactitud con que Pedro Lopez de Ayala indica la posicion del enemigo, en un todo conforme á lo que dice el mismo rey D. Juan I en su carta á la cindad de Murcia.

de poer culpa, porque hũs pozerom a fama das gentes que El Rey de Castella consigo trouve, mais nom, outros enadderom os que se forom para elle quando chegou a Leiria desta guisa, quando foi notorio a todos que El Rey de Portugal lhe hia salír ao caminho, & que se nom escusaba antre elles a batalha: logo todos los Alcaydes que por elle ficarom nos lugares da Estremadura, assi como Sanctarem, & Obidos, & Torres-Vedras, & outros desta comarca, todos se foram à pressa para elle: com as de mais gentes, que cada hum levar pode: assi de pé, como de cavalo, pera serem com elle na batalha: & nũ sómente os destes lugares; mas Pero Afam Capitaõ das naos, e o Almirate das galès, q̃ sobre Lisboa jaziaõ cõ quãtos escusar poderom da frota, todo levarom, & se foram para elle, que era huma boa soma de gente, nom por entenderem que lhe sua ajuda fazia ningoa; mas por verem como elle venzia, & ferẽ com seu Senhor em taõ honrada cousa, como aquella, emadendo estes, com os que elle trazia, acrescentam tanta multidam, que fazem duvidar cuantos erom. Outros en favor dos Castellaõs tiverom outro modo, & foy este; nomearon dos Portugueses muito mais conto dos que erom, & dos seus cessaron todo, por sua mingoa nom ser enxemprada, de guisa que quantos mais Portugueses pusessem, tanto era mais por sua honra, & menos prazmo de seus inimigos, & nomeando a multidam de Castella & apouquidade Del Rey de Portugal, era lhe muito mor vituperio, & aos Portugueses muito maior honra, assi que dos seus que sabiam o certo, non quizerom escrever nenhũa, & dos que nom erom em conhecimento, puzerom numero por conto assinado: & esto non foy por abreviar leitura nem falar mais cerceado, mas por abater a honra alhea, dizendo, que os Portugueses eron duas mil & duzentas lanças, & de homens de pé, & bésteiros dez mil, cujo desvairo darrazoar bem nos deu cuidado de Saber como ista era: porque nom compre affirmar a cousa duvidosa, nem encobrir o que he muito certo para que digamos o mor numero dos inimigos por desfacer nelles, nem menos couto dos Portugueses por serem por hi mais louvados certamente nom he de fazer, ca o Chronista ha de ser muito certo em seu razoar, & porem antigamente nenhum era ousado escrever historia, salvo aquelle que visse a cousa, ou della ouvesse comprido conhecimento, porque a historia ha de ser luz da verdade, & testemunha dos antigos tempos; & nos, posto que as nom vissemos, de muito revolver de libros com gram trabalho, & diligencia, ajuntamos as mais chegadas à rezam, & em que os mais dos Autores, pola maior parte, consentem; & porem danamos, & reprovamos, & avemos por menhũa quaesquer Chronicas, livros, & trautados que com este volume nom concordam; assi q̃ leixando taes desvaios destorear, por a verdade desta cousa milhor ficar em memoria; & a bondade dos Portugueses nom aver deperecer, por escritura de seus envejosos inimigos, como se per alli tomassen vingança: Sabey, que as gentes dambas las partes erom estas, & mais nom (1). El Rey de Portugal avia per todas mil

(1) En todo lo que aquí dice Fernan Lopez lleva por objeto rebatir las exageraciones, pero principalmente la cifra que á los portugueses señala Ayala, y su omision respecto á la de los castellanos.—Expresa que tuvo á la vista otras relaciones de la batalla, mas sin duda no conoció la *Crónica* francesa de Froissart, cuando

e setecentas lanças, dellas nom bem corregidas, & de bésteiros oitocentos, & de homens de pé quatro mil, & quinhentos. Os Castellaõs, però digam que se nom podiam dar a conto, porem nom era assi, ca elles nom eram mais que sinco mil lanças per Frãceses & Gascoës, & outros estrangeiros com todo los que da frota, & dos outros logares, se foram para elle, de ginetas erom dous mil, & bésteiros oito mil, & de homens de pé quinze mil, que seriaõ por todos pouco mais de trinta mil; o carriagem cõtaõ q̃ erom tantas mil carretas, nom eram mais que setecentas, & com ellas muitas azemalas, em que traziam mantimentos, & armas, é cousas para vender dalguns mercadores; gados passavam de oito mil cabezas, antre bois, & vacas, e ovelhas, & todo o mais desto fora tomado em Portugal; troõs, & bombardas, que deziã que erom muitas, nom erom mais quo desasois: pagens, & azemeis, & doutra gente de serventia, era tanta, que a vista da hoste era espantosa cousa de ver.

*Cap. XXXVIII.—Como os Reys ordenarom suas batallas: & com quass capitães.*

Destas gêtes que os Reys consigo tinham, ordenou cada hum sua batalha, segundo costume de Espanha, & digamos logo Del Rey de Portugal, que a poz primeiro, & esperou a praça, o qual em hum campo cham cuberto de verdes urzeas, no meo da estrada, por hú os Castellaõs aviaõ de vir, ordenou dessa pouca gête que tinha, duas pequenas azes, ca nom avia para mais; & na primeira, que se chama a vanguarda, era o Condestabre cõ sua bandeira tendida, & dobrados escudeiros consigo, jũto com elle, por guarda della, & de seu corpo; & nesta áz avia seiscentas lanças, & mais nom. Na ala direita, que nacia da pôta desta áz, hia Mẽ Rodriguez, & Ruy Mendez de Vascogoncelos, & doutros boõs fidalgos hũa leda cõpanhia, que por suas honras, & defensom do Reyno, entendiaõ defender o logar, hú eraõ postos, & chamavaõ lhe a ala dos namorados, & seriaõ por todos duzentas lanças, & aviaõ hũa grande bandeira ordenada á bõtade de todos. Na outra parte na ala esquerda erom de mistura com Antom Vazquez, & com outros Portugueses, alguns estrangeiros, assi como Micer Yohão de Monferrara, & Martim Paulo, & Bernardom Sola, & doutros Ingreses frêcheiros, & outros homens darmas, que erom por todos outros duzêtos: assi que mingoavam a estas alas da sua direita ordenança duzentos homens darmas, porque tâto avia daver em ambalas alas, como na direita az da vanguarda: & estes tinhão hũa alta bandeira de São Yorge, & outros balsoens de mistura; assi que a áz da vanguarda com suas alas, era semeada de bandeiras, & pendoes, como a cada hum prazia de ter: ca hi nom avia entom Rey darmas, nem outro Arauto, que o a ninguém desdisse: deshi trombetas em algũs logares, segundo se requeria, detras os homens darmas, que erom, em ambalas alas avia bésteria, & homens de pé postos em tal ordenança, que lhe

no la nombra, como era probable lo hiciera, sobre todo en detalles que favorecian su propósito. Tambien me llama la atención que no se refiera nunca á los datos y noticias verbales que pudo recoger de los testigos y actores á quienes conoció.

podessem fazer ajuda, & empécer a seus imigos; em a az dianteira nō avia nenhũa, ca nom compriam em tal logar: alli nom avia cotas darmas, porque o Conde, nem outros fidalgos fossen conhecidos: ca inda estonce nom era em uzo, mas o Conde trazia hũa jaqueta de laam verde toda bordada de rōzeiras, deahi cota, peito, & braçaez, & arnes de pernas, & guantes, segundo de coto costumava: & sempre espada cinta, & adaga, salvo quando ouvia missa. Desta avâguarda a outra az de detras, que chamam reguarda, avia hum rezoado espaço segundo se fazer podia com tam pouca compaunha, do geito que a desaventura se mister fizesse, trigosamente podessem socorrer; & com esta az, cujas pōtas cerravam com a vanguarda, forrada de homens de pé, & bēsteiros, em que avia setecentas lanças, estava El Rey com sua bandeira, a qual tinha Lopo Vazquez da Cunha em logar de seu írmaõ Gil Vazquez, que era Alferes mūr, & estava na Beira com os outros fidalgos; & os que erom guardas Del Rey juntos com elle: isso mesmo os que aviam de guardar a bandeira. As armas defensaveis de todos erom bacinetes de canal, delles com caras, delles sem ellas, & folhas, & loudeis, & cotas, & faldóens, & panceiras, & de ferir, lanças, & farchas de ferro, & de chumbo, & delles machados, quem os podia aver. El Rey era uestido darmas, quaes compriam a sua defensom, & hum loudel emsima sameado de rodas de ramos & em meio outras rodas, & escudos de Sam Yorge. Traz esta reguarda avia hum espaçoso curral, hũ estava a carriagem. f. pagens, cavalos, azemalas: mantimento, gente de serventia, & toda las cousas, que mister fazem para ordenança de hũa hoste: & estes erom todos cercados de homens de pé, & bēsteiros, de geito, que nas espaldas da reguarda, & em esta carriagem, nenhum nom podia topar, para fazer dano, que todo nom achase apercebido.

Tendo El Rey, & o Conde assi sua batalha concertada, & o Sol partido por meio, as horas q̃. se razoadamente debia fazer, pēsando que os Castellãos, como ovossem delles vista, que logo se trabalhassem de os cometer, elles passarom da parte da ala esquerda ãa guisa, que dissemos, contra Algibarrota, por a qual rezom foi forçado a El Rey, & ao Conde mudarem suas batalhas de como as tinham ordenadas, com os rostos pera Leiria, & as tornarem contra hũ estavam seus imigos: & passou a vanguarda pela reguarda; dādose logar hũs a os outros, & pozse diante, contra hũ os Castellãos mostravam da vir. Alli nom avia melhoria da campo, que os Portugueses tivessem cacolhido, nem montes, nem valles, que torvassem seus imigos, como alguns mal escrevendo em seus livros querē contar, ca todo era campina igual, sem nenhum estorvo a ambalas partes, o qual o trilhamento das bestas, & passar dos homens tornou assi razo, & tam cham, como praino recio se erva nenhũa & a vantagem, que os Portugueses tinham, era esta. Quando a alva do dia começou de crecer, ja El Rey tinha a sua batalha ordenada de todo, & estiveron toda a sesta por bem quente sol armados até tarde, & os mais delles sem comer, nem beber, por ser vespora de tal festa, & ficoulhe o sol cō o pó, & vento, nos rostos, & cō estas cōtraíras vantagens aguardavom, estando lédamente, seus imigos: & por tanto dizia Micer Yohão de Monferrara a El Rey. *Senhor, sede muito certo, & sem nenhuma duvida, que vos oveis de vencer esta batalha, & vedes, senhores, em que o entêdo;*

*eu fuy já em sete batalhas campaes, & com esta som oito, & digo vos que nunca vi  
taõ ledos vultos de homens, sendo taõ poucos combatentes, & averem desperar  
tantos para pelear com elles. Essa fuaa*, disse El Rey, *tenho eu em Deos &  
em a Virgem Maria, que assi sera como vos diseis, & eu vos prometo muy boa  
alviçara de vossa boa profecia.* E porque em semelhante feito alguns tem  
costume de fazer promessas por suas honras, que chamam denodamentos,  
nes nom achamos escritos das que em esta batalha foram feitas mais de  
tres. f. Vasco Martinz de Mello o moço, que prometeo de prender El Rey  
de Castella, ou poer as maõs em elle; & Gonçalo Annes de Castel de Vide,  
que fez promessa de primeiro que outro nehhũ ferir da lança, & Martim  
Affonso de Souza, que prometeo se o Deos da batalha tirasse em salvo, hir  
ter huma corentena com Dona Abbadeessa de Rio tinto, que estonce tinha.

Isso mesmo El Rey de Castella, como mandou que fosse a batalha, logo  
trabalharaõ de a ordenar de todo, além do que já começado tinham, & foy  
posta em esta maneira. Ordenarom suas azes dous grãdes tiros de bêsta ante  
sy, & os Portugueses, & a az primeira da avanguarda, fizerom dobrada, em  
que avia mil, & seiscentas lanças, & em hũa das alas, em que hia o Mestre  
de Alcantara, erom Gascoẽs, & doutros estrangeiros setecentos homens dar-  
mas: e na outra, de q̃ era Capitão Dom Pedralvarez Pereira Mestre de Ca-  
latrava outras setecentas, & na az dianteira vinha Dom Pedro filho do Mar-  
ques de Vilhena, Condestabre de Castella, & Diogo Furtado filho de Pero  
Gonçalvez de Mendoça Alferx mór Del Rey, com a bandeira dos sinais de  
Castella, & de Portugal misclados, & muitas outras bandeiras, & pendoẽs,  
de muitos outros Senhores, & fidalgos, & Dom Pedro Dias Prior de São Yo-  
ham, & Dom Yoham filho de Dom Tello primo com irmão Del Rey, & Yo-  
haõ Fernandez de Toar Almirante de Castella, & Alvaro Gonçalvez de San-  
doval, & outros muitos Senhores, & fidalgos, que seria longo de escrever;  
Outrosi os Portugueses vinham todos nesta az dianteira por se mostrarem  
por boõs servidores, & que lhe erom bem leais vassallos: assi como o Conde  
Dũ Yoham Affonso Tello, que El Rey fizera Conde de Maiorgas, & Dũ Pe-  
dralveres Pereira, & Diogo Alveres seu irmão, & Gonçalo Vazquez de Aze-  
vedo, & Alvaro Gonçalvez seu filho, & Garçia Rodriguez Taborda Alcaide  
de Leiria, & Vasco Pirez de Camoẽs, & Yohaõ Gonçalvez Alcayde de Obi-  
dos; & outros isso mesmo na reguarda, em que avia tres mil lanças dobra-  
das. f. mil em cada az, Vinham grandes Senhores, & Capitaẽs, assi como  
Dom Fernando filho do Conde Dom Sancho, Diogo Gomez Manrique Adia-  
tado mór de Castella, Pero Gonçalvez de Mendoça Mordomo mór Del Rey,  
e Diogo Gomez Sarmento Marichal de Castella, & outros muitos Senhores,  
& fidalgos armados em boas, & esplãdecẽtes armas, & todos plumoẽs nos  
bacinetes, que lhe davaõ mui grande, & fermosa vista; bêsteria, piaens, &  
doutra gente erom postos, & ordenados, hũ bem podessem aprouitear: car-  
retas azemalas: pagens, & outra toda carriagem posta datraz, como cada  
hum quera, ca ahi nom andavom ginetes, nem outros de cavallo da parte  
dos Portugueses de que ouvessem daver receo: & se a elles muy mal orde-  
narom, como alguns por sua escusa escrevem, culpa de quantos bons hi  
vinhom, & de todos os estrãgeiros, que Pero Lopez gabou ao Conde, que  
taõ sabedores erom de guerra.

CAP. XXXIX.—*Dos nomes dalguns que com El Rey de Portugal estavom, & quaes delles fez cavaleiros.*

Despues de decir que la mayor parte de los señores y principales caballeros de Portugal seguian la causa contraria, pone en este capítulo la lista de los más notables que acompañaron al Rey en la batalla, estando entre ellos el arzobispo D. Lorenzo y los doctores Gil Docem, Martin Affonso de Lisboa y Juan das Regras. En seguida escribe los que fueron armados caballeros allí mismo, leyéndose el nombre de Vasco Lobeira, á quien suponen muchos autor del célebre libro *Amadis de Gaula*.

CAP. XL.—*Como Iohã Fernandez, & Egas Coelho vierom da Beira, para serẽ com El Rey na batalha.*

Refiere el cronista que á pesar de que el Rey llamó con repetición á los de la Beira para que se le incorporasen con algo más de cuatrocientas lanzas y dos mil ballesteros, y gente de á pié de los que pelearon en Trancoso, no lo pudo lograr, estando ellos decididos á permanecer por su tierra, y aun á esperar el resultado de la batalla, que creian funesto para los Portugueses.—Sólo Juan Fernandez Pacheco y Egas Coelho, seguidos de sesenta lanzas y cien hombres de á pié con escudos, se decidieron á ir, y haciendo una marcha forzada se presentaron por la ladera del camino de Porto de Moz hácia donde estaba la ala derecha de los castellanos, y lograron reunirse á los suyos poco ántes de empezar la batalla.

CAP. XLI.—*Quaes pessoas tinham cuidado de rogar a Deos polo estado destes Reys.*

Refiere el cronista en este capítulo que miéntras la reina doña Beatriz se dedicaba en Ávila á hacer rogativas con las monjas y doncellas por el feliz éxito de la campaña que seguia su marido, la Cámara municipal de Lisboa, ademas de las preces y oraciones análogas para rogar á Dios favoreciese la causa de Portugal, quiso adoptar algunas determinaciones que le fueran agradables y lo hiciesen propicio en el grave peligro en que se veian, bloqueada la ciudad por una escuadra, invadido el reino y próxima á darse la batalla.—Con tal motivo se discutieron y dictaron várias providencias, dignas de memoria, para desterrar ciertas preocupaciones y supersticiones, como los hechizos, maleficios, encantamientos,

apelar al diablo, y otras clases de sortilegios ; así como igualmente para evitar y prohibirse algunas costumbres que parecían gentílicas y eran, por consiguiente, ofensivas á Dios.

CAP. XLII.—*Como se fez a batalha antre os Reys, & foram vencidos os Castellãos.*

Nas falas, que ouvistes, & conselhos que El Rey teve, se gastou tâto do dia, que ja era horas de vespóra quando os Castellaõs foram prestes de todo, & sua batalha ordenada, a qual era tam grande, & assi fermosa de ver, que os Portugueses nom pareciam mais ante elles, que o lume de hũa pobre estrella ante a claridade da lua em seus perfeitos dias. O Condestabre de Portugal audava ensima de hum Cavalo, por antre sua vanguarda, & á las de hũa parte para a outra, com hum escudo no braço da parte dos inimigos, por receo dos virotoens, que dalgũs logares vinham, & nom sòmente lhe chegavam alli, mas delles passavam ás azes, & feriam na carriagem homens, & moços, & bestas ; & isto por ver se cada hũ estava corregido naquella boa, & sagaz ordenanza, em que o elle primeiro puzera : dizendo, que todos andassem muito passo, quando os Castellaõs movessem & ao juntar estivessem quedos, & firmassem bem os pés, tendo as lanças direitas, & apertadas sob ó braço ó mais perlongadas que pudessen, & quando os imigos chegassem, puzessem as lanças em elles de guisa, que pendessem, & entom bottassem quanto podessem, & os que estivessem detras, que chegar nom podessem com as lanças, que botassem os outros ante sy : louvando os com bom, & ledo sembrante & esforçandoos, que nom temessem sua multidam, nem suas ameaças, que mostravam com seus apupos, & alaridos ca todo era hum pouco de vento, que da hi a breve espaço avia de cessar : & que fossen fortes, & esforçados, avendo grão fê em Deos, por cujo serviço alli erom vindos, defendendo justa querela, por seu Reyno, & sua Sancta Igreja, & que a Madre de Deos, cuja vespóra era, seria avogada por elles, & o precioso Martir San Iorge seu capitan, & ajudador, etc., etc. . . . .

Refiere luégo que el conde D. Juan Alfonso Tello, que estaba en la vanguardia de los castellanos, le envió al Condestable de Portugal, como gaje de desafio, una espada guarnecida, y que la aceptó devolviendo *una boa facha de chumbo* (una buena hacha ó masa de plomo).

El Rey isso mesmo na reguarda ; hũ estava ; segundo poem aquelle Doutor no capitulo *Post hac Rex Portugaliae* (1), depois desua confissação muito cedo feita, & recebido o Sancto Sacramento, & bção do Arcebispo, tomou devotamêto o sinal da S. Cruz, poêdo aem seu peito de cor vermelha, & aos

(1) Alude aquí, como en otros parajes, á la obra de esse Doctor, que no señala por su nombre, y que no he podido inferir quién sea.



seus mandon, & así o fizessem : estonce mandou os mestres de Indas Machaben, como diz aquelle Doutor, começarem de esforçar aos seus, dizendo a todos.

Suprimo esta allocucion por innecessaria y por que nada ofrece de interres.

O Arcebispo de Braga outorgou sendo bem armada, avendo antes a Cruz de prata levantada, com que costumava virar as Igrejas, & non quedava de prover, andendo de hums em outros esforçados, & absolvendo os todos, confirmandolhes as perdões, que o Papa Urbano sexto outorgava contra os simoniacos indeos, reveis contra a Santa Igreja, dizendo a todos que tanto que outorgassem a ferir nos indios, que fossem lembrados de dizer a verdade. *Et verbum caro factum est*; & alguns simples, & ignorantes que esto non entendiam perguntavam, que guerra dixer aquillo? E outros por sabor respondiam, que queria dizer, *malum caro factum est*; verdade he (diziam elles) *mas proceza a Deos que outorga legge de bom mercado*. Na hoste Del Rey de Castilla era muito per contraria, ca alli non avia mister dar esforço a nenhuma gente, nem outra firmeza para polejar: ca todos aviam a batalha por vencida, & por rájeos, & desesperados os Portugueses, que a esperavam; somente tinham sentido como os aviam de matar, & cuidar do que fariam dos que tomassem cativos, & dons Bispos, que hi vinham, & algus frades prégadores outorgavam indulgencias da parte do Antipapa a todos os que contra Portugueses tomassem armas, ou dessem ajuda daquello, que tivessem para lhe fazerem guerra: & ante que as batalhas começassem dajuntar, algus homens de pe Portugueses, ata trinta, com medo, & fraqueza de coraçao, sahiramse dantre a carriagem: Lũ foram postos com outros por guarda della, para fogir para Porto de Mús, & os ginetes de Castilla, q andavam arrededor da carriagem, viramnos sahir, & seguirãoos: & elios cuidando escapar acobitãose a hums vallados cubertos de Sylva, & alli matarom, como porcos a calçada: que nom ficou nenhum: a qual cousa cõstrangeo os daquella parte a cobrar esforço, & nom fogir dizendo; que ante queriam morrer como homens, que os matarom, como aquelles que fogiam.

Em esto a vanguarda dos inimigos de gentes muito guarnecida & de fortaleza mais abastante, começou de se fazer prestes para mover sua batalha: & sendo já o dia tam derribado, que passavam de horas de vespóra, & porã tantas fraquezas, & bem corregidos, ainda se nom atreverom de os cometer com armas, tem primeiro tirar com Lũ az de tirco, que ordenada tinhom diante, por os espantar, & fazer fogir; nos quaes posto o fogo, & desparando algus pedras delles, nom fixerom noço, & outras empegaron de má maneira, ca Lũ deu na vanguarda do Condestabre, e matou dous escudeiros, ambos irmãos juntamente, & outra deu a hum estrangeiro, & estes tres foram mortos dellas; a qual cousa foi aos Portugueses grandio espanto, & avido por esquivo começo, o hum escudeiro da companhia dos Portugueses, vendo o temor que desto tomarom, disse: que nom avia porque se espantar, ante o deviam ter por sinal q Deos lhe queria dar a victoria da ba-

talha, porque elle lhe affirmava certamente que nom avia oito dias pasados, que elle vira aquelles dous homens entrar em hũa Igreja, & matar hum clérigo, que em ella estava revestido dizendo missa : & pois que elles a Deos nom catarom reverencia elle obrando de seu direito juizo nom queria que tan maos Christãos ouvessem de ser quinhoeiros na vitoria, & honra, que a elles o dito Senhor tinha outorgada ; & quando todos os que alli erom presentes esto ouvirom sêdo em certo conhecimêto per aquelle escudeiro da maldade que aquelles mortos aviom feito, ouverom este juizo do Senhor Deos por grande esforço, & filharom grande ardimento pera prosiguiem cõtra seus inimigos a tençom, que começado tinhom. Entom dando as trombetas muy rijamente com grandes apupos, & alarido, bradando todos a ellos a ellos, começou de desaparecer o campo sob a grande expesura delles, & abalado com orgulhosos passos, & trigoso desprezamento, vinham os Portugueses todos diante, & o Conde Dom Iohão Affonso Tello ante elles com hũa lança darmas da ventagem, & outra nas mãos como ardidido cavaleiro, & em passando, começaram de se fazer ficadiços huns tras outros, assi das azes, como das alas, de guisa que a sua vanguarda, que era muito mais comprida, & as alas tam grandes, que bem podia mabraqar a batalha dos Portugueses, ficou tam curta daquella guisa, q̃ a de Portugal tinha já ventagem della, & ficou assi grossa, & ancha em espesura do gentes, que avia hum lanço de pedra dos primeiros aos dianteiros. Esto foi especialmente em direito da estrada, por hũ costumavam caminhar, em tanto que a vanguarda, & reguarda se fez toda huma. Os Portugueses, como viram abalar começaram avivar os coraçõs, pera os receber com bom esforço, dando as troinbetas moverom passo, & passo em sua boa ordenança, o Condestabre ante a sua bandeira & assi cada hũ como le fora mādado ; seu apellido a altas vozes era *Portugal*, & *São Iorge* & dos inimigas *Castilla* & *Santiago*. Avantajouse Gonçalo Annez de Castel da Vido, que prometeo primeiro ferir do lança, & foy derribado, & accorrido, & levantose, & ao ajountar das azes pozerom as lanzas hũs nos outros ferindo, & puxando quanto podiam, & os pioës, & bêteiros lançando em tanto muitas podras, & virotoës de hũa parte à outra. Em esto os ginetes dos inimigos provavaõ ameude dentrar na carriagem dos Portugueses, mas tudo achavam apercebido de guisa, que le nõ podiam empécer. E se em este passo achardes escrito, q̃ os Castellaõs cortarom as lanzas, & as fizerom mais curtas do quo traziaõ, avcy que he certo, & nom duvideis, porque elles cuidavam de pelejar a cavallo, & quãdo virom a batalha pé terra, por se desembraraçar, & ajudar milhor dellas, as talharom, o q̃ lhes despois mais empéceo que aproveitou, & leixadas as lanzas das mãos, que a hũs, & outros pouco fez nojo, & jazendo hũ grande vallo dellas ante hũa az, & outra, vieron às fachas, & espadas darmas, nom desta grandeza do tempo dagora, mas tamanhas como espadas de mão, grossas, & estreitas, & chamavomlho estoques, & o primeiro logar, hu começaram de pelejar, foy junto com a bandeira do Condestabre, hũ ora està huma pequena Igreja de São Iorge, que elle depois mandou fazer. Alli se encendeo huma forte, & crua peleja ferida de golpes, quaes os homês tem em custume de dar, & nom quejandos alguns escrevem. Pera que dizemos golpes, nem forcas, nem outras re-

zoës compostas per louvor dalguns, nem afermosentar historia, que os se-zudos nom hão de crer, de guisa que destorias verdadeiras façamos fabu-losas patrânhas, abasta que de huma parte & doutra erom taes, & tãra-nhos golpes dados, como cada hum podia aprsentar a aquelle, que lhe cahia em sorte; de guisa, q̃ os muitos por subjugar os poucos, e os poucos por se verem isentos de seus imigos, lidavom com toda sua força: sêdo a sua az grossa daquella mancira; & a dos Portugueses pequena, & singella; e nom a podendo sofrer foy rota por força a sua vanguarda, & entrada po-derosamente dos imigos, & aquelle magote de muita gente, que dizemos, abrio hum grande, & largo portal, porq̃ entrõ á mûr parte delles com a bandeira Del Rey de Castella, & acerca da do Condestabre, hũ foy a mor força da peleja. As alas, donde era Mem Rodriguez, & a outra do Antam Vazquez, quando esto virom, dobrarom sobre elles, & ficarom estonce au-tre a vanguarda, & á reguarda, hũ hũs, & outros pelejarom muy de von-tade, de guisa que o som dos golpes era ouvido muy grande espaço a redor & a ala dos namorados, que elles cuidarom desbaratar primeiro de todo, aqui foy avido dobrado afa, & peleja, hũ Mem Rodriguez foy muito ferido, & seu irnaõ, & outros fidalgos daquella parte, mais que em outro logar.

El Rey, quando vio a vanguarda rota, & o Conde em tamanha pressa, com grande cuidado, & todos com elle, abalou rijamente com sua bandeira dizendo alta voz com grande esforço. *Avante, Avante, Saõ Iorge Portugal, Saõ Iorge Portugal, que eu saõ El Rey*, & tanto que chegou, hũ era aquelle aspero, & duro trabalho, leixadas as lanças, de que se pouco servirõ, por azomada mistura da gente, começou de ferir da facha, & assi desenvoltõ & com tal vontade, como se fosse hum simples cavaleiro, desejoso de ga-nhar honra, & fama, & veo a elle por aquécimento Alvaro Gonçalvez do Saudoval bem mancebo, & de bom corpo, ardido Cavaleiro, casado daquelle anno, & como El Rey alçou a facha decendo par lhe dar, elle recebeu o gol-pe, & travou por ella, & tirou taõ rijõ, que lha levou das mãos, & fezeo ajvelhas dâbolos giolhos, & foy logo levantado muito azinha, pero sobre-ueio o nobre Martin Gonçalvez de Macedo, homem fidalgo, que bem servia El Rey em estes trabalhos; & quando Alvaro Gonçalvez alçou a facha pera lhe dar, El Rey esperou o golpe, & tornoulha a tomar per aquella guisa, & quando lhe quizera outra vez dar, jazia já morto, pelos que erom presentes, que o mais apressa fazer nõ poderom, porque cada hũ tinha assaz que ver em sy: & sendo a batalha cada vez maior, & muy ferida dambalas partes, prougue a Deos, que a bandeira de Castella foy derribada, & o pendaõ da devisa com ella; & alguns Castellaõs começaram de voltar atraz, & os mo-ços portuguezes, que tinham as bestas, & muitos dos outros, q̃ erom com elles, começaram altas vozes a bradar, & dizer, *já fogem, já fogem*, & os Castellaõs, por nõ fazer delles mentirosos, começaram cada vez de fugir mai.

CAP. XLIII.—*Como fugio El Rey de Castella & do Campo chegou a Sáctarem.*

El Rey de Castella olhando a batalha & vendo que a fortuna detodo em-to-do era favoravel aos Portuguezes de guisa que sua bandeira era já aba-tida, & muitos dos seus voltavam atraz, & se acolhiã as bestas, que acha-

vam, por averem mais toste de fugir, trigouse como quem nom sinte dor, por logo partir; ante q̃ mais visse, como se perdia a batalha de todo, & doceo da mula em q̃ estava, & puzerũo em hũ cavallo, em q̃ á pressa conteeçu de andar, nom bẽ acompanhado, & cheo de temor, & levou direita estrada cominho de Sanctarem. O bom de Vasco Martinz de Mello, que devotara prender El Rey do Castella, ou lhe poer as maõs, seguiu o alcanço acerca de legoa, por sua promessa fazer verdadeira; & sò sem outrem, eusima de hum cavallo, por chẽgar a elle, meteose antre as gentes que o acompanhavan; & sendo conhecido pella Cruz de Saõ Iorge, que era Portugues, foy logo morto por sua nam sagaz ardidez. El Rey continuou seu caminho sem fazer detença, & cançou aquelle cavallo, & deromlhe outro, & tendo andadas onze legoas, & meia, que avia donde partio a Sanctarem, chegou ao logar á mea noite sobre aquelle cavallo em que em Sanctarem entrara, quando a primeiramente cobrou, & poucos com ello, por lhe cançarem as bestas, & batendo os seus á porta do Castello, que viessem abrir a El Rey, Rodrigo Alvarez de Santoyo, sobrinho de Diogo Gomez, que em elle ficara por seu tio, nom crendo que era assi, & duvidando muito, nom queria vir abrir, atá que El Rey dicesse que visso abrir, que elle era el El Rey. Rodrigo Alvarez, quando na fala o conheceo, veyo a pressa abrir a porta; El Rey entrou cõ o rosto encuberto, como vinha, & assentouse em hũ banco muyto cançado; com gesto fora de toda lédice: & porque elle era doente de tremor, & aquelle dia fora o da sazõ, emadia a dor a sua tristeza muito mais nojoso Sêbrate, & estando assi hum pouco, nom lhe ousando nenhum de falar, algouse rijo, & começou de andar rezoando consigo amazelandose muito, & dizendo. *O Deos, que máo Rey, & sem ventura! O Senhor, dame morte aquí hã estou, pois nom ouve ventura de morrer com os meus.* . . . . .

Aquí continúa poniendo las lamentaciones del Rey, que no queria escuchar razon alguna de consuelo como las que le expuso Gomez Perez de Valderrábanos, recordándole lo sucedido á su padre, D. Enrique II, en la batalla de Nájera.—Dice que tomó una sopa y ordenó partir en seguida.

CAP. XLIV.—*Como partio El Rey de Sanctarem para seu Reyno.*

Porque aos postos em desaventura persegue o medo, mais que aos outros homens, receandosse El Rey, do que porem era bem seguro, que estando alli mor espaço da noite, podia receber algum dano, mandou que fizessem logo prestes huma barca, em que se á pressa fosse a Lisboa; & como foy com alguns dos seus, sem mais tardanza, entrou em ella, & levava o rosto cuberto, & quatro tochas ante elle muitos baixas; & no seguinte dia, que era a festa de Sancta Maria, a hora de terça, chegon á cidade, & esteve aquelle dia, & o seguinte na nao de Pero Afam, & á quinta feira, que erom desasete dias de Agosto, partio pera Sevilha em huma galẽ, & quatro em sua cõpalia: & toda a outra frota das naos, & galẽs ficarom alli como quer que elle lhe mandou, que como vissem tempo azado que se fossem

para essas terras. El Rey estava em Sevilha de muita necessidade eramor, & tinha os seus peões e mais gente em muito do mundo vinda chegara, & de que houvera muitas das derradeiras novidades & fomes da Cidade fazia tal pranto por fomes, maldades, & perigosos, & Semelhantes, que era devida coisa de ver; em tanto que continuando cada dia a mais e mais receia o Rey tal nojo, & tristeza, que assim como se encaminhava se partiu daquella Cidade, & se foy para Gerona, que era a tal sua legião em sahir, por no dia, que El Rey chegou a Sevilha, já estavam os Reis Portuguezes na terra, dos que foram tomados nas mãos de Fátima, e então foy a peleja da frota ante Lisboa; & a que se, que se tal cargo de se estavam mandando, que fossem vantar, & sempre se pagou, & El Rey era de pensar, & andá-lo varrendo luna eia, em que El Rey era presente, foy um seu escudeiro, & deu hum grande golpe a hum Portuguez daquelles que vintam, & disse, *barrey acaba para fátima, curando*; El Rey vendo d'isso, queixou-se muito e mais & a tal. *Deus te arde, os te Portuguezes são bons & leais; & não os pagas porque te foy mal: os queixas foy em minha companhia, os os te todos morrer de tal, & os mais se rebarrem e coras de minha cabeça. E a tal com de respeito a ninguém, nem de feroz e outro mal, & em o outro da morte El Rey, que os soltarem todos, & assi foy feito. Elle era todo vestido de preto, & a cama, meza, & emparramentos, como aquelle, que ante os Reis de tal se tinha por mais desaventurado, & quais quer pesas, que á tal chegavam, que ouverts peria em esta batalha, assi homens como mulheres, recebiam delle morte, & garalhada.*

Logo continha descrebendo el dolor que causó en toda Castilla la noticia de la derrota; que en Avila cayó al suelo desmayada doña Beatriz, y que, habiéndose dicho la muerte del Rey, hubo un amago de motin en el pueblo para matar á la Reina y á los portuguezes que allí habia, lo cual logró evitar el Arzobispo de Toledo.

CAP. XLV. — *Como se acabou a batalha de vencer de todo, & das pessoas que em ella morreram.*

Ferindose a batalha, & sendo a peleja muy grande da guisa que disse-mos quando El Rey de Castilla fugio, começou mostrar claramente, que a batalha de todo se vencia, sendo já a bandeira dos imigos derribada: & mortos húa gram soma de Castellaos; & todos los mais dos maos Portuguezes, que na dianteira da vanguarda vinhaõ; & seh vindo El Rey, & o Condestable seu vencimento, que já a todos era manifesto, disse El Rey ao Conde: que os homens de pé, que erom na reguarda, estavam em grande perigo, por as muitas gêtes de Castellaos, que os afincavão, & que lhes fosse accorrer: & assi era defeito, porque Dom Gôçalo Nunez Mestre de Alcantara estava de cavalo com certos ginetes nas espaldas dos Portuguezes, & cometia rijamento de pelejar com os homens de pé, e bêteiros, q foram alli postos por guarda da carriagem; & elles defendião-se cõ sétas, & dardos, de

guisa, que os de cavallo, nom lhe podiam empécer, antes recebiaõ delles dano, morrendo alguns do tirar das bestas, & remessar das lanças; & elles faziam aos Portuguezes proueito, porque os piaens daquella parte, ainda que fogir quizessem, nom o podiam fazer, & assi forçadamente compria de defenderem; a qual cousa depois os Castellaõs entenderom, que lhe fora mau avisamento, pois a seus imigos non leixarom portal aberto, por hũ fugir podessem; & logo o Condestabre, por mandado Del Rey se tornou contra a roguarda de pé, como estava: & por o gram trabalho, que ouuerom, nom pode ir tam depressa, como elle queria, nem tinha besta, em que fosse, e Pero Botelho Comendador mór de Christo vinha emsima de hũ bom cavallo; & como vio o Conde assi ir a pé, deceose do cavallo, & deulho: & o Conde lho agradeceio muito por suas boas palavras, & cavalgou em elle, & foy aos homens de pé, que na reguarda estavam, & achou os em muy grande perigo; por o forte afincamento, que aviam dos Castellaõs, que erom muitos, de guisa, q̃ ja querião detramar, quando elle foi acerca, & como elle chegou, prougue a Deos de lhe poer tal esforço, que os homens de pé se tiveram muito melhor com elles, & tanto que uom ousarom mais chegar á reguarda, & a pouco espaço Iohão Rodriguez de Sá, & outros se vierũ para o Conde. Em esto vendo os Castellaõs, que seu Senhor era fugido, & que a batalha de cada parte se vencia, perdida toda esperanza, sem vontade do mais ferir, começaram todos de voltar atraz, & desemparar o Campo, assi que em breve espaço, concludida a ardidez de tanta multidam de gentes, ca nom durou a batalha espaço de meia pequena hora, atá mostrarse de todo ser perdida. Alli vireis huns cavalgar nas bestas, que percalçar podiom, sem preguntar cujas erũ: por se trigosamente porem a cavallo, & em salvo; outros se descarregavom das armas que vestidas tinhom, por mais ligeiramente poder fugir: delles fugindo a pé hiomse desarmando por correr, & mais breve poder escapar: muitos outros voltavom os jaquetes, o dedêtro por defora, por nom serem conhecidos: mas depois o falar da lingua mostrando sua naçam, era azo de seu acabamento. Os que erom mal encavalgados, & outros cõ muito cansaço nom podiom fugir á sua vontade, & com grande modo Sahiãose das estradas, & metiamse por esses matos, e porque nom sabiam o caminho andavam de hũa parte para outra: & a gente da terra, que em outro dia acodio muita, faziom em elles grande matanza: & se alguns se queriom defender, sobrevinhaõ outros de traves, e acabavão de matar os que aquelles começado tinham: assi q̃ de balde tomavom trabalho os q̃ se escondiõ, ca ahi nom havia taes matos, nem logar em q̃ o fazer podessem, ca todo era cãpina raza, & porẽm encalzçandoos, & atendoos em certos passos, tanta mortindade faziom em elles os do termo de Alcobaça, & dos logares derredor, especialmente nos q̃ a pé fogiaõ, como os q̃ morreraõ na batalha privandoos da vida per desvairadas guisas, porq̃ a nenhum perdoavom morte: cada hũ rustico aldeam prendia, & matava sete, oito Castellaõs, & nom tinhom poder delho controdizer; & se algũ trabalhava de dar vida a algũ, q̃ conhecese, quer fosse Castellaõ, quer Portuguez, dos q̃ contra o Reyno vinhão, nom o podia fazer: ca nas mãos lho matavom por força; ainda que nom quizesse, nom sõmente a homẽs de pequena condiçãõ, mas a pessoas de boa conta: assi como fizêrom a Diogo Alvarez Perei-

ra nas mãos de Egas Coelho, que passando El Rey, vencida a batalha, vio ir ante sy a Diogo Alvarez Pereira, irmão do Condestabre, & porque hia desarinado da cabeça o conheceo El Rey por detraz, & chamovo duas vezes por seu nome : & elle quando se ouvio chamar voltou o rosto, por ver quem era, & El Rey trigou os pasos contra elle, & travoulhe dos peitos, & disse. *O Diogo Alvarez; aqui sois vos? Eu vos cuido hoje de ser melhor amigo, do que vós a mim fostes servidor.* E em esto alçouse voz, que matavom o Conde; & porê nom era assi. El Rey movendo pera lá rijamente, deixou a Egas Coelho que o argudase, & vilãos alguns, vendolhe as armas de Castella, sem lhe valer outra boa reção, foi logo alli morto por elles.

El Rey causado de seu grande trabalho, lançoouse por descançar sobre hũ refeco acostamento, aguardando por algũa besta em que cavalgasse, tendo presos a par de sy Dom Pedro de Castro, & Vasco Pirez de Camoens; & jazendo assi desta guisa, chegou Antão Vazquez, cavaleiro, & vinha emburi-lhado na badeira Del Rey de Castella; & como foi ante El Rey, começou de balhar por sabor ante elle, sê lhe fazer alguêsom : & depois que se desenfadou daquello, desenvotilhouse della, & deitou a no regaço a El Rey & disse. *Tomay, Senhor, essa bandeira do mor imigo, queo mundo tinheis.* E El Rey sorrindo mado a guardar, & às palavras nõ respondeo nada : Lourenço Martinz do Avelar, q presente era, dizia, que elle a derrubara, & assi outros, cada hum por sy : mas nenhum de certo se soube quem fora, & falando em esto chegou o pagê Del Rey com hum cavalo, e trazia hũ escudeiro Castellão preso emsima de hũa mula, as esporas nos braços, & hum loudel vestido às avessas por nõ ser conhecido & o matará. El Rey quando o vio assi vir homê de prol, & de bom corpo, preguntoulhe porq se leixara prêder assi daquelle moço? Elle respondeo, & disse. *Melhor he que me prendese este moço, que me matar o melhor homem darmas que avia em vossa hoste : digovos,* disse El Rey, *que vós dizeis muy bem, e ora vos quero eu dar mor honra da que vos deu quem vos cativou.* E entom o fez cavalgar na mula, & o pagê traz elle, por lhe mostrar andando os mortos, se conheceria algum delles, & quando os revoliu, & conhecia desses Senhores, & fidalgos de Castella, que morreru, decia-se, & fazia pranto sobre elles : & assi andou El Rey com elle hum pedaço, mostrandolhe aquelles de q avia algum conhecimeto. E por esta guisa, como dissemos, prouve a Deos, & a sua preciosa Madre, da batalha ser vencida, & os Portugueses livres de seus imigos : os quaes vendo, como a carriagem de seu Senhor estava desparada, & alguns começavão já de a roubar, vieru sobrella muitos de cavalo, por tomar a prata da baixella, & da Capella, sobre o q foi grande arroido, e mortos alguns Portugueses, antro os quaes foi hi morto Mendo Affonso de Beja, & outros que da batalha vivos ficaram, & alli fizeram sua fin, & os Castellãos levarom á pior parte della; & a algus hia cahindo pelo caminho, & os Portugueses começaram dapanhar desvairadas cousas, q lhe ninguem nom to-lhia : & delles se occupavũ em revolver corpos sem almas, se lhe achavaũ algũas cousas, de que se aproveitar podessem ; & muitos dos que jaziom mortos, nom tinham nenhũa ferida. Alli foy achada gram riqueza de prata, & ouro, & joyas, & guarnimentos de desvairadas guisas ; como bem podeis entender, que traria tal Rey & taes Senhores, como com elle vinham,

nom por se tornar da guerra começada, mas por continuar no Reyno, até se sessegar, como en cousa que aviam já por sua : & isso mesmo cobraron cavalos, & mulas, & azemalas, & armas, & outras muitas & boas cousas que seria longo de nomear; de que El Rey nenhũa cousa tomava a quaesquer que as empoder tinham. Em esta batalha, recebeu Castella muy grãde perda, assi de Condes, & Mestres, & grandes Senhores; como fidalgos & doutra meam gente, & doutro commune povo em graude quantidade. Mas porque desvairados autores desacordom no conto dos que ahí morreron, poendo muitos milhares de mortos, & gram soma do Capitaens, nom dizendo porém seus nomes, nós que desejamos escrever certo, sem favor dalgũa das partes, nom curamos de somas que pozerom, salvo da mais pequena que El Rey creveo a Cidade de Lisboa, dizendo, que seriam os que alli falecerom, até duas mil, & quinhentas lanças, & os mais dos Capitaens, que alli vinham, assi como D. Pedro filho do Marquez de Vilhena bisneto lidimo Del Rey de Aragão.

Continúa la lista de los caballeros castellanos y portugueses aliados que murieron, con algunas equivocaciones y diferencias de la que pone Ayala. Luégo sigue así :

E outros, que nom nomeamos : & da gente miuda nõ poderemos dizer o conto, que certo fosse : porém he de presumir, como já tocamos, que avia de ser em gram multiplicação, porque elles tinham as Villas, hũ se acolher podiam, longe de hũ foi a batalha, assi como Torres Novas, & Sanctarem, & outras taes, & aviam primeiro de passar por lugares seus contrairos, & passos perigosos delles nom sabidos; como quer q os Portugueses dantiguidade, & por natureza sejaõ antre sy piadosos, & por semelhãte os estrangeiros, però esguardando os grandes danos, & muitas cruezas, que dos Castellãos aviam recebido, com seus coraçõens nom podiom postar, que delles nom tomassem dobrada vingança. E dos Portugueses morreron em ella, Vasco Martinz de Mello, & Bernaldom Sola, Martinz Gyl de Coreixas, & Monsiur Iohão de Monferrara, & doutras pessoas de pequena conta, & homens de pé por todos, assi dos que á primeira vez fugiram da reguarda, como no roubar da carriagem, quãdo os Castellãos derom volta por tomar a prata da baixella Del Rey, até cento, & sincoenta; & foi esta batalha segunda feira catorce dias de Agosto da era do Cesar de mil quatrocentos & vinte & tres.

CAP. XLVI.—*Como El Rey partio do campo, hũ foi a batalha, & se foi a Alcobaga.*

Relata el cronista que aquella noche tuvo mucho cuidado el Condestable en el campo; que refirió al Rey haber visto entre los castellanos un guerrero que le pareció ser su hermano Pedro Alvarez, maestre de Calatrava, y que al propio tiempo vió ir por el aire una lanza que lo atravesó y dejó muerto, sin que despues se



pudiera encontrar su cadáver ni nadie dar razon de él; que al dia siguiente fué en romería á Santa Maria de Ourem por devocion, y á tomar posesion del Condado que ya se le habia conferido; que el Rey permaneci6 tres dias en el campo, *segun costumbre de tales batallas*, y que por el hedor de los cadáveres y por no convenir continuar allí, dispuso la marcha, ordenando ántes que se enterrase al conde D. Juan Alfonso Tello, por ser el que instig6 á la batalla, pero no á los demas que estaban por el campo.

Estonce El Rey partio com sua hoste, a qual hia muy abastada de mantimentos, de cavalos, & armas, & bestas de serventia, & de muytas joyas de prata, & douro do grande & muy rico esbulho que acharom de sens imigos, assi na tenda Del Rey de Castella, & desses Seuhores, & fidalgos, que ein sua compahia vinhoim, como pela grandeza do arrayal, & esto como cada hum acertava dachar: ca El Rey, & o Conde a nenhum mādavorn tomar nada, posto que á cousa de grande preço, & valor fosse, nem pediada de grado, nem contra vontade, salvo-se foy o Lenho da Vera Cruz, que tinha Alvaro Gonçalvez de Alfena, escudeiro do Condestabro, o qual achara hum cofre com outras muitas joyas, quando ajudou a roubar a Capella Del Rey de Castella, em hũa Cruz douro que tinha de hũa parto quatro pedras preciosas, & da otra hũa cruz pequena em meio daqõlla grande; o tauto, que o abrio, & levantou a Cruz pequena, vio dentro na grãde estar o Lenho da Vera Cruz, o qual logo conheceo, porque fama era no arrayal dos Portugueses, anteque se começasse a batalha, que aquelle Rey seu contraíro trazia em sua Capella a Vera Cruz, que sohia de estar en Burgos: & assi como o Conde trazia ante sy por seu vencedor sinal, & sua muy prezada devisa a Christo *Iesu* em sua bandeira, posto na arvore da Sancta Cruz, assi prougue a esto Senhor, delle ser em conhecimento, como a tinha aquelle escudeiro: & o Conde, que o muito desejou daver, o mandou logo chamar, & com doces palavras, & bom gasalhado o rogou afincadamente, que lhe desse aquelle sancto Relicairo; prometendo de lhe fazer por ello muitas merces, & o escudeiro lha offereceo de tam bom grado como por elle le foi requerida: & assi a ouve em seu poder; & El Rey levou caminho de Alcobaga, que era dalli tres legoas, & pouzou o arrayal á ponte da Chaqueda, nem longe do Mosteiro, & alli acharom muitos Castellãos mortos, dos quo fogiam, por lhe terem o caminho na quelle passo aquelles que o Abbade Dom Iohão mandara; porque algus escudeiros & homens de pé do comarca do Mosteiro chegavomse a elle, & do Castello de Alcobaga faciam guerra aos imigos nos logares q̃ mais a seu salvo podiam, & quando foi o dia da batalha, mandou o Abbade hum seu irmão com certos homens darmas & de pé, & besteiros, & azemalas carregadas do pão, & vinho, & doutras cousas ao campo, hũ El Rey estava, & como soube que era vencida, mandou aos que ficaram que o aguardassem alli: & estos crom os que faziom nelles grande gasto; entre os quaes jazia morto, & muito feo com feridas Ruy Dias de Rojas, hũ cavaleiro Castellão, cuja molher era cuvilheira Del Rey de Castella, & ella, & o marido aviom grãde entrada em sua camara, &

ella defumava El Rey com defumaduras de bons & nobres cheiros, & quando alguns Senhores entravam na camara á quella hora que ella esto fazia, logo lhes ella alçava as faldas, & defumavaos, & dizialhes, *Todos ireis defumados de bons odores Del Rey meu Senhor, pera perderdes os maos cheiros que saem destes chamorros, das casas, hũ vivem, & aldeas hũ moram.* Esta dona levava presa Diogo Lopez Lobo, & em querendo pasar a ponte, vio jazer seu marido defumado & bem acutilado, & pesó jovesse muy desfeito, & feo, ella o conheceo logo, & comẽçou de chorar, & fazer pranto por elle: e hũ homem de pé Portuguez, que a bem conhecia, quando a vio chorar & jazer seu marido, comẽçou a dizer contra ella, *Digo, boa dona, que sam das vossas defumaduras, que punheis sob as faldas a os cavaleiros? mister avia agora vosso marido hũas poucas dellas, que tan mal cheira alli hũ jaz.* E ella chorando nom respondia nada, & outros nom quedavam descarnecer della. En aquelle Mosteiro mado El Rey soterrar Vasco Martinz de Mello o moço; & Martim Gyl de Coreixas, & Bernaldim Sola, & Mendaffonso de Beja, & Monseur Iohão de Monferrara, & outros Portugueses que foram achados menos, & conhecidos jazendo mortos, & fezilhe El Rey muita honra, como era razom.

CAP. XLVII. — *Como souberaõ em Lisboa que a batalla fora vencida, & da maneira que em ello tiverom.*

Refiere el cronista que esperando se diera la batalla infaliblemente, hacian en Lisboa procesiones y rogativas contínuas; y estando en ellas el mismo dia de la batalla, se esparció, sin saberse cómo ni por quién, la noticia de que se habia ganado; pero que todos quedaron llenos de duda y de zozobra; que al siguiente dia, mártes, llegó un hombre de Alemquer y aseguró que la feliz nueva era verdad; y por último, que el miércoles por la mañana se presentó otro confirmandola y dando como prueba que en la noche habia llegado el Rey de Castilla á la escuadra y montado en la nave de Pedro Afan, habiéndolo visto él mismo, que se encontraba prisionero en ella, y se aprovechó de la confusion que hubo con ese motivo para escaparse.

CAP. XLVIII. — *Como os da Cidade de Lisboa foram receber as bandeiras que lhe El Rey enviou, & da prégaçam, que hum frade fez.*

Entre as nobres cousas q̃ se em esta batalha acharõ, forõ achadas outras de muita valia; & muito prazer. f. as bandeiras, & pẽdoes Del Rey de Castella, & dos Senhores, & capitães que em sua companhia vinhom, das quaes trazia El Rey quatro das suas dereitas armas, que são Castellos, & leões, & as de Portugal miscladas com ellas per meo da bandeira, contra o cabo, segundo ja temos tocado, & esto porque se chamava Rey dambolos Reynos; & estas foram achadas na sua reposte; & estas quatro bandeiras cõ outra que foy tomada na batalha, mandou El Rey a Lisboa, & mais dous balsaes Del

Rey isso mesmo de sua devisa, cujo campo era verde, & em meo hum falcom, que nos maõs tinha hum bom mote, que em lingoa frances dezia, *em bom ponto*, & outro era todo cheio de barras douras, & outro de prata, & diziam algũs que o aviam, que aquillo queria significar que El Rey era Senhor de dos Reynos, & que pelo ouro se entendia Castella, & pola prata Portugal. . . . .

Dice despues que salieron los de la ciudad con pompa á recibir esos trofeos, y llevándolos por los parajes donde los castellanos tuvieron el campamento quando el sitio, llegaron hasta avistar la flota de los enemigos mostrándolas con algazara: que les precedia una bandera enarbolada, con las armas de Portugal, y luego las de los castellanos arrastrándolas por el suelo; en cuya forma entraron en la catedral para ser allí colocadas (1). Un fraile de la órden de San Francisco, llamado Fr. Pedro, gran teólogo y afamado predicador, pronunció en seguida un sermon, cuyo tema era *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*; el que casi íntegro trasláda aquí el cronista.

CAP. XLIX. — *Dos votos que a Cidade fez pera sempre por remembrança desta batalha.*

Al siguiente dia, cuenta el cronista, se celebró una gran junta y consejo de la ciudad, en que se decidió que para perpetuar la memoria de la batalla se celebráran todos los años en el aniversario tres procesiones, la primera al monasterio de la Trinidad, la segunda al de San Francisco, y la tercera al de Gracia, marchando en ellas todos descalzos, celebrándose despues misas solemnes y sermon; y que ademas, debiendo atribuirse en gran parte el suceso de la victoria á la intercesion de San Vicente, patron de la ciudad, y al glorioso mártir San Jorge, se celebráran tambien procesiones en sus respectivas fiestas, en la catedral y en la iglesia de San Jorge.

(1) El estandarte real de Portugal y las banderas tomadas en tiempo de Don Alfonso II, en Barcarota y en el combate contra la escuadra cerca de Lisboa, se llevaron á Sevilla arrastradas igualmente, sin duda porque sería costumbre: despues se colocaron en la catedral, y lo mismo se hizo con las cogidas en la rota del almirante Conde de Barcellos.

Núm. 6.—Extracto sacado de la Crónica de los reyes de Portugal, por *Christovão Rodrigues Azinheiro*, en lo relativo á Don Juan I; tomo v de la Coleccion de inéditos de la Historia portuguesa, por la *Academia Real de Ciencias: Lisboa, año de 1824.*

.....  
 E dahi se partió El Rei cõ seu emxercito (e foi a Porto de Moz e dahi foi athalhar a el Rei de Castella amtre Leirea e hũ Lugar d'Alcobasa, que se chama Aljubarrota); e acemtou seu arraial, e aguardou li El Rei de Castella, aõde ordenaõ suas azes de parte a parte, et deraõ su batalha segũa feira, quatorce dias do mes d'Agosto da era de mil e trezêtos e oitêta e sinquo anos, bescora de Samta Maria d'Agosto.

Foi esta batalha mui cruamente ferida: finalmente foi vencido e desbaratado El Rei de Castella, e muitos grãdes de seus Reinos mortos e outra muita gemte. Era a gête d'El Rei de Castella nove mil de cavalo, e trinta mil de pé; e de Portugal mil e novecentos de cavalo, e novê mil de pé: e assim ouve o bom Rei Portugues a Viçoria tam grande, que eram sete pera hũ (1); e Deos vence.

(1) Siendo 39.000 los castellanos y 10.900 los portugueses, no sale la cuenta que dice de siete por uno.



## CAPÍTULO IV.

Exámen comparativo de los textos históricos, y estudio crítico  
de la guerra y batalla de Aljubarrota.

### SUMARIO.

Observaciones generales.—Apreciación numérica de la fuerza de ambos ejércitos.—Composición y organización en campaña de los dos ejércitos.—Identificación y reconocimiento del campo de batalla.—Movimientos, órdenes de batalla y accidentes del combate.—Consecuencias inmediatas de la batalla, y pérdidas sufridas por una y otra parte.—Reflexiones de crítica militar sobre esta guerra y batalla de Aljubarrota.

### OBSERVACIONES GENERALES.

Con los documentos y textos de las *Crónicas* presentados en el capítulo anterior, aunque no todos tan completos y circunstanciados como sería de desear, resulta, sin embargo, suficiente luz y un conjunto de detalles que permite, comparándolos y utilizando lo que otros escritores más modernos han consignado, formar idea bastante cabal de lo que aconteció, representar gráficamente la batalla, analizarla y deducir las reflexiones de crítica militar á que se presta.

No espere el lector una descripción particular del suceso, hecha á nuestra manera, imitando á los historiadores y novelistas que acostumbran engalanar sus libros con relatos interesantes, pero que casi siempre distan mucho de la verdad rigurosa y carecen de pormenores precisos para el estudio militar, que serian insoportables en una composición exclusivamente literaria. Abundantes son los buenos modelos que en este género ofrece la literatura moderna, y batalla hay, como la de Waterlóo, que ha inspirado elegantísimas y conmovedoras páginas; mas tambien motivó

libros concretos al estudio militar, como los de los tenientes coronales *Charrás* y la *Tour d'Auvergne*, que son de lo mejor que puede citarse entre las obras de investigacion y análisis crítico de operaciones militares.

Esos serian, por consiguiente, buenos ejemplos que imitar si el acontecimiento que nos ocupa perteneciera á reciente fecha; pero siendo imposible atenernos al mismo método por estar muy distante de nosotros el siglo XIV y ser más confusas muchas de las noticias militares de la Edad Media que las que tenemos de los griegos y romanos en la antigua, forzoso nos es separarnos algo y atenernos al exámen de las *Crónicas* para esclarecer y conciliar, si se puede, sus datos.

Todos los que lean relaciones de batallas contemporáneas, y aun los que oigan descripciones verbales de los testigos ó actores, notarán que rara vez se hallan conformes, y que hay divergencias muy marcadas que, por lo ménos, producen cierta confusion para comprenderlas y juzgarlas; y si esto acontece ahora, cuando son tantos los documentos oficiales y los escritos particulares, cuando están al alcance del público los mapas del país y los planos del terreno, ¿qué extraño ha de ser se adviertan diferencias en los pocos textos coetáneos que se conserven de las antiguas, y que llevados los historiadores sucesivos por la pasión, por su gusto, ó por un fin determinado, las presenten tan diversamente descritas y con juicios tan contradictorios?

Por fortuna, los relatos que tenemos de la de Aljubarrota, si no conformes en un todo, que eso sería aspiracion temeraria, lo son en los puntos principales, y sólo discrepan en cifras, en episodios ó detalles, que algunas veces pueden conformarse, como procuraremos demostrar.

Conocidos con la suficiente minuciosidad los movimientos de los dos ejércitos hasta la víspera de la batalla, estampados en el capítulo II, tiene éste por objeto el pormenor de lo sucedido en ella desde que cada uno levantó su campamento para encontrarse en la posicion donde la libraron; y como despues de los antecedentes, que es lo primero necesario para poder juzgar un acontecimiento semejante, exigese en orden correlativo la apreciacion de las fuerzas contendientes, su composicion ú organizacion militar, el reconocimiento del campo de batalla, los órdenes de formacion, las maniobras é incidentes que tuvieron lugar, y, por último, los

resultados y pérdidas experimentadas; así dividiremos la materia para proceder con la debida claridad.

#### APRECIACION NUMÉRICA DE LA FUERZA DE AMBOS EJÉRCITOS

Fué siempre costumbre la exageracion al señalar las fuerzas en las batallas, pues segun es de los vencedores ó de los vencidos el escritor, así se observa que sube el número de los contrarios y disminuye el de los suyos, ó vice-versa. Por semejante medio de exaltecer y popularizar la gloria llevando los hechos de armas hasta la más elevada hipérbole, viene á suceder, al cabo de tiempo, en el juicio racional de la posteridad, que nacem dudas sobre la verdad de los sucesos y que se tienen como leyendas creadas por la poesía popular ciertas batallas referidas con circunstancias prodigiosas y las asombrosas hazañas de algunos de los héroes más renombrados. Buen ejemplo es de esto lo que pasa con figuras históricas como Pelayo, Bernardo del Carpio y el Cid; y con batallas como las de Ourique y de Clavijo, que se niegan ó se rebajan infinitamente por sabios modernos, á causa, sobre todo, de la puerosa desproporcion que se supone entre los combatientes y del concurso inevitable de milagros en las titánicas empresas cantadas por los romances, que no se encuentran confirmadas por otras *Crónicas* y datos costúneos.

No tuvieron que apelar á esos resortes los primeros escritores portugueses y castellanos que trataron de la jornada de Aljubarrota: la superioridad de los segundos en el campo de batalla era evidente; y nunca la negaron; pero callando el señalar su número Ayala, ocasionó después en Portugal apreciaciones diversas, que lo elevaban en demasia para que resultara más brillante el triunfo. Con presencia de las principales valuaciones hechas por los cronistas é historisdores, trataremos de deducir la verdad aproximada de los efectivos presentes en uno y otro campo, prescindiendo de los guarismos absurdos que otros de ménos concepto les señalaron.

Pedro Lopez de Ayala, en su *Crónica* de D. Juan I, nada dice de la fuerza de los castellanos, y asigna á los portugueses 2.200 hombres de armas y 10.000 de á pié, lanceros y ballesteros, que hacen un total de 12.200 hombres.

La *Crónica* de Carlos VI, por los monjes de Saint Denis, da al



ejército castellano 10.000 hombres de armas, españoles, y 800 franceses; y sin señalar número á los portugueses, dice contaban con un refuerzo de sarracenos y con un pequeño cuerpo de mercenarios ingleses.

Juan Froissart, en su *Crónica* memorable, dice varias veces que los castellanos eran 20.000 de á caballo, cubiertos de armaduras, y 2.000 franceses, y asigna 10.000 hombres á los portugueses: mas en su segundo relato de la batalla habla de que los primeros tenían 7.000 lanzas en la vanguardia y 30.000 en lo restante del ejército, siendo los segundos 2.500 lanzas y 12.000 hombres de á pié; haciendo así los unos 37.000 en total, y 14.500 los otros. Eso no obstante, añade en cierto lugar que había cuatro españoles por un portuques.

Fernan Lopez, en su *Crónica* de D. Juan I, da á los castellanos 5.000 lanzas, contando con los franceses gascones y otros extranjeros, así como con los que de las guarrniciones y de la escuadra se unieron al ejército, 2.000 jinetes, 8.000 ballesteros y 15.000 peones; que forman en total 30.000 hombres, siendo además muy crecido el número de gentes que iban en el convoy, pajes, criados, acemileros, vivanderos, etc., etc.; y de los portugueses pone 1.700 lanzas, 800 ballesteros y 4.500 de á pié, que hacen en junto 7.000 hombres.

Cristóbal Rodriguez de Azinheiro, en la *Crónica* de los reyes de Portugal, asigna 9.000 caballos y 30.000 de á pié, ó sean 39.000 en total, á los castellanos; y 1.900 caballos y 9.000 infantes, ó sean 10.900 hombres en total, á los portugueses.

Duarte Nuñez de Leon, en su *Crónica* de D. Juan I de Portugal, pretende atenerse á lo consignado por Fernan Lopez como lo más exacto, pero, sin embargo, da á los castellanos 39.000 hombres y sólo 6.500 á los portugueses. Añade que algunos antiguos escribieron, y pasó de mano en mano, que eran 87.000 los castellanos y 11.000 los portugueses, contándose en ambas cifras á los pajes y gente de servicio.

El P. Purificacion, en la *Crónica agustiniana*, refiriéndose á un regimiento de la Cámara municipal de Lisboa, que servía de formulario para los frailes del convento de Nuestra Señora de Gracia en el sermón que debían predicar en el aniversario de la batalla, dice que los castellanos eran 30.000, y 5 ó 6.000 los portugueses; cuyos guarismos son, en efecto, los que se dan en

el sermón glosado de D. Diego Hurtado de Mendoza, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que supone predicado el 14 de Agosto de 1545 en dicho convento de Gracia.

El P. Mariana en la *Historia general de España* sólo dice que los portugueses eran 12.200 hombres (según Ayala), y que los castellanos mucha más gente.

La *Historia de España* por Ferreros da á los castellanos 30.000 infantes, 1.000 lanzas y 3.000 jinetes; y á los portugueses 8.000 peones y de 1.600 á 2.000 lanzas, ó lo que es lo mismo, 34.000 hombres á los primeros y de 9.600 á 10.000 los segundos.

La *Historia de España* por Dunham pone 34.000 hombres á los castellanos y 10.000 á los portugueses.

La *Historia de Portugal* por Damian Antonio Lemos Faria é Castro, 40.000 castellanos y 10.000 portugueses.

Soares da Silva, en las *Memorias del reinado de D. Juan I de Portugal*, se atiene á los guarismos de Fernán López, pero rebaja á 6.500 los portugueses; lo cual, sin saber por qué causa, siguen otros escritores de su país.

La *Monarquía lusitana*, parte 8.<sup>a</sup>, por Fr. Manoel dos Santos, pone 30.000 castellanos y de 10 á 11.000 portugueses, comprendiendo los pajes, gentes de servicio, etc., etc.

Coelho de Barbuda, en las *Empresas militares de lusitanos*, da 31.000 castellanos y 6.400 portugueses.

D. Antonio Feliciano del Castillo, en sus *Cuadros históricos de Portugal*, supone 36.000 castellanos y 8.000 portugueses.

Por último, D. Modesto Lafuente, en su *Historia general de España*, dice que los castellanos componían 30.000 hombres de todas armas, y que los portugueses eran en número muy inferior.

Según se ve, tenemos como principales datos los de Ayala y Fernán López. Es cierto que el primero omitió, casual ó intencionalmente, señalar la fuerza de los castellanos; pero al fijar la de los portugueses, se le debe dar crédito, por cuanto es el único de los testigos que nos ha legado pormenores, habiendo podido saberlos, á más de su propia valuación, por lo que le dirían durante la prisión los mismos vencedores.

El cronista portugués se muestra tan sensato cuando discurre sobre este punto de graduar las fuerzas de unos y otros, que, al

leerlo, se siente cualquiera inclinado á adoptar desde luego sus guarismos; pero no obstante, parécenos que exigen alguna rectificación, en particular respecto al de la hueste portuguesa, donde creemos incurrió algo en lo mismo que á otros censura, rebajando su número para que resulte más loable el vencimiento.

Nada tenemos que advertir sobre las apreciaciones voluntarias de las crónicas francesas ni sobre las anotadas de las demas obras, sino que puede encontrarse en algunas de ellas comprobacion y auxilio al raciocinio principal que vamos á hacer.

La carta de D. Juan I á la ciudad de Murcia de 10 de Enero de 1385 (documento núm. 1.º del capítulo anterior), pidiendo la gente que habia de aprestarse para la campaña inmediata, nos ofrece un recurso oficial para calcular el ejército que llegó á reunir el Rey.

Resulta por el detalle de aquel reparto, que la demarcacion de Murcia debia facilitar 301 soldados, de los que, 151 ballesteros y 150 lanceros ó piqueros (entre ellos 34 moros). Careciendo de la coleccion completa de las otras cartas que debió dirigir á todos sus reinos y señoríos, no se puede saber fijamente el número total del reparto; pero como entónces comprendian los dominios de la corona de Castilla, á más del reino de Murcia, á Leon, Galicia, Sevilla, Córdoba, Jaen, Algeciras, Molina y Vizcaya; y como esos requerimientos alcanzaban tambien á los grandes señores, á los prelados y abades y á las órdenes militares, para que acudieran con la gente respectiva de sus estados, hay lugar á establecer prudencialmente una conjetura, tomando por pauta la cifra conocida de Murcia. En el cálculo detallado que hemos formado, contando con la densidad é importancia de las poblaciones, con la diferencia que habia entre las provincias meridionales que facilitaban principalmente jinetes, y las demas que sólo daban lanzas y peones, y sin olvidar las circunstancias particulares de algunas que como fronterizas de Granada, de Aragon y de Navarra tenian que reservar siempre una parte de sus fuerzas á protegerlas, sacamos que el requerimiento general pudo ser del siguiente modo:

Por el servicio de lanzas de los señoríos de la corona, de los grandes señores y caballeros, de los prelados y de las órdenes militares. . . . .	8.000
Por los jinetes. . . . .	3.000

Por los ballesteros.. . . . .	15.000
Por los lanceros (ó sean peones con lanzas ó picaa). . . . .	16.000
TOTAL. . . . .	<u>42.000</u>

Pero de este cómputo general tenemos que deducir considerables bajas por varias y evidentes razones, de entre las cuales basta citar desde luego que habia ya levantadas algunas tropas puestas en actividad en la frontera de Portugal, en las plazas y castillos de aquel reino que se sostenian por Castilla y á bordo de la escuadra; y tambien que por efecto de las frecuentes agitaciones y de la rebeldía de ciertos personajes territoriales, ó por el temor de incursiones de los moros, como sucedió cuando el llamamiento para el sitio de Lisboa al contingente de Murcia, dejaban de acudir en crecido número ó se presentaban los cupos en el punto de asamblea con gran retraso y disminucion.

Ademas de eso, existian abusos y vicios inveterados para eludir el servicio, lo mismo en los pueblos que en los señores; como lo prueba lo que se dijo y ordenó en las córtes de Valladolid, inmediatamente despues del desastre de Aljubarrota, para que todos los hombres válidos de 20 á 60 años de edad, de cualquiera condicion que fuesen, estuvieran obligados, segun la calidad y riqueza de cada uno, á estar armados y á tener alardes cada dos meses, bajo fuertes penas á los que faltasen; y no bastando aún esas prescripciones, se hizo preciso volvieren á ocuparse con mayor empeño las córtes de Guadalajara de 1390, á tenor de lo que expresa el cronista Ayala en los siguientes renglones:

«Otro si, fué dicho al Rey por todos los Procuradores, é aun por algunos Caballeros, que una cosa se facia en el Regno donde recrecia gran servicio al Rey é daño al Regno, é á los Señores é Caballeros que lo consentian, que era ésta: que ome Caballero ó Escudero vasayo del Rey, que tenía del tierras por ciertas lanzas; llegábase á otro señor, que le daba otro tanto de acostamiento porque le acompañase con ciertas lanzas; é así las lanzas que el Rey cuidaba tener pagadas é ciertas, non las tenía; é con tal obra como ésta, quatro mil lanzas de castellanos que eran ordenadas para el servicio del Rey é defendimiento del Regno, se tornaban en la meatad, é eso mesmo contescia en los jinetes.»

Y por esos motivos, añade, se prohibió que el caballero ó escudero que tomase tierras del Rey para servirle con cierto número de hombres de armas pudiera tomar de otro señor tierras ni acostamiento, que era por lo que *avia acaescido mucho daño en las*

*guerras pasadas*; pues sucedia que cuando el Rey mandaba ir con él 300 ó 400 lanzas suyas ó de sus vasallos, dándoles nómina y cartas sus contadores, apénas se encontraban la mitad al llegar á la frontera, y ésas no bien armadas ni montadas, por cuanto algunos de esos tales vasallos pactaban con el señor con quien tenían acostamiento diciéndole le servirían á él con 10 lanzas y con otras 10 al Rey.

Añádase á estas consideraciones la de las sensibles pérdidas que ocasionó la campaña anterior, y la de no ser aquella guerra simpática en el país para mover los ánimos, y se adquirirá convicción sobre el fundado raciocinio que hacemos para sentar que costó mucho de los guarismos del reparto el de los que se presentaron en la hueste.

Al que tales reflexiones no le basten, que piense un poco en lo que actualmente acontece, no sólo en España, sino en las naciones que tienen mejor constituida su organizacion ó su sistema militar, y verá cuánto sobrepujan siempre los estados del reclutamiento general y las listas administrativas, del efectivo presente en los cuerpos, no ya en el campo de batalla, sino al verificarse la asamblea del ejército, al abrirse la campaña. Fácil nos sería presentar acerca de esto datos oficiales de algunas modernas guerras de Europa, que convencerian al ménos versado en la materia; pero nos parece ocioso, y es suficiente la indicacion para que se comprenda que si así sucede hoy, es innegable que en mayores proporciones tendria lugar en el siglo XIV, cuando se desconocian los principios de subdivision y organizacion de los ejércitos que despues hicieron progresar rápidamente el arte de la guerra, y cuando no existian los servicios constituidos de administracion y sanidad, que tanto contribuyen en éste á la regularidad de manutencion y asistencia de las tropas.

No será, pues, aventurado suponer que el máximo de fuerzas castellanas que acudieron á los puntos de reunion señalados, sería de unos 30.000 hombres de todas clases. Pero constando que un cuerpo numeroso y escogido, que se compondria principalmente de los contingentes de las provincias del Norte y algunos aventureros, no entró en Portugal con el Rey, verificándolo más tarde é independientemente bajo el mando del príncipe Carlos de Navarra, descartamos 6.000 hombres de aquella cifra, y nos quedan sólo 24.000. Hay, sin embargo, que agregar á éstos, 1.º, sobre

3.000 que es prudente creer se incorporasen en Celorico y durante la marcha, por haber llegado con posterioridad; 2.º, los 2.000 franceses auxiliares, en que casi todos convienen; 3.º, los caballeros portugueses que acompañados de sus gentes seguían la causa de doña Beatriz, que pueden graduarse, en conjunto, unos 1.000; y 4.º, los hombres de armas y peones que de las guarniciones que había en Portugal, de los adictos del país y de los desembarcados de la escuadra se unieron al ejército, los que no ascenderían de 2.000; con lo cual nos resulta un efectivo total de 32.000 hombres en el campo de batalla.

Aumentamos algo, como se ve, la cifra que da el cronista portugués Fernán López; pero á esto nos han conducido las reflexiones precedentes y una porción de minuciosos registros, comparaciones y conjeturas, sin olvidar la frase del Rey en su carta de llamamiento, de que *quería entrar muy poderosamente en Portugal*, y teniendo á la vista lo que dicen los historiadores sobre las fuerzas castellanas reunidas en otras ocasiones poco anteriores ó poco posteriores á Aljubarrota (1).

A ese efectivo del ejército debe aún agregarse el número crecido de los no combatientes, pajes, criados, acemileros, vivanderos y traficantes, conductores de carros y ganado, etc., etc.; el cual, por la composición particular de las tropas y por las costumbres de la Edad Media, solía exceder á veces de la mitad de los soldados, pues hasta iban familias enteras y multitud de mujeres de mala vida. En esta ocasión no pudo ser tanta esa clase de gentes, pero como se llevaba largo convoy y se recogieron en el país muchos carros y ganado, á más de los que se conducían

(1) En el proyecto militar que tenía D. Enrique II cuando le alcanzó la muerte, hacía el año de 1379, era su intento constituir *tres cuadrillas* (cuerpos de ejército ó divisiones), de las que, la 1.ª, bajo su mando, de 7.000 lanzas, 500 jinetes y 10.000 hombres de á pie; y las 2.ª y 3.ª, para el infante D. Juan, su hijo, y para el conde D. Alfonso, de á 2.000 lanzas, 1.000 jinetes y 10.000 de á pie; sumando en total 7.000 lanzas, 2.500 jinetes y 30.000 infantes. Con ese ejército y una gran flota en la mar, se proponía emprender sucesivamente campañas de cuatro meses contra los moros de Granada, hasta conseguir la conquista del reino.

El pedido de tropas que en 1406 hizo el infante D. Fernando á nombre de su sobrino el rey D. Enrique III, enfermo á la sazón, fué de 10.000 hombres de armas, 4.000 jinetes y 50.000 peones ballesteros y lanceros, á más de la gente de Andalucía. Y en 1420, ántes de convenirse Castilla en la paz perpétua con Portugal, se mandó aprestar un ejército, para en su caso invadir aquel reino, que debía constar de 8.000 lanzas y 30.000 peones.

de Castilla, es lieito contar por ese concepto unas 12.000 almas.

Hecha ya la valuacion del ejército castellano, pasemos á investigar la del portugues.

Durante el sitio de Lisboa del año anterior, dice Fernan Lopez que, pasada muestra en la ciudad, se hallaron hasta 2.000 lanzas y muchos peones y ballesteros; y al propio tiempo, ademas de la gente armada que rechazó en Porto al Arzobispo de Santiago, de la que ocupaba los castillos alzados por el Maestre de Avis, y de la embarcada en la flota, reunió Nufio Álvarez Pereira en el Alentejo para oponerse á Sarmiento, hasta 1.520 lanzas y 5.000 entre peones y ballesteros; de manera que el conjunto de fuerzas que sostenian la guerra contra Castilla pueda graduarse en 11 ó 12.000 hombres. Y si eso era entónces, ¿cómo se ha de suponer que al año inmediato, despues de la retirada de los castellanos, proclamado Rey el Maestre, propagado el entusiasmo por su causa, adquirido casi todo el país, y con tiempo suficiente para reunir y organizar sus secuaces, se presentára con la escasa hueste de solos 6 á 7.000 hombres á librar batalla, cuando podia hacerlo con más, y le constaba que aun así estaria en enorme inferioridad? Lo natural y lo que debe creerse es que para el trance á que se determinó valientemente, llevó lo más que pudo de soldados útiles y armados, y que pasarian de los que cuenta Lopez se infiere, no sólo por lo que acaba de indicarse respecto al año anterior, y por lo que el mismo cronista apunta en el capítulo XL, de que de los que pelearon en Trancoso llamó (aunque infructuosamente) más de 400 lanzas y 2.000 ballesteros y gente de á pié, sino tambien por otras indicaciones que en él y otros llamamos.

Cuando desde Guimaraes se trasladó á Porto el nuevo Rey, sabedor de que el de Castilla sitiaba á Elvas y amagaba invadir por el Alentejo, se llevó, como era consiguiente, el cuerpo de tropas con que habia operado entre el Duero y Miño; en Porto y en Coimbra, adonde luégo pasó, reclutó y llamó gente para que se le uniera, y se dirigió sobre el Tajo llevando 600 lanzas, segun Lopez, que omite á cuanto ascendia la infanteria. Froissart dice en su segundo relato, que supone dado en Lóndres por los embajadores portugueses, que sin embargo de que no acudieron todos los llamados, habria bien 2.500 lanzas, caballeros y escuderos, y 12.000 de á pié en la asamblea que se hizo en Coimbra; y aunque desde

luego nos parece exagerado ese número, entonces lo anotamos, como digno de memoria en este exámen. En Alemquer, refiere Lopez, se le incorporaron de Lisboa 100 lanzas y 21 ingleses; y después, estando en Abrantes, llegó Pereira del Alentejo con 600 hombres de armas, 800 ballesteros y 2.000 de á pie, esto es, muchísimo ménos de lo que en peores condiciones tuvo allí el año anterior.

Los ingleses y otros extranjeros asalariados, insiste Lopez en que eran unos 200; y lo mismo dice Froissart en la relacion ántes citada; pero encontramos que en otro lugar cuenta este que en la misma semana que se levantó el sitio de Lisboa llegaron tres gruesas naves con 500 soldados aventureros auxiliares, que procedían en su mayor parte de *Calais, Cherbourg, Brést y Morlaigne en Poitou*, los que embarcó en *Bordeaux* el mariscal de *Harpedane* para alejar de allí esa gente incómoda, encomendándolos á tres estudiantes ingleses llamados *Northbery, Morbery y Huguelin de Hancerelle*; bien que en otra parte, al hablar de los 200 extranjeros que se hallaron en la batalla, nombra también al alemán *Albert del ducado de Guerles*, al gascon *Guillaume de Montferrand* y á otro apellidado *Bernardou* (1). Debió equivocarse Froissart en la época que da al desembarco de los aventureros, pues Lopez nada consigna por entónces, al paso que refiere que en 2 de Abril se trabó en la boca del Tago un combate entre 10 galeras castellanas y dos buques que llegaban de Inglaterra con gente, armas y provisiones que lograron salvarse y desembarcar en Lisboa á los soldados ingleses, y que éstos se dirigieron enseguida á Évora para proveerse de cabalgaduras y ser empleados en lo que conviniera. Además, consta por la carta, que inserta, de un canónigo al Abad de Alcobaza, que en las barcas inglesas iban 200 lanzas y 200 flecheros; añadiendo que otra 3.ª banca más pequeña puso en tierra en Setubal 45 lanzas é igual número de flecheros; y que otra 4.ª nave con 300 hombres, mitad de lanzas y

(1). En el capítulo XLV pone Lopez entre los mueritos á *Bernaldon Sola*, que debe ser el mismo *Bernardou*, y además á *Martin Gyl de Coreias* y *Monsieur Isidro de Monferrara*.—Soarez da Silva dice que los primeros extranjeros recontrados por los enviados portugueses los mandaron desde *Piemont* á cargo de los tres jefes que nombra *Elaizabri, Trisinga y Gilho de Monferro*.—El mismo Lopez en otro lugar cita entre los extranjeros á *Bernaldin Menapor, Vulcom, Bader, Dila* y otros.



mitad de flecheros, arribó á Porto; de modo que, según este irrecusable dato, se contaban en Portugal, desde principios de Abril, 700 extranjeros auxiliares, que no es presumible se halláran ausentes de la hueste el día de la batalla. Fijálos en 500 el autor frances Mezeray; pero yo, en vista de los expresados datos, valúo de 700 hombres presentes ese cuerpo de ingleses y extranjeros aventureros.

De la gente que se pidió á los que pelearon en Trancoso, advierte Lopez que únicamente llegaron Juan Fernández Pacheco y Egas Coelho con 60 lanzas y 100 de á pié; y de Alcobaza dice que al día siguiente de la batalla se presentó un refuerzo; que por no ser ya necesario se le mandó volverse; pero Fr. Manoel dos Santos, en su obra *Alcobaza Ilustrada*, nos suministra muy circunstanciadamente noticia de que el Abad envió el día 13 á su propio hermano Martín *Dornellus* (de *Ornellas*) con 1.000 hombres, que se incorporaron en la hueste en Porto-Moz; y añade que durante la batalla se sitió el Abad con tres compañías en el puente de Chaqueda, cerca del Monasterio, como paso seguro de los castellanos si continuaban para Lisboa, á fin de disputarlo ú hostilizarles, ó bien para recoger los dispersos, como en efecto lo hizo; y que desde el día inmediato les facilitó á los vencedores toda clase de mantenimientos.

Teniendo presentes estas reflexiones y noticias, calculamos: 1.º, que al salir de Guimaraes debía tener el Rey de Portugal 4.000 hombres cuando ménos; 2.º, que la gente que reuniría en Porto, Coimbra, etc., hasta Alemquer, serian bien 2.000; 3.º, que de Lisboa se le incorporaron allí 121; 4.º, que el condestable Pereira condujo del Alentejo 2.900; 5.º, que en Porto-Moz el día 13 se unieron 1.000, procedentes de Alcobaza; y 6.º, que ántes de empezar la batalla se presentaron 162 de la Beira, cuyas cifras suman la de 10.183. Damos, por consiguiente, 10.000 hombres en total á la hueste portuguesa, sobre el campo de batalla, y graduamos en otros 3.000 los no combatientes que la acompañaban (1); conjetura que se acerca á lo que estampó Ayala, y pue-

(1) Fernan Lopez y los demas historiadores dicen que componian bastante número entre pajes, criados, familias, vivanderos, acemileros y conductores de carretas. Y el P. Teixeira, en la *Vida del condestable Pereira*, espresa que juntos formaban tantos como los hombres de armas, creyendo que esa multitud, precisa en

de conciliarse con lo señalado por Froissart, Azinheiro y otros escritores.

Otro indicio tenemos para presumir muy aproximado este cómputo en el repaso de las fuerzas que en distintas ocasiones presentaron los portugueses, según afirman sus mismos historiadores. En la famosa batalla de Ourique, 200 años antes, cuando los estados de Alfonso Enriquez apenas llegaban al Tago, convienen en que tuvo 12.000 guerreros; en Elvas y la ribera de Gaya, en 1382, tenía el rey D. Fernando más de 12.000 hombres, contando con 2.000 ingleses; en la campaña de 1387 contra Castilla llevaba D. Juan I de Portugal 9.000 hombres, entre lanzas, ballesteros y peones; y para su expedición á la conquista de Ceuta, en 1415, trasportó un ejército de 20.000 combatientes (1).

#### COMPOSICION Y ORGANIZACION EN CAMPAÑA DE LOS DOS EJÉRCITOS.

Tan diferentes eran los ejércitos de la Edad Media de los de la antigua Roma como de los de la Europa moderna, costando trabajo por eso entender y apreciar bien, militarmente, cualquiera narración de las batallas de un tiempo en que se peleó sin cesar. Guían algunos su juicio por lo que sucede y se ejecuta hoy con los actuales; inclínanse otros á buscar analogías con los de la antigüedad griega y romana, y no faltan quienes, negando entonces toda especie de arte y ciencia, deducan que sólo había prácticas rudimentarias, y que la fuerza ó el valor, y la destreza individual, jugaban en los combates el principal papel: piensan que se desdénaban ó se creían inútiles los conocimientos y reglas tácticas, y deducen habia completa ignorancia de métodos orgánicos y ad-

*campaña, pero inútil en la pelea, ocasionó que algunos escritores castellanos engañados por la apariencia, afirmasen que constaba de 12.000 hombres la hueste portuguesa.*

(1) En un registro que se halla entre varios papeles curiosos del archivo de la Torre do Tombo (Biblioteca Nacional de Madrid, Cc. 99) se lee lo siguiente: «Besteyros do Conto que habia em Alemtejo e no Reyno do Algarve no ano de 1423, reynando El Rey D. João ó 1.º»; pone en seguida la lista de los pueblos, con el número de ballesteros correspondiente, que suman 972 en Alemtejo y 194 en Algarve, y añade al final: «E cada hú destes he obrigado a ter 100 passadores » e dous dardos, e sendos becinetes de face, e mais naõ.» Por ese dato, que da 1.166 ballesteros solamente, puede bien inferirse que el total de la infantería, comprendido todo el reino, debia exceder de 15.000 hombres.

administrativos para reunir, mover, campar y dirigir en las batallas aquellas masas informes de guerreros á caballo, cubiertos de hierro, apenas secundados de unas turbas de infantes mal vestidos y peor armados de picas, arcos y hondas, que se mantenian á costa del país que tenía la desgracia de servir de teatro á sus operaciones, y que se disolvian al cabo de pocos meses.

Mucho hay de verdad en esto, es innegable, mas no sería exacto aplicarlo con igual rigor á todo el prolongado período de siglos que comprende la Edad Media, porque abundan los indicios y hasta las pruebas de que 200 y 300 años antes de los albores del renacimiento militar habia efectivos adelantos, mejoras, preceptos y doctrina en cuanto á la guerra se refiere. Era imposible se estacionase por tanto tiempo la barbaria, y que ejercitándose de continuo la guerra, ningun paso diera, ningun perfeccionamiento alcanzara; pero siendo grandísima la ignorancia en las letras fuera de los claustros, debian ser escasos los textos del arte, y se enseñarian ó transmitirían las reglas verbal y prácticamente, pues apenas queda memoria de algun escrito ó tratado especial anterior al siglo xv.

En las *Partidas* de D. Alonso el Sabio y en algunas *Crónicas* se encuentran datos y pasajes que revelan conocimientos militares; y respecto al material de guerra, sirven á demostrar sus adelantos las esculturas que aún subsisten, y las armas y piezas de armaduras que se conservan; pero la falta de obras relativas á la constitucion orgánica de los ejércitos y á sus preceptos didácticos envuelve en grande confusion y dudas al que se proponga desentrañar el asunto: por eso son escasas é incompletas las noticias que dan autores como el P. Daniel, Carrion Nisas, Bardin y el Conde de Clonard al ocuparse de la historia militar de los siglos medios, pues el último, á pesar de su competencia y laboriosidad, nos ofrece muy poco que aprovechar en su primer volumen, para comprender ó formar idea del ejército castellano en la época á que este trabajo se contrae, época en la que, no obstante, tuvo lugar una verdadera é importante reforma, lo mismo que en Portugal y Aragon, motivada por la guerra civil entre D. Pedro y D. Enrique, que trajo á la península franceses é ingleses de quienes se tomaron ó imitaron varias denominaciones, dignidades y usos de guerra, y se alteró el antiguo sistema, hijo de larga experiencia adquirida contra los moros. Nótese, en efec-

to; el cambio; comparada la batalla de Nájera con la del Salado, que puede considerarse semejante á la de las Navas de Tolosa, y es la última de las que se dieron segun las viejas costumbres de Castilla; mezcla particular de las reglas de caballería, generales en la Europa cristiana, y de los métodos de ciencia y práctica de la milicia oriental, importada y perfeccionada en España por los mahometanos (1).

Durante los primeros siglos de la reconquista todos acudían á la guerra, mejor ó peor armados, á caballo ó á pie, del mismo modo que lo verificaban por su ley los moros, y como todavía, con algunas limitaciones, se observa en las tribus árabes africanas; pero á medida que se fueron ensanchando y asegurando los reinos cristianos, debió introducirse alguna regularidad y no pocas excepciones en el llamamiento, hasta reducirse á número determinado que pudieran aprontar los pueblos y los señores, á quienes con esa obligacion se les posesionaba de tierras. Sirve esta consideracion á explicar las crecidas cifras que se asignan muchas veces á los ejércitos que contendian en la península, y porque despues de reducidos los moros á los límites de Granada y Málaga se nota son muy inferiores y hasta cortas, para lo que podian ser y para las del enemigo, como acontació en la célebre jornada del Salado.

De la seguridad y superioridad del reino de Castilla, y tambien de las necesidades del orden interior económico, surgió la reglamentacion de los repartimientos y contingentes, que dió lugar bien pronto á los abusos denunciados en las Cortes de 1385 y 1390; pero de todos modos fué un adelanto considerable y el origen de las conscripciones ó quintas, subsistentes aún para levantar los ejércitos (2).

Con presencia de estos antecedentes, auxiliados de las cartas

(1) No habiendo llegado á publicarse en el siglo pasado más que el primer tomo de la *Historia de la Milicia española*, por D. Joaquín Marín y Mendoza, y visto lá luz apenas algun fragmento de la *Historia de la Infantería*, que en éste trabajaba D. Serafin Estébanes Calderon, subsiste todavía una gran laguna en el estudio histórico-militar de España.

(2) En la ocasion que esto se escribe se trata en todos los estados de volver al sistema del armamento general obligatorio; quiere dejarse, por insuficiente y por otras causas, el que ántes se creyó un adelanto y verdadera mejora para los pueblos y para la milicia, substituyéndolo, en esencia, con el mismo que regia en los tiempos de mayor atraso en el saber humano, en los de más bárbaras costumbres, y en los que las guerras eran peleas, invasiones y devastacion.

de D. Juan I, de que se ha hecho mencion, de lo que indican las *Crónicas*, y de los datos que se hallan en otras obras, vamos á describir la hueste de Castilla en Aljubarrota.

El primer elemento de fuerza organizada y permanente que existia constituido era el de los *continuos* (llamados así porque recibian *cuantía*, ó *contínuos* por la *continuidad* de su servicio), cuerpo de lanzas ú hombres de armas, al que se unian en tiempo de D. Juan I algunos ballesteros á caballo, mantenido por el Rey á su inmediacion como guardia personal, y sacado en mayoría de sus villas y tierras señoriales: su número es regular variase segun las circunstancias, pero encontramos indicaciones de que sólo ascendia á unos 500 hombres, presentes, en las dos campañas de 1384 y 1385:

Viene en segundo lugar la institucion de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, que ademas de sostener constantemente porcion de sus caballeros y dependientes para proteger las fronteras y ejecutar continuas algaras ó excursiones contra los moros, acudian á la hueste Real con las gentes de sus respectivos maestrazgos cada vez que se abria una campaña; como sucedió en esta de Portugal, bien que no concurrieran sino fracciones de ellas en razon á que no era emprendida contra infieles; y por la necesidad de atender en todo evento á las comarcas limítrofes de Granada y al litoral de Andalucía, donde quedaba fresca memoria de la última invasion africana.

Todos los ricos-hombres de pendon y caldera, y los señores de la nobleza del reino profesaban el ejercicio de las armas y debian asistir al Soberano en la guerra, personalmente y con un número de lanzas determinado, segun sus tierras, y de los peones correspondientes, á que se llamaba *acostamientos*; los cuales, al reunirse la hueste, constituian el núcleo fuerte de batalla, que los cronistas castellanos designan con el título genérico de *lanzas* ú *hombres de armas*, y los franceses *gens d'armes*.

Las ciudades, villas y concejos incorporados á la corona, como los pueblos dependientes de prelados, abadías y monasterios que poseian jurisdicciones territoriales, estaban tambien obligados á acudir al llamamiento Real con lanzas, ballesteros, peones y jinetes, para cuyo reparto influian las circunstancias de localidad, la poblacion y otras condiciones del país, designándose por *mesnadas*, en lo antiguo, á esos contingentes.

Habian, ademas, formado parte muchas veces en los ejércitos castellanos auxiliares extranjeros que, como cruzados, venian á pelear contra los moros durante alguna campaña; mas desde el reinado de D. Pedro se verificó en otra forma y con distinto objeto, consecuencia natural de la revuelta guerra civil y de las alianzas que uno y otro hermano hicieron con franceses é ingleses. Don Enrique trajo las llamadas *grandes compañías*, bajo el mando del famoso Duqueschin; cuerpo numeroso de aventureros mercenarios, que tenian por oficio la guerra, y que, una vez terminada, eran insoportables por su excesivo coste y por los desmanes á que se entregaban, como gente averzada á la violencia y al pillaje; y Don Pedro se valió despues de la acreditada tropa de ingleses y gascones acaudillada por el Príncipe Negro. El triunfo definitivo de la Trastámara, y la necesidad que tuvo todavía para consolidarse en el trono, así como su gratitud para los que le ayudaron, le hizo conservar en Castilla algunos de esos capitanes y soldados extranjeros; y coincidiendo su estrecha alianza con el Rey de Francia, quedó establecida la costumbre de pedirle y reclutar tropas en su país cuando amagaba nueva contienda.

Entaban, pues, por elementos constitutivos del ejército que reunió D. Juan I para la campaña de Portugal en 1385: 1.º, el cuerpo de hombres de armas de su guardia personal, que haria subir el cuartel Real hasta 900, contando con los señores, pajes, donceles y demas servidumbre; 2.º, las lanzas y peones de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, que valuamos podrian ser escasos 2.000 hombres (1); 3.º, los hombres de

(1) En un escrito reciente del Sr. Barrantes se dice, en nota, que no se ha hecho todavía el debido estudio sobre las fuerzas que tenian obligacion de llevar á la guerra las órdenes militares; y como dato, que es aqui oportuno, expresa que, segun las definiciones y *actos capitulares* de la de Alcántara, resulta que *ademas de asegurar sus castillos y fortalezas con gente de sueldo y bien gobernada, tenia que servir al Rey con 156 lanzas*; añadiendo, como curiosos detalles, que *hayan de ir y vayan debajo el gobierno del comendador mayor de Alcántara, y en su defecto, del alcaide, y el comendador de Castil nuovo por alférez, para que lleve el pendon, de dicha orden, en el cual irá pintado de la una parte nuestro padre Sant Benito, y de la otra parte un crucifijo con las insignias de la Orden; ni más, ni ménos. Y todas las lanzas han de ser jinetas, á la costumbre y modo antiguo de Castilla, pudiendo llevar corazas de las antiguas, ó coracinas tranzadas, ó coscoletes de los desta tiempo, con mangas de malla y celadas ligeras; y que para distinguir sus caballeros en los trances de guerra, dispuso el Capitulo que vayan todos de una color y con una divisa de la Orden para que más conocidos sean sus hechos.*

armas, lanzas y peones de los grandes señores y caballeros, así como de los prelados y monasterios, que se calculan en la cifra de 12.000; 4.º, los contingentes de peones, ballesteros y piqueros, y de jinetes de las ciudades, villas y concejos, cuyo número total se gradúa en 14.100; y 5.º, el cuerpo de auxiliares extranjeros, de 2.000 hombres. Suman estos guarismos 31.000 combatientes, á que, agregados los portugueses que se dijo seguían la causa de Castilla, componen el total de fuerza, conjeturada en 32.000.

Ahora bien; examinemos lo que eran en detalle esos elementos y cómo se amalgaban ó fundían al reunirse la hueste.

Lo que se llamaba *lanzas* ú *hombres de armas*, lo mismo procedieran de la corona que de los grandes, de los señores é hidalgos, de las ciudades, villas ó monasterios, y de las órdenes militares, eran los caballeros, escuderos y soldados, montados y completamente cubiertos de armadura, cuya arma principal de combate consistía en la lanza. Llevaban los señores sus respectivos pajes y criados para los caballos de respeto, para los bagajes y servicio personal; y además, los que poseían vasallos y extensos dominios, presentaban, como se ha dicho, algunos peones y jinetes ligeros. Procede de ahí la confusión que se nota con frecuencia al ver citado el número de lanzas y al valuar el de la totalidad de la fuerza, puesto que cada hombre de armas ó cada lanza completa de las pedidas ó presupuestadas (*lance fournie*, decían los franceses) representaba en la hueste algunos combatientes y algunos no combatientes, que en Francia y en Inglaterra solía calcularse á razón de 6 por 1 á mediados de aquel siglo, pero que creemos no pasó en Castilla y Portugal de la de 3 por 1, cuando más.

Constituían la masa de infantería los contingentes que pueden llamarse populares, de las ciudades, villas y concejos, más los peones de los dichos señores territoriales, dividiéndose en dos clases distintas, ó armas como ahora decimos; los ballesteros y los lanceros; esto es, los que usaban ballestas y los de lanzas ó picas, bien que se interpolaban entre unos y otros los de simples arcos, chuzos y hondas.

Los jinetes que, según se ha expresado, procedían en su mayoría de las provincias andaluzas, eran una verdadera caballería ligera, especialidad militar por entónces en los ejércitos españo-

les á usanza é imitacion muy acertada de los moros, no sólo en las armas, traje y modo de cabalgar, sino en el sistema de las escaramuzas y mañas de sus ataques.

Habia, por consiguiente, en el ejército dos especies de caballería y dos de infantería; pero en la primera hay que distinguir que la principal, por lo numerosa, por lo bien armada y montada, y por componerse de la flor de los caballeros, que era el cuerpo de lanzas ú hombres de armas, no combatia ya solamente á caballo, pues, como se ha visto en el capítulo II en las acciones de Atoleiros y de Trancoso, y como se verificó en Aljubarrota, solian poner pié á tierra algunas veces al empeñar la batalla; costumbre que desde principio del siglo empezó en Europa (1), y que sin duda se introdujo en Castilla y Portugal en esta época por el contacto de las tropas inglesas y francesas. Siendo los auxiliares franceses tambien hombres de armas, debemos unirlos en esta division, y áun tal vez atribuirles la adopcion del método expresado.

Para formar idea suficiente del armamento defensivo y ofensivo usado por entónces en las distintas clases de combatientes de una hueste, parécenos oportuno copiar aquí lo que sobre el particular se estableció en las Cortes de Valladolid del mismo año 1385:

«Que todos, así clérigos como legos, de cualquier ley ó condicion que sean, » de 20 años á 60, tengan armas en esta guisa: todos los de cuantía que » tengan 20.000 maravedis arriba, arnes cumplido con cota e fojas ó pieza » con su faldon, e con cada uno destos, quixotes e canelleras é abanbrazo, e » luas, e bacinete con su canal, ó capellina con su gorguera, o yelmo e gla- » ve e estoque o facha e daga; pero los de Andalucía armas á la gineta, las

(1) Aunque muchos escritores militares prescinden de este detalle, ó le dan escasa importancia, merece considerarse como un paso evidente en ventaja de la infantería. Dicen algunos que fué en la batalla de Crécy donde por vez primera introdujo la práctica el Príncipe de Gáles, pero en la *Crónica* de Froissart puede verse que ya en 1327 la emplearon los ingleses guerreando contra los escoceses, y en 1328 contra los franceses en el amago de batalla que tuvieron en Buiron-Fosse, cerca de San Quintin. Las batallas de Crécy en 1346 y de Poitiers en 1356, fueron, en efecto, los casos más notables, así como en 1382 el de la de Rosbeoque, dada por el Rey de Francia contra los flamencos, de que da cuenta nuestro cronista Ayala, que se encontró en ella. En España no he leído que se emplease ese medio ántes de esta guerra de Portugal.

En el siglo siguiente continuó la misma práctica en Francia en muchas acciones de guerra, segun se lee en la *Crónica* de Enguerrand de Monstrelet al describirla batalla de San Remy-au-Plain, el año de 1412, entre los partidarios del Rey y del Duque de Orleans, y en la célebre de Azincourt, en 1415, entre los franceses é ingleses.



» que cumplieren para armar un hombre á caballo á la gineta.—Los de 3.000 maravedis arriba que tengan cada uno lanza e dardo e escudo e fojas e cota e bacinete de fierro sin canal, o capellina e espada o estoque o cuchillo conplido : e los que ovieren quantía de 2.000 maravedis arriba hasta 3.000 cada uno lanza e espada, o estoque o cuchillo conplido e bacinete o capellina e escudo.—Los de quantía de 600 maravedis á 2.000 maravedis, cada uno una ballesta de nuez e de estribera con cuerda e avancuerda e cinto e un carcaxe con tres docenas de pasadores.—Los de quantías de 400 á 600 maravedis, cada uno lanza e un dardo e un escudo.—Los de 200 á 400 maravedis, una lanza e un dardo.—Y los que no tuvieren 200 maravedis, aun- que no tengan sino sus cuerpos, sean tenudos a tener lanza e dardo e fonda, si fueren sanos de sus miembros.»

Si en tiempos anteriores faltaba la subdivision por institutos y sólo habia la correspondiente á las distintas mesnadas ó cuerpos acaudillados por los respectivos señores, es indudable que en la hueste de D. Juan I iban por separado las especialidades ; mas no tenemos conocimiento exacto de la particion orgánica de cada una. Lo regular y probable es que se compusieran de compañías ó escuadrones en que fuesen juntos los de una misma procedencia, así en los hombres de armas y en los jinetes, como en los peones, ballesteros y piqueros, sin atenerse á la regularidad precisa numérica en centurias, sino en los casos que eso fuera posible ; y luégo, dentro de las compañías, parece que habia pelotones ó cuadrillas, que tambien se decian decurias por componerse de diez individuos. De todas maneras, aunque esta base de division orgánica del ejército por institutos era ya de grande adelanto, adolecia del defecto capital, respecto á la infantería, de que no la mandaban los señores y caballeros en quienes se reunia en aquella época el prestigio de la autoridad con el mejor conocimiento y práctica del oficio ; pues reunidos éstos en su mayor parte en la masa de hombres de armas, quedaban los infantes á cargo de sujetos elegidos entre la multitud, que si bien se buscaban de ciertas condiciones y experiencia, no podian tener sobre el soldado la influencia moral necesaria.

El mando supremo residia siempre en el Monarca, cuando asistia en persona, como en esta campaña, secundado en primer lugar por el Condestable y los mariscales ; dignidades de reciente creacion que introdujo D. Juan I en 1382 en copia de Francia, segun acababa de hacerlo poco ántes en Portugal el rey D. Fernando, y segun los habia ya introducido tambien el de Ara-

gon (1); pero que no vemos que en esta jornada se acreditaran en sus funciones, á juzgar por el resultado deplorable que tuvo la mala direccion del ejército, como lo reconocia el mismo Rey al decir en su carta que la dolencia le impidió *entender ninguna cosa del campo*, como cumplia á su servicio. Elegido probablemente para Condestable el marqués de Villena, por su sangre real más que por su mérito militar, en nada se distinguió en las dos campañas de Portugal; y muertos en el sitio de Lisboa los dos primeros mariscales, perecieron en Aljubarrota los segundos, mostrando más valor que pericia, justificándose así lo que en el Consejo que se dió al Rey en Ciudad-Rodrigo para disuadirle de su empresa pone Lopez de Ayala, que *habia pocos ó ningunos caudillos en la hueste que pusiesen en ella recabdo cual cumplia, porque los que la sabian ordenar eran muertos en la pestilencia que fuera sobre Lisboa, . . . . .* y que los capitanes que entonces tenía eran mancebos que no se habian visto en guerras nin en batallas.

De todas maneras, tenemos que, despues del Rey, debia ser el Condestable marqués de Villena el segundo jefe del ejército (caso que asistiese), correspondiéndole las funciones que actualmente

(1) En el título expedido al primer condestable D. Alonso, marqués de Villena, hijo del infante D. Pedro de Aragon, se dice que ese oficio *es propriamente ordenado para los fechos de las guerras é de las armas, o para regimiento o buen ordenamiento de las gentes de armas*; fundando la necesidad de crearlo, en la guerra que iba á emprenderse en Portugal contra el Rey y los ingleses sus enemigos, para la cual *habia ayuntado todo en poder*. Los dos mariscales que nombró igualmente D. Juan I fueron Ferrand Alvarez de Toledo y Pero Ruiz Sarmiento. Siendo conocidos esos títulos, impresos varias veces, sólo añadiremos que el primero, ó del Condestable, está fechado en Ciudad-Rodrigo á 6 de Julio de la era de 1420, que corresponde al año de 1382 de la de J. C., puesto que en Castilla no se adoptó la reforma de contar por ésta hasta 1383, mientras en Aragon regia desde 1380, y en Portugal se prolongó hasta 1422.

El primer Condestable de Portugal, nombrado por el rey D. Fernando, fué Alvaro Pires de Castro, conde de Arraiolos, en el mismo año 1382, aunque ya de antes es citado ese cargo en el *Regimiento de D. Dionis para os officiaes de guerra*.

La *Nobiliarchia Portuguesa* se expresa así acerca de tal dignidad: *O Condestable he o melhor offiço, e da mayor honra, e estado que ha na houte, tirando aquelle que he Senhor della; porque segundo he geral, e antiga usança da Guerra, á elle pertence ir na vanguarda, e ter o Regimiento della, e se outro Senhor do mayor estado hi nom for; e ainda a elle pertence a governaçom nas mayores, e mais assindas cousas que na houte ajam de ser feitas*. En la *Monarquia Portuguesa*, parte VIII, se insertan íntegros los diplomas del Condestable y del mariscal.

pertenecen al jefe del Estado mayor general, dirigiendo las marchas, el establecimiento de los campos y la ejecucion de las disposiciones de combate: los dos mariscales Diego Gomez Manrique y Pero Gonzales Carrillo le seguian en categoría militar para secundarle y tomar en persona el mando que les designára: D. Pedro, hijo del Marqués de Villena, los Maestres de las órdenes de Calatrava y de Alcántara, D. Pedro Alvarez Pereira y Don Gonzalo Nufiez de Guzman, el almirante D. Juan Ferrandez de Tovar, el adelantado mayor de Castilla, Diego Manrique; el mayordomo mayor del rey, D. Pedro Gonzales de Mendoza y su hijo D. Diego Hurtado, que segun Fernan Lopez, llevaba la bandera Real, haciendo de alferez mayor del Rey (1), D. Pedro Diaz de Iveas, prior de San Juan, los hermanos Alvaro y Ferrand Gonzales de Sandoval, el cronista Pedro Lopez de Ayala, el portugues conde D. Juan Alfonso Tello, y los caballeros del cuerpo auxiliar de franceses, Juan de Ria, Boil, Regnaud du Solier (dit Limosin), le Sir de Bearn, Geoffroy Richon y Geoffroy de Pertenay, eran los principales capitanes que figuraban en la hueste.

Para los detalles del servicio de campaña, como circular las órdenes, auxiliar á los caudillos ó generales, descubiertas, parlamentos, etc., etc., empleábanse los caballeros jóvenes é hidalgos de modesta posicion, los escuderos y donceles, ó algunos hombres de acreditada experiencia y bien montados. Respecto á lo que ahora se conoce por personal administrativo, sólo consta que acompañaban al Rey los *Contadores de sueldo*, que equivalian, por sus atribuciones, á una especie de comisarios é intendentes: ellos cuidaban de constatar el número de lanzas y soldados con que cada contingente se presentaba en la hueste, y les abonaban por nómina los salarios señalados; siendo ellos tambien, probablemente, los que entenderian en las exacciones de víveres, bagajes y demas recursos sacados de los pueblos, como de la distribucion correspondiente. Del servicio sanitario ninguna indicacion hallamos en las *Crónicas* castellanas; pero teniendo presen-

(1) Soares da Silva dice que Pedro Lopez de Ayala era el que servia entónces de alferez mayor y llevaba la bandera real, dándole ademas los cargos de copero mayor, aposentador mayor, canceller mayor y alcaide de Toledo. Juan de Velasco, segun el mismo escritor, era el primer paje del Rey y al que le llevaba el bacinete; pero como Froissart nombra á un tal *Herez* respecto á lo último, sólo debe considerarse á Velasco como al jefe de la guardia personal del Rey.

te que la portuguesa de Fernan Lopez dice que los castellanos tenían algunos facultativos en el sitio de Lisboa, lo que ratifica la carta de D. Juan I, copiada en el capítulo II, cuando, al hablar de la enfermedad de la Reina, expresa que *todos los físicos la desahperaron por muerta*, demuestra que no faltarian en esta campaña, mayormente estando reciente la experiencia de su utilidad, algunos maestros en el arte de curar, judíos tal vez, que eran por entónces los que le ejercian, lo mismo que los cargos de tesorería y cuenta y razon. Nada dice Ayala tampoco sobre los eclesiásticos que fuesen en el ejército, mas es indudable que no podian faltar; porque es sabido que en todas las guerras y batallas anteriores figuraron en gran número; porque era imposible desatendiera el Rey, en su conocida piedad, el concurso y asistencia religiosa, y porque así se infiere de llevar una capilla de campaña: Fernan Lopez habla de dos obispos y varios frailes predicadores, y no tenemos la menor dificultad en admitirlo por cierto.

El material del ejército, segun dicho Fernan Lopez y los demas historiadores portugueses, únicos que dan de esto noticia, consistia en un tren de 16 piezas de artillería, *truenos y bombardas*; setecientas carretas y muchísimas acémilas, en que se llevaban víveres, armas y equipajes, y más de ocho mil cabezas de ganado entre bueyes, vacas y ovejas, siendo tanta la gente de servicio, que la vista de la hueste *era espantosa cousa de ver*.

Algo abultado conceptuamos el número de las carretas, pero aunque se rebajase á la mitad, siempre quedaria con ellas las acémilas de carga y el ganado, una considerable *impedimenta*, un convoy enorme, que atendiendo á los malos caminos y á lo accidentado del país, debia causar embarazo en las marchas y prolongar extraordinariamente la columna.

La presencia de un tren de artillería en este ejército, que Fernan Lopez es el único que la consigna, pues de él lo tomaron los demas escritores portugueses, exige que nos detengamos en una corta disertacion.

Desde luego resalta la extrañeza de que nada indique Ayala sobre un punto tan importante, que no podia pasar desapercibido; pero es aún más raro que el prolijo Froissart guarde silencio en el relato que tuvo de los caballeros franceses y en el que tomó de los portugueses, siendo de advertir que ese mismo silencio, al des-

cribir la batalla de Crecy, hace dudar á muchos inteligentes de lo que pone la *Crónica de Saint Denis* acerca de las bombardas que allí presentaron los ingleses; porque no se comprende omitiera ese detalle un autor que cuidó de señalarlo en Calais, Romorantin, Saint Valery y otros ataques de puntos fuertes desde 1340 á 1378. No puede ser aquí nuestro objeto distraernos en recordar la invencion de la pólvora, el origen y progreso de la artillería en los sitios y batallas, materia complicada que ya ha dado lugar á serias investigaciones (1); pero interesaria dilucidar bien si en efecto hubo en Aljubarrota las piezas que señala Fernan Lopez, porque ése sería el primer caso de su presencia en España en un campo de batalla, cosa que importa á la historia militar, por más que su utilidad fuese nula en aquella ocasion. A la circunstancia de no hacerse la menor indicacion por los cronistas é historiadores españoles y franceses, hay que añadir que tampoco se encuentra en los autores especiales del arma que se ocuparon de su estudio progresivo, de lo cual colegimos que no es bastante el aserto de Fernan Lopez para admitirlo como positivo, mientras no se presenten otras pruebas, pero que tampoco es prudente negarlo en absoluto, por la respetabilidad del cronista y porque consta que para entónces se habian empleado ya muchas veces bombardas y truenos en la defensa y ataque de plazas, y aún á bordo de los buques; debiendo, por consiguiente, existir en Castilla algun material de esa clase, que pudo llevarse en el ejército, destinado para las murallas de Lisboa más que á emplearse en la batalla. Vale tambien á esta conjetura el ver que en el pedido hecho por el infante D. Fernando á nombre de su hermano Don Enrique III para la guerra de Granada en 1406, se habla de *sete gruesas lombardas é otros cient tiros de pólvora no tan grandes*;

(1) Pueden consultarse acerca del particular, entre muchas otras obras, las siguientes: *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente*, por D. Vicente de los Rios; Madrid, 1805. *Memoria sobre a antiguidade do emprego da artilharia em Hespanha e remota data da sua introducao em Portugal*, por Francisco Freire de Carvalho; Lisboa, 1844. Bardin, *Dictionnaire de l'Armée. Étude sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, par l'empereur Napoleon III. *Histoire des progrès de l'artillerie*, par le general Favé. *Armes de guerre et batiments cuirassés*, par Luis Figuier, extraits de *Merveilles de la Science*. Y el excelente artículo *Artillería*, en el *Diccionario militar español*, empezado á publicarse por el coronel D. J. Almirante.

así como que para el sitio de Seteniel al año siguiente, se dispuso un tren de varias grandes *lombardas* con *cureñas*, de otras de *fuslera* y de diez y seis truenos, según explica la *Crónica* de Don Juan II.

Las primeras bombardas ó lombardas que se usaron en aquel siglo eran de pequeño calibre, pero hacia 1370 ó 1378 parece que figuraban otras gruesas para disparar balas de piedra hasta de 200 libras de peso, formadas de barras de hierro unidas entre sí y forjadas con cinchos del mismo metal, que se colocaban en toscos afustes para servirlos, y se conducían en carretas con muchos pares de bueyes. De esta clase deberían ser las que tenían los castellanos en Aljubarrota, á creerse lo que asienta Lopez, pues, aunque lo dudemos, nos es preciso utilizar sus datos para la explicación de la batalla y para representarla gráficamente. Una observación, sin embargo, se nos ocurre aún, un indicio que apoya nuestra duda; el cronista portugués, que se detiene á enumerar las banderas, los oratorios y demas despojos cogidos en el campo después de la victoria, se olvidó de citar los truenos y bombardas que allí debieron quedar sin la menor duda; nada vuelve á hablar de ellas en adelante, ni consta en ningún autor qué se hicieron; siendo probable que el Rey las hubiese llevado luego á los sitios que emprendió, y que no habría dejado su panegirista de expresar que procedían de los trofeos de la *batalla real*, como lo hizo al mencionar la tienda de campaña que se armó para celebrar la conferencia y tratado de alianza con el Duque de Lancaster.

Terminadas las consideraciones referentes á la composición del ejército castellano, pasemos ahora á las del portugués.

Semejantes en un todo las instituciones de los dos reinos vecinos, lo eran también en su organismo y prácticas militares, hasta que en tiempo de D. Fernando, con motivo de su guerra contra Castilla y de la llegada de los ingleses del Conde de Cambridge, introdujo aquel Monarca notables reformas para extender y regularizar las fuerzas populares ó contingentes de las ciudades, villas y concejos, para mejorar y uniformar su armamento y para que tuviesen frecuentes alardes; creó los cargos y dignidades de condestable y mariscal, que llevaban consigo variación radical en el régimen y ordenamiento del ejército, y desplegó extraordinaria actividad en levantar el nuevo recinto de fortificaciones de Lis-

boa, así como los de otras plazas y castillos, que puso en buen estado de defensa (1).

Conociendo el error de no tener siempre prontas las milicias del reino cuando la invasion de D. Enrique de Castilla en 1372, ordenó al año siguiente que en todas las comarcas se hicieran nuevas *apurações*, ó listas circunstanciadas de las gentes, para deducir cuántos eran los hombres capaces de servir en la guerra y cuántos los mancos que morasen con soldada para acudir en casos de aprieto; mandó que los fidalgos tuviesen cierto número de lanzas disponibles para presentarse al ser requeridos, y que todos absolutamente contribuyesen para la provision de armas, caballos y pertrechos. Respecto á las armas, debian ser otras en adelante ó mejoradas las antiguas, en esta forma: de los *combates* se harian *jaqueta* ó *jaque*; de la *leriga*, *cotta*; de la *capellina*, *barvuda con camalho*, y así para que un soldado estuviese bien armado tendria *barvuda con su camalho, e estefa, cotta, jaque, caxates, canelleiras francezas, luvas ó manoplas, estorruque, daga e grave*; los de á pié, de 20 años para arriba, *fundla, lanza y dos dardos*, por no ser necesario al escudero, pues que trae *escuma y lanqa*, pelear con dardo; otros, de á pié tambien, que llamaban *fundeiros*, tendrian cada uno dos *fundas fustes*, que se apellidaban *de manguella*, y otras dos *fundas de mano*. Para atender á completar ese armamento, para la compra de caballos y para reposición de los que muriesen, se previno que del 5.º real de las cabalgadas y presas tomadas al enemigo se dedujera y depositase la décima parte, destinando al mismo fin el producto de ciertas multas.

Segun se desprende del ordenamiento militar de D. Fernando, eran los elementos de fuerza que habian de componer la hueste, los *hombres de armas* ó *lanzas* y los peones ó infantes; los primeros, aunque no todos habian de ser precisamente caballeros y fi-

(1) Además de lo que dicen las *Crónicas* portuguesas de los reyes D. Fernando y D. Juan I, encuéntranse sobre esto pormenores interesantes en la parte 8.ª de la *Monarquía lusitana*, por Fr. Manuel dos Santos; en el *Mappa de Portugal*, por Juan Bautista de Castro; en el notable *Regimiento da guerra* del rey D. Alfonso V; en las *Noticias de Portugal* por Manuel Severim de Faria; en el *Almanaque do exercito* en 1855, por Luis Travassos Valdez; y sobre todo, en la *Memoria estatístico-histórico-militar*, por Antonio Joaquim de Gouvea Pinto. También se dan varios detalles extraídos de esas obras en la introducción del tomo primero de la reciente publicada *Historia da Guerra civil e do estabelecimento do governo parlamentar en Portugal*, por Simão José da Luz Soriano; Lisboa, 1896.

dalgos, deberían sí estar montados y provistos de las piezas de armadura correspondientes, con lanza, espada y escudo; y los de á pié con *dardos, fundas, ballestas, viroteos, paos tostados* y otras semejantes armas que llamaban *armatoste*, esto es; *de arremego*. La caballería ó hombres de armas constaba de los que pertenecían directamente á la Corona, de los señores particulares y de las órdenes militares de Cristo y de Avis, organizándose, al reunirse, con cierto orden de preferencias establecidas, lo mismo que en la infantería los contingentes respectivos bajo las banderas de los señores, villas y ciudades, á la manera que las cofradías, gremios y hermandades se colocan en las procesiones, pues para ello había fueros reales que designaban el lugar y privilegios de cada uno.

La division que surgió en el país á la muerte del rey D. Fernando desconcertó en gran manera todas sus disposiciones y organismo militar, rompió el enlace que tenían con el jefe del Estado las dos órdenes militares, interrumpió la dependencia directa de los que gobernaban en las comarcas, en las plazas y castillos, y cada municipalidad obraba segun sus simpatías en los primeros momentos, ó aguardaba con cautela para decidirse por el partido que la convenia seguir; mientras una parte muy principal de la nobleza, con sus tierras, villas y castillos, se mantuvo fiel á la causa de doña Leonor y doña Beatriz, ó sea la de Castilla.

Fácil es comprender la confusion que originaria semejante estado de cosas, y por eso sube de punto el mérito que adquirió el jefe del movimiento al organizar la resistencia, secundado por Nuño Álvarez Pereira, por Juan das Regras, por el Arzobispo de Braga y por sus demas compañeros, levantando el espíritu del pueblo hasta inspirar ciega confianza á sus soldados, para presentarse en campo abierto ante un enemigo superior y mejor constituido.

La escasez de caballos, y el hallarse retraidos ó en el campo contrario muchos de los señores portugueses, influyó para que la masa de los hombres de armas fuese más reducida, y que no todos estuvieran montados y con armaduras; carecia la hueste de los jinetes ó caballería ligera en forma que constituyese cuerpo; y siendo de infantería la fuerza principal, no estaba tampoco completa y uniformemente armada: sólo los auxiliares ingleses, venidos de asistir á las guerras de Francia y veteranos de la batalla de Poitiers, es de inferir se presentaban en perfecto arreo, como



diestros ballesteros casi todos, de los que tanto daño causaron y tanta celebridad adquirieron en aquella jornada, como los prusianos recientemente, con el fusil de aguja, en la de Sadova.

Después del Rey, que llevaba el superior mando y á cuya inmediación, con los que formaban su consejo y gobierno, iban los pajes, gente de servicio y una guardia personal, que por algunas indicaciones de la *Crónica* parece consistía en cien ballesteros (1), seguía en el orden jerárquico el condestable Nuño Álvarez Pereira, que desempeñó las funciones del cargo con todo el rigor que expresaba el diploma de esa dignidad, y con tal acierto y tanta ayuda de fortuna, que bien merece se le adjudiquen y comparta con el soberano los laureles de la victoria. Mem Rodríguez, Ruy Mendez de Vasconcellos y Anton Vasquez eran los capitanes portugueses que figuraban luego en la hueste, así como los extranjeros Juan de Monferrara ó de Monferrat, Martin Paulo y Bernardom Sola.

La totalidad de la fuerza se componía, según dejamos asentado, de 10.000 combatientes entre lanzas ú hombres de armas, ballesteros y peones, y contando con los auxiliares ingleses.

El convoy ó impedimenta se puede valuar en unos 3.000 hombres no combatientes, á pesar de que muchos de ellos, como sucedía en los castellanos, iban armados de chuzos, arcos y hondas; y además en cierto número de carros, acémilas y ganado.

Recapitulando ahora lo que va expuesto, presentemos el cuadro conjetural de la composición y fuerza de cada una de las dos huestes.

(1) Para el servicio personal á la inmediación del Rey, existía de muy antiguo el cargo de *Guarda mayor*, que se confiaba siempre á uno de los fidalgos principales, y tenía bajo su mando otros veinte nobles caballeros que acompañaban al Monarca en paz y en guerra, dándole guardia en palacio y dentro de su misma cámara.—En la *Crónica* de Fernán López se dice varias veces, y una de ellas cuando el Rey fué á Guimaraes para cumplir una promesa después de la batalla de Aljubarrota, que iban con él de escolta cien ballesteros.

## HUESTE CASTELLANA.

CLASIFICACION.		NÚMERO de comba- tientes.	NÚMERO de no com- batientes.
CUARTEL REAL.	El rey D. Juan I con sus donceles, pajes, criados y escolta; los señores de la servidumbre y altos empleados; obispos, clérigos, contadores de sueldo y gentes de servicio personal. . . . .	900	600
	El condestable de Castilla, los mariscales y personajes notables castellanos y portugueses, con la masa de caballeros, escuderos y soldados u hombres de armas, más los pajes, criados y gentes de servicio. . . . .	8.500	5.000
CUERPO GENERAL DE LANZAS.	Caballeros, escuderos, hombres de armas y gente de servicio correspondiente á las órdenes militares de Santiago y Calatrava. .	1.200	700
	Caballeros y escuderos, hombres de armas franceses, con sus pajes y gente de servicio. . . . .	2.000	1.000
CUERPO DE HUEYES.	El maestro de Alcántara con algunos caballeros de la misma orden y la masa de jinetes. . . . .	2.300	500
	Masa de los ballesteros castellanos y algunos portugueses, en su mayor parte á pié, procedentes de las ciudades, villas y concejos, de los grandes señores, abadías y preladados. .	7.300	1.000
PEONADA O CUERPO GENERAL DE ANTERIA- CONVOY.	Masa de peones lanceros ó piqueros, de todas procedencias. . . . .	9.800	1.000
	Pajes, criados, conductores de bombardas, carretas, acémilas y ganado; vivanderos, mercaderes. . . . .	»	2.200
Totales. . . . .		32.000	12.000

## HUESTE PORTUGUESA.

CUERPO PRINCIPAL DE LANZAS.	CUARTEL REAL.	El rey D. Juan I con sus ministros, pajes, escolta y gentes de servicio. . . . .	200	150
		El Condestable de Portugal con los principales caballeros y escuderos, y hombres de armas, más los pajes y gente de servicio. .	1.900	1.000

CLASIFICACION.		NÚMERO de comba- tientes.	NÚMERO de no com- batientes.
PENADA.	Cuerpo de auxiliares ingleses, ballesteros en su mayor parte. . . . .	700	300
	Masa principal de infantes, ballesteros y lanceros ó piqueros. . . . .	7.200	500
CONVOY.	Pajes, conductores de carretas, de acémilas y ganado, vivanderos, etc., etc. . . . .	"	1.050
Totales. . . . .		10.000	3.000

## IDENTIFICACION Y RECONOCIMIENTO DEL CAMPO DE BATALLA.

Puede haber dudas y distintos pareceres acerca de los puntos que acabamos de tratar, es decir, sobre el verdadero efectivo de fuerza que presentaron los dos ejércitos, y sobre su composicion orgánica; pero no sucede así afortunadamente respecto al terreno en que combatieron, pues en ninguna de las batallas antiguas está más conocido y con evidencia identificado, sin que sean posibles otras opiniones ni surjan diversas conjeturas.

En su preciosa carta á la ciudad de Murcia nos ofrece el Rey de Castilla la primera y exacta descripcion del campo de batalla: *Ellos se pusieron aquel dia, desde la mañana, en una plaza fuerte entre dos arroyos, de fondo cada uno de diez á doce brazas, y cuando nuestra gente ahí llegó, y vieron que no les podían acometer por allí, hubimos todos de rodear para venir á ellos por otra parte, que nos pareció ser más llano.*

Pedro Lopez de Ayala, testigo y actor importante en el suceso, dice así en su *Crónica*: *Evínose (el Rey de Portugal) para otro lugar, que dicen Puerto de Moas, é puso su batalla á dos leguas dende en una plaza que de las dos partes era llana, é de las otras dos partes habia dos valles; y luégo añade que el de Castilla se puso cerca dellos en un campo llano, é ordenó su batalla.*

El Rey de Portugal, en la carta de donacion que hizo á la órden dominicana del monasterio que edificaba en memoria de su triunfo, expresa que fué entre Leiria y Aljubarrota, y en su testamento consigna que ese monasterio, levantado á honor de la Virgen, cuya víspera era el dia que le concedió la victoria, lo mandó fundar cerca del lugar en que ocurrió. En el epitafio que-

tiene su magnífico sepulcro se lee también que la batalla aconteció junto al convento.

De Froissart en su primera relación, aunque confusa y llena de errores, se desprende que los portugueses se establecieron cerca de Aljubarrota en una colina rodeada de grandes árboles, de setos y matorrales; que era lugar fuerte y cómodo de fortificar, como dice lo hicieron con talas y zanjas; añadiendo, al referir el ataque, que el sitio por donde se verificó no era ancho, y que sólo por allí podía investirse: *c'estoit qu'on ne les pouvait approcher, fors par un pas*. Y en la segunda, que pone en boca del embajador portugués en Londres, expresa que separaba un pequeño foso á los contendientes: *entre nous & eux avoit un fossé, & non pas si grand qu'un chevalier ne peut bien passer, & saillir outre*.

El cronista Fernán López dice que partió su Rey de Porto de Mos á establecer el campo, *hu despois foy a batalha, que he dahi hũa pequena legoa*; y luego añade que cuando llegaron los castellanos y vieron situados á los portugueses *na estrada, hu ora he feita a Igreja de Sam Jorge*, no quisieron pelear de frente, y tomaron hacia Aljubarrota por la parte que *he contra o mar*.

A éstos tan buenos datos del Rey de Castilla y de los primeros cronistas debemos añadir otros no menos claros y precisos.

En la *Crónica* del rey D. Duarte, sucesor de D. Juan I, por Roy de Pina, al describir la conducción del cadáver de éste á su enterramiento del monasterio de Batalha, dice que la última jornada fué desde Alcobaza, en el mismo orden y ceremonial observado desde Lisboa, *e em chegando a a hermita de Sam Jorge, onde foi a batalha, acharam ja hy os cavallos assi guarnecidos e aparelhados.....* Y en iguales términos se expresa Gómez Rannes de Azurara en la tercera parte de la *Crónica* que escribió de Don Juan I.

Cristóbal Rodríguez de Azinheiro escribe que desde Porto de Mos fué el portugués á atajar al castellano entre Leiria y un lugar de Alcobaza, que se llama Aljubarrota, y allí asentó su campo y se dió la batalla.

El *Sumario de los Reyes de España*, por el dispensero de la reina doña Leonor, expresa que los portugueses *estaban puestos en un gran recuesto que ende estaba, e fecho un muy fuerte palenque al derredor de su real, e fechas muchas fosas cubiertas con ramas*.

Otro portugués, el P. jesuita Antonio Vasconcellos, en su obra *Anacephalaeoses, id est, Summa Capita Actorum Regum Lusitaniae*, dice así con grande exactitud: *Ordines dispositi in montosa planicie in abruptam Vallem desinente, que traseundum era hosti, inter Calliponem (1) y Algibarrotam.....*

Basta con estas citas para comprobar que el sitio de la batalla es donde se encuentra la ermita de San Jorge, edificada en memoria por el Condestable, y en la que se lee una inscripción coetánea que lo acredita (2); sobre la carretera real de Coimbra á Lisboa, á trece y medio kilómetros de Leiria, dos y medio del monasterio de Batalha, doce de Aljubarrota, cinco de Porto de Mos y diez y nueve de la orilla del mar, distancias que no discrepan mucho de las señaladas por Ayala y los demas autores.

Conocida é identificada de una manera indudable la situacion, pasemos á describir el terreno, hagamos su reconocimiento militar, que para eso, con todas las noticias extractadas á la vista, fuimos á visitarle detenidamente, siguiendo la misma marcha que llevaron los castellanos; y comparemos lo que resulta, á presencia del cróquis que dibujamos, con lo que dice Fernan Lopez y afirma más circunstanciado Manuel dos Santos en la parte VIII de la *Monarquía lusitana*, así como Soares da Silva en sus *Memoorias del reinado de D. Juan I.*—Ambos autores ratifican al primer cronista, y se extienden en hacer una descripción del campo de batalla, completamente errada, incurriendo en igual ficcion muchos de los escritores portugueses posteriores, porque los creyeron de buena fe, ó porque les pareció así mejor para enaltecer á los vencedores. Cualquiera que hubiese estado en el lugar habria rectificado al momento su opinion; y es por ello más merecedor de censura Manuel dos Santos, que expresa lo recorrió, puesto que alteró la verdad para halagar al vulgo ignorante, que creeria que los pequeños obstáculos ó accidentes del terreno robaban gloria á sus compatriotas, cuando, por el contrario, les añaden el mérito de la inteligencia con que supieron aprovecharlos.

Sigue la moderna calzada real que va de Coimbra á Lisboa casi el mismo trazado durante algunas leguas, que el antiguo camino que llevó el ejército castellano en esta jornada, y que era,

(1) Alude al nombre que se cree tuvo Leiria en tiempo de los romanos.

(2) Véase en el capítulo siguiente.

según se cree, el de una vía romana, que desde Braga, y pasando por Porto ó Gaya, Coimbra (*Conimbria*) y Leiria (*Collippo*), iba á Lisboa (1).

Sube una cuesta al salir de Leiria, dejando atrás y por la izquierda el valle del río Lena, que allí se une al Liz, procedente de las cercanías de Porto de Mos, y el principal de ambos. Continúa la carretera por una planicie poco ondulada, cubierta de pinares en cuanto alcanza la vista, interrumpidos por espacios de tierras labradas y de monte bajo, hasta que cerca de los diez kilómetros declina para bajar al vallecito donde está el monasterio de Batalha á la mano izquierda. Sálvase la profundidad de un arroyo que viene del N. O. por un puente moderno de piedra, cuya arquitectura se quiso armonizase algo con el suntuoso edificio inmediato, y se monta por la opuesta ladera á una meseta estrecha, encajonada entre el dicho arroyo y otro semejante que baja por la izquierda. No son los dos otra cosa que pronunciadas regatas nacientes en la planicie superior que deriva de la montaña ó sierra llamada de Minde ó de Moliano, cuya cumbre se divisa hácia el S., y que, juntándose cerca del puente y del monasterio, se echan poco después en el río Lena, formándose allí el pequeño valle donde está edificado aquel bello monumento y el pueblo de su mismo nombre.

A los tres kilómetros del puente se encuentra la aldea y ermita de San Jorge, con el terreno de sus inmediaciones sembrado y con varios olivares, pero dominando después arbolado de pinar en cuanto se descubre, claro por unas partes, espeso por varios sitios, y también con malezas ó monte alto.

A muy corta distancia de la ermita se observan por ambos costados dos grietas ó pequeños regatos que descienden á los arroyos, y que, por consiguiente, estrechan por allí, ó mejor dicho, cortan la meseta, dejándola de unos 140 metros de ancha, los cuales, aunque depresiones naturales del terreno, pudieron muy bien ser profundizados y defenderse con talas de árboles el día de la batalla (2). Empieza luego á abrir desde allí la loma por don-

(1) Véase el *Estado de Portugal en el año de 1800*, por D. José Cornide, manuscrito, en la Academia de la Historia, y la *Fundación, antigüedades y grandezas de Lisboa*, por Luiz Marinho, año 1753.

(2) Al lado de la carretera y cerca de ese paraje se ve una alta cruz de piedra,

de va la carretera, y por efecto de la direccion divergente de los arroyos y de ir levantándose cada vez más sus lechos segun se acercan al origen, viene á resultar el terreno una planicie casi horizontal, hasta que á los tres ó cuatro kilómetros se eleva suavemente para tomar su mayor altura en los caseríos de Qumeira y declinar despues hácia Aljubarrota, rodeada siempre, y á veces estrechada, por pinares, para bajar por último la gran cuesta que conduce á Alcobaza.

A mediados del mes de Abril, en que verificamos este reconocimiento, llevaban agua abundante los arroyos de que se ha hecho mencion, que corren por los barrancos laterales de la meseta de San Jorge, y nos dijeron que, aunque disminuia mucho en el verano, casi nunca sucede que ambos se sequen del todo; lo cual explica lo que dice Froissart del *tantet d'aigue* que allí habia. Las laderas de los barrancos son más pendientes por aquí que pasados los arroyos; el curso de éstos, muy tortuoso y profundo, va en ocasiones entre márgenes escarpadas, y por los matorrales que aún existen, por el monte alto y los pinares que cubren las faldas cercanas, se puede inferir que ántes de edificarse la ermita y la aldea, y de roturarse el terreno como ahora está, ofrecería un aspecto más rudo, y que, suavizadas las caidas por efecto de la roturación, han quedado los bordes de la meseta más abiertos, circunstancia que no debe olvidarse para comprender bien la fisonomía del terreno en el dia de la batalla, por más que con todo eso no constituyan ninguno de los grandes obstáculos que imposibilitan los movimientos de las tropas (1).

Concretado el verdadero campo de batalla al espacio de la meseta donde está la aldea con los barrancos ó cañadas laterales, las faldas opuestas y la planicie inmediata, acompañamos, para que mejor ayude á la inteligencia, un croquis del plano que levantamos á ojo, suficiente á comprobar los textos y comentarios hechos, y preciso para los que nos faltan todavía.

Cabe disculpa en Fernan Lopez si no visitó el terreno que, lle-

que ignoro si fué puesta modernamente en conmemoracion, ó sólo como costumbre observada en casi todos los pueblos.

(1) El Rey de Castilla en su carta da diez ó doce brazas de profundidad á *los arroyos*, queriendo decir á los barrancos por donde corren; y nosotros les damos la misma, poco más ó menos; 15 ó 16 metros el que cae al N., y 12 ó 13 el del S., contados desde el nivel de la carretera por frente á la ermita.

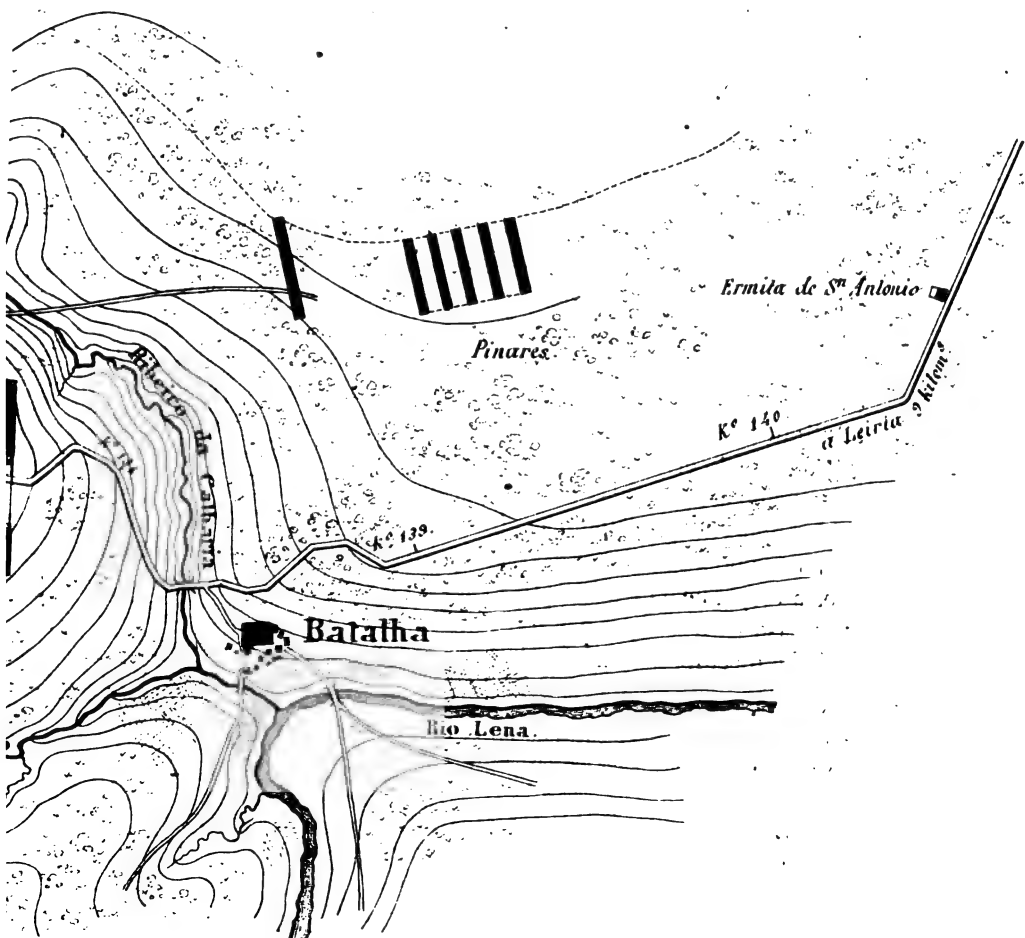
# ENTO DEL CAMPO DE BATALLA DE ALJUBARROTA.

oquis levantado á ojo el dia 10 de Abril de 1869.

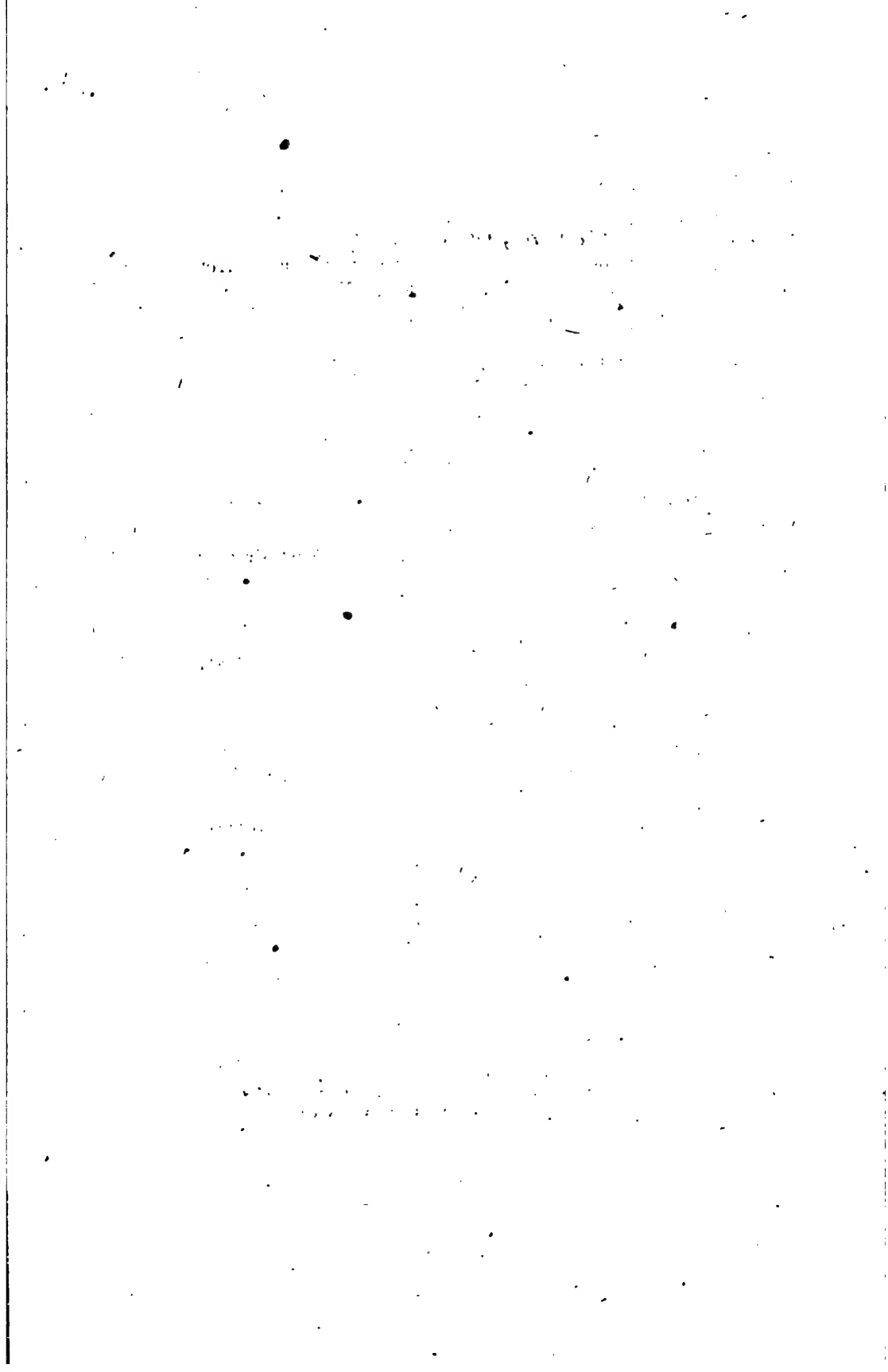


ra de la carretera en el punto donde se halla la Ermita de San Jorge, sobre el fondo  
arroyos laterales, se gradúa en 15. ó 16 metros respecto al del N. y 12. ó 13. res  
del S. En su consecuencia, los planos de nivel que indican las curvas, se suponen  
distancia de 8 metros en la seccion vertical:

estas azules representan la 1.<sup>a</sup> disposicion ú orden de batalla de los Portugueses, y  
rodeada la marcha del ejército Castellano:







vado de la mira de exagerar el triunfo de su soberano y de contradecir á Ayala en lo que á ese fin le convenia, insista en que allí *nom ha valles, nem oiteros*, mas que *todo he charneca raza*; pero que, trascurridos algunos siglos, incurran en el mismo error hombres tan entendidos como Núñez de Leon, Manuel dos Santos, el Conde de Ericeira y Soares da Silva, no puede explicarse satisfactoriamente.

Darémos, traducida fielmente para demostrar el aserto, la descripción que hace Fr. Manuel dos Santos, que nos parece la más detallada, acompañándola de las notas correspondientes, á fin de no prolongar demasiado la materia.

Después de decir que el Condestable al llegar al camino señaló el lugar en que debía situarse el ejército, y que es el mismo donde hoy se ve su ermita de San Jorge, continúa así :

« Este sitio una campiña rasa ó arenal, dilatada, toda igual, sin altos ni bajos, ni barrancos ni rios (1) ni árboles en cuanto la vista puede alcanzar, pues algunos olivos y pinares que hoy tiene son árboles modernos de ochenta años á esta parte, así como ahora se van plantando más (2). Empieza la campiña desde Leiria, que queda al N., y se dilata siguiendo la costa del mar por lo que se extiende la vista (3); por levante la ciñe la sierra que llaman allí de Moliano, amparándola como una muralla extendida de N. á S. desde antes de Porto de Mos, por más de cinco leguas, hasta salir afuera de las tierras del monasterio de Alcobaza, y del lado opuesto la abraza el mar Océano. La célebre villa de Aljubarrota, de la cual tomó nombre la batalla, está dos leguas al S. del punto donde fué, distante otras

(1) De lo que se ha explicado y del exámen del croquis se desprende con toda evidencia que no es arenal (charneca) ni campiña rasa dilatada, habiendo altos y bajos y dos grandes regatas ó barrancos profundos, por los que corren arroyos

(2) Escribiendo el autor hácia 1725, corresponderán los olivares á 1644, cosa que nos parece muy probable; pero respecto á los pinares, existían indudablemente desde siglos ántes en toda la comarca, aunque pueden haberse aumentado con posterioridad. Así se infiere de su grande extension, de la calidad de los árboles y de ser la tierra muy á propósito para ellos. Además, consta que el rey D. Sancho (ó Povoador) mandó se hicieran plantíos en aquel territorio, y que D. Dionis hizo también cubrir de pinares la comarca de Leiria, hasta cuatro leguas cumplidas. El mismo nombre de *Quinta do Pinhal* que llevaba la propiedad adquirida por D. Juan I para edificar el monasterio de Batalha, es un indicio claro de que había por allí pinares. El cronista Froissart dice que el terreno estaba cubierto de arbolado, y aun el propio autor de la *Monarquía Lusitana*, Fr. Manuel dos Santos, si no recordamos mal, cuenta que después de la batalla se veían los árboles cubiertos de armas y trofeos que colgaron de sus ramas los vencedores.

(3) No está Leiria al N., sino al N. N. E., y la campiña hasta el mar no es tampoco rasa y despejada, pues continúan los pinares y hay fuertes ondulaciones y regatas.

» dos leguas de Leiria, que oae al N., teniendo al oriente la sierra, y de la otra parte el mar.....»

Luégo añade, entre otros pormenores, que es tierra seca, y que un arroyo que baja de Porto de Mos para Leiria corre á más de una legua de allí, siendo de pobre caudal de agua en el invierno y seco en el verano (1); y que en cuanto á foso ó cava, ni lo había ni lo hicieron los portugueses, pues que no fueron á detenerse y alojarse en aquel lugar,

*ni repugnaban ser acometidos, mas ántes fueron á él á provocar y á acometer á sus enemigos, y en este concepto no les convenia abrir cavas ni hacer trincheras (2).*

No es necesario añadir más para el convencimiento de que lo mismo Fernan Lopez que Manuel dos Santos y los demas escritores portugueses que se guiaron por el primero, hicieron mal la descripción del terreno, siendo, por el contrario, de notable exactitud el Rey de Castilla en su carta y Pedro Lopez de Ayala, en la *Crónica*, á pesar del laconismo de ambos. Estuvieron, por consiguiente, en lo cierto Mariana, el Dr. Martin Carrillo, Ferreras y cuantos les copiaron en esto; así como el P. Vasconcellos y fray Luis de Souza, quien al tratar del origen y fundacion del monasterio de Batalha en la *Historia de San Domingos* expresa que, hallándose el Rey en los campos de Aljubarrota *alojado en huan estreito arrayal*, invocó á la Virgen para que le alcanzase la victoria; pues claro es que si estaba en un estrecho campo era porque habria obstáculos naturales que lo cerrasen, y no campiña rasa y extensa.

(1) El arroyo de que habla, prescindiendo enteramente de los dos inmediatos á San Jorge, debe ser el rio Lena; pero ni dista de allí más de una legua, ni es de tan poca consideracion que se seque en el verano, por más que sea vadeable áun en dias de tempestad, como él dice que lo pasó á caballo.

(2) Es muy posible que no hicieran ninguna cava ó foso, pues no les hacia falta teniéndolos naturales por los costados y parte del frente, pero pudieron, sin embargo, alargar y profundizar algo esos regatos por donde fué el ataque. La asercion que el autor refuta en este párrafo de que los portugueses abrieran entónces la cava, se reduce á que allí existia. En cuanto á las razones que da, son arrogantes, pero militarmente inadmisibles; porque, atendida su inferioridad numérica y el objeto de esperar la batalla á la defensiva, les convenia y era prudente se fortaleciesen con todos los recursos que permitiera la localidad y el tiempo. Por lo que hace á trincheras y talas, Froissart repite varias veces que las hicieron, y el mismo Santos, como Lopez, aseguran que la retaguardia, donde estaba el bagaje, se atrincheró.

Afirmese, por tanto, el merecido concepto de veracidad que tienen la carta de D. Juan I y la *Crónica* de Ayala, y sirva esta investigacion á acreditar la exactitud y conciencia con que escribieron.

#### MOVIMIENTOS, ÓRDENES DE BATALLA Y ACCIDENTES DEL COMBATE.

Conociendo ya, hasta la posible conjetura, la fuerza y composicion de las dos huestes, y con toda precision el campo en que iban á librar la batalla, pasemos á estudiar cómo se verificó.

En el cap. xxxiii refiere Fernan Lopez que, sonando las trompetas de los portugueses ántes de amanecer, oyeron misa y comulgaron cuantos quisieron, levantando en seguida el campamento de Porto de Mos y poniéndose en marcha al hacerse de dia. Llevaba la vanguardia el condestable Nuño Alvarez Pereira como tenía de costumbre, iba el bagaje en medio y el Rey en la retaguardia. Al llegar la cabeza al paraje ántes descrito, dice el cronista que lo encontró el Condestable excelente para situarse en él á esperar al enemigo; mas yo creo lo tendria elegido y reconocido desde la víspera, pues con ese objeto y el de inquirir noticias de su movimiento, se sabe que empleó todo el dia. Una vez allí, que deberian ser las siete de la mañana, empezó á ordenar las tropas sobre la meseta, avanzando cara á Leiria para descubrir bien el camino por donde los castellanos vendrian. Esta disposicion ú orden de batalla, claramente explicada por Lopez, era, con ligeras alteraciones, la misma que tenían adoptada como formacion ú orden normal, en figura rectangular, con dos líneas ó *hazes* á vanguardia y retaguardia, y dos alas para cubrir los flancos; lo cual puede decirse constituia una fórmula general en los ejércitos de la Edad Media.

Quedó el Condestable mandando la primera línea ó vanguardia *con su bandera tendida y doblados escuderos para guardarla*, que aunque Lopez dice no constaba más que de 600 lanzas, hay fundamento para aventurarse á creer ascenderia á 2.600 hombres entre lanzas, piqueros y ballesteros, por el cálculo de la totalidad de las fuerzas, por la importancia del papel que le tocaba desempeñar, y porque á esa cifra se acerca la que llevó consigo del Alemtejo.

De las extremidades de esa primera línea partian las dos alas

compuestas del cuerpo ó legion portuguesa de los *enamorados* (1), bajo el mando de Mem-Rodriguez y Ray Mendez de Vasconcellos la de la derecha, y la de la izquierda de los ingleses y gascones, hombres de armas y flecheros, con otros portugueses agregados; la cual era principalmente dirigida por el extranjero Juan de Monferrat (2) y por Anton Vazquez.

Dice el cronista que entre las dos debían componer igual número de hombres de armas que la vanguardia; pero que se faltó á la regla no habiendo en cada una más que 200 lanzas y siendo, por consiguiente, la diferencia de otras 200. Las mismas razones ántes indicadas con respecto á la primera línea, lo que se dijo en el cálculo total de fuerzas acerca de los extranjeros, y lo que advierte el autor de que en las alas se situaron detras de los hombres de armas, ballesteros y peones para ayudarles y dañar al enemigo, induce á creer que no bajarían de 900 hombres los que formaban en cada una de ellas.

Á un razonado espacio de la vanguardia, con objeto de poder socorrerla fácilmente, dice Lopez, se colocó el Rey con la segunda línea, y añade que sus puntas avanzaban hácia las alas, y que se componía de hombres á pié, de ballesteros y de 700 lanzas. Deduzco de esto, combinándolo con lo que despues explica y con la valuacion de fuerzas, que la distancia que separaba ambas líneas sería de 600 á 700 metros, y que el total de hombres de que constaba debía ascender á 5.000.

Por último, expresa Fernan Lopez que detras de la segunda línea, y aprovechando un espacioso corral que allí habia, se situó todo el bagaje, carretas, pajes, caballos, acémilas, mantenimientos, criados y *todas las cosas que hacen falta para la ordenanza de una hueste*, cercado de hombres de á pié y ballesteros, de tal

(1) Los enamorados, segun Fernan Lopez (cap. XXXVIII), constituían una *leda companhia* de buenos fidalgos que por honor se comprometieron á defender á todo trance el lugar en que se les pusiera. Otros escritores dicen que tomaron ese título porque todos eran mozos solteros que juraron por sus amores vencer ó morir, llevando motes alusivos en los escudos y sirviéndoles de guía una gran bandera verde.

(2) Froissart le llama Guillaume (Guillermo), y otros historiadores escriben *Monferrara* y aun *Monferro*. La circunstancia de que Lopez dice de él que era veterano de siete batallas, me hace sospechar si sería el mismo *Señor de Montferrant* que pone Froissart entre los caballeros gascones que asistieron con los ingleses á la batalla de Poitiers.

manera que á espaldas de la retaguardia nadie podía llegar para hacer daño, que no lo hallase todo bien aperebido. Dando, pues, 600 hombres para esa escolta ó guardia del bagaje, para cuya defensa podían servir también muchos de los no combatientes, según queda indicado, resulta completa la distribución del total de 10.000 en que se graduó el ejército.

Con arreglo á esta explicación é interpretación se ha representado el primer orden de batalla de los portugueses; en el que debieron quedar establecidos á las ocho y media de la mañana, cuando aún no se notaba la menor señal de aproximarse el enemigo; por lo cual tuvo sobrado tiempo el Rey para arrear á su gente, armar caballeros y todo lo demás que curiosamente consignó el cronista.

Ménos madrugadores los castellanos, es de creer que no sonaron las trompetas hasta que fué día claro, y que con poca diligencia invirtieron muchas horas en oír misa, abatir las tiendas, cargar los carros y acémilas, circular las prevenciones de marcha y formar las tropas, puesto que eran pasadas las diez cuando en el campo portugués avistaron á los primeros avanzados por el camino de Leiria.

Aunque nada dice sobre esto ni sobre el modo y colocación en la marcha del ejército el cronista Ayala, puede inferirse que serían las nueve al romper la cabeza su movimiento. Según Fernán López, «iban delante los empavesados y ballesteros, pareciendo hatos de vacas y manadas de ganado, bajo cuya multitud se escondían los valles y oteros (1), y dando el sol en sus esplendentes armas, les hacían parecer muchos más.» Soares da Silva dice que el número de los que se veían era tan excesivo, que cubría los campos, y su formación tan regular, «que atraía los ojos por las armaduras; y como les daba el sol, hasta ofendían para que pudiesen causar horror los mismos lucimientos; como también tremolando plumas y banderas, parecía que ya en final de victoria se ornaban de unas y enarbolaban otras.» Y el Padre Fr. Domingos Teixeira, en la *Vida del condestable Nuño Álvarez Pereira*, cuenta que precedían los ballesteros cubiertos con alguna caballería suelta; que seguía el cuerpo de batalla en dos

(1) En este pasaje se olvidó el autor de que todo el terreno era llanura rasa, según se empenó en decir, y confiesa la verdad, que hay valles y oteros.

líneas, y que llevaban en el centro los gastadores y gente de servicio.

Conjeturo como lo más probable, teniendo en cuenta estas indicaciones y las que se desprenden del relato de la batalla con las prácticas militares de la época, que iba de extrema avanzada una compañía de cien jinetes exploradores, destacados del cuerpo general de ellos, que bajo el mando del Maestre de la orden de Alcántara, con sus caballeros y escuderos, constituía la verdadera vanguardia del ejército, llevando también algunos de los portugueses adictos. Seguiría el cuerpo principal de batalla, compuesto de los auxiliares franceses y las lanzas u hombres de armas de Castilla, con el Rey, su servidumbre y guardias; pues consta que no iba á la cabeza por sus mismas palabras en la carta á la ciudad de Murcia, cuando dice que al llegar *su gente* *vió que no les podían acometer por allí y hubimos todos de rodear, etc.* Detrás de esa brillante masa de caballeros supongo á los criados y bagajes de la Casa real y de los personajes de más nota, puesto que llegaron poco después que ellos al sitio elegido para establecerse, y plantaron algunas tiendas. Igualmente debería ir allí el tren de las 16 piezas, *truenos* ó *bombardas*, que asegura Fernán López llevaba el ejército, atendiendo á que ya las da situadas en batería al frente de la primera línea al empezar la acción. Vendría después la fuerza ó núcleo de los peones, piqueros y ballesteros; á continuación el inmenso convoy de carretas, acémilas, ganado, criados y vivanderos, cubierto en la retaguardia por el resto de la infantería, con algunos jinetes.

Atendiendo á la proximidad en que estaba el enemigo, debieron marchar en ordenada formación de combate, como consta por López que lo hicieron los portugueses; pero la tardanza y las frases de Ayala de que faltaba incorporarse mucha infantería y el convoy cuando empezó la acción, son indicios de que el movimiento se ejecutó en marcha ordinaria de camino, en una sola columna, y tal vez por hileras.

Al llegar los batidores al punto en que el camino desciende para el arroyo, vieron situados á los contrarios en la meseta por donde debían pasar, y naturalmente se detuvieron, dando aviso. Es de inferir que se fueran allí reconcentrando las primeras masas según iban llegando, y que el Maestre de Alcántara con los demás jefes que estuviesen en la vanguardia, vista la posición del

enemigo, celebrasen una conferencia para acordar lo que convenia hacer. El Rey, en las palabras ántes trascritas de su carta, dice que cuando él llegó se habia resuelto. Ayala suprime ese detalle importante, lo mismo que Froissart, pero Fernan Lopez está muy claro y explicito. «Llegaron cerca de los portugueses estando ya » el sol en mediodía, y viéndolos en el camino donde ahora está » construida la iglesia de San Jorge, no quisieron pelear con ellos » de rostro, y tomaron hácia Aljubarrota por la parte que da con » tra el mar..... En esto, pasando la huesta de aquella guisa, empezaron á detenerse á un buen espacio más allá de ellos, y allí » se aseguraron y quedaron quietos. »

No cabe, por tanto, la menor duda de que, detepida la cabeza del ejército bastante tiempo, y celebrado un consejo, prosiguió despues de las doce por la derecha, dando un rodeo para eludir el ataque de frente, y con objeto de envolver la posicion por el lado que mira á Aljubarrota, en lo cual se proponian evitar el paso del arroyo y subir la pendiente, rápida por allí, logrando tambien dar la espalda al sol y al viento, y que los enemigos los tuviesen de cara; circunstancias á que entónces se daba mucho más valor que ahora.

Tomaron por consiguiente la ladera de aquel pequeño valle, separándose hácia la derecha lo suficiente, y debemos suponer que en la misma colocacion las tropas marcharian ya en orden compacto, al ménos los jinetes y hombres de armas.

Cuando los exploradores avanzados llegaron otra vez al camino, rodeada la posicion, refiere Lopez que unos treinta peones de los que guardaban el bagaje en la retaguardia portuguesa huyeron en direccion á Porto de Mos, y que corriendo tras de ellos los jinetes castellanos, les alcanzaron y dieron muerte en un vallado; suceso que, presenciado desde el campo, asegura el cronista que les sirvió de leccion, como en Trancoso, para defenderse luego á pié firme hasta morir.

Observado por el Rey de Portugal y su Condestable el movimiento de los castellanos, y comprendiendo la intencion, dispusieron inmediatamente alterar el orden de batalla, de manera que diese frente á Aljubarrota en vez de mirar á Leiria; resultando que ambas huestes ejecutaron á la inmediacion una de otras las maniobras tácticas más difíciles y peligrosas en el campo de batalla, que sólo se pueden comprender en aquellas condiciones por



r / la clase de armas usadas: la castellana hizo un movimiento de flanco, y la portuguesa un cambio de frente á retaguardia sobre su mismo terreno, sin la menor dificultad y sin hostilizarse nada; pues no parece sino que era regla militar caballeresca, como en los torneos y duelos personales, aguardarse recíprocamente á estar prevenidos para empezar el ataque.

La ejecucion de este cambio en el orden de los portugueses se deduce, por lo que explica Lopez, que fué dando frente á retaguardia la primera línea y marchando á traves de la segunda, que al efecto abrió claros suficientes, hasta detenerla el Condestable, segun se marca en el plano, algo más avanzada del paraje en que está la ermita, cerrando el espacio que separa los dos pequeños regatos que bajan á los arroyos. Las dos alas sólo tuvieron que correrse á la desfilada, siguiendo las respectivas laderas en que estaban, puesto que no se dice que se cambiáran; y aunque Lopez sigue llamándolas como ántes, es evidente que quedó en la izquierda la de los enamorados y en la derecha la de los extranjeros. El Rey con la segunda línea hizo el mismo movimiento que la primera así que ésta se situó; rebasó el bagaje, que no tuvo necesidad de moverse, y se colocó en igual formacion á la que tenía, á una distancia poco más ó ménos igual tambien de la vanguardia.

En el plano se demuestra que, léjos de perder, habia mejorado el orden defensivo; porque si bien es verdad que podian ahora ser atacados sin pasar el arroyo y subir la rápida cuesta, era sólo en un reducido espacio del frente, que tuvieron tiempo de resguardar cavando foso y poniendo talas: los flancos estaban defendidos lo mismo por los arroyos y las alas, y la retaguardia continuó al abrigo del espacioso corral que allí tan oportunamente existia, fortalecido, ademas, con los carros y ligero atrincheramiento.

Fernan Lopez niega que se hicieran cavas ni tala de árboles, pero Froissart insiste en asegurar que sí, por consejo de los ingleses, que tenian experiencia del provecho de esos arbitrios: «Hicieron, dice, abatir árboles, tumbándoles de traves, á fin de que no pudieran marchar contra ellos á caballo, dejando un camino que no era muy ancho, y colocando á los dos lados de este camino arqueros y ballesteros.» En la estrechez de aquel paraje, por donde fué el ataque, convienen todos, incluso el mismo cronista portugues cuando de él da cuenta; y por consiguiente, es

# ALLA DE ALJUBARROTA.

textos históricos y de la  
ion del terreno :

## licacion.

sta la 2.<sup>a</sup> disposición u orden defi-  
ste portuguesa. las encarnadas la colo-  
as castellanas.  
luguesa.

rdera, &c.

bandera, guardias, &c.

al de batalla.

Elro el bagaje.

y sus reparos

(truenos) que supone la Cronica Por-  
ellanos.

batalla de los castellanos.

servidumbre y guardias.

narse.

algunas tiendas y se llevaron los ca-

el convoy.

stituia la ala derecha y que ataco



presuncion fundadísima que cavaron el suelo y tendieron algunos árboles para cerrar casi todo el reducido frente descubierto de la primera línea.

A medida que llegaban los castellanos á la planicie sobre el camino de Aljubarrota, formaron su primera línea extendiéndose perpendicularmente á dicho camino y á una distancia de la portuguesa que gradúo en poco más de 1.500 metros, y mientras tenía lugar la incorporacion en el campo contrario, viniendo de Porto de Mos por los altos de Juan Fernandez Pacheco con las 60 lanzas y 100 peones que llevó de la Beira, y se verificaba el parlamento en que están conformes Ayala y Lopez, aunque con la diferencia de que, segun el primero, fué solicitado por el condestable Pereira, y segun el segundo, por los castellanos. Inclínome á creer más probable la última version, aceptada por Ferreras y otros, porque los portugueses habian mandado sus parlamentarios en los dias anteriores y nada les interesaba ya saber del enemigo, en el propósito que tenian de esperarlos allí á la defensiva, al paso que á los castellanos, que querian atacarlos, les convenia sondear el espíritu de las tropas y examinar su orden de batalla y la disposicion del terreno.

Es notable, sin embargo, que incurriera Ayala en ese error, siendo él, segun afirma Lopez, uno de los parlamentarios, y quien llevó en primer lugar la palabra, cosa que se comprende por su costumbre de negociador, por su instruccion y elocuencia, y que tambien se colige por la manera en que trata de aquella discusion, empezando por argumentar y requerir los castellanos, y siguiendo las respuestas del Condestable portugués. Un hermano de éste, Diego Alvarez Pereira, que era de los principales adictos á la causa de doña Beatriz, acompañaba á los comisionados, sin duda por la influencia que pudiera ejercer para atraerse á Nuzio; pero no lo consiguió, porque es sabido que en las discordias civiles es mayor el encono entre los miembros de una misma familia cuando abrazan diferentes bandos.

De infructuoso resultado la conferencia, volviéronse á dar cuenta al Rey, que estaba muy doliente, echado y sin poder apenas hablar, instruyéndole de lo que vieron; pues, como dice Ayala, «cataron é avisáronse bien de la ordenanza que tenian los de Portugal.»—Suscitóse entónces á su presencia empeñada discusion sobre si debia ó no atacarse desde luego al enemigo, vistas las

ventajas de la posición y lo avanzado del día, que pasaba ya de la hora de vísperas, pronunciándose con ese motivo encontrados discursos.

El Rey indica en su carta que se adhería al dictámen de los prudentes para diferir la batalla; y Ayala dice que *le plego mucho este consejo é mandó que se fiesse así*; pero en vez de cumplirse sus órdenes, predominando el ardoroso juvenil espíritu de algunos caballeros que creían cobardía el debenerse y tenían en poco á los enemigos, los acometieron.

Fernán López traslada los mismos discursos que pone Ayala, y en el cap. xxxvi añade otro acalorado razonamiento del caballero portugués D. Juan Alfonso Tello, para que nó se demorase un instante la acometida; atribuyéndole á él que se determinara el Rey por su opinión y que mandase acelerar las disposiciones oportunas, á fin de ejecutarla prontamente. Y Froissart (cap. xiv) supone que fueron los capitanes franceses los que querían se atacara, y en particular el que llama maniscal Regnaud Lamoisin, mientras los castellanos pedían se evitara en aquel día, y vieron con gran disgusto de celos que el Monarca, dando preferencia á los extranjeros, accediese á sus deseos.

Es difícil resolver este punto con toda seguridad, pero me inclino á creer pasó algo de lo que consignan López y Froissart. El caballero portugués D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcellos, personaje importante y decidido, es natural insistiese más que nadie en la batalla, confiando en la victoria; circunstancia por la que el Rey vencedor le hizo luego la distinción, según el cronista, de dar sepultura á su cadáver en Alcobaca; y es también aceptable en la alfiza de algunos caballeros franceses, que apoyasen con el Rey su dictámen apelando á la mucha experiencia y á los servicios que le habían hecho, no obstante la oposición del más anciano de ellos, Juan de Riva, así como que de ahí procedería motivo á aumentar desvíos y ejeriza en los castellanos.

Lo que así como de paso y rápidamente dice el Rey, de que el ataque comenzó sin su acuerdo, y la manera en que Ayala lo atribuye á unos cuantos caballeros mancebos, tiene alguna traza de trivial razón buscada para justificar lo que se hizo después de las juiciosas reflexiones que se emitieron en contra, principalmente fundadas en lo avanzado del día, en el cansancio y sofocación de la tropa, y en la conveniencia de que toda acabara de reconcentrarse.

Tal vez el joven soberano estuvo dudoso y nada resolvió claramente, dando lugar á que la gente moza creyese tenerlo propicio; y como, por otra parte, á ese sentido belicoso se adhirió en el Consejo de Ciudad-Rodrigo, hay precedentes para culparle, sea por adoptar la mal avisada resolución, sea por no mandar bien lo que se proponía, sea por faltarle carácter para contener á los arrojados manobros que comprometieron la jornada.

De todos modos, es indudable que la acción no se empezó muy inmediatamente, teniendo que pasarse en esas consultas y diligencias algunas horas; como en ordenar la primera línea, tiempo en el cual se verificó el galante envío de una espada por D. Juan Alfonso Tello á Nuño Alvarez Pereira, que la aceptó, correspondiéndole con una buena hacha, ó mejor puede ser, maza de armas.

Reflexionando detenidamente en cuanto unos y otros escribieron, juzgo que en el momento de ir á comenzar el ataque, toda la vanguardia castellana, esto es, el cuerpo de los 2.300 jinetes y caballeros de Alcántara, bajo el mando del maestro D. Gonzalo Núñez de Guzman, se había corrido, formando el ala derecha, por las laderas de ese costado á doblar la posición enemiga. Quedaron en la planicie frente á la primera línea portuguesa, á dos cumplidos tiros de ballesta, segun Lopez (que graduó en poco más de un kilómetro), los caballeros portugueses adictos, los franceses y gran parte de las lanzas y hombres de armas de Castilla, en un total que puede valuarce de 8.000 hombres, constituyendo la primera línea ó cuerpo principal de batalla, y teniendo delante, á creer al mismo cronista portugues, los 16 cañones ó artienos, todo bajo el mando respectivo de D. Pedro, hijo del condestable de Castilla, marqués de Villena; del conde D. Juan Alfonso Tello y D. Diego Alvarez Pereira, portugueses; de D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del mayordomo mayor del Rey; del prior de San Juan, D. Pedro Diaz; del almirante D. Juan Fernandez de Tovar; de D. Alvaro Gonzalez de Sandoval, y de los capitanes franceses Juan de Ria y los hermanos Boil. Otra fuerza de hombres de armas de Castilla y ballesteros, de unos 3.000 combatientes en conjunto, formaban el ala izquierda, doblando algo sobre el arroyo, y mandados por el maestro de Calatrava Pedro Alvarez Pereira y el mariscal D. Pedro Gonzalez Camillo. Á unos 600 metros á retaguardia de la primera línea expresada, estaba el Rey acompañado de su mayordomo mayor, D. Pedro Gonzalez de

Mendoza, de D. Pedro Lopez de Ayala, del mariscal Diego Gomez Sarmiento, del adelantado mayor de Castilla D. Diego Gomez Manrique, del jefe de la escolta Juan de Velasco y de otros muchos caballeros, con sus guardias y servidumbre (1); y allí empezaban á establecerse en segunda línea á medida que llegaban, el resto de las lanzas y los peones, ballesteros y piqueros. Más atrás, pero próximamente, habíase armado la tienda Real y algunas otras, parando los bagajes y llevándose allí por los pajes y criados todos los caballos enlazados, á excepcion de los del cuerpo de jinetes, que no desmontaron. En aquella espaciosa planicie debería también quedar establecido, cuando arribase, el gran conyoy de carretas, ganado, vivanderos, etc., y la masa principal de infantería que aún faltaba, como consigna Ayala.

carecemos de detalles tácticos minuciosos para explicar el fraccionamiento de esa línea y la colocacion individual, pero auxiliando con analogías lo que vagamente dan sobre esto los tratados de la Historia del arte y las indicaciones de la *Crónica* de Fernan Lopez, podemos completar una idea suficiente.

Se sabe que el orden de formacion era compacto, alineados y próximos los hombres en varias filas de fondo, cuyo número variable no bajaba regularmente de cuatro ó seis, lo mismo para las lanzas ú hombres de armas cuando combatian pié á tierra, que para los peones piqueros. Los ballesteros, arbalestreros y arqueros no es posible que, desplegados para usar sus armas arrojadizas, se establecieran más que en ala ó á dos de fondo; y con efecto, consta que se interpolaban en los claros de los hombres de armas y piqueros, y hasta con los jinetes, y que aprovechando de los accidentes del terreno, se ponian tambien delante, á los costados ó detras. Al describir Lopez una accion ocurrida en la frontera del Algarvé, dice que los castellanos tenian delante los empavesados, alternados con ballesteros, y detras de cada uno otro de á pié, estando los de á caballo á los costados. Y de los capítulos en que trata de esta batalla sacamos los siguientes datos: el Condestable, que mandaba en persona la vanguardia portuguesa, colocó su bandera tendida, con doblados escuderos para su

(1) Aunque en la *Crónica* portuguesa se cita una vez al condestable de Castilla, marqués de Villena, como presente en el ejército, tenemos dudas, porque ni lo nombra nunca Ayala ni aparece cuál fuese allí la gran importancia de su dignidad militar.

guarda, donde despues edificó la ermita de San Jorge. La ala de los enamorados tenía una gran bandera que habian adoptado ellos por enseña; en la de los extranjeros ondeaba la de San Jorge, así como otros blasones. La vanguardia ó primera línea, sembrada de banderas y pendones, tenía repartidas las trompetas en los sitios requeridos. Aunque era regla general que la fuerza de las dos alas fuese igual, reunida, á la de la vanguardia, no pudieron allí observarla exactamente. Detras de los hombres de armas en las alas, se pusieron ballesteros y peones, en tal ordenanza que les pudieran ayudar y ofender al enemigo; pero no así en la vanguardia, porque no cumplía en aquel lugar. En la retaguardia, compuesta de lanzas, ballesteros y peones, estaba el Rey con su bandera y guardias. Los castellanos establecieron su ballestaria, peones y demas gente ordenada donde mejor pudiera aprovechar. El condestable Pereira recomendó á los suyos, poco antes de empezar la pelea, que se estuvieran quietos al ver venir los enemigos, que afirmásen bien los piés, que mantuviesen las lanzas directas y apretadas bajo el brazo, lo más prolongadas posible, que al recibir el ataque botáran con ellas hácia adelante cuanto pudiesen, y que los de atras que no alcanzasen con las suyas, empujáran á los otros.

Las variadas banderas y pendones que en uno y otro campo se levantaban, nos indican las fracciones ó cuerpos diferentes que constituian las líneas, y que estarian en ellas con cierta ordenada separacion, segun se observa en los dibujos de aquel siglo y del posterior. Y por lo que hace á la caballería ligera ó cuerpo de jinetes, dividíanse tambien en gruesas compañías, ó sea escuadrones formados en muchas filas, las cuales al atacar sucesivamente, se iban destacando y extendiendo para emplearse en sus avances, correrías y escaramuzas, ocupando, por consiguiente, mucho terreno.

Como complemento de estos antecedentes, y en justificacion de la lámina en que representamos los órdenes de batalla, nos parece oportuno añadir aquí en ligero extracto lo que consigna un precioso códice frances de la época, acerca de los principios militares que se observaban en la ordenacion de un ejército (1), y que se escribió en los reinados de Carlos VI ó VII.

(1) *La maniere selon l'usage du temps pñt (present) de arranger ost (armée), en champ pour combattre.*—Viejo manuscrito existente en París en la Biblioteca



« C'est à sçavoir fair son avant-garde de longue etendue de gens d'armes  
 » arrangées ordnément serrés ensemble, et que l'un ne passe l'autre, les mei-  
 » leurs et les plus élus au premier front; les maréchaux avec eux emprès  
 » les étendards et bannières et fait-on eiles aux costés, et deuant esquelles  
 » est le trait, tant canonniers comme arbalétriers et archiers semblable-  
 » ment arrangés. Après la premiere bataille, que l'on dit avant-garde, vient  
 » la grosse bataille, ou toute la force des gens d'armes est mise arrangées tous  
 » par les ordres de leurs chevetains, leurs bannières et enseignes levées. Sont  
 » par plusieurs tous les uns après les autres ordnément mis, car fait le con-  
 » stable crier sous paines du chief que nul ne se desroutte, et dient aucuns  
 » que sa quantité de gent comme y a que on doit d'icelle gent efforcier les  
 » eiles des costés par heaux, reus par derrier le trait, et que commis soient à  
 » bons chevetains; et aussi les mettre au devant de la grosse bataille si que  
 » se fuir veuillent que les gensdarmes de après les en gardessent. — Au mi-  
 » lieu de cette grosse bataille est mis le prince de l'ost, la principale ban-  
 » nière devant soy en la quelle est le regard de la bataille, et pour ce est baill-  
 » le garder; et toutin à l'an des meilleurs et principaux dudit ost, est l'avirane, son  
 » des meilleurs et des eprouvés hommes d'armes pour la seureté tant du prin-  
 » ce comme de la bannière. Après, suivant cette grosse bataille, vient la tier-  
 » ce que l'on dit arriere-garde, la quelle est ordonnée, et par derriere icelle  
 » sont les varlets des chevaux qui aident autres de besaing est; et ils sont  
 » baps et les chevaux de les maistres li tiennent et si sont estachez par  
 » derriere on ne viengne envair la bataille. »

Luego añade que aun quando ese es el método generalmente observado, aconsejan los expertos que si no hubiere gran cantidad de gentes del común, y si buenos hombres de armas, se pongan en una sola batalla sin vanguardia ni retaguardia, pero si con alas; y que de ese modo lo verificó Carlos VI en Rosbeck, derrotando á 40.000 flamencos.

Fernan Lopez nos suministra, además, curiosas noticias acerca del aparato militar y clase de armas que se emplearon. Describe como iban vestidos en su campo el Rey y el condestable Nuño Alvarez Pereira; da razon de la bandera real con el blason de Portugal y el mote particular adoptado por el Rey, *Il me plait pour bien*; de la que usaba el dicho Condestable, de la de San Jorge y de otros pendones; que no usaron allí cotas de armas los caballeros, porque todavia no se habían adoptado; que todos llevaban bacinetes de cañal, unos con caras y otros sin ellas, *folhas, londeis*,

Imperial (núm. 7076), y del que publicó una parte Mr. Favé siendo capitan de artillería, en su obra titulada *Histoire et tactics des trois armes et plus particulièrement de l'artillerie de campagne*; París, 1846.

*cotas, faldos y panceiras*, como prendas ó piezas defensivas; y en armas ofensivas, espadas, lanzas, arcos, flechas, ballestas y *fachas* de hierro ó de plomo los que no tenían otra cosa; las espadas advierte que por entónces no se usaban aún tan grandes como se hizo moda en el siglo siguiente, sino de mano, gruesas y estrechas, á que se daba el nombre de estoques. De los castellanos, repite que los señores y caballeros, perfectamente montados y armados; ostentaban plumajes sobre los bacinetes y ofrecían hermosa visualidad; en lo que conviene Froissart de igual modo.

La apariencia de los jinetes no podía ser tan pintoresca, porque sólo llevaban una parte de armadura; pero mucho menos lo sería la de los ballesteros y peonada, aunque todos cubrieran la cabeza con el capote como les estaba mandado, pues procedentes de distintas provincias y de gentes de humilde condición de las aldeas y de los campos, irían diversa y pobremente vestidos; la regularidad y la uniformidad reglamentaria de las tropas permanentes modernas estaban todavía muy lejos.

Con presencia de las horas señaladas en las *Cronicas* portuguesa y castellana, del tiempo indispensable para el rodeo, para el consejo, el parlamento y arreglo de las líneas en los castellanos, y atendido lo que dice Froissart, de que era ya *basse vespre et presque soleil rescousant* cuando se dió el ataque, entiendo que debían ser pasadas las seis de la tarde al empezar el movimiento de avance despues de los disparos que, según Lopez, hicieron los truenos, y de romper los hombres de armas sus lanzones para manejarlos mejor en el choque pié á tierra.

Es evidente que la primera línea y su ala izquierda, que rebasaban y envolvían la portuguesa, fueron las que pronunciaron la embestida marchando en orden de batalla á los gritos de *Santiago*, *Santiago*, y al espantoso ruido de los instrumentos de guerra.

Poco más de un kilómetro sería lo que tenían que andar hasta el enemigo; pero cubiertos de la armadura en su mayor parte, embarazados con la espada, maza, lanza y escudo, y entorpecidos por los árboles y el monte alto cortado, que les daba hasta la cintura, según dice la carta del Rey, se comprende que avanzarían muy despacio; que á la mitad del camino iría descompuesta la alineación; que en algun punto habría claros y en otros apelmotamiento; y que así se fueron agrupando y descomponiendo, en particular los que les tocaba por las laderas y fondo de los arro-

vos al aproximarse al objetivo, por las mayores dificultades del piso.

Disparáronse flechas y dardos unos á otros, y como el centro de la línea atacante, que parece lo formaban los portugueses adictos, iba por lo más llano de la meseta, hacia la mejor entrada de la posición enemiga, resultó avanzado en el momento del choque para penetrar en ella.

El Rey de Castilla dice en su carta que, á más del monte cortado, había al frente de la línea contraria una cava, que llegaba á los hombres á la garganta, y que los arroyos dejaban sólo un espacio suficiente para unas 400 lanzas.—Ayala, que en el discurso de los que fueron alparlamento describe el obstáculo que ofrecían los arroyos, añade luego, dando cuenta del ataque, *«que las dos alas de la batalla del Rey no pudieron pelear, que cada una de ellas falló un valle que no pudo pasar, é la vanguardia del Rey peleó sin acorro de las sus alas, etc....»*—Froissart repite, *«que l'entrée n'estoit pas bien large»*; y en el segundo relato se explica así: *«Entre nosotros y ellos había un foso, no tan grande que impidiera salvarlo á un caballero; lo que nos hizo una pequeña ventaja, porque al pasarlo les tiraban nuestras gentes (1) que estaban en las alas afilados dardos que herían á muchos y á les daban gran impedimento....»*—Y por último, Fernán López expresa que al avance de los castellanos gritando á ellos, á ellos, *«comenzó á desaparecer el campo bajo sus grandes masas.... que iban delante los portugueses con el conde D. Juan Alfonso Tello, empuñando en las manos una lanza de armas como acaudalado caballero, y en pasando empezaron á quedarse unos detrás de otros, así de las hazañas como de las alas; de manera que su vanguardia que era mucha más cumplida, y las alas tan grandes que podían bien abrazar la batalla de los portugueses, resultó tan corta de ese modo, que la de Portugal tenía ya ventaja sobre ella, pues quedó así gruesa y ancha en espesura de gentes, alcanzando á un tiro de piedra lo que había de los primeros á los delanteros. Esto fué especialmente en derecho del camino...., en tanto que la vanguardia y retaguardia se hizo toda una....»*—Siendo su haz gruesa de aquella manera y la de los portugueses

(1) Debe recordarse que este segundo relato de Froissart lo supone hecho por un embajador portugués que asistió á la batalla.

*» pequeña y delgada, y no pudiéndola resistir, fué rota la vanguardia  
» dia penetrando poderosamente los enemigos; y aquel magote de  
» mucha gente abrió un grande y largo portal, por donde entró la  
» mayor parte de ellos con la bandera del Rey de Castilla... »*

Creo que aparece con toda claridad que no pudiendo vencer los obstáculos, ó no insistiendo mucho para vencerlos, fuéronse todos inclinando hacia el centro, y se convirtió la línea en una masa confusa, apelotonada y larga, en el *magote*, que dice López, ó en una columna cerrada informe, como diríamos ahora. El choque debió ser violento por la firmeza de los portugueses; pero no fué imposible evitar la brecha y cedió terreno su primera línea, hasta el punto donde estaba la bandera del Condestable, que es en el que se hizo más empeñada y sangrienta la pelea. Las dos alas portuguesas, al ver esto, y que no eran atacadas por los arroyos, *doblaron sobre ellos*, dice López, y quedaron entonces entre la vanguardia y retaguardia, donde unos y otros pelearon de muy buena voluntad; lo que significa, á mi juicio, que dando frente á retaguardia, esto es, hacia el centro del campo, cayeron por ambos flancos sobre la cabeza de la masa invasora, protegiendo y reforzando al Condestable.

Oportuno y eficaz ese movimiento, no habría bastado á contener á los castellanos y á evitar se estableciesen en medio del la posición, sin el arranque del Rey que, después de exhortar á la segunda línea y dando á todos ejemplo de valor sereno, la hizo avanzar al instante (1). El desorden en que se encontraba la cabeza de columna asaltante, apiñados los hombres y en combates individuales; la presión confusa de los que seguían y la actitud de los portugueses unidos en formación, hace concebir lo que sucedió; se aumentó el atropellamiento; nadie cuidó de desembarazarse y restablecer la formación; sostenían peleas personalmente los más valientes, y algunos de los tímidos ó estropeados gritan-

(1). Don José Soares da Silva, que sigue principalmente á Fernán López, da, con algunas variantes, circunstanciada relación de la batalla; y al hablar de este avance del Rey de Portugal, dice: « que para que el enemigo no tuviese lugar de impedirles la comunicacion, enflaquecidos los lados por la falta de gente de las alas que reforzó la vanguardia, mandó que de aquella su segunda línea se avanzasen los costados como en media luna hasta cubrir los claros; con lo que, recogiendo á los que se hallaban dispersos y fuera de sus filas, llegó adonde la confusión más que el temor hacía mayor el peligro, etc. »

do y buscando modo de eradirse, comunicaron á otros de atrás el espanto; en la retaguardia, donde estaba el Rey, debieron entonces precipitarse á cooperar con la primera línea comprometida, los que ya se habían reunido; pero encontrándose con el inmenso pelotón de los que retrocedían, cundió la alarma en la multitud; corrían los infantes hacia los caballos, vociferando que era preciso salvarse; los mozos de las bestias y equipajes portugueses en su mayoría, repetían *ya huyen, ya huyen los castellanos*, y se salvaban; y en un momento, dominando el pánico, todo se convirtió en esturdimiento, gritería y fuga precipitada; mientras en lo más avanzado luchaban muchos con valor y tenían lugar lanceos particulares, como el de D. Alvaro Gonzalez de Sandoval con el monarca contrario (1).

En ese momento el Rey de Castilla, que, según Ayala, se había mantenido en una mala, dejadas las andas en que por enfermo lo llevaban, le pusieron en un caballo y *acercándole del campo maguer estaba muy doliente*, acompañado de un grupo de sus guardias. El estado calenturiento y débil del joven soberano, que él mismo confiesa *no le permitió entender en ninguna cosa del campo como cumplía á su servicio*, disculpa que no pecara en persona, y que agustado, farto, de aliento y decaído el ánimo, nada le ocurriese que podía mandar y hacer en aquel trance; así como no se explica, que nadie le aconsejara más que la fuga, que emprendió sin dilación, sacando en ella fuerza de flaqueza para espolear su corcel durante toda la noche.

Fernán Lopez, imitando á muchos antiguos cronistas al referir batallas, atribuye á haber sido derribada la bandera real el motivo del abatimiento de los soldados y el principio de la derrota; y al tratar de la retirada de D. Juan I., pone como episodio que, visto por Vasco Martinez de Mello, le siguió á caballo á sus alcances hasta cerca de una legua, y se metió intrepido por entre los jinetes que le escoltaban para cumplir el voto que hiciera de prenderle, ó herirle; siendo muerto sin realizar la promesa, por haberse reconocido que era portugués en la cruz de San Jorge de que muchos de ellos se adornaban.

(1) Al que peleó con el Rey de Portugal le nombra el P. Fr. Domingos Teixeira en su *Vida de Nsso Alcaide Pereira, Alvaro Gonzalez Malafalle*; pero no apoya, en nada la variante, y es más creíble el apodo de Fernán Lopez.

Posible es que al mismo tiempo que se inició el ataque brusco por los castellanos intentaran algunos jinetes salvar el arroyo del fianco izquierdo y del derecho de los portugueses; según parece deducirse de lo que escriben Lopez y Froissart, aunque Ayala nada dice; pero si así fué, debieron ser en corto número y sucumbieron ó retrocedieron al momento, puesto que las dos alas enemigas quedaron libres para acudir al combate en el centro de la posición.

Acordes están los tres principales cronistas en que sólo pasó media hora en decidirse contra los castellanos el éxito de su ataque; pero encuentro que otros historiadores, como Fr. Manuel dos Santos, se extienden á una hora, tiempo que, atendido el pormenor de cuanto sucedió, me inclino á creer más probable, contando desde el instante en que avanzó la primera línea hasta que se produjo completamente el desordenado retroceso, en que serían por consiguiente las siete de la tarde. A poderse aceptar las confusas relaciones de Froissart, que supone dos ataques mediantes entre ambos largo espacio de tiempo, y con mil incidentes y horrible matanza, hubiera sido preciso trascurriesen algunas horas.

¿Y qué era entre tanto de la caballería de D. Gonzalo Núñez de Guzmán.....? Sabemos que se había separado bastante por la derecha; y sin duda por esta causa, y por no creer que iba á tener efecto tan pronto y de tan mala manera la embestida, como por su propósito de darla por retaguardia, no la pudo secundar simultáneamente. Ayala dice que se hallaba á espaldas de los enemigos y que acometió por allí á pelear, sin que los caballos pudiesen entrar sobre los muchos peones y lanceros de Portugal, que les tiraban dardos, saetas y piedras. Fernán Lopez pone una vez que los jinetes probaron á mentirle entrar por el carruaje de los portugueses, mas lo hallaron todo aperecido de guisa que no lo podían arrollar; pero luego en otro capítulo, hablando del final de la batalla, cuenta que por el peligro que corría la retaguardia acudió allá con socorros el Condestable, y logró rechazar por fin á la caballería. Froissart en sus dos relatos manifiesta que después del primer ataque de la vanguardia se dió otro por 20.000 y 30.000 caballos!! cuando ya empezaba á anochecer, y que fué igualmente rechazado con grandes pérdidas; de modo que, aunque por confusión de las noticias que recibió, parece que esa carga se dió por donde la primera, y que iba en ella el Rey, no debe dudarse que se refiere á la del Maestre de Alcántara con sus jinetes, y mucho

más por la exacta descripción que hace de la manera en que atacaban.

Tal vez desde mucho antes se presentaron á amagar la retaguardia portuguesa algunos grupos de jinetes, pero el avance formal en que convienen las *Crónicas* no se verificó hasta después de frustrado el ataque de la vanguardia y de estar ya la derrota pronunciada; por lo cual, y por las indicaciones de Froissart, se deduce que debió ser sobre las siete y media ú ocho, ignorando aún Guzman lo que habia sucedido poco antes.

El sistema morisco con que guerreaban los jinetes, avanzando en filas muy extendidas ó á la desbandada, corriendo hasta acercarse al enemigo para disparar sus venablos y retroceder inmediatamente si no cedía el terreno, y repitiendo ese mismo ejercicio unos después de otros, no era á propósito para vencer y arrollar á los peones y ballesteros portugueses, que defendían el bagaje atrincheros en el espacioso corral, en los carros y demás obstáculos que allí supieron utilizar, á ménos de acobardarse y abandonarlos; pero comprendiendo que podían desafiar tranquilos el ímpetu de los caballos; que el ataque principal estaba repelido, y que no tardaría en llegarles socorro, mantuviéronse firmes. La insistencia, pues, de los jinetes se hizo inútil, y cesó del todo después que se presentó por aquella parte el Condestable con refuerzos, siendo probablemente pasadas las ocho y media de la noche.

La *Crónica* de Ayala y la de la orden de Alcántara dicen que D. Gonzalo Núñez de Guzman, con el grueso del cuerpo de jinetes, permaneció largo tiempo á la inmediación del campo de batalla recogiendo muchos de los dispersos; y la de Lopez refiere el episodio ocurrido donde estaba el campamento del Rey de Castilla, con motivo de haber acudido fuerza de castellanos sobre los portugueses que se habían apoderado de él y se entretenían en recoger despojos, trabándose una sangrienta refriega, en que perecieron bastantes de los dos lados. Es de creer que esto tuvo lugar en las primeras horas de la noche, y que sería algun destacamento del Maestre de Alcántara el que intentó salvar la tienda y equipajes del Rey, al mismo tiempo que procuraba atraer y ordenar gente de la fugitiva.

La quietud prudente en que los portugueses se mantuvieron en su posición, y la oscuridad de la noche, le permitió al expresado Maestre emprender la retirada después de las doce, convencido de

la irremediable derrota, tabedór de la marcha del Soberano, y habiendo dejado reposar los hombres y ganado (1).

Con más de 3.000 caballos y mucha gente á pié, que bien puede valuar-se en cuatro ó cinco mil, tomó para Santarem, como punto adonde se había dirigido el Rey, y que por estar guarnecido, cuanto por su situación le pareció el más propio en tales circunstancias:

La mayor parte de la infantería, piqueros y ballesteros, que aun estaba en marcha sin llegar al campo de batalla cuando se pronunció el desastre, creó que, volviéndose atrás, se desordenó y huyó por el mismo camino de Leiria que llevó el ejército, abandonando todo el convoy de carros, acémilas, equipajes y ganados; pero los que combatieron y cuantos ya habían entrado en línea se dispersaron: aguantáronse muchos por allí cerca y se incorporaron al Maestre de Alcantara, y los demas, en su aturdimiento, fugitivos y perdidos durante la noche por los pinares y malezas, se esparcieron tirando las armas, en grupos sueltos, unos hacia Aljubarrota y Alcobaza, otros á la vecina sierra, y otros del lado de la costa.

Entregados al júbilo los vencedores por tan señalada victoria, no se arriesgaron, con buena cautela, á salir de la posición en la noche para perseguir á un enemigo que todavía, á pesar de la derrota, pudiera rehacerse en número considerable que les comprometiese la ventaja alcanzada; y lejos de eso, consignam Fernan Lopez y la *Crónica* del condestable Pereira, que éste redobló su vigilancia y exquisito cuidado, poniendo guardias avanzadas y escuchas, sin incurrir en el abandono y ciega confianza que ha motivado más de una vez convertirse en descalabro el obtenido triunfo.

#### CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA BATALLA, Y PÉRDIDAS SUFRIDAS POR UNA Y OTRA PARTE.

El Rey de Castilla debió llegar á Santarem entre la una y las dos de la madrugada siguiente (2), y allí, en cuanto le dispusie-

(1) En la *Crónica de la orden de Alcantara* por Torres y Tapia se dice que el Maestre quedó toda la noche aguardando á ver si los portugueses salían á atacarle, y que al otro dia partió para Santarem muy despacio, á banderas tendidas. Me parece más probable lo que se ha puesto, conforme á las indicaciones de Ayala y Lopez.

(2) Habiendo nueve leguas desde el campo de batalla á Santarem, como se dijo



por una barca, navegó por el Tajo para sin hacerse en una de las galeras de su escuadra, hasta el frente de Lisboa; sin aguardar á ser llamada de los restos del ejército, y sin tomar providencia respecto á los fugitivos, y al sostenimiento de la plaza: el estado de su salud dice él que le imposibilita caminar por tierra; pero bien pudo tomar algún descanso, sentarse y disponer después lo conveniente á las circunstancias. Triste y abatido debía ir en efecto, y motivo sobra para que maldeciera de su suerte mesándose los cabellos, como dice la carta del Arzobispo de Braga y la *Oración* de Lopez; pues no dejaria de pasar por su mente el juicio severo que él haria la historia, por el infeliz papel que como soldado, como general y como marqués representó en esta jornada. El Don Gonzalo Núñez de Guzmán marchó con la rapidez que le fué posible, y aunque sin ser hostigado por el enemigo, que ansiaba alcanzar al Rey y poner en salvo las fuerzas que conducia; para de cual había de escapar los caballos que no podian continuar, á fin de que el enemigo no pudiera utilizarlos. Ayala dice que se detuvo en el campo *gran pieza*; y que *llegó al otro día de mañana á Santarém*, de donde continuó, pasando el Tajo, para Castilla; mas si comprendió la fatiga, como cree, después de las doce, no es admisible que entrase la columna en la ciudad hasta después de las once del día 15; pero pudo adelantarse él con parte de la caballería, y llegar ante siete y ocho de la mañana; y tal vez así es lo que sucedió: en esta tribuna la voz me ha y al fin y al fin la columna leguero. Entrado allí, habia el Rey se habia embarracado, debieron ser poned que tomó algunas horas para que desbandara la gente y los caballos, y para que se fuesen reuniendo los rezagados, por lo que sería ya tarde cuando prosiguió, pasando el Tajo (1) y dejando en la plaza la guarnición que encontró. No les pareció ventajosa la situación en que quedaban á los que la componian, y por ello poco

en nota el capítulo XV de la *Oración* de Ayala, y saliendo sobre las seis y media ó las siete, no creo pudiesen llegar hasta después de la una. Ayala sólo indica que era de noche, y Fernán Lopez dice que media noche; pero atendida la distancia, que él supone de once leguas y media, el mal camino, la oscuridad y el estado doliente del Rey, no es posible calcular ménos de seis horas, aunque cambiasen una vez de caballo.

(1) Tengo tambien dudas sobre el camino que siguieron, pues me parece difícil, en el estado en que iban, la operacion de pasar por allí el Tajo; tal vez lo re-

después la evacuaron, abandonando las fortalezas y prisioneros, y siguieron la ruta que llevó el Maestro de Alcantara. No sé si en el día de Alamanecer, hicieron la descubierta los portugueses al sercedes de los cerros, donde de la que los enemigos habían desaparecido completamente, y que el campo estaba llano de cadáveres y heridos, de armas, y de despojos. Los habitantes de los pueblos y aldeas de la comarca se lanzaron en seguida á aprovechar de la derrota, cayendo sobre el botín y los acampamentos grupos de fugitivos, á que debían muertes, pero como así en número extraordinario, como dice Fernán Lopez, y dando lugar á lo que se refiere, y que el día en el puente de Chacunda, donde murió, con otros castellanos Ruy Diaz de Rojas, cuya mujer era parayazandera del Rey de Castilla, y al que la tradición y la leyenda han hecho célebre, y de la panadera de Aljubarrota, que mató á siete soldados en la palma del hombre, y también supieron así en la batalla, y así la batalla. Quedó el Rey con su hueste, en el mismo campo de batalla, como aquel día 15, y el siguiente 16, siguiendo, dicen algunos, fama por los caballos de la Edad Media, que exigía por cada uno tres días en el palenque por el viento, que quisiera volver á disputar la victoria, pero bien puede atribuirse á razón de prudencia militar el no abandonar la posición hasta asegurarse en la menor de las que los enemigos abandonaban el territorio, como se ve en el día 16. Cargados de banderas, armas y despojos, y en el día 17, Juan I, Rey de Portugal gracias á Dios y á la Virgen por el singular favor, que alcanzó, recibió en eferves y felicitaciones de los pueblos vecinos, y sin descuidar del todo la precaución, se entregaron al ejército al repanto del botín durante el domingo, y al lunes, pasando del día 17, á pernótar en Alcobaca, donde se á dar sepultura en aquel antiguo monasterio á todos los cadáveres de los portugueses que perecieron en la batalla, y á uno sólo de los contrarios, el conde D. Juan Alfonso Tello, tal vez por distinción á su rango en Portugal, mejor que por atribuir á temerario consejo suyo el que se empeñara la acción. Fernán Lopez dice que se dejaron insepultos á los castellanos por cristianos, pero Fr. Manuel dos Santos y otros aseguran que se les mandó enterrar allí mismo; lo cual parece regular se hiciera, aunque sólo fuese por medida higiénica, mayormente en aquella estación (1).

(1) Segun se verá en el capítulo siguiente, muéstrase en el día de la batalla

Las consecuencias que trajo la victoria completa de los portugueses, explicadas quedan en el relato histórico del capítulo II; todas las plazas y castillos que aun estaban por donña Beatriz abrieron sus puertas al vencedor ó sucumbieron en breve; el condestable Nuño Álvarez Pereira llevó sus hostilidades por Badajoz, obteniendo otro señalado triunfo en Valverde, cerca de Mérida; y convertidos ya en invasores los que antes fueron invadidos, acometieron sitios y excursiones diversas por Castilla y Galicia; para después, en unión de los ingleses, sus aliados, emprender campaña más formal, aunque ménos fructuosa.

Muerto á los cinco años el desventurado D. Juan I de Castilla sin haber podido desquitarse ni borrar su afrenta como anhelaba, y continuando la guerra hasta el tiempo de su nieto D. Juan II, bien que con alternativas y varias treguas, pero siempre en daño de las dos naciones y en estrago de los pueblos fronterizos, alcanzó, por fin, la vida del antiguo Maestre de Avis á firmar la paz definitiva, asegurada su dinastía y conquistado un lugar eminente en la historia.

Fáltanos fijar, con la aproximación que sea posible, las pérdidas de las dos huestes, y para ello, siguiendo igual método que en la apreciación de fuerzas, presentaremos primeramente los datos ó cifras que nos dan los textos.

El Rey de Castilla se abstiene de indicar sus pérdidas en la carta á la ciudad de Murcia; pero en el mensaje que envió á Carlos VI de Francia expresó que perseguidos de funesta suerte habían perecido miserablemente sus ejércitos en aquel año; y en las cortes de Valladolid dió como una de las razones del luto que vestía; la muerte de tantos y tan buenos caballeros y escuderos como perecieron en esa guerra.

Ayala se concreta á decir que murieron muchos y muy buenos señores y caballeros, dando una lista de los principales, que son 25 castellanos, 5 portugueses y 3 franceses.

Froissart no indica pérdidas á los portugueses, pero sí da por muertos 10 caballeros y 300 escuderos franceses, y 9 señores principales con 60 barones y caballeros de España; y luego, como en resumen, en otro capítulo, 500 caballeros, 500 escuderos y sobre

el sitio donde se abrió una gran fosa para ese objeto. Consta también que los cadáveres de algunos señores principales fueron llevados despaes á Castilla.

7.000 de otra clase de gentes; lo que hace en total 8.000. En la segunda versión, ó sea la que dió el embajador portugués, nos habla 14 caballeros castellanos, 15 franceses y otros más, 1200 caballos y escuderos; que agregados á 4.000 que dice en distinto párrafo que perecieron en el ataque, suman 5.220.

Dámaso López asegura que sólo sucumbieron 150 de sus compañeros, y respecto á los castellanos se atiene á la carta que cita del Rey vencedor á la cámara municipal de Lisboa, en que decía que murieron 2.500 lanzas; aunque añadiendo él que de la gente muerta no le era posible hacer cuenta exacta, pero que creía serian muchos. En la lista que da de los señores principales, que parece tomó de Ayala, se notan, sin embargo, algunas notables diferencias, resultando 39 castellanos y 6 portugueses.

El P. Mariana, el historiador Garibay y otros, asignan 10.000 hombres, en números redondos, á la pérdida total que experimentó el ejército castellano.

Polidoro Virgilio en su *Historia de Inglaterra* pone esos mismos 10.000 muertos y 1.000 prisioneros á los castellanos; y del lado de los portugueses cerca de 2.000 muertos y 600 más de los ingleses; que con manifiesto error supone mandados por el Conde de Cambridge.

Damian Antonio de Lemos Faria é Castro en su *Historia de Portugal* reduce á 120 los portugueses que perecieron, y aumenta á 12.000 los castellanos, cuyos huesos, dice, blanquearon por muchos años el campo de batalla; siendo tantos los prisioneros ó cautivos, que se daban á bajo precio.

Soarez da Silva acepta los 10.000 muertos castellanos y los 150 portugueses que pone López, pero añade que eran personas ordinarias y que hubo heridos varios soldados y fidalgos.

Según se ve por estos datos, sólo tenemos como valedero y respetable el que dió el mismo Rey de Portugal inmediatamente después de la batalla, y no parece estará lejos de la verdad el del Padre Mariana; en cuanto á López y á los demás que rebajan la pérdida de los portugueses ó hacen subir excesivamente la de los castellanos, sólo deben considerarse como apreciaciones gratuitas.

Las 2.500 lanzas ú hombres de armas muertos en el campo de batalla, según la carta del Rey de Portugal, es el número máximo que es lícito suponer; y aún así, es crecidísimo si se atiende á las fuerzas que verdaderamente pelearon, al corto tiempo que duró la

lucha y al reducido espacio en que se verificó; pero debiendo tener presente que otros sucumbieron en las inmediaciones después del ataque principal, y sobre todo, la circunstancia de que muchísimos más fueron muertos al día inmediato y siguientes, como lo acreditan Froissart y Lopez, por la persecución de las gentes sobre los dispersos ó fugitivos; y que también aspirarian bastantes asfixiados (1) por el calor y cansancio; nos parece muy aceptable la cifra total de 10.000 bajas definitivas que encontramos en serios historiadores; contando en ella los prisioneros, que es indudable quedaron en no escaso número, casi todos cogidos en los días que siguieron, y que bien pueden valuar-se en más de los mil que algunos señalan. Fernán Lopez refiere que se tomaron muchos que se habían refugiado en las iglesias y conventos, y otros que acudían á Santarém ó diferentes plazas que aun creían ocupadas por los suyos, como sucedió al mismo cronista, Pedro Lopez de Ayala. El Rey mandó se fueran libres algunos por la dificultad de mantenerlos, así como las mujeres que quedaron en las guarniciones; enerró otros, envió bastantes para ser empleados en los trabajos de Guimarães, y dejó que de los demás cuidasen respectivamente aquellos á quienes pertenecían, y aguardaban cobrar por su rescate.

Resumiendo, nos resulta la conjetura de que sobre el campo de batalla perecieron unos 3.000 hombres, y otros tantos en las carceres y en los días sucesivos; quedando, además, 4.000 prisioneros, y como según se indicó, valíamos en 8.000 los que se retiraron con D. Gonzalo Núñez de Guzman, nos falta saber con fijezá el destino de 14.000 para completar la totalidad del ejército. Carecemos de detalles precisos; pero habiendo expresado que la masa principal de la infantería que no combatió ni llegó al campo de la acción, se retiró por el mismo camino que iba marchando; y constando por indicaciones de otros historiadores, que el príncipe Carlos de Navarra que entró días ántes con un cuerpo de tropas por tierra de Lamego, acudió hácia la Beira para proteger la vuelta á Castilla de los restos de la hueste, entrando con ellos por la parte de Ciudad Rodrigo, puede calcularse ascendían á 11.000 hombres los

(1) El P. Fr. Domingos Teixeira en la *Vida del Condestable de Portugal* escribe que se tuvo todo el suceso por milagro, y que bastantes de los muertos se castraron sin heridas.

que reunidos se salvaron en esa dirección; y que otros 3.000 en pelotones ó aisladamente, lograrían evadirse y penetrar en Castilla por diferentes puntos de la frontera. El crecido número de los no combatientes participó del desastre, pero como iban en su mayor parte con los carros y equipajes que abandonaron para huir, y como muchísimos eran portugueses conocedores de la tierra, es de inferir que les fuera fácil alejarse del peligro y llegar sanos á sus domicilios.

La pérdida de la hueste portuguesa debió, sin la menor duda, ser reducida, comparada con la de la castellana, pues que consistió tan sólo en la que experimentó en el combate, más allá á primera vista que poca de disminuir la valoración de Fernán López, á menos que en los 1500 que pone quisiera referirse únicamente á los *sedalges*, y no contar á la *gente menada*. Reflexionando que pelearon mezclados y cuerpo á cuerpo con iguales armas, y aun teniendo peores las defensivas, según dice el mismo cronista, los portugueses, hay que convenir en que debieron caer muchos más de los que señala, ó demostrarse que por efecto inflagroso se embobaban, sin herirlos; los golpes de sus contrarios, al paso que ellos con sólo tocarles les veían muertos por tierra. Tal vez sea algo superior la cifra de 2.600 dada por Poliodoro Virgilio, pero atendidas las circunstancias incidentes y las fuerzas que lucharon, y no pudiendo admitirse humanamente que los castellanos se dejaran matar como carneros, creo que será talento razonable suponer en un total de 1.500 la baja efectiva que tuvieron los vencedores.

Del propio relato que hace López deduzco algún fundamento para la anterior conjetura. Antes de empezar la batalla, dice que los *arrocenos*, que de algunos sitios los disparaban; pasaban las *ruces* y herían hasta á los que estaban en el bagaje, *hombres, mujeres y bestias*, y que unos 30 de los de á pie, que fueron, fueron muertos por los *fractes* castellanos; luego cuenta que murieron dos escuderos portugueses y un extranjero, de las piedras que dispararon los *truenos*; al pintar el ataque describe la empeñada pelea y los tremendos golpes que se daban, citando algún muerto y varios heridos de los principales; después pone el lance en que pereció el que quiso herir en su fuga al Rey de Castilla; á lo último, en el episodio sangriento ocurrido en el abandonado campo y tienda Real, cita á Mendo Alfonso de Beja, que murió allí con otros; y entre los que nombra de los principales que sucumbieron, se ven los tres

jefes más caracterizados de los extranjeros; detalle que hace presumir pecarían con ellos, en justa proporción, muchos de sus soldados.

Más se debe inferir también que serian de 150, los que sucumbieron en la lid; cuando el arzobispo D. Lorenzo Vicente elogiaba en su carta al Abad, por la fatiga que se tomó en hacer conducir hasta Alcobaza los *fidalgos*; porque á ser tan pocos como los que pone Lopez, corta faena era para merecer un pláceme.

#### REFLEXIONES DE CRÍTICA MILITAR SOBRE ESTA GUERRA.

Y BATALLA DE ALJUBARROTA.

Los repetidos enlaces de las familias reinantes en Castilla y Portugal; apuntados en el capítulo primero; se venian verificando desde que existia independiente este último reino, llevando siempre por idea política, aparente al ménos, el mantenimiento de la paz y buenas relaciones entre los dos pueblos; pero se traslucia también una secreta tendencia que impulsaba á ambas dinastías á procurar reunirlos en sus dominios. Por desgracia, en vez de lograr beneficio duradero de concordia y de aproximarse á la fusión, hámose visto qué surgian de continuo desavenencias y guerras, y que arraigándose el sentimiento de la nacionalidad portuguesa, se iban separando insensiblemente del común origen, creándose intereses peculiares, y naciendo rivalidades y ojeriza.

Ninguna combinacion de cuantas habian ocurrido por ese plausible sistema observado por los soberanos, se puede comparar, por lo extraño é impolítico, por las circunstancias en que se hizo y las condiciones en que se pactó, á la del casamiento de D. Juan I con la hija de D. Fernando de Portugal.

Cualquiera de los maridos á quienes pensó dar aquella desventurada niña su voluble padre, hubiera sido ménos perjudicial para Castilla; y se hace inconcebible que despues de haber convenido en desposarla con el Príncipe Heredero, en cuyo caso podia llegar el día de que legítima y legalmente se reuniesen las dos coronas, viéndose entónces la pena de empeñar una guerra á todo trance para sustentar el derecho y la importancia del fin, si surgian dificultades, oposicion ó rebeldia, desistiera de ello D. Juan I y la aceptase para su esposa; porque de este modo los hijos que resultasen podrian reinar en Portugal, mas no en Castilla, por tener ya suce-

sion asegurada del primer matrimonio. Las estipulaciones del tratado matrimonial y las cláusulas del testamento de D. Fernando eran claras y precisas; doña Beatriz sería reina de Portugal, pero como el reino había de quedar gobernado por su madre, doña Leonor hasta que tuviera un hijo en edad de regir la monarquía, aquel título de soberana venía á ser sólo nominal ó honorífico; y por eso la pretension de D. Juan y su entrada con tropas, aunque fuera llamado por la Reina viuda Regente, despues del alboroto de Lisboa, violaba tácitamente el pacto, y dió pretexto al Maestre de Avis y á sus secuaces para resistirle.

Errada política fué la de D. Juan I en renanciar al primer compromiso, para contraer el segundo; errada en las capitulaciones de su matrimonio; errada en la resolución de penetrar en Portugal, como lo hizo; y errada en su conducta despues con doña Leonor y con el país. Los consejos que, segun Ayala, se le dieran, le indicaban lo cuerdo y prudente, señalándole los peligros á que se exponía, desde que á la muerte de su suegro se preocupó exclusivamente de la corona de su mujer; más él, desobedeciendo todo, de complacerla y servirla, envaneciéndole la nueva dignidad titular de Rey de Portugal y alimentando ilusiones de poder realizar la union de las monarquías; prescindió del rigor de fórmulas escritas, despreció los óbices que se pudieran presentar, y marchó hacia allá para que su tierna esposa fuera reconocida y acogida por los portugueses.

¡Doy grande importancia á estas consideraciones políticas, porque encierran, no sólo el origen de la guerra, sino el que llegará á hacerse causa popular en Portugal la del Maestre de Avis contra el derecho legítimo de doña Beatriz y contra Castilla, y el que en Castilla se mirase con pocas simpatías, como extraña á sus intereses y aun perjudicial, en el estado que se hallaba despues de las pasadas luchas interiores, amagando otras con los moros de Granada, y alimentándose siempre espíritu de revueltas por la pretension de la hija del rey D. Pedro, en casada con el príncipe inglés Duque de Lancaster. Sirven, ademas, para acreditar la grande influencia que tiene una política sabia y previsora, á todo lo que temeraria, en el curso, los accidentes y el éxito de la guerra, así como que en la guerra no es posible prescindir nunca de la idea política por que se haga. De lo cual se deriva que ha de ser una de las más elevadas meditaciones para los soberanos y los gobier-





desorganizados. En cuanto á las más importantes sobre Lisboa, la lentitud en la remisión del ejército y la tardanza de la escuadra hizo que el bloqueo fuese incompleto é ineficaz; y como después no se estableció tampoco el ataque á la plaza en los términos que por los medios entonces usados (cosa que parece increíble, porque hasta de artillería pudieron valerse), sin duda: pensando de que la reducirían al poco tiempo por la necesidad, todo vino á consistir en amagos, escaramuzas, diligencias para que se sometiesen y acometiesen breves ó de golpe de mano; rechazadas, como

la epidemia que se desarrolló en el campamento de los sitiadores puso término á la empresa, retirándose el ejército á Santarém, y preciso les sobrevino en que siendo tan mortífera y dejándolos tan quebrantados como dicen las *Crónicas*, y el mismo Rey en el ejército y en la moral de las tropas, no se puede depenar que se levantase el sitio: cual en otros casos lo mereciera; porque en ocasiones y circunstancias semejantes si no cede la voluntad de la capital, equivale á una gran victoria para los contrarios en ella.

Justificase la retirada hasta Santarém por la necesidad; mas no sucede lo mismo respecto á la continuación y el regreso á Castilla, dejando sólo guarniciones en los muchos puntos que se conservaban fieles (so lo dice Bruto y Froissart) dice que el Rey tuvo Consejo para determinar si debería seguir la campaña ó suspenderla, á qual de los capitales franceses opinaron por lo primero, y los señores castellanos por volverse á Castilla, á cuyo último dictamen se adhirió D. Juan, contribuyendo esa divergencia á que quedaran unos y otros desavenidos. Inclínase á creer probable esta versión, á pesar de que según se deduce por el sentido del texto, parece que debieron ser val contrarios los dictámenes; mas, fuesen unos ú otros los que emitieron el de permanecer, no vacilo en darle la razón; porque bajo el criterio militar, atendiendo al objeto de la guerra y al estado del país, se me hace evidente que hubiera sido de deservir al ejército hasta que se repusiesen las tropas, pidiendo con urgencia refuerzos de gente y manteniendo y material de sitio hubiera seguido así dominando gran parte del territorio y alentando á los adeptos y amedanzando siempre á Lisboa, sin permitir que el Maestro de Aviz se alejase á emprender otras hostilidades y á levantar su causa; y desde aquella ciudad fuerte, en la situación más oportuna para sus depósitos, y excelente base de operaciones, habría podido antes de sus meros

novar con energía el asedio, auxiliado por la escuadra surta en el Tajo. La carta del Rey, inserta en el cap. II, dice que el Consejo en que eso se decidió fué en Torres Vedras; y llama la atención que habiéndose resistido tanto á levantar el cerco, se aviniera luego á que todo el ejército volviese á Castilla, por los motivos que detalla, que á mi juicio no son convincentes.

Pero éstas son consideraciones críticas que sólo emitimos conjeturalmente, pues no se puedan juzgar hoy las operaciones de aquella guerra y las de su época en general, como las modernas, sabiendo que la falta de recursos, de subsistencias, de organización y disciplina, obligaba á disolver la hueste, licenciando los contingentes de tropas cuando apenas se había empezado la campaña, inmediatamente después de conseguir alguna ventaja ó sufrido un descalabro, sin sacar toda la utilidad del éxito y sin poder reponerse de un accidente, por la imposibilidad absoluta de sostenerla; y ante causa tan poderosa, ligada por otra parte á las costumbres y á la constitución temporera del ejército, es preciso reducir el análisis á términos de vaguedad en las suposiciones. Lo mismo respecto á la política de la guerra que concretándose á la estrategia y táctica empleadas.

Los negocios de Estado y la enfermedad que frecuentemente aquejaba á D. Juan I, retardó más de lo que era necesario los preparativos para abrir la segunda campaña, dándose tiempo en todo el invierno y primavera de 1385 á que el Maestre de Avis, enérgico y hábilmente secundado, fuese proclamado rey en Coimbra; que levantara en su favor el espíritu del país, que se apoderase de algunas ciudades y castillos, que recibiese auxilio del extranjero, y que se preparara mejor para resistir la invasión del Castellano.

Si aplauso merece ante el examen histórico la actividad y acierto militar que hasta entonces tuvieron el Maestre de Avis y su teniente Pereira, no es menos digno de elogio y de llamar la atención, el pensamiento ó plan que en esta coyuntura adoptaron. Froussart nos cuenta, y están conformes en ello los autores portugueses, que tenido consejo sobre el particular, con asistencia de los capitanes ingleses ó aventureros, sustentaron éstos que debía mantenerse la guerra en campo abierto, y de ningún modo encerrarse en Lisboa ni otra plaza fuerte; pero que el que dió y explicó mejor esa idea, decidiendo su adopción, fué el caballero portugués *Gamme de Tabestan*, nombre extrañamente alterado, que sólo

puede aplicarse a *Núño Álvarez, el Condestable*, quien consta por López que así se expresó varias veces, y estaba resuelto, aunque fuese nada más que con los que quisieran seguirle, a operar de tal manera, como el año anterior, en el caso de que el Rey determinara otra cosa. Acordó también en ese sistema de campaña activa, se opuso siempre, en los años siguientes, a que se acometieran en territorio de Castilla sitios de plazas o fortalezas que exigiesen tiempo y estacionamiento de las tropas.

No consta bien cual sería el primer plan de campaña que se propuso el Monarca castellano, pero es lícito pensar que fue el iniciado desde Badajoz, sitiando a Elvas, y que debía consistir en marchar por el Alentejo para caer sobre Lisboa, ya pasando el Tajo bajo la protección de Santarém, ya delante de la capital con el auxilio de su numerosa escuadra, mientras desde Galicia y desde la frontera de Ciudad-Rodrigo se verificaban incursiones para llamar la atención del enemigo, dominar el país y acudir por la Beira, si era preciso, hacia el Tajo. Si así fue, lo juzgamos acertado y muy preferible al que luego adoptó, pues es el mismo que dos siglos más adelante llevó a ejecución el Duque de Alba. Por el pronto, la marcha era mucho más corta, y por tierra más abierta que por la Beira y la Extremadura portuguesa; podía utilizarse el curso del Tajo, la ocupación de Santarém y la escuadra, y tal vez apoderarse de Lisboa antes de que el nuevo rey llegara desde el Miño. Pero se requería para eso no entretenerse en sitiar a Elvas ni otros castillos, y avanzar rápidamente al objeto principal, infundiendo aliento con promesa de socorros a los que sustentaban por doña Beatriz diversas plazas, y recomendar que evitaran comprometer acciones formales los que en corta fuerza hicieron entradas por las fronteras.

El descabro de Trancoso, debido a la arrogancia e impericia de Castañeda, que lo pagó con su vida, no es motivo bastante para justificar el cambio de plan y de línea de operaciones; porque teniendo que hacer el Rey con las tropas que tenía reunidas sobre Elvas la penosa traslación a Ciudad-Rodrigo, y ordenar que allí se dirigieran las demás convocadas, se originó un aumento de fatigas y de tiempo perdido que imposibilitó penetrar en Portugal hasta primeros de Julio, esto es, dos meses más tarde de lo que hubiera sido factible por Badajoz.

Hay que considerar, sin embargo, que la última línea adoptada

era la mejor conocida, trémula por los castellanos el año anterior, como lo fue en 1378 por D. Enrique II, y en parte también por D. Juan I en 1361, y la que venía siendo desde época remota vía directa desde el centro de España a Coimbra, verdadera coronada de Portugal cuando sus estados lejos de tener Lisboa la importancia que después adquirió. En los tiempos recientes la significación política y militar de Maesena, y no en vano motivo de tener en ella como no se sabe en qué medida, un campamento de guerra.

Aficionado D. Juan I á celebrar consejos de guerra, y á ellos siempre en aceptar el mejor, según suele acontecer á los caracteres de los reyes, como en el de Ciudad-Rodrigo el de penetrar en persona en el reino, con intenciones de dejarlo sometido á don Alonso en una breve campaña.

Detalladamente nos lo transmitió Ayala, porque se comprenda que el fue de los que quisieron evitar la empresa y abusar al Rey de que la acometiera; mas el joven monarca se dejó llevar del ardor belicoso, del deseo de restablecer el prestigio de sus armas, lastimado en el sitio de Lisboa, y de asegurar á su esposa la corona. El dictamen de los que se oponían era que en lo que restaba de año se pudiese estar *fecha á guerra guerrilla*, distribuyendo las fuerzas, para que unas desde Badajoz, otras desde Ciudad-Rodrigo, y otras desde las fronteras de Galicia, mantuviesen las hostilidades con entradas y correrías, mientras la flota bloqueaba á Lisboa y abastecía á Santarém y los demás puntos que fuera posible, sin aventurarse al *en ninguna guisa por batallas de campo*, y procurando entre tanto *algunos buenos proyectos*. Todo el razonamiento iba acompañado de buenos motivos de prudencia y de política, y sostenido por los precedentes y por el estado de salud del Rey; pero los ardorosos pedían que entrase *por su cuerpo con todos los suyos*, decían que el Maestre de Avis no osaría pelear, ó sería arrollado si lo intentaba, que las guarniciones de Santarém y los demás castillos esperaban las socorrerles, y por último la voluntad cuando supieran que no tenían que esperar, y que la capital bloqueada por la flota estaba ya apurada y se le haría fácilmente, con lo que tendría término *la porfía*.

Inclinábase desde un principio á esto último el Rey, mas por no contradecir abiertamente á los primeros, dijo que haría sólo una entrada por la Vera (Beira), y que, regresando á Castilla sin pasar los puertos para llegar á Coimbra, se ejecutaría después por

los frentes en el plan de la guerra guineana; se dice aceptó por  
fórmula los dos pareceres para su conducta posterior, demuestra  
que estaba decidido por el que significó sin vacilar comprometer  
dos segundos, ve, enfermos y falta de dotes; para el mando mili-  
tar en una campaña que, aunque fuera dichos, ninguna ventaja  
reportaba á Castillo; éntes, el capitano, le ligaba á sostener el  
nuevo orden de cosas que se crease, contra los partidarios veni-  
dos del Maestre, que no dejarían de levantarse en cuanto salieran  
del país los castellanos.

Consumable en resolución bajo el concepto político, la es mucha más en el militar, la guerra que iba a librarse, y como el ejército no era numeroso, la marcha a una larga estancia en Celorico, fué por no tener reunidas todas las tropas y recursos indispensables, debió suspenderla hasta completar los preparativos; y si consistían en su enfermedad y como asegura la historia, era cuando que desistiese de acompañar al ejército, encomendando a otro la dirección de la guerra. El cuerpo de tropas que faltaba incorporar, puesto a las órdenes del Príncipe de Navarra para que entrase después por Lemaga, hubiera sido preferible que con antelación (simultáneamente) se dirigiese desde Badajoz a buscar la ribera izquierda del Tago, para en dirección convergente con el grueso de las tropas sobre Lisboa; porque en las operaciones ofensivas y en la guerra de invasión se ha de procurar ese concurso y combinación de poderosas masas para herir al corazón del país, é el núcleo de sus fuerzas con toda actividad y enérgico vigor, a fin de que produzcan un efecto por la rapidez, dando aliento al soldado y confianza a los aliados, y que al descompartar al enemigo se le amolda a nuevos medios de resistencia, y se apresure el resultado que se busca de anularlo, *el aprovechamiento del tiempo es una de las primeras reglas de la guerra, que en la guerra conduce al éxito.*

El objetivo de D. Juan I no debe dudar que era Lisboa, y no perseguir al cuerpo de rebeldes, sin embargo de que debió saber el propósito del Maestro de sostener la campaña, anudarla con razón, que aquello era lo más importante por el pronto, y que no obstante que los recuerdos de Atoleiros y Trancoso le tenían envalentonado, no se aventurara a presentárselo en campo abierto ante la superioridad de sus fuerzas. La marcha, pues, que lle-  
vó al ejército responde claramente a ese propósito; y si bien pa-  
rece más natural que desde Pombal tomara por Torres Novas a

Santarem, como en el año anterior, estando aquella plaza ocupada por los arábigos, pudo optar por la vía de Leiria y la falda de la sierra de Minde, no sólo por más directa y tal vez preferible para salvar la cadena que lleva á la vertiente del Tago, sino también porque así caminaba cerca del litoral, asegurado siempre el flanco derecho.

La noticia de que los contrarios se le opondrían al paso la tuvo positiva en Leiria al saber que desde Tomar fueron á Ourem, y de aquí á Porto de Mog, situacion perfectamente escogida para observar el movimiento ó direccion de los castellanos; pero debió sorprenderle que se determinasen á esperarlo donde fué la batalla, porque, á pesar de la gran victoria que allí alcanzaron, es justo calificando de temeridad. Los accidentes que ofrece el terreno no constituían obstáculos insuperables ni defensas bastantes á compensar la inferioridad numérica, sin que tampoco les facilitase segura retirada en el caso probable de una derrota: otros parajes más difíciles para el ataque, más proporcionados á la defensiva y á entorpecer de la persecucion creo que hubieran podido hallar en el trayecto que llevaba el ejército de D. Juan I.; pero como ellos estaban decididos á vengar ó sucumbir pronto, animados sus valientes caudillos de ciega confianza, quisieron apresurarse á lidiar, y les pareció excelente la posicion.

El orden y formacion que dió el Condestable á la pequeña hueste, segun el sistema generalmente observado en la época, cuadraba con acierto muy oportuno al terreno, distribuida la fuerza en vanguardia, retaguardia y alas, ó sean primera y segunda línea y cuerpitos protectores de los flancos: lo reducido de la hueste no permitia ni era conducente pensar en tercera línea; y la colocacion de las alas cerrando en algun modo el campo por los bordes de las dos cañadas laterales, constituia allí la mejor disposicion defensiva posible, atendidas las circunstancias.

El partido que se tomó por los castellanos de envolver la posicion en que vieron establecido el enemigo, se fundó en buenas razones; mas si se atiende á lo expuesto del movimiento de flanco que habian de ejecutar á proximidad de él y á las horas que se aumentaban de marcha á la prolongada columna, fatigándose las tropas por el excesivo calor de Agosto, me inclino á opinar que habiese sido mejor ordenasen su batalla donde se detuvo primero la cabeza; acelerar la llegada de la infanteria y convoy, y acomet-



ter desde allí el ataque por frente y flancos, pacto que los castellanos no querían aceptar. Las verdades que de este modo eran mayores las cuestas para subir a la meseta, pero en cambio las caídas son más afortadas, las pendientes más accidentadas y los abrigos y montañas de armas no podrían oponerles tan eficaz resistencia como al abrigo de los escarpados y malezas donde se trabó la acción. Esta consideración no se les ocurrió, porque ignoraban la fisonomía del terreno por más allá del campamento, y sólo oían a los prácticos que a corta distancia se hallan insignificantes los arroyos, ofreciéndose una planicie extensa, adecuada para desplegar todo el ejército y acometer sin obstáculos, con la ventaja de dar entonces espaldas al sol, mientras los contrarios lo tendrían de cara, así como el aire y el polvo. Y también se puede asegurar que de haber adoptado aquella situación y orden de batalla á que nos referimos, no hubieran sido tanta tan fatales las consecuencias al ser rechazado el ataque, pues se habrían reñechado en la posición que dejaron á retaguardia, al paso que, por el movimiento que se hizo, resultaron los enemigos interpuestos, cortándoles la línea de marcha y de retirada. Además, en el cambio de frente mejoraron mucho los portugueses, como se demuestra en el plano, porque su vanguardia pudo seguir la avenida llana de la meseta, y utilizar, para defenderla y cubrir, las dos pequeñas grietas que descienden á los arroyos.

Por lo que se explicó de lo que hicieron los castellanos una vez llegado el Rey á la planicie sobre el camino de Alpujarrate, no hay posibilidad de disculparlo como caudillo del ejército. Las reflexiones que se le expusieron por los que le aconsejaban diferir la batalla, que eran sus más afectos servidores y los capitanes más experimentados, todas eran convincentes y de buena ley, sobresaliendo entre ellas lo muy avanzado del día, el faltar aún gran número de tropas, estar los soldados sofocados del calor y el polvo, sin comer ni beber; pues sin este concurso de circunstancias podía preferirse el dictamen de atacar desde luego, como querían los caballeros jóvenes y hubieran opinado igualmente los ancianos, á fin de evitar se retirase el enemigo durante la noche, ó que se envalentonara creyendo les imponía su actitud.

De cualquiera manera, si D. Juan I optó por lo último, según se dice por algunos, prefirió lo ligero á lo sensato, y no ordenó se ejecutase como correspondía, dando lugar á que formasen bien



las dos líneas y á que la acometida fuera simultánea por el frente, flancos y retaguardia; y si cuando creyó á lo que se oía en su carta y alabó en la *crónica*, se volvió contra su voluntad á impulsos del ardor juvenil de unos tantos arrogantes, ¡cuál otro cargo más severo á la falta de caracén y á la disciplina y ordenación en que llevaba la hueste, cuando no lo oviesse ni pudo contener á los demas al verlos arrastrados al combate. Lo que es creíble sucedió es, que se mantuvo indeciso al oír los encontrados discursos, que aparentan aprobar las razones de unos y otros, aunque tal vez inclinándose del lado de los más acalorados, y que nombre vacilante, parco de palabras, dijo que para tal entendiéndose la resolución á su gusto, mandándose en consecuencia átropelladamente en el avance los que lo desearan, sino fuese necesario para impedirlo y sin que el Maestre de Alcántara, al tanto separado ya, lo supiese en el momento para obrar al propio tiempo. Resulto de eso que rechazado el ataque principal por no ir en orden, y por descubrir el establecimiento de la formación tan luego como rompieron la vanguardia portuguesa, y por no contar con el apoyo inmediato de una segunda línea, se retiró este jefe que acometió después con los jinetes D. Gonzalo Páñez de Guzmán, mayormente estando sin el auxilio de infantería, para vencer el atrincheramiento de la retaguardia contraria.

Dice Ayala con este motivo, y de él se han tomado Perros de la puz y otros escritores, que fue error disponer que fuera por detrás el Maestre de Alcántara, porque así imposible á los peones portugueses la huida, *que es contra buena ordenanza que mandan guardar en las batallas, que nunca uno debe poner á su enemigo en las espaldas ninguna pella, por lo dar lugar para for;* pero en esto el ilustre cronista acepta como máxima militar de la antigüedad una proposición que no recuerda esté consignada cual precepto en ningún texto de griegos ó de romanos, perteneciendo á la clase de máximas condicionales, que unas veces podrá ser conveniente observarlas y otras no, y que al vulgo las adopta por incuestionables. Hoy se suele también usar en proverbio, *al enemigo que huye, puente de plata;* y sin embargo, ni la buena teoría ni los ejemplos históricos que pueden citarse, lo abonan como doctrinal. Si el objeto de la batalla ha de ser, no sólo romper al contrario, sino aniquilarlo, por completo, destruirlo y aprisionarlo, si es posible, para terminar del mejor modo la

guerra, ciertamente que nada será más conducente que el envolverle encerrándole y obligándole a deponer las armas, ó á perecer, cuando eso sea posible por la gran superioridad de fuerzas, por las evoluciones y por la disposición del terreno. Siguiendo un principio estratégico que asienta Ayala, se alcanzó en lo antiguo la victoria de Zama por los romanos, y en época moderna la de Bailly por los españoles (1).

No hay trazo de guerra en que más á prueba se pongan las condiciones de valor, solidez y disciplina en las tropas, que el de la confusión y desorden que suele seguir al ser rechazado un ataque ó al experimentar un fuerte descalabro: momentos tristes que traen inevitable derrota cuando sobreviene y cunde instantáneamente el pánico, en particular si es de noche ó en terreno que dificulta la acción de los jefes, y creciendo á los amedrentados: entonces es cuando mejor se manifiesta la influencia de los oficiales, y cuando deben sobresalir en serenidad y carácter para calmar el tumulto, infundir aliento al soldado, reunir la gente y restablecer la formación sea para ordenar la retirada evitando un completo desastre; sea para mantener la posición y proseguir en la lucha. Por desgracia nada de esto se verificó en Aljubarrota, pues compuesta la masa principal que dió el ataque de los mejores capitanes y caballeros de la hueste, no hubo en las restantes fuerzas sujetos de bastante autoridad y prestigio sobre el peonaje para contenerlo una vez acobardada y puesta en huida aquella confusa muchedumbre.

La constitucion imperfecta del ejército hacia que las personalidades de mayor importancia é influjo moral fueran reunidas en tropa para pelear como soldados, quedando relegada la verdadera infantería á jugar papel secundario bajo el mando de jefes particulares designados por los concejos ó recogidos entre los contingentes y así se explica en algún modo lo que aconteció, que esta la primera línea atacante ganó el pavor á la segunda que se empeñaba á organizar y á cuantos iban aún marchando, descompusieron sus filas y sólo trataron de huir. Importante y útil para los reyes y para los trabajos de sitio, para los golpes de

(1) Después de escrito esto, sin apoyarlo en mis recuerdos que se pudieran citar, he visto el ser ejemplar de un tratado de táctica que nos muestra la importancia y batalla de Zama en su última guerra con Francia.



de escapar el Rey tan precipitadamente, avisara á D.<sup>n</sup> Gonzalo Núñez de Guzmán, y unido con Gonzalo de Mendoza, y los demás señores que se hallaban con él, y con sus propios guardias, atendiera á contener la gente; lo habria conseguido en breves horas; y en la siguiente mañana, atrechados los hinos y repuestos los hombres de la fatiga, se habria encontrado en disposición de poder repeler de mejor modo el ataque, de proseguir la marcha para que el enemigo abandonara su posición, ó de retirarse en buena orden sobre Icañal ó Santarém, habiendo estado quieto y á la

Fué esta batalla, celebrada con harta razón por los vencedores, muy famosa y memorable por la desigualdad de poder de los dos ejércitos, y por la menor experiencia militar que tenían los portugueses al Rey, y su Condestable se mostraron hábiles, pero más que eso, temerarios al presentarla, y después de un relit combate, sabiendo con el ejemplo inspirar ciega confianza á los soldados para decidirlos á sostener á pie firme la tremenda embestida de infantes superiores numéricos. Allí se vio demostrado que no siempre el fantaseo número es segura garantía de victoria; si no se establece con cordura y buena dirección, lo cual se comprende desde la remota antigüedad en aquellas sabidas sentencias de que, *no hay enemigo pequeño para despreciarlo, y que ninguno por grandes es intencible*. La experiencia no los ha desmentido nunca, y de ellas se desprenden varias aforismos militares, muy aceptados, como los que, tomados de Vegetio, está en D.<sup>n</sup> Diego de Salazar en su libro *De Re Militari*: *Más útil la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos; la disciplina en la guerra, puede más que el furor; y más aprovechar algunos veces el sitio que la virtud del esfuerzo*; los que, es indudable, tienen tan acomodada aplicación respecto á la batalla de Aljubarrota, como el que igualmente pone, *de que es mejor en el ordenar de la batalla, reservar más ayuda tras la primera frente, que por hacer resaca la vanguardia, enflaquecer el resto*, el cual, en estilo militar moderno, significa la imprescindible necesidad de las reservas y de su acertada colocación.

Los errores políticos y estratégicos prepararon, pues, esta fatal jornada; y la debilidad de carácter del Monarca y la imperita arrogancia de algunos de sus caballeros, la comprometieron torpemente. Otras deplorables causas orgánicas, tácticas y disciplinarias, pero sobre todo la ausencia de valor moral, de claro dis-

oernimiento en el mando del ejército, precipitaron el resultado que se ha visto, convirtiendo en catastrofe lo que no debió pasar de accidente, en funesta batalla decisiva la que pudo limitarse á una acción perdida.

Aunque nos sea muy sensible juzgar con severidad á un Rey desgraciado, que por otra parte es tan digno de las alabanzas que le tributa la historia, no podemos eludir las conclusiones que del estudio militar se deducen. Faltó á D. Juan I, al emprender aquella guerra y al ejecutarla, el verdadero concepto de la prudencia en el soberano y en el general, que, como dice la Partida segunda de D. Alonso el Sabio: *Faze ver las cosas segun son, e pueden ser, e obrar en ellas como debe, e non rebatosamente*; la empeño contra las advertencias reiteradas de los mas experimentados; vaciló en los medios, dilató allegar poderosas fuerzas, caminó luego sin plan bien determinado ni vigor activo en las operaciones, fiándose en el número y lujosa ostentacion de la hueste; trabó la batalla sin orden ni concierto; nada intentó al ser rechazado el ataque para restablecer la formacion y dispartar el valor de las tropas; y por último, se alejó del campo haciendo inevitable la derrota. Con rigor se le pueden aplicar las expresivas frases que se leen en la *Cronica* del Conde de Buena: *Los homes deben acometer sus fechos con la ayuda de Dios, e con buena ordenanza: ca el que todas las cosas ha de recelarse, mejor le fuera non salir de su casa. Non fazen la guerra broslados, nin farraduras, nin cadenas, nin firmallas; mas puños duros, e homes denodados.*

Todos nuestros historiadores, desde Ayala, han confesado las faltas principales que acarrearón el desastre. Mossen Diego Valera en la *Crónica abreviada*, que escribió por mandado de la Reina Católica, se expresa así al hablar de D. Juan I: «Ovo batalla con el Maestre de Avis, e por la soberbia de los castellanos y por su mala ordenanza, y por no creer el consejo de los ancianos caballeros que ende estaban, este Rey fué vencido y desbaratado en un lugar que se llama Aljubarrota.» Y el doctor Cristóbal Lozano, en su libro *Los Reyes Nuevos de Toledo*, que escribió ántes de terminada la guerra de separacion en tiempo de Felipe IV, dice que malos consejeros le excitaron al rey D. Juan I á emprender otra campaña, diciéndole: «que en juntando Castilla todas sus fuerzas pondria en un puño á Portugal, y el que se llamaba Rey



obtuvo la victoria, el ejército le obsequió en el campamento tendria a dicha escaparse huyendo: *esta pactancia castellana y este no hacer caso y menospreciar al enemigo humilde, nos tiene hoy como nos tiene, y nos puso entonces cual nos puso. Bien me entiende el entendido: pasemos adelante.*

Por la coincidencia de juventud de los caudillos, por lo bien descrita que aparece la batalla en las *Cronicas*, por sus incidentes y rasgos caballerescos, que pintan las costumbres militares de la época, y por la demostración de la importancia que se daba a saber elegir y aprovechar los pequeños obstáculos del terreno en una posición, creemos justificado el prolijo estudio de esa lejana lid, aunque se quisieran olvidar las trascendentales consecuencias que motivo y que la ponen entre los sucesos históricos mas notables ocurridos entre las dos naciones peninsulares.

Para que sirvieran de complemento a la enseñanza que arrojan estas reflexiones, y de cotejo comparativo, daríamos aqui de buena gana breves extractos de varias otras batallas poco anteriores o posteriores a la de nuestro analisis: los que, aun sin entrar en comentarios criticos, ilustrarian la doctrina de que unas mismas faltas y parecidos errores producen siempre, en analogas eventualidades, dura leccion de escarmiento. Tal vez se encontrara en ello tambien algun lenitivo a la dolorosa impresion que deja en el animo la referida catastrofe, viendo que otros todavia mas poderosos sufrieron mayores desdichas; pero eso prolongaria demasiado nuestro trabajo: bastenos, pues, esta indicacion y la cita de *Crecy, Poitiers, Ipre y Azincourt*, cuyo examen recomendamos a

los aficionados.

Todos nuestros historiadores desde Ayala, han considerado las tales principales que caracterizan el desastre. Moeser Diedo Valer en la *Cronica aragonesa*, que escribió por mandado de la Reina Católica, se expresa así al hablar de D. Juan I: «Ovo batalla con el Maestre de Avia, e por la soberbia de los castellanos y por su mala ordenanza, y por no creer el consejo de los ancianos capellanos que este Rey fue vencido y desbaratado en un lugar que se llama Ajámbata». Y el doctor Cristóbal Lozano, en su libro *Los Reyes Vniversos de Toledo*, que escribió antes de terminada la guerra de separacion en tiempo de Felipe IV, dice que malos consejos le excitaron al rey D. Juan I a emprender otra campaña, diciéndole: «que en juntando Castilla todas sus fuerzas ponría en un puño a Portugal, y el que se llamaba Rey



## CAPÍTULO V.

### Ilustraciones.

---

#### SUMARIO.

Monumentos conmemorativos.—Monasterio de Batalha.—Santa María de las Oliveiras, en Guimaraes.—Ermita de San Jorge, en el mismo lugar de la batalla.—Convento de Nuestra Señora del Carmen, en Lisboa.—Trofeos y despojos de Aljubarrota.—Banderas y pendones.—Armamento, caballerías y efectos de guerra.—Calderas.—Cetro del Rey de Castilla.—Relicario.—Oratorio de plata y ornamentos.—Retablos de talla.—Libro de la Biblia.—El falcon del Rey.—Notas biográficas de los reyes y principales personajes que figuraron en la batalla.—D. Juan I de Portugal.—El condestable Nufio Alvarez Pereira.—El Arzobispo de Braga, Juan das Regras y otros portugueses.—Don Juan I de Castilla.—Gonzalo Nuñez de Guzman.—Pedro Lopez de Ayala.—Pedro Gonzalez de Mendoza.—Otros caballeros notables.—Tradiciones y leyendas.—Vaticinios.—Visiones místicas.—Noticias prodigiosas que hubo de la batalla.—La pradeira de Aljubarrota.—Una comedia del teatro antiguo español.—Cuento de los campesinos en el mismo lugar de la batalla.

#### MONUMENTOS CONMEMORATIVOS.

Sería preciso remontarse á la mayor antigüedad para buscar el origen de la costumbre de consagrar en monumentos la memoria de los grandes hechos de armas; pero muy justificada y sabia debe conceptuarse, porque al paso que proporciona una especie de recompensa ó de satisfaccion á los pueblos por su comportamiento y sacrificios, sea en defensa de la patria, sea en pro de su gloria y engrandecimiento, excita con el ejemplo los nobles estímulos de las generaciones venideras. Y por otra parte, esos templos, esas columnas y obeliscos, esos túmulos, así como los jeroglíficos, las esculturas é inscripciones de que están revestidos, al paso que transmiten á la posteridad un suceso histórico importante, son datos inapreciables para dar á conocer el estado de las artes, y para facilitar comprobaciones cronológicas y geográficas.



Las leyes de Israel no permitían levantar estatuas; porque para apartar al pueblo de las acciones y costumbres de los gentiles estaban prohibidas las imágenes; pero erigíanse altares al Señor y se amontonaban promontorios de piedras en memoria de los hechos fuertes: Saul edificó un arco de triunfo á su victoria; para animar con aquel monumento á la posteridad; y los libros de la Sagrada Escritura ofrecen varios ejemplos de estos honores dedicados á las armas.

Al contemplar hoy, á través de tantos siglos, las imponentes ruinas de los asirios y de los egipcios, los templos del Asia menor, y los modelos arquitectónicos, esculturales y epigráficos que aun se conservan de Grecia y Roma, recordándose sus guerreros, las batallas y combates que los immortalizaron; y un secreto movimiento del corazón nos transporta á aquellas edades, haciéndonos rendir el tributo de admiración que merecen las empresas allí celebradas.

Varió en algun modo la índole de tal consagración en la Edad Media; se hizo más sensible, más espiritual: en lugar de las obras de arte del paganismo vinieron otras con las ideas cristianas, de mayor importancia y de distinta significación: levantáronse monumentos, toscos y sencillos á veces, y á veces no menos grandiosos que los antiguos, pero que hablan al alma más que impresionan la vista. Dominados por la fe religiosa, hacían votos los guerreros en los trances más comprometidos; que cumplían después levantando una cruz de piedra en el lugar mismo donde intercedieron el favor celestial, ó fundando un monasterio, una basílica, una capilla ó un hospital, para conmemorar el triunfo y rendir piadosa gratitud al Dios de los ejércitos: los sepulcros de los reyes, de los prebados y capitanes mostraban en su fúnebre soberbia y góticas leyendas los atributos y emblemas de la valentía y de la guerra, de la lealtad y del caballerismo, mencionando sus combates y sus fundaciones, su valor y su piedad (1).

¿Qué caminante no experimenta inexplicable sensación de reconocimiento, y no eleva á Dios una plegaria al encontrarse alguna de esas vetustas cruces de piedra, de esas ermitas y santuarios

(1) He reproducido aquí estos párrafos de un artículo que sobre el asunto escribí para *La Asamblea del ejército y armada*, donde se insertó en 1866, tomo XII de la segunda época.

niapas, é derrridos modernamente, que tal vez se arrijeron por consecuencia de hechos de guerra, y dese conmemoracion en ex-  
precion gratitud al Todo Poderoso: ¿? Y quién el resistir las in-  
parentes nuevas, quiales, y los claustreros de algunas catedrales y  
monasterios, donde contempla marmóreas tumbas de guerreros y  
no sea en todavia las pecos del último canto sagrado de los cenó-  
bitas, en sufragio de sus almas, á honor de sus empresas y á glo-  
ria del Altísimo, en cuyo nombre pelearon....? Aquí os dirán  
puede ser, en este altar, depositó tal caballero las banderas que  
ganó de los moros, y esta espilla, leerá en alguna inscripción, la  
man de honor tal señor ó señora, en agradecimiento por la con-  
quista ó la defensa de una ciudad mandando que perpetuamente  
estuviesen colgadas como ofrendas un capacete, una lanza y unas  
espuelas: las lámparas de plata que allí alumbraban la imagen  
de la Virgen, las donó á este santo casa, oiréis tambien un in-  
signe caudillo que las adquirió de los despojos de las mezquitas á  
este hospital, este hospital se informarán en muchos pueblos,  
se fundaron por un monarca, por un prelado ó por un magnate  
cuando Dios le concedió tal victoria.

— Cuántas etapas de contrariedad, muerte, de sacrificios y de glorias, entre las humildes orcas de Goyadonga y de las Naves de Tolosa, en los Cuántos días venturosos de conquista y engrandecimiento desde esta última hasta la que coronó la alta cúpula del sumptuoso monasterio del Escorial. Y qué diferencias tan significativas en el arte comparando la elegante sencillez de las pirámides y la grandiosidad del monumento de la segunda con la exuberante pirámide de Almanza ó con la prosaica fuente vecinal de Baños de Ebro.

Sin embargo, la omisión en esta monografía no consigue la que por ese camino produjo la batalla de Aljubarrota, cuando es precisamente una de las en que mejor, del modo más bello y característico de la época, legamos en memoria los vencedores y por eso creamos deber mencionar el capítulo que dedicamos a estas batallas, dando á conocer el magnífico monumento levantado por D. Juan I de Portugal.

## MONASTERIO DE BATALHA.

Inserta queda entre los documentos del capítulo en la carta de donación de D. Juan I. de Portugal á la orden dominicana, del monasterio que había mandado edificar en honor de la Virgen, por el eficaz auxilio que debió á su intercesion soberana en aquella decisiva batalla. No expresa allí que fuese á consecuencia de voto anticipado, y tampoco en la que expedió en Coimbra á 14 de Enero de 1398, referente á la compra de una quinta, llamada del Pinar, en cuyos terrenos se levantaba el edificio, pues sólo dice: *Facemos saber, que nos, por servicio de Dios, e rememrança da victoria que nos deu, da batalha que ouremos com aquelle que se chamava Rey de Castilla, entre Leiria e Aljubarrota, por bem e salvação de nossa alma fizemos edificar hum mosteiro en honra de Sancta Maria, na quinta do Pinhal, etc., etc.*; pero, eso no obstante, consta por su testamento, que, segun era piadosa costumbre en aquellos tiempos, imploró el auxilio divino y prometió erigir un templo á Maria Santísima si salía victorioso. Posible es también que se lo inspirase el recuerdo tradicional del voto que allí cerca, en lo alto de la sierra que se llamaba de Albardos, hoy de Minde ó de Mollano, hizo Alfonso Enriquez cuando iba á la conquista de Santarem, de fundar un monasterio para la orden del Cister, dotandolo con todas las tierras que divisaba hasta el mar (1). La cláusula de dicho testamento, que hace al caso, aunque extendido muchos años despues del suceso (en Cintra á 4 de Octubre 1426), consigna lo siguiente:

*Porque nos prometemos no dia da batalha que ouremos com el Rey de Castilla, de que Nosso Senhor Deus nos deu victoria; de mandarmos fazer a honra de Nossa Senhora Sancta Maria, cuja vespresa então era, a cerca donde ella*

(1) Con bastante fundamento se ha juzgado que esta parte del voto fué invencion interesada de los religiosos del célebre convento de Alcobaza, siglos despues de fundado. Atendiendo, sin embargo, á la frecuencia de tales ofertas entónces, aventuramos que como pudo caber en y alandir: San Boaventura para las tumbas y sobre todo, de la casa que de era al algarana conquistador. donde tumbas que aun no le pertenecian, no la tenga por irreprochable. Menos oísteo me parece que se atribuya a los religiosos el haber de fundar el monasterio, como la estatua é descripción que marca la fecha de 1147, que existe en lo alto de la montaña; sb 217

foy, hum mosteyro: o qual despoys que foy começado, nos requereu o doutor João das Regras do nosso conselho, & frey Lourenço Lamprea, nosso confesor, estando nos em cerco de Málgaço, que ordenássemos que fosse da ordem de S. Domingos. E nos duvidamos de o fazer, porque assi foy nosso prometimento de se fazer a igreja de dita Senhora Nossa Senhora da Victoria. E respondy-lhes que a dita ordem especial era muito da dita Senhora declarando nos as razões porque; as quaes vimos por nos, acordamos, & prouteymose ordenar o dito mosteyro que fosse da dita ordem (1).

En el epitafio, que luego daré, del sepulcro del fundador se dice lo mismo; y de ahí que todos los cronistas é historiadores convengan en señalar al monasterio de Santa María de la Victoria, vulgo de *Batalha*, como un monumento *votivo* y *commemorativo* de Aljubarrota; á lo que el cardenal Fr. Francisco de San Luis (2) le añade, *del valor, de la independencia y de la gloria de la Monarquía*.

Quería el Rey que se levantase en el mismo lugar de la batalla; pero dijéronle que no reunia las condiciones oportunas, y aceptó el que le indicaron á orilla del rio Lena, en el pequeño valle donde se le unen los arroyos que vienen de la parte de Aljubarrota, en atencion á que solo dista dos y medio kilometros del paraje en que peleó y á que por allí empezó verdaderamente la jornada, siendo la colina á que está adosado el punto por donde como la cabeza de columna del ejército castellano.

Con tanto empeno y actividad mandó se emprendieran las obras, que, buscados los maestros, los materiales y hecha la preparación de los trabajos, se cree habian ya principiado á fines de 1386, adquiriendo para ello los terrenos necesarios. Mas adelante lo donó, como se ha visto, á la orden de Santo Domingo, obteniendo con ese objeto bula del Papa para que la comunidad, de que fue primer guardian Fr. João Martins, pudiese tener propiedades. No cesó, mientras le duró la vida, de ocuparse en la continuación de la magnífica fabrica, así como de su embellecimiento y dotacion; en términos que, al fallecer en 1433, dejó concluida la iglesia, la capilla mayor y la de su panteon.

(1) Se copia aquí de la *Historia da Ordem de São Domingos*, por Fr. João de Sousa, tomo I.—El testamento íntegro está inserto en las *Memórias de D. João de Silva*, y en algunas otras obras portuguesas.  
(2) En su *Memoria histórica sobre las obras del real monasterio de Santa Maria de la Victoria*.

No pretendo hacer la descripción de tan notable monumento, que existe histórica y artísticamente en libros muy reputados; pero algo es preciso apuntar sobre él; síguetela por su merecida celebridad, pues aunque no sea *la mejor obra de España*, como expresa el epitafio del fundador, es sí reconocida como una de las más bellas y perfectas en su clase, no sólo en la Península, sino en toda Europa, justificándose por esto el elogio que se le atribuye al cardenal Justiniano al visitarlo en el siglo *xvii*. *Vidimus alterum Salomonis templum*.

Consta la iglesia de tres naves del orden gótic-puro; severo y elegante, midiendo de longitud 360 palmos por 100 de latitud y 146 de altura la bóveda más elevada. A la manera de todos los antiguos templos cristianos, tiene colocado el altar mayor al Oriente y la puerta al Occidente. Todas las capillas, así como la sala de capitulo, el refectorio y el primer claustro, conservan igual arquitectura; pero varía considerablemente el segundo, obra ya de tiempo de Alfonso V, y la capilla llamada *imperfecta* (por inacabada), que lo es del reinado de D. Manuel.

El panteón del fundador y de su familia se halla sobre la derecha de la entrada de la iglesia, formando un cuadrado de 90 palmos de lado, con ocho elegantes columnas que sustentan la hermosa cúpula, bajo la cual está, en medio, el magnífico sepulcro de mármol del Rey y de la reina doña Felipa, que mandó labrar su hijo y heredero D. Duarte. Las estatuas yacentes de ambos se dan la mano: armada la de él, ostenta la orden inglesa de la Jarretera; y en los preciosos torreoncillos que les cubren las cabezas se ven sus respectivos escudos de armas. Una agraciada cinta de zarzas y moras corre por el friso superior del mauseleo, leyéndose entre el follaje la empresa favorita del Rey, *Il me plaît pour bien*; y en las dos caras laterales están grabados los epitafios en latín con caracteres góticos.

En el lado correspondiente á la cabecera se nota, en relieve, aunque bastante estropeada, la cruz de la Jarretera con su mote; pero debe ser posterior, porque allí parece que en un principio estaban estos versos:

*Hen capitulum illud facies Rex illis locumque  
Magnanimus, pius, & cunctorum gloriam Regum.*

*Militiaque uictis, Armis uictis regale regum*  
*Qui uictis Regem paruo cum milite fregit*  
*Castellae, & Septem Sibi magna clausa quibet*

A pesar de lo extenso del citado epitafio, trasladamos aquí su parte principal, traducida de la version portuguesa que da fray Luis de Sousa en su *Historia de San Domingos*:

En el nombre del Señor, yace en esta sepultura el siempre invicto, y gloriosísimo, magnífico y en virtudes esclarecido Principado Don Juan, Duques de Beja, Conde de Algarve, y el primero entre todos los cristianos que después de la pérdida general de España fué Señor de la famosa ciudad de Ceuta en Africa. Nació este excelentísimo Rey en la muy noble y muy leal Ciudad de Lisboa en el año del Señor de mil y trescientos y ochenta y ocho, y en ella fué armado Caballero de la orden de Santiago por mano del Serenísimo Rey Don Pedro su padre. Y quando por su muerte después de la muerte del Rey Don Fernando su hermano, el gobierno de la misma Ciudad y de muchas otras fuerzas, que se le entregaron, la defendió valerosamente contra el Rey de Castilla, que nueve meses la tuvo cercada por mar con muy grande armada, y por tierra con grande exercito, acometiéndola con muchos y apretados asaltos, y siendo ayudado de muchos Portugueses. Siendo después levantado por Rey en la Ciudad de Coimbra con general alegría en el año de 1395, hizo por su persona, y de sus Capitanes, grandes hechos de armas, y entrando muchas veces por las tierras de sus enemigos alcanzó notables victorias: y la principal que tuvo, fue la que Dios le dió junto á este Convento, venciendo y destruyendo en batalla campal á el Rey Don Juan de Castilla, que tenía consigo un poderoso exercito de sus vasallos, y venia acompañado de muchos Portugueses, y otros extranjeros que le servian. Y luego fué ganando por fuerza de armas muchas fuerzas y castillos de que los enemigos se tenían apoderado, que después valerosamente sustentó y defendió por toda la vida. Y donde Dios quiso fuera el que le dio la victoria por intercesion de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, pues se edificó en la vispera de su fiesta de la Asuncion, por Agosto, mandó á su honra edificar este convento, que es la mejor obra de toda España.

Continúa diciendo que mandó se adoptase la era que se usaba en 1422, que correspondía en la de César al de 1460, que después en cada paz con los cristianos, que hizo la expedicion de Ceuta, que murió la vispera de la Asuncion en 1438, en Lisboa, de los 43 años ménos ocho dias de la toma de Ceuta; que su cuerpo se llevó y entró en el convento el 30 de Noviembre del expresado año, sepultándolo en la capilla mayor con el de doña Felipa, y que al siguiente, en el 14 de Agosto, se trasladaron ambos á ésta, edificada para su sepultura.

En el lado meridional de la capilla están los sepulcros de los cuatro infantes, sus hijos, bajo unos arcos abiertos en el muro, todos con sus respectivos blasones y los mote ó divisas que adoptaron. El de D. Pedro, duque de Coimbra, tan conocido por sus viajes y poesías como por su desgraciada muerte en la batalla de Alfarrobeira, consiste en la palabra *Desir*; el de D. Enrique, duque de Vizeu, famoso por su saber y porque abrió camino á los descubrimientos y empresas marítimas, *Talent de Bien Faire*; el del infante D. Juan, que fué Condestable del reino, *Je ay Bien Raison*; y el de D. Fernando, apellidado el Santo, el de la interesante historia de su voluntaria cautividad en Fez, después de la funesta expedición de Tánger, sólo tiene un escudo con las quinas reales; pero se sabe que su emblema era *Le Bien me Plait*.

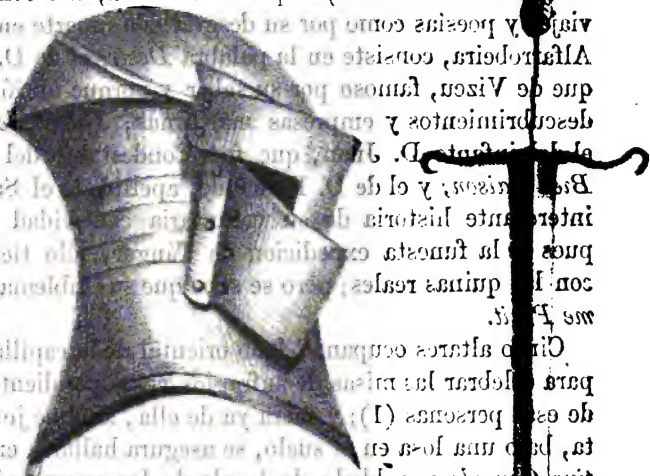
Cinco altares ocupan el lado oriental de la capilla, que servían para celebrar las misas de sufragios correspondientes á cada una de esas personas (1); y fuera ya de ella, aunque junto á la puerta, bajo una losa en el suelo, se asegura hallarse enterrado *Martins Gonçalves*, soldado de la ala de los enamorados que salvó al Rey en el trance más apurado de la batalla. ¡Qué sentimientos de simpatía inspira ese elocuente contraste de lealtad y caballerismo, de grandeza y de humildad cristiana, entre la tradición y los túmulos del Rey y del soldado!

Imponente, á la par que bello, sería el aspecto del panteón cuando, oyéndose el órgano y los cánticos sagrados, se asistiera á los oficios solemnes que celebraba la comunidad, y se contemplasen allí mismo la armadura del Soberano y las banderas que ganó (2); por eso dijo muy bien el Padre Fr. Jerónimo Roman en su *Historia de los religiosos infantes de Portugal, D. Fernando, hijo del rey D. Juan I, y doña Juana, hija de D. Alfonso V: Aquí labró (el rey D. Juan I) una sepultura toda real para sí y*

(1) En el de D. Fernando se contempla una tabla pintada en que se le representa (supónese en retrato) con las cadenas de cautivo.

(2) Ninguna bandera se conserva ya ni hay noticia de cuándo faltaron, si bien se atribuye todo el daño y despojos á los franceses de la división del Conde de Erlon, que ocuparon el edificio en 1810, abrieron los sepulcros y se llevaron mucha plata y ornamentos. En la sacristía se muestra una espada y un yelmo que se dice pertenecieron á D. Juan I el día de la batalla, y de cuyos objetos acompañamos el dibujo,





CASCO Y ESPADA DE D. JUAN 1º DE PORTUGAL

que se supone usó en la batalla de Almonar y se conservan en el Monasterio de Batzha

Historia de los reyes católicos de España, D. Fernando  
del rey D. Juan I y de la reina D. Juana I.

(1) Para el caso de la formación de un grupo de trabajo, se debe tener en cuenta que el grupo de trabajo debe estar formado por un número de miembros que no sea menor de 3 y no mayor de 10.

and is entitled to the same treatment as the other children of the same family.

**ESPADAS DEL CONDESTABLE DE PORTUGAL NIÑO ALVAREZ PEREIRA,** que se cree sea la que usó en Aljubarrota.  
*Existe en Lisboa en el Palacio Real.*



que en el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

En el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

En el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

En el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

En el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

En el año 1564, el Sr. D. Juan de Ovando, Gobernador de la Nueva España, mandó que se hiciera un censo de las personas que en aquel tiempo vivían en ella, y que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos, y para que se les diese un padrón, para que se supiera el número de ellos.

*sus sucesores, tan de majestad, que aunque oy aya algunos sepulchros de Reyes en España de mucha labor y riqueza, no creo que lo aya de tanta realeza ni magestad, ni los de Bethlen en la Ciudad de Lisboa igualen con este que está en la Batalla (1).*

Falta en el panteon la tumba de D. Duarte, el mayor de los hijos del Rey, que le sucedió en el trono, y autor del interesante libro *O Leal Conselheiro*; pero se encuentra tambien en mármol, con las estatuas yacentes de él y de su esposa doña Leonor, al pié de los escalones del altar, en la capilla mayor. Ignoro si, como su padre y hermanos, tendria algun mote heráldico en frances, mas consta que en el escudo se leia este latino: *Loco et Tempore*.

En la capilla del lado de la epístola, en una caja negra de madera, está D. Juan II, y en la siguiente se ve el sepulcro del maestro de la orden de Cristo, D. Lopo Dias de Sousa, compañero del Rey en la batalla de Aljubarrota, y á quien por eso se la dedicó para enterramiento. Otro rico mausoleo, situado enfrente, corresponde á uno de sus descendientes, el Conde de Miranda, del que proceden los Duques de Lafoens.

En la sala capitular existen depositados en modestos túmulos de madera, provisionales, por no haberse concluido la *capilla imperfecta*, los restos de D. Alfonso V el Africano, con su esposa doña Isabel, y los del malogrado principe D. Alfonso, cuya muerte, ocurrida junto á Santarem, recien casado con la hija mayor de los Reyes Católicos, frustró las esperanzas de ver pacíficamente reunidas las coronas de Castilla y Portugal; y por consiguiente la unidad de toda la Península (2).

Pasado más de un siglo de la edificacion de este gran templo, le agregaba el fastuoso monarca D. Manuel la parte que quiso siryiera para panteon real desde D. Juan II, con tan exquisito

(1) Este libro fué impreso en Medina del Campo en 1595, en un volumen 4.º; y el pasaje inserto lo pone el autor al hablar de cuando se llevaron á depositar allí los restos del infante D. Fernando.

(2) Constituye esta pieza del capítulo una de las más elogiadas del edificio por su hermosa bóveda, acerca de cuya construccion se refiere un incidente parecido al de otras semejantes, en que para tranquilizar el espanto de los que la creian imposible, colocó el arquitecto una columna en medio que no alcanzaba á su clave. El moderno historiador Herculano tomó el asunto para una leyenda titulada *A Abobada*, en la cual pone en boca del constructor, *nao seremos servos do estrangeiro* (como explicando la significacion moral de aquel monumento), *que más que obra del Rey debe ser considerada como obra popular y nacional da la gente portuguesa*; ¡pura democracia de actualidad!



con Inglaterra, donde sobresalía ese orden arquitectónico, veíamos  
sible que la misma reina doña Felipa, hija del Duque de Anversa,  
hiciera en él, allí, algún arquitecto de crédito. Confirmándose  
guía, mancha esta conjetura. En la historia de Sousa, diciendo que el  
Rey *había de dejarnos diábolos de los muros, tales arquitectos*, con voz  
de todas partes oficiales (la catedral de Astorga, y sabios, que estiman  
laboy pagaba muy bien) y, allí, al el tomir lo alay toyan mo  
Por sensible que sea, la iglesia es esencial a los obispos propiamente  
nada tiene de extraordinario el caso, pues un jefe de una catedral  
era municipal, y que, levantándose el convento de la Batalla, y otros en  
trajero, en el primer tercio del siglo pasado, dirigidos los edifi-  
cio de Mafra, donde D. Juan V prodigó tesoro intentando que  
pitores y otros. Los siglos de la historia, y de la historia, y de la historia,  
posiciones de, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
Eldo, Madrid, y hasta en la época actual, y de la historia, y de la historia,  
partes, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
fictos, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
pelo, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
contrar, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
hombres especiales, facultados, y de la historia, y de la historia,  
quis, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
Francia, de la historia, y de la historia, y de la historia,  
rehabilitando, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
escultores, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
tres, y de la historia, y de la historia, y de la historia,  
— Un inteligente viajero moderno, el Conde de Rostky y Schmidt, apoya  
la opinión de Murphy, diciendo que, en materia de arte, no hay  
más extranjeros que los extranjeros al arte. *El arte es el arte*, y de la historia, y de la historia,  
de que cuando vio los dibujos del convento de la Batalla en la obra  
de Murphy, recordó al instante la catedral de York, que tal vez  
sitarlo después quedó persuadido de que ambos templos procedían  
de igual origen. Nada extraño sería, por tanto, que se le atribuya,  
según se inclina á creer el Conde, á la asociación que por entonces  
existía en Europa, organizada y remisionada, y de la historia, y de la historia,  
arabí, y de la historia, y de la historia, y de la historia,

arquitectos y maestros de obras, de todos los países, y que se encargaba de los estudios, proyectos y trabajos de las grandes catedrales, citando á este propósito como ya conocidas hijas, las de Strasburgo, York y otras. El nombre del arquitecto, interesante sin duda para la historia del arte, importa poco para la del suceso glorioso que su obra conmemora; y el que naciese en lejana tierra, en nada rebaja el pensamiento que supo interpretar, ni los hechos que se encargó de enaltecer. De lo que sí hay que lamentarse es de que los descendientes del fundador y de sus valerosos compañeros, que tanto se envanecen de aquella victoria, sacándola sin venir á cuento á cada instante, sin que nadie se lo niegue ni amenace la independencia que les asegura, desentiendan al propio tiempo su mejor monumento, y que ni en las emplean concebidas sumas en otros de más alto mérito para consagrar magníficos edificios, ni en las interiores discordias modernas, dejen olvidado en solitario abandono, casi sin culto y casi sin ruina, el mejor padrón de gloria militar que tiene la monarquía, testimonio arrogante de la independencia de que blasonan (1) y sepulcro de príncipes venerandos y símbolo de la antigüedad de sus mayores. Pero á fin de decirlo, que puede explicarse, aunque no disculparse, por consecuencia de la supresión de las órdenes monásticas, es común á las dos naciones hermanas, como lo atestiguan, entre otros muchos lugares que sería fácil enumerar, los panteones reales de Nájera, San Juan de la Peña y Poblet. Mas todavía abrigamos la esperanza de que continuándose, los trabajos de entretenimiento y conservación á que ahora se dedica anualmente una corta cantidad, alcancen algunos siglos de vida al monasterio de Batallay y que aunque ya no se oigan en sus bóvedas los coros solemnes de la numerosa comunidad, y aunque apenas queden en él dos cálices, una cruz y pobrísimos ornamentos (de aquellas 18 arrobas de plata que le donó el fundador), para celebrar la misa, como parroquia que es de la aldea que nació con él.

(1) Oportuno nos parece consignar aquí con este motivo que el mismo rey Felipe III, á quien se atribuye la fundación de este monasterio, no sólo en recompensa de las mercedes del monasterio, sino que aun le concedió mayores rentas, y que su hijo D. Felipe IV, además de considerarlo en mucho, obtuvo en su obsequio breves pontificios para la aplicación de ciertas rentas á la mejora del templo.

los primeros obreros allí reunidos y que tiende á desaparecer antes que las verdaderas piedras del templo; todavía repetimos, revelará por mucho tiempo á los viajeros la memoria de D. Juan I. y de su triunfo de Aljubarrota; y seguirá embalsamando, como obra de arte y de sentimiento religioso, á los aficionados y á cuantos guarden en el corazón culto á Dios, embalse por los grandes sucesos y honor al patriotismo.

**SANTA MARÍA DE LAS OLIVARIAS, EN GUIMARANES**

Quando inmediatamente después de celebrado en Lyn, Coimbra el Maestre de Avis emprendió la campaña para conquistar las ciudades y castillos que en dicha provincia de Entre Duero y Miño se mantenían por doña Beatriz, fué el sitio de Guimaraes el más obstinado é importante objetivo que se le presentó.

Había en aquella ciudad desde muy antiguo una venerada imagen con la denominación de *Santa María de las Olivarias* (por un olivo que milagrosamente recordó) á la que desde entonces dedicó el nuevo Rey particular devoción invocándola en los combates y encomendándole la suerte de sus armas en la difícil empresa en que se empeñó, para que le auxiliase á ser victorioso. Y como en efecto, logró en breve tan señalado triunfo en la víspera de la Asunción, lo atribuyó á singular favor de María, por lo que ofreció, y cumplió al poco tiempo, el día de su romería desde el mismo campo de batalla, donde oyó misa en un altar improvisado, hasta el viejo santuario de Guimaraes (40 leguas), acompañado de cien halletteros, parándose allí á orar en cumplimiento de gracias ante la milagrosa imagen.

El canónigo Gaspar Estaco, en su obra *Noticias antiguas de Portugal*, refiere con muchos pormenores aquel acto, copiándolos del *Libro de los milagros de la Señora*, que se conservaba en la colegiata como su preciosa *Crónica*, y da íntegro, cual si allí hubiera habido taquígrafos, el discurso que pronunció D. Juan I. Declaró, según él, que solo por la Virgen venció en la batalla, pues estando para trabarse tuvo una visión en que se le apareció la imagen y su iglesia, así como el olivo inmediato, infundiendo tal confianza, que ya no dudó del éxito; por lo que hizo el voto

que entonces cumplió, depositando en el altar sus armas después de pesarse con ellas y toda la armadura, para donárselas en plata otro tanto. Añade que también cumplió esta oferta mandando fabricar para la iglesia porción de ornamentos, vasos y alhajas, de que menciona bastantes (1), y que no contenta aún con eso su piedad, ni con haber decretado erigir el gran monasterio de Batalla, quiso que la pequeña antiquísima iglesia de Guimaraes se reedificara de nueva planta, en mejor forma y capacidad; y al tener que tomar otra vez las armas para continuar las operaciones contra los castellanos, cuenta que oró un rato después de oída misa, para pedirles á la Virgen antes de ponerlas, regalándola otra joya equivalente á diez marcos de plata, por el valor que le dijeron tendrían.

Al ausentarse dispuso todo lo conveniente para la inmediata obra del templo, y destinó cien soldados prisioneros de Aljubarrota para los trabajos, los que no empezaron hasta dos años después ni fueron demasado activos, cuando transcurrieran otros nueve en ser consagrado, según lo acreditan dos inscripciones que se conservan, y todo el abasqueño que hay en el templo.

Muy inferior, y distinta por todos conceptos, debió ser esta fábrica de la de Batalla, no sólo juzgando por lo que de ella subsiste, sino por su corta duración. En el siglo hubo que reedificar la torre por haberse venido abajo; luego por el estado ruinoso del templo se reformó la capilla mayor, y más adelante las bóvedas, reinando D. Pedro II en 1670, lo cual no bastó para evitar que en el siglo pasado fuesen necesarias otras obras, que se dejaron cual hoy se contemplan, y colocándose en ella la pila bautismal de Alfonso Enriquez, llevada de la primitiva parroquia ó iglesia del castillo.

En su fachada principal, y á la derecha de la puerta según se ve la mira, está enclavada en el muro la pequeña inscripción gótica que consigna la obra de D. Juan I, sobre la cual y juzgándola ya algo barrida ó de difícil lectura en 1698, hizo el escultor colocar otra más arriba, de gran tamaño y sin caracteres comunes, poniendo encima el escudo que tenía la primitiva con las armas de

(1) Titulo de D. Juan I. para entrar á combatir.

(1) Queda poco en el día, por haberse empleado en diversas épocas en necesidades urgentes, y por despojo que se dice habido el santuario en la guerra de 1808 francesa.

Portugal, sostenido por dos quermihines, y la corona Real tendida por un ángel. Copiada fielmente desde así: y salio nos estrazq eb  
-si obustant atelo stas diligunt aydant sup ebua otust otto  
-DE MIL E OCCC. E XXV. ANNOS SEIS DIAS DO MES DE  
-MAIO POR COMEÇADA ESTA OBRA POR MANDADO  
-DO REY D. JUAN DE PORTUGAL HIJO DO XVI NOBRE REI, DO  
-REINO DE PORTUGAL, E DAS ILHAS E DAS ALGARS, E DAS  
-PARTES DA ALFA, REY, COM OS SEUS CONSELHEIROS, E  
-NOS CAMPOS DE ALBUQUERTE E DE LULA VENCE  
-DOR, E A HONRA DA VICTORIA QUE LEE DEU SAN  
-TA MARIA MANDOU FAZER ESTA OBRA.  
-Este libro citada de Estacio y en otros que dan esta transcrip-  
-cion, pidiendo una diferencia con mi copia, que consiste en que, en  
-lugar de decir *rey D. Juan de Portugal, hijo del muy noble Rey*  
*D. Pedro de Portugal*, ponen *Rey Don Juan de Portugal*, de  
*Don Pedro de Portugal*. Ignoro si efectivamente lo di-  
-nó la primera lápida gótica, que me desfiguré y en la casa, la ante-  
-rion hecha en la segunda puede creerse seria con objeto de que  
-apareciese en *D. Juan hijo de rey*.

En cuanto á la fecha en que fué empezada la obra, En 1425, ya se sabe que corresponde al año de 1387 de J.G.

—(La otra inscripción de que antes se hizo referencia corresponde a la capilla mayor, de donde Estanoy y Orbe la copian, y yo reproduzco).

Era de mil e cccc. xxxiv. annos, xxv. dias do mes de Janeiro dia de Santo Ipeffonso, Foi sagrada esta Igreja, por mandado do Mil Nobre Rei Don Iohan de Borgia, e da Mil Nobre Rainha, Dona Philippa de Portugal, filha do Duque de Lapeçtra, e Segura e Bispo do Porto Don Iohan de Zambuja: esta obra fez Iohan Garcia Mestre de Pedra e

A pocos pasos delante de la fachada de esta colegiata existe, bajo crucero de bóveda, una cruz gótica de piedra y altar á Nuestra Señora de la Victoria; y á su lado, encerrado por verja de hierro, un olivo, descendiente, según se cree, del primitivo inflagrato. Allí era costumbre apual, el día del aniversario de la batalla de Aljubarrota, celebrar una procesion y misa con sermones alusivos, colocadas mientras tanto en alto *la lanza y veste* con que el rey D. Juan entró á combatir (1).

(1) Despues de visitada por mí la ciudad de Gimarnes, laben en periodos que la Municipalidad habia procedido á quitar aquel olivo y sencillo tradicional mo-



## ERMITA DE SAN JORGE, EN EL MISMO LUGAR DE LA BATALLA.

Por su grandeza y valor artístico, como por ser obra votiva y conmemorativa del Rey vencedor, colocamos el monasterio de Batalha en el primer lugar de esta revista que vamos haciendo; mas en el concepto de verdadero interes histórico, y en el de las emociones que produce, por el sitio en que está, en el *viajero militar*, debiéramos haber dado preferencia al modesto santuario llamado de San Jorge, *piadoso trofeo levantado donde fué lo más crudo del combate en aquella batalla*, como dice Fr. Domingos Teixeira en la *Vida del condestable Nuño Alvarez Pereira*.

Fernan Lopez y casi todos los historiadores posteriores consignan que el mismo Condestable lo edificó; y su anónimo primer cronista dice tambien que lo fundó *honde foy a batalha Real, naquelle lugar honde a sua bandeira esteve*; encontrando igual aserto en las *Ilustraciones de la casa de Niebla*, por Barrante Maldonado, y confirmandolo una pequeña lápida con inscripcion de caracteres góticos, que aún se ve en el muro.

Al propio tiempo que el Rey, poco ántes de empezar la accion, aseguran que el Condestable se encomendó devotamente á Maria Santísima, prometiéndola ir luégo á tributarla gracias al santuario de *Santa Maria de Ceixa*, junto á Ourem, y erigirla un templo digno de su culto, aunque esto último no aparece tan comprobado. Cumplió al instante el primer voto, marchando desde el campamento á pié; y años despues, así que las operaciones ulteriores de la guerra se lo permitieron, dispuso edificar esta ermita, y pasó en persona á señalar el paraje donde obtuvo la celestial proteccion y donde tanto honor alcanzó por su prevision, su inteligencia y su denuedo.

Fernan Lopez expresa que fué á eso al regresar de la toma de Campo Mayor, á fin de 1388 ó principios de 1389; pero es indudable que todavia se dilató cinco años el empezar la obra.

El académico D. José Soares da Silva, en sus *Memorias* del reinado de D. Juan I, inserta lo siguiente, entre varios párrafos de un antiguo código que dice digno de crédito: *Na estrada,*

monumento que para nada estorbaba, y al que iba unido con un recuerdo histórico el íntimo cariño piadoso de los habitantes.





*meya legoa alem da villa de Batalha, esta hua ermida da invocação de Sao Jorge com seo ermitao..... Y esta ermida mandou fazer o condestable Nuno Alvares Pereira em graças, e memoria da victoria que naquelle sitio tiverao os portuguezes dos castelhanos, em os 14 de Agosto de 1385, e porque se tem por certo que nesta batalha assistió a os portuguezes em seo favor, e mandou fazer da sua invocação. No anno de 1430 a os 23 dias de Agosto se lançou a primeira pedra desta ermida.....*

Desde luégo observo con extrañeza que poniendo la fecha de la batalla segun la era cristiana, se valga en seguida de la de César para señalar la del comienzo del edificio; y luégo encuentro que no conforma esta última con la que marca la lápida, así como tampoco respecto á la advocacion. Hé aquí su copia, segun la da el mismo Soares da Silva, pues yo no pude leerla por estar completamente blanqueada por el revoque exterior de la fachada de la ermita, en cuyo muro se halla :

Era de mil e quatro centos e trinta e hum annos Nuno Alvares Pereira mandou fazer esta capella a honra da Virgem Maria : porq̃ em o dia q̃ se fez aqui a batalha, q̃ el Rey de Portugal houve com el Rey de Castella, esteve neste lugar a bandeira do Condestable.

Ateniéndonos á este dato epigráfico, resulta que la obra debió empezarse el año de 1393, y que la voluntad del fundador fué dedicarla á la Virgen. La circunstancia de llevar él en su bandera, con la imagen de María, otra de San Jorge, que desde 1381 venía siendo patron de las tropas portuguesas, para que al aclamarlo en las batallas no se confundiera con Santiago, á quien apelidaban los castellanos, le indujo á mandar poner tambien de bulto en la capilla las dos imágenes cuando estuvo concluida; y de ahí se originó que prevaleciese en el vulgo titularla por el Santo.

Encuétrase la ermita y el pequeño caserío ó aldea, que se ha formado con posterioridad, sobre la misma carretera real de Lisboa, entre los pilares kilométricos 135 y 136, teniendo su puerta hácia el N. Es de piedra, y consta del cuerpo de la iglesia con techumbre de madera, y de la capilla mayor en bóveda ojival, que forma por el exterior un torreón almenado; mide por dentro aproximadamente como 19 metros de longitud y 13 de latitud; en el altar mayor tiene colocada de bulto á Nuestra Señora de la Victoria, que se cree sea la misma de la fundacion; y en los dos

altares que se hallan en el cuerpo de la iglesia se ven, en el de la izquierda un grupo de mármol ordinario, de escultura grosera, que representa á San Jorge á caballo, en actitud de matar con la lanza al dragon infernal que está á sus piés, y que tiene todo el carácter para inferir sea el primitivo; y en el otro un santo, que me dijeron era Santo Domingo, conocidamente moderno, que sin duda reemplazó á la cruz sencilla de madera que el códice ántes citado expresa se puso en él.

Por afuera, para cubrir la entrada, se conoce hubo un pórtico, y sobre la izquierda de la puerta hay una gran piedra en forma de altar que debia servir para celebrar misa el día del aniversario á la multitud de gente que acudia allí como en romería, pues iban en procesion desde Porto de Moz con el clero parroquial, y desde el monasterio de Batalha con la comunidad; predicábase sermon patriótico en un púlpito tambien exterior, del que áun está á la derecha la losa circular que le servia de base, y los escalones para subir el sacerdote; y se pasaban el resto del dia en regocijo campestre: inmediata á ese púlpito está empotrada en el muro la lápida conmemorativa de que va hecha mencion.

A pocos pasos, sobre la derecha del edificio, me señalaron dentro de un huertecillo el lugar de la fosa donde dicen fueron enterrados gran número de cadáveres de los que perecieron en la batalla, y que todavia á muy poco que se excave se encuentran osamentas.

La casa de los Duques de Braganza, descendiente del fundador, tuvo ántes especial cuidado en el entretenimiento y conservación de la ermita, como en que no dejara de celebrarse la procesion y fiesta anual, asistiendo con lo preciso para ese objeto del culto y con una módica cantidad de trigo al ermitaño guardador, imponiéndole sólo la obligacion de tener siempre un caldero de agua para los transeuntes; mas parece que desde poco despues de ascender al trono aquella ilustre familia, y sobre todo en lo que va del presente siglo, peca en abandono ú olvido respecto á esa memoria. El actual ermitaño (en 1869), llamado Bento Ferreira, que sucedió en 1830 á una serie de parientes y antepasados en ese humilde encargo, no percibe ya nada, segun me dijo, y es por lo tanto su situacion muy infeliz.



El nombre ó advocación que el vulgo le dió de *Nuestra Señora del Venecimiento* no consta; lo tuviera nunca ese templo, y si sólo, como queda insinuado, de Santa María en un principio, y de Nuestra Señora del Carmen después. Mejorado sucesivamente, agregadas varias capillas y enterramientos, y enriquecido el templo de mármoles y obras de talla, se conservó hasta el horrible terremoto del 1.º de Noviembre de 1755, en que estando celebrando misa con asistencia de mucha gente, se abrieron sus altas y bellísimas naves góticas, cuartearonse y se rompieron los fuertes muros, y se vino al suelo la fábrica, sepultando á crecido número de fieles. Sólo quedó en parte, y se contempló aún, la capilla mayor y las dos del presbitero, pero en el desplome y en el incendio y saqueo que siguió á la catástrofe se perdieron esculturas é inscripciones, reliquias (1), alhajas y riquísimos ornamentos. Más adelante se empezó su reedificación, pero apenas levantadas las columnas y alguna arcada se suspendió y quedó en tal estado hasta el día, siendo visitado como curiosa ruina, y por haberse reunido allí un principio de museo de antigüedades.

Ofrecía antes aquella iglesia notable interés por los sepulcros de familias y personas nombradas que contenía (2); pero sobre todo por ser el enterramiento del Condestable fundador. Cumplíndose su voluntad, se le puso en el suelo á los pies del altar mayor, cerca de su madre *Ara Gonzálves*, que hizo llevar allí, donde permaneció hasta principios del siglo XVI; teniendo la losa el siguiente epitafio, que dan Fr. Manuel de Sá y Pereira de Santa Ana:

*Ille Comes-Stabilis Braganti genitis Authar  
Nunus adest, Dux maximus, hic Monachusque Beatus,  
Qui Regnum accevit vivens Sorditus in apum  
Coelum cum Superis: nam post numerosa trophaea  
Contempsit pompas, humilisque in Principe factus  
Hoc Templum posuit, coluit, cunctumque dicavit.*

Su cuarta nieta, la reina doña Juana de Castilla, como duquesa de Borgoña, mujer de D. Felipe el de las manos blancas, le

(1) Entre las sensibles pérdidas de aquel estrago se cuenta el breviario en que rezaba Santa Teresa de Jesús, con una nota autógrafa en que lo decía y firmaba el P. Jerónimo Gracia. — También paraba que desapareció una espada del Condestable.

(2) Entre ellos había uno curioso de cierto portugués que sirvió á siete reyes.

mandó labrar un rico túmulo de alabastro, y lo envió a Lisboa, con un retablo de talla representando la Pasión, los que se colocaron en 1522 en la capilla construida del lado de la epístola, trasladando los restos allí con asistencia del rey D. Juan III, pero significó éste el deseo de que volviera á la iglesia y capellanía del altar mayor, según había sido su propia voluntad, reservándole el efecto al muro del lado del evangelio; y así se verificó en Julio de 1548 después de hechas las obras necesarias, quedando perfectamente colocado el mausoleo.

*Era de finísimo alabastro bruno, obra majestuosa, dice el Padre Pereira de Santa Ana, de doce palmos de largo por siete y medio de altura: en la cara principal estaban, en relieve, las imágenes de en bandera, y enlucrados entre columnas dos ángeles sosteniendo en sus manos el escudo de armas de familia; todo lo que se veia tambien debajo del sarcófago y sobre flores: encima estaba la estatua yacente con hábito del Carmen, báculo y un devocionario abierto; mientras al lado del sepulcro, sobre la izquierda, se colocó otra de pie, representándolo joven en traje guerrero, con armas blancas, cota de malla guarnecida de muchas cruces, peto, manoplas, grevas y espaldas, con la cabeza desnuda, espada al cinto y una maza grande de fierro en la mano. El prior del convento, que se llamaba Fr. Diego de Brito, refiere el mismo cronista de la orden, tuvo el mal gusto de hacer pintar de colores y oro aquel bello monumento sepulcral, mas no aparece que tuviese inscripciones; sin embargo, en otra parte he leído que tenía la siguiente en versos portugueses, que supongo estaria á los piés ó al lado de la estatua:*

*Nam Alvaro Pereira,*

*Condeseu de Portugal,*

*Fue aqui desta maneira*

*Que foi no batallho rui,*

*A mais singular bandeira.*

*Capitão mui valeroso,*

*E por tal foi conhecido*

*O qual nunca foi vencido*

*Mais sempre victorioso*

*Dos inimicos temido.*

Destrozado y perdido completamente este túmulo en el terremoto, se hizo despues por los frailes, en madera, un modelo de



él que se conserva ahora entre los objetos reunidos allí como museo; pero no corresponde exactamente á la descripción del Padre Santa Ana, y la estatua del guerrero, que vale poquísimos, tiene una lanza en vez de la maza, y el casco á los pies. Los restos del Condestable, recogidos con cuidado, fueron llevados con gran solemnidad, creo que en 1834, al panteón de San Vicente d'Afora, en el mismo Lisboa, donde reposan los reyes de la casa de Braganza (1); y allí subsisten todavía desapercibidos á los visitantes.

#### TROFEOS Y DESPOJOS DE ALJUBARROTA.

La relación ó el detalle de los trofeos y despojos de una batalla, sobre ser siempre dato importante, después del estado de los muertos, heridos y prisioneros de uno y otro ejército, para apreciar bien los resultados, ofrece mucho interés á la curiosidad cuando se refiere á época lejana; pudiendo servir, además, á revelar ciertos pormenores poco conocidos de costumbres militares.

Por desgracia, casi nunca abundan las *Crónicas* en suficientes noticias, aunque sí suelen hacer indicaciones; y los modernos historiadores desdennan como despreciable nimiedad el ocuparse de cosa tan secundaria, ante la importancia verdadera de los sucesos que narran.

En esta monografía paréceme de rigor alguna investigación sobre ese particular; y puesto que en Fernán López se encuentran enumerados diversos objetos de los que ganaron sus compatriotas, y se citan otros por creencia tradicional, vamos á dar cuenta de ellos sucesivamente, ilustrando la materia en lo que nos sea posible.

#### BANDERAS Y PENDONES.

En el cap. XLVIII de la *Crónica* de Fernán López, que hemos reproducido en el III de esta Monografía, se dice que *entre las nobles cosas que en esta batalla se hallaron de mucha valía y mucho placer, fueron las banderas y pendones del Rey de Castilla y de los señores y capitanes que iban en su compañía; de las cuales traía cuatro de sus respectivas armas, que son castillos y leones, y las de*

(1) El contraste de este panteón con los antiguos de Alcóbaza y de Batalha, es significación elocuente de las épocas y príncipes que á uno y otros corresponden.

*Portugal mezcladas con ellas por medio de la bandera, contra el cual, según ya lo hemos tocado (1); y esto porque se llamaba Rey de ambos países, y éstas fueron halladas en su equipaje, y estas cuatro banderas, con la otra que se tomó en la batalla, las mandó el Rey á Lisboa, y además dos balsoes (estandartes) del Rey, también de su divisa, cuyo campo era verde y en el medio un falcón que tenía en las manos un buen mote en lengua francesa, que decía EN BON POSTO, y otro era todo lleno de barras de oro y otro de plata, y decían algunos que lo sabían, que aquello quería significar que el Rey era señor de dos reinos, el oro por Castilla y la plata por Portugal (2).*

Resulta, pues, que el cronista da noticia circunstanciada de que entre las banderas y pendones que se tomaron había cinco que llama del Rey, mas dos ó cuatro balsoes, que creo serían estandartes, ó mejor guiones, puesto que esa clase de enseñas se dividía, por sus formas y objeto, en varias denominaciones; pero, además, cuando refiere en el cap. XLII los pormenores de la batalla, expresa que fué derribada la bandera real y el pendon de divisa con ella.

No pongo en duda que serían bastantes las que de los caballeros, de las ciudades y concejos, caerían igualmente en poder de los vencedores, constando que en las huestes abundaban tales emblemas; pero las enumeradas son desde luego las que con justicia merecen el mayor honor, siendo interesante lo que de ellas dice Lopez y de lamentar que omita el color de las telas. En ninguna otra parte he leído lo del fondo verde como divisa del Rey, con el falcón y mote que expresa; mas no obstante, en el *Índice de los códices procedentes de los monasterios é iglesias*, que se publicó por la Academia de la Historia, hallo una cita que da ligero indicio de conformidad respecto á los colores, cuando da cuenta entre los del monasterio de la Vid, de un documento de D. Juan I, año de 1379 de J. C. Dicese que en el lugar donde los privilegios solían llevar el *Crismon*, tiene ése un círculo, den-

(1) Alude á la descripción que hizo al referir la ceremonia de proclamación, en Toledo, de doña Beatriz y D. Juan I por reyes de Portugal.

(2) Damos traducido este curioso párrafo por lo que puede servir al estudio de lo relativo á las banderas y pendon de Castilla, como á los colores respectivos, asunto confuso que varias veces, en estos últimos años, ha motivado cruditadas disertaciones.

suma utilidad esa adquisicion á los portugueses, lo declara Lopez, pues expresando ántes que escaseaban de caballos y que tenían bastante gente mal y desigualmente armada, cuida de anotar cuando iban á emprender la campaña con sus aliados los ingleses, que por aquella causa estaban ya bien equipados y dispuestos.

Acerca de los caballos debe tenerse en cuenta que, á más de los 3.000 que se retiraron con el Maestre de Alcántara, hizo desjarretar á muchísimos que no podia llevar; y es probable que consiguiera salvarse otro gran número con la masa de infantes que se volvió atras por la misma ruta que siguió el ejército y por distintos caminos, hasta ganar la frontera.

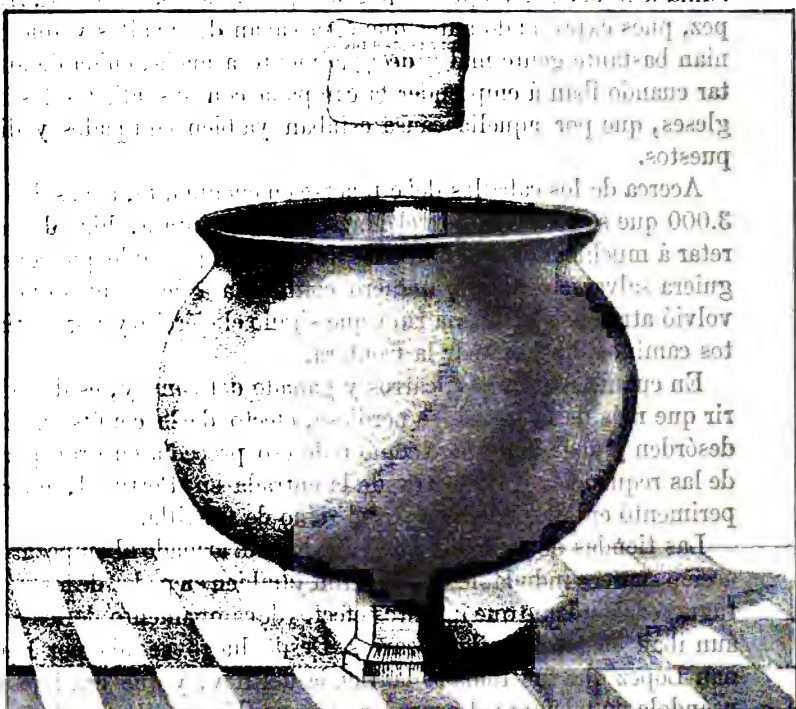
En cuanto á acémilas, carros y ganado del convoy, es de inferir que más de la mitad se perdiese, efecto de la confusion, del desórden y abandono; pero como todo eso procedia en gran parte de las requisiciones hechas desde la entrada en Portugal, no experimentó en ello sensible daño el reino de Castilla.

Las tiendas de campaña que ya se habian armado al empezar la accion, parece indudable que cayeron tambien en poder de los portugueses, lo mismo que infinitos efectos de campamento de los que áun iban en las acémilas y carros. Desde luégo se sabe por Fernan Lopez que fué tomada la tienda del Rey, y que era lujosa; usándola en adelante el vencedor, que recibió en ella en 1387 al Duque de Lancáster en la frontera de Galicia, cuando entre ambos se pactó la alianza y plan de campaña para invadir á Castilla.

Tampoco de ese trofeo consta su historia posterior, pero es de presumir que usada bastante por D. Juan I y luégo por sus hijos, y tal vez por su nieto Alfonso V, el Africano y el de la batalla de Toro, acabaria noblemente sus servicios ántes del reinado de D. Sebastian, porque de saber éste su existencia al acometer la temeraria empresa en que pereció, puede tenerse por seguro la hubiera pedido para llevarla consigo, como lo hizo con la espada y escudo de Alfonso Enriquez, que se conservaban sobre su sepulcro en Coimbra.

#### CALDERAS.

Cuando escribia Fr. Manoel dos Santos su *Alcobaça Ilustrada*, existian aún en el monasterio, de los despojos de Aljubarrota



LA GRAN CALDERA DE ALJUBARROTA  
 en el Monasterio de Alcobaza



PALA DE LA HORNERA DE ALJUBARROTA,  
*existente en una casa particular de la Villa*



que D. Juan I le donó, tres grandes calderas de metal, de las cuales se empleaba una en el lagar del aceite *da Fervença* (hervidero), otra en el horno, y la tercera, que era la más grande, colocada en el claustro á la vista de todos, con una inscripcion en lápida empotrada en la pared. Sólo esta última y monstruosa caldera es la que se ha conservado, y en perfecto estado se muestra todavía en el convento, bien que no en el claustro, de donde no hace muchos años la trasladaron á la capilla bautismal, sobre la izquierda á los piés de la iglesia, que es una gran pieza apellidada ahora *Sala de los Reyes*, por tener en malas estatuas de yeso la serie de los de Portugal hasta el cardenal D. Enrique, puestas sobre pechinas en lo alto de las paredes. Debajo de la de Don Juan I y fija en un pequeño pedestal, segun el dibujo que acompañamos, tiene encima esa curiosa antigualla colocada en el muro la lápida que se arrancó del claustro; cuya inscripcion dice así, copiada de la obra citada, que sólo varía en suprimir las palabras de encabezamiento y en algo la ortografia y abreviaturas:

*Canebas Antio*

*Vales.*

*Hic est ille lebes, Toto Cantatus in Orbe,  
Quem Lusitani, duro, gens aspera, bello,  
De Castellanis spoliis mémorable castris,  
Eripure: cibos hic olim cozerat hostis;  
At nunc nostri testis sine fine triumphi.*

Tiene de altura unos 95 centímetros, y su diámetro, por seccion central, será de un metro y 25 centímetros, con un espesor de metal de un centímetro y cuatro milímetros. La calidad parece ser una liga algo semejante á la de las campanas chinas, pues produce al golpearla cierta vibracion sonora muy notable. No se aperciben en ella trazas de deterioro por el fuego ni oxidacion del tiempo, y únicamente se notan las señales donde debió tener cuatro agarraderas.

El referido cronista dice de ella que *es de metal fino*, y que en el Sábado de Gloria y en las ocasiones de Capitulo, la tocaban con una piedra, haciendo tal ruido, que apagaba el de las campanas: y Soares da Silva cuenta que al visitar Felipe II aquel monasterio, hubo quien le propuso la mandára convertir en campana, á lo que uno de los caballeros que le acompañaban le dijo:

*No, Señor, déjenla estar así, que si suena tanto, siendo caldera, ¿qué será si llega á ser campana?*

En el mismo monasterio se guardaba una Biblia (de que luego trataremos), en la que, al final, se puso una *Memoria* para acreditar su origen y pretender justificar la tradición de que San Bernardo se apareció al Rey en la batalla, y como allí se hace especial mención de esta famosa caldera, la insertamos en seguida, copiándola de Fr. Manosel dos Santos, quien también la citó en la parte VIII de la *Monarquía lusitana*, así como Manrique en el tomo II de sus *Anales de la orden del Cister*.

Alteram partem hujus libri tulit illustris Dñs Comestabilis Nonius Alvres Pereira ad memoriam honoris, & gloriæ suæ; qui a primus tentorium Regis Castellæ intravit, & omnia sua Dñs Rēgī acquisivit: hunc librum donavit Dñs Rex Ioannes nomine primus huic Monasterio de Alcobatia post devictum Regem Castellæ ad Aljubarrotam: librum hunc, quædam que argenteam, & cristallinam, & alia præterea quæque reperiuntur in papilio Regis Castellæ apud Sancto Patri Bernardo prout in conflictu voverat, dedicavit; quo die festivitatem ejus celebraturus, quintum post victoriæ diem; ad hanc domum pervenit: publice que pro corona regni sui jura vit sensisse se miram divini adjutorii præsestantiam dum in maximo periculo positus Divi Patris patrū Bernardi nomē & auxilium imploraret; & supratentorium Regis Castellæ vidisse erectum in ære baculum cum rubro pallidamento: donavit est iam ad servitium hujus Monasterii multas vasa ænea, & grandem calderam, in qua Castellani de famulatu Regis faciebant suos baculagues, & pulmentaria sufficientia ad 293 novē et tam multos Captos in bellō Dñtro Abbati, & monachis dedit: & in turri, & infirmeria posuit multas bestas quæ dicuntur darmastote cum suis poleatibus rostris quæ omnia conservet Deus gloriam Christianorum Suorum, & timorem Castellæ quorum superbiam manus Domini disperdat per meritā Sancti P. Bernardi, & Dominum Regem in suo regno velit stabilire ad eorum pacem. Amen.

Aparece por esta Memoria que la tal caldera se llevaba en la cocina del Rey de Castilla, y que servia para condimentar en ella los guisados que llama *baculagues*, y el cocido para 293 de sus criados ó guardias; número corto en verdad para su tamaño y capacidad, que según Soares da Silva, permite cocer junta la carne de cuatro bueyes.

Alpénas acabada la batalla, refiere este último autor que se llevó al Rey *Gonsalvo Rodríguez* con una gran caldera que cogió en el campamento, y que por eso le otorgó adoptase caldera por segundo apellido, copiándola en sus armas. Forzudo sería Rodri-

guez para conducirla sólo, y aunque es creíble la concesión, más propio hubiera sido calderon que caldera. En un códice de la Biblioteca Nacional de Madrid, titulado *Memorias curiosas de la guerra de la Torre de Tomba en Portugal*, señalado Gc. 29, encontramos en el folio 1.º la siguiente noticia:

*Os Caldegras tem por armas três Caldegras de Branco com duas falcões pretos e um castelo e o seu tempo andante as fortalezas de d'el Rey de Portugal.*

*Nossa batalha real  
a os Castellanos tomou*

*A Caldeira de metal  
é desta aqui como foi  
e tal nome lhe ficou*

Otra cith curiosa se halla del mismo célebre utensilio en las notas y papeles de familia de Barrantes Maldonado, en fin del tomo II de sus *Ilustraciones de la casa de Niebla*, que mejo de interes reproducir. Contaba el autor entre sus ascendientes a *García Fernandez Barrantes*, capitán de los jinetes de Alcantara, que murió en Aljubarrota, el cual tenía un hijo llamado *Alonso Fernandez Barrantes* (a) *Cinco de vengas*, que dio lo vengo muy bien en el resto de la guerra, ganando gran prez y siendo uno de los que en Alcantara hicieron más en la resistencia y salidas el año de 1399. Acabóse un día matar á doce portugueses, y uno, como en otras ocasiones:

*Ofrezco vuestra sangre á la Caldeira que allí tenia de la cocha del Rey, por la que allí se sacó de mi Padre en la batalla de Aljubarrota, y fuero como Caballero hijodalgo, que en tanto que no me parezca que tengo derramado tanta de Portugueses como cabrá, en vuestra Caldeira, no consiento tomar ningún Portugues á vida, sino que han de pasar todos por el filo de la espada.*

Embarazoso debía ser el uso de tan monstruosas vasija en campaña, así para el transporte como para servirse de ella en el campo, necesitando enorme cantidad de leña para guisar el rancho; pero asegurándolo la tradición y la *Crónica*, se demuestra que todavía según por entonces en prácticas indispensables al clásico caldero de los pastores, de los conventos y de las mesadas de los señores feudales. Al contemplarla hoy y al observar que la cocina de aquel monasterio, donde llevo á haber 999 frailes, es de



una grandiosidad sin igual, asalta á muchos el pensar que parece construída para la caldera, á la caldera para la cocina.

Si su enormidad no se opusiese, tal vez por lo sonoro del metal fuese permitido creer que sirviera á modo de timbal ó instrumento bélico ruidoso, pues consta por Fernán Lopez que al darse el ataque tocaron con estruendo los que llevaba el ejército. Además, se sabe que los moros de España, como las tropas orientales, usaron esa clase de atambores, y en algunos museos se pueden examinar también, aunque en menor tamaño, muebles parecidos á éste, á los que se atribuye ese antiguo destino (1).

En el mismo libro de las *Ilustraciones de la casa de Niebla*, dice Barrantes Maldonado que al ir D. Alonso XI al santuario de Guadalupe á cumplir la promesa que hizo en la batalla del Salado, llevó muchas riquezas de los despojos, y que entre los diversos objetos había *dos ollas de metal* que, dedicadas luego al servicio de la comunidad, se colgaron más adelante y se conservaban como recuerdo.

En el libro de *Historia de España*, tomo VII, dice el Sr. Gálvez que el Rey de Castilla, al ir á la batalla de Aljubarrota, llevó consigo un atambor grande hecho á propósito, redondo, de quince codos, de cierta madera muy sonora, de color verde y dorado; la señal era tocar tres golpes en aquel enorme atambor, que se oían me-

Hay que agregar al párrafo ya transcrito del cap. XIV de Fernán Lopez, referente á las joyas y riqueza que hallaron en el campamento castellano; lo que repite en el XLVI acerca de lo mismo: *Entonces partió el Rey con su hueste muy abastecida de mantenimientos, de caballos y armas, y bestias de servicio y de muchas joyas de plata y de oro del grande y muy rico despojo que hallaron de sus enemigos, así en la tienda del Rey de Castilla y de los señores y fidalgos que venían en su compañía, como por la grandeza del campamento, y esto como cada uno acertaba de hallar, etc.*

Entre esas joyas se regata como de las pocas que se reservó el Rey, pues todas expresa Lopez que las dejó á los que las tomaron, un precioso cetro del de Castilla, que juzgó pertenerle como propia de su dignidad; pero años después lo cedió á la igle-

(1) En la *Historia de la dominación de los árabes en España*, por Conde, t. II, al describirse la marcha del ejército de Abdel-Mumen por Africa, el año 1160, dice que para marchar se hacía señal al campo con un atambor grande hecho á propósito, redondo, de quince codos, de cierta madera muy sonora, de color verde y dorado; la señal era tocar tres golpes en aquel enorme atambor, que se oían media jornada en día sereno y sin aire y tocado en lugar alto.

sia del convento del Carmen de Lisbon, donde quedó depositado y se mostraba al pueblo en dos ocasiones anuales, teniendo en la mano el Prior al finalizar los divinos oficios, según se exigía en la escritura de donación, que se conservaba, marcando las formalidades con que debía hacerse, y consignando su procedencia de los despojos de la tienda de campaña del Rey de Castilla. Componíase de distintas piezas de cristal y de oro ó plata dorada, con delicadas labores de hilir, que demostraba ser de grande antigüedad, y que sólo por eso sería inapreciable, aunque no tuviese el mérito de trofeo.

El P. Pereira de Santa Ana, de quien extracto esta noticia, publicó su *Crónica* de la orden del Carmen pocos años antes del terremoto de Lisboa, que ya dijimos destruyó aquella iglesia, y no haciéndose mención después, que yo sepa, de semejante alhaja, es de inferir que se perdió lastimosamente entre tantos otros objetos de valor histórico y artístico.

Por el mismo autor y por otros consta que se coronase en la catedral de Lisboa, en 1640, el Duque de Braganza como Rey D. Juan IV, después del levantamiento para separarse de España, usó de aquel cetro; así como al año siguiente al reunir las primeras Cortes del reino.

No tengo conocimiento de que los reyes de Castilla llevasen de continuo, y ménos en la guerra, ese signo distintivo de la jerarquía; pero puede creerse que destinado para los actos ó ceremonias de aparato oficial, se pensase le acompañase para cuando, una vez en la capital, exigiera la jura y tomase posesión del reino de Portugal.

#### RELICARIO.

Continúa Lopez el párrafo antes traducido, diciendo que uno de los objetos que no quedaron en manos de quienes los tomaron fué el *Leño de la Vera Cruz*, que lo tenía *Alonso Gonçalves*, *Alfeneá*, escudero del Condestable, el cual lo halló en un 1688 con otras muchas joyas cuando ayudó á robar la capilla del Rey de Castilla, en una cruz de oro que tenía por una parte cuatro piedras preciosas, y por la otra una cruz pequeña en medio de la grande, y cuando levantó esa cruz pequeña, vió que dentro de la grande estaba el *Leño de la Vera Cruz*, conociéndolo porque era fama en el campo de los portugueses, ántes que comenzase la batalla, que el

*Ray contrahío traía en su capilla la Vera Cruz, que solía estar en Búrgos.*

Al saberlo el Condestable, le rogó, y regaló, con dulces palabras, para que la cediera a aquel santo relicario, ofreciendo además haberle muchas mercedes; con lo cual lo obtuvo, como era consiguiente.

Dicen otros que fué el mismo Rey quien lo alcanzó del soldado, y que siendo la más preciada alhaja, se lo transmitió al Condestable, recibéndolo éste con extraordinario contento como reliquia; troféo y dádiva del Soberano, mandándolo colocar dentro de otra cruz de plata dorada, de tres palmos de alta, también de exquisito gusto en su labor primorosa; y que poniendo en los brazos varias distintas reliquias, hizo se le grabase una leyenda en que decía: *Esta cruz se do mi nombre Condestable das Reynos de Portugal e do Algarve.*

El R. Pereira de Santa Ana refiere que lo llevaron adelante en su oratorio; hasta que una vez que se le extravió ó se lo robaron, resolvió por si parecia, como en efecto sucedió, cederlo á un convento del Carmen de Lisboa; y que á ese fin escribió una carta, fecha en Villaviciosa, á 5 de Julio de 1492, que se guardaba en el archivo, en la que consignaba su donacion á la Virgen y que se le había regalado al Rey después de la batalla de Aljubarrota, como procedente de la capilla del de Castilla.

Quedó con ese motivo el relicario cuidadosamente guardado en la sacristía, y la pérdida de muchas otras reliquias y objetos de gran precio; hasta el año de 1658, en que fué robado y no pudo más recobrase; pues aunque pasado algún tiempo se averiguó quién lo sustrajo, confesó al poco que lo había deshecho, vendiendo la plata y piedras preciosas que contenía; añade el cronista de la orden que fué perdonado del castigo que merecía por tan terrible delito; pero que al fin se le ajustició por otro que después cometió. No queda bien esa biquera de alhajas en el equipaje y capilla Real de D. Juan I, estando en campaña, como se pensaría en que consta se hallaba ántes de emprender las operaciones; pero sin duda la costumbre y la devoción exigían no separarse de tales objetos, y aun buscábalos como protectores en los trances de guerra, según parece que hizo entónces, tomando el relicario de la catedral de Búrgos, á que pertenecía.

Un pasaje de la *Crónica* de Froissart concurre á dar indicios

de que efectivamente acompañaba al Rey cierto hijo de joyería. Al llegar á Santarem en su huida, dice que creyó perdido un rico *bañete real*, valuado en 20.000 francos, que debía tener setenta y ocho brillantes y piedras preciosas; pero que con gran placer se presentó allí mismo después con él, el escudero que lo llevaba, llamado *Martin Haren*.

Oratorio de plata en ornamento. Conservase en la capilla de Santa Maria de las Oliveiras, en Guimarães, un precioso oratorio de plata, de forma rectangular, encajonado en tabla y dividido en tres partes, de las que las dos laterales cierran sobre la central, el qual en los dias solemnnes se coloca en el altar mayor. Tendrá como dos metros de longitud, abierto, y ménos de uno y medio de altura: en el quadro central está representado, en relieve, bajo una linda labor gótica, el Nacimiento de Jesus; en el de la derecha la Anunciaciön; en el quarter superior y en el inferior la Presentaciön; en el de la izquierda, de igual modo, la Adoraciön de los pastores y la de los Reyes Magos, y sobre la labor gótica indicada, junto al remate del quadro del centro, se ven dos escudetes de esmalte con las quinas de Portugal, tenido cada uno por un querubín. Todo satayo, y áun se conoce, perfectamente labrado (1) el oratorio de Fray Manoel dos Santos, y otros muchos con él, han sostenido que pertenecía á la capilla Real de Castilla y que el Rey la dió en ofrenda á aquella iglesia con diversos objetos; pero el juicio de los más eruditos é inteligentes en esa clase de obras de arte dan la razon al canónigo Gaspard Estago, quien, en su acreditado libro de *Vitras antiguedades de Portugal*, dice terminantemente que se mandó labrar con la plata que el Monarca dió á la capilla cumpliendo su oferta, y era equivalente á su propio peso armado; de la qual, añade, se hicieron doce apóstoles tambien, cuatro ángeles, cuatro mártires ó santos, una pila de agua bendita

(1) En una publicacion que sale en Lisboa, titulada *Os Annos perdidos*, tomo correspondiente á 1861, páginas 167 y 168, se inserta, bajo la firma de L. de Villena Barbosa, una buena descripciön de este oratorio, acompañada de estampa muy bien grabada en madera; y se insiste en asegurar que procede de la capilla del Rey de Castilla.

con lámparo y un incensario con su naveta. Es de inferir, por lo tanto, que en el mismo tiempo D. Juan I., alguno de sus inmediatos sucesores lo mandó construir, tal vez en Florencia, pues tiene el carácter del siglo XV, en que se sabe sobresalía allí ese género, y aunque con los defectos de impropiedad de dibujo de que suelen adolecer tales esculturas, reúne mérito suficiente para considerarlo como objeto muy notable.

Los dos esbaldos esmaltados de las armas de Portugal, pretendiendo los portugueses, de que perteneció, al Rey de Castilla, que fueron puestas en sustitución de los que tenía de Castilla y de León por encargo del Cabildo, para hacer un acto de patriotismo al por saltar la vista que allí no hay traza de recomposición alguna, cosa que hubiera sido difícil disimular. No es posible, en tal circunstancia, mirar á este oratorio como trofeo, mas sítes pla de título, cual recuerdo y conmemoracion de Aljubarrota. Segun Fr. Manoel dos Santos, dió tambien el Rey al monasterio de Aclapha una cruz de cristal guarnecida de plata dorada, dos candeleros de la misma materia y fabrica, que son, dice segun el autor, en su tiempo, más que cruz de metal dorado y varios ornamentos. En la iglesia de Guimarães pone como dádivas hechas de aquellos despojos, además del oratorio y retablo de plata, doce cuerpos de ángeles grandes de plata, los cuales servian de ciriales en la capilla; unas corporales bordadas con oro fino, en las que se veian las effigies del Rey y Reina de Castilla con corona y con armas, y algunos otros efectos para el culto. Cada uno de los expresados ángeles, explica que tenía al pié esta leyenda: *Esta obra mandó fazer el noble Señor Rey D. Henrique II. y agregó que de los doce sólo quedaba uno para memoria, que salia en la procesion solenne en la fiesta del Angel Custodio, por haberse fundido los once por disposicion de los canónigos, para hacer candeleros y variadas piezas que necesitaba la colegiata.* En la misma obra se encuentra la noticia de Fr. Manoel dos Santos, que de igual manera de Carvalho en su *Corographia portugeza*, de buena fe agrega la del bien informado y verídico Gaspar Estacio. Cuando escribia, en 1754, habia, en efecto, un ángel procedente de la capilla del Rey de Castilla, de veintinueve marcos de plata, que estaba de rodillas y que tenía un letrado que decia así: *Esta obra mandó fazer el noble Señor Rey D. Juan, hijo del noble Señor Rey D. Henrique II.* que hacia ochenta años, esto es, en 1674

se le sacaba en procesión el día del Corpus y en la octava, poniéndole en las manos el Santísimo; y que en su época salía en la fiesta del Ángel Custodio.

Por desgracia desapareció ese ángel con otros ornamentos y riquezas en el saqueo de muchas arrobas de plata que hicieron los franceses en aquella iglesia, quedando sólo, de cuantos se han citado, el oratorio de plata.

Enseñáronme, sin embargo, el *Jaquet* ó *Vesta* de D. Juan I de Portugal el día de la batalla; que sin duda es la que con su lanza y escudo figuraba en la fiesta del aniversario. Se conoce que era de tela fuerte acolchada, propia á su destino, debajo de la cota de malla; pero que en el trascurso del tiempo la han ido remendando y agregándola retazos sobrepuestos, observándose que tal vez dedicaron á eso los corporales de que habla Fr. Manuel dos Santos, porque se descubre con claridad todavía parte de bordado de oro y seda de colores, con traza de unos medallones ovalados en que hubo unos rostros, y parajes en que se puede presumir existieron escudos de armas con coronas.

Otra distinta cruz grande, de plata, aseguran que se donó á la santa iglesia catedral de Braga, con la pila para agua bendita de la misma capilla de campaña del Rey castellano; mas, en el día no existen, y me dieron por única noticia que desaparecerían cuando la guerra Peninsular ó de la Independencia. Salvaron, no obstante, del saqueo un pequeño antiquísimo caliz, la copa con que la tradición supone se vertió el agua para bautizar á Alfonso Enriquez, y una bonita Virgen, de plata, de Nuestra Señora de Nazareth, que tendrá un palmo de alto, la cual se dice en el *Argiologio lusitano* que la llevaba sobrepuesta en su yelmo el arzobispo Lorenzo Vicente, durante la batalla. Algo difícil de creer se me hace por su tamaño para semejante colocacion; pero por otra parte no es vana conjetura, acorde con las indicaciones de Fernán Lopez y con la devocion que el mismo prelado confiesa en su carta hácia aquella Virgen; que la llevase en la mano al empezarse la accion, para mostrarla á los soldados, estimulándoles al valor y confianza.

#### RETABLOS DE TALLA.

Sobre el altar de sufragios del rey D. Juan I, en su panteón

de Batallas hay un pequeño retablo de la forma bastante común á muchos de la época, con capellinas y adornos góticos en madera tallada, y con las figuras esculptas del apostolado, de que ya sólo se conservan tres, que tendrían un pie de altura. Está entropiado, roto, incompleto, pero se descubren aún los colores y florido. Por su carácter, vetustez y colocación, tengo como probable que sea de tiempos del sepulcro; y también se puede admitir, mejor que de otros objetos, que proceda de la capilla volante del Rey de Castilla en Aljubarrota, como allí me lo aseguraron que se decía por tradición, á pesar de que nada explique de él, ni aun el nombre. Fr. Luis de Sousa.

Igual á ese en tamaño y forma, me llevaron á ver otro en la ermita de San Antonio, á dos y medio kilómetros de Batallas, por el camino de Heita, explicándome que se robó en aquel sitio el día de la batalla entre los equipajes de los castellanos, y que por eso se edificó la ermita y quedó en ella colgado en el altar. El retablo santuario es efectivamente de gran antigüedad, y el retablo tallado de esta que debiera, como el anterior, del siglo XIV; pero está en un estado perfecto de conservación y repavada la pintura en época moderna. Tiene también preciosa labor de capellinas góticas, y representa en alto relieve la Pasión; siendo á mi juicio obra de algún mérito en su clase, que tal vez deba el conservarse á la humildad y pobreza de la capilla, donde ha vivido como olvidado, cuando al alquidra se menciona en ninguno de los muchos libros que he consultado. Respecto á las pinturas que le atribuyen, y pingamos al pruebo hay que las justifique; mas no sería imposible creer que llevó por algún prelado ó señor de las que iban en el ejército, y conducido entre los equipajes del conde, cayó allí en poder de los portugueses al retirarse fugitivos los castellanos que siguieron aquella dirección.

Habiendo anticipado la noticia de la Biblia que se conserva en el monasterio de Alcobaza, é insertado el apunte que contiene al final y al que Fr. Manoel dos Santos llama *Memo-ria notable*, daremos aquí los pormenores que la conciernen, pues que se ha salvado hasta ahora, sin desaparecer como los

de sus ornamentos citados, cuando la invasión francesa, el tiempo de suprimirse las órdenes monásticas, se trasladó al Real Archivo y Biblioteca de aquel gran convento, y encastró en el dila en la pública de la capital, donde la hemos visto y esta famosa *Biblia*; y desdichados, famosos, porque se ha hablado y discutido bastante con motivo de su procedencia de la batalla de Aljubarrota y de la nota agregada á su final, que muchos, como Santos y crean, se escribió inmediatamente después del subse para acreditar el donativo del Rey y el milagro de San Bernardo, pero que otros, con juiciosa crítica y sobria razón, la suponen posterior de uno ó dos siglos, y de bida á la devoción y patriotismo de un fraile. En las *Memorias de la Academia Real de Ciencias*, tomo vi, se califica de manosa caprichosa, y en el folio 101 y 102 se alaba. Consiste el libro en un gran folio, en pergamino escrito sin lujo de adornos, ni pinturas, bastante bien conservado, por dentro y por fuera, en su encuadernación es en tabla formada de cuero, con chapas y tiras de metal, en que están grabados los escudos de leones y castillos (éstos representando torres y torres), y también aparte, castillos solamente en mayor tamaño, así como varias flores de lis encerradas en unos triángulos de seda. Aunque estrechada por fuera, se descubre muy bien todo su contorno, y sólo le faltan dos flores de lis, de las que estaban en cada ángulo. El texto que contiene es el de los primeros libros de la *Biblia* hasta los cincos primeros, ó el profeta *Malachías*, según Fr. Manuel de Sando, quien añade que lo restante estaba en otra voluminosa que tiene el nombre de *Estadística*. Esta aserción no la he visto confirmada por el R. P. Pereira de Santa Ana en su *Crónica del Convento*, de la que tanto se ocupa de aquel personaje y de todos los objetos de ese origen, como ya se ha demostrado (1) en el capítulo anterior.

Tengo por cierto que esta *Biblia* proceda de Castilla, y que sea de mediados del siglo xiv, pero no voy tan claro que la llevase el rey D. Juan I en su capilla de campaña. Más probable encuentra

(1) D. José Cornide, en su obra, manuscrita, varias veces citada, dice que habiendo oído que en Alcobaça existía un códice que se cogió al rey D. Juan I, lo buscó con empeño y no lo encontró, y lo cree que ese códice no podía ser otro que esta *Biblia*, y en vano se la buscó en el convento de Alcobaça.



ria que fuese un misal ó un libro de oraciones; mas si en efecto acompañaban al ejército algunos obispos y sacerdotes, y si la capilla era tan completa como lo indican los ricos despojos del campamento, está en lo posible que allí se encontrase. ¿Quién sabe si imitando en eso, como en muchas otras cosas, las costumbres militares de los moros, estaba en uso que fuese el Rey acompañado de los libros sagrados cuando iba á la guerra, al modo que desde los primeros tiempos del islamismo hacían los caudillos que se colocase el *Corán* en un camello ó acemila fuertemente enjerezada, y marchando á la cabeza del ejército.

#### EL FALCON DEL REY.

Para terminar esta reseña de los trofeos y despojos verdaderos ó supuestos, pero posibles, de Aljubarrota, he dejado el *Falcon* *Falcon*, que se dice fue tomado en el campo por unos soldados vecinos de la villa de *Pinhel*, y que pertenecía al Rey de Castilla.

A esos individuos aseguran les quedó *Falcon* por apellido de familia, y que se dio á la villa de que eran naturales por escudo de armas un falcón posado sobre verde pino, y titulóla *Pinhel* *do Falcon, Guarda Mor de Portugal*.

La circunstancia de que el guion del Soberano de Castilla, que se cogió en el campo de batalla, tenía, como se ha visto, un falcón, me hace dudar si tal vez fueron esos soldados de *Pinhel* los que se apoderaron de él, pero pintándolo sobre un pino, mas bien puede creerse que era, en efecto, un verdadero falcón que, abandonado en la huida, se refugió á la rama del pino á presenciar la derrota, y así tenemos otra prueba de que había pinos en el campo, y que no era campaña rasa, desnuda de arboleda. Sabiéndose la afición que en la Edad Media había á la caza con el falcón, y que por eso se oía muchas veces hasta en tiempos muy posteriores el destino de *Malconero* como uno de los afectos al servicio de los Príncipes, es de inferir que D. Juan I llevase también el suyo á la campaña, pues solían los señores cobrar íntimo cariño á esas aves, teniéndolas siempre á su inmediación y en sus mismos aposentos (1).

(1) Por el canónigo *Zabala* de la *Iglesia de Santa Cruz*, del castillo de *Pera* *Lopez de Ayala*.

**NOTAS BIOGRÁFICAS DE LOS REYES Y PRINCIPALES PERSONAJES QUE FIGURARON EN LA BATALLA**

Corresponde á los investigadores de sucesos particulares dar á conocer con suficiente noticia los sujetos que en ellos principalmente intervinieron.

Las biografías, como todos los incidentes secundarios, los episodios y detalles que no pueden tener cabida en una historia general, la encuentran ajustada y hasta precisa en las que se concretan á determinados acontecimientos; y con mayor razón cuando el trabajo reviste la forma de monografía en que deban acumularse cuantos pormenores se relacionen con el asunto adoptado.

Bien se comprende que no han de ser tan circunstanciados los datos que existan de los reyes y demás personas del siglo XIV, cuyos nombres se han leído en este estudio como si se tratara del XVII; pero tampoco necesitamos tanto énfasis á nada favorable, en el sentido elevado de la historia, el penetrar demasiado en lo íntimo de la vida privada. Basta, por consiguiente, que extraeremos los indicaciones que en unas pocas partes hallamos consignadas, y que nos permitan agregar tal ó cual ligerísima reflexión ó advertencia.

La circunstancia de que el origen del Robastan de Castilla sea el mismo que el de los Robastanes de Portugal, es un dato que se recoge en el capítulo de los Robastanes de Portugal.

En Lisboa, á 15 de Abril de 1358, nació este célebre monarca portugués, según Fernán Lopez; fecha que corrige Soares da Silva, dudo que con acierto, poniendo la de 11 de Abril de 1357.

Hijo bastardo (natural dicen otros) del rey D. Pedro y de una señora gallega llamada Teresa Lorenzo, fué armado caballero en la niñez, y nombrado á los trece años Gran Maestro de la orden de Avis, cargo que le obligaba por votos al celibato.

Hallábase en lo más florida de la juventud cuando, en los últimos años del reinado de su hermano D. Fernando, tuvieron lugar los acontecimientos de la guerra paz y tratado con Castilla.

(1) Nota sobre la guerra paz y tratado con Castilla, con las glosas del Duque de Alburquerque, publicado en Madrid, en 1869, consta, en efecto, que los reyes D. Pedro, D. Enrique II y D. Juan I tenían esta adición, pues pámula á sus batallas y describe varias de dichas aves. (1)

de que procedió la fatal boda de doña Beatriz, y cuando contra el valimiento del conde Fernandez Andeiro se movieron en la corte intrigas y desavenencias que parecieron consumar un desastre sin fin, que, atribuyéndolo a la influencia dominante del Conde para con la reina doña Leonor, se dejó hondamente ofendido.

Atendiendo a ese precedente, a la edad juvenil, a su carácter apasionado, y al atractivo de belleza y gracia que se atribuye a doña Leonor, apellidada en Castilla *Flor de Alhambra*, no parecería extraño que, tanto al mismo conde el honor de su difunta hermana, hubiesen intervenido los celos y un amor mal correspondido en el asesinato que cometió el conde Andeiro. No hacemos más que apuntar una indicación; pero la circunstancia de haberse después propuesto su casamiento con la misma Reina viuda, pudiera ayudar a su vaga sospecha, que aunque nunca justificaba el asesinato, explicaría mejor el atentado por efecto de una pasión avasalladora. La manera con que D. Fernando se casó con doña Leonor, Reina de Meneses, arrebatándola a su marido, y la que él, que su otro hermano, el infante D. Juan, dió a doña María, hermana de doña Leonor, son ejemplos que pintan las costumbres del siglo y que no desdicen de aquella suposición y de aquel acto.

De todos modos, cuando se le ha seguido en su larga vida, en contando de que apañó y casó a su hijo como hombre, como guerrero, como rey y legislador, se está autorizando para condenarlo por el crimen y los primeros pasos que sirvieron a su engrandecimiento, aun teniendo en cuenta las todas costumbres de la época y el aspecto político de que revistió la tragedia. A los grandes hombres debe juzgarlos la posteridad con tanto rigor por sus faltas y vicios, como con elogios trate de sus virtudes y merecimientos.

La conducta que observó desde que por el tumulto popular de Lisboa, hábilmente traido y explotado, se encontró defensor del *reino*, fue encañinada por las aspiraciones al trono, y preciso es reconocer que se mostró digno de los favores de la suerte, como política que militarmente; pues los obtuvo ayudado de talentos, de habilidad, valor y energía, así en el apurado sitio de Lisboa, como en las Cortes de Coimbra y en las operaciones subsiguientes de la guerra. La cooperación y aun el impulso de otros hombres notables en aquellos sucesos en nada rebajan su mé-

rito, antes, al contrario, lo revelaron, porque en elegir y utilizar bien los consejeros y auxiliares, es en lo que mejor se demuestran los altos dotes del genio destinado á grandes empresas, y sobre todo, de los que son llamados á salvar imperios ó fundar nacionalidades nuevas.

Tenia 27 años en 1385, cuando le aclamaron por rey, y cuando á los pocos meses ganó, el 14 de Agosto, la corona en la batalla de Aljubarrota (1). Casó en el inmediato con doña Felipa de Lancáster, obteniendo para ello del papa Urbano la bula que le libró de esas vótes, y tuvo de ese matrimonio ocho hijos: una niña, que murió á pocos días; D. Alfonso, que falleció dos años después; D. Duarte, que le sucedió en el reino; D. Pedro, duque de Coimbra; D. Enrique, duque de Vizeu y gran maestro de Cristo; D. Juan, gran maestro de Avis y tercer condestable de Portugal; D. Fernando el cautivo, apellidado el Infante Santo; y doña Isabel, que casó con D. Felipe, duque de Borgoña. Además tuvo uno natural, D. Alfonso, que fué el primer duque de Braganza, y que, casado con la hija única del Condestable Nuno Alvarez Pereira, vino á ser el tronco originario de la casa que al cabo de trescientos años constituyó la tercera dinastía real portuguesa.

Pocos reyes y pocos padres de familia alcanzan la felicidad que el cielo le otorgó con sus hijos, pues todos, de relevantes prendas, se ganaron distinguido nombre en la historia patria por el saber, el valor ó la virtud, dicha envidiable ciertamente. Renegó, puede decirse, la independencia del Estado, fundó dinastía, mejoró las leyes é instituciones del país, dilató su territorio abriendo camino á las coloniales empresas de Ultramar, y aseguró la paz y dejó al morir unos hijos dignos de él, estrechamente ligados por el cariño y llenos del noble estímulo de gloria que supo inspirarles, para que lo transmitiesen á otras generaciones.

Según acostumbra las *Crónicas* de la Edad Media y las tradiciones vulgares, atribúyense muchos particularidades extraordinarias y prodigios á la vida y reinado de D. Juan I. Un niño recién nacido, en Évora, cuando falleció el rey D. Fernando, sorprendió á sus padres proclamando en clara voz á D. Juan I. Di-

(1) Soares da Silva, que supone nació en 1387, se olvidó de ponerle atribuciones á Fernan Lopez, le da también veintiseis años al día de la batalla.

veras maravillas se cuentan ocurridas en el sitio de Lisboa. En Aljubarrota se demostró de varios modos el milagroso auxilio de que estaba asistido; pues se vio detener el vuelo pobre de la bandera real *algumas blancas palomas que en la candidez de sus plumas parecieron alabanzas seguras de victoria* (1); y luego al rehízar el combate lo apareció al flechero la imagen del glorioso Nuestra Señora de las Oliveiras; y viéndose estaba en el trance de mayor peligro tuvo la visión de San Bernardo, á quien se refirió en otros días de la *Orden de Alcobara*; por lo que (orgullosos alabados) babilonia y Seleni se tornaron patéticas; pero al mismo tiempo tan bellas y poéticas y muchas de esas visiones milagrosas de casos de prodigio admitidas en aquellos siglos; principalmente el reforzarse á batallas contra infieles, que teniendo en cuenta el estímulo de exaltada fe y de sencillez de las gentes, revelan un poderoso e inapreciable recurso de estímulo para levantar el espíritu del soldado y de las masas en ocasiones supremas y confundiendo el valor y confianza en el caudillo que viene inspirado por Dios y la Virgen y los santos perán; en una palabra, en gran suerte para sostener y mover la moral militar; y por eso se explica la frecuencia con que se aplicó de la Península á los moros que apolaron á los castellanos en sus más memorables jornadas, como Alarcos, Bataína, las Navas y el Salado; y los portugueses que Otrique, Santarém y Aljubarrota. No por otra parte, y que en un la antigüedad pagana aquellas explicaciones de los augures y los oráculos de las víctimas y las conductas de las Sibilas y divinationes con que aprovechando los jefes cualquier incidente lo interpretaban en su favor como inspirados? En la misma insitencia quedará por mucho tiempo memoria de aquel hábil recurso de Bertoio, que tan útil le fué para asegurar de la adhesión de los naturales en la temaz guerra que sostuvo, suponiéndose guiado de continuo por el Consejo de los Dioses, que se lo comunicaban por medio de su inseparable circuncia.

Todavía después de muerto D. Juan I se pretendió subeudido de milagrosos en honor de su memoria; como, por ejemplo, el de haberse aumentado la cura de los blandones en vez de consumirse, al celebrar sus funerales de aniversario en la catedral de Lisboa su hijo D. Duarte, el año de 1437; pues segun afirma

1. *Historia de Portugal*, de Almeida Garção, tomo I, p. 100.

(1) Soarez da Silva.

[illegible]

(1) En la *Historia genealógica da casa real portugueza*, tomo II, se dan sobre esto extensos detalles.

volvería visitable, le hizo quemar vivo en Lisboa. Probaré, si se quiere (este acto, las severas costumbres de su casa, pero también, que se dejaba destinar á veces de la ira, incurriendo, en las bárbaras ejecuciones tan frecuentes en aquel siglo. En su crónica se encuentran referidas otras penas horribles, que imponía, como matar, dar cortar las manos y pies á un soldado en 1387, durante sus operaciones contra Castilla. Continúa el sup. autor obsequioso y repetitivo. Concluida la prolongada guerra con la paz, que llegó á ser definitiva, se consagró desde 1411 con todo empeño á la gobernación del reino, á edificar y restaurar iglesias, palacios y castillos, y á fomentar sus relaciones extranjeras, particularmente con Inglaterra y Roma, tras de cuyo de ensanchar allende el mar sus dominios empleando las armas contra infieles, después de haberlas empleadas contra los cristianos, determinó acometer la expedición de Ceuta para tener el gusto de armar en ella caballeros á sus hijos, como en efecto lo verificó en 1415.

A su regreso de aquella rápida y gloriosa conquista mandó publicar para que rigiese en el reino, el Código Justiniano; significó estimulando el cultivo de las letras y las artes; persiguió los abusos y los vicios en las costumbres, así como la nigromancia y otros errores comunes en su época; y adoptó oficialmente en 1423 la era de Juan, vez de la de César, con que hasta entonces se contaba en Portugal, no obstante de que hacia bastantes años se introdujo la reforma en Castilla y en Aragón.

El alto nombre que se adquirió en Europa, y las relaciones políticas de parentesco que contrajo con las principales familias reinantes, hicieron que su muerte causara en otras cortes tanta impresion como en la de Portugal; y según expresa Soares da Silva se celebraron sintrosas exequias por su alma en el Concilio de Basilea, que estaba reunido á la sazón, pronunciándose una oración fúnebre, que en el siglo pasado se conservaba en la ciudad de Dijon en un códice.

**EL CONDESTABLE NUÑO ALFARROTA.**  
Era D. Nuño el quinto de los hijos de D. Álvaro, sujeto que se había distinguido en los reinados anteriores, y que como prior de Crato llevó el pendon de la orden de Cristo en la batalla del Salado.

Dividieronse los hermanos al emprender la contienda cuando murió el rey D. Fernando, quedando dos por la parte del Marqués de Avis, y los otros tres abrazando la de don Alonso Bastidas.

Nació el 24 de Junio de 1800, y tenía por lo tanto, 35 años al darse la batalla de Aljubarrota.

Mostro desde su más tierna edad cualidades de talento, de carácter y arrojado valor, que le merecieron ser armado caballero por la misma reina dona Leonor en Santarém, cuando pasó por allí el ejército castellano de D. Enrique II en 1278, sirviéndole para el acto las armas del joven Mostro de Avis, que lo llevaba poca ventaja en años y estatura.

Empeñado con inquebrantable decisión por el partido portugués, se dio a conocer muy pronto en el consejo cuando campaba combatiendo, según se ha referido en esta Monografía, desde que salió de Lisboa para ir a sostener la guerra en el alentejo y ocasión en que adoptó la bandera que le había de acompañar siempre e identificarse a sus trabajos y victorias (1).

De su mérito militar, de su temerario arrojo y de la gran actividad que le distinguía, que dio margen a que los soldados le apellidasen *Primo Maluco*, con elobrecido testimonio todos los sucesos y operaciones en que tomó parte durante la guerra con Castilla; pero se refieren y concretan principalmente sus condiciones en la batalla de Aljubarrota donde el, fue el verdadero héroe.

Mereció, sin competencia y en estrecha justicia, y elevados sobre los demás personajes del país en rango y favor del Soberano; y aunque es cierto que su ambición de honores y riqueza llegó a ser excesiva; vistas las inmensas propiedades y títulos que adquirió hasta hacerse dueño de buena parte de Portugal, y aun que la soberbia le dominó también; se encuentran esas debilidades ante las otras circunstancias que le adornaban, y sobre todo, ante la austera virtud, la humildad y el piadoso ejercicio que le acompañó en sus últimos años.

Al pactarse en 1398 la tregua con la regencia de Castilla, movido ya de sentimientos religiosos, dispuso repartir entre sus compañeros de armas algunas de las tierras que el Rey le donó;

(1) Fernan Lopez, Soarez da Silva y algunos de sus biógrafos la describen detalladamente.



pero disgustado y oponiéndose á esta, surgió un conflicto que le llevó hasta querer expatriarse. Renovada á poco la guerra, y merced á las diligencias que se hicieron para evitar aquel paso, se reconcilió con el Soberano.

La muerte de su hija, casada con el Duque de Braganza, le sumió en tal dolor en su entierro, que se creó la hizo adoptar la resolución de retirarse del mundo después de asistir á la conquista de Ceuta. En 1422 se fué á habitar con otros compañeros á convento del Carmo de Lisboa, que había fundado, y al año siguiente, el día de la Asunción, 15 de Agosto, vistió el tosco traje de donado de la Orden, de estameña oscura, con gran escapulario, dejando la cota de armas. Desde aquel momento á los 63 años, tomó el nombre de *Hermano Nuño de Santa Maria*, renunciando sus altas dignidades, títulos, cargos y fortuna; entregándose como el más humilde lego á la vida monástica, ocupando reducida celda, y en tal devoción, austeridad y penitencia, olvidadas las proezas y el engrandecimiento que alcanzó, que se hizo admirar y respetar más que antes.

Se cuenta que llevó su piedad hasta complacerse en los arroyos y trabajos humildes de la comunidad, costando mucho impedirle que saliera con las alforjas al campo para aprender de puerta en puerta, pues quiso salirse del reino para que no se lo estorbaba. Cierta vez, pasaba horas enteras en oración en la iglesia, ó en una capilla que edificó para su uso particular, y diariamente iba á la portería con una gran caldera, que sirvió á sus soldados en campaña, para repartir la sopa á los pobres que acudían allí en gran número, y que entonces en su honor unas seguidillas leemos este que se ha conservado.

Ósibito óbunt sup stingen se lobatut zomul ay sup eb amuntó

-al al eb nital M atunz qj O gran Condestabre

-no) al eb el xomert-El Em o seu Mosteiro

Da fide sua Sopa, Da fide sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

stónz strom Z eb al el Mal de sua Sopa,

tra Señora de la Asunción, ante la cual oraba en profunda reverencia, le habló, como otras veces se pretende que lo habia hecho, y le anunció su próxima muerte. En su consecuencia, renunciando á lo poquísimo de que ya disponia, *para salir de mundo ab tan pobre como en el entera*, se preparó cristianamente y batiendo se le diese sepultura rasa en el suelo sin la menor distinción. Toda la ciudad se conmovió al enterarse la noticia, y pasando el Rey con los infantes, sus hijos, á visitarlo, le abrazó y vertió abundantes lágrimas. El día de Noviembre de 1451, *señalado 77 años, cuatro meses y quince días, entregó su alma al Creador tranquilamente y sin sentir un cambio*. La Real familia presentó su cuerpo al pie del altar mayor como habia dispuesto, y luego los funerales que con gran pompa se celebraron en el mismo templo, asistiendo todos los dignatarios y multitud de gente, de riguroso futo y vertiendo flantos. *El obispo era lo como oco*. Según expresan sus testamentos y *era de mediana estatura*, rostro cumplido, aspecto varonil, nariz anillada, color blanco, ojos pequeños pero vivos; las cejas arqueadas, *peñas como el caballo y la barba*, la boca pequeña y el semblante muy semejante al que aparece, en efecto, en el retrato que se guarda en la Biblioteca pública de Lisboa, que creó estudio en el convento del Carmo, campo que dado sea el que se pone en exhibición, muy parecido, mandado pintar por su propio yerno. Otro retrato de *que por el entera* habia tambien muy antiguo, y de el infere que sea tomado la mayor parte de los grabados que acompañan á algunos libros portugueses, como el poema de Rodriguez Lobo, en la edición de 1660, y la *villa de aquel celebre guerrero por Costar y*, *por como una*.

Ademas de la ermita del campo de batalla y del convento del Carmen, de que ya hemos tratado, se asegura que fundó, edificó ó restableció muchas iglesias, como la de Santa Maria de la Laguna en Monsaraz, la de los *Marques en* Estremoz, la de la Concepcion en Villaviciosa, otra en Bortel, y la de Nuestra Señora de la Orada en Souzel; *la cual, según la Chorographia Portugeza* de Carvalho, tomó ese título por la oracion que dedicó á la Virgen antes de entrar en una acción con los castellanos (que supongo la de Atoleiros); así como la villa, fundada por el igualmente, se llamó Souzel por corrupción de *Sus a el*, frase con que mandó acometer al enemigo. Diversas capillas ó gruitas le atribuyen bien origen, á creer sus historiadores, citándose una vez de

Mourao, denominada de *Nuestra Señora do Alcançe*, en gratitud de una ventaja que en aquel sitio alcanzó sobre los castellanos, quitándoles los despojos que se llevaban de una excursion por los términos de Évora.

Añadido á su antiguo prestigio militar y al de la alta posicion social que tuvo, el del raro ejemplo de religiosidad que observó en los últimos años, empezó el pueblo al instante á llamarle Santo y hasta á rendirle culto; referíanse mil episodios y milagros de su vida; acudían gentes á visitar su tumba, extrayendo tierra, que decían con virtud para curar muchos males; se le dedicó un altar especial para celebrarle misas, al que el rey D. Duarte regaló rica lámpara de plata que ardiera constantemente, y que pronto se vió cubierto de ofrendas por los devotos que le debían alivio en enfermedades y accidentes, socorro en desgracias, aparecimientos y destierro del espíritu del Diablo; rindieron sus imágenes en estampas y de bulto, para colocarlas en los oratorios y aún en iglesias; y así continuó transmitiéndose en el vulgo el concepto de beatitud. En el día siguiente á la Pascua florida se celebraba una especie de romería en su honor, funcion algo gentilica segun la refieren, pues acudían las gentes á la iglesia del Cármen con panderos y otros instrumentos rústicos, y palmas, y así que rezaban cubrían de flores el sepulcro, y se ponían á cantar y bailar á su alrededor. El P. Pereira de Santa Ana, cronista de la Orden, pone al referirlo las siguientes coplas, que dice se cantaban:

*No me lo digades, none,  
Que Santo he o Conde.*

O Gram Condestable  
Nunalves Pereira  
Defendeu Portugal

Com sua bandeira,  
E com seu pendão;  
*No me lo digades, none, etc.*

Na Aljubarrota  
Levou a vanguarda,  
Com braçal e cota  
Os Castelhaos mata,

E toma o pendão;  
*No me lo digades, none, etc.*

Com sua chagaõ  
Filhou Badalhouce;

**Em narr de ranga,**  
**Patron sua terra,**  
**E por sou pendone.**  
*No me lo digades, none, etc.*

**Dentro no Valverde**  
**Venceo os Castelãos;**  
**Matoz bens e queros,**  
**Ataõs e sub hente,**

**E se esquadrono,**  
*No me lo digades, none,*  
**Que Santo he o Conde.**

**Los habitantes de una parroquia exterior llamada Restello, que ahora es Belem, dice el mismo autor que celebraban esa fiesta otro dia en pastorea forma, cantando estas otras seguidillas (1):**

**Santo Condestable,**  
**Bene Portuguez,**  
**Conde de Antogol,**

**De Barcellos, Dorem,**  
**Santo Condestable**

**Bene Portuguez.**  
**Na campanha Somdes,**

**Alem Duma bez,**  
**E mais otra vez,**

**E mais otra vez,**  
**Santo Condestable, etc.**

**Por fado da Patria**  
**Todo esto lo fez,**

**Matoz os Castelãos**  
**Salva a nossa patria,**

**E mais otra vez,**  
**E mais otra vez,**

**Santo Condestable, etc.**  
**No me lo digades,**

**Que abondo lo seyr,**  
**Libro de estelinas**

**Do Leo de Castel,**  
**E mais otra vez,**

**E mais otra vez,**  
**Santo Condestable, etc.**

**El cronista Eannes de Azurara habla de otras cantigas por el**

(1) En el *Agiologio lusitano* se dan algunos de estos versos populares, y tambien en el *Cancioneiro e Romanceiro geral Portuguez*, por T. Brago.

estilo que había en un libro en el convento, escrito en tiempo del rey D. Duarte, donde se contenían muchas referencias á los milagros atribuidos al Condestable.

Con motivo de la union á Castilla empezó á decaer esa devoción y costumbres conmemorativas de Ajudabarrota; y aunque desde 1640 por el movimiento revolucionario que produjo la separación y se proclamó al Duque de Braganza como Rey Don Juan IV, se procuró restablecer todas las antiguas tradiciones para exaltar el patriotismo, y aunque se pidió por las Cortes la beatificación del Condestable, y se repitió la solicitud en 1674 por los obispos y por D. Pedro II, á Clemente X, nésto se pudo lograr, ni volvieron enteramente las costumbres olvidadas. No obstante, continuó, como no podía ménos, y vivirá siempre en Portugal, la memoria grata del héroe nacional del siglo XIV, siendo muchísimas las crónicas ó historias particulares, así como las tradiciones, leyendas y romances populares que se encargaron de perpetuarla, dándole mil epítetos, que D. Juan Bautista de Castro en su *Mapa de Portugal* resume en los siguientes: *Águiles santo, Héroe invencible, Scipión portugués, Lucero de los capitanes valerosos, Esclarecido Marte lusitano, Padre de la libertad de la patria, Monarca de valor y Azote del soberbio castellano* (1). Varios documentos y cartas autógrafas suyas se guardaban en el convento del Carmen, de que da cuenta el P. Pereira de Santa Ana; y también, dice, *su venturosa espada, que ainda quando se vê fora da sua mao desembainhada, causa pavor*. Añade que sólo las guarniciones pesaban tanto que no se podía mover con fuerza ordinaria; que la hoja tenía poco más de tres dedos de ancha, disminuyendo hácia el extremo; y que para usarla en el ministerio á que estaba dedicada (2), fué preciso la cortáran gran pedazo y que la vaciasen por enmedio. Refiriéndose al P. Jerónimo da Encarnação, dice era la misma que le arregló antes de la batalla el *Alfageme de Santarem*, pues se veía la marca que usaba, consistente en una cruz y una estrella; tenía, además, por aquel lado un

(1) Formó el condestable Pereira, por su vida militar y su fin como cenobita, un tipo caballeresco de la Edad Media. Según su *Crónica*, parece que era muy aficionado á todo lo portentoso y á las empresas más arriesgadas, teniendo predilección por leer la *Historia de Galaad*, en que se contenía la *Soma de la Tabla redonda*.

(2) Se ponía en manos de la effigie del profeta Elias el día de su fiesta.

letrero, en el que, aunque casi borrado, se leía: *Discaltes super un-*  
*nib gentis Domini*; y por el opuesto la contornaza de una cruz  
 floreada sobre un círculo, acompañada con letras apénas percepti-  
 bles, de *Dam. Nuno Alcaz*, y idá otros caracteres entrelazados, que  
 se tres significaban el santo nombre de María. Por el verso y no  
 elevado, se espada el emperador D. Pedro, al tiempo de verifi-  
 carle la excomunión, por varios de los doctos carmelitas, su-  
 pengon de la misma que existe en el palacio Real de las Necesi-  
 dades; sin embargo de que habiéndose en una publicación de la  
 Real (1), que la describe, pida el dibujo, me sabe concertado sin  
 por y inculada en la casa de Braganza desde el primer de que Don  
 Alfonso. Tiene un metro y siete centímetros de largo y y está ge-  
 lada la hoja.

Por su elevado carácter y por su decisión a favor de la causa  
 del Maestre de Avis, de quien fue uno de los primeros ministros  
 y auxiliares, corresponde dar noticia de D. Lorenzo Vicente, arzo-  
 bispó de la primada Iglesia de Braga, que a la manera de muchos  
 otros prelados de aquellos siglos, tuvo tanto de guerrero como de  
 obispo.

Por sus hechos, por las cuestiones que se cuentan mantuvo con  
 el Abad de Alcobaza, y por la carta que de él existe (incluida en-  
 tre los documentos del cap. III), se puede inferir cual era su ge-  
 nio y particular condición.

En el *Ayrológico Lusitano* se dice, que en la batalla de Aljubar-  
 tota llevaba una imagen de la Virgen, en vez de plumaje, sobre  
 el yelmo, y el roquete episcopal encima de la cota de armas, mar-  
 chando precedido de la cruz principal y a imitación del su antecesor,  
 que asistió a la del Salado con el santo leno de Portel, para  
 ser de todos bien conocido. Por la terrible cuchillada que recibió  
 en el carrillo derecho y le lastimó el oído, parece que dió muerte  
 al castellano que se la causó, y con objeto de curarse se fué al san-

(1) O Archivo Pittorresco, Somario Illustrado, tomo de 1858-1859, pag. 8.  
 También se describe la del gran Vasco de Gama.

tuano de Nuestra Señora de Nazareth. El vulgo, que tambien se empenó más adelante en canonizarlo, atribuya á esa muerte el que la Santa Sede no lo haya declarado santo. Se refiere que mandó labrar su sepulcro con estatua, y que observando que el escultor no marcó en ella la cicatriz, cogió una espada y la pegó tremando golpe, diciendo: *¡Légo!* Agora, *éste* es el *estilo*. Abierta la sepultura en 1603 para trasladar sus restos á otro lugar, se halló el cuerpo incorrupto, y de ahí que se extienda la voz nuevamente, de su santidad, atribuyéndole milagros estupendos, como, por ejemplo, el de la victoria de Montes Claros y la retirada de D. Juan de Austria despues de la batalla que tuvo en Évora, á consecuencia de la aparicion de aquel prelado para animar á los castellanos. En una capilla de la catedral de Braga se enseña, colocada dentro de una de cristal y revestida de traje pontifical, la misma perfecta estatua conservada de aquel personaje, á quien titulan *el beato Lorenzo*; y se le nota la falta de la oreja derecha.

El distinguido jurisconsulto *Juan das Regras* abrazó el partido del Maestre de Avis desde el principio; intervino en los sucesos de Lisboa y en su defensa, y fué el que por su saber, sutileza y elocuente palabra, decidió en las Cortes de Coimbra la proclamacion del rey D. Juan I, á quien acompañó despues como canceller y como soldado en la batalla de Aljubarrota y en todos los acontecimientos posteriores. Yacía enterrado en un sepulcro de piedra en la iglesia del antiguo convento de Beñfica, junto á Lisboa.

Ninguno otro de los que asistieron á la jornada tiene interes comparable al de los citados; pero es oportuno indicar que varios de ellos, como *Martin Vazquez de Acunha* y su hermano *Lope*, que llevaba la bandera del Rey en la batalla, en vez de su otro hermano *Gil*, á quien correspondía por ser el Alférez Real, pero que se quedó en la Beira; *Alvar Gutierrez Camelo*, prior do Crato, *Juan Fernandez Pacheco* y *Egas Coelho*, disgustados con el Rey en 1393, se pasaron á Castilla y guerrearon á favor de la momentánea pretension del infante D. Dionis; por lo cual, al verificarse la paz, se negó el Rey con firme carácter á perdonarlos, y quedaron definitivamente en Castilla, lo mismo que los que desde un principio abrazaron la causa de doña Beatriz. Distinguidos siempre por los monarcas españoles, que no olvidaban el motivo de su expatriacion y la pérdida de sus bienes en Portugal, se en-

lastron con familias principales, en cuyos descendientes aun se nombran aquellos apellidos (1).

Del valiente *Martin González Masedo*, que socorrió al Rey cuando estuvo para sucumbir en la pelea con *Alonso González de Sufioral*, ya dijimos reposa en la iglesia de *Batalha*, cerca del Panteon de su Soberano; y otro de los que más se distinguieron, *Juan Alfonso de Miras Botelho*, fué herido, muchos años adelante, al lado del infante D. Pedro, en el famoso combate de *Alfarrubia*; y está sepultado, con su epitafio correspondiente, en la iglesia de San Pedro de la aldea de *Cordina* y *Velha*, cerca de *Coimbra*.

Don *João de Silva*, que los tomó de *Maria de Sousa*, transcribimos los siguientes epitafios de otros dos de aquellos combatientes, que, como curiosidad, sirven a la idea de las memorias que se guardaron del suceso; el uno es en portugués, y activo ó fantarrón; y el otro, no menos arrogante y en latín macarrónico, es ademas humorístico.

El primero es el siguiente: *Aqui jaz Simon Anton*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El segundo es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El tercero es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El cuarto es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El quinto es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El sexto es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El séptimo es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El octavo es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El noveno es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El décimo es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El undécimo es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

El duodécimo es el siguiente: *Hui jaces humilis Pese*, *Vasallus Domini Regis*, *Contra Castellanos missus*, *Occidit omnes que quiescit*, *Quantos vivos rapuit*, *Omnes esbarrigavit*, *Per istas ladeiras*, *Tullis tres bandeirás*, *E febre corruptus*, *Hic jacet sepultus*, *Faciunt Castellani festa*, *Quia mortua est sua pestis.*

El treceavo es el siguiente: *Don Juan I de Castilla*, *Que matou muito Castelhão*, *E depois de se casar*, *Desapá a quantos são.*

(1) En el Compendio de algunas Noticias de España, por el Dr. Juan de Ga-



Enrique II en Búrgos; empezó á militar muy pronto, á pesar de su corta edad y delicada salud; y en 1378 le confió el mando de la expedición contra Navarra.

Alzado al trono al año siguiente, en que falleció D. Enrique en Santo Domingo de la Calzada, se trasladó á Búrgos para la coronación y juramento solemne.

Era, según Lopez de Ayala, *non grande de cuerpo, é blanco, é rubio, é manso, é sosegado, é franco; é de buenas consciencia; é ome que se pagaba mucho de estar en consejo; é oia muchas dolencias; y todos los historiadores convienen, además, en que era de buenas costumbres; afable, pero serio y de pocas palabras; pundonoroso; amigo de la justicia, verídico y nada altivo ni soberbio.*

Al conjunto de tan benignas cualidades se debió que, na obstante los terribles desastres de la guerra de Portugal y las grandes pérdidas que produjo al país, todos, con rara excepción, se le conserváran fieles dándole pruebas de cariño; pues, como expresa D. Modesto de la Fuente, su presencia en las Cortes de Valladolid, *vestido de luto, con el corazon traspasado de pena, mandándole las lágrimas á los ojos, lamentando la pérdida de tantos y tan buenos caballeros como habían perecido en aquella guerra, protestando que no volvería la alegría á su alma, ni quitaría el luto de su cuerpo hasta que la deshonra y afrenta que por su culpa había venido á Castilla fuese vengada; representa más bien un padre amoroso y tierno que flora la muerte de sus hijos, que un soberano que los sacrifica á su ambición ó sus antojos.*

Pintan muy bien su noble condición la sencillez con que confiesa la derrota en su carta á la ciudad de Murcia, y las palabras que, según Fernan Lopez, dirigió en Sevilla á unos de sus servidores que maltrataban á los prisioneros que barrian el palacio: *dejálos, que los portugueses son buenos y leales, y no teneis motivo para hacerles mal: á los que fueron en mi compañía los ví á todos morir delante de mí, y los míos me quitaron la corona de la cabeza* (1); añadiendo el cronista que al otro día mandó dar libertad

del, Alcalá, 1577, se dice que de Lope Vazquez de Acuña descendían los Condes de Buendía, y de Juan Fernandez Pacheco, los Duques de Escalona y Marqueses de Villena.

(1) No se comprende bien el sentido de la última frase; que tal vez quiso significar que por el comportamiento de los suyos perdió el prestigio ó com-

á aquellos individuos, que procedían de los apellidos por la cuadrada castellana el año anterior, al frente de Lisboa.

El celo y afán con que se ocupó de los asuntos propios de la gobernación del reino se justifica por la frecuencia de las Cortes reunidas en el tiempo, y por el catálogo de las leyes, disposiciones y fundaciones, pudiendo desde luego citarse las siguientes: adopción de la era de Jesucristo, á contar desde 1383, en vez de la antigua de César; el enlace de su hijo primogénito, á quien declaró Príncipe de Asturias, con doña Catalina de Lancaster, para terminar la guerra de los ingleses y las pretensiones de la línea que se decía legítima de D. Pedro I.; mejoras en diversos ramos de la administración pública; i traduccidas en leyes sobre franquicias y privilegios; ó sobre justicia y negocios eclesiásticos i una sobre la vagancia y mendicidad, otra sustantiva, algunas medidas importantes acerca de las rentas de los judíos y de los prestos, armas y ejercicios militares, y tambien concernientes á las hermandades contra malhechores, creó en 1390 la divina orden del Espíritu Santo, vulgo de la Rabona, y otra que decían de la Rosa, para los escuderos (1) y donó el santuario de Guadalupe ó el de San Jerónimo, mejorando mucho el edificio, cumplió un voto que hizo, convirtiendo la casa de recreo ó palacio del Rojolar, cerca de Segovia, en iglesia y convento de la Cartuja, con la advocacion de Santa María; y la voluntad de su padre mandando que en el Alcázar y fortaleza de Valladolid se estableciese el monasterio de San Benito el Real para la orden del Cister así como llevando á efecto la construcción de la capilla que en la catedral de Toledo ordenó la sirviese de enterramiento (2).

prometió su corona; á no ser que aludó á la pérdida de la de Portugal, á lo correspondía por su mujer. — El modo con que Soarez da Silva pone ese pasaje me parece más claro y aceptable: *Dejádos, no les molestéis, que no lo merecen, pues son buenos y leales, porque los que fueron contra mí, me vendieron sus almas á su señor; y los que me serbian, á mí, tales me serbian, constantes y desfogadamente á mi vista: los míos son los que me quitaron la corona de la cabeza, no sé si como traidores, si como cobardes.*

(1) Ambas quedaron en desuso, segun Ayala, por la muerte inmediata del Rey fundador.

(2) Por haber sido D. Juan I uno de los protectores de la Universidad fundada en Palencia por Alfonso VIII, y trasladada despues á Valladolid, se colocó su estatua en la fachada del edificio, con la del fundador, la de D. Alfonso XI y la de D. Enrique III.

La fatal caída de caballo que le quitó la vida en Alcalá de Henares el domingo 9 de Octubre de 1390, á los treinta y dos años cuarentones y doce días de edad, y once de reinado, dejó á Castilla en su puesto á todos los peligros é inquietudes de una larga minoridad, tutela y regencia, complicadas con las dificultades á que dió lugar su testamento y las bélicas cuestiones de la guerra de Portugal.

Allevado el cadáver á Toledo, se le dió sepultura en la capilla de la capilla, recién construída entonces, que se apellidó *de los Reyes Nuevos*, junto al de su primera esposa doña Leonor de Aragón, refigiéndose en la sepultura de piedra al gusto de la época con estatuas yacentes, y poniéndole á él este epitafio: *Aquí yace el muy católico y virtuoso Rey Don Juan, hijo del buen Rey Don Henrique de Santa memoria, y de la Reyna Doña Juana, hija del muy noble Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, y finó de este día del mes de Octubre, año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesu Christo de mil y trescientos y noventa años.*

Así permaneció, dice Lozano en su obra *Los Reyes Nuevos de Toledo*, hasta el 29 de Mayo de 1584, en que edificada la capilla actual, y destruida la primitiva contra la voluntad de los capellanes, se trasladaron con religiosa pompa los seis cuerpos reales que contempló á los túmulos abiertos en profeso en el muro, como hoy se contemplan, pero se sustituyó el de Don Juan poniéndolo separado de su mujer, uno y otro á ambos costados del altar mayor, con estatuas en que espáranse de rodillas, y se dejó en su parte alta la misma inscripción (1) reduciendo el tamaño. En la primera capilla se celebró por D. Fernando el Católico el domingo 19 de Febrero de 1476, después de una misa mayor solemne y sermón en la catedral, en acción de gracias por la batalla de Toro, una sordición y responso tanto por el sepulcro de Don Juan (según explica el libro llamado *Divina retribución sobre la caída de España*), ofreciéndole, como en desagravio de Aljubarrota, las banderas ganadas á los portugueses de D. Alfonso V y la armadura del Alférez Real, que todavía hoy se muestra allí fijada en el muro.

El juicio de este Monarca, en el concepto militar, ya lo expu-

(1) La dificultad de leerse desde el cielo me impidió comprobar la que va puesta, copiada de Lozano. Las estatuas, dice este autor, las labró Jorge de Comtreras.

[illegible]

Vendo a sua bandeira estar por terra,  
 E que heira pouco a gente que a ella  
 E muyta a que fugindo os passos, erra,  
 Mortos os Capitães em que consisto

**O repêro da gente e fim da guerra.**  
**Animo sangue, folla, e cor perdida**  
**Num ligeiro cavallo salva a vida.**

Otra fué la conducta de su padre en la rota de Nájera, y otra la de Alfonso VIII en Alarcón.

¡Lástima es ciertamente que tengamos que deplorar ese decaimiento moral de que se vió sobrecogido un jóven soberano que no era cobarde, que habia militado desde sus tiernos años y que fué tan estimado por sus nobles prendas, como aun es simpático por sus desgracias!

Ignoro lo que pudo originar la especie de que le matasen el caballo en Aljubarrota, y que por eso le diera el suyo para salvarlo *D. Pedro Gonzales de Mendoza*, segun reza el viejo y conocido romance, *Si el caballo vos han muerto, etc.*; pues no sólo no consta tal incidente en ningun cronista, sino que, ántes al contrario, refiere Ayala que trasladado al principio de las *andas* en que lo llevaban, á una mula, la dejó para montar en un caballo en que huir al ver la confusión y derrota: su mayordomo mayor Mendoza le daría ó dispondría le trajesen el caballo, pero no el suyo propio, porque debía estar, como todos los demás, pie á tierra, y no tentar por lo tanto, que apearse.

En la *Crónica* portuguesa y en su comentarista Soares da Silva, que abundan en pormenores, se dice que D. Juan I. cambió de caballo en su precipitada fuga, á mitad del camino de Santarém, entrando en esta ciudad montado en el mismo que lo verificó el año anterior de muy distinta manera, cuando creia ir á tomar posesion del reino. Un castellano muy práctico en la tierra, á quien apellidaban por antonomasia *el llama*, sirvió de guía al Rey para llevarle á través de los campos por la más breve ruta, y agradecido á ese servicio, aseguran le recompensó dándole algunas tierras en Castilla.

Para terminar, nos parecen vienen bien aquí algunos versos de los que á su tumba consagró *Alfonso Alvarez de Villacastillo* (copiándolos de las adiciones puestas á la *Crónica* de Ayala, edición de 1780), que contienen los principales sucesos de su vida:

LA TUMBA DEL REY DON JUAN I.

Aquí yace un Rey muy afortunado,

Don Juan fué su nombre, á quien la ventura

Puó siempre contraria, cruel, sin mesura,

Reyendo él en el muy noble, acabado,

Discreto, enador, e franco, enforzado,

Catolico, casto, sesudo, pacible.

Por Santo debiera ser canonizado.  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Cerco a Lisboa: e por experiencia  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Don D. Diogo de Silveira  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Pero ante del año siguiente pasado  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Torrió en Portugal con pieza de gente  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

El fue apellidado en andas de gente  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Por male ordenado fue debarallado  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

GOÑZALO NUÑEZ DE GUZMAN  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Por haber sido el Maestro de Alcántara quien  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

rior de la vanguardia y cuerpo de jinetes, dejó en mejor lugar el  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

honor de las armas castellanas, retirándose con bastantes fuerzas  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

el último, del campo de batalla, avarece nos ocupemos de él con  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

preferencia en estos apuntes.  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

El Rey le premió inmediatamente despues de la fatal jornada,  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

haciéndole nombrar gran Maestro de la orden de Calatrava, y fi-  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

guró dignamente durante su vida.  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Por las Generaciones y semblanzas de Fernan Perez de Guza-  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

man sabemos que era muy feo de rostro, el cuerpo grueso, el que-  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

llo muy corto y los hombres altos, de gran fuerza, diestro en las  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

armas, limitado de razon, pero alegre y de buena compañía, fran-  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

co y algo pródigo, y en extremo aficionado á mujeres. Murió en  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

Almagre el año de 1404, á los 70 de edad, y se le dió sepultura  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

en el convento de la Orden, en un lucillo de alabastro muy bien  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

labrado, con estatua yacente, segun la Crónica de Torres y Tania  
 de Alfonso VII en Aljubarrota

abiv

PEDRO LOPEZ DE AYALA.

Como canceller mayor de Castilla, como militar que peleó va-  
 lientemente en Aljubarrota, y como cronista primero de aquella  
 guerra, seria injusto omitir alguna noticia del célebre Pedro Lo-  
 pez de Ayala.

Nació, según Floranes, en Vitoria, el año de 1332, y falleció en Calahorra á principios de 1407, habiendo alcanzado á seis sesenta y seis en Castilla. En las *Generaciones y semblanzas* se le retrata alto de cuerpo, delgado y buena persona; de grandisima ciencia y útil para el consejo, así en la paz como en la guerra; de condition dulce; agradable conversacion y de gran conciencia; pues tenía mucho á Dios y amó las ciencias y dióse mucho á libros é historias, sin perjuicio de la cual fué aficionado á mujeres más de la que á las; *sabía caballero como él convenia*.

Atribuyese á su hijo mayor Fernan Perez el haber dicho que su padre fué *el primer restaurador de las letras en Castilla*, y en *el mismo tiempo tan brillante soldado, que por él tuvo principio el adagio: «Las letras no combaten la lanza.»*

Idéntico el pendon de la banda en la batalla de Nájera quedó prisionero de los ingleses; y en Aljubarrota, á críer á su biógrafo Floranes, defendió heroicamente el mismo pendon hasta que le fué forzoso rendirse prisionero, después de haberle rato á golpes de tentos y lancas. Afirde que le metieron en dura cautividad por espacio de quince meses, en una jaula de hierro, acobardado entonces el libro de *Los Desengaños*, que se creese el *Rimado de Palacio*, y que su rescate costó á su mujer doña Leonor de Guzman 15.000 florines (de los cuales le dió una parte el Rey de Francia), habiendo mandado á su hijo para que quedase por él mientras concluyera de satisfacer dicha cantidad. Fáciles comprender los sufrimientos que pasaria como maltratado prisionero, acordándose de cuanto hizo y habló en el Consejo para evitar la catástrofe.

Yace en la vieja iglesia del monasterio de Quejana, en la provincia de Alava, donde él quiso ser enterrado, y mandó edificar una capilla y labrar sepulcro para él y su esposa, con las cornudas pendientes estatuas tendidas, como era de costumbre (1).

Siendo en biografía y sus obras generalmente conocidas, no nos corresponde extendernos más en estos apuntes; pero encontrando en la *Crónica* de Fernan Lopez y en otros escritores portugueses referencias acerca de su prision y cautividad, distintas de las que

(1) En los números del *Museo Universal* correspondientes á los dias 6, 13 y 27 de Junio de 1869, se insertó un artículo interesante sobre Pedro Lopez de Ayala y su sepulcro, por D. Florencio Jancz, acompañado de lámina grabada en madera que representa dicho túmulo.

señen en los españoles; y que sin duda no tardaron presentarse idá-  
reñas de ellas breves extractos. 7041 ob coigronq á arrodils) no  
el entre machisimó que en los dias siguientes al de la batalla  
llegaron á Santarém en la mayor miseria y desahogo; ostantia  
nuestro ilustre cronista y diciendo andaba como pardiçero de puer-  
ta en puerta ocultando su nombre y calidad; pero no expresares  
tuviese herido ni retropeado de golpes. Conoció por uno (y des-  
cubierto á la vieja condesa doña Guiomar de Villalobos) la guap-  
dó en seguridad, prometiéndose gran rescate; mas suplico el Rey  
cuando arribó allí fuese lo declarádo libre, dándole la debida inden-  
nización por los daños y perjuicios que habia experimentado en  
sus bienes. Al marchar poco después para Guimarães á cumplir  
el voto lo hizo llevar consigo y lo dejó encerrado en el castillo de  
Leiria, que abandonado ya por el hijo de Taborán, nombró por  
nuevo alcaide á Lorenz Martiñ con instrucciones para no darle  
le libertad hasta que pagase 30.000 doblros cruzados (1); y así  
cuanto la cantidad era crecida logró al cabo de tiempo satisfacer  
20.000 en oro; y las otras 10.000 se desemboraron por el valor del  
varios prisioneros portugueses devueltos, y de 80 caballos curia-  
des de Castilla, con lo cual alcanzó verse libre. 7042 ob coigronq á arrodils) no

Comentan las *Crónicas* portuguesas, citando el castillo de Obidos como lugar donde permaneció el prisionero; pero diciéndulo así el mismo en la *Historia de puercas*, no puede dudarse que se refiere al lado del N. desde el de Ilhéu, habiendo por estar en él más fortalecido. Yo visité uno y otro con el mayor interés; ambos ofrecían completa seguridad al pobre cautivo, y desde sus fuertes miraron y oí alto torreonada pudo contemplar sus débiles contrarios, y si le dejaban solazarse sus guardias. El de Obidos, tan que bastante a murmurar de interiormente, se conserva muy bien por el exterior, lo mismo que todo el recinto almenado del pueblo, en términos de presenciar el mismo aspecto que tendrían en aquella época. Probablemente que en alguna de las estancias que todavía subsisten en las torres escribiera aquellos versos del *Rimado*, en qué pide al Señor libre de culpas á cárcel, *He trístura*, y en que promete ir en romería

(1) Valiendo cada una, según Suarez de Silva, 270 reis, valían a importar (2) total 8,160,000 reis, equivalente hoy a 170,300 reales valían. No, como se atenga, exactamente esa cifra con la de 15,000 florines que marca Ulloa y, ni con la de 30,000 doblas de oro que otros dicen.



á visitar la *imágen blasonada* la Virgen María, que está en Toledo, y en que se encomienda á la de la Virgen del Cabello, que hoy se mantiene en el convento de dominicas de Quejana, donde está sepultado.

PEDRO GONZALEZ DE MENDOZA.

Uno de los principales caballeros que pone Ayala en la lista de los muertos es D. Pedro Gonzalez de Mendoza, primer señor de Hita y Buitrago por merced del rey D. Pedro en 1366, y mayordomo mayor de D. Juan I.

La circunstancia de suponerse fué el quich aconsejó al Rey montase á caballo y se salvára á la carrera, quedándose en el campo de batalla para morir, originó el romance conoerdísimo, que empieza:

Si el caballo vos han muerto,  
Subid, Rey, en mi caballo;  
Si el pie no potete encaermeis,  
Llegad, subievos, he en brazos.

Y de ahí que se aceptase como incidente histórico la muerte del caballo, y que le diera el suyo Mendoza, cosa que, como llevamos manifestado, no aconteció: ideólo el poeta para adular á la ilustre familia, lo mismo que el que sobre su invento compuso luego la comedia *Blason de los Mendozas*, intercalando todo el romance (1).

En parecidos términos se registra muchas veces ocurrido ese noble rasgo, pudiendo citar desde luego á Bernardo del Carpio con D. Alfonso III de Leon en la batalla de Benavente; al conde Rodrigo Cisneros con D. Alfonso VI en la de la Sagra, que por eso se apellidó Giron, y á D. Enrique II, que en la de Nájera le salvó un paje; pero el más acreditado, el de Giron, con cuyos descendientes vinieron á enlazarse los Mendozas, es el que se quiso imitar, embelleciéndolo, no sé si por emulacion ó por deseo de acumular glorias á la familia. La verdad de él no se justifica por los *Crónicas* ni por ninguno de los historiadores formales; y aunque en la *Vida del cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza*, biznieto

(1) Véase el argumento de esa comedia, que damos despues en extracto, y lo que se dice en el *Catálogo bibliográfico* final para atribuirle á Luis Velez de Guevara.

del mayordomo de D. Juan I, lo dá como admitido su autor Pedro de Salazar y Mendoza, se abstiene de citar nada más que el romance en su apoyo. Ignoro si en el *Origen, descendencia y hazañas* de esa gran casa, obra que se cree escribió Gabriel Rodríguez de Ardila, se encontrarian datos ó referencias de valor para destruir el concepto de ficcion poética que doy al suceso.

El hijo de D. Pedro, Diego Hurtado de Mendoza, que se halló tambien en la batalla y se dice fué uno de los jóvenes acalorados que acometieron el ataque, reemplazó á su padre como mayordomo mayor; y luego, en el cargo de almirante de las escuadras de Castilla en tiempo de D. Enrique III, vengó su muerte causando enormes daños por las costas de Portugal, y cometió, en 1397, la crueldad de arrojar al agua 400 hombres de unas galeras enemigas que apresó.

El hijo de éste, D. Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, fué padre del cardenal y del primer duque del Infantado D. Diego Hurtado de Mendoza; y por lo tanto procede de aquel desventurado de Aljubarrota una serie de hombres preclaros, como el Conde de Tendilla y como don Diego Hurtado de Mendoza, que satirizó la vanidad portuguesa escribiendo el sermón glosado, que inédito existe en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Argote de Molina, en la *Nobleza de Andalucía*, dice tenía su sepulcro con epitafio en la iglesia de Santiago en Guadalajara; pero D. Alonso Nuñez de Castro en la *Historia eclesiástica y seglar de la muy leal ciudad de Guadalajara*, no habla de eso cierto, y expresa que se llevó su cuerpo á enterrar á Alava.

#### OTROS CAPALLEROS NOTABLES.

Pone Ayala el primero en la lista de los muertos al conde Don Pedro, hijo del Marqués de Villena; primer condestable de Castilla y biznieto del rey D. Jaime de Aragon; su alcañal explica esa preferencia, y si bien es de creer que fué de los que mejor pelearon, no tenemos pormenores del mando ó destino particular con que iba en el ejército, ni de sus circunstancias personales. Hijo suyo fué el famoso Marqués de Villena.

El almirante D. Juan Ferrández Totar, que desde la escuadra que mandaba, surta en el Tajo, se incorporó al ejército y sucum-

bió en la batalla, era hijo y sucesor en el cargo marítimo del de igual nombre que murió de la peste el año anterior en el cerco de Lisboa. Nada es posible señalar de personajes tan importantes por su rango militar como los dos mariscales *Diego Gomez Sarmiento* y *Pedro Gonzalez Carrillo*, ni tampoco del adelantado mayor *Diego Gomez Munique*, pero mucho más sentimos carecer de noticias de *Alvaro Gonzalez de Santobon*, distinguido caballero que se nombra en la campaña precedente; que queda luego en la guarnición de Santarém asistiendo a diversas salidas y acciones, que pasa luego con Sarmiento á unirse al ejército, y que pelea personalmente con el Rey de Portugal en la batalla, hasta que es muerto por los que acudieron á proteger al Soberano cuando éste á sucumbir á los golpes de su fuerte brazo, que ya lo había derribado con su espada. El adelantado *Diego Gomez Munique* tiene su sepulcro en la catedral de Burgos, en alabastro y con su estatua y la de su esposa, yacientes, por lo que es de inferir que el cadáver fue llevado á Castilla á menos que sus herederos se lo erigiesen como monumento conmemorativo. En la *Iconografía española*, por D. Valentin Carderera, se ve además de ese bello sepulcro, el de *Don Juan Alfonso, conde de Afofin*, que se halla en el convento de Santo Domingo de Elío de Toledo, cuyo epitafio, ahora incompleto, decía así: Aquí yace D. Juan Dajofin que Dios perdone; fue hijo de Pedro Alonso Dajofin y de doña Ines Barroso. Este caballero fue bueno é muy honrado. Murió en la guerra de Aljubarrota, año M.CCC.LXXXII.

Desde luego se advierte que este año se equivocó por el lapidario ó por el copista, y observo tambien que ese nombre no aparece entre los de la *Crónica* de Ayala. Yo recuerdo haber visto hace muchos años otra viejísima tumba con restos de inscripcion gótica, en que se leía que el caballero allí enterrado murió en la batalla de Aljubarrota.

Entre los portugueses adictos á la causa de Castilla era el principal D. Juan Alfonso Tello, conde de Bardellos en su país, á quien el Rey confirió el condado de Mayorga, cuyo anterior poseedor murió en el cerco de Lisboa. Hermano de la reina viuda doña Leonor, y tío, por consiguiente, de doña Beatriz, había abra-

esta su partida o diestramente, olvidando el resentimiento de amor propio que pudiera quedarle por la rota de su escuadra antes, en que quedó prisionero del almirante Tovar. Colocado en posición influyente, acreditado de intrépido, y con grandes relaciones y amigos en Portugal, achacáronle sus paisanos más que á otro alguno, la entrada del ejército castellano y la acometida que lo perdió; razón por la cual, si quisó por el parateseo real, le hicieron la distinción de enterrar su cadáver en Alcobzaz.

Los dos hermanos del condestable portugués, Diego y Pedro Alfarez Pereira, sirvieron igualmente al servicio de la causa que tomaron desde el principio y en puestos de honor é importancia, pues el segundo era ya gran Maestro de la orden de Calatrava.

Digno es de recuerdo, por último, el de don *Alonso Páez Barbudo*, claveró que había sido de la orden de Avis, que combatió unido á los jinetes mandados por Gonzalo Nunes de Ghzman, y fué recompensado por el Rey inmediatamente después, elevándole al maestrazgo de Alcántara que aquél dejó vacante por pasar al de Calatrava. En tal cargo y en el de merino mayor del territorio entre Tajo y Guadiana, trabajó y peleó mucho en los años siguientes, ejecutando (ni entradas por el país enemigo; mas en 1394 encontró la muerte en la temeraria empresa que acometió contra los moros de Granada por su propia cuenta y con escasas fuerzas, como peledin ó caballero andante, fiado en la suya puesta revelación y pronóstico de un desconocido ermitaño. Llevóse á enterrar á la iglesia de Santa María de Almocobara, en Alcántara, donde tenía su sepulcro el epitafio que parece dejó el mismo encargado, y que, aunque jactancioso, cuadraba bien á su valor y á su muerte: *Aqui jaz aquella que nunca coua nunca dove paxon en seu coraçam*.

TRABAJOS Y SUFRIENCIAS.

Como se observa en todos los grandes acontecimientos de la Edad Media, y particularmente en las batallas, van acompañados siempre sus relatos de diversos incidentes, episodios, ó casos raros, ya milagrosos, ya fantásticos, que aceptados por la sencillez vulgar y adulterados al pasar de generacion en generacion, han llegado hasta nosotros revestidos unas veces de respetable con-

cepto tradicional, y otras como entretenidas consejas para recreo del hogar ó para servir de asunto á los romances y á las novelas.

No es escasa por cierto la jornada de Aljubarrota en esa clase de recuerdos y tradiciones, sobre todo en Portugal, donde su importancia y gloriosa memoria era natural impresionarse más hondamente á las gentes para perpetuar en la credulidad popular cuanto con ella se relacionase en sentido de ensalzar la victoria de sus abuelos; y aunque tales relaciones no pueden entrar en el estudio serio, histórico y militar del suceso, tienen cabida como curiosidades en este sitio de la monografía, á fin de que aparezcan reunidos, ó citados siquiera, cuantos datos hemos averiguado referentes á su objeto.

Algunas indicaciones van estampadas en los capítulos anteriores y en el presente acerca de varias de esas creencias milagrosas, pero nos quedan todavía detalles que dar y otras que presentar pertenecientes al dominio de la tradicion vulgar, de la poesía y de la fábula.

#### VATICINIOS.

En el sermón predicado en Lisboa por un Fr. Pedro cuando llegaron las banderas de Aljubarrota, que casi íntegro pone Fernán López en su *Crónica*, se hace mención entre las maravillas y vaticinios favorables á Portugal que habían ocurrido, la de una niña de ochomeses, hija de Estéban Anes, morador en la ciudad de Évora, que estando en la cuna se levantó tres veces, y con la mano alzada exclamó: *Portugal, Portugal, por el rey Dom Joam*. Probablemente á ser contrario el éxito de la batalla, le habría servido al buen fraile el mismo supuesto milagro para el vencido rey don Juan de Castilla.

En el libro de Gaspar Estaço, de *Várias antigüedades de Portugal*, se cuenta que florecia en Guimarães años ántes del suceso, un fraile de San Francisco que gozaba gran fama de virtud y de dón profético; por lo cual, la reina madre de Castilla, doña Juana, que era muy piadosa, estando llena de dudas y cuidados con motivo del cisma de la Iglesia, comisionó á unos religiosos para que fuesen á aquella ciudad y le preguntáran á cuál de los dos papas competidores, Urbano ó Clemente, reconocería y obedecería su hijo el rey D. Juan I; y parece que ántes de que hablasen para explicar su comisión, se anticipó el santo varón, diciéndoles:

*Sabed que la Reina que os mandó es ya muerta, y que el rey Don Juan no dará obediencia al papa Urbano, y que por eso será castigado de Dios.* La noticia del fallecimiento de la Reina Madre se confirmó pocos días despues; el Rey su hijo reconoció á Clemente VII, siendo por eso él y sus súbditos excomulgados como cismáticos por Urbano VI; y viniendo luégo las catástrofes del sitio de Lisboa y de Aljubarrota, se acreditó entre los portugueses el vaticinio y el patente castigo del cielo.

Tambien en Castilla se conceptuaron así aquellas desgraciadas campañas, atribuyendo el vulgo la ira celestial al despojo que se creia hizo el Monarca de las riquezas del santuario de Guadalupe para sufragar á los gastos de la guerra; pero otros, con mejor fe cristiana, la tomaban por desagravio de las culpas y pecados, de los desórdenes y maldades cometidas durante las revueltas civiles de los reinados de D. Pedro y D. Enrique.

El mismo Fr. Pedro, ya citado, conceptuó como evidentes pronósticos de ruina para los castellanos, el desafio de un escudero portugues, llamado Gomez Rodriguez, con otro del Rey de Castilla, que fué muerto delante de las murallas de Lisboa cuando el sitio, sin que el otro combatiendo saliese herido; y el caso de que, al salir de Leiria para la batalla el ejército castellano, se le desbocára el caballo á un mozo y lo arrastrase del estribo en presencia del Rey, sin que nadie pudiera detener ni matar al corcel. Fernan Lopez se hace cargo, en el mismo concepto de pronóstico, del lance del corzo que, al asentar su campo los portugueses junto á Ourem, huyó asustado y se refugió y fué muerto en la misma tienda del Rey; é igualmente figura como anuncio de victoria el haberse visto palomas blancas sobre la bandera Real ántes de empezar la accion.

Puede contarse, además de esos vaticinios, con el del popular *Alfageme de Santarem*, que goza de los honores de constar en la *Crónica*, de reproducirse en casi todos los libros históricos portugueses y de servir de argumento á un drama moderno del poeta Garret. Consiste la anécdota en que, habiéndole arreglado una espada á Nuño Álvarez Pereira al principiar la guerra, se negó á aceptar el pago de su trabajo, diciéndole que no lo recibiria hasta que fuese conde de Ourem; y como inmediatamente despues de la batalla de Aljubarrota lo elevó el Rey á aquel título, se le presentó el Alfageme para recordarle su anuncio y al mismo tiempo pe-

dirle proteccion por haber mandado el Rey se le pusiera preso, acusado injustamente, por malquerencia, de haber sido partidario de los castellanos. El nuevo Conde obtuvo al momento lo que deseaba aquel artesano, que, agradecido, le siguió siempre en adelante. El P. Pereira de Santa Ana dice que se llamaba Juan de Guimaraes, y que retirado al convento del Cármen con el Condestable, allí murió y tenía inscripcion sobre su sepultura.

#### VISIONES MÍSTICAS.

Apuntadas ya las dos apariciones supuestas que tuvo el día de la batalla el Rey portugues, la primera de la imagen de la Virgen é iglesia de Guimaraes, y la segunda de San Bernardo, que le mostró el báculo empuñado por una mano con manga de monje y pendiente un *paludamento* (1) militar teñido en sangre, sólo las reproducimos aquí para cita y para insistir en que reposan únicamente en los asertos de las Memorias del santuario de Guimaraes y del convento de Alcobaza.

El canónigo Estaço refiere la correspondiente á la Virgen, sin empeño de aceptarla, como revelada por el Rey cuando fué á cumplir su piadoso voto; y el P. Fr. Manoel dos Santos, en su *Alcobaza ilustrada* y en la 8.<sup>a</sup> parte de la *Monarquía lusitana*, lo mismo que Cardoso en el *Agiologio lusitano*, dan entera credulidad á la del báculo de San Bernardo, apoyados en la nota final escrita en la *Biblia* que se guardaba en aquel monasterio, y en otras memorias que se habian en él transmitido, acusando al obispo Fr. Ángel Manrique, cronista de la orden del Cister, porque en su calidad de castellano abrigó dudas de su certeza.

La version que hacen es que al llegar el Rey al gran convento el día 18, se cantó un *Te Deum laudamus*; que al siguiente hizo celebrar oficio de difuntos por los fidalgos y soldados que perecieron en la batalla, á los que se dió sepultura en los claustros; y que al inmediato, que era la festividad del santo Patron de la orden, recibió al Señor de manos del Abad al fin de la misa, refiriendo entónces allí mismo, delante de la comunidad y demas gentes que

(1) El *paludamento* era una prenda de la armadura ó atavío militar de los romanos, como la cota de armas, que adoptaron por especial distintivo los cónsules ó generales de ejército.

asistían al acto, que tuvo aquella vision cuando en el mayor peligro invocó á Dios le auxiliase por los merecimientos de San Bernardo, sintiéndose desde el instante con nuevos bríos; y que todo juraba ser verdad por su corona. Para perpétuo recuerdo, añade Fr. Manoel dos Santos, mandó labrar el Abad dos imágenes de la Anunciacion para colocarlas en el arco de la capilla mayor, con un escudo de armas reales á los piés de Nuestra Señora, el báculo abacial y paludamento militar, y una orla en que se leía su apellido Dornellas; los cuales, dice, se quitaron luego de aquel sitio para ponerlos en el frontispicio del noviciado.

Inútil nos parece comentario alguno acerca de esa tradicion de los monjes de Alcobaza, pero sí es preciso consignar que ni en el testamento del Monarca, ni en ninguno de los documentos auténticos sobre sus fundaciones, se encuentra nada que acredite tales apariciones; al paso que sí expresa su gratitud por el poderoso patrocinio que creyó recibir, merced á la intercesion de María Santísima.

Parecidas visiones se atribuyen tambien al condestable Pereira, á más del fantástico incidente de la muerte de su hermano Pedro, en el campo castellano, como maestre de Calatrava, atravesado por una lanza que se vió ir por el aire sin saberse quién la disparó, y sin que despues fuera posible encontrar el cadáver.

#### NOTICIAS PRODIGIOSAS QUE HUBO DE LA BATALLA.

En el mismo dia que se dió la batalla se divulgó en Lisboa la noticia de una gran victoria, segun Fernan Lopez; pero sin saberse el origen de la feliz nueva. Al siguiente llegó un hombre de Alemquer asegurando ser verdad; y por último, el miércoles por la mañana se presentó confirmandola un individuo que estaba prisionero en la flota y vió llegar á ella el Rey de Castilla.

Excusado es decir que habiéndose trabado la accion á la caida de la tarde y habiendo 136 kilómetros desde el campo de batalla á la capital, sólo telegráficamente pudiera arribar aviso del suceso ántes de 15 ó 20 horas.

Froissart en su primera narracion de Aljubarrota, tomada de un escudero frances cuando se hallaba en Orthez en 1388, cuenta que la noticia la recibió allí el Conde de Bearn por la mañana, muy temprano, del dia inmediato, 15 de Agosto, que siguiendo en



su yerro de que la batalla fué en sábado, dice era domingo. El conducto por donde se le reveló consistía en un invisible mensajero, genio ó duende inofensivo, llamado *Orthón*, cuya leyenda curiosa refiere detalladamente. Dedicado ántes por espacio de bastante tiempo á comunicar al señor de Corasse cuanto notable ocurría en el mundo, se había adherido despues con igual objeto al servicio del conde Gaston de Foix, á quien le participó el desastre y la muerte de muchos de sus caballeros que iban con el Rey de Castilla. Afectóle en extremo la desgracia, y se le vió silencioso, triste y abatido, sin hablar palabra ni salir de sus habitaciones hasta que, al tercer dia por la tarde, llamó á su hermano y le dijo en voz baja: *Nos gens ont eu a faire dont je suis courroucé, car ils leur est pris du voyage oncques ou ainsi que je leur dis au partir*; aludiendo á lo que les anunció sobre el éxito funesto que preveía de aquella campaña, cuando marcharon para Castilla. Y en efecto, pasados diez dias llegaron allí algunos de los que escaparon de la derrota, confirmando cuanto el misterioso duende supo, cual sí hubiera tenido á su disposicion el alambre eléctrico, que produce hoy mayores prodigios.

#### LA PADEIRA DE ALJUBARROTA.

Va inseparablemente unida á los recuerdos portugueses de su victoria la leyenda tradicional de la *Padeira* ó *Forneira*, célebre porque con la pala de su horno mató á siete castellanos de los dispersos de la batalla; pero hay alguna variedad en el modo de referirlo y en el concepto de verdad que dan al episodio los escritores.

Llamábase esa mujer, segun la más general opinion, *Brites de Almeida*, y por *alcurnia* dicen se la nombraba tambien *la Pisqueira*. Su singular hazaña se reduce á que encontrando dormidos á los siete soldados en cierto oculto paraje del pueblo de Aljubarrota, donde se escondieron, ó dándoles ella misma abrigo en su casa dentro del horno, le fué fácil desnucarlos uno á uno.

Trasmitido el suceso en el pueblo, se arraigó en las gentes, tomando un colorido de heroismo patriótico, que lo hace muy apreciable aún para los historiadores más serios de su país en nuestro tiempo.

Años despues, secuenta que con los huesos de los que sucum-

bieron en la batalla se formó pavimento á una callejuela de la aldea, que iba desde la casa de la heroína al horno; y que cuando reinando los Felipes aparecía por allí algun español, le conducía cualquier vecino á mostrárselo, y le decía: *desagravo-me dos vivos com a injuria dos mortos*, por alusion al descontento de verse unidos á Castilla y por creer que desde Felipe II se tenía empeño en borrar todas las trazas y recuerdos de su triunfo, prohibiéndose predicar el sermón de aniversario con que revivía tan grata memoria y se ensalzaba el valor de la Padeira.

En la VIII parte de la *Monarquia lusitana* da razon Fr. Manoel dos Santos de que, mandada hacer una investigacion sumaria sobre el origen de esa tradicion, el año de 1642, ninguna prueba ni documento existia en el monasterio de Alcobaza más que el *facsimile* de la pala, sacado en papel, de la verdadera; pero que en Aljubarrota juraron como testigos várias personas de 90 y 100 años, que á aquella mujer se la conocia por *la Pisqueira*; que vivió en la *Rua Direita*, del lado de Levante, y que áun habia descendientes de ella; se mostraba el sitio donde estuvo su casa y el horno, y por último, se averiguó que la pala famosa se salvó teniéndola emparedada en la cámara municipal durante los sesenta años de la dominacion española, respondiéndolo que ya no existia, cuantas veces fueron á buscarla de orden del Rey. Sacada entónces del escondrijo, la conservaban, como en lo antiguo, dentro de un cofre, y se escribieron en el paraje de la pared en que estuvo unos dísticos de honor para la Forneira, que concluian así:

*Observetur & ille Castella stimulus, Lusitadumque (1).*

Al repetir todos esos detalles el opúsculo publicado en 1786 con el título de *Carta a respeito da Heroína de Aljubarrota Brites de Almeida*, concluye con los siguientes versos del poema del Condestable, por Francisco Rodriguez Lobo:

Celébrese a Mulher, louvese a terra,  
Onde com Pás se fez tão crua guerra.

Visitando yo aquel lugar, me dirigí desde luego á la casa de ayuntamiento y copié la siguiente inscripcion, que se ve en una

(1) En una publicacion ilustrada de Lisboa, *O Panorama*, se traducia al portugués, hace pocos años, ese dístico de este modo: *Olhai para esse escomento de castellanos, attentai bem n'esso a mostra dos brios portuguezes.*

lápida colocada en la pared exterior, con la pala esculpida encima:

EN PATRIA URBS CLIM OMBREBI MEMORANDA TRIULPHO  
 CUIUS FUIT BRITTES IN TRAS IMPER HONOR  
 STAT SINE MARTE DEOUS VIUACIS MAOTINA MORTIS  
 QUA AFFECTIT VALIDOS MIL AVIRAGO VIROS.

Ninguna otra me dijeron existia en lo interior ni en la iglesia, como tampoco el menor vestigio ó memoria, á no ser el tradicional instrumento de la pala que, guardada en una casa particular, me la enseñó con la mayor amabilidad una jovencita, sacándola de su funda de damasco carmesí. Nada de particular noté en ella que indique antigüedad por el estado del hierro; es de mediano tamaño, con un mango corto de palo pintado, y sin marca ni documento que la sirva de ejecutoria.

Esto es cuanto podemos referir acerca de la celebrada heroína popular, que en prosa y verso ensalzan nuestros vecinos, y que, como se ve, no hizo hazaña grande y noble para compararla con la *Doncella de Orleans* ó con *Juana Hachette*, ni aún con otras ménos ponderadas que registra la bella historia de los portugueses.

En el libro del P. Manuel Tavares, impreso en Lisboa en 1734, titulado *Portugal ilustrado pelo sexo feminino*, se mencionan otras dos mujeres que hicieron prodigios de valor en Aljubarrota; la una, llamada *Maria de Souza*, ayudando y animando á los soldados, llevándoles alimento y refrescos, y dándoles ejemplo en la pelea hasta el punto de rendir ella sola más de 20 enemigos; y la otra, *Joanna de Gouvea*, natural de Aljubarrota, parienta del caballero Castro de Souza, que arremetia denodada y furiosa á los castellanos con piedras y palos.

¡Con tales hembras y teniendo ademas la oferta y visible proteccion de la Virgen Santísima, de San Jorge y de San Bernardo, se explica por la leyenda la victoria, y es inútil todo estudio histórico y crítico!

#### UNA COMEDIA DEL TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

La afición del pueblo español á los romances en que se cantaban las proezas y rasgos caballerescos de los antiguos, dió margen á que en el siglo de oro de nuestra literatura tomasen muchas veces los poetas asuntos de la historia patria para sus comedias,

y áun que intercalasen en ellas algunos de los más conocidos y populares.

Así lo hizo Luis Velez de Guevara cuando, para tratar dramáticamente de la jornada de Aljubarrota, se sirvió del romance atribuido á Hurtado de Velarde (como tambien lo hizo en otra, de aquel no ménos bello que empieza *Entre los sueltos caballos*), proponiéndose, sobre todo, enaltecer el comportamiento de Don Pedro Gonzalez de Mendoza y fundar un blason heroico á su casa, segun lo verificó igualmente, en distinta comedia, con el *Blason de los Guzmanes*.

La circunstancia de ser hoy rarísima la que lleva por título *El blason de los Mendozas*, *Si el caballo vos han muerto*, que es la primera á que aludimos, nos induce á darla aquí á conocer en ligero extracto.

Figuran en el drama los personajes siguientes: el rey D. Juan I, Pedro Gonzalez de Mendoza, su hijo Diego ó Diagote, Ordoño, Melendo, Martin, la infanta doña Leonor, hermana del Rey; una bella judía llamada Micol, el espectro de D. Enrique II, el Maestro de Avis, y soldados.

Estando Mendoza en sus tierras de Buitrago recibe un hermoso caballo morisco que le envia el Rey de regalo, y que habiéndolo montado Diego, le hace de él y de sus cualidades soberbia pintura. Enamorados de Micol, Diego y Melendo, se baten á presencia del mismo Pedro Gonzalez de Mendoza, quien aprovechando la oportunidad de quedar desarmado Melendo, para que termine la querella, les hace amigos bajo condicion de renunciar ambos á la judía. Llega entónces el Rey con la Infanta, destinada á profesar en las Huelgas de Búrgos, para cazar en los montes de Buitrago, y consultar á Mendoza sobre su empresa de Portugal y aprestarse para ella. Diego y la Infanta se ven sin conocerse, y quedan prendados. El Rey sale de caza, desbócasele el caballo, y lo salva en medio de la espesura la judía Micol; por lo que, y por su belleza, se enamora y se la lleva consigo para la servidumbre inmediata de la Reina. Pide consejo luego á Mendoza sobre el modo de hacer la entrada en Portugal, á fin de posesionarse del reino que correspondia á su mujer doña Beatriz, y le contesta que debe amargarse por Badajoz para ver si los naturales se apresuran á reconocerlo, y que entre tanto se pensará mejor y se dará tiempo á lo que despues convenga ejecutar. Quédase dormido el Rey pensando

do en esa empresa y en la linda judía, y en el sueño se le aparece una fantasma con loriga y manto negro, que le habla y le provoca para infundirle miedo, hasta que, irritado, saca la espada y empiezan á batirse á oscuras: en aquel momento siente D. Juan I el frío cadavérico del espectro que tenía por contrario, y le pregunta quién es: respóndele que su mismo padre D. Enrique II, y que lleva por objeto obligarle á desistir del devaneo ó loca pasión que ha concebido por Micol, y vaticinarle por eso un gran desastre en la primera batalla que diere. Al despertar D. Juan exclama que á él no le asustan fantasmas, y manda apresurar los preparativos de la expedición. La Infanta le reprende por su amor á la judía y le estimula á la guerra, para la cual se pone al fin en marcha el Monarca, acompañado de Mendoza, Diagote, Orduño y otros muchos caballeros. En la tercera jornada se representa ya la funesta batalla de Aljubarrota. El Maestre de Avis arenga á sus soldados en el campo que ha elegido, exhortándolos á pelear con denuedo. Llegó el ejército castellano, y Pedro Gonzalez de Mendoza aconseja al Rey, como viejo y práctico, que suspenda el ataque para el otro día, porque la posición del enemigo es de breñas á la entrada, y conviene procurar con algunas correrías que la desalojen, para vencerlo más fácilmente. Diagote, Melendo y otros jóvenes ardorosos dicen que han ido allí para lidiar, y que no es honroso se ande en busca de ardides. Con esto, y á pesar de que Mendoza insiste en su consejo, da el Rey la voz de *Santiago cierra á España*, y se traba la batalla, en que son puestos en desorden y fuga los castellanos. El Rey, desmontado, dice que aunque le hirieron el caballo y lo cree muerto, peleará hasta morir con sus soldados; pero viéndolo Gonzalez de Mendoza en próximo riesgo, así como á su hijo Diego por otro lado, duda á cuál acudir, y se decide por socorrer al Soberano: maniéstale éste su arrepentimiento de no haber seguido su consejo, y entónces le replica el anciano con el romance precedido de estos versos:

Non es tiempo en el peligro  
De facer discursos largos,  
Vamos al vuestro remedo,  
Que fincaís, Rey, mal parado.  
Si el caballo vos han muerto,  
    &c., &c., &c.;

El Rey huye en el ligero corcel y llega á Ciudad-Rodrigo, en cuyas cercanías le recibe la Infanta, que salió con gentes á proteger los dispersos. Despues se presenta Diagote y otros que traen sobre un caballo portuñes el cadáver de su padre Pedro Gonzalez de Mendoza, para llevarlo á sepultar en Búrgos. El Rey concede á Diego la mano de su hermana la Infanta, y pronunciando el agradecido mancebo otro lindo romance (sin duda intercalado tambien), ordénale D. Juan I que ponga en su escudo el caballo con el cadáver de su padre, para que se trasmita á los tiempos futuros la memoria del hecho y el *blason de la casa de Mendoza* (1).

**CUENTO DE LOS CAMPESINOS, EN EL MISMO LUGAR DE LA BATALLA.**

Cuando visité, en 1869, el campo de batalla, se me ocurrió interpelar al ermitaño de San Jorge para que me refiriese lo que él supiera sobre aquel suceso y el origen de su ermita; y la relacion que me hizo tenía una traza de candidez tan propia de las consejas de la Edad Media, que la apunté al instante, y voy á transcribirla aquí, como término de esta seccion de curiosidades ó leyendas populares.

Segun habia oido referir desde muchacho, y se creia por aquellos caseríos, hallábase el Rey de Portugal con su condestable y reducida hueste situado en aquel paraje, donde oyeron una misa celebrada sobre la piedra grande sillar que allí se mantiene todavia junto á la puerta. Acometidos los portuñeses por el de Castilla vigorosamente, repelian con tal denuedo los ataques, que no lograba romperlos, á pesar de los esfuerzos de la multitud enorme de sus soldados. Supo entónces el Castellano que andaba por entre las fragosidades del terreno una horrorosa fiera ó monstruo infernal, y mandó que fuesen á buscarla y que, valiéndose de sortilegios, la empleáran lanzándola delante para que devorase á los portuñeses. Asombrados éstos al oir sus terribles rugidos y al ver el espantoso monstruo con ojos de fuego y garras amenazantes, no pudieron dominar el pánico, se sobrecogieron y empezaron á huir; mas el Rey se acordó en aquel instante de su patrón

(1) Aunque es posible que esto repose sobre haber salvado el hijo el cadáver de su padre, no lo he visto acreditado por nadie, y tampoco he encontrado ese blason en algunos escudos de armas de los Mendozas.

San Jorge, le invocó devotamente, y pidió intercesion á la Virgen María. En el acto se vió aparecer el Santo montado en un soberbio caballo blanco, blandiendo poderosa lanza; precipitóse sobre el vestiglo á galope, lo derribó y mató de seguida; y continuando despues contra los castellanos, penetró y desbarató sus sólidas filas. Reanimados tambien los portugueses á ejemplo del Rey, y con el Condestable á la cabeza, avanzaron y se completó la dispersion de los enemigos, quedando el campo sembrado de sus cadáveres.

En memoria de tan señalada victoria y del socorro de San Jorge, se erigió la ermita y se mandó labrar en piedra el bulto que representa al Santo á caballo, lanceando á sus piés al horrible monstruo.

Tal es la sencilla y confusa tradicion vulgar con que al cabo de 500 años entretienen los viejos á sus nietecitos en el hogar de la aldea situada sobre el propio campo que sirvió de teatro á la batalla de Aljubarrota.

---

## APÉNDICE.

---

### CATÁLOGO BIBLIOGRÁFICO.

LISTA DE LAS OBRAS HISTÓRICAS Y DE ASUNTOS DIVERSOS QUE, CON RARA EXCEPCION, SE HAN CONSULTADO PARA FORMAR ESTA MONOGRAFÍA, Y QUE SON IMPORTANTES Ó ÚTILES, EN ALGUN CONCEPTO, PARA EL ESTUDIO DE LOS SUCESOS DE LA GUERRA Y BATALLA DE ALJUBARROTA.

Natural sería empezar este Catálogo por los documentos inéditos, si nos hubiese sido dable encontrarlos; pero infructuosas nuestras investigaciones para hallar otros que los reproducidos en el capítulo III, tomados de los libros que se indican, debemos recordar que ese deseo y esperanza tuvimos al emprender el trabajo.

Nada apreciable parece existir en el archivo de Simáncas sobre la época y reinado de D. Juan I, y tampoco tengo noticia de códices que se hallen en otros de España, con carácter de coetáneos, de interes para la materia tratada. En el de la Torre-do-Tombo, de Lisboa, y en el de la Cámara municipal de la misma ciudad, creimos se guardarian documentos tan importantes como la carta que consta escribió el Rey de Portugal despues de la batalla, y como el instrumento público de que habla y tuvo á la vista, en el siglo pasado, el académico D. José Soares da Silva; pero no he logrado averiguar su existencia actualmente: quizás aparezcan algun dia y puedan servir á completar el estudio de aquel acontecimiento, lo mismo que las comunicaciones que el cronista Fernan Lopez expresa que se dirigieron por el Rey al de Inglaterra y al Duque de Lancáster, dándoles cuenta circunstanciada de su victoria.



En el ayuntamiento de Porto, segun nota que nos facilitó un respetable caballero, se conservaban, entre otros antiguos legajos, los siguientes documentos: *contrato entre Portugal y Castilla para el casamiento de la Infanta Doña Beatriz, hija del Rey Don Fernando: sobre la flota de galeras y naves que desde Porto se mandó á Lisboa durante el sitio: instrumento de las Cortes que celebró en Braga Don Juan I, sobre la guerra con Castilla: Declaracion de las pazes de Don Juan I de Portugal con Don Juan II de Castilla, y Alvará para que se publicasen.*

«Foedera, conventiones, litterae et cujus cumque generis acta publica inter regis Anglicae et alios imperatores, reges &c. ab anno 1101.»—(Actas de Thomas Rymer.)—Lóndres, 1704, etc. 20 volúmenes en fólío.

En esta rica coleccion inglesa, citada por todos los modernos historiadores, se hallan los documentos concernientes á las primeras relaciones políticas entre Portugal é Inglaterra en los reinados de D. Fernando y D. Juan I, y por consiguiente, los relativos al auxilio que éste obtuvo en 1385: seis de ellos merecen citarse. *Permiso dado á los enviados Portugueses Fernando Alfonso de Alburquerque, Maestre de Santiago, y al Canciller Lorenzo Annes Fogaza para llevar á Portugal cierto numero de hombres para la defensa del Reino, fecha á 28 de Julio de 1384.—Carta Real de 1.º de Diciembre de 1384 á favor de Fernando Alfonso y 30 Caballeros Ingleses que se nombran.—Autorizacion para que se provea en Devonshire y en Cornouaille de buques para el viaje; fecha á 8 de Enero de 1385.—Cartas de proteccion al mismo Fernando Alfonso y á 52 Caballeros, para ir á Portugal; dadas á 16 de Enero de 1385.—Otras de 16 de Febrero, para Juan Kentwood y Martin Ferrers, autorizándolos á revistar los hombres que iban á Portugal con el Maestre de Santiago y el Canciller.—Salvoconducto á los mismos á 20 de Octubre de 1385.*

«Quadro elementar das relações politicas e diplomaticas do Portugal, pelo Vizconde de Santarém.»—París, 1842, 17 volúmenes en 4.º

Compiló el diligente Vizconde en su obra, y en la siguiente, abundancia de datos y documentos históricos, antiguos y modernos, valiéndose de los archivos de su país, de algunos extranje-

ros y de publicaciones acreditadas, como la de Rymer. Entre los tratados da el que se pactó en 1387 entre el Rey de Portugal y el Duque de Lancáster contra Castilla, tomado de los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París.

«Corpo Diplomatico Portuguez, &c., &c., pelo Visconde de Santarém.»—París, 1846.

«Discursos Historicos de Murcia, y su Reyno. Al buen genio encomienda sus discursos historicos, de la muy noble, y muy leal, Ciudad de Murcia, el Licenciado Francisco Cascales.—Segunda impresion, añadida, é ilustrada con algunas notas criticas.—Año de 1775. En Murcia, por Francisco Benedito, Impresor y Mercader de Libros en la Plateria.»—Un vol., fól.

Se dió á luz la primera edicion en el año de 1621, y su autor insertó en ella muchos documentos interesantes, como las cartas de D. Juan I relativas á la guerra de Portugal, tomadas de las originales que se conservaban en el archivo del ayuntamiento de la ciudad.

«Crónicas de los Reyes de Castilla Don Pedro, Don Enrique II, Don Juan I, y Don Enrique III, por Pedro Lopez de Ayala Chanciller Mayor de Castilla: Con las enmiendas del Secretario Geronimo Zurita: Y las correcciones y notas añadidas por Don Eugenio de Llaguno Amirola, Caballero de la Orden de Santiago, de la Real Academia de la Historia.—Tomo II. Que contiene las de Don Enrique II. Don Juan I. y Don Enrique III. En Madrid: En la Imprenta de Don Antonio de Sancha.»—Año de 1780.

La primera edición de las *Crónicas* de Ayala creo fué la de Sevilla en 1495, y aunque ha habido otras várias, es considerada la mejor la dada á luz en dos tomos, en Madrid, en 1792, bajo los auspicios de la Academia de la Historia, adornada de los retratos de los Reyes.

Del ilustre Pedro Lopez de Ayala, que, así en las letras como en las armas y en la política, es uno de los españoles más notables del siglo XIV, se han ocupado, respecto á su vida y sus obras, muchos escritores: pueden citarse desde luego Nicolás Antonio, *Bibl. Vet.*, lib. x; D. Bartolomé José Gallardo, bajo el seudóni-

mo del *Backiller Fórnoles*, en el tomo VI de sus *Cartas españolas*; Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, traducida al castellano con notas y adiciones por D. Pascual de Gayángos y D. Enrique de Védia, tomo I; D. José Amador de los Ríos, en su *Historia de la literatura española*; D. Pascual de Gayángos, en la edición del curioso *Libro de las aves de caza*, del mismo Pero Lopez de Ayala, hecha en Madrid por la Sociedad de Bibliófilos; y por último, D. Florencio Janer, en unos artículos que insertó en 1869 en el *Museo Universal*, titulados *Una visita al sepulcro de Pero Lopez de Ayala*. Además, y muy principalmente, debe tener aquí mención la siguiente obra:

«Vida literaria del Canciller mayor de Castilla D. Pedro Lopez de Ayala, restaurador de las Letras en Castilla. Por D. Rafael de Floranes.»

Publicada en Madrid, año de 1851, por D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda, en el tomo XIX de la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*.

«Córtes de los antiguos reinos de Leon y de Castilla.»

Publicadas por la Real Academia de la Historia.—En folio, tomo II; Madrid, 1863.

Contiene este volumen los cuadernos de Córtes correspondientes al reinado de D. Juan I.

«Sumario de los reyes de España, por el Despensero mayor de la reina doña Leonor, mujer del rey D. Juan I de Castilla, con las alteraciones y adiciones que posteriormente le hizo un anónimo; publicado por D. Eugenio de Llaguno Amirola, caballero de la orden de Santiago, de la Real Academia de la Historia.—En Madrid: En la imprenta de D. Antonio de Sancha, año de 1781.»

Salió este sumario en el mismo volumen de la *Crónica* de Don Pedro Niño, conde de Buelna, por Gutierre Díez de Games, publicada también por Llaguno, así como la *Historia del Gran Tamerlán é Itinerario de la embajada de Ruix Gonzalez de Clavijo*.

«Histoire et Chronique mémorable de Messire Jehan Froissart. Revue et corrigée sur divers exemplaires et suivant les bons auteurs, par Denis Sauvage de Fontenailles-en-Brie, historiographe

du tres ohrestien roy Henri denxième de ce nom.—A Paris, chez Jehan Ruelle, rue Saint-Jacques, à l'anseigne Saint Hierosame.  
—M.D.LXXIII.—En fólio.

Nació el célebre cronista Juan Froissart en *Valenciennes* hácia el año de 1337, y su muerte se cree fué á principios del siglo siguiente. Canónigo y tesorero de la colegiata de *Chimay*, viajó mucho por Francia, Italia, Inglaterra y Escocia, cultivando desde la juventud, con particular afición, la historia y la poesía. Escrita su *Crónica* por los relatos que asiduamente recogia cerca de los príncipes y grandes señores, adolece de falta de método é incurre en frecuentes errores, confusion y extraña alteracion de nombres, como es consiguiente á la manera con que adquiria los datos y á la presteza con que el mismo explica que los trasladaba al papel; pero, sin embargo, es en extremo curiosa; goza de justa fama, y se la cita siempre por los que tratan de los complicadísimos acontecimientos, guerras y costumbres del siglo XIV.

En 1498 se imprimió en París por primera vez esta *Crónica*, con el título de *Chronique de France, d'Angleterre, d'Écosse et d'Espagne, de 1326 à 1400*, en cuatro tomos en fólio; y la segunda en 1505. Signieron á ésas, otras diversas en el siglo XVI, así como despues en los XVII, XVIII y XIX en Francia y en Inglaterra. Una traduccion se conoce en aleman, y otra abreviada se ha impreso várias veces en latin, frances é inglés; en castellano no tengo noticia que exista.

La edicion de donde hemos tomado textos en esta monografia es de las mejores antiguas, pero debe ser consultada con preferencia la dada á luz en 1824 y años siguientes en la estimable coleccion de *Crónicas francesas*, por J. A. Buchon, en 15 tomos en 8.º, precedida de un prólogo interesante, y acompañada de la vida y juicio crítico de las obras del autor, por M. Curne de Saint-Pelaye, extraida de las *Memorias* de la Academia de inscripciones y bellas letras, con las poesías que se conocen de Froissart.—Últimamente se imprime en París otra edicion por M. Siméon Luce, archivero de los Archivos de Francia, que ha obtenido por ella el primer gran premio acordado por la expresada Academia de inscripciones y bellas letras.

«Chronique des religieux de Saint-Denis, contenant le règne de Charles VI, de 1380 à 1442; texte latin et traduction fran-

çaise; par M. L. Bellaguet.»—6 vol.—Publicada en París, en la primera serie de la coleccion de *Documents inédits sur l'Histoire de France*.

Segun explica M. de Barante en la introduccion que puso á esta *Crónica*, eran los religiosos de San Dionisio, por aquella época, los cronistas oficiales de los reyes de Francia, y, por lo tanto, el autor anónimo de la de Carlos VI debió hallarse perfectamente informado de los sucesos, tener á la vista abundancia de documentos, y presenciar él mismo, como cuida de indicarlo muchas veces, los acontecimientos.—En el tomo I, libro VII, capítulo V es donde trata, sólo incidentalmente, de la guerra entre Castilla y Portugal; pero aunque expresa que las noticias las tuvo de *source certaine*, y da el mensaje que envió D. Juan I. pidiendo á su aliado frances auxilios contra el Duque de Lancáster despues de su fatal campaña, apénas merece tenerse en cuenta su ligerísima indicacion.

«Chronica d'El Rei D. Joam I de boa memoria, e dos Reis de Portugal o decimo.—Part. I. Em que se contém a defensão do Reino, ate ser eleito Rei.—Part. II. Em que se continuam as guerras com Castella, desde o principio do seu reinado até as pazés.—Offerecida a Magestad del Rei Dom Joam IV. N. Senhor de Miraculosa memoria.—Compоста por Fernam Lopes.—Lisboa, a custa de Antonio Alvares.—1644.»

Cada una de las dichas partes compone un tomo en fólío, y forman hasta hoy la única edicion completa de esta importante *Crónica*. Adolece, segun aseguran sujetos competentes, de muchas faltas é incorrecciones, y por eso se piensa hace tiempo por la Academia de Ciencias de Portugal en publicar otra corregida y expurgada, despues de compulsar los ejemplares manuscritos, uno de los cuales, y que pasan por más perfectos, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Asegúrase que nació el autor por el año de 1380, y consta que aún vivia en 1459, por los datos de D. Inocencio Francisco da Silva en su *Diccionario Bibliográfico portuguez*, donde le llama el *patriarca de los historiadores de Portugal*.—Parece que fué el primer cronista mayor del reino de que hay noticia cierta, por provision del rey D. Duarte, y guarda mayor de la *Torre do Tombo*, que era y es todavía el archivo principal del reino. Tuvo tam-

bien el cargo de *Escribano da Puridade* del infante D. Fernando, y su contemporáneo y sucesor *Gomez Eannes de Azurara* dice de él que era *pessoa notavel, e homem de communal sciencia e auctoridade*.

Don José Soares da Silva asegura que escribió Fernan Lopez esta *Crónica*, así como las de los reyes anteriores y la de D. Duarte, por encargo y comision de este último Soberano, hijo y heredero de D. Juan I; verificando para ello exquisitas diligencias y pasando á Castilla á fin de adquirir noticias y documentos que necesitaba.

Los historiadores modernos, hasta el mismo Herculano, consideran á Fernan Lopez como *muy verídico y eminente cronista*.

La tercera parte de la *Crónica* de D. Juan I, que corre impresa igualmente en 1644, y comprende la conquista de Ceuta y demas sucesos hasta la muerte del Monarca, fué escrita por el citado Gomez Eannes de Azurara.

«*Cronica del Señor Rey Don Juan, segundo de este nombre en Castilla y en Leon. Compilada por el noble Caballero Fernan Perez de Guzman, con las Generaciones y Semblanzas de los Señores Reyes Don Enrique III y Don Juan II, y de otros Prelados y Caballeros de aquel tiempo, del mismo autor. Corregida, aumentada y adicionada por el Doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, y añadida en esta última edicion, de las notas manuscritas del mismo.*—Valencia.—1779.» Un vol., fól.

Las generaciones y semblanzas, que contienen datos de algunos de los que figuraron en tiempo de D. Juan I, se imprimieron tambien en Madrid en 1775 en el mismo volumen en que salió el *Centon Epistolario del Bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real y Claros varones de Castilla, y letras, de Fernando de Pulgar*.

«*Epítome de la Crónica del Rey D. Juan II de Castilla, hecho por Joseph Martinez de la Puente, etc., etc.*—Madrid, 1678.»

«*Rodericus Santius, Compendiosa Historia Hispanica.*»—Impresa en un vol., en fól., creo que en Roma á fines del siglo xv ó principios del xvi.

Su autor, natural de Arévalo, nació en 1405, fué obispo de Zamora y falleció en Roma en 1471.—En el libro iv, cap. xxi, trata

brevisimamente de la campaña de Aljubarrota.—Encuétrase reproducida esta obra en el tomo I de la *Hispania illustrata*, Francfort, 1603.

«Crónica de España, abreviada por mandado de la Serenísima e ilustrísima Señora Doña Isabel Reyna de Castilla, etcétera; por Mossen Diego Valera.—(Y al final:)—Fué impresa la presente obra en la nobilísima y muy leal Ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman. Año de la redemption Christiana de mil y quinientos y diez y siete, á dos de Octubre.»—En fól.

En 1482 creo que se imprimió por primera vez esta *Crónica*.—En su capítulo cxxiii es donde trata del reinado de D. Juan I.

«Tractado que se llama copilacion de las batallas campales que son contenidas en las estorias escolasticas y de España. Dirigido al muy reverendo Señor Don Fray Johā Ortega de maluyendo oppo. de Coria del Consejo del Rey y Reyna nuestros Señores, etc.—Por Rodriguez de Almella.

»(Y al final:) Acabado con otros dos tractados en la muy noble y leal cibdad de murcia por manos de maestre Lope de la Roca aleman. Impressor de libros á xxviii d'mayo año de mil y occc.lxxxvii.»

Un tomo, fól. menor.

Como lo indica su título, no es más esta obra que una especie de catálogo de batallas, seguido cronológicamente. La de Aljubarrota va en el número 202, y sólo dice fué perdida *por la mala ordenanza*, á lo cual atribuye también la de Trancoso y la de Valverde.

«Chronicas dos Senhores Reis de Portugal. Por Christovão Rodrigues Acenheiro.»

Se hallan impresas en el tomo v de la coleccion de libros inéditos de historia portuguesa, publicada por la Academia Real de Ciencias. En Lisboa, na *officina da Academia*.—1824, fól.

Era el autor natural de la ciudad de Évora y nació en 1474.—Fué bachiller en derecho, y escribió esta breve *Crónica* en el año de 1535.

«Libro llamado Divina Retribucion sobre la cayda despaña en

tiempo del noble rey don Johan el primero que fué restaurada por manos de los muy excelentes Reyes don Fernando y doña Isabel sus bisnyetos nros SSeñores que Dios mantenga.»

Es un códice en 4.º, pasta, vitela, con pintura en la primera hoja y en las letras iniciales; sin nombre de autor, y escrito hácia fines del siglo xv.—Existente en la Biblioteca del Escorial.—Y—iiij—1.º

Empieza con dedicatoria á los Reyes Católicos, sigue un prólogo y despues 18 capítulos: en el ii describe la batalla de Aljubarrota segun la *Crónica* de Ayala: trata en los sucesivos de los acontecimientos posteriores hasta la batalla de Toro, que da con más extension: en el xv explica como los Reyes fueron á la santa iglesia de Toledo á dar gracias á Dios por el vencimiento y á ofrecer en el sepulcro de D. Juan I las banderas y armas del adversario portugues: por último, diserta en otro sobre la *Divina retribucion*, ó sea *Los secretos designios de Dios, que permitió á los biznietos de D. Juan I una victoria completa sobre los mismos que le vencieron.*

«Alfonsia Carthagera Episcopi Burgensis, Regum Hispaniae Anacephalaecosis.»

Encuétrase inserta, así como la *Compendiosa Historia Hispanica* de *Rodericus Santius*, y la de *Franciscus Tarapha Canonicus Barcinonensis, de Origine ac Rebus gestis, Regum Hispaniae*, en el primer volúmen de la importante coleccion titulada *Hispaniae illustratae seu Rerum Urbiumq. Hispaniae, Lusitaniae, Aethiopiae et Indiae Scriptores variis, etc., etc.*—*Francofurti*, 1603, cuatro vol., fól.

«Compendio Historial de las Chronicas y Universal Historia de todos los Reynos de España, por Estevan de Garibay y Zamalloa.—Anvers, Christ. Plantin. 1571.»—Cuatro vol. y dos volúmenes, fól. Una edicion de 1628, en Barcelona, cuatro tomos, fólio.

«La Chronica general de Espana, continuada por Ambrosio de Morales.»—Alcalá, 1574 á 77.—Tres vol., fól.

«Historiae Anglicae. Libri XXVII. Auctore Polydoro Virgilio



Urbinate, Accessit praeter alia nonnulla series. Regum Angliae à primis mitiis usque ad hanc aetatem; Ex nova Editione. Antonii Thysii, J. C. Lugduni Batavorum, Sumptibus Joannis Maire, CIOIOCLI.»—Un vol., 8.º

En el libro xx de los que titula *Urbinate Angliae Historiae*, trata ligeramente de la guerra entre Castilla y Portugal desde 1384 en adelante.

«Portugallia, Sive de Regis Portugalliae Regnis, & opibus Commentarius.—Lugd. Batavor. & officina Elzeviriana.—CIOIOC.XLI.»

«Historia Pontifical y Catholica, en la qual se contienen las vidas, y hechos notables de todos los Summos Pontifices Romanos. Con el discurso de la Predicacion Apostolica. Y el estado de la Iglesia Christiana Militante, dende que Christo nuestro Señor nasció, hasta nuestros tiempos. Con mas una breve recapitulacion de las cosas de España. Y de la descendencia de los Reyes della. Dende Halarico Primero, hasta Don Phelippe segundo nuestro Señor. Compuesta y ordenada por el Doctor Gonçalo de Illescas, Abbad de Sant Frontes y Beneficiado de Dueñas. Año de 1578.» Dos tomos.

Impresa por primera vez esta obra en Salamanca, lo fué despues en Zaragoza y Búrgos, y en Barcelona en 1622.

«Historia general de España, por el P. Juan de Mariana.»

El sabio jesuita Juan de Mariana nació en 1536 y falleció en 1623. Escribió en latin esta importantísima historia, tan universalmente conocida, y que se imprimió por primera vez en Toledo en 1592: en 1601 la reprodujo allí mismo en castellano; y desde entónces son numerosas las ediciones que se cuentan de ella, y más sólida su reputacion.

«Los cinco Libros postreros de la primera parte de los Anales de la Corona de Aragon. Compuestos por Geronymo Çurita Chronista de dicho Reyno. (Tomo 2.º) Con Licencia y privilegio.—Impressos en Çaragoça, en el Colegio de San Vicente Ferrer, por Iuan de Lanaja, Quartener. Año de 1610.»—En fól.

«Chronica de las Grandezas de España, por Pedro de Medina, acrescentada por Diego Perez de Meda. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte. Alcalá de Henares, 1595.»—Un vol.

«Dialogos de Varia Historia Em que sumariamente se referem muytas consas antiguas de Hespanha: e todas as mais notauces, q̃ em Portugal acontecerão em suas gloriosas Conquistas, antes & depois de ser leuantado á Dignidade Real. E outras muytas de outros reynos, dignas de memoria. Com os Retratos de todos os Reys de Portugal.—Autor Pedro de Mariz.—Em Coimbra Na Officina de Antonio de Mariz.—Com Priuilegio Real.—MDLXXXIII.»—En 8.<sup>o</sup>

Hiciéronse otras dos ediciones de esta obrita en 1597 y 98; se reimprimió en 1674 aumentada hasta el rey D. Juan IV; en 1749 se reprodujo con segundo suplemento hasta D. Juan V; se repitió en 1758, y por último, salió en Lisboa en 1806 adicionada hasta la regencia de D. Juan VI.

«Primeira Parte das Chronicas dos Reis de Portugal, reformadas pelo Licenciado Duarte Nunez do Lião, desembargador da Casa da Supplicação, per mandado do Rei Dom Philippe o primeiro de Portugal, da gloriosa memoria.—Com licença da Sancta Inquisição, & priuilegio Real.—Em Lisboa.—Impresso por Pedro Crasbeeck. Anno M.DC.—Fól.

Murió el autor hácia 1608, y fué muy partidario de la union de Portugal á España, llevada á cabo por Felipe II, cuya causa sostuvo en sus escritos, segun se dice en el *Diccionario bibliográfico portuguez* de D. Inocencio Francisco da Silva. Reimprimióse esta obra en 1677 y en 1774 en Lisboa, en dos tomos en 4.<sup>o</sup>—Tambien se publicó, adicionada, con el siguiente título:

«Chrónicas d'El rei D. João, de gloriosa memoria, o primeiro d'este nome, e dos Reis de Portugal o decimo; e as dos Reis Don Duarte e D. Affonso V. Tiradas a luz por ordem do Illustrissimo Senhor D. Rodrigo da Cunha, Arcebispo de Lisboa; e Autos do levantamento e juramentos d'El rei D. João IV. e do Serenissimo Principe D. Theodosio, e Proposição das Cortes.—Lisboa, por Antonio Alvares, 1643.»—En fól.

Otra edicion se hizo en Lisboa por José de Aquino Bulhões, en 1780, en dos tomos en 4.<sup>o</sup>

«As Chronicas de todos os Reis de Portugal, até o tempo da Aclamação del Rey D. João o IV, tiradas das que estão na torre do Tombo, por industria, e trabalho de Antonio Coelho, Rey de armas deste Reyno.»—Un vol. ms.

Es citado este manuscrito por D. José Soares da Silva en la lista de los libros y códices que consultó; pero supongo no contenga más que las *Crónicas* impresas.

«Vida del Rey D. João de gloriosa memoria, 1.º do nome, X.º entre os Reis de Portugal.»—Un tomo en 4.º, manuscrito, existente en la Biblioteca de la universidad de Coimbra y marcado en el catálogo con el núm. 85. En una nota que tiene en la primera página blanca, se lee: *Cualquer Luiseiro poder Enegrapamar estes cuadernos. Lisboa no convento da Sma. Trindade Em 23 de Abril de 650.—Frey Aniso Pedro.*

Redúcese este escrito á un extracto abreviado de la *Crónica* de Fernan Lopez.

«Anacephalaeoses id est, Summa Capita Actorum Regum Lusitaniae.—Auctore P. Antonio Vasconcellio Societatis Iesu Sacerdote, Theologo Olyssipponensi,...—Antuerpiae, 1641.»—Un vol, 4.º, con buenas láminas grabadas, de retratos de reyes de Portugal.

«Batallas é victorias Lusitanas.» Obra manuscrita, citada por Nicolas Antonio (*Biblioteca Nova*, tomo 1), en el artículo de Jorge Cardoso, como atribuida al R. P. Fr. Emanuel de la Resurreccion; pero no tengo noticia sea conocida, ni la encuentro en el Diccionario Bibliográfico portugues.

«Empresas militares de Lusitanos, escriptas por Luis Coello de Barbuda, criado de Su Magestad, natural, y vesino de la Ciudad de Lisboa.—Al Ilustrissimo Señor D. Alonso Furtado de Mendoza, del Consejo de Su Magestad; Señor y Arzobispo de Braga, Primado de las Españas, etc., etc.—Con todas las Licencias necesarias. Lisboa, Por Pedro Craesbeck, impresor del Rey. Año de 1624.»—1 vol. 4.º

«Anales cronologicos del Mundo, del abad de Monte-Aragon,

el Doctor Don Martin Carrillo.—Año 1634.—En Zaragoza, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. A costa de Pedro Escuer, mercader de Libros.»—1 vol., fól.

La primera edicion de esta obra fué en Huesca en 1622. En la portada de esta segunda se expresa haber sido añadida en diversas partes, y con la correspondiente á los años de 1621 á 1630 con los materiales que el autor tenía dispuestos para dar á la imprenta.

«Chronica de las tres Ordenes y Cavallerias de Santiago, Calatrava y Alcantara : en la qual se trata de su origen y successos, y notables hechos en armas de los Maestres y Cavalleros de ellas: y de muchos Señores de titulo y otros Nobles que descenden de los Maestres; y de muchos otros linages de España. Compuesta por el Licenciado Frey Francisco de Rades y Andrada, Capellan de Su Magestad, de la Orden de Calatrava. Dirigida á la C. R. M. del Rey Don Philippe, nuestro Señor, Administrador perpetuo destas Ordenes.—Impresa con licencia en Toledo, en casa de Juan de Lijala. Año 1572.»—1 vol., fól.

«Historia de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcantara desde su fundacion hasta el Rey Don Filipe Segundo, Administrador perpetuo dellas. Ordenada por el Licenciado Francisco Caro de Torres, con acuerdo de los Señores del Consejo Real de las Ordenes: siendo Comisario D. Fernando Pizarro y Orellana, Cavallero del Orden de Calatrava, Comendador de Vetera del mismo Consejo. Dirigida al Rey Don Filipe IIII, nuestro Señor: Con privilegio Real. En Madrid, Por Juan Gonçalez, Año de 1629.»—1 vol., fól.

«Crónica de la órden de Alcantara, su autor el licenciado Frey D. Alonso de Torres y Tapia, Prior de su Sacro Convento, Capellan de Honor del Sr. Rey D. Felipe Quarto. Impresa de órden del Rey, nuestro Señor, á consulta de su Real y Supremo Consejo de las Ordenes Militares.—En Madrid, en la imprenta de D. Gabriel Ramires, impresor de la Real Academia de San Fernando.—Año de 1763.»—2 vol., fól.

«Historia de Nuestra Señora de Guadalupe. Consagrada á la

Soberana Magestad de la Reyna de los Angeles, milagrosa patrona de este Santuario. Por Fray Gabriel de Talavera, prior de la misma casa.—Con privilegio; en Toledo, en casa de Thomas de Guzman. 1597.»—1 vol., 4.º

«Historia Imperial y Cesarea, por Pedro de Mexia.—Madrid, 1655.»

«Annales Ecclesiastiques y Seculaires de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metropoli de la Andalucia, que contienen sus más principales Memorias. Desde el año de 1246 en que emprendió conquistarla del poder de los moros el gloriosísimo Rey San Fernando Tercero de Castilla y Leon, hasta el de 1671, en que la Católica Iglesia le concedió el culto y título de Bien aventurado. Formados por D. Diego Ortiz de Zuñiga, Cavallero de la orden de Santiago, natural y originario de la mesma ciudad, etc., etc.—Año de 1677.—Con privilegio, en Madrid, en la imprenta Real. Por Juan García Infançon.»—1 vol., fól.

«Historia de San Domingos, particular do Reino e Conquistas de Portugal, por Fr. Luiz de Cacegas, da mesma Ordem, e Provincia, e Chronista d'ella.—Reformada em estilo, e ordem, e amplificada em successos e particularidades, por Fr. Luiz de Sousa, Filho do convento de Bemfica.—Lisboa, na Officina de Antonio Rodrigues Galhardo, 1767.»—3 vol., fól.

Se publicó la primera parte en 1623, la segunda en 1662, y la tercera en 1678, reimprimiéndose toda la obra en el año indicado de 1767.

«Noticias de Portugal.—Offerecidas a El rei D. Joao IV.—Declaramse as grandes commodidades que tem para crescer em gente, industria, commercio, riquezas, e forças militares por mar e terra; as origens de todos os apellidos, e armas das familias nobres do Reino; as moedas que correram n'esta Provincia do tempo dos Romanos até o presente; e se referem varios elogios de Principes e Varoes illustres Portuguezes.—Por Mannel Severim de Faria. Lisboa, na Officina Craesbeeckiana, 1655.»—En fól.

Salió adicionada por D. José Barbosa en 1740, y por tercera vez en 1791, en dos tomos, 8.º

«Ramillete de Flores Historiales. Por Joseph Fernandez de Buendia.—Madrid, 1666.»

Fué traducido y aumentado en portuguez por Lourenço Mathieu y Sans.

«Epanaphoras de varia Historia Portuguesa, em cinco Relações de successos pertencentes a este Reino. Por D. Francisco Manuel de Mello.—Lisboa, na Officina de Henrique Valente de Oliveira.—1660.»—En 4.º

Otra edicion de 1676.

«Europa Portuguesa : por Mannel de Faria y Sousa.—Lisboa, 1678, 79 y 80.»—3 tomos.

«Historia de España, por D. Juan de Ferreras.—Madrid, 1700 1727.»—16 vol. 4.º

Otra edicion en diez y siete volúmenes, de 1775 á 1781.

La traduccion francesa por d'Hermilly, publicada en París en 1751, contiene notas históricas y críticas, pero ninguna importante respecto al reinado de D. Juan I.

«Alcobaça Illustrada. Noticias e Historia dos Mosteyros e Monjes insignes Cisterciences da Congregaçam de Sancta Maria de Alcobaça da Ordem de San Bernardo, nestes Reynos de Portugal e Algarves.—Primeira parte. Contem a fundação, progressos gloriosos, privilegios, regalias e jurisdição do Real Mosteyro de Alcobaça, cabeça da Congregação, no tempo de seus Abbades perpetuos, e Administradores Commendatarios, até a morte do Cardeal Rey D. Henrique; com muitas noticias antigas e modernas do Reyno, e Serenissimos Reis de Portugal.—Autor, Fr. Manoel dos Santos, etc., etc.—Coimbra, na officina de Bento Secco Ferreira.—Anno de 1710.»—1 vol., fól.

Como cronista de su órden y del reino el P. Fr. Manoel dos Santos abunda su obra en datos y noticias curiosas, citando, entre otros autores, muchas veces, al obispo Fr. Ángel Manrique y á sus *Anales Cistercienses*.

Para servir de continuacion y ampliacion, escribió y publicó en 1827 otra obra el P. Fr. Fortunato de San Boa Ventura, cronista tambien de la órden, titulada *Historia chronologica e critica*

da Real Abbadia de Alcobaca; pero no contiene detalles particulares acerca de los puntos que trata la primera del siglo xiv.

En la Biblioteca de Nicolas Antonio se cita con referencia al *Agiologio Lusitano* de Cardoso una *Historia do convento de Alcobaca*, por el P. Fr. Jerónimo Roman, que sin duda quedó inédita, pues no la llegó á ver aquel diligentísimo bibliógrafo, ni consta se halle en parte alguna, lo mismo que varios diferentes trabajos del propio autor, entre los que hubiera deseado encontrar el *De las tres órdenes militares de Portugal* y la *Historia de la Serenissima casa de Braganza*; las cuales, dice él, las tenía dispuestas á imprimir en su *Historia de los Religiosos Infantes de Portugal D. Fernando, hijo del Rey D. Juan I, y doña Juana, hija de D. Alfonso V*, Medina, 1595.

«*Monarchia Lusitana*.—Parte VIII.—Contém a Historia e successos memoraveis do Reino de Portugal no tempo del Rey D. Fernando; a eleição del Rey D. Joao I. com outras muitas noticias de Europa: Comprehende do anno de Christo Senhor Nosso 1367, até o de 1385, na Era de Cesar 1405. até o anno de 1423. Autor Fr. Manoel dos Santos, Monge no Real Mosteiro de Alcobaca, Mestre jubilado em Theologia, Chronista de Sua Magestade, e destes Reinos, e da Ordem de São Bernardo.—Lisboa Occidental, Na Officina da Musica.—Anno 1727».—1 vol., fól.

Nació el autor en 1672 y falleció en 1740.—En el capítulo iv, libro xxiii de su obra, es donde refiere la batalla de Aljubarrota.

La primera y segunda parte de la *Monarchia lusitana* fueron escritas por Fr. Bernardo Brito, y se imprimieron en Alcobaca en 1597 y 1609. Las tercera, cuarta, quinta y sexta, por Fr. Antonio Brandão, impresas en Lisboa en 1632, 1650 y 1672; y la séptima por Fr. Rafael de Jesus, en Lisboa en 1683.

«*Memorias Historicas da Ordem de Nossa Senhora do Carmo da Provincia de Portugal*. Parte Primeira que entregou na Academia Real da Historia Portugueza, e ao Reverendissimo Padre Mestre Fr. Gaspar Pizolante, Doutor na Sagrada Theologia, Geral, Visitador, e Commisario Apostolico de toda a dita Ordem, da antiga Observancia, e Grande de Hespanha da primeira classe, Offerece, e dedica o Mestre Fr. Manoel de Sa, Filho, Ex-provincial, e Definidor perpetuo da mesma Provincia, Chronista ge-

ral da dita Ordem, nestes Reynos, e seus Dominios, etc., etc. Lisboa Occidental, Na Officina de Joseph Antonio da Sylva, Impresor da Academia Real.—1727.»—1 vol., fól.

«Memorias para a Historia de Portugal, que comprehendem o governo d'Elrei D. Joao I. do anno de mil e trezentos e oitenta e tres, até o anno e quatrocentos e trinta e tres. Dedicadas a el Rei D. Joao V. Nosso Senhor, approbadas pela Academia Real da Historia Portugueza. Escritas pelo Academico Joseph Soares da Sylva.—Lisboa Occidental, na Officina de Joseph Antonio da Sylva.»—4 vol. en 4.º grande, años de 1730, 31, 32 y 34.

El ilustrado Académico autor de estas Memorias utilizó quantas *Crónicas*, documentos y noticias hubo á la mano referentes al reinado de D. Juan I, siguiendo con predileccion á Fernan Lopez. Los tomos II y III contienen las guerras con Castilla y batalla de Aljubarrota, y el IV lo compone de documentos diversos.

En el prólogo da una lista de los principales libros y códices que consultó, de los cuales la mayor parte van incluidos en este catálogo.

«Fastos Politicos e militares da antiga e nova Lusitania, em que se descrevem as acções memoraveis que na paz e na guerra obraram os Portuguezes nas quatro partes do mundo. Por Ignacio Barbosa Machado, Academico da Academia Real da Historia Portugueza, e Chronista geral do Ultramar, natural de Lisboa.—Lisboa, na Officina de Ignacio Rodriguez.—1745.»—1 vol., fól.

Segun dice D. Jorge César de Figanieri en su *Bibliographia Historica Portugueza*, salieron á luz tambien 280 páginas del tomo II, pero son raros los ejemplares, y no he podido encontrarlas, asegurándoseme que nada importante contienen. El doctor Lourenço Justiniano da Annuniação publicó una impugnacion á esos *Fastos*, y su autor la rebatió en 1760 en otro escrito que tituló *Vindicias apologeticas e Criticas*.

«Chronica dos Carmelitas da antiga, e regular observancia nestes Reynos de Portugal, Algarves, e seus Dominios, Offerecida ao Eminentissimo Senhor D. Joao da Mota e Sylva, Presbytero Cardeal da Santa Igreja Romana, por seu Author Fray Joseph Pereira de Santa Ana, Religioso da mesma Ordem de Nos-



sa Senhora do Carmo, Jubilado na Sagrada Theologia, etc., etc., e Chronista geral da sua Ordem nestes Reynos, e seus Dominios. — Lisboa, 1745 y 1751.» — 2 vol., fól.

Habiendo sido fundador del convento del Cármén en Lisboa el condestable Nuño Alvarez Pereira, se ocupa mucho de él y de los sucesos de su tiempo el autor de esta *Crónica*. Dice en el prólogo que se sirvió para formarla no sólo de las *Memorias* de su antecesor, cronista Fr. Manoel de Sa, y del *Carmelo lusitano*, manuscrito del P. Fr. Jorge Cotrim de que aquél se valió, sino de otros documentos y obras diversas. Entre éstas, á más de algunas anotadas en este catálogo, cita al P. Fr. João Baptista Lezana, Fr. Diego Coria Maldonado, Fr. Simon Coelho, Fr. Daniel da Virgem Maria, Fr. Miguel de la Fuente, Fr. Jerónimo da Conceição, que fué antiquísimo sub-prior de aquel convento y dejó escrito un compendio de noticias particulares del Condestable, y por último, á Fr. Manoel Goes.

«*Demonstração Historica da primeira e Real Parochia de Lisboa de que he singular Patrona, e Titular N. S. dos Martyres, Devedida en dos tomos.*—Tomo primeiro em que se trata da sua origem, e antiguidade, e se mostra a sua primasia, a respeito das mais Parochias da mesma Cidade. Que escreveo, e offerece a Mesma Senhora, por mão do Senhor Pedro Antonio Vergolino, Cavalleiro professo da Ordem de Christo, Moço Fidalgo da Casa Real, e primeiro Escrivao das unidas Irmandades do Santissimo, e da Exelsa Titular, Fr. Apollinario da Conceição, Religioso Capucho da Provincia do Rio de Janeiro, natural de Lisboa, e baptisado na mesma Freguesia.—Lisboa, Na Officina de Ignacio Rodriguez.—Anno 1750.»—En 4.º

«*Histoire de France, depuis Faramond jusqu'a maintenant, etc., etc.....* Par F. E. du Mezeray.—Paris, 1643.»—3 vol., fól.

«*Introduction à l'histoire moderne, generale et politique de l'Univers, Commencee par Sam. Puffendorff, augmentée par Bruzen de la Martinière, et continuée jusqu'en 1750 par de Grace.* Paris, 1753 á 1759.»—8 vol., 4.º

«*Historia Geral de Portugal, por M. de la Clède, traducida*

em vulgar, e illustrada com muitas notas historicas, geographicas, e criticas, e com algumas dissertações singulares (*por Manuel de Souza, e Manuel José da Silveira Lara*).—Lisboa, na Typographia Rollandiana.—1781, 1797.»—16 vol. 8.º

Aunque no expresa la portada los nombres de los traductores, consta que son los anotados.

La segunda impresion empezó en 1792 por los dos primeros tomos, y en 1814 se hizo la de los siguientes.

«Historia Geral de Portugal e suas Conquistas. Por Damião Antonio de Lemos Faria e Castro.—Lisboa, na Typographia Rollandiana.—1786, 1804.»—20 vol., 8.º

En 1830-31 se publicó por segunda vez.

El autor habia escrito ántes, entre otras obras, una *Historia antiga e moderna de Portugal*, que se imprimió en Lisboa en 1754, 4.º

«Historia de Portugal, composta em Inglez por uma Sociedade de Litteratos, trasladada em vulgar com as notas da edição Franceza, e do traductor portuguez Antonio de Moraes Silva, e continuada até os nossos tempos em nova edição, por Hypolito Jose da Costa Pereira.—Londres, na Officina de F. Wingrave, etc.—1809.»—3 vol., 12.º

«Gabinete Historico. Por Fr. Claudio da Conceição.—Lisboa, na Impressão Regia, 1818 á 1831.»—17 vol., 8.º

El P. Conceição, natural de Bemfica y Religioso de la Arrabida, fué cronista mayor del reino. Su obra es un repertorio de sucesos históricos que alcanza hasta el año de 1775.

«Memoria Estatístico-Historico-Militar, em que resumidamente se da noticia da força militar terrestre que nos primeiros tempos da Monarchia Portuguesa se chamava Hoste, e depois se veio a chamar Exercito, para o fim de se conhecer debaixo de um golpe de vista o modo por que n'aquelles primeiros tempos se fazia a guerra, a gente que a ella ia, a despeza que com esta ordinariamente se fazia e faz, e as reformas que se fizeram no mesmo Exercito em differentes epochas da Monarchia. Por Antonio Joaquim de Gouvea Pinto, socio da Academia Real das Sciencias de Lisboa.—Lisboa, na Typographia da Academia.—1832.»—4.º

De esta obra sólo llegaron á imprimirse 64 páginas, suspendiéndose la publicacion por la Academia. El autor falleció el año siguiente.

«Historia de Portugal desde o começo da Monarchia en 1095, até a epocha actual; escripta em alemão pelo Doutor Henrique Schoeffer, profesor de Historia na Universidade de Gieszen, traduzida para o Francez por M. Henrique Soulangue Bodin, e vertida d'este idioma para o portuguez por Jose Lourenço Domingues de Mendoça.—Lisboa, na Typographia de Jose Baptista Morando.—1842.»—8.º

«Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el Doctor Dunham, por Don Antonio Alcalá Galiano, con una Reseña de los Historiadores Españoles de más nota por Don Juan Donoso Cortés, y un Discurso sobre la Historia de nuestra Nacion por Don Francisco Martinez de la Rosa.—Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica.—1844.» 7 vol., 4.º

«Historia General de España, Por Don Modesto Lafuente.—Madrid, 1850 á 1857.» 26 vol., 4.º

La segunda edicion, llamada económica, en 15 tomos, de 1861 á 1866.

«El Pabellon Español, ó Diccionario Histórico Descriptivo de las batallas, sitios y acciones más notables, que han dado ó á que han asistido las armas Españolas desde el tiempo de los Cartagineses hasta nuestros dias; así en la Peninsula como en diferentes Naciones con que la España ha tenido guerra. Por D. Ignacio Calonge y Perez, Capellan párroco del Colegio de Infantería, Regente de segunda clase en la asignatura de Historia, etc., etc.—Madrid, 1855.» 3 vol., 4.º

«Quadros Historicos de Portugal. Por Antonio Feliciano de Castilho, Bacharel formado em Direito, Socio da Academia Real das Sciencias de Lisboa, etc., etc.—Lisboa, 1838.» Un vol.

«Paralelos de Principes e Varones illustres; por Francisco Soarez Toscano.—Évora, 1623.»

«Agiologio Lusitano dos Sanctos, e Varoens illustres em virtude do Reino de Portugal, e suas conquistas. Consagrado a os gloriosos S. Vicente, e S. Antonio, insignes Patronos desta inolyta Cidade de Lisboa, e a seu illustre Cabido sede Vacante. Composto pelo Licenciado George Cardoso, natural da mesma Cidade.—Tomo I. Que comprehende os dons primeiros meses Yaneiro, & Fevereiro com seus commentarios.—Lisboa, com todas as Licenças. Na Officina Craesbekiana.—M.CC.LII.»

El tomo II se imprimió en 1657, el III en 1666 y el IV en 1744.

«Origen y descendencia de los Reyes de Portugal, e como el dicho regno pertenece á los Reyes Catolicos Don Fernando y Doña Isabel; por Diego Rodriguez de Almela.»—Códice del siglo xv, en papel, existente en la Biblioteca del Escorial, h-ii-j-fól. 104, y que ignoro si habrá sido impreso.

Pone un árbol genealógico para demostrar que siendo la reina doña Isabel descendiente de la hija del rey D. Pedro, y ésta de doña Maria, hija de Alfonso IV de Portugal, á ella pertenecia por derecho la corona de aquel reino, puesto que la reina doña Beatriz no dejó hijos. Escrito esto, segun su fecha final, años despues de la batalla de Toro, se proponia su autor estimular á los Reyes Católicos para emprender la incorporacion de Portugal á sus dominios, pues termina pidiendo se les llegue á ver *Monarcas de toda España, en uno con la provincia de Tanjar fasta los montes claros, como lo fueron los nobles reyes godos de España pasados, sus progenitores, amen: escripta en Murcia á x.º de Diciembre de 1478.*

«Compendio de algunas Historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria, y especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones, y de otros muchos linages, etc., etc. Por el Doctor Geronymo Gudiel.—En Alcalá, 1597.»

«Los Reyes Nuevos de Toledo. Descrivense las cosas mas augustas, y notables desta Ciudad Imperial; quienes fueron los Re-

yes Nuevos, sus virtudes, sus hechos, sus proezas, sus fazafias; y la Real Capilla que fundaron en la Santa Iglesia, Mausoleo suntuoso, donde descansan sus cuerpos.—Al Rey Nuevo, celestial, y Divino, y Rey de todos los Reyes, Christo Señor Nuestro. Le consagra, y dedica la pluma del Doctor D. Christoval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comissario de la Santa Cruzada, y Vicario diversas veces de la Villa de Hellin, y su partido, y procurador fiscal de la Reverenda Cámara Apostolica.—Dividese en quatro Libros.—Segunda impresion.—Año 1674.—Con privilegio: En Madrid: Por Andres Garcia. Acosta de Francisco Serrano de Figueroa, Familiar; y Notario del Santo Oficio, y Marcader de Libros, en la Calle mayor.»—Un vol., 4.º

«Historia Genealogica da Casa Real Portugueza, desde a sua origem até o presente, com as Familias Illustres que procedem dos Reis, e dos Serenissimos Duques de Bragança.—Por D. Antonio Caetano de Sousa, Clerigo regular, e academico da Academia Real da Historia Portugueza, natural de Lisboa.—En Lisboa, 1735 á 1748.»—12 vol., 4.º, y el último dividido en dos partes.

Contiéndense en esta abultada obra y en la siguiente, que es su complemento, abundantes datos y documentos históricos.

«Provas da Historia Genealogica da Casa Real Portugueza, tiradas dos Instrumentos dos Archives da Torre do Tombo, da Serenissima Casa de Bragança, de diversas Cathedraes, Mosteiros, e outros particulares d'este Reino.—Lisboa, 1739 á 1748.» 6 volúmenes, 4.º

«Anno Historico, Diario Portuguez, Noticia Abreviada das pessoas grandes, e cousas notaveis de Portugal, etc., etc.—Offercido a el Rey D. João V. Nosso Senhor. Por Lourenço Justiniano da Anunciação, Conego Secular da Congregação de S. Joao Evangelista. Composto pelo Padre Mestre Francisco de S. Maria, Conego Secular, Chronista, e geral da Sagrada Congregação de S. João Evangelista, etc., etc.—Lisboa, 1744.» 3 vol., fól.

El tomo I se imprimió por primera vez en 1714; la segunda, con el II y III, en 1744.

En 1746 salió tambien otro *Anno Historico, Diaria Portuguez defendido e vindicado en 1747, em um Prólogo Anti-Critico*, por el mismo Lourenço Justiniano da Anunciação que fué editor de la obra; y parece se imprimió clandestinamente en S. Bento de Xabregas.

«Nobiliarchia Portuguesa. Tractado da Nobreza Hereditaria e Politica. Offerecida ao Excellentissimo Senhor D. João da Silva, Marquez de Gouvea, Conde de Portalegre, do Conselho de Estado, etc.—Por Antonio de Villasboas e Sampaio, desembargador da Relação de Porto, natural de Barcellos.—Lisboa, na Officina de Francisco Villela.—1776.» 4.º

En el mismo año se hizo otra edicion, y despues se repitieron en 1708, 1723, 1727 y 1754.

«Elogios dos Reis de Portugal, com os mais verdadeiros retratos que se puderam achar. Dirigidos ao Catholico rei D. Filippeteiro do nomme. Por Fr. Bernardo Brito.—Lisboa, por Pedro Craesbeeck.—1603.» 4.º

En 1726 salió esta obra adicionada por D. José Barbosa, y se reprodujo en 1761, 1786 y 1825.

Su autor, el P. Brito, natural de Almeida, fué cronista mayor del reino y una de sus celebridades literarias.

«Elogios dos Reys de Portugal do Nome de João, Traduzidos na lingua Portuguesa dos que compôs na latina o Padre Manoel Monteiro, da Congregaçam do Oratorio, Academico da Arcadia de Roma, e da Academia Real da Historia Portugueza.—Lisboa, na Officina de Francisco da Silva.—Anno de 1749.» Un vol., fól.

Está dedicado el libro á D. Juan V en términos de exagerada adulacion, y dice el autor que le estimuló á escribirlo el haberse publicado en 1747 por Manuel de Coelho Amado los *Elogios de las Reinas* mujeres de los mismos cinco reyes del nombre de Juan.

«Elogios dos Reis de Portugal, em latim e em Portuguez, illustrados de notas historicas e Criticas. Por Antonio Pereira de Figueiredo, da Congregação do Oratorio, Socio da Academia Real das Sciencias de Lisboa.—Lisboa, na Officina de Simão Thaddeu Ferreira.—1785.» 4.º

«Vida e acções d'Elrei D. João I. Offerecida a memoria posthuma do Serenissimo Principe D. Theodosio; por D. Fernando de Menezes, segundo Conde da Ericeira.—Lisboa, na Officina de João Galvão.—1677.»—4.º

«Contrastes Historicos. D. João 1.º Rey de Castella, e D. João 1.º Rei de Portugal.»

Es un artículo firmado F. da C. N. C., e inserto en la página 77 del tomo VIII del *Panorama*, publicaci6n pintoresca de Lisboa, año de 1844. Redúcese á exaltar al Rey portuguez en coitejo de las crueldades atribuidas por su *Crónica* al Castellano durante la guerra.

«Ilustraciones de la Casa de Niebla, de Pedro Barrantes Maldonado.»

Escrita esta *Crónica* de la ilustre familia de Guzman, de 1540 á 1543, permaneció inédita hasta 1857 en que la Academia de la Historia la publicó en Madrid en dos tomos del *Memorial histórico español*.

«Origen, descendencia y hazafias de la gran Casa de Mendoza, donde en compendio se tocan muchas historias de España; del año 714 al de 1610.»

Manuscrito atribuido á Gabriel Rodriguez de Ardila y Escavias, segun Nicolas Antonio (*Biblioteca Nova*, tomo 1), y como uno de los que pertenecieron á D. Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Agrapolis.—Ignoro su existencia.

«Crónica de el Gran Cardenal de España Don Pèdro Gonçales de Mendoça, Arçobispo de la muy Santa Iglesia Primada de las Españas: Patriarcha de Alexandria: Canciller mayor de los Reynos de Castilla y de Toledo, etc., etc.: Por el Doctor Pedro de Salazar, y de Mendoça, Canonigo Penitenciario de la misma Santa Iglesia.—En Toledo. Año de 1625.»—1 vol., f6l.

«Historia de D. Pedro Tenorio Arçobispo de Toledo.—Dos libros.—Por el D. Eugenio Narbona, natural de la Ciudad de Toledo, su Capellan.—Al Smo. S. Don Fernando Infante de España, Cardenal de Roma, Arçobispo de Toledo.—Con privilegio.—

Impresso em Toledo, por Juan Ruys de Pereda.—Año de 1624.»  
—1 vol., 4.º

«Cronica do Condestabre de portugall Nuno aluarez Pereyra: principiador da casa q̃ agora he do Duque de Bragãça sem mudar da antiguidade de suas palauras nem stillo. E deste Condestabre procedem agora o Emperador e em todos los Reynos de Xpãos de Europa ou os Reys ou as raynhas delles ou ambos.—(Al reverso el retrato del héroe grabado en madera; y luego).—Acabouse de empremir a Cronica dõ Condestabre de Portugal: Dõ Nunalurex Pereyra na cidade de Lixboa. a seis dias do mes de Nouèbro na era de mill e qnhetos e vinte e seis años per Germa Galharde empremidor.»

Consta esta rarísima edicion de 64 hojas, más 4 de la tabla correspondiente á los 80 capitulos en que se divide. Su autor es anónimo, pero se cree escrita en el siglo xv.

Salió segunda edicion tambien gótica en 1554, y otra tercera en fólío por Antonio Alvarez en 1623, dedicada al Duque de Braganza D. Teodosio.

«Cronica do Condestabre de Portugal D. Nuno Alvarez Pereira: por Fr. Geronimo da Encarnação.»

Cítala manuscrita Fr. Manoel de Sá en sus *Memorias históricas de la órden de Nuestra Señora do Carmo*, como existente en poder del académico el P. Fr. José Barbosa, pero ignoro que sea conocida en el día.

«Vida del gran Condestable de Portugal, por Rodrigo Mendez Sylva.—En Madrid, 1640.»—8.º

«Marte Português Contra emulaciones Castellanas. Composto e traducido pelo Doutor João Salgado de Arango.—Lisboa, 1642.»

«Descripção da Bandeira do Condestavel D. Nuno Alvares Pereira.»

Consta así anotada con el número 667 en uno de los tomos del *Catálogo de Manuscritos* de la biblioteca de la Universidad de Coimbra; pero no me fué posible encontrarla entre los demas papeles del tomo y legajo correspondiente; supongo será copia de la



descripcion detallada que da la *Crónica* de Fernan Lopez, y que repite Soarez da Silva.

« Discursos politicos y militares en la vida del Conde D. Nuño Alvarez Pereira, Condestable de Portugal. Por Salanio Lusitano. — Zaragoza, por Juan Ibar. » — 1670.

El verdadero nombre del autor es Fr. Antonio de Escobar, que adoptó el pseudónimo indicado. En el siglo XVIII se tradujo al portugués con el título que sigue :

« O Heroe Portuguez: Vida, proezas, victorias, virtude, é morte do Excoellentissimo Senhor D. Nuno Alvares Pereira, Condestavel de Portugal, tronco dos Serenissimos Reis, e de toda a grandeza da Europa, religioso de Nossa Senhora do Carmo, e fundador do seu Convento de Lisboa. — Lisboa, na Officina de Pedro Ferreira. — 1744. » — 8.º

Llamábase el traductor Bernardo José de Lemos Castello Branco.

« De Vita et Rebus Gestis Nonni Alvaresi Pyreriae, Lusitaniae Comitiss-Stabilis Libri duo, Auctore Antonio Rodericio Costio, Regiae Academiae Socio. — Olisipone Occidentali, Apud Paschalem A'Sylva, Regis, ac Regiae Academia Typographum. — CIOLOCCXXIII. » — 1 vol., fól.

Consta de 188 páginas á más de las portadas, dedicatoria, prólogo é índice, y adornado con dos retratos bien grabados que representan al Héroe en traje de guerrero y de religioso. — El autor Antonio Rodriguez da Costa obtuvo la aprobacion de la Academia Real para la publicacion de su libro.

« Vida de D. Nuno Alvares Pereyra, Segundo Condestavel de Portugal, Conde de Ourem, Arrayolos, e Barcellos, etc., etc. — Novamente composta pelo M. R. Padre Fr. Domingos Teixeira. — Lisboa Occidental, na Officina da Musica. — 1723. » — 1 vol., fólio.

La segunda edicion, impresa en 1 vol. en 4.º, Lisboa, 1749, lleva un retrato del Condestable grabado en madera; y en la portada ofrece su obra á la Virgen de la Peña de Francia, su autor, religioso de San Agustin.

«Elogios do Condestavel D. Nuno Alvares Pereira, e de Afonso de Albuquerque: por Francisco Xavier de Oliveira, professor regio de Rhetorica.—Lisboa, na Officina de João Antonio da Silva.—1798.»—8.º

«Portugal illustrado pelo sexo feminino: Noticia historica de muitas heroínas portuguezas que floresceram em virtude, letras e armas. Por P. Manuel Tavares.—Lisboa.—1784.»—1 vol., 8.º —La obra se publicó á nombre de Diogo Manuel Ayres de Azevedo, hermano del autor.

«Theatro heroico, abecedario historico e catalogo das mulheres illustres em armas, letras, acções heroicas, e artes liberaes.—Por Damião de Flores Perim.—Lisboa, 1736 á 40.»—2 tomos, fól.

El verdadero autor, Fr. Juan de San Pedro, se ocultó valiéndose del seudónimo.

«Flores de España y Exelencias de Portugal : por Antonio de Sousa de Macedo.—Coimbra, 1737.»

Aunque he visto así titulado ese libro, presumo que fué escrito é impreso en portugues, y que está equivocada la fecha, debiendo ser 1637 ó 1657, pues el autor publicaba por entónces varios otros ; tal vez, sin embargo, se tradujera al castellano en el siglo pasado. Yo no lo he visto, pero se me asegura que contiene elogios y apologías de muchas mujeres célebres de España y Portugal.

«Brios de Mulheres Portuguezas ; por A. Pereira da Cunha.»

Con este título se insertó en 1870 un corto fragmento en el *Panorama Pictoresco de Lisboa*, anunciando debia publicarse la obra. El objeto del autor es conmemorar recuerdos de las mujeres que en diferentes guerras contra Castilla se señalaban por su valor y patriotismo para estimular los ánimos á combatir de todas maneras la idea de union ibérica, que es uno de los asuntos que más ejercitan las plumas de los escritores vecinos hace algunos años.

«Versos compuestos por Alfonso Alvarez de Villasandino á la tumba del Rey Don Juan Primero de Castilla.»

Publicáronse en las adiciones á las *Crónicas* de Pedro Lopez de Ayala, edicion de 1780, tomo II, página 646.

«Si el Caballo vos han muerto.»

Romance antiguo castellano, muy conocido, que al insertarlo en la *Crónica* del Gran Cardenal de España el Dr. Pedro de Sallazar y de Mendoza, dice que fué compuesto por Hurtado de Velarde; y guiados por él lo dan por seguro otros escritores modernos. Me llama, no obstante, la atencion que se ponga como anónimo en el *Romancero general*, por D. Agustin Durán, publicado en el tomo XVI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira.

«El Caballo vos Han Muerto.—Comedia Famosa. De Lope de Vega Carpio.—En tres Jornadas.»

Impresa sin señalar año ni lugar (16 hojas en 4.<sup>o</sup>), se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, tomo LXX de la *Coleccion de comedias antiguas*, que debe ser el segundo de la de *Comedias sueltas*, en ocho tomos, que fueron de D. Agustin Durán.

En el *Catálogo de comedias antiguas* de Huerta, y en el del *Teatro antiguo* de D. Cayetano Alberto de la Barrera, se atribuye á Luiz Velez de Guevara; y como en el inventario de la librería de D. Agustin Durán, que adquirió la Biblioteca, y se publicó unido á la Memoria de su director correspondiente á 1865, se lee citada entre las del legajo de una coleccion de diez y seis comedias antiguas de distintos autores, de esta manera: *Blason de los Mendozas, Si el Caballo vos han muerto. Comedia de Don Luis Velez de Guevara*, infero que ambas sean una misma; pues aunque no he visto la última, lo indica la circunstancia de que la impresa termina señalando el blason de la casa de Mendoza.

De ningun valer es mi opinion para decidir si corresponde á Lope de Vega ó á Guevara esa comedia; pero pienso, como el señor Barrera, que sea del postrero, teniendo presente su analogía con otra suya, titulada: *Más pesa el Rey que la Sangre, Blason de los Guzmanes*, cuyo argumento consiste en las hazafias de Guzman el Bueno y en el sacrificio de su hijo por no rendir la plaza de Tarifa; mientras el de esta otra, despues de varios epi-

sodios, tiene por asunto la batalla de Aljubarrota, y el acto atribuido en ella á D. Pedro Gonzales de Mendoza, de entregar al Rey su caballo para que se salvára, quedándose él para morir; intercalando oportunamente el bello Romance, de que el primer verso sirvió de título á la composicion dramática.

«Comienza un Sermon que un Reverendo Padre, Portugués de nacion, y profesion de la Orden de San Agustin, predicó en Lisboa en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia, vigilia de la Asuncion, en la fiesta que los portugueses celebran en memoria de la victoria que en tal dia el Rey Don Ju.<sup>o</sup> Primero deste nombre, á quien ellos por el mismo caso intitulan de boa memoria, alcançó contra Castilla, cerca de *Al-Juba-Rota*, dó fué desbaratado El Rey Don Juan que tambien entre Castellanos Reynó primero de este nombre.....»

Tres copias, con algunas variantes existen entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid de este curioso sermon glosado (T. 10; Q. 229; Cc. 73).

Indicase en él que el predicador se llamaba *Fr. Francisco Val de Olivenza*, en la edad mozo, el rostro algo moreno, no de muchas carnes, y á lo que le conocí tenia una boca conforme á la medida vieja de un gran palmo, atrevido en el decir, tal que la figura que del apocalipsi declaró fué representar desde el púlpito la batalla con todas sus desafios, etc.....» En el preámbulo con que da principio se manifiesta que el sermon se predicó el 14 de Agosto de 1545, y que el oyente, que dice era de Roma, retuvo los principales puntos, los anotó y comentó despues, haciéndolo de una manera satírica bastante chistosa, con citas históricas y sentido burlesco.

En el libro de Cristóbal Lozano, *Los Reyes Nuevos de Toledo*, se hace mencion de este escrito, diciendo que ese sermon lo glosó un castellano con lindas chanzas y cuentos: en el dia se atribuye por los literatos á la pluma galana de D. Diego Hurtado de Mendoza.

«Os Lusíadas. Poema épico de Luis de Camoens.»

Las primeras ediciones de este célebre poema se hicieron en Lisboa en 1572, y desde entónces son numerosísimas las que se cuentan.

El canto cuarto lo consagró el autor con buena parte de sus bellas octavas á los sucesos del tiempo de D. Juan I, y á la batalla de Aljubarrota; y en otras que parece suprimió al dar la obra á la imprenta, se observa que nombra entre los portugueses y castellanos que perecieron en ella, algunos que no constan citados en las *Crónicas*.

«O Condestabre de Portugal D. Nuno Alvarez Pereira. Por Francisco Rodrigues Lobo.—Lisboa, 1610.—1 vol., 4.º

Incluyóse tambien en las *Obras Políticas, e Metricas do insigne Portuguez Francisco Rodrigues Lobo, Natural da Cidade de Leyria*.—Lisboa, 1728.—1 vol., fól.

El poema de *O Condestabre* es bastante apreciado, y su autor adoptó, como Camoens, las octavas reales. Los cantos XIII y XIV son referentes á la batalla de Aljubarrota, que con este título se publicaron entre las composiciones del *Parnaso Lusitano, ou Poésias Selectas dos Autores Portuguezes antigos e modernos*: Paris, 1826 y 1827, en 5 vol. en 18.º

«O Grão Mestre d'Aviz. Drama original Portuguez, em cinco actos y em verso.»

Aunque no he logrado encontrar esta composicion, se me ha informado que es moderna, de poco mérito literario, y anónima.

«Triunfos de Portugal, ó Rey Dom João I. Comedia, por Juan Crisostomo Faria Cordero.»

No consta que se imprimiese esta comedia, citada por Barbosa Machado en su *Biblioteca Lusitana*, de donde sin duda la tomó D. Cayetano Alberto de la Barrera para incluirla en el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*; Madrid, 1860. El autor nació en Lisboa en 1732, y parece escribió otras.

«Joanneida, ou a Liberdade de Portugal defendida pelo Senhor Rey D. João I. — Poema epico offerecido ao Serenissimo Senhor D. Jozé Principe do Brasil, Por Jozé Correa de Mello, e Brito d'Alvim Pinto, Moço Fidalgo da Casa de Sua Magestade Fidelissima.—Coimbra; Na Real Officina da Universidade, Anno de 1782. Com licença da Real Meza Censoria.»—1 vol. en 8.º, de xvi y 445 páginas.

Consta el poema de 1.210 octavas, dividido en diez cantos, de los que el último es referente á la batalla de Aljubarrota.

El autor parece haber querido imitar á Voltaire en *La Henriade*, pero no ha alcanzado reputacion entre los poetas portugueses.

«Auto novo e curioso da Forneira de Aljubarrota, em que se contem a vida e façanhas desta gloriosa matrona. Por Diogo da Costa.—Lisboa, 1743.»—En 4.º, 16 páginas.

El verdadero autor de este escrito se llamaba Andres da Luz, y se encubrió con el expresado.

«Carta á respeito da heroína de Aljubarrota, Brites de Almeida, que com á pá do seu forno matou sete soldados do exercito inimigo, no dia 14 de Agosto de 1385. Por Fr. Manoel de Figueiredo.—Lisboa, na Officina de Filippe da Silva e Azevedo, 1775.»—En 4.º, 16 páginas.

«A Padeira de Aljubarrota: poema heroi-cómico em cinco cantos, imitação da *Pucelle de Voltaire*. Por Jose Anselmo Correa Henriques, Ministro residente en las Cidades Anseaticas.—Hamburgo, 1806.»—En 8.º, 65 páginas.

«A Padeira de Aljubarrota.»—En el tomo III, pág. 113, correspondiente al año de 1839, de *O'Panorama*, publicacion pintoresca de Lisboa; artículo sobre la misma heroína popular.

«Dom Joam I. Drama Historico em cinco actos. Por Manuel Maria da Silva Bruschy, e Jose Maria da Silva Leal.»

Se insertó en el *Dramaturgo Português, ou Collecção de Dramas Originaes Portuguezes*.—Lisboa, 1841.—En 8.º

«O Pagem de Aljubarrota. Drama em tres partes. Per Jose da Silva Mendes Leal.—Lisboa, 1846.»—En 8.º

El autor de este drama en prosa es reputado uno de los literatos y poetas más distinguidos de actualidad en Portugal. Nació en 1820, ha sido diputado á Córtes y ministro de Negocios extranjeros; es bibliotecario mayor de la Nacional de Lisboa, secretario de la Academia de Ciencias y miembro de varios

cuerpos literarios. Posteriormente vino á Madrid de representante de su país.

« O Alfageme de Santarém, ou a Espada do Condestable. Drama por el Visconde de Almeida Garret (João Baptista da Silva Leitao de Almeida Garret).—Lisboa, 1842.»—En 8.º

El asunto de este drama es una leyenda sobre la espada que Nuño Alvarez Pereira hizo arreglar á un alfageme ántes de Aljubarrota, y cuyo precio se negó á cobrar hasta que fuese conde de Ourem. El autor ha sido, en nuestra época, la primera notabilidad como poeta, en Portugal.

« O Monge de Cister, ou a época de D. João I. Lenda, por Alexandre Herculano.»—Impresa en Lisboa en 1848, y luego tambien en las *Leyendas narrativas*, del mismo autor.—Lisboa, 1851.—En 8.º

El distinguido historiador Herculano pinta en esta leyenda, con verdad, un cuadro de la época de D. Juan I.

« Aljubarrota : poesia.—Lisboa, Typographia de I. H. Curvo Semmedo, 1848.»—En 8.º

No he logrado ver esta composicion, que debe ser de insignificante mérito, segun las noticias que se me dieron.

« A Abobada : Lenda por Alexandre Herculano.—Lisboa, 1851.»

Se encuentra en el primer tomo de las *Leyendas narrativas* del autor, y su asunto se refiere á cierta tradicion vulgar sobre la construccion de la bóveda de la sala capitular en el monasterio de Batalha, en 1401 ; haciendo figurar y hablar allí á varios contemporáneos de la batalla, inclusa la heroína Brites de Almeida.

La tercera edicion salió en Lisboa en 1865.

« Don Juan I de Castilla, ó las dos Coronas. Novela histórica original de D. José Ribot y Fontseré.—Madrid, 1852.»—Un volumen, 4.º

« Don Juan I de Castilla, ó la venganza de un Rey. Novela histórica, original de P. J. Dominguez.—Madrid, 1852.»—Un vol., 4.º

Otra edicion salió en 1853.

Tambien he visto el título de otro libro impreso en Madrid por la misma época, titulado *El testamento de D. Juan I*, novela histórica por T. Arnoz y Bosch.

«O Soldado de Aljubarrota: romance historico. Por M. S. A. V. —Lisboa, 1857.»—8.º

Las iniciales del autor corresponden á una poetisa portuguesa, *Mathilde de Sancta Anna e Vasconcellos*.

«O'Archivo Pittoresco, Semanario Ilustrado.» En esta publicacion, que se daba á luz en Lisboa años atras, se insertaron algunos curiosos artículos y viñetas sobre asuntos históricos, personajes y monumentos de Portugal, de los que hay varios concernientes á la época de D. Juan I.

«Eccos de Aljubarrota, por Guillermo Braga.» Es un opúsculo publicado en Lisboa en 1870 con objeto de combatir la idea de Union Ibérica.

«As victorias dos Portuguezes em defeza de sua independencia; por Miguel Sotto-Maior.»

Folleto impreso en Lisboa en 1870 con el propio fin y motivo que el anterior.

En otros muchos de los escritos sueltos y de los artículos de periódicos que se publican en Portugal cada vez que se suscita la cuestion Ibérica, ó que se temen intentos de España en ese sentido, se reproducen siempre los recuerdos de Aljubarrota para mantener la opinion nacional.

«Varias Antigüidades de Portugal. Author, Gaspar Estaço; e dado novamente a luz por Luiz de Moraes.—Lisboa, 1754.»—Un vol., 4.º

La primera edicion se publicó en Lisboa por Pedro Craesbeeck en 1625.

En Évora se cree nació D. Gaspar Estaço, y escribió esta obra siendo canónigo de la colegiata de Santa Maria de Oliveiras, en Guimaraes, por lo que se ocupa mucho de las antigüedades de aquella iglesia y ciudad.



«Chorographia Portugueza, e Descripçam Topographica do Famoso Reino de Portugal, com as noticias das fundações das Cidades, Villas, e Logares que contém; fundações de Conventos; Catalogos dos Bispos; antiguidades, maravilhas da natureza, edificios, e outras curiosas observações. Por el P. Fr. Antonio Carbalho da Costa.—Tom. I. Offerecido a Elrei D. Pedro II.—Lisboa, na Officina de Valentim da Costa Deslandes. 1706. fol.—Tomo II. Offerecido a Elrei D. João V. na mesma Officina. 1708. fol.—Tom. III. Offerecido a Serenissima Senhora D. Marianna d'Austria, Rainha de Portugal; na Officina Deslandesiana, 1712.» —Fólio.

«Diccionario Geographico, ou Noticia Historica de todas as Cidades, Villas, logares e aldeas, rios, ribeiras, e Serras dos Reinos de Portugal e Algarve; com todas as cousas raras que n'elles se encontram, assim antigas como modernas. Por el P. Luiz Cardoso, da Congregação do Oratorio. Tom. I.—Lisboa, na Officina Silviana, 1747, fol. Tom. II.—Lisboa, na mesma Officina, 1751.»

Quedó sin conclusion esta obra reducida á los dos primeros tomos.

«Mappa de Portugal Antigo e Moderno: pelo Padre João Baptista de Castro, Beneficiado na Sancta Basilica Patriarcal de Lisboa. Parte I e II. Nesta segunda edição revisto, e augmentado pelo seu mesmo Author; e Contém huma exacta descripção Geographica do Reino de Portugal, com o que toca a sua Historia secular, e Politica. Lisboa, Na Officina Patriarcal de Francisco Luiz Ameno. 1762.—Tomo 2. Tracta da Historia Ecclesiastica, Litteraria, e Militar do Reino. Lisboa, 1763.—Tomo 3. Recopila em Taboas Topographicas as povoações principaes da Estremadura, com a descripção exacta da Cidade de Lisboa e seu termo, antes e depois do Terremoto; a que se ajunta o Roteiro terrestre do mesmo Reino, com as derrotas por travesia.—Lisboa, 1763.» —En 4.º

«Descripção Corographica do Reinò de Portugal, etc., etc.: por Antonio Oliveira Freire.—Lisboa, 1755.»—En 4.º

«Travels in Portugal; Through the Provinces of Entre Douro

e Minho, Beira, Estremadura, and Alem-Tejo, In the years 1789 and 1790. Consisting of observations on the Manners, Customs, Trade, Public Buildings, Arts, Antiquities, &c., of that Kingdom. By James Murphy, Architect. Illustrated with Plates.—London, 1795.»—Un vol., 4.º grande.

«Plans, Elevations, Sections and Views of the Church of Batalha, in the Province of Estremadura in Portugal, with the History and Description by F. Luis de Sousa; with remarks. To which is prefixed an Introductory Discourse on the Principles of Gothic Architecture by James Murphy Archt. Illustrated with 27 Plates.—London Printed for I & J. Taylor. Hig Holborn. 1795.»—Un volumen grande, en folio.

«Memoria Historica sobre as obras do Real Mosteiro de Santa Maria da Victoria, chamado vulgarmente da Batalha. Por Don Fr. Francisco de S. Luiz.»

Insertóse este trabajo en el tomo x, parte 1, de las *Memorias da Academia Real das Sciencias*, Lisboa, na Typographia da Academia, 1827, fól., y despues en las *Obras completas de D. Fr. Francisco de S. Luiz*, Cardeal Patriarcha de Lisboa, publicadas por o Sr. Antonio Correa Caldeira, en Lisboa en 1855.—En 8.º

Contienen estas obras, entre otros escritos, unas noticias sobre la *Batalla de las Navas y Conquista de Alcazar do Sal en 1217, y sobre el Reinado de D. Juan I.*

Entre otros muchos que han descrito y elogiado el bellissimo monasterio de Batalha, debo citar aquí tambien á D. Luiz Augusto Rebello da Silva.

«Estado de Portugal en el año de 1800; por D. Josef Cornide y Saavedra.»—Tres tomos, fól., mss., existentes en la Academia de la Historia, en Madrid.

Comprende esta obra la descripcion geográfica, política, estadística é itineraria de Portugal, que hizo su autor en el viaje á que fué pensionado por el Gobierno. Hállanse ademas, allí mismo, otros legajos de papeles de Cornide, referentes á ese viaje, y entre ellos la *Coleccion de copias de inscripciones romanas* que recogió, y unas *Observaciones sobre el modo de hacer la guerra á Portugal.*

« Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique. Par T. Taylor. Trad. en Français.—Paris, 1826. »—Un vol.

« The touriste in Portugal, illustrated from paintings by Holland, M. W. H. Harrison.—London, 1839. »—Un vol.

« Viage em Portugal, por o Principe de Lichnowsky; traduzido em Portuguez.—Lisboa, 18... »

« Les Arts en Portugal. Lettres adressées à la Société artistique et scientifique de Berlin, et accompagnées de Documents; par le comte A. Raczyński.—Paris, 1846. »—1 vol.

« Portugal: par M. Ferdinand Denis, conservateur à la Bibliothèque Sainte-Geneviève. »—1 vol., 4.º francs: Paris, 1846.

Es uno de los tomos de la conocida obra *L'Univers, ou Histoire et Description de tous les peuples*.

« Compendio Geográfico-Estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas, y ojeada histórica á los acontecimientos políticos del Reino durante el siglo xix. Por D. José de Aldama Ayala, Ingeniero de segunda clase del Cuerpo de Minas, etc., etc.—Madrid, 1855.—1 vol., 4.º

« Planta da Cidade de L.ª em q̃ se mostrão os muros de vermelho com todas as Ruas E paças da Cidade dos muros a dentro cõ as declarações postas em seu Lugar. Delineada por João Nunes Tinoco, Architecto de Seu Magestade. Anno 1650. »

« Carte Chorographique des environs de Lisbonne: par Guérin de Lamothe, d'après les opérations trigonométriques de Monsieur Ciera, et levées des ingénieurs Portuguais et Français.—Paris, 1821. »

« Planta da Cidade de Lisboa e de Belem incluindo os melhoramentos posteriores ao anno 1833, feita e publicada por Frederico Perry Vidal. Em Lisboa no Anno de 1851.

«Carta Topografica da Cidade de Lisboa.»—Publicada por el Instituto Geográfico en 1871, reducida de la que se levantó de 1856 á 1858 en la escala de  $\frac{1}{1.200.000}$  bajo la direccion del General Filippe Folque.

«Carta geographica de Portugal, publicada por ordem de Sua Magestade, levantada em 1860 a 1865 sob a direcção do Conselheiro F. Folque, General de Brigada Graduado e Director do Instituto Geographico, pelos Officiaes do Exercito A. J. Pery, C. A. da Costa e G. A. Pery.—Lithographia do Instituto Geographico.—En la escala de  $\frac{1}{800.000}$ .»

Sirvió para formar esta carta la triangulacion de primer órden y las secundarias que estaban ya concluidas; y completóse por reconocimientos sobre el terreno, empleando los instrumentos correspondientes. Su objeto de publicacion fué, ademas de suplir mejor que las antiguas miéntras se termine la gran carta del reino, á todos los usos oficiales y particulares, para que sobre ella se representase despues el reconocimiento geológico del país, segun se está verificando.

«Carta general de Portugal, redigida e gravada no instituto geographico, sob a direcção do Conselheiro F. Folque, General de Brigada e Inspector de Divisão do Corpo de Eng.<sup>a</sup> Civil.»—En la escala de  $\frac{1}{1.000.000}$ .

Se publica por hojas, de las que han salido ya várias.

FIN.



# ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO. . . . .	v
CAPÍTULO PRIMERO.—RESEÑA PRELIMINAR. . . . .	1
Sucesos de guerra entre Castilla y Portugal, desde el origen de este reino hasta fines del año 1383. . . . .	1
CAPÍTULO II.—CUADRO GENERAL, CIRCUNSTANCIADO, DE LA GUERRA ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL, DESDE 1384 HASTA LA PAZ DEFINITIVA DE 1432. . . . .	27
Entrada del Rey de Castilla en Portugal. . . . .	27
Alteraciones en Lisboa, y principios de la guerra. . . . .	30
Accion de Atoleiros y sitio de Lisboa. . . . .	37
Regreso de D. Juan I á Castilla, y aclamacion del Gran Maestre de Avis por rey de Portugal. . . . .	57
Funesta campaña de Aljubarrota. . . . .	65
Sitio de Coria y campaña de los portugueses é ingleses, aliados contra el Rey de Castilla. . . . .	82
Continuacion de los sucesos de guerra y treguas hasta el tratado de 1411, que llegó á ser de paz definitiva en 1432. . . . .	94
CAPÍTULO III.—BATALLA DE ALJUBARROTA; DOCUMENTOS Y CRÓNICAS. . . . .	109
Notas preliminares. . . . .	109
Documento núm. 1.—Carta del Rey D. Juan I de Castilla á la ciudad de Murcia, pidiendo las gentes que debia aprestar para la guerra de Portugal. . . . .	115
Núm. 2.—Extractos del testamento del mismo Rey en Celorico, referentes á la guerra que iba á empeñarse. . . . .	117
Núm. 3.—Mensaje llevado al Rey ántes de la batalla, y su respuesta. . . . .	118
Núm. 4.—Carta del Arzobispo de Braga al abad del monasterio de Alcobaza, sobre la batalla á que asistió, y en la que fué herido. . . . .	119
Núm. 5.—Carta del Rey de Castilla á la ciudad de Murcia, dando cuenta de su infeliz jornada. . . . .	121

	Páginas.
Núm. 6.—Mensaje de D. Juan I á Carlos VI de Francia, pidiéndole auxilios despues del desastre de Aljubarrota. . . . .	123
Núm. 7.—Contestacion de Carlos VI al anterior mensaje. . . . .	124
Núm. 8.—Carta del anti-papa Clemente VII al rey D. Juan I, dándole consuelos por la batalla perdida. . . . .	124
Núm. 9.—Sentido discurso del Rey de Castilla en las Cortes de Valladolid, con motivo del luto que vestia por el desastre de Aljubarrota. . . . .	126
Núm. 10.—Extractos de la carta real de D. Juan I de Portugal, referente al monasterio que habia mandado edificar en memoria de su victoria de Aljubarrota. . . . .	128
Crónica núm. 1.—Capítulos de la de D. Juan I de Castilla, por Pedro Lopez de Ayala. . . . .	128
Núm. 2.—Extracto del <i>Sumario de los Reyes de España</i> , por el Despensero de la reina doña Leonor. . . . .	135
Núm. 3.—Traduccion sustancial de lo poco que dice la <i>Crónica</i> de Carlos VI de Francia, por los religiosos de Saint-Denis. . . . .	135
Núm. 4.—Capítulos de la <i>Crónica</i> francesa de Juan Froissart. . . . .	136
Núm. 5.—Capítulos de la <i>Crónica</i> portuguesa del rey D. Juan I, por Fernan Lopez. . . . .	152
Núm. 6.—Extracto de la <i>Crónica de los Reyes de Portugal</i> , por Cristóbal Rodriguez de Azinheiro. . . . .	173
 CAPÍTULO IV.—EXÁMEN COMPARATIVO DE LOS TEXTOS HISTÓRICOS, Y ESTUDIO CRÍTICO DE LA GUERRA Y BATALLA DE ALJUBARROTA. . . . .	
Observaciones generales. . . . .	176
Apreciacion numérica de la fuerza de ambos ejércitos. . . . .	177
Composicion y organizacion en campaña de los ejércitos. . . . .	187
Identificacion y reconocimiento del campo de batalla. . . . .	204
Movimientos, órdenes de batalla, y accidentes del combate. . . . .	211
Consecuencias inmediatas de la batalla, y pérdidas sufridas por una y otra parte. . . . .	229
Reflexiones de crítica militar sobre esta guerra y batalla de Aljubarrota. . . . .	236
 CAPÍTULO V.—ILUSTRACIONES. . . . .	
Monumentos conmemorativos. . . . .	253
Monasterio de Batalha. . . . .	256
Santa María de las Oliveiras, en Guimaraes. . . . .	265
Ermita de San Jorge, en el mismo lugar de la batalla. . . . .	268
Convento de Nuestra Señora del Cámen, en Lisboa. . . . .	271
Trofeos y despojos de Aljubarrota. . . . .	274
Banderas y pendones. . . . .	274
Armamento, caballerías y efectos de guerra. . . . .	277
Calderas. . . . .	278
Cetro del Rey de Castilla. . . . .	282
Relicario. . . . .	283

	<u>Páginas.</u>
Oratorio de plata y ornamentos. . . . .	285
Retablos de talla. . . . .	287
Libro de la Biblia. . . . .	288
El falcon del Rey. . . . .	290
Notas biográficas de los reyes y principales personajes que figuraron en la batalla. . . . .	291
Don Juan I de Portugal. . . . .	291
El condestable Nuño Alvarez Pereira. . . . .	296
El Arzobispo de Braga, Juan das Regras, y otros portugueses. . . . .	303
Don Juan I de Castilla. . . . .	305
Gonzalo Nufiez de Guzman. . . . .	311
Pedro Lopez de Ayala. . . . .	311
Pedro Gonzalez de Mendoza. . . . .	314
Otros caballeros notables. . . . .	315
Tradiciones y leyendas. . . . .	317
Vaticinios. . . . .	318
Visiones místicas. . . . .	320
Noticias prodigiosas que hubo de la batalla. . . . .	321
La Padeira de Aljubarrota. . . . .	322
Una comedia del teatro antiguo español. . . . .	324
Cuento de los campesinos, en el mismo lugar de la batalla. . . . .	327
APÉNDICE.—CATÁLOGO BIBLIOGRÁFICO. . . . .	329





## COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

	<u>Páginas.</u>
Mapa del reino de Portugal y parte del de Castilla. . . . .	26
Cróquis indicador del sitio de Lisboa en 1384. . . . .	44
Reconocimiento militar del campo de batalla de Aljubarrota. . . .	208
Plano de la batalla. . . . .	216
Casco y espadas del Rey de Portugal y de su Condestable. . . . .	260
Ermita de San Jorge, edificada en el campo de batalla. . . . .	268
Gran caldera existente en el monasterio de Alcobaza, y pala de la Padeira de Aljubarrota. . . . .	278

---

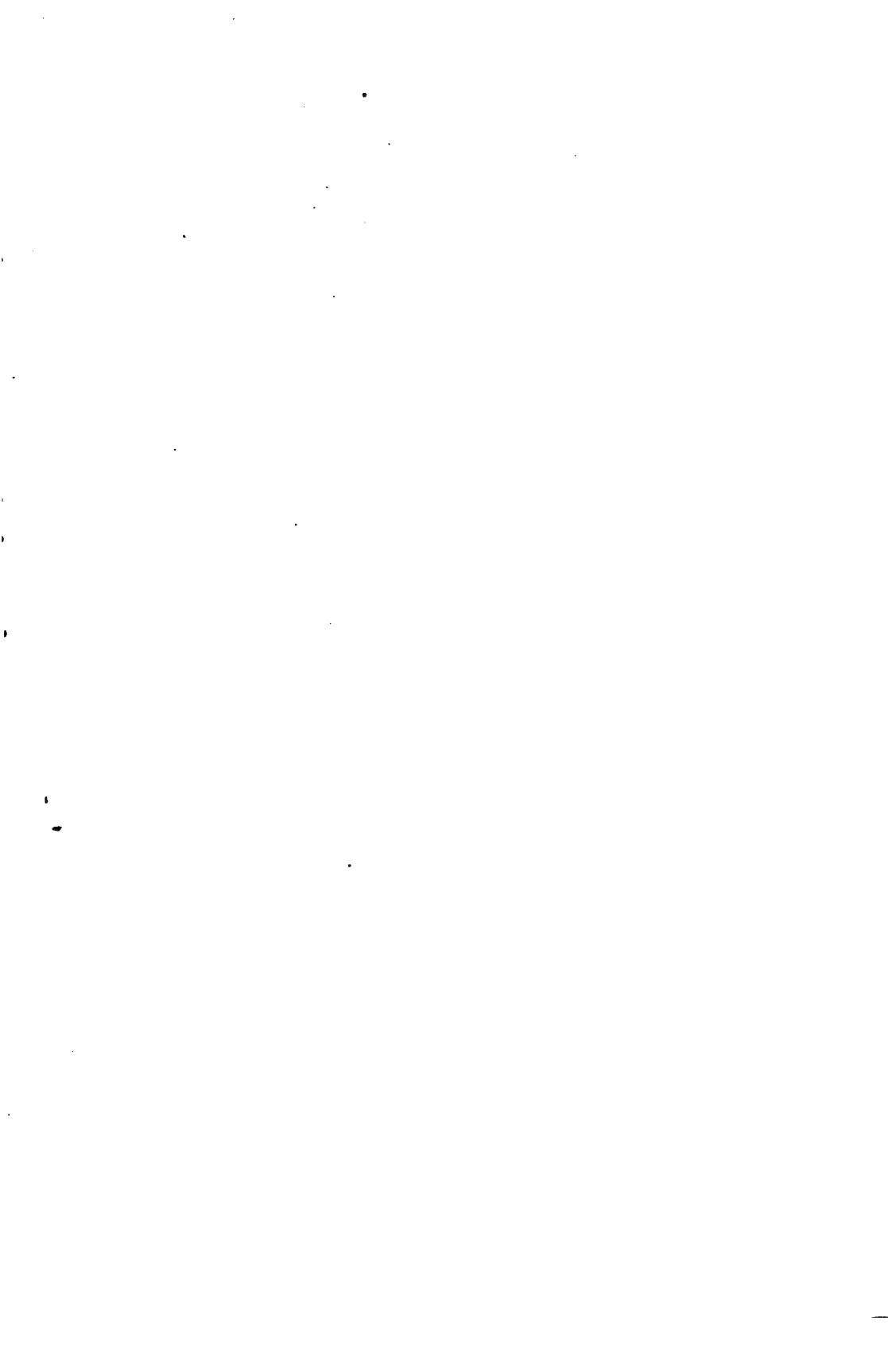
Esta obra es propiedad de su Autor, que ha llenado los requisitos que dispone la ley.

---

4973  
039













2000

FEB 2 1992

